MILIO FRUGONI



LA
SFINGE
ROJA





ENOS AIRES




EDITORIAL CLARIDAD
1922

EDITORIAL CLARIDAD
1922

LA ESFINGE ROJA



BIBLIOTECA
LA TIERRA
Y
EL HOMBRE

VOLUMEN 9



Editorial Claridad
DIRECTOR: ANTONIO ZAMORA
Oficinas: SAN JOSE 1621 al 1645
BUENOS AIRES. — ARGENTINA

Emilio Frugoni

LA ESFINGE ROJA

MEMORIAL DE UN APRENDIZ DE DIPLOMATICO EN LA UNION SOVIETICA



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

Primera edición, setiembre de 1948
Segunda edición, octubre de 1948



INDICE

LIBRO PRIMERO. — EXPLORACIONES Y EXPERIENCIAS

LIBRO SEGUNDO. — EL MUNDO Y LA CULTURA

INTRODUCCION

Llegar a Moscú y luego demorarse; vivir, afanarse, internarse y perderse en la intrincada ciudad donde Asia y Europa se abrazan y se penetran, pero sin confundirse ni desprenderse de sí mismas; circular en la densa corriente de su existencia caudalosa; familiarizarse con sus características y perfiles; sorprender sus secretos; palmearle las espaldas imponentes con la osada confianza de un niño que se atreve a pasar su mano por las ancas de un palafrén o de un elefante, es todavía para un latinoamericano, en esta mitad del siglo XX, casi un acontecimiento de novela.

Mientras él se acerca a la urbe famosa, tan rodeada de contradictorios prestigios; a la capital enigmática de la inquietante Unión Soviética (que es para algunos el "Misterio Soviético"), millones de ojos le siguen desde el otro lado de los mares y quedan aguardando las señales indicadoras de que se ha perforado el misterio e interpretado el enigma; de que se ha captado la realidad íntima e indescifrable de ese nuevo planeta social y político aparecido hace treinta años, en un sangriento y cárdeno horizonte de la historia.

No es que sea, por cierto, el primero en navegar hacia esas playas con el compromiso o el anhelo de esparcir a los cuatro vientos la noticia de lo que viera. Puede, por el contrario, decirse que no llega a ellas nadie capaz de empuñar la pluma, que no se dedique a "descubrir" el mundo celado de la Rusia Soviética, con todos los aires de un navegante intrépido o de un Primer Adelantado de los tiempos de Felipe II.

Ni hay, en los días que corren, país ni sitio del mundo de que tanto se escriba y hable, en reseñas, crónicas, informes, artículos, telegramas, conferencias y libros, que por millones parten de todas partes y especialmente de la enorme nación, e inundan al mundo con sus ríos y mares de páginas de información, de estudio, de crítica o de propaganda.

Y de ello resulta que, como las tendencias políticas y sociales se mezclan en el fárrago, y casi nadie aborda el tema sin el propósito de tomar posición en el debate que por ellas viene entablado, imposible es encontrar en esa pugna vocinglera la voz serena que inspire a todos confianza y de la que pueda desprenderse para todos un testimonio irrecusable. En la esperanza de escucharla, son muchos los que permanecen con el oído atento. Y el viajero que desciende a la mina profunda del orbe soviético y pasea sus revueltas galerías linterna en mano, no olvida que afuera le aguarda, para cuando salga a la superficie, la curiosidad apremiante de cuantos quieren saber todavía a estas horas, a ciencia cierta, a pesar de todas las referencias o a causa de ellas mismas, qué es lo que ha visto y qué ha aprehendido o aprendido en la exploración y cateo de esa enorme cantera mágica.

Yo soy de los que no podrían eludir la respuesta, aun a costa de incurrir en el inevitable libro de cuantos desembarcan en la estrella roja pluma en ristre.

Todos los que en mi país me conocen y conocen en qué circunstancias y condiciones emprendí la aventura interplanetaria, saben por qué.

Se me ha querido asignar el papel mitológico de un Edipo en actitud de enfrentarse con la Esfinge, y nadie quiere admitir que deba volverme de allá envuelto en un manto de silencio prudente o de discreta reserva, como si me hubiese estrellado fatalmente en la impenetrabilidad del enigma.

* * *

Yo fuí a la U.R.S.S. con el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay, pero todo el mundo en mi país, me confirió otro cargo más honroso e irrenunciable: el de ser el hombre que volviese con la verdad sobre la Unión Soviética.

Como hice en toda mi vida pública un culto de la verdad, la gente de mi país, amigos, adversarios e indiferentes, no tardaron en ponerse tácitamente de acuerdo para endilgarme ese tremendo compromiso. Unos, dándome con ello una muestra más de su confianza; otros, para someterme inmisericordemente a una ardua prueba, en la esperanza de que resultara superior a mis fuerzas y me obligase a batirme en retirada. Algunos, todavía, con el anhelo de que debiese rectificarme en mis conocidos puntos de vista y apreciaciones anteriores sobre el régimen y la realidad soviética, de los que todos pudimos hablar a través de la controversia de conceptos y de la pugna de informaciones.

Si alguno queda conforme, probablemente ha de serlo sólo en parte. ¿Conforme? Acaso sea mucho decir. Ya lo había declarado antes de irme: suele no conformarse a nadie cuando se dice estrictamente la verdad. A menudo decirla —me repito—, es el mejor medio para quedarse solo.

No faltan, por cierto, libros sobre la U.R.S.S., de toda calidad e intención. Los hay, incluso, verídicos a carta cabal. Pero es muy difícil hallar uno que se sustraiga a la influencia de los factores que desvían el juicio del justo centro y no le dejan dar en el blanco.

Quizá, yo tampoco haya logrado sustraerme a estos influjos por mucho que he procurado sobreponerme a todos ellos. Si la verdad se me escapa, no es porque no la busque ni porque trate de eludirla. El objeto de observación se caracteriza por su complejidad casi endiablada, y si hay allí muchas cosas que se interponen entre él y nuestra visión, pocas hay que nos ayuden realmente a penetrarlo.

Toda la información gráfica es allí propaganda. Esto no quiere decir que sea falsa siempre. Pero cuando no lo es, no deja por eso de ser unilateral. Se encuentran en ella los datos favorables. Las cifras que denotan progreso; las comprobaciones de los aspectos buenos de esa realidad complicada. Pero ella no nos ayuda a percibir los otros aspectos.

Hay, por eso, algo de pueril en el encarnizamiento estadístico con que se escriben algunos libros "serios" sobre la U.R.S.S. Nada más fácil que añascar el material de propaganda que allí circula en diversos periódicos y folletos o espulgar en los informes que aparecen en libros, pronunciados durante las sesiones de los soviets, para presentar una impresionante montaña de datos numéricos.

Yo he preferido apartarme, todo lo más posible, de esa técnica. Recurriré sólo para lo indispensable a los números. Es demasiado repetido que hay que saber abrirles la boca para emplearlos, y esto mismo indica que más de una vez se les puede hacer decir lo que se quiere. A menudo son insustituibles para dar idea exacta de una proporción, de un tamaño, de la importancia material de una obra, del volumen y aun del carácter de un fenómeno económico. Pero lo que hace falta para conocer la realidad soviética en su entraña viva no son números, pues se han echado a rodar por el mundo millones de páginas de números desde las imprentas de la U.R.S.S., para difundir informes sobre la vida múltiple de este país gigantesco. Con ellos tenemos bastante.

Yo no podría añadir cifras nuevas ni oponerles otras cifras. Podré tan sólo, de vez en cuando, dar alguna, prefiriendo las que no se encuentren en las informaciones impresas, y que en Moscú pueden obtenerse en la simple información y contacto del público con las aristas vulgares de la realidad cotidiana.

Voy simplemente a decir lo que he visto; lo que he vivido y sentido en mis dos años y tres meses largos de permanencia en la capital de la República de los Soviets. Deslizaré mis comentarios al margen de mis observaciones y experiencias personales. Y expondré con entera libertad de espíritu mis conclusiones sobre lo que he podido observar.

He querido ser, en lo posible, como una máquina fotográfica que va captando la realidad con la imparcialidad mecánica de su objetivo; como el espejo que el escritor naturalista paseaba ante las cosas y los seres.

Cierto —eso sí—, que detrás de la máquina y del espejo estaba, naturalmente, el hombre, es decir, el espíritu de quien los manejaba (que no es neutral sin dejar de ser exacto y veraz), con todas sus facultades de raciocinio despiertas y sin renunciar al derecho de expresarlas en la acotación y el comentario... Tanto es así, que puede pensarse que esto no es sino un diario en que me muestro a mí mismo a través de Moscú, más que a Moscú a través de mí mismo.

Como apenas me ha sido dado moverme de Moscú, y como mi calidad de diplomático se volvía más bien un obstáculo a las exploraciones de este mundo tan extraño para mí, aparte de las limitaciones inherentes a mi desconocimiento del idioma, este libro está muy lejos, por cierto, de ofrecer un estudio exhaustivo de lo que es esa nación y de cómo se vive en ella.

Es muy fragmentaria en comparación con la totalidad del asunto, la "verdad" que yo traje de la U.R.S.S. Pero ella contiene elementos de juicio que permiten fundamentar una opinión sobre los rasgos que más pueden interesarnos a los hombres de nuestro país.

Así como un solo hueso basta a los naturalistas para reconstruir gráficamente el esqueleto de un animal, unas cuantas comprobaciones de hecho, unas cuantas instituciones y unas cuantas costumbres suelen bastar para calificar un sistema de vida, una organización social, un régimen político.

Este libro, donde reúno impresiones recogidas en el ambiente soviético por mi sensibilidad de ciudadano uruguayo y mi mentalidad de socialista, pero con honestidad de observación y despojado de toda predis-

posición en uno u otro sentido, ni a favor ni en contra, contiene juicios, los míos, que pretenden ser sentencias justamente fundadas. Recordando a Tácito me propuse escribirlo *sine ira et studio* —sin resentimiento ni favor— que es, por lo demás, la norma de conducta del juez que quiere ser justo. Puede no ser lo que algunos, acaso, esperaban de él. Mas lo escribo no para colmar las esperanzas de nadie, sino para narrarle a mi pueblo —al que me debo—, lo que he visto, vivido, pensado y discurrido en la U.R.S.S., deseando comparta, para su propio bien, las conclusiones a que arribo en estas páginas.

Ello forma parte, en cierto modo, de mi función pública, en cuyo ejercicio me considero todavía para con mi país, al dar a publicidad estas líneas, aunque ya no desempeñe más el cargo de diplomático que sólo debía ser un paréntesis de dos años y medio en mi dilatada existencia de porfiado guerrillero de la política.



LIBRO PRIMERO

EXPLORACIONES Y EXPERIENCIAS

CAPÍTULO PRIMERO

FRENTE AL ENIGMA

El Cáucaso me besó, hospitalario, el rostro con el aire fresco de una ambigua mañana de principios de mayo, cuando asomé al campo en la escalerilla del avión.

Edipo no vibraba, sin duda, de más intensa emoción cuando afrontó a la Esfinge en los alrededores de Tebas.

Eso ocurrió plácidamente bajo la tibia protección luminosa de un sol de primavera, en el aeródromo de Bakú.

Habíamos volado algo más de tres horas desde Teherán, y tomábamos contacto con la tierra soviética en los alrededores de la ciudad que al borde del mar Caspio surge como heraldo de la mayor concentración petrolífera de la U.R.S.S. Los clarines que anuncian al viajero esa riqueza y la señalan en los aires como un índice elocuente, son las innumerables torrecillas de hierro elevadas cada una sobre cada pozo de mineral líquido. Tantas torrecillas, tantos pozos. . . No todos, por cierto, se hallan en producción. Muchos se han agotado o no han sido todavía suficientemente profundizados. No hace falta más, sin embargo, para leer en el espacio, en ese gráfico estadístico sin números, toda la importancia económica de la región como productora de petróleo.

Sólo tuvimos tiempo para descender al aeródromo, desde el cual se divisa la techumbre de la población a distancia de algunos kilómetros, y hacer en el restaurante un almuerzo frugal, a base de huevos duros, carne de cerdo y queso, en colaboración con algunos vasos de té y tostadas con mantequilla. Era un estimulante de nuestro optimismo la buena impresión que recibíamos de esa acogida, en forma de una colación con buenos productos koljosianos en un local confortable y limpio, bajo la amable asistencia de una sonriente y no mal parecida administradora que, desde su mostrador, nos indicaba las cosas de que podíamos servirnos.

Ya he narrado en otro libro las impresiones de nuestra travesía desde ese punto de recalada del avión hasta Moscú, con el aterrizaje en Stalingrado, la ciudad mártir por antonomasia, entre las mil ciudades mártires de la última guerra. Sintiendo todavía en el alma la consternación de aquel horrendo cuadro de exterminio (a cierta distancia, la ciudad parece intacta pero al acercarnos descubrimos que sólo quedan de ella las armazones de los edificios, como esqueletos mondos de toda envoltura carnal), arribamos a la capital soviética al atardecer. Cerca de las seis y media eran ya y aún estaba claro el día aunque un toldo de nubes cubría el cielo. Nos aguardaban en el aeródromo el Jefe del Protocolo y otros funcionarios de la misma repartición acompañados de dos empleados del Inturist (la oficina que tiene a su cargo el traslado, alojamiento y demás necesidades de instalación y residencia de los extranjeros).

El primero se dirigió a nosotros en un correctísimo francés, el se-

gundo en un corriente español, que también hablaba con bastante soltura una de nuestras gentiles conductoras.

Atribuimos a la guerra los brillantes uniformes grises con botones dorados de tipo militar que vestían los representantes del Comisariado de Asuntos Extranjeros; como todo el mundo estaba movilizado, era de suponer que a los funcionarios del gobierno se les hubiesen atribuído grados militares de acuerdo con su jerarquía administrativa, asimilándolos a los respectivos grados del ejército, y se los hubiera uniformado por consiguiente.

El hecho es que la Cancillería se nos presentaba así personificada en esos amables funcionarios, bajo un aspecto inusitado.

Y no sería el único, por cierto.

A ella, en efecto, habría de corresponderle proporcionar los primeros atisbos de que entrábamos en un mundo desconcertante, por muchos conceptos, para nuestra mentalidad americana. ¡Qué diferencia, desde luego, entre la sencillez de las costumbres oficiales en nuestro Uruguay, a pesar del relativo arcaísmo de las inevitables pragmáticas protocolares, y los hábitos que allí se han adoptado a imitación, no de los países más republicanos y democráticos que conocemos, sino al estilo de las potencias monárquicas y tradicionalistas!

A los tres o cuatro días de nuestro arribo hice la visita de práctica a Molotov, el famoso comisario del pueblo para los asuntos extranjeros. Acompañado del Jefe de Protocolo, me trasladé en su auto al Kremlin, cuyas murallas almenadas y cuyas cúpulas y campanarios internos contemplaba todos los días desde las ventanas del hotel.

¡El Kremlin! No hay ciudadela ni castillo en el mundo que despliegue ante los ojos del alma un más vasto panorama de historia, una más sugestiva evocación de tiempos remotos convulsionados por los desbordes de la violencia en la lucha de los hombres por el poder, en las trágicas disputas movidas por la ambición. Su adusta fisonomía medieval de recinto amurallado, que muestra por encima de las almenas de sus muros las innumerables ventanas de sus palacios y las torres de sus iglesias, nos habla, con su expresión de fuerza sombría y de misterio inquietante, un silencioso lenguaje de siglos, en que cada palabra es un torreón, una almena, una tronera, una portada, un puente, un foso, en los cuales asoma el espectro de aquella fosca vida pretérita. Ella ha dejado el sello de sus grandezas y miserias, de sus crímenes y de sus glorias, de sus contradicciones misteriosas en todos los elementos, en todos los detalles, en todas las piedras de la imponente construcción.

Una leyenda o conseja popular vinculada a su génesis, refuerza en los espíritus ingenuos su prestigio formidable. Se cuenta que cuando se comenzó a construir la muralla de ladrillos, en tiempos de Iván III, el Bueno, allá por el año 1485, en sustitución de la primitiva empalizada de madera de encina que databa del siglo XII y que el fuego redujo a cenizas, cinco doncellas, niñas aún, quisieron hacer ofrenda de sus vidas a la ciudad en un tremendo sacrificio auspicioso y se ofrecieron para ser enterradas en los cimientos de la fortaleza. Fueron sepultadas vivas bajo los cimientos de cada una de las cinco torres que hoy lucen sobre sus ápices la estrella roja, y ponen así en el firmamento de Moscú una constelación

de cinco grandes estrellas de cinco puntas, iluminadas desde su interior y encendidas en el purpúreo resplandor de auténticos rubíes.

Con ellos se deparó al magnífico fuerte, por la virtud de aquellas jóvenes vidas inmoladas en tan terrible altar y sarcófago, una vida imperecedera.

Hubo un tiempo remoto en que Moscú estaba todo él concentrado en esa colina que ahora ocupa el Kremlin. Era una aldea que, a mediados del siglo XII se rodeó, como hemos dicho, de una empalizada de encina, la misma que los tártaros y mogoles conducidos por el Kan Batú quemaron un día y con ella todo el caserío de leño. La población sobreviviente al despiadado ataque de los invasores, la cual había huído hacia los bosques circundantes, no tardó en retornar al solar devastado, y poco a poco renació la aldea, que en el siglo XIV se erigió en capital de un pequeño principado y a fines de ese siglo arriscaba desafiar el poderío tártaro para sacudir el yugo de la Horda de Oro, que un siglo después se mostraba impotente para contener los audaces designios de los dos últimos Ivanes.

La empalizada reconstruída llegó a ser el cerco de un reducto en torno del cual la ciudad, creciendo, construía sus casas de madera, cuya población buscaba allí refugio contra las invasiones tártaras, como asimismo en los monasterios amurallados, que al igual del Kremlin asociaban en un mismo destino el templo y la fortaleza.

El Kremlin pasó a ser la "ciudad alta" de la ciudad naciente, la cual al principio se cerró en su cerco defensivo, quedando contenida en él, hasta que su desarrollo demográfico la obligó a desbordarlo, extendiéndose lejos de sus muros, que se rodearon un día de profundos fosos a la manera de los castillos europeos.

En ese recinto, erigido sobre una colina o meseta de cuarenta metros de alto, en torno del cual se fueron agrupando poco a poco las otras partes de la ciudad, se construyeron, a través de ocho siglos, templos, monasterios, campanarios, cuarteles, palacios, que hacen del Kremlin, como suele decirse, una ciudad-museo, algo así como un Vaticano con menos carácter religioso que laico y guerrero, donde la arquitectura rusa, con el concurso y a favor del talento de arquitectos italianos y franceses, ha logrado algunas de sus más soberbias expresiones.

Sus muros, que describen un triángulo irregular, fueron construídos entre 1485 y 1495 por dos arquitectos italianos, Mario Friazine (así se llamaba en la Edad Media a todos los italianos en Rusia), y Pietro Solario, miden dos kilómetros de longitud y están provistos de diecinueve torres y torrecillas, las cuales sufrieron en el siglo XVII una transformación recibiendo sus actuales techos decorativos en forma de tienda, pues en ese siglo el Kremlin perdió más que su carácter, sus funciones de fortaleza efectiva. Los zares y los altos dignatarios de la iglesia vivían en él, hasta que Pedro El Grande trasladó la corte a San Petersburgo.

Durante el siglo XVIII y parte del siglo XIX, el Kremlin pasó por una época de abandono y olvido, funesta para muchos buenos monumentos de la arquitectura rusa de la Edad Media, que cayeron en ruinas.

Durante la revolución bolchevique, en 1917, se transformó en refugio de los defensores del gobierno, quienes utilizaron sus depósitos

de armas. Los bombardeos de la artillería revolucionaria le causaron deterioros, pero en años posteriores se repararon los desperfectos, y hasta se eliminaron en lo posible los rastros de las desgraciadas tentativas de mejoramiento realizadas por los zares y los monjes durante el pasado siglo, haciendo resurgir en su lugar los primitivos valores ocultos.

Es de recordar que el vandalismo artístico de los zares en detrimento del Kremlin, en el que invertían tan ingentes sumas de dinero, no tuvo límites. Uno de ellos hizo derribar una bella y artística iglesia porque le impedía ver desde su ventana un pésimo edificio construído por orden suya bajo la dirección y los planos de un mal arquitecto alemán, que afeó el Kremlin con varios pesados adefesios.

En el documento de mampostería y ladrillo de esos muros se relee la historia de todo aquel rudo poderío que desde los tiempos del príncipe Dolgoruki, el fundador de Moscú, hasta los de Pedro El Grande, que lo descapitalizó, tuvo su centro y sede en el corazón de la fortaleza moscovita, que todavía a principios del siglo XIX habría de acrecer su fama legendaria cuando entró en ella el imprudente invasor francés, para salir a los treinta y cinco días corrido por las implacables lanzas de fuego del incendio de la ciudad, no sin antes hacer saltar con pólvora el palacio de Catalina II, la Puerta del Salvador, la torre de Iván El Grande, y resquebrajar en varias partes los gruesos muros de la cintura defensiva.

Restañadas las heridas de la muralla, todo el conjunto conserva como antaño el mismo aire de poderío inquietante que sobrecoge un poco, todavía ahora, al espectador recién llegado.

CAPÍTULO II

MOLOTOV O EL TIEMPO DE LA DIPLOMACIA

Pasamos adelante y nos detuvimos ante una puerta del cuerpo de edificios donde se hallan los despachos. Ante el umbral, un capitán que me pareció de caballería, se cuadró frente a nosotros y me dirigió la palabra pronunciando unas cuantas frases del ceremonial obligado, que entendí apenas pero que comprendiendo eran de bienvenida, las agradecí mientras el Jefe del Protocolo me presentaba al capitán, con quien nos dimos un apretón de manos.

Precedidos por el capitán, nos internamos por un corredor que desemboca en la amplia sala circular, donde se dejan el sombrero y los abrigos.

Estábamos en una de las modernas dependencias del Kremlin. Los flamantes *parquets*, las lisas paredes empapeladas, los elevados techos ponían una expresión de insulsa contemporaneidad, que resultaba anacrónica en su contraste con aquellos torreones y aquellos muros seculares por entre los cuales debíamos pasar para encontrarnos de pronto en ese ambiente nuevo, sin carácter ni poesía.

¡Era muy otra cosa que el aspecto burocrático de esas salas actuales, lo que había esperado encontrar allí dentro!

Poco después, acompañado sólo del intérprete, fuí introducido en un salón muy largo, en cuyo extremo, tras un escritorio, se hallaba, de traje civil, Molotov, quien se puso de pie y dió algunos pasos hacia nosotros.

Me ofreció asiento en un extremo de una larga mesa, rodeada de numerosas sillas dispuestas como para las reuniones de un Consejo. El se sentó a la cabecera, quedándose el intérprete a su derecha y yo a su izquierda. La conversación se desarrollaba en francés. Molotov es un hombre de mediana estatura. Su cabeza, algo canosa, sobre todo en las sienes, es redonda, de amplia frente con lóbulos abultados. Usa lentes de gruesos cristales. Su mirada de ojos claros es vivaz, pero su semblante poco expresivo. Me produjo una impresión de frialdad deliberada con su cortesía dosimétrica que mantenía una distancia protocolar entre nosotros.

Confieso que en ocasiones sucesivas no recibí la misma impresión.

Tuve, después, alguna oportunidad de comprobar que no desconoce el buen humor, y le gusta mantener una conversación amable gastándose sus *mots d'esprit*, al estilo ruso. Conmigo mismo rió un poco la tarde que, en una recepción, como lo viera acompañado de su inseparable intérprete, me le acerqué para decirle:

—Señor Molotov: tengo que formularle una reclamación.

El intérprete le tradujo mi frase, que yo había pronunciado en francés.

Una sorpresa como de alarma asomó en sus ojos.

—Diga usted.

—Veo que tiene usted un intérprete para hablar en francés y en inglés. ¿Por qué no en español?

—Admito la reclamación —respondió riendo—. Pero vamos a ver qué dice el intérprete.

—El se compromete a aprender el español en seis meses.

—¿Es verdad? — le preguntó al simpático joven que nos estaba traduciendo.

Y como éste asintiera, agregó volviéndose a mí:

—Dentro de seis meses, pues, no tendrá el "gaspadin" ministro nada que reclamar; y hablaremos usted en español y yo en ruso.

En ese tren de broma continuamos unos instantes más, mostrándose interesado por conocer mis impresiones sobre la vida en Moscú, y especialmente mis "críticas".

Le prometí hacérselas conocer cuando fuese oportuno.

En las recepciones que da el Cuerpo Diplomático en el espléndido palacio del tiempo de los zares dedicado a ese efecto, y que el pueblo conoce con el nombre de "Palacio Molotov", se le ve amable y a menudo jovial, recorriendo los salones, seguido de su intérprete y deteniéndose a saludar a los jefes de misión uno por uno, o formando rueda con ellos para brindar por cada una de las naciones allí representadas.

Continuando con nuestra primera entrevista, después de preguntarme cómo había sido mi viaje y de escuchar las buenas referencias que hice a ese respecto, la conversación recayó sobre mi persona, viéndome obligado a decirle:

—Yo no soy más que un aprendiz de diplomático que viene a hacer en la U.R.S.S. sus primeras armas como tal.

—Sabemos —me dijo—, que es usted en su país un político. . .

—Un modesto político —respondí desviando una lisonja suya—, que sólo trata de hacer lo que puede y cuanto puede.

—La diplomacia —dijo entonces—, es también política.

No pude menos de asentir, añadiendo de mi parte algunas consideraciones.

La frase en sus labios me pareció luego, más que una simple trivialidad ocasional, un programa de filosofía política que explica una actitud y una tendencia: las que él representa, precisamente, en el mundo soviético.

Molotov es el hombre que encarna en la U.R.S.S., por el cargo que ocupa y las condiciones reveladas en su desempeño, toda una nueva postura del Estado soviético con respecto a la política externa.

Los acontecimientos históricos de los últimos años han acrecido para la U.R.S.S. la importancia de sus tratos políticos con el mundo capitalista, y para este mundo la importancia de sus acuerdos y tratativas con la U.R.S.S.

Las relaciones internacionales se han vuelto así un plano básico en el desarrollo de la política soviética.

Y mientras, antes, esas relaciones giraban en un estrecho círculo que les trazaba de antemano el Estado, hoy parecería que el desarrollo mismo del Estado girase en torno de esas relaciones, erigidas en una especie de núcleo central de la vida de la nación.

Eso explica y da la medida del volumen representativo que alcanza Molotov en su situación de Ministro de Negocios Extranjeros y vicepresidente del Consejo de Ministros, que preside Stalin.

La guerra se conducía no sólo en el terreno, sin duda capital, de las operaciones bélicas y de la preparación, forja e intensificación crecientes de la eficacia de las fuerzas armadas. Se la conducía asimismo en ese otro plano de las relaciones exteriores con los países aliados y con los movimientos populares de los países ocupados por el nazismo, vuelto un campo de operaciones diplomáticas al mismo tiempo que de operaciones de guerra.

Las armas rojas entraban allí con el concurso de elementos populares, de guerrilleros, que se coordinaban con el ejército de liberación del cual pasaban prácticamente a depender, y desde ese instante, junto a la acción militar, comenzaba a desplegarse una acción diplomática cada día más intensa, que tendía a transformar esas fuerzas militares en una representación orgánica del país liberado, con la cual pudiera la U.R.S.S. entablar relaciones más estables que las impuestas entre ella y los pueblos de esas regiones, para los fines y exigencias de la contienda.

Narkomindiel (el comisariado de Relaciones), proporcionaba los agentes para esa acción diplomática de enlace.

Las armas rojas aplastaban metódicamente a sus enemigos, y cada triunfo abría el campo a toda una serie de actividades y manifestaciones de la diplomacia, que pasaba a desempeñar su función —nunca tan clara—, de cuerpo político del Ejército Rojo en el exterior, asegurándole los frutos de sus victorias.

Con el uniforme que visten diariamente sus subordinados o sin él, era por sus servicios diplomáticos en la guerra, un mariscal. Si se quiere, un mariscal civil.

Hablamos de lo que suele hablarse en esas entrevistas, que son tan sólo un puro formulismo protocolar.

Cuando le dije, sin ninguna afectación diplomática, que el pueblo soviético, al batirse contra el ejército nazi, estaba luchando también por la libertad de los pueblos de América, me dijo:

—Nosotros luchamos por nuestro propio interés.

No alcancé a colegir si con ello quiso atenuar los motivos de agradecimiento que, según mi concepto, todas las naciones libres debían a la U.R.S.S. por sus sacrificios salvadores, o si quiso formular una afirmación sin efugios, de realismo político, al mismo tiempo que desplegaba en pocas palabras un aspecto importante del programa de su actual política exterior: el de no ocuparse oficialmente de la suerte de las otras naciones, sino en la medida en que ello es necesario para la suerte de la propia.

Tras alguna frase de despedida se puso de pie y nos saludamos con un apretón de manos.

Cuando volvía, acompañado por el Jefe del Protocolo, atravesando en auto los jardines del Kremlin, cerca de la torre de Iván El Grande, pude ver depositada, sobre un zócalo de granito, la inmensa campana de bronce que fué fundida en el año 1735 y suspendida bajo un alero. Está rota en los bordes, hendida por un gran hueco, y junto a ella se ve el trozo de metal que le falta. Se la ha bautizado con el nombre de "Czarina de las Campanas". Mide ocho metros de altura y se cree sea la más grande del mundo. Pesa la friolera de doscientos un mil novecientos veinticuatro kilos. Está ornada de bajorrelieves con figuras históri-

cas. Durante el incendio de 1737, se le desprendió el pedazo que se ve ahora a su lado, y ella misma se precipitó de la altura hundiéndose en el suelo tan profundamente, que fué necesario realizar, cien años después, serios trabajos dirigidos por el arquitecto Montfernaud, para extraerla y enderezarla en la superficie.

Casi frente a ella, en el atrio del arsenal del Kremlin, dirigían hacia nosotros sus redondas bocas inofensivas, los largos cañones labrados, con sus bonitas ruedas y primorosas cureñas de bronce antiguo, que fueron regalados por un sultán de Turquía a Pedro El Grande y que son más piezas de adorno que de guerra.

FIGURAS CONOCIDAS.

El viernes 12 de mayo se efectuó la presentación de mis credenciales.

La ceremonia se desarrolló con los mismos preliminares de la visita a Molotov.

Es de advertir que, por la circunstancia de haber tenido que llegar a Moscú con muy poca ropa (en el avión no pudimos llevar desde El Cairo sino veinticinco kilos de equipaje por persona), pedí autorización, que me fué concedida, para presentarme con traje de calle como mis acompañantes.

Se reprodujo a la entrada, la escena del capitán que nos dió la bienvenida. Penetramos en una sala donde fuimos presentados a varios funcionarios del Comisariado de Negocios Extranjeros, con sus correspondientes uniformes, y de ahí pasamos a una contigua, en la que a poco apareció Kalinin con dos o tres acompañantes, miembros del Presidium que él presidía, entre los cuales uno de traje civil oscuro, igual que Kalinin, que venía vestido de americana negra.

Se hicieron las presentaciones correspondientes. Estábamos todos de pie cuando yo puse en manos del Presidente del Presidium de la U.R.S.S. mi carta credencial, pronunciando algunas palabras en francés que el intérprete tradujo.

Se me invitó a pasar al escritorio de donde había salido Kalinin, quedando las demás personas, con excepción de un alto funcionario y del intérprete, en la sala anterior.

La entrevista se efectuó, pues, hallándose presente el Vicecomisario del Pueblo, Dekanosov. La estancia no era grande. Tomamos asiento en torno del escritorio de Kalinin. Este era un anciano simpático, de aire bondadoso y de una extrema sencillez. Junto al uniforme de brillantes botones del Vicecomisario, se acentuaba su decorosa modestia de obrero calificado en día de fiesta.

La conversación fué más breve que con Molotov. No creo pasara de quince minutos. Kalinin hablaba con lentitud; buscaba las palabras sin apresuramiento. Permanecía doblado sobre el escritorio, de codos sobre la carpeta y fumando un cigarrillo muy largo que le colgaba, como cayéndosele de un ángulo de la boca, entre la barba blanca.

Usaba, como se sabe por los retratos que lo hacían universalmente conocido, una luenga perilla muy lacia, como el cabello. Era muy cegatón y llevaba, él también, lentes de vidrios sumamente gruesos. No mi-

raba alto, a la frente o a los ojos, con mirada fría y escrutadora como Molotov; miraba más bien hacia el escritorio o hacia sus manos que movía, sobre todo la derecha, encima de la mesa, acompañando su discurso. Cuando en el curso de la conversación levantaba alguna vez la cabeza para buscarnos la mirada, hallábamos en la suya una dulce expresión que invitaba a la cordialidad.

Dictaba sus cortas frases al intérprete sin mirarlo y casi sin mirarme, por lo general; quedaba un instante sin responder a mis palabras, concitando las suyas. Yo aguardaba. Pronunciaba con calma unas frases cortas, que en la traducción del intérprete parecían crecer en vocablos.

—El oso ruso —dijo—, es inofensivo si no se le ataca. Cuando se le provoca demuestra que es fuerte y devuelve los golpes, diez por uno.

—Lo está demostrando, por cierto.

Me miró con sus ojillos miopes, sonriendo.

—Queremos mantener relaciones de amistad con los países que desean la nuestra. Nosotros podremos ser muy buenos amigos.

Hablamos del intercambio comercial entre la U.R.S.S. y el Uruguay, cuyas posibilidades quedaban por fuerza aplazadas para después de terminada la guerra.

—Tanto como el intercambio comercial —le expresé—, me interesa el cultural y poder hacer conocer a mi país los adelantos realizados por el suyo en todos los órdenes del saber y del progreso. — Agregué que esperaba para ello el indispensable concurso de las autoridades soviéticas.

—No le faltará.

—Yo desearía, asimismo, hacer conocer aquí algo de lo que el Uruguay ha hecho y lo que el Uruguay es, para que el pueblo de esta gran nación tenga una idea de nuestras cosas y de nuestra personalidad como nación.

—Me place. Yo quisiera que usted conociera bien a nuestro pueblo para amarlo.

—Yo lo amo sin conocerlo. Trataré de conocerlo para amarlo más.

La conversación se animaba. El viejecito ya no parecía encogido. Reía al hablar y se le había soltado la lengua.

—A los pueblos —me dijo—, hay que estudiarlos, pero no superficialmente sino a fondo. Es muy peligroso, para juzgar a un pueblo, detenerse en la superficie.

—Es una gran verdad y un excelente consejo — respondí.

Pareció agradarle el elogio y me aseguró que encontraría en su gobierno mucha buena voluntad para el desempeño de mis gestiones.

Se levantó y, ya de pie, le dije que, empeñado en conocer a su pueblo, estaba estudiando el ruso, en prueba de lo cual podía decirle:

—*Ochem ras vas vidiet.* (Muy contento de verle).

Rió y se manifestó muy complacido de oírme hablar en su lengua. Nos encaminamos hacia la salida, y cuando reaparecimos en la otra sala, todavía él me hablaba animadamente en ruso, con no pequeño asombro de los que allí estaban aguardándonos, entre ellos, un par de fotógrafos.

Tuve que hacerle notar que no podía entenderle y que sólo pocas palabras me atrevía a pronunciar en su idioma.

El intérprete, que estaba detrás de nosotros, mientras nos colocábamos —yo a la izquierda de Kalinin—, para que nos retratasen, me tradujo una frase de éste, según la cual le agradaba mucho que nos fotografiáramos juntos.

—Es para mí, muy honroso — respondí en francés.

Salí pensando que había un contraste entre las dos maneras de recibirme.

Molotov y Kalinin, representaban, sin duda, dos estilos distintos en las costumbres oficiales del Kremlin.

El primero, ha dado en rodear sus funciones de una exterioridad aparatosa de corte monárquico, con los vistosos uniformes de los altos funcionarios, que él mismo viste en señaladas ocasiones.

Parecería que, recibiendo las visitas en el fondo de un largo salón burocrático, procura con ello un efecto de cierta teatralidad que desconcierta un poco al visitante desprevenido.

Kalinin, en cambio, se complacía en la sencillez y la naturalidad de las maneras. Las suyas encuadraban perfectamente en aquella su estancia de proporciones normales, casi doméstica, donde su ausencia de todo estiramiento y su popular figura de limpio artesano promovía, con la mayor espontaneidad, un inmediato acercamiento de espíritus.

Diríase que pertenecía a otra escuela; a la vieja escuela del militante obrero del tiempo romántico, de los primeros años de lucha por la causa comunista. Y fiel a ella, no podía despojarse de su sencillez de hombre de trabajo, ni siquiera entre los muros del Kremlin, donde daba la impresión de no sentirse a gusto en los menesteres ceremoniosos y protocolares de la representación del Presidium, ante los jefes de las misiones extranjeras.

Casi dos años después pidió ser relevado de su cargo a causa de su enfermedad de la vista. El Supremo Soviet nombró en sustitución suya, como presidente del Presidium, a Shvernik, que había sido el último Presidente del Komintern.

* * *

El protocolo exige que un jefe de misión realice varias visitas más. Se le proporciona la lista de los vicecomisarios o comisarios adjuntos (hoy ministros), que debe ir a conocer a sus respectivos despachos. Son los colaboradores directos de Molotov, con quienes estaremos más frecuentemente en contacto que con él. Sus despachos no se hallan en el Kremlin, sino en el edificio de las oficinas del *Narkomindiel*, adonde tuve que trasladarme siete veces en el espacio de una semana o poco más, en esa especie de jira protocolar de reconocimiento.

Tocóme así conocer a Vishinski, el primer vice, cuyo nombre ya había adquirido repercusión mundial con motivo de los memorables y enigmáticos procesos de Moscú, en los que actuó de Fiscal, desempeñando un papel para unos admirable y execrable para otros, según lo que unos y otros ven en tales procesos. Es un hombre de alrededor de cincuenta años, de mediana estatura, más bien alto, que trata de disimular en vano su calvicie, con la inútil rejilla de unos pocos cabellos blancos, de ojos claros y vivaces, sonriente y afable en el trato, y aparentemente dinámico en la acción. Sus maneras son sueltas y su conversación animada. Habla francés correctamente.

A poco de iniciarse, nuestra conversación, rodó hacia las previsiones de la U.R.S.S. con relación a la guerra. Me dijo que ellos se habían dedicado con preferencia a la industria pesada, previendo que habrían de necesitar producir lo necesario para defenderse de una agresión.

Cuando ellos consagraban casi todos sus recursos y los mayores esfuerzos del trabajo nacional a organizar, montar y desarrollar esa industria, aun cuando muchos consideraban ya pasado del todo el tiempo de la economía de guerra, se les criticaba porque no daban más ancho margen a la fabricación de calzado, ropas, tejidos, artículos de confort, etcétera. Pero gracias a eso habían podido hacer frente a la contienda y salir victoriosos.

(Para ellos fué verdad aquello de los dictadores fascistas, de que eran más necesarios los cañones que la manteca.)

En Lozovsky —el que fuera amigo de Haya de la Torre—, hallé un hombre muy interesado en conocer la situación política de los diversos países de América.

Tuve que explicarle el problema político de casi todas las repúblicas, una por una, del Continente americano, que conocía bastante. Me retuvo, como es natural, largo rato.

Extensa fué, asimismo, la conversación con el famoso Litvinof, con quien hablé también sin intérprete, en francés. Departimos acerca de su actuación en la Sociedad de las Naciones y de sus esfuerzos en favor de la paz indivisible.

Su situación en el gobierno había quedado un tanto disminuída desde la concertación del pacto nazi-soviético, que marcaba el fracaso de su política de amistad con Inglaterra, Francia y Estados Unidos, lo que le valió entonces, un eclipse de su importancia oficial.

La guerra con Alemania había venido a reparar su prestigio, pero no del todo, y ya no volvió a ser la figura prominente de unos años atrás.

Mientras las acciones de Litvinof bajaban, subían las de Maisky, que había permanecido en Inglaterra durante dicho pacto, sin que las relaciones diplomáticas entre la U.R.S.S. y la Gran Bretaña se alterasen. No deja de ser curioso que lo mismo que había decretado el disfavor de Litvinof favoreciese a Maisky: la amistad con Inglaterra. Bien es verdad que Litvinof había fracasado ante la debilidad de Chamberlain para con Hitler, que no deparaba ninguna posibilidad de triunfo a los deseos del embajador soviético; mientras que Maisky triunfaba a favor de la cordura de Churchill y del Laborismo, coligados en la dura empresa de hacer la guerra contra las armas del nazifascismo.

Al concertarse el pacto de neutralidad con Hitler, Litvinof, el artesano del acercamiento de Inglaterra y Estados Unidos quedaba en situación desairada. Más adelante, al sobrevenir la agresión alemana, pudo habérsele devuelto a su pedestal. Pero entonces su relegación a una segunda línea en el Comisariado, a cuyo frente quedaba Molotov, ya era útil a los efectos de demostrar que no se le podía perdonar así como así su impotencia para atraer a Gran Bretaña hacia un franco acercamiento

con la U.R.S.S. para que se iniciase antes la política de amistad y colaboración que había surgido, en mitad de la guerra, por obra de la torpe y suicida deslealtad de Hitler.

Para comprender el caso Litvinof es imprescindible recordar que en la U.R.S.S. no hay funcionario ni dirigente, por descollante que sea, que despliegue una política propia.

Sólo uno, sin duda, podría jactarse de gobernar a la U.R.S.S. con su política propia, es decir, de acuerdo con sus propios conceptos e inspiraciones: Stalin, porque tiene el partido gobernante y único en sus manos. Pero él no se jacta de ello y, aunque su predominio absoluto es cosa evidente, se complace en afirmar que él es el más disciplinado de los dirigentes del partido, pues todo lo consulta, según se dice, y aparenta no hacer nada importante sin conocer y traducir la opinión de quienes lo rodean.

Y, como ningún hombre de gobierno se siente personal y exclusivamente responsable de la línea política que aplica y nadie olvida su dependencia permanente a aquella voluntad más alta, todos aceptan los altibajos de su situación en los cuadros gubernativos. Si se les sanciona, porque así conviene a cualquier efecto, o porque en realidad hubo alguna falla en la aplicación de la política que debían servir, "¡mala suerte!"

Esos hombres no se rebelan ante el cambio ni se alejan airados o resentidos. No hay para ellos desdoro ni mortificación en seguir sirviendo en el nuevo puesto más oscuro o menos descollante que se les confía, sobre todo si desde él pueden asimismo esperar rehabilitarse nuevamente. No son dueños de su suerte personal, y en eso reside sobre todo el secreto de su disciplina política.

Cuando se les exonera de un cargo importante, un breve comunicado nos informa, desde un rincón de los diarios, que han sido *liberados* de sus funciones en tal o cual organismo. Así nos enteramos un día de que el mariscal Voroshilov había sido aliviado de su cargo como vicepresidente del Consejo de Defensa y se pudo creer que, pese al enorme prestigio de que venía gozando como uno de los jefes militares de más larga foja y más destacada actuación en la guerra mundial y en las anteriores guerras sostenidas por el régimen soviético, había caído en desgracia, aunque continuaba ocupando otros puestos no tan encumbrados. Algunas semanas después, se le veía participar de algunos actos oficiales.

Por otra parte, casi dos años después de mi llegada a Moscú, el Soviet Supremo cambió la designación de Comisario del Pueblo por la de Ministro. Desde ese entonces, Molotov comenzó a titularse Ministro de Negocios Extranjeros, y los vicecomisarios o comisarios adjuntos pasaron a denominarse viceministros o ministros adjuntos. A raíz de ese cambio sólo hubo cuatro ministros, que lo fueron Vishinski, Dekanosov, Lozovski y Litvinof, quienes sustituían a Molotov, en su ausencia, por orden de colocación en la lista.

Litvinof —ya bastante entrado en años—, sin volver a ser la figura saliente de los pasados días, era uno de los altos consejeros de la política exterior.

Pero en agosto de 1946 abandonó su cargo, o fué *liberado* de él, por motivos que ignoramos, aunque no falten quienes los relacionen

con los acontecimientos más sensacionales de la política exterior de esos momentos de gran tensión en las relaciones de la U.R.S.S. con Estados Unidos, a causa del incidente de los aviones norteamericanos ametrallados por el ejército yugoeslavo. Litvinof se distinguiría por su tendencia a transigir con sus aliados anglo-norteamericanos, la cual en esos instantes volvía a experimentar una crisis, para continuar perdiendo terreno en las relaciones de la U.R.S.S. con Estados Unidos.

Maisky, que en determinado momento había tenido más suerte que Litvinof con respecto a Gran Bretaña, seguía a éste en el escalafón de Comisarios Adjuntos del Comisariado de Negocios Extranjeros.

Es muy simpático con su ausencia de toda pose y su figura un tanto vulgar de buen vecino casi campechano, bajo de estatura y naturalmente amable. Se aproxima con sencillez y llaneza espontánea al interlocutor.

Me llevó a examinar juntos, en un mapa, la posición exacta del Uruguay en el Continente Americano para comprender bien el lugar de la acción naval de Punta del Este, de la que me habló. (El se hallaba por ese entonces en Inglaterra).

Esa entrevista fué muy larga, y asimismo amena, no obstante las dificultades del interlocutor para expresarse en francés.



CAPÍTULO III

LA VIDA DIPLOMATICA EN MOSCU

Las otras visitas al Comisariado no ofrecieron ningún motivo especial de mención. Poco después se creó el Departamento para las relaciones con América, a cuyo frente se puso al ex embajador en Teherán, Constantin Mihailov.

Se volvía así más fácil nuestro contacto con el Comisariado para una infinidad de gestiones.

Podíamos recurrir al nuevo Departamento con frecuencia para resolver los problemas propios de nuestra función, en sus relaciones con la Cancillería y con otras dependencias del Estado, sin perjuicio de conseguir nosotros por nuestra parte, mediante la sección de Protocolo, cuando el caso lo requería, audiencias con Molotov o alguno de sus vices.

Y, a propósito: contrastando con las facilidades que cualquiera puede encontrar en países como el nuestro, para llegar hasta un ministro, si tiene algo de cierto interés que decirle, o aun sin tenerlo, en la U.R.S.S. a los diplomáticos les cuesta ponerse en contacto con el Canciller y hasta con los viceministros.

Ciertamente, las puertas se abren siempre ante ellos pero no antes de haber dado ellos con los nudillos todos los golpes reglamentarios, que no son pocos...

A Molotov, que suele recibir en el Kremlin, mientras los otros lo hacen en los despachos del Ministerio, no se llega, naturalmente, sino en casos especiales y para cuestiones de mucha trascendencia.

Pasan así los meses y aun los años sin que un jefe de misión —a excepción, claro está, de las grandes potencias aliadas—, tenga ocasión de poner sus pies en el despacho del Canciller soviético, a quien sólo ve en las recepciones dadas por él (casi nunca concurre a las que dan las legaciones y embajadas), o en alguna ceremonia o fiesta oficial, donde apenas si cabe estrecharle la mano y cambiar con él pocas frases de cortesía.

Se nota así, como la existencia de un foso permanente que es necesario saltar, o ante el cual debe uno permanecer aguardando sin impacientarse, a que se baje el puente levadizo, lo que concluye por desalentar a la larga a quienes deben allegarse al castillo...

Las múltiples y arduas tareas de un Canciller de la U.R.S.S. y de sus principales colaboradores, probablemente justifican las precauciones adoptadas para que un mundo diplomático tan grande como el que en Moscú se agita o vegeta, no abrume con sus entrevistas a funcionarios a quienes les sobran, preocupan y atarean los problemas de la complicadísima vida internacional de la Unión Soviética.

Y, para atender a las misiones americanas se agregó esa sección que les está exclusivamente dedicada. Pero ella —a cuyo frente se ha puesto a una persona de la que conservo agradables recuerdos—, no puede resolver por sí sola sino pequeños asuntos y dar trámite a los demás.

El ritmo de su trabajo es, como el de todos los organismos con que deben ponerse en permanente contacto las misiones (*Burobin* para obtener casa y vehículos, cartas de racionamientos, útiles de oficina, etcétera; *Wosk* para relaciones culturales; *Inturist* para alojamiento en los hoteles y pasajes en los ferrocarriles, etcétera), desesperadamente lento.

Menos mal cuando al frente de ellos se hallan funcionarios atentos y corteses, que saben con cierta habilidad y elegancia calmar las impaciencias, lo que rara vez ocurre tratándose de *Inturist* —la Oficina que administra los hoteles y atiende el transporte y alojamiento de los extranjeros— y cuyo funcionamiento es sin duda el más apropiado para desprestigiar, en ese aspecto, la administración soviética ante el exterior, pues parecen haberse concentrado allí todos los defectos clásicos del burocratismo tradicional.

Yo no soy de los que más pueden quejarse de la táctica de la demora que suelen adoptar dichos organismos para mantener un poco a raya a los diplomáticos demasiado activos, obligándolos a dejar correr el tiempo sin acercarse con excesiva frecuencia al Ministerio, en disposición de plantear nuevas cuestiones o emprender nuevas gestiones.

Las notas al Ministerio no se contestan sino pasados muchos días. Pero yo obtuve respuesta casi inmediata cada vez que hice notar la demora.

Y debo manifestar lealmente que se me atendió con bastante celeridad en infinidad de asuntos, destacándose en ese sentido *Wosk*, el órgano para las relaciones culturales para el extranjero, de quien recibí semillas de plantas para la Facultad de Agronomía, libros sobre fecundación artificial del ganado para la Facultad de Veterinaria y otras muestras de consideración tan altamente honrosas para el Uruguay, como la de haberse asociado al acto que organizó la Biblioteca de Literaturas Extranjeras con motivo de una conferencia mía sobre Rodó, donando una colección de libros uruguayos para enriquecer la exposición con que se dió realce al acontecimiento.

Como un espécimen de los hábitos reglamentaristas y de los requisitos burocráticos de que se rodean las más intrascendentes gestiones, recordaré el siguiente episodio:

Un empleado de la Embajada de Estados Unidos había conocido en El Cairo a la esposa de un Vicecomisario de Relaciones Exteriores.

Y ella, una respetable matrona, le había ofrecido gentilmente su casa en Moscú, instándole a que la visitase en cuanto arribara a esta capital para incorporarse a su embajada.

El norteamericano, a poco de llegar, quiso cumplir su promesa de ir a presentar sus respetos a la honorable dama y pidió a la Oficina del Comisario la dirección del esposo. Se le dijo que la ignoraban. Y como insistiera manifestando su extrañeza, se le respondió que para saberlo debía presentarse por nota, indicando el motivo de su pregunta.

CAPÍTULO IV

HABITOS FASTUOSOS

No hay en el mundo una Cancillería más ceremoniosa y rígidamente protocolar que ésta, según informes de viejos y andariegos veteranos de la diplomacia.

La preocupación de contar con un personal preparado e idóneo, no improvisado y en tren de aprendizaje, como suele ser el de muchos países, especialmente y por motivos obvios los pequeños, se revela en la existencia de una escuela especial para la formación de diplomáticos, donde el alumno no sólo aprende las materias útiles al ejercicio de la que ha de ser su profesión, y refuerza los aspectos de su cultura general más necesarios al efecto, sino los hábitos mundanos para alternar en los salones. Allí se enseña a los futuros diplomáticos a saludar, a ser corteses, a danzar los bailes modernos de salón, a conocer y cuidar las formas correctas de presentación personal.

¿Hay mujeres en el alumnado de esa escuela? Según mis informes no las hay. Las mujeres no han vuelto a pisar el escenario diplomático de la Unión Soviética, desde los tiempos de la Kollontay, la única mujer diplomática de la U.R.S.S., cuyo ejemplo queda como una brillante excepción.

Y mientras se mantiene al cuerpo diplomático en una especie de confinamiento "dirigido" —EL GHETO diplomático, que alguno dijera—, se le colma de atenciones fastuosas, que me chocaron desagradablemente en los momentos más crudos de la guerra, cuando era más severo y penoso el racionamiento de la población.

De tanto en tanto se le invita a funciones teatrales y conciertos, en cuyos entreactos se sirve un *ambigú* bien provisto, que se renueva en cada intervalo, si la función consta de más de dos actos.

A los pocos días de hallarme en Moscú se me invitó al estreno de una pieza en tres actos y varios cuadros en el Teatro Dramático, antes llamado de la Revolución.

Teníamos reservados los diplomáticos unas tertulias altas, frente al escenario; y al terminar el primer acto, uno de los funcionarios de Negocios Extranjeros que por allí andaba, recibiéndonos al entrar e indicándonos nuestros asientos, nos invitaba a pasar a una sala cercana. Allí estaba instalada la mesa, donde abundaban las frutas, los *gateaux*, los bombones, los bocadillos de ave, de pescado, de caviar, las botellas de vino blanco, negro, rosado, las de cerveza, de refrescos, de vodka. En torno de ella se agrupaban los invitados, dando buena cuenta de todas aquellas golosinas, frutas y bebidas, que eran artículo de lujo fuera del alcance de la inmensa mayoría de la población.

Declaro que me desagradó ese agasajo. Sabía yo que aquel público que llenaba el teatro, y sobre todo la población de millones que a esas horas restauraba en el sueño las fuerzas agotadas en largas jornadas de

labor, se veían privados, en su alimentación cotidiana, de casi todos los productos que allí se nos ofrecía con ostentosa abundancia.

Juzgué absurdo ese derroche en tales circunstancias, no precisamente por sus proporciones materiales, en realidad diminutas, insignificantes para los recursos incalculables de la U.R.S.S., y en comparación con lo que le costaba cada minuto, cada segundo de su terrible guerra. Era absurdo por su significación moral de molesto contraste con las privaciones de aquel pueblo abnegado y sufrido que se mantenía en su portentosa actividad de trabajo, nutriéndose apenas con pan negro, pescado fresco y patatas.

Experimentaba verdadera desazón al verme allí, ante esa mesa repleta de golosinas en las que tentadoras frutas de Crimea y del Cáucaso rutilaban bajo la luz de las arañas de cristal con un brillo que se me antojaba sarcástico en aquella reunión.

La extrañeza emanada de mi sentimiento crítico la trasmití a un atento funcionario del protocolo que hablaba correctamente el español, y de quien guardo los mejores recuerdos personales por las amabilidades de que me colmaba cada vez que nos encontrábamos.

Era un hombre joven en cuyo trato alternaban y se combinaban con admirable equilibrio una cordialidad espontánea y sencilla de buen camarada con una impecable corrección de perfecto funcionario. Gastándome una broma le pronostiqué un día, en momentos en que la Unión Soviética se oponía encarnizadamente a la entrada de la Argentina en las Naciones Unidas, que llegaríamos a verlo de Embajador de la U.R.S.S. en esa república.

—Cuando usted sea presidente del Uruguay — me dijo.

Debo confesar que su modestia encontró una manera muy elegante de rehuir la aprobación del pronóstico.

LA VISITA DE CHURCHILL Y EDEN.

A una fiesta de especiales proporciones dió lugar la visita de Míster Churchill y Mr. Eden, el 14 de octubre de 1944. Fué una función en el Gran Teatro, que se llenó con el personal de las misiones diplomáticas y de las diversas misiones militares; con altos funcionarios de la U.R.S.S., militares soviéticos de alta graduación, periodistas, escritores, académicos, miembros dirigentes de los sindicatos y de las asociaciones. Ocuparon el gran palco de honor, frente al escenario, primeramente Mr. Eden, Molotov, los embajadores de Inglaterra y de los Estados Unidos y un crecido número de acompañantes.

Churchill y Stalin aparecieron mediada la primera parte del espectáculo, que lo constituía un acto del *ballet* "Griselda". Como la sala permanece en la penumbra durante la representación, el público no dió ninguna muestra de haberlo advertido. Al terminar el acto y encenderse las luces de la sala, el público, de pie, mirando hacia el palco oficial, aplaudió largamente a Mr. Churchill y Mr. Eden, pero no se oyó un solo vítor.

Stalin, que se había retirado al fondo del palco, fué instado por Churchill a presentarse en el primer término, y ante su presencia la salva

de aplausos se intensificó. En seguida se retiró del todo, dejando que el homenaje fuese exclusivamente para los huéspedes. La demostración se prolongó por espacio de algunos minutos. Churchill, de pie, asomado al antepecho del palco, agradecía con la cabeza, y de tanto en tanto levantaba el brazo derecho agitando la mano en señal de saludo, gesto a que el público correspondía redoblando los aplausos.

Por un instante pareció que Churchill deseaba hablar, pero el público aplaudía sin proferir una sola exclamación ni reclamarle la palabra, como hubiera ocurrido en una reunión análoga en nuestro país, aunque se corriese el riesgo de que muy pocos lo entendieran.

Durante el entreacto, los ocupantes de ese palco se reunieron en sala aparte, mientras los jefes de misión y sus señoras pasaban a otra. En ambas se había servido un *ambigú*.

Volvieron a ocupar su sitio Churchill y Stalin cuando ya se había oscurecido la sala, para evitar una nueva demostración, sin duda.

La segunda y última parte estuvo casi enteramente consagrada a las canciones del conjunto del Ejército Rojo, compuesto por un coro de no menos de ciento ochenta voces, una orquesta de balalaikas, guitarras, mandolinas y acordeones, y un equipo de cincuenta bailarines, en el cual se destacaba la agradable presencia de una docena de jóvenes mujeres. Todos estaban uniformados militarmente. Son como el cuerpo artístico del Ejército Rojo. Su director musical era el popular compositor Alesandre, que murió dos años después. Fué un número sencillamente estupendo. El coro, bien disciplinado, luciendo una perfecta armonización de voces frescas —con unos bajos portentosos—, desarrolló un interesante repertorio de cantos populares. Y las danzas, intercaladas entre los cantos, fueron el más asombroso exponente de lo que en materia de baile son capaces estos cultores del *folklore* coreográfico de Rusia.

Esos soldados eran mecanismos infatigables, que realizaban inconcebibles hazañas de agilidad, de acrobacia, de dinamismo, con una impecable adaptación de los movimientos al ritmo musical.

Churchill observaba aquellas danzas de demonios enloquecidos, que parecían obedecer a un automatismo de máquinas de acero, con la cara apoyada en una mano, evidentemente interesado.

Allí aparecía, en la frivolidad de ese juego, un indicio del secreto del fracaso del invasor alemán. En esas danzas, que no eran sino un perfeccionamiento y un desarrollo de los bailes populares del campesino ruso, las generaciones realizan, espontáneamente, un entrenamiento físico de gimnasia rítmica insuperable. Nada mejor para fortificar los músculos de las piernas, de los brazos, del pecho y del cuerpo todo.

Se explica uno, viendo danzar a esos hombres —que más que en una academia han aprendido a bailar en las fiestas aldeanas—, que sean capaces de recorrer a pie distancias de muchas leguas, y que no haya para ellos obstáculos en su camino que no logren salvar. ¡Qué fortaleza y qué agilidad corporales revelan esos ejercicios que arrancan de la escuela primaria de las costumbres tradicionales del pueblo, en actitud de divertirse!

Al terminar el acto se reanudó la manifestación de simpatía a los huéspedes, pero esta vez Stalin no se retiró sino que él también aplaudía

con rápidos y cortos aplausos de una sola mano, como si batiese un huevo con ella en la palma de la otra, mientras desde el escenario, cantantes y bailarines lanzaban estruendosos "¡hurras!".

A muchas otras funciones debí concurrir después, en condiciones análogas, así como a numerosas recepciones fastuosas.

—Una recepción, una fiesta diplomática en Moscú —me decía un distinguido embajador europeo—, se reduce siempre a un gran *bufet*.

A veces, como ocurre sobre todo en las que se dan en el Hotel Nacional, la recepción gira toda ella en torno de una larga mesa, que abarca casi toda la extensión de la sala. Y la concurrencia se agolpa, de pie, sosteniendo un plato en una mano y los cubiertos en la otra, haciendo proezas de equilibrio y habilidad para servirse de las infinitas vituallas allí acumuladas, sin dejar caer el contenido de los platos y llevarse la comida a la boca, al mismo tiempo que se responde a un saludo, se insinúa una galantería, se da paso a una dama o se mantiene cortésmente una conversación.

Requiere todo un aprendizaje el arte difícil de servirse y comer a pie firme, tenedor y cuchillo en ristre, en medio de la circulación de un público que se mueve en los menesteres de ubicarse convenientemente para alcanzar el manjar apetecido o para descubrirlo desde un sitio estratégico.

Hay, en efecto, una estrategia del ambigú en estas recepciones suculentas. Los veteranos saben cómo acomodarse para llegar a tiempo al centro de la mesa mejor provista, a la fuente más apetitosa. Y para saborear, sin sofocones y plácidamente, los bocados elegidos con seguro conocimiento.

Yo me he divertido viendo cómo algún brillante embajador, resplandeciente en su uniforme constelado de medallas y cruzado por ancha banda de seda roja o azul, o violeta, se las componía para llevar a su interlocutor, mientras afectaba interesarse vivamente por una conversación de temas trascendentales, a un sitio y colocación que le permitían maniobrar hábilmente en la mesa, llenándose un gran plato de mil cosas buenas.

Y, una vez provisto, evolucionaba de tal manera que se escurría hacia donde pudiera disfrutar de su cargamento sin estorbos mayores, dejando a su ingenuo acompañante en mitad de una frase concienzuda y como un náufrago abandonado en medio del mar por un barco pirata que se aleja sin miramientos...

Los banquetes típicos se caracterizan por las interminables series de entremeses. No menos de una hora dura el desfile de bocadillos de las más distintas especies, del ínclito caviar a la ingenua empanada de anchoa, que se sirven en el mismo plato y que se comen con los mismos cubiertos. Casi todos son a base de pescado o mariscos. Alrededor de treinta *Hors d'œuvres* suelen pasar uno tras otro. Una copita de vodka con la que se hace el primer brindis, inicia el capítulo de las bebidas. Y mientras desfilan los platos fríos, no se bebe sino vodka o agua. Sólo al entrar en la zona caliente del *menú*, o sea, a la hora por lo menos de hallarse los comensales sentados a la mesa, empieza la circulación de los vinos.

Menos exotismo hubo para nosotros en el banquete que en nuestro

honor se sirvió en el llamado Palacio Molotov (donde se celebran las recepciones oficiales del Ministerio de Negocios Extranjeros), a continuación de la firma *ad referendum*, del tratado comercial entre el Uruguay y la Unión Soviética. En ese banquete con que el ministro de Comercio, ciudadano Mikoyán, agasajaba al Ministro del Uruguay y del que participaron los otros componentes de nuestra Legación, que lo eran en ese momento el Encargado de Negocios, señor Virgilio Sampognaro, y el secretario honorario señor Bernardo Elpern, se sirvieron espléndidamente en una sala suntuosa varios platos, no muchos, como en uno de nuestros banquetes modernos, todos ellos impecablemente elaborados, sobresaliendo un esturión al *champagne*, que era manjar de una exquisitez inverosímil. El valioso pescado —que produce el célebre caviar, como si dijéramos "la gallina de los huevos de oro"—, se parece a la anguila, y su carne rosácea recuerda por el color y la suavidad al salmón. Servido en fuente de plata dorada, donde se le cortaba a trozos circulares, evocaba uno de los exóticos refinamientos culinarios de Jacinto, el personaje de "La Ciudad y la Sierra" de Eça de Queirós, en aquellas comidas con que su complicado sibaritismo finisecular asombraba a sus escogidas amistades. Deliciosos vinos de Crimea y del Cáucaso alternaban sus coloraciones de rubí, de topacio y de esmeralda en la transparencia aérea de la fina cristalería imperial, junto a las pequeñas copas llenas de la engañosa diafanidad incolora del vodka, con que es de rigor dar comienzo al *yantar* y hacer el brindis inicial al ofrecer el agasajo.

Brindó con amables frases el Ministro de Comercio, cuyas palabras traducía un funcionario del ministerio, que había actuado como intérprete soviético en la tramitación verbal del Convenio y cuyo español era tan correcto y lo pronunciaba tan castizamente, que yo tuve a ese funcionario casi hasta el final de nuestras entrevistas, por nacido en España, siendo ruso educado en Rusia, si bien había aprendido nuestro idioma en países de Centro América. Yo brindé a mi vez, agradeciendo, y luego respondiendo al señor Constantin Mihailov, Jefe de la Sección de Relaciones con América, quien se refirió a la importancia del Convenio como instrumento de amistad entre los dos países y tuvo, asimismo, frases muy cordiales y honrosas para mi modesta persona y mi actuación como representante del Uruguay.

Retribuí esa brillante demostración de cortesía en el Hotel Nacional, con un banquete para dieciocho personas, en el que reaparecieron —inevitablemente—, todas las características de la forma tradicional de servirlos, propia de la casa.

CAPÍTULO V

LO QUE CUESTA LA DIPLOMACIA O UNA REVOLUCION INEVITABLE

Hasta en las recepciones con baile, el *bufet* continúa siendo la parte central y principal del programa. Es siempre abundante, con mucho de comer y de beber.

Las grandes fiestas de las embajadas y legaciones cuestan fortunas, y no son menos costosas las que dan en el hotel las misiones sin casa propia o con casas sin salones adecuados.

Por una de doscientas personas llegó a cobrarse la cantidad de setenta mil rublos, que representaban para la misión del caso, al tipo de cambio diplomático, casi seis mil dólares. Y allí no había más que el *bufet*. Ni baile, ni música. Sólo una larga sala ocupada por la mesa y no mucho espacio disponible para circular en torno de ella. No duran más de un par de horas esas fiestas gastronómicas que devoran fortunas.

En el Hotel Metropole —donde no residen los jefes de misión ni se halla instalada ninguna legación—, se dió, sin embargo, la más brillante recepción que he presenciado, utilizándose los enormes salones, feéricamente iluminados por candelabros colosales y arañas fantásticas, de que ese hotel dispone. Celebró allí la Embajada de Yugoeslavia su primera fiesta nacional con un baile magnífico, al que asistieron varios cientos de personas. Ignoro lo que costó esa fiesta, pero calculo que no menos de doscientos mil rublos.

Había, pues, sobrados motivos para que yo intentase, apenas llegado, una concertación de voluntades entre todos los jefes de misión, en el sentido de abstenernos, durante la guerra, de festejos que insumían tanto dinero y resultaban insultantes para las privaciones y la angustia de un pueblo que se desangraba a raudales en el sacrificio espantoso de la contienda.

Las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos, países en guerra, habían renunciado a abrir sus salones para tales agasajos mientras sus pueblos, aliados con el soviético, estuviesen realizando el titánico esfuerzo heroico de sofrenar y abatir la monstruosa furia desencadenada. ¿Por qué no habrían de imitar esa conducta las otras legaciones? ¿No era mil veces preferible ahorrarle a la población el espectáculo de ese inútil derroche y destinar, en cambio, el importe de esas fiestas al fondo de guerra soviético? Esto fué lo que propuse a los ministros que me eran más allegados. No deseaba crearme, de entrada, antipatías en el medio diplomático lanzando una iniciativa que parecía involucrar un reproche para quienes habían venido adoptando la práctica que se trataba de suspender. Yo quería que la idea hiciese camino y se impusiese como si a todos se nos hubiera ocurrido al mismo tiempo. Debíamos ponernos todos de acuerdo.

A las primeras de cambio eché de ver que la unanimidad sería im-

posible. Los primeros amigos a quienes expuse mi proposición, se mostraron contrarios y me pidieron encarecidamente que no llevara adelante mi iniciativa. Se diría que les lastimaba particularmente.

No dejé, sin embargo, de seguir explorando el terreno. En algunas reuniones se habló del asunto y recuerdo, sobre todo, un almuerzo en la Embajada de Checoeslovaquia, donde las opiniones aparecieron divididas, dándose el caso de que las mujeres estaban todas de parte de mi propuesta, mientras que entre los hombres sólo uno la aceptaba y la defendía: el dueño de casa, una de las más destacadas personalidades políticas de su país, Ferlinger, que había de ser, algunos meses después, designado primer ministro en el primer gobierno de la Checoeslovaquia liberada.

—La verdad es —argumentaba—, que cada vez que tengo que dirigirme a *Burovin* solicitando productos para una fiesta en mi Embajada, experimento una verdadera desazón, algo así como un remordimiento, porque *sé* que se me proporcionarán cosas de que el pueblo se verá privado.

Los adversarios alegaban que iríamos en contra de la política del propio gobierno soviético, que parecía deseoso de que la guerra no apagase el esplendor habitual de nuestras grandes reuniones, y nos daba el ejemplo organizando festejos fastuosos para los diplomáticos.

Y en cuanto a donar al tesoro de la U.R.S.S. lo que gastaríamos en cada recepción máxima, advertían que habría de ser como añadir gotas de agua a las olas del mar.

Pero el embajador Ferlinger, gran conocedor, sin duda, de la manera de pensar y sentir de las esferas oficiales soviéticas, no compartía la suposición de que les sentase mal esa actitud de cordura sugerida por mí.

Y para destruir el argumento de las gotas de agua, su señora, sumamente gentil e inteligentísima, había encontrado la solución de que se formase un fondo para regalarle al Ejército Rojo un tanque, o uno o dos aviones, o un equipo sanitario, o se hiciese una donación para cualquier otro fin concreto y limitado, a saber: auxilio a los huérfanos ocasionados por la guerra. La iniciativa no prosperó. Cuando me llegó el turno de celebrar nuestra fiesta nacional, el 25 de agosto, hice un donativo personal de seis mil rublos (quinientos dólares) al tesoro de guerra soviético, acompañado de unas líneas dirigidas al presidente del Comité de Defensa Nacional, Mariscal Stalin, donde le decía que lamentaba no poder contribuir sino con esa modesta suma a los gastos de guerra de la U.R.S.S., porque, a mi juicio, la mejor manera de honrar el aniversario de la independencia de un país, era prestar nuestro concurso a los esfuerzos heroicos que el Ejército Rojo estaba realizando en pro de la independencia de todos los pueblos libres de la tierra.

Pero no me eximí de dar en el Hotel Nacional la consabida recepción.

Dificulto que en ningún otro país del mundo la diplomacia se traduzca en un derroche tan insensato de dinero. Las embajadas ocupan palacios donde la expresión "lujo asiático" halla su aplicación perfecta.

Algunas son dueñas de sus mansiones, porque como la de Finlandia y la de Suecia, las han construído a sus expensas, o porque como las de Irán y Afganistán, son obsequio de la U.R.S.S.

Las otras son alquiladas a *Burovin* —el departamento o sección que provee a los diplomáticos—, que las amuebla y decora; pero no hay ninguna misión que pueda instalarse sin gastar una fortuna en reformas, alhajamiento de la casa, complemento del mobiliario y menaje.

Suelen ser palacios de mediados del siglo anterior, y aún más antiguos, con vastos salones de altos techos, decorados a la moda de esos tiempos, y con espléndidos *parquets*.

Hay en ellos escalinatas con magníficas balaustradas o barandas labradas, de mármol o bronce, plafones con hermosas pinturas, cornisas con profusión de dorados, salones amplísimos, ambientes señoriales que requieren las alfombras y tapices de Persia, de Uzbekistán, de Samarkanda, las arañas feéricas de incontables caireles tallados y los muebles en consonancia, que los llenan de esplendor y riqueza.

EL BOATO Y EL DESPILFARRO COMO FUNCIÓN OFICIAL.

Me agrada especialmente la casa de la Embajada de Francia, con su alegre e inconfundible estilo ruso. El palacio de Francia se aparta en su aspecto exterior de toda solemnidad pomposa y de toda serenidad clásica para darnos una impresión de gracia animada por el brillo pintoresco de elementos vernáculos de origen eslavo y oriental, que lucen deliciosamente en los lineamentos de su estructura y en la policromía de su decoración externa, con sus brillantes mayólicas, sus maderas admirablemente talladas, y sus techos de láminas metálicas imbricadas, sus balcones característicos, sus riquísimas puertas de nogal y cedro.

Adentro, sólo el piso bajo, abovedado, con una decoración que recuerda la de las estancias antiguas del Kremlin, mantiene el carácter vernáculo exterior. Las salas del piso alto, con mucha cargazón de pintura y rosetones de yeso en los cielos rasos, y columnas de estuco blanco como adorno de las puertas, están decoradas y amuebladas a imitación de algunas salas francesas del siglo XVIII.

En algunas, los nuevos ocupantes se han hecho arreglar con muebles rusos, traídos de otros palacios, salas de diversas épocas. Casi todas han sido mansiones de millonarios moscovitas, de grandes comerciantes o de magnates de la nobleza.

Algunas tienen su leyenda. Del palacio de la Embajada de Francia se dice que fué mandado construir por un comerciante para obsequiar a su esposa, la cual, apenas concluído y alhajado, murió sin haberlo podido habitar. El marido cerró sus puertas y no quiso que nadie lo ocupara.

La revolución lo halló intacto. En sus sótanos se encontraron todavía, cuando lo ocupó la primera representación diplomática de Francia, bellos cuadros, copias del Tiziano, de Rubens, del Veronese, etcétera, valiosos jarrones de porcelana china y unos ricos tapices orientales. En la casa había, entre el mobiliario precioso, bien cubierto y resguardado, a la espera de no se sabe qué resurgimiento de la vida en aquellos salones y estancias solitarias, un magnífico armario para libros con las más lujosas ediciones de las obras literarias francesas de los siglos XVII y XVIII.

La Embajada China ocupa un extraño palacio que hizo construir otro comerciante millonario para su amante. La sala de fiestas es cuadrada y enorme. Sus muros, recubiertos de maderas labradas, sostienen a muchos metros de altura el techo decorado con un artesonado de caoba

con recuadros de bronce, del que penden inmensos artefactos de hierro.

Se diría la sala del trono de un antiguo palacio real en un país de gigantes, y uno no puede menos de quedarse pasmado al deducir el género de vida que debía llevar aquella Aspasia moscovita en esa morada de tan vastos y suntuosos salones, donde debía haber, por fuerza, un regimiento de sirvientes.

La Embajada de Estados Unidos ocupa un palacio con jardín (lo mismo que la británica, la mexicana y actualmente la Legación del Uruguay), donde hay una sala que, con su galería alta de mármol, parece la nave de una catedral.

En una sala contigua se proyectan films norteamericanos los sábados y los lunes para el Cuerpo Diplomático y el personal de todas las legaciones y misiones militares. Pero Estados Unidos posee para oficinas de su Embajada y de su Consulado y para habitación de algunos de sus empleados, un edificio propio construído en el año 1942, por un arquitecto ruso, en terreno que, como es natural, le proporcionó el Estado soviético, contiguo al Hotel Nacional.

Realmente bella es la casa donde estuvo instalada durante la guerra la misión militar británica. Lucía en su centro un patio pompeyano con buenas esculturas de bronce. Allí, en las noches de fiesta, se bebían, contra un mostrador del bar, algunos cientos de litros de whisky, mientras en una vasta sala de baile, una pequeña orquesta prodigaba la estridencia de sus platillos y el repiqueteo de su tambor.

La Embajada de Noruega ocupa un lujoso palacio que fué construído por una famosa cantante, en el cual pueden admirarse una espléndida escalinata de mármol y una sala de fiestas de estilo rococó.

En un marco no menos bello y aún más suntuoso, se desarrollan los agasajos en la llamada "Casa de Molotov", el palacio destinado a las recepciones oficiales del Ministerio de Negocios Extranjeros.

Fué la mansión de un personaje de la corte del zar, y es acaso, con sus salones tapizados de seda roja y sus escalinatas de finas maderas sabiamente trabajadas, y sus vidrieras de alto valor artístico y su terraza sobre un bien cuidado jardín, la que da en ese certamen de miríficas riquezas, la nota saliente. El palacio es de estilo gótico inglés. Las fiestas que allí se desarrollan suelen ser las más entretenidas, porque además del baile, que cuenta siempre con la contribución fundamental de una buena orquesta, dan comienzo con un programa de concierto en el que figuran los músicos y cantantes más notables.

Allí he oído cantar, en dos ocasiones, al bajo Raisin, que es el verdadero sucesor de Chaliapin, dueño de una voz caudalosa que maneja con arte exquisito y de una figura soberbia de la que saca mucho partido para el juego expresivo y elegante de sus facultades dramáticas. Lo oí cantar allí, en forma inolvidable, una romanza de la ópera "Salvator Rosa", en italiano, que pronuncia impecablemente, y una canción humorística y sarcástica de Rimsky-Korsakov, que era uno de los caballos de batalla de Chaliapin. Quien no le ha oído, no puede tener idea de la fuerza de su dicción, de la riqueza de matices y perfección sonora y expresiva de su escuela de canto, valores realzados por los rasgos finos de su fisonomía, lo aventajado de su talla, la elocuencia de su gesto y la sobria y desenvuelta acentuación de sus ademanes.

Otro artista de excepción, aunque en un plano distinto del arte, aparece con frecuencia en el programa de esos conciertos: Obrazof, el talentoso director del Teatro de Marionetas *(Kukolik Teater)*.

Coloca un biombo, tras el cual se oculta. Luego hace asomar sobre el borde de ese endeble escenario un muñeco que empieza a cantar con muy buena voz y perfecta entonación, acompañado por el piano a cargo de un excelente pianista. Luego surge otro muñeco, y se entabla el diálogo con acompañamiento de piano o sin él. Voy a relatarles tres números de los varios que tuve la suerte de presenciar y aplaudir. Uno de ellos era la romanza "Ridi Pagliaccio", cantada por Mussolini. La marioneta que representaba al Duce era graciosísima. Su actuación y su canto produjeron un efecto hilarante indescriptible. El otro número era un diálogo mudo entablado por cuatro dedos. . .

Sin más elementos que un par de pequeñas bochas adaptadas a los extremos de sus dedos índices, el original operador nos hacía asistir a un idilio sentimental, lírico, desesperado, trágico y con un final inefablemente venturoso. . . Mantuvo pendiente al público, durante muchos minutos, de la acción de sus personajes inverosímiles entre continuas explosiones de hilaridad. Todo era allí travieso y limpio. Ni la más leve insinuación de procacidad ni la más tenue doble intención. El amor expresado pura e inocentemente, en una mímica digital que lo decía todo. Ese era el breve dramita sin palabras y casi sin personajes. El otro número era la experiencia de un sabio zoólogo que venía a demostrar al público, en el curso de una conferencia científica, cómo el tigre puede ser curado en absoluto de sus instintos carniceros. Varios experimentos realiza con éxito, ante el asombro de los espectadores, pero llega el momento en que el público no puede menos de convencerse que la experiencia ha fracasado, al ver cómo el tigre, después de haberse tragado al sabio intrépido e ingenuo, se pasa la lengua por los belfos, relamiéndose golosamente. . . Es difícil comprender, sin verlo, cómo con ese asunto pueden un par de títeres de trapo arrancar tan espontáneas y ruidosas carcajadas a una concurrencia, no de niños, sino de personas mayores, sesudas en gran parte, encabezada por Molotov y los vicecomisarios de Negocios Extranjeros, que junto a los embajadores de las potencias aliadas se sientan en las primeras filas de sillas, en las que figuran no pocos mariscales y generales, académicos, sabios y profesores, escritores, periodistas, artistas plásticos, actores y actrices famosos, estrellas del cine e ídolos femeninos del *ballet*.

Allí estaba toda una parte del personal diplomático extranjero: jefes de misión, consejeros y primeros secretarios. El personal completo no hubiera cabido, porque suman varios centenares los miembros de las diversas representaciones.

Lo que cuesta a sus respectivos países ese personal, pone los cabellos de punta. Naciones misérrimas, cuyos pueblos desangrados y saqueados por la guerra viven en las más deplorables condiciones, mantienen embajadas con consejeros, varios secretarios, varios *attachés* y empleados de

otras categorías, sin que logre adivinarse en qué clase de tareas útiles se puede ocupar tanta gente.

Y los sueldos han de ser siempre muy superiores a los de cualquier funcionario de equivalente categoría en su propio país, porque la vida es cara y el decoro diplomático resulta, por lo general, más gravoso que en otros lados.

¿Cuánto invierten en sueldos y en gastos de representación las embajadas que cuentan con un mundo de empleados y brindan con cierta frecuencia exquisitos *diners*, o *cocktails*, o *soupers* a sus numerosas relaciones? El presupuesto de una embajada de los países de Europa Central, destrozados por la guerra, es de quinientos mil rublos por mes.

Los pueblos ignoran cómo corren los dineros por los canales de ese burocratismo diplomático, que cuesta tan caro, y que por lo general, sirve para tan poco.

Una revolución hace falta en todo el mundo, y más que en ninguna otra parte, en la U.R.S.S.: la que barra con esa diplomacia de pragmáticas y convencionalismos tradicionales arcaicos, que sólo sirven para justificar el empleo inútil de tanta gente, para rodear de vanas formalidades los actos más simples y volver más gravosa a los países la función diplomática.

FIGURAS EN LA TELA.

En esas recepciones en la "Casa de Molotov" y en las misiones diplomáticas o militares, conocí algunas celebridades soviéticas.

Suele frecuentarlas el famoso periodista Ilia Erenburg, con quien he platicado más de una vez a favor de su conocimiento del español, que no habla correctamente, pero que comprende sin ninguna dificultad, y del francés, que habla con tanta mayor soltura cuanto que su esposa es una distinguida pintora francesa. Ha estado en España cuando la guerra civil, como corresponsal de guerra, y le gusta oír hablar en español y pronunciar algunas frases en ese idioma, cuya literatura clásica no le es, por cierto, desconocida.

Ha traducido versos de poetas españoles. Su popularidad en la U.R.S.S. es muy grande. Suele hacer lecturas públicas de lo que escribe, por lo general crónicas de actualidad y relatos de viaje, llenando el amplio auditorio del Museo Politécnico. Es un hombre melancólico, en cuyos labios la sonrisa tiene una expresión más bien de tristeza que de alegría. Sus cabellos grises, con el desorden de una cabellera de artista bohemio, enmarcan un rostro en que el tiempo ha labrado finas arrugas, sobre todo en torno a la comisura de los ojos, unos ojos fatigados de los que podría decirse —en un abuso de traslación surrealista—, que miran en "voz baja", porque su mirada, suave y tímida, es como un murmullo de luz, una dulce palabra que apenas desflora el silencio.

Ese es, sin embargo, el hombre que ha hecho vibrar con más vigor y furia la cuerda del odio al enemigo en la prensa y en la literatura soviéticas.

Nadie ha predicado con tanta ira y con un tono tan avasallante la religión del odio implacable, del rencor inextinguible contra el alemán, reencarnado en la bestia del Apocalipsis.

Dos o tres veces vi, asimismo, a la que fuera hasta no hace muchos años embajadora en Suecia, la célebre Alejandra Kollontay. Una parálisis en las piernas la obliga a trasladarse en un sillón rodante. Así atraviesa los salones, mientras se acercan a saludarla sus numerosos amigos. Es ya una anciana, de blancos cabellos, que usa gruesos lentes y no conserva ningún vestigio de la elegancia que en sus buenos tiempos caracterizaba su porte y vestimenta. No creo que haya sido nunca bella. Pero la agradable sonrisa con que hoy ilumina su rostro inteligente, la expresión juvenil en el fugaz fruncimiento del ceño y las duras líneas de la frente, son, sin duda, un encanto de su juventud que se mantiene vivo a pesar de la inclemencia de los años.

Muy a menudo encontraba en esas fiestas a una bailarina de moda, la popularísima Simeonova, una de las "tres grandes" que se dividen la opinión de la que podría llamar, con expresión taurófila, la "afición" en materia de baile.

Es la más bonita de las tres, y sin duda, la preferida del mayor número, valiéndole gran parte de esa preferencia su actuación en "El Lago de los Cisnes", el más hermoso *ballet* de Tchaikovsky, y acaso el más fino y delicioso espectáculo de ese género, donde ella se torna, con la magia de su arte y la venusina fascinación de su breve persona bien contorneada, un cisne verdaderamente gentil, como en la romanza de "Lohengrin" de Wágner, incomparablemente adorable por la ondulante gracia de su figura y el ritmo alado de sus movimientos. Sus brazos se curvan como el cuello de un cisne y sus manos se juntan sobre su cabeza formando un pico de oro, mientras su propio cuello de purísima albura oscila en lánguidos compases y su cabecita rueda como una flor sujeta por el tallo.

Todo el *ballet* —especialmente el segundo y el último acto—, es una cosa de ensueño, tan dulce y voluptuosa como el ave protagonista.

Recordaré, por último, al pintor Konchaloski, que ha cumplido los setenta años y continúa en plena producción.

Precisamente al cumplir esa edad en todo su vigor físico, realizó una exposición de sus cuadros en la sala de la Unión Cooperativa de Artistas Plásticos, con doscientos cuadros, una parte ínfima, numéricamente, de su obra múltiple y variada. Cultiva todos los géneros de la pintura de caballete: la composición, el paisaje, la naturaleza muerta, con bastante riqueza de colorido y bonitos efectos de luz. Sus cuadros, sobre todo unos bellos y decorativos estudios florales, son de factura moderna, sin apartarse de los cánones realistas. Ha estado en Francia, en Italia, en España. Es amigo de muchos pintores europeos y posee una gran cultura artística. Habla español, y su hijo, también pintor, está casado con una joven española. La abundancia y diversidad de su obra, en la que aborda los géneros más dispares, parecen haber sido obstáculo a la formación completa de su personalidad desde el punto de vista técnico, al menos en algunos de esos géneros. Así, por ejemplo, no estuvo feliz en las decoraciones y trajes de "Carmen", de Bizet, que volvió al

cartel en el Gran Teatro después de tres o cuatro años de receso. Es un hombre alto, corpulento, de envidiable buen humor, que en la intimidad y en algunas fiestas de casa amiga, canta acompañándose al piano, con mucha entonación y gracejo, un bonito repertorio de canciones francesas y españolas.



CAPÍTULO VI

CON EL GENERAL DE GAULLE Y CON HERRIOT

Pero no sólo con personalidades soviéticas trabé relación en las fiestas diplomáticas de Moscú. De mis encuentros con varias personalidades extranjeras, dos dejaron en mi ánimo inolvidable impresión. Uno de ellos fué mi conversación con el general De Gaulle en la casa de Francia. Escribí mis impresiones a ese respecto en esos días y aquí las reproduzco:

Llegó el 2 de diciembre de 1944. El día siguiente, Molotov dió una gran recepción. En ella tuve ocasión de cambiar algunas palabras con el general, recordándole que en Argel le había solicitado, y él me había concedido, una entrevista que debí dejar sin efecto por tener que ausentarme esa mañana.

—Pues ahora podemos celebrar esa entrevista — me dijo, sonriendo.

El momento no se prestaba, por cierto, para largas conversaciones, asediado como estaba el visitante por las numerosas personas que se acercaban a saludarle.

Tampoco se prestó mucho para ello la recepción nocturna en la Legación Francesa. En cambio, en el almuerzo que se efectuó al siguiente día en la misma Legación (todavía no era Embajada), me fué posible conversar largamente con él, tomando el café juntos en un rincón de la sala contigua al comedor.

Esa mañana había recibido unos telegramas de Montevideo relacionados con el traslado de cierto representante diplomático francés en el Uruguay. Yo había entregado ya los telegramas de los comités montevideanos que se interesaban por el mantenimiento de ese funcionario, al señor Bidault, Canciller que acompañaba a De Gaulle. Hablé después con éste del asunto.

La conversación giró luego hacia los problemas políticos de Francia.

—Ya hemos superado —me dijo—, las incidencias del desarme de las fuerzas irregulares. Nos fué relativamente fácil resolver ese problema, porque el gobierno del Comité Nacional de Resistencia no es un extraño para los hombres que en Francia han luchado por su liberación. Las fuerzas populares que se batían en nuestro territorio eran organizadas por nuestro comité, recibían nuestra ayuda y estaban en contacto permanente con nosotros. El nuevo gobierno se hizo presente en Francia con fuerzas armadas regulares para reconquistar el territorio, junto a las tropas de los países aliados. Cuando el gobierno decretó el desarme de los guerrilleros, se hallaba dotado de una autoridad popular indiscutible para tomar esas medidas, tanto más cuanto que el gobierno no los desarmaba, sino que les daba oportunidad de pasar a formar parte del ejército regular, que se batía contra los alemanes y en cuyas filas podrían ser ahora más útiles a la causa de la liberación militar de Francia, que permaneciendo en las formaciones irregulares.

Así lo comprendió la inmensa mayoría de esos hombres, al punto

de que sólo mil, más o menos, se rehusaron a enrolarse en el ejército. No fué, por tanto, difícil, llegar a la completa tranquilización.

En otro pasaje de sus reflexiones me dijo el general De Gaulle:

—Una de las cosas que más ha contribuído a reforzar nuestra autoridad moral entre el pueblo es, que nunca quisimos apoyarnos en la ayuda extranjera. Nunca permití que en las disensiones entre franceses intervinieran como árbitros las influencias del exterior. He preferido dejar que un conflicto se prolongase indefinidamente antes que recurrir a buscar la colaboración de otros gobiernos, para solucionarlo o vencer las obstinadas resistencias, seguro de que a la larga, entre franceses de buena fe, llegaríamos siempre a entendernos. Y así no quedaron nunca subsistentes motivos de recelo por parte de las masas populares contra el gobierno, que ahora desea reconstruir una Francia grande.

El General De Gaulle gana mucho en simpatía y aprecio cuando se habla con él. Su apariencia es más bien la de un hombre frío, tieso y algo orgulloso. Su aventajada estatura, su largo cuello, su perfil de pájaro, su mirada lejana que parece avizorar horizontes por encima de la cabeza de los demás, que suelen no llegarle al mentón, mueven a creerle un poco pagado de sí mismo, y más que un poco, flemático y deliberadamente alejado de lo que tiene a su alrededor.

Pero eso es a la distancia. Cuando tras las primeras fórmulas triviales de cortesía, se entabla un diálogo con él, se echa de ver en seguida que es falsa y engañosa la impresión que nos ha inducido a dudar de que ese hombre pueda ser, realmente, el conductor de un gran pueblo latino en el trance más duro y convulsionado de su historia.

No es, por cierto, el tipo de genial agitador francés, que en las horas de tormenta destaca sus rasgos en la figura tribunicia de un Dantón, un Mirabeau, un Gambetta, un Jaurés; ni del general revolucionario o del mariscal napoleónico que parecen pisar siempre las tablas resonantes de un palco escénico.

Es el héroe sobrio, concentrado, sereno, lacónico, de una época en que la fría lógica de una locura despiadada desata por el mundo un frenesí de muerte, aplicando el hierro y la electricidad, bajo las más perfectas fórmulas químicas y mecánicas, a una tarea maravillosamente matemática de destrucción.

En su conversación es llano, claro, preciso. Carece de todo énfasis e ignora en absoluto el engolamiento. Se diría que recoge su estatura física, como un chico recoge el hilo de su cometa, para impresionar menos a su interlocutor, y todo él se acomoda a una medida humana y amistosa con la cual nos sentimos al punto familiarizados. No sé qué suerte le deparará el futuro, ni cuáles serán de aquí en adelante los aciertos o los errores de su vida política. Lo que nadie podrá negarle es que fué, en su hora, el hombre del destino para la Francia abatida, que encontró en él y en sus colaboradores quienes la detuvieran en el despeñadero y la levantaran de la postración.

Así se lo di a entender a raíz de ese almuerzo en la Legación, en que al final hubo un sencillo brindis del general y un oportuno discurso del Embajador de Noruega, en representación del Decano del Cuerpo Diplomático, el Embajador de Afganistán, que no domina el francés. En

ese ambiente diplomático hubiesen sin duda disonado, pero eché de menos dos gritos: el de "¡Viva Francia!" y el de "¡Viva De Gaulle!".

—Haga de cuenta que los ha habido —me dijo—, porque usted los agrega ahora.

Tampoco hubo un solo vítor ni una sola exclamación en la función del Gran Teatro a que concurrió De Gaulle acompañado de Molotov y su numeroso séquito. El público se limitaba a pronunciarse en cerradas y prolongadas salvas de aplausos.

Cuando la visita de Churchill hubo, al menos, los formidables hurras en que, al final del espectáculo, prorrumpieron desde el escenario los coristas y danzantes de los equipos de artistas del Ejército Rojo.

Es verdad que entonces, junto a Churchill, se hallaba Stalin. Mientras que esta vez —parece que por razones de protocolo—, Stalin no estaba.

Permítaseme, a propósito de esta visita, intercalar una reseña de cierto episodio de alta política internacional que muestra algunas costumbres características de la vida oficial en los interiores del Kremlin. Casi al partir, el general De Gaulle y sus acompañantes, se pudo dar por concluída en el Kremlin la concertación del tratado entre Francia y la U.R.S.S. Fué en una última reunión, después de varias conferencias mantenidas ese día y el anterior. Se dice que cinco veces se dieron por cortadas las tentativas y otras tantas se reanudaron. Al final, en la madrugada, habiéndose retirado el Embajador de Estados Unidos, Mr. Harriman, y el Encargado de Negocios de Gran Bretaña —en ausencia del Embajador Clak—, Mr. Balfour, se logró el acuerdo.

Parece que entre los militares se llegaba con facilidad al avenimiento, pero no así entre los diplomáticos. Se atribuye a Stalin, en tren de broma, la siguiente reflexión en uno de los intervalos de las accidentadas tratativas:

—Los diplomáticos todo lo enredan. Habría que fusilarlos a todos.

En eso apareció Molotov, y alguien preguntó entonces a Stalin:

—¿A éste también?

Stalin hizo un gesto con la mano como diciendo: a éste no; es de los nuestros...

Este diálogo se desarrollaba en una sala contigua a la de Molotov, donde se habían reunido los diplomáticos. No faltaban las bien servidas mesas para agasajar pantagruélicamente a la concurrencia, que estaba constituída por el séquito del general De Gaulle, los ministros de Francia, de Gran Bretaña y de Estados Unidos; algunos militares franceses, algunos militares y funcionarios soviéticos, entre los cuales —lo que no dejó de ser comentado—, el Mariscal Voroshilov, que hacía poco había sido "liberado" de su cargo en el Comité de Defensa Nacional, viéndose así que continuaba gozando de la confianza y consideración del gobierno.

Menudeaban los brindis, de los cuales llevaba la iniciativa el Mariscal Stalin, de quien se dice que no bebe sino vino del Cáucaso, siendo capaz de vaciar hasta una docena de botellas sin experimentar la más mínima alteración de su equilibrio físico y mental.

APARECE HERRIOT.

Una agradable sorpresa recibí el primero de mayo de 1945, al ver aparecer en el palco de la Plaza Roja, donde se instala a los diplomáticos, a Eduardo Herriot, el ex presidente del Consejo de Ministros y de la Cámara de Diputados de Francia. Venía acompañado del Embajador de Francia, general Catroux (un hombre de aspecto distinguido, de muy finas maneras, con el aire tranquilo y la suave "bonhomía" de un profesor de la Sorbona), quien no tardó en ponerme en contacto con el ilustre viajero, haciendo las presentaciones de estilo.

Herriot había llegado la tarde anterior, y allí estaba sano y salvo, después de haber sufrido un cautiverio de treinta y dos meses bajo los nazis. Rescatado por las armas soviéticas, había venido a agradecer al gobierno de la U.R.S.S. la salvadora intervención del Ejército Rojo en favor suyo y de su esposa.

Es un hombre corpulento, que había perdido algunos kilos de su peso habitual, pero que era aún bastante voluminoso, con su estatura más bien alta y su gruesa cabeza cuadrada, que parece tallada en madera, a grandes planos, como los de una estatua cubista. Sus cabellos, abundantes pero cortos y recios, son de un color castaño claro y conservan una rara luminosidad. Se muestra fuerte y enérgico sin representar los setenta y tres años vividos en la intensidad y la fertilidad extraordinaria de su acción política e intelectual. Habla con una voz sonora, que sin esfuerzos se hace oír a distancia, denotando unos excelentes pulmones.

Impresiona muy favorablemente, de entrada, por su aplomo, su desenvoltura, su inmediato dominio del ambiente.

Pocas palabras pudimos cambiar en ese sitio; pero dos días después tuve ocasión de departir largamente con él, en el té dado en su honor por la Embajada de su país. Allí, en el rincón más apropiado de una sala adonde nos condujo la gentil dueña de casa para que pudiésemos conversar a gusto, cómodamente sentados, puede decirse que intimé con él, acompañándole durante casi toda la reunión, dándole "cuerda" para que relatase las peripecias de su cautiverio y se explayase en mil relatos interesantísimos, mientras en torno de nosotros se renovaba un círculo de oyentes a quienes cautivaba con su verba llena de color y gracejo.

Nos narró que se había escapado por milagro de ser ultimado en el infierno de Berlín. Se hallaba en una pequeña localidad entre Potsdam y Berlín, habitando con su señora en un alojamiento, bajo la asistencia de un médico alemán, pues estaba enfermo. Un día, cuando el Ejército Rojo se apoderó de Potsdam y avanzó hacia Berlín, vió llegar, desde su ventana del piso alto a la puerta de la casa, un auto de la Gestapo, que venía en su busca para llevárselo a la capital, adonde los alemanes trataban de conducir en esos momentos a los prisioneros de más importancia que pudieran reunir para usarlos como rehenes, y matarlos si no podían sacar de ellos ningún provecho.

Felizmente, el médico alemán no era un hitleriano y era un hombre de carácter. Salió a decirle al chófer que él no permitía se sacase sin orden escrita al enfermo que se encontraba bajo su asistencia y responsabilidad.

El chófer se dejó impresionar por la actitud resuelta del médico y partió a recibir nuevas órdenes, con la intención de retornar en seguida. Pero en el ínterin, el avance de las tropas soviéticas se acentuó con arrolladora impetuosidad y las autoridades militares alemanas tomaron disposiciones para atajar el paso de los tanques, haciendo arrojar troncos de árboles a través de las carreteras y caminos de acceso. Esto impidió al auto de la Gestapo acercarse nuevamente. Los que poco después llegaban y penetraban en la casa y en la propia habitación ocupada por Herriot, dándole a él y acompañante la voz de "¡Arriba las manos!", eran los soldados soviéticos. Le preguntaron quién era, y con la ayuda del jardinero alemán, que hablaba un poco el ruso, pudo darse a conocer del oficial que lo interrogaba, quien lo condujo ante su general, al que mostró sus papeles.

Agradecía las atenciones que desde ese instante le prodigaron a él y a su esposa los militares soviéticos, como asimismo se mostraba profundamente reconocido al médico alemán, a quien, conducido por los oficiales de la U.R.S.S., fué luego con su señora a dar las gracias por su valiente gesto humanitario.

Oí de sus labios el relato de la entrevista entre Mandel y Petain, cuando éste, a poco de hacerse cargo del gobierno, le mandó llamar para decirle que había ordenado su detención porque tenía noticias de que preparaba un atentado contra la vida de los gobernantes.

—¿En qué consisten esas noticias? — le preguntó Mandel.

—En cartas que he recibido.

—Yo también he recibido cartas en que se me dice que el gobierno abriga la intención de matarme. — Y sacó del bolsillo un montón de esas cartas.

Petain, entonces, le pidió disculpas por el arresto, expresándoselas por escrito a requerimiento del propio Mandel.

No pasó mucho tiempo sin que Mandel, nuevamente arrestado, fuese asesinado, según noticias que el propio Laval, usando la misma palabra, le comunicara a Herriot.

A éste se le arrestó, y por especial deferencia, se le quiso enviar al sitio que se le reservaba para su residencia obligada, en el auto del prefecto de Laval, pero él dijo que hubiese ido en el auto de cualquier facineroso antes que en el de un prefecto de Laval.

Se le paseó como cautivo por la zona de Vichy, por las de Francia ocupada y luego por Alemania. Al llegar a la Francia ocupada se le quiso arrancar una declaración sobre la U.R.S.S. El pensó que si hablaba bien de la U.R.S.S., eso serviría para que lo tratasen a él y a su esposa con mayor rigor; y si hablaba mal, para emplear esa declaración suya en la propaganda alemana. Dijo entonces:

"Un prisionero no tiene opinión. Déjenme ustedes en libertad y sabrán cómo pienso."

Hizo vivas descripciones de la brutalidad de los elementos de la Gestapo. Cómo había pasado casi tres años confinado, sin poder comunicarse con nadie, sin leer sino las informaciones nazis, sin poder ente-

rarse de lo que ocurría en el mundo, daba la impresión de un viajero que pisa tierra firme después de una travesía interminable por remotas regiones aisladas del resto del planeta.

Dueño de una memoria pronta y clara y de una verba inagotable, no dejaba nunca decaer la conversación.

Casi al final de nuestra plática, como se acercase a saludarle el Embajador de Bélgica, recordó una graciosa anécdota.

Era en el último año de la guerra anterior, cuando en una población fronteriza de Francia con Italia se celebró un banquete en honor de ciertas personalidades belgas allí refugiadas. El banquete lo presidía el Ministro Barthou, quien pronunció un brindis en el cual auguraba que muy pronto Bélgica se vería libre de la dominación prusiana.

Se hallaba entre los comensales el compositor Arrigo Boito —"que usted conoce bien"—, dijo volviéndose hacia mí.

—El autor de "Mefistófeles" — respondíle.

—Eso es; y de otra ópera, "Nerón", que venía preparando desde hacía quince años.

Boito, entusiasmado por el brindis de Barthou, exclamó:

—Yo escribiré una marcha triunfal ese día.

Y Barthou, sonriente, exclamó a su vez:

—Esperemos que Bélgica sea liberada antes de que el señor Boito concluya su marcha.

Era ya hora de retirarnos, y un caluroso apretón de manos puso fin a ese momento de amable expansión espiritual gozado en la hospitalaria casa de Francia, en Moscú, junto a uno de los más brillantes, ilustres y simpáticos políticos de la República Francesa.

CAPÍTULO VII

LA CIUDAD EN LA MANO

LAS PEQUEÑAS COSAS DEL VIVIR CONSUETUDINARIO.

Cuando quedó cumplida la primera etapa de las exigencias protocolares en los interiores del Comisariado de Negocios Extranjeros, dí un suspiro de alivio.

Esa noche, más tranquilo que las anteriores, pues había podido descargar en gran parte mi nerviosidad de novicio en las costumbres de la diplomacia, pude dedicarme, como tomándome un desquite contra la seriedad de la carga pública que había comenzado a sobrellevar, a algunos detalles intrascendentes de las costumbres domésticas de la vida rusa, que acaso ofrezcan algún interés para las amas de casa.

Las camas no se arreglan ni atavían en Rusia como en los países que yo conocía. Las cubiertas del lecho, que sólo luce durante el día como decoro exterior una colcha de gruesa tela blanca (ésa es al menos la costumbre en el hotel donde habitaba y en las casas mejor puestas), consisten en un acolchado que va introducido, como en un sobre que se abre por el centro, en la sábana superior. Sobre la otra sábana, que queda estirada sobre los colchones y sujeta por ellos, se dispone esa doble cubierta sin fijarla bajo el colchón, dejándola suelta sobre éste, con los bordes longitudinales doblados hacia adentro.

Como esos cobertores permanecen sin fijarse bajo los bordes del colchón, es fácil hacerlos deslizar sobre la estirada sábana inferior hacia el suelo en un movimiento del sueño, aunque éste sea poco agitado.

Pero no se tarda en aprender a utilizar ese método para abrigarse, y se le descubre entonces la ventaja de permitir ceñirse bien al cuerpo por ambos costados, la sábana de arriba —el gran sobre de hilo—, y su "carta" de guata o algodón en rama recubierto de una tela resistente, de tal manera que no le entra a uno el frío por ninguna parte.

En las casas de familia, sobre las dos grandes almohadas, generalmente tan anchas como largas, suele colocarse una pequeña, del tamaño de un pañuelo de bolsillo, que se llama *dunka* (diminutivo de *pensamiento*), en la cual apoyan la cabeza los durmientes.

No se me oculta que más de un sesudo lector ha de reprocharme esta prolija descripción de un pormenor tan baladí como éste, al que dedico casi una página, pero los pueblos no viven sólo por sus grandes actos, y a menudo mejor se les siente vivir en sus menudencias cotidianas, en sus vulgares y obscuros modos habituales, en sus cosas pequeñas pero muy suyas, que si no interesan al sabio ni al filósofo ni al político ni al literato, interesan, como ya he dicho, a las amas de casa y a las camareras. Algo debe tener también para ellas todo libro que pretenda reflejar la existencia de un pueblo.

Y ya que me estoy entreteniendo en referirle al paciente lector cómo

son las camas, voy a explicarle asimismo cómo son las ventanas, lo que puede resultar interesante por lo menos a los constructores de casas.

En Moscú, naturalmente, no se conocen las persianas o celosías, propias de los países de mucho sol. Nada se pone, pues, ante los vidrios de las ventanas o de las puertas que se abren a los balcones. Para atajar la luz de afuera o substraer los interiores a las miradas indiscretas, sólo se emplean cortinas y visillos. No había en esto nada de extraordinario para nuestra curiosidad de visitantes casi tropicales. Lo que nos llamaba la atención era el doble juego de hojas que cada una de esas ventanas exteriores invariablemente tiene.

El frío obliga a usar los cristales y marcos por partida doble. Cada ventana son dos, una detrás de la otra. Entre ambas se deja un breve espacio. Sobre la parte superior va una pequeña banderola, que no abarca sino una hoja y se abre y se cierra desde adentro para ventilar la estancia, cuando el tiempo lo permite.

También las puertas de calle son dobles, teniendo la de afuera un agarrador de bronce o de madera, con el cual es necesario empujar con fuerza para abrirla. No se ve nunca una puerta abierta de par en par, como en nuestras casas. Allí las puertas sólo se abren a medias. Es una precaución impuesta por el clima, sobre todo en invierno, para que el frío de la calle no se entre de rondón en las casas, malogrando con su intruso contacto de nieve el cálido abrigo de las estufas. Un batiente de la puerta exterior puede permanecer firme, si tiene dos, ya que a menudo son puertas que no se abren por el medio sino por un solo lado.

Hasta los grandes almacenes, las casas de venta, las oficinas abiertas al público, los teatros, los cines, emplean ese sistema.

El pesado batiente tiende a cerrarse solo, y el público que va saliendo o entrando debe encargarse de sostenerlo con la mano o el codo al pasar, y a veces, cuando alguien ha pasado ya y otro llega desprevenido, puede golpearse la frente en el madero.

La defensa contra el aire de afuera se vuelve inquietante en los almacenes y en las salas de espectáculos públicos muy frecuentadas, en las horas de mayor afluencia de concurrentes.

Grandes *halls* de cines donde se aglomeran cientos de personas, sólo cuentan con una estrecha abertura de acceso, y cuando el edificio lo permite, se hace salir a la concurrencia por otro lado al terminar cada sección. En uno de ellos, cercano al hotel, cierta tarde en que fuí a presenciar un nuevo *film*, tuve ocasión de comprobar los inconvenientes de esa escasez de entrada, pues los que habían hallado agotada la boletería, que eran cientos, debían volverse por donde habían entrado y allí, en el hueco de la doble puerta semicerrada, se producía un apretujamiento tal y un forcejeo tan espantoso, que a punto estuve de arrojar mi último aliento en fuerza de haber expelido ya, entre aquellas bárbaras apreturas de asfixia, todo el aire de mis pulmones.

Entonces tuve para mí que entrar en tales cines, a ciertas horas, valía tanto en cuanto a afrontar riesgos de muerte, como ir al propio frente de guerra.

Y como me asistió el coraje de desafiar ese peligro un par de veces,

empecé a sentirme maduro para que se me diese a mí también, en ese país de las condecoraciones, una condecoración.

La orden de "héroe del cine" debía crearse, pensé, para quienes como yo se aventuraban deliberadamente a meterse, con reincidente intrepidez, en la trituradora vespertina y nocturna de la única puerta del *Metropol*.

Hablando de las puertas de calle, una inevitable asociación de ideas me conduce a la calle misma.

EN LA VÍA PÚBLICA.

Las calles de Moscú... Las hay para todos los gustos, en cuanto a extensión y anchura, desde el estrecho viaducto medieval que se introduce como con cierto aire de clandestinidad entre los costados y fondos de las casas, hasta la moderna avenida de setenta, cien y ciento veinte metros de amplitud que circunvala el casco urbano o que sale a juntarse con las carreteras rurales tendidas en rosarios de kilómetros hacia otras ciudades cercanas y remotas.

Como la ciudad carece de un planteamiento regular, más o menos simétrico, se han multiplicado los vericuetos laberínticos, los pasajes sinuosos que atraviesan macizos de mampostería para acortar distancias.

Están generalmente mal pavimentados y aun sin más pavimento que la tierra endurecida por el tránsito. Ellos permiten trasladarse de un punto a otro cercano sin dar los interminables rodeos a que obligan las avenidas y calles normales en la irregularidad caótica del amanzanamiento o de la falta del mismo.

De trecho en trecho se encuentra, pues, en vez de la bocacalle de una vía pública con sus correspondientes aceras y calzadas, hacia las que miran, como es natural, las puertas y ventanas principales de cada edificio, un portal o un espacio abierto por donde desemboca uno de esos callejones auxiliares, a veces con capacidad para el tránsito de vehículos en hilera, que penetran en líneas irregulares por entre las casas, y que suelen no ser sino una continuidad de patios en torno de los cuales se alzan las paredes traseras o laterales de los edificios, agujereadas por pequeñas ventanas.

A veces conducen, por un corto trayecto y con facilidad, de una arteria a otra. Otras veces son largos y dan vueltas complicadas, de modo tal que si uno se deja tentar por ellos y da en seguirlos sin ser baqueano, se pierde irremisiblemente.

Hay callejuelas de esas que sólo son una serie de veredas estrechas que se internan a través de patios o corrales, pasando entre portones y graneros o desvanes vacíos, y realizan un recorrido tan imprevisto, que al salir a la calle o plaza buscada uno se ve desorientado y sin saber si ha de tomar hacia la derecha o hacia la izquierda.

Una doble corriente ininterrumpida de transeúntes que andan con atareado paso uno tras otro, sirve de guía al novicio que se aventura a probar suerte en esa curiosa travesía. Pero ésos son como los arroyuelos que afluyen a los ríos. Los ríos del tránsito urbano suelen rehuir también la línea recta. Hay una ínclita excepción: la avenida Gorki.

La más moderna arteria de Moscú es la avenida que lleva el nombre del autor de "Los Vagabundos". Es una de las obras edilicias que el régimen soviético exhibe con orgullo, como muestra de su capacidad de realización.

Ella y la ampliación de la antigua avenida Sadowa (de los Jardines), que es ahora una vía de circunvalación de un ancho no menor de cien metros por lo general y en algún sitio quizá de más de ciento cincuenta, han cambiado la fisonomía de la urbe.

Muchos de los grandes y elegantes edificios que confieren a la avenida Gorki un austero decoro, han sido levantados en el espacio de pocos meses. Se trabajaba día y noche, en equipos numerosos, y en forma que se veía adelantar la obra por momentos. Eso era algún tiempo antes del estallido de la guerra.

Esa avenida fué abierta como un enorme tajo en el núcleo más compacto y céntrico de la vieja ciudad. Arranca de la Plaza de la *Mañesnaia* (nombre tradicional), teniendo en ese extremo, de un lado el Hotel Nacional y el moderno semirascacielo del Consejo de Ministros y sus oficinas, edificio de esbeltas líneas y atrayente estampa, con sus blancos muros de revestimiento de piedra, y sus doce pisos bien proporcionados.

Ella debe medir, de pared a pared, unos cincuenta metros. Su calzada es de asfalto. Por ella no circulan tranvías. Sus aceras, con los cordones de granito, son de asfalto también, porque la piedra es escasa en Moscú, y en casi toda Rusia.

En algunos trechos se ven, entre los edificios que la flanquean, algunas casas vetustas de vastas proporciones en que se reconocen los gustos arquitectónicos predominantes en los últimos tiempos del zarismo, pero la mayoría de sus construcciones son de época reciente, elevadas en los dos últimos años anteriores a la conflagración. Se destacan algunos edificios de siete u ocho plantas airosas, de innegable elegancia, con sus frentes más bien severos y los gallardos arcos tendidos sobre los pasajes de comunicación con otras calles paralelas o más o menos perpendiculares.

No son rascacielos. Como abunda el espacio, los edificios no tienen por qué calar mucho los aires. Ostentan una altura proporcionada y discreta que armoniza con la amplitud de la vía, sin estirarse excesivamente hacia arriba, como conviene a una ciudad cuyo cielo la mayor parte del año permanece bajo, como si quisiera poner a descansar en los techos de las casas el *plafond* plomizo de sus nubes inmóviles. Hay en ellos balcones volados y algunos sobrios adornos, y sobre el pretil del más lujoso de ellos, construído con materiales de diversos matices, se ven estatuas de obreros.

Los arquitectos han querido apartarse de los estilos anteriores y han esquivado al mismo tiempo la aridez y la chatura estética de algunas modas internacionales novísimas.

La arquitectura de la avenida, desde el centro de la Plaza Pushkin —un trecho de dos kilómetros—, es una buena muestra de las tentativas de crear un arte arquitectónico del gran edificio urbano para habitación y para comercio, pues la planta baja está dedicada a los amplios almacenes de venta y las otras plantas a viviendas.

En mi modestísima opinión, sus mejores edificios son majestuosos; suelen no carecer de esbeltez y armonía de proporciones y de una interesante y nada árida sobriedad en su ornamentación, pero carecen de fineza en los detalles y no logran afirmar —aunque lo intenten—, los valores inconfundibles de un carácter propio. Son una mezcla un tanto híbrida de estilos. Se dirían los borradores de un estilo futuro. Mezclan la forma moderna, las líneas clásicas, los recuerdos de la estructura bizantina y los ornamentos asiáticos, pero con cierta timidez en su tendencia a orientalizar un poco lo occidental. No quieren ser orientales sino en muy parca dosis. A veces parecería que aun así lo son sin quererlo.

Un testimonio de las hazañas de que han sido capaces la ingeniería y la arquitectura soviéticas, es el Palacio del Gobernador de los tiempos del zar. Se hallaba situado de tal manera, que el trazado de la avenida encontraba en él un obstáculo junto con otros edificios que la piqueta demolió en pocas semanas. Allí se había instalado el Soviet de Moscú, en Concejo Municipal, y se le respetó moviéndosele de su sitio en un trecho de más de cincuenta metros, echándolo hacia atrás.

Se le restauró reformándolo. Se le aumentó de altura agregándole dos o tres pisos, se le revistió de un bello revoque granate, igual al que tuvo en sus primeros años, sobre el cual resaltan, con agradable efecto, los recuadros blancos de las ventanas, los blancos cornisones, las columnas y las pilastras de blanca piedra arenisca del cuerpo central y el clásico frontis, así como el alto zócalo, aparentemente de la misma piedra. Se ha conservado su estilo imperial y se ha dado mayor elegancia a las líneas y proporciones de todo el palacio. Queda allí, como un brillante exponente, mejorado, del gusto de su época.

Otro edificio fué arrastrado hacia atrás, en pocos días, para librarlo de la demolición. Se entendía, sin duda, que hubiera desentonado por varias razones en la línea de grandes casas modernas de la nueva avenida, pero se le ha conservado detrás de esa línea, en una especie de patio o plazoleta a que da acceso uno de aquellos pasadizos abiertos bajo grandiosas arcadas intercaladas de tanto en tanto. Es una construcción de mediados del siglo XIX, perteneciente a ese estilo que recoge algunos elementos tradicionales de la arquitectura nacional y se distingue por su policromía, el empleo del ladrillo sin revocar y la forma de sus arcadas y de las rechonchas columnas de sus *porches*. No estoy muy convencido de que haya valido la pena dejarlo en pie a costa de ese difícil aunque relativamente rápido traslado.

A la avenida Gorki afluye toda la población de la ciudad en los días de fiesta, a ciertas horas, y en cualquier instante cuando el pueblo sale a la calle atraído por algún acontecimiento sensacional.

La Plaza Roja y ella atraen a todo Moscú en las celebraciones de las fechas nacionales o en las horas de las salvas espectaculares en honor de algún triunfo guerrero.

En las tardes y noches de la buena estación, circula por sus aceras, especialmente por una de ellas, una compacta muchedumbre de paseantes.

El trecho monumental termina en la plaza pública, en cuya esquina la estatua de una mujer con los brazos en alto saluda desde el torreón de una de esas nuevas casas soviéticas, al viajero que llega desde lejos dándole la alborozada bienvenida de su fraterno ademán inmóvil.

Pero la avenida continúa hacia afuera, un poco menos ancha y cruzando la plaza Maiakovski, llega a la plaza de la Estación Bielo-Rusia, y luego se prolonga en Boulevar, con arboleda en el centro, para conectar con la carretera que conduce a Leningrado.

Tres realizaciones soviéticas llenan de orgullo, por encima de todas las demás, el espíritu de los moscovitas actuales: el Metro, el canal Volga-Moscova y la avenida Gorki.

Pero no es ésta la única calle digna de ser recorrida con atención curiosa por el visitante de la ciudad.



CAPÍTULO VIII

ASPECTOS EDILICIOS Y ARQUITECTONICOS

En otros lados, y no muy lejos del centro, se ven barrios de casas de madera, las típicas casas de madera, de un solo piso generalmente y a veces de dos, que no obstante su vejez suelen ser más confortables en este clima que las de otro material.

Con su fisonomía de casas de campo (el campo permanece en ellas presente en los troncos de árbol superpuestos que, cortados longitudinalmente, muestran al exterior la superficie curva) ; con sus chimeneas cuadradas, con sus escalerillas de leño para entrar —porque se las ha construído sobre cimientos altos o sobre pilares—, insinúan una impresión de égloga en los rincones de la urbe donde todavía se agrupan. Un detalle bonito las adorna: el hermoso calado de la madera, de graciosos recortes, pintados de azul y rojo, que recubre los sobremarcos de las ventanas y le forma a cada una de éstas como un primoroso frontón en miniatura.

Las *dachas* (casas de campo), se construyen de ese modo, y entre las antiguas, que abundan en los alrededores, las hay con atrios y columnas de madera, denunciando su categoría de palacetes antiguos.

¡Qué amables son esas ventanas —que el poeta español Hernández llamó "tiernas"—, detrás de las cuales siempre asoman flores en verano y hojas de verdor perenne en invierno, de plantas sustentadas en rojas macetas de barro cocido!

Y aún prescindiéndose de esos barrios añosos, puede advertirse que la aldea ha quedado en Moscú como incrustada, apareciendo por múltiples parajes en esas habitaciones de leño, a pocos pasos de elevados edificios de construcción moderna y entre vías de tránsito por donde circulan los más perfeccionados medios de locomoción y transporte.

Asimismo, no sólo el Kremlin y las iglesias antiguas, muchas de ellas en ruinoso estado, sino las murallas de sólidos ladrillos y la puerta y los castillejos pintados de blanco de la "ciudad china", —del siglo XIV—, a poca distancia del Kremlin, y los monasterios medievales de los siglos XV, XVI y XVII, por lo general también amurallados, hacen pervivir los tiempos pretéritos en la urbe que se moderniza. No carecen nunca de atractivos artísticos para la contemplación ni de interés para las evocaciones históricas esas numerosas reliquias arquitectónicas que prestaban tanto carácter al Moscú de antaño y que hoy hacen de todo él un inmenso museo dentro del cual cada una de ellas suele ser un museo a su vez.

Pero abundan asimismo viejas construcciones que si fueron interesantes cuando nuevas, no han logrado, sin ser muy vetustas, sobreponerse a los ultrajes del tiempo en grado suficiente para no quedar reducidas a la más lamentable sombra de lo que fueron.

Calles enteras hay de casas en deplorable estado de deterioro, al

menos en sus partes ornamentales, o refaccionadas como se ha podido y sin ningún respeto por su primitivo carácter, si lo tenían en sus tiempos mejores. Los cornisones se han caído; los balaustres se han estropeado y muestran mutilaciones atroces; los techos se han reparado cien veces con remiendos y ya no guardan relación por su aspecto con el resto del edificio; los muros se han descascarado, y los hay que descubren el enrejillado de alfajías que forman la vieja armazón de las paredes, cuyos destruídos revoques pintados de rosa denotan en ellas el recuerdo de un grato sentido de la decoración.

Entre ellas suelen permanecer casi en ruinas, con las pilastras cercenadas, cortados arbitrariamente por aberturas que las nuevas necesidades de la comunicación han hecho inevitable, cercos que lo fueron de jardines y parques particulares de mansiones señoriales que ya han desaparecido, o si no desaparecieron aún quedan casi irreconocibles bajo las transformaciones a que las ha sometido la falta de cuidado o el exceso de desconsideración a causa del rudo imperio de las circunstancias.

Esas casas y esos cercos deteriorados, corroídos e injuriados más que por la edad por los azares de su suerte en el seno de una ciudad que no ha podido defenderlos, cuando aún era tiempo, de los embates de los elementos naturales —especialmente la nieve y la humedad corrosivas—, que en ella conspiran implacablemente contra la conservación de las construcciones, afean muchos trayectos urbanos.

Si fuesen ruinas tendrían por lo menos el misterioso prestigio que las acompaña en todo instante. Así no son sino como esas arrugas que destruyen la belleza de un rostro sin imprimirle en compensación un aire de noble austeridad.

La tragedia de Moscú, desde ese punto de vista, consiste en que carece de piedra y mármol y sólo por muy costosa excepción puede emplear en sus construcciones los más nobles materiales. Sus elementos de construcción son la madera, que las exigencias de las grandes ciudades relegan como material básico a las casas de campo, y el ladrillo, con el cual se hacen obras de infinita duración cuando se le trabaja y emplea con el arte de los viejos albañiles que levantaron los muros del Kremlin y del barrio chino; pero que se presta demasiado, asimismo, a un género de edificación no muy resistente, al cual basta en ese clima unos pocos años, no más de cincuenta, de abandono o desidiosa conservación, para trocar un presuntuoso frente clásico o barroco en una informe acumulación de sucia argamasa.

Recorriendo a Moscú por la superficie, no por las honduras de su suelo, como puede hacerse viajando en el Metro, se recoge siempre la impresión de una lucha titánica entre el ordenamiento edilicio de ahora contra el desorden urbano de antes, que en su inmovilidad de cal y canto parece desafiar impávido, en muchas partes, las inquietudes demoledoras del progreso.

Por lo que respecta a su trazado, la ciudad se halla —como también por lo que respecta a su fisonomía arquitectónica—, en un momento de transición en que se enfrentan las épocas, y a menudo la contienda permanece indecisa o momentáneamente termina con una tregua, que no es sino una retirada provisional del atacante, es decir, del progreso.

La guerra, que detuvo en absoluto la edificación, que paralizó la mano del albañil en los andamios y dejó muchas construcciones a medio hacer o con el último piso sin techar, interrumpió asimismo los trabajos y planes de apertura y rectificación de vías de tránsito; y Moscú sigue siendo una urbe diabólicamente intrincada y difícil de recorrer. Y seguirá siéndolo por mucho tiempo.

Tardará, sin duda, mucho menos en cambiar el aspecto general de sus construcciones, que en corregir la desaforada irregularidad de su trazado. Porque para corregirlo se requiere echar abajo montañas de ladrillo y cal y tener prontas las nuevas casas para suplir la falta de las derruídas. El proceso no puede ser breve toda vez que, por las necesidades de la vida, se han elevado y se elevan y se continuarán elevando construcciones nuevas dentro de la vieja irregularidad, que es como ponerle contrafuertes al laberinto para que se perpetúe.

La modernización del trazado se ha de efectuar a base de nuevas avenidas, que amplíen la transformación comenzada con la avenida Gorki, con la avenida de circunvalación Sadowa, etcétera.

Esas nuevas arterias introdujeron en la metrópoli zonas de renovación arquitectónica, por la serie de edificios modernos que se levantaron a sus márgenes y barrieron con obstáculos a la regularización de las calles, pero a sus costados y por todas partes, queda la ciudad apelmazada en un caprichoso agrupamiento de casas por entre las cuales andan, como víboras que se meten por un lado y no se ve por dónde salen, esas callejuelas que no pueden registrarse en ningún plano, esos corredores que parecen abiertos y labrados por la casualidad entre los frentes o entre los costados o entre los fondos de los edificios. Y ésas son, por largo espacio, las únicas vías de acceso a millares de habitaciones.

No hace falta recorrerla a pie —que es siempre la mejor manera de penetrar una población—, para descubrir que es una ciudad desorbitada y caótica. Carece de trazado propiamente dicho y está reñida con el amanzanamiento. Un buen conocedor de Moscú, halla a pie o en automóvil, infinitos atajos que acortan las distancias entre dos avenidas. Pero el que no conoce los atajos, que son verdaderos recursos del diablo en un dédalo inexplicable, apenas se aparta de una de las grandes arterias se pierde como un ciego en un bosque. No hay, tal vez en el mundo, ciudad donde sea tan fácil perderse.

Un simpático representante de Estados Unidos, Mr. Hamilton, actualmente Ministro en Finlandia, muy dado al *footing*, y muy avezado a recorrer ciudades a pie, anduvo perdido cierto día durante dos horas por las calles de Moscú.

Enormes caserones de siete u ocho pisos —a veces de diez y doce—, se levantan en ángulo y en escuadra flanqueando vastos espacios libres para expansión de los habitantes y por los cuales circula el público a pie y son como plazas que se comunican entre sí por angostos pasadizos.

Ese género de edificación, que es tradicional y parece responder a razones de higiene pública, contribuye a extender la urbe, como se comprende, haciéndole cubrir distancias inconmensurables.

Entre tanta confusión y falta de plan se trata de ir introduciendo un orden a base de una idea orgánica de reimplantamiento de la urbe.

Y obedeciendo a ese concepto se han abierto y se seguirán abriendo de aquí en adelante, con mayor celeridad, las avenidas amplísimas de circunvalación o radiales, de que ya hemos hablado, y han surgido barrios con amplias vías de comunicación y con edificios de modernísima estampa, muchos de los cuales quedaron sin concluir por culpa de la guerra.

EL PROBLEMA DE LA EDIFICACIÓN.

Una de esas avenidas es, por ejemplo, la que se denomina Koluga, donde se hallan el parque y el palacio de la Academia de Ciencias, que fué residencia de uno de los grandes duques, de la familia de los últimos zares, y donde se hallan asimismo numerosos institutos de enseñanza como el de Química, el de Metalurgia, el de Geología con un vasto museo, el de Bacteriología, etcétera, y viviendas para estudiantes.

Y uno de los nuevos barrios es el que lleva por nombre Lenín, donde sobre una avenida muy ancha de cómodas aceras que en seguida sale hacia las afueras prolongada en una amplísima carretera estratégica de cemento, se levantan monumentales casas de departamentos —de cinco o seis pisos, no más—, que sorprenden por las armoniosas proporciones y la ornamentación adecuada. A propósito de las grandes casas de departamentos para viviendas, cabe advertir, de paso, que aún las construídas antes de la revolución se caracterizan por su desproporción entre el frente y el fondo. Por lo general, en todo Moscú, las casas se extienden sobre el frente y no sobre el fondo como en nuestro país. Se trata así de que todas las piezas tengan ventanas hacia afuera. Se ve hasta en algunos antiguos palacios señoriales de la calle Povarskaia, que ocupan una extensa área lineal sobre la vía pública y sin más fondo casi que el ancho de las salas y habitaciones enfiladas a lo largo de la calle. Esa necesidad de captar la luz exterior es, como se comprende, más imperiosa para los edificios de múltiples viviendas. No existen los patios interiores de los climas templados, y se prefiere dedicar el espacio que ellos habrían de ocupar, a una plazuela o patio exterior del que participan diversas fachadas posteriores, laterales o anteriores.

Vista de las alturas de un avión, la urbe ofrece, en muchos sitios, el aspecto de una sucesión de muros que hubieran quedado en pie tras un bombardeo. Fué una de sus ventajas defensivas, que redujo la eficacia de los ataques aéreos alemanes, cosa con que no había contado Hitler.

Algunos de aquellos edificios del barrio Lenín no están terminados. Los trabajos de renovación edilicia, sobre todo en lo que atañe a la construcción de casas, no habían podido intensificarse, aún muchos meses después de concluída la guerra, porque se luchaba con una pronunciada crisis de mano de obra en las industrias correspondientes. Faltaban albañiles, frentistas, carpinteros, plomeros, electricistas, etcétera. Las fábricas habían absorbido durante la contienda, cuando no el ejército mismo, a los jóvenes que iban entrando en la órbita de la producción y todos los hombres útiles a ella dedicados. Las industrias de la construcción paralizadas no podían retener a los novicios necesarios en los cuadros del aprendizaje. Las escuelas de albañilería y carpintería existentes no preparaban sino un reducido porcentaje de los brazos que se requieren

ahora, cuando la construcción y la reconstrucción se imponen como la más urgente de las necesidades. Hoy hacen falta muchos miles de obreros de la construcción, y en todas las obras se veían carteles demandando trabajadores del andamio, se retribuía a los oficiales albañiles con jornales de veinticinco rublos y a los peones con jornales de quince, y se les otorgaba señaladas ventajas en las libretas de racionamiento. Se estimulaba de ese modo el acceso y la preparación en esos oficios.

En abril de 1946, al comienzo del cuarto plan quinquenal, trabajaban mil trescientos jóvenes comunistas en las construcciones de Moscú. Se les reforzó por esos días con mil *konsomols* que trabajaban en distintas instituciones de la capital. Se llevó a cabo una reunión de esos jóvenes constructores moscovitas en un teatro y el ingeniero principal de la construcción de viviendas presentó un informe.

Ese ingeniero, después de exponer la necesidad de mano de obra para cumplir el programa de construcciones, anunció que se edificarían viviendas especiales para los jóvenes constructores.

Se trataba de multiplicar lo más posible el número de trabajadores de la construcción y se contaba con el ardor proselitista y el espíritu de disciplina de los *konsomols*, para aumentar rápidamente los cuadros de esos trabajadores.

Se creó todavía una red de cursos para impartir los conocimientos técnicos adecuados a los nuevos tipos de construcción.

Cuando se haya superado esa crisis va a ser, probablemente, notable el impulso que se imprima a la transformación de Moscú.

Palacios como el de los Soviets, coronado por una estatua de Lenin, de cien metros de altura, y del que hasta ahora sólo han podido construirse los cimientos, se alzarán imponentes; y el plan de renovación y regulación de la ciudad que las gentes llaman "Plan Stalin", se llevará a cabo en pocos años.

Calculo que en quince o veinte años el aspecto de Moscú habrá cambiado al punto de que sólo por sus grandes y perdurables reliquias arquitectónicas —el Kremlin, la Catedral de San Basilio y otras de sus iglesias conservadas y restauradas, el Bolchoi Teatro, la Puerta China, la Universidad de Moscú, algunos monasterios etcétera—, podrían reconocerlo los que no lo vieron desde los tiempos del último Nicolás.

Por ahora, en medio de un océano de casas vetustas y de callejuelas laberínticas, a veces con un empedrado terrible, hay zonas, como grandes islas de edificios y de bellos palacios antiguos, bien conservadas. Una de esas zonas, la más privilegiada sin duda, es la que encierra en su perímetro de kilómetros el Kremlin, la Catedral de San Basilio, la Puerta y Murallas de la Ciudad China, el Gran Teatro, el Museo de Lenin, la Biblioteca de Lenin con el Palacio Roumiantsev; la Universidad de Moscú y la de Lenin; la Casa de los Sindicatos con la Sala de las Columnas; las estaciones más importantes del Metro; el reciente "rascacielo" de doce pisos, estilo yanqui, aunque atenuado en su altura y de muy agradable presencia (no así el horrendo monte de ladrillos revocado del hotel Moscova, que rivaliza con él en altura y modernismo desde la acera de enfrente) y todavía el gracioso parquecito Alejandro, que cierra por uno de sus costados ese océano de asfalto que es la plaza o explanada de la

Menagèrie, hacia la que mira con su insulsa fachada el Hotel Nacional y la mastodóntica *Yellow House* de la Embajada Norteamericana.

El antiguo hacinamiento de sus construcciones forma en algunos sitios toda una apretada serranía de argamasa y de ladrillo, desde hace pocos lustros atravesada y aún circundada por avenidas amplísimas y también desventrada por boulevares arbolados, pero sobre todo, cruzada por el Moscowa y su afluente el Iauski, que le dan motivos para aderezarse con puentes soberbios y le conceden encantadoras perspectivas fluviales.

Con las colinas y bosques de sus alrededores y esos dos ríos que se internan en su corazón como espadas sinuosas, tiene Moscú bastante que agradecer a la colaboración edilicia de la naturaleza.

Pero, pese al partido que ha sacado de esos ornamentos naturales, especialmente por el lado del Kremlin, en cuanto a los segundos, y por los dominios del parque Gorki en cuanto a los primeros, y pese a la audacia y magnitud de sus esfuerzos para modernizarse conservando y realzando los tesoros arquitectónicos, no pocos de ellos invalorables, legados a su prosapia metropolitana por el genio de los pasados siglos, no es todavía, apreciado su conjunto, lo que se dice una bella ciudad, aunque no pueda negársele el título de ciudad grandiosa e imponente.

LUCHA DE ESTILOS.

¿Será cabalmente bella cuando se hayan cumplido sus planes de modernización? Indudablemente. Fuera cual fuere el gusto que predomine en la arquitectura de las nuevas casas, que ofrecerán siempre por lo menos la majestad de las grandes líneas y de los vastos volúmenes, sin incurrir en el delirio de las alturas innecesarias —y es más fácil que pequen de sobrias o áridas en su decoración que de recargadas o churriguerescas—, Moscú, de aquí a veinte o treinta años, será integralmente hermoso.

Pero habrá perdido para siempre valores y encantos insuperables e insustituíbles si no acierta a salvar en el turbión de las solicitaciones actuales la esencia de su propio genio, del genio artístico del pueblo ruso en una armoniosa adecuación de los rasgos tradicionales que perpetúan la impronta de su espíritu creador, a las exigencias de la vida moderna.

Para ningún arte son éstas más imperiosas que para la arquitectura, por ser éste un arte eminentemente utilitario, que no puede nunca prescindir del fin práctico de servir a las necesidades humanas, las más numerosas, porque es el arte de la casa, que es la ciudad orgánica, el caracol del hombre civilizado donde se refleja y de donde emana toda la vida del hombre, en la familia, en el trabajo, en el recreo, en la acción pública, en el recogimiento religioso. . .

Todas las corrientes de modernización y de progreso técnico, científico, artístico, se cruzan y concentran en el abierto radio de la arquitectura, que es a la vez soporte, espejo y síntesis de la civilización.

Las culturas tienen en ella su raíz, su flor y su fruto más representativo. Ella hace con las piedras lo que la literatura con las palabras: da expresión duradera al hombre, a través de los años y de las edades, en las diversas actitudes de su alma y de su cuerpo ante la naturaleza y la vida. Si la literatura es una arquitectura verbal, ella es una literatura sin palabras, con elementos sólidos y líneas y volúmenes por vocablos. Y con una tal hegemonía en el concierto de todas las artes, que puede servirse de todas ellas —así como todas necesitan de ella— y acogerlas en su órbita imponiéndoles un sentido determinado. Como es la casa, puede reunirlas y brindar hospitalidad a todas.

Sin dejar de ser industriosa y de atender a las necesidades vitales y prácticas en cuya cabal satisfacción reside no sólo su razón de ser sino el secreto íntimo de sus valores estéticos, de sus virtudes como arte, depara al espíritu el más puro y desinteresado placer de lo bello, el goce de contemplar formas geométricas fascinadoras por el prestigio de la armonía y de la proporción, o líneas y perfiles que graban en el aire una inmóvil trayectoria cuya gracia seduce, o sabios ornatos que concitan en un frente y en una cornisa, en un capitel y en un plinto, en un arco y en una voluta, en un tímpano y en un cimborio, los atractivos plásticos de la escultura y de la pintura, con la simple graficidad de sus palpables relieves.

Y bien: dejando de lado estas ociosas divagaciones, es obvio que la arquitectura soviética debe surgir adaptada a necesidades que no tuvo que contemplar la arquitectura rusa. Sería imposible adaptar algunas de las formas tradicionales de ésta a una de las grandes casas colectivas urbanas o a una enorme fábrica moderna cuya construcción, desde luego, requiere, por razones económicas unas veces, y por razones de seguridad otras, si no unas y otras simultáneamente, materiales extraños que no son los que más se prestan a las formas arcaicas donde vive la raíz de su arte arquitectónico en lo que tiene de autóctono y original.

Pero sería un arte de imitación, sin carácter propio, si se dedicase a fabricar edificios *standard* siguiendo la moda de otros países y no lograse imprimir a sus obras la jerarquía estética de una fisonomía inconfundible. Para esto, fuerza ha de serle reaccionar sobre el tipicismo de las formas vulgares que todo lo invaden a impulsos de esa irresistible tendencia del progreso a universalizar los estilos, a uniformar las costumbres, a internacionalizar las modas, a borrar fronteras en el campo de las realizaciones del trabajo, del arte y de las ciencias. Nadie podría reprochar a la economía soviética que haya multiplicado tantas construcciones de tipo industrial iguales a cuantas con idéntico destino se ven por todas partes del mundo, fabricadas sin más preocupación que la de hacer pronto y con los materiales útiles más a mano. No todo ha de ser ni puede ser construído con belleza. Lo más responde a exigencias prácticas que apartan a codazos el prurito del arte. Y a nadie tampoco se le ocurriría tomar esas construcciones como exponentes de la arquitectura soviética, ni para ensalzarla ni para deprimirla.

De lo que se trata es, que se abra sitio (y no pequeño, sino, de ser posible, preponderante) entre esa misma arquitectura de "urgencia", a las manifestaciones de una inventiva artística dotada de originalidad y buen gusto.

A veces basta para conseguir una cierta individualización (que, al par que independiza del vasallaje estricto de la copia, acentúa el sentido

de la armonización con el paisaje y el clima, valor estético de por sí), la adaptación de las mejores formas universales modernas a las condiciones del medio físico, modificando aquéllas en lo indispensable. Por el contrario, resultan poco agradables los simples y escuetos trasplantes de algún estilo en boga, como el del suizo Le Corbusier, que estuvo en Moscú años atrás y dejó algunas discutibles huellas de su paso.

El observador halla en Moscú un muestrario completo de las expresiones arquitectónicas que señalan todo el proceso de la evolución del arte, con la diversidad de los estilos e influencias que vinieron sucediéndose a través de varios siglos en el desarrollo de la arquitectura rusa.

Allí puede estudiarse la historia de ese desarrollo, empezando por los templos que acusan la influencia bizantina, como sus antecesores de Kiev y Novgorod, las ciudades donde aparecieron las primeras construcciones religiosas monumentales.

Las cúpulas en formas de bulbo y a veces de casco de guerrero antiguo, con su policromía a base de oro y tonos yuxtapuestos; la planta de los templos y las formas de las naves; la estructura de las bóvedas, que se propaga a los palacios civiles, ofrece muchas constancias de esa influencia.

Pero ella es recibida en no pequeña parte para ser adaptada a su vez a ciertas características del genio artístico ruso, que no siempre desaparece bajo ella en una actitud de absoluta sumisión, sino que a menudo se afirma con ella y la emplea como una adquisición para su propio realce y lucimiento.

Y además, ella no excluye rasgos y elementos elaborados por la iniciativa rusa y desconocidos por el arte de Bizancio.

A mediados del siglo XIV, Violet le Duc, el famoso arqueólogo y arquitecto francés al que se debe la reconstrucción de los más bellos castillos medievales de Francia, escribió un libro muy discutido por su exagerada tendencia eslavófila, donde sostiene que hubo siempre en la arquitectura de Rusia y en sus artes decorativas, muchos elementos que no eran aportaciones de aquel célebre imperio.

Así, por ejemplo, mientras en la arquitectura bizantina no hay ninguna apariencia de construcción de madera ni de tradiciones derivadas de la carpintería, en la arquitectura rusa de los siglos XVI y XVII las formas impuestas por la estructura de madera, que era el elemento natural de sus construcciones, surgían conjuntamente con las proporcionadas por el empleo de la bóveda, aun cuando en vez de la madera utilizasen el ladrillo.

Hay más aún: las construcciones rusas anteriores al siglo XI nos colocan ante un arte local ajeno a toda corriente llegada de Bizancio. Esas construcciones eran de madera y no podían, en consecuencia, tener por su estructura puntos de contacto con la arquitectura bizantina.

Y cuando, hacia el siglo XI, los rusos comienzan a levantar templos de albañilería cuya estructura, y particularmente las bóvedas, se inspiran en el arte bizantino, ellos adaptaron a esta estructura, con el revestimiento bizantino bastante modificado, una ornamentación que participa en proporciones variables de elementos asiáticos, eslavos o medos y que es un producto naturalmente local.

No es nada difícil descubrir los elementos decorativos y hasta estructurales que Rusia recibió del Extremo Oriente, de Persia, del Asia Menor, sin necesidad de recurrir a la mediación de Bizancio, que había creado un arte con el aporte de aquellas regiones asiáticas y de Roma además, sin descartar, como se comprende, el tronco griego originario, del cual se separaba audazmente orientalizándose, en cierto sentido para su bien y en otro sentido para su mal.

El arte bizantino era, pues, una combinación de artes orientales con influencias griegas y romanas. Los arquitectos de Bizancio tomaron la bóveda, como asimismo los arcos cabalgados que los romanos empleaban, y les dieron nuevo desarrollo. Esos elementos los incorporaron al arte ruso, que a su vez los trató con audacia renovadora.

El arte ruso marchaba por su vía aún bajo la influencia bizantina, que no apagaba las cualidades nativas del genio eslavo.

Se han podido separar las diversas corrientes que vinieron a fundirse sobre el territorio ruso y que desde el siglo XII —como afirma el famoso arquitecto francés citado— "constituyeron un arte original, susceptible de progreso, en relación íntima con el arte bizantino pero sin confundirse con él".

En esa alianza de corrientes orientales y occidentales en que el instinto artístico eslavo se había desenvuelto, y el genio de la raza, o para mejor decirlo, del pueblo ruso hacía valer su personalidad destacándose con valores propios, que tenían su raíz en el medio y en la historia, la arquitectura pronunciaba su originalidad.

Desde luego, se distinguía en bloque de la bizantina, en la que tanto se apoyaba, por el sentido de las proporciones. "Se nota siempre —dice aquel autor— en los edificios rusos un sentimiento muy delicado de las proporciones, pese a una ejecución a menudo grosera. Esta cualidad es evidente en los coronamientos, en la disposición de los planos y de los vacíos, en la silueta general de la arquitectura".

Eso es lo que confiere a las iglesias rusas una esbeltez de líneas, una elevación armoniosa que en vano se buscarían en los templos más famosos por la pureza de su estilo bizantino.

Es una virtud que dota de elegancia y majestad a las construcciones, y ella basta, sin duda, para elevar a una jerarquía envidiable la escuela que sepa sacar partido de ella para su propia distinción.

En el siglo XVI aparecen en Moscú formas originales que se inspiran en la arquitectura nacional en madera, que es la popular y autóctona de un país de bosques incomensurables, donde las primeras casas de Dios, como se ha dicho, fueron simplemente "isbas" agrandadas y adaptadas a las necesidades del culto. Hasta entonces la arquitectura rusa no había sido, salvo algunas variantes y fuesen cuales fueren los grados de su originalidad, sino una rama de la arquitectura bizantina, como en Kiev y Novgorod, o armeniense, como en Vladimir, o italiana, como en el Kremlin de Moscú, de los tiempos de Iván III, quien encargó al arquitecto Alevisio la construcción del muro erizado de almenas y torres de acecho según el modelo del *Castello Sforzesco* de Milán.

Con las iglesias en forma de pirámide sienta sus reales un arte arquitectónico ruso, si bien algunos arqueólogos han querido ver en esas

coronaciones que sustituían a las cúpulas bizantinas, un recuerdo de las pagodas hindúes o de las tiendas mogólicas, cuando más lógico es buscar su explicación en el simple hecho de que, para el pueblo ruso, la madera de sus bosques era el material más al alcance de la mano.

De todas esas iglesias, la más célebre es la Catedral del Bienaventurado Basilio, erigida entre 1555 y 1560, fuera de la cintura del Kremlin, en un extremo de la Plaza Roja. Se la ha proclamado unánimemente una joya de la arquitectura nacional. Es obra de dos arquitectos rusos: Barma y Postnik, quienes la construyeron por encargo de Iván el Terrible para conmemorar su victoria de Kazán contra los mogoles.

Primitivamente construyeron un grupo de ocho santuarios. Una pirámide central, de piedra, rodeada de siete capillas de madera. Después se integraron los siete santuarios en un solo edificio, y más adelante, en el siglo XVII, se le agregó la compañía de un campanario.

Con la diversidad de sus formas realzada por la brillante policromía de las mayólicas y el balduque que recubren sus torres, se alza en el aire de la Plaza Roja con el encanto de un prodigio de arte que alegra los ojos y suspende el ánimo, aliando en sus caprichosos lineamientos la gracia botánica de las flores a la solidez mineral de la piedra. Se le ha comparado a un ramillete de enormes tulipanes y se ha dicho que el equilibrio y la armonía de ese conjunto abigarrado de cúpulas y torres fuertemente balducadas y revestidas de baldosas de cerámica, parece cosa de milagro.

Culmina con ella la gran época de la arquitectura nacional rusa que pertenece al siglo XVII. Pero en ese mismo siglo se detiene el desarrollo de esa tendencia, bajo los dos primeros zares de la dinastía de los Romanov, Miguel y Alexis, y sobre todo por la obra de un patriarca opuesto a toda innovación artística, el jefe de la iglesia rusa, Nikon, que impuso la obligación de atenerse al Canon tradicional de las cinco cúpulas.

Se da con ello un golpe de muerte al tipo popular y nacional o autóctono de las iglesias en forma de carpa, y las flechas en las líneas de las pirámides sólo se toleran para las construcciones anexas, capillas o campanarios. Se vuelve a la tradición bizantina.

Pero ocurrió que mientras se apartaba de este modo a la arquitectura religiosa de las formas locales y populares, no podía impedirse que la ola del barroco que llegaba de Occidente por las puertas de Polonia y la Pequeña Rusia, invadiese arrolladora el dominio de la arquitectura y la pintura de iconos.

En Moscú numerosas iglesias, algunas bellísimas, señalan esa nueva fase. Pero cuando se habla de la arquitectura moscovita, fuerza es considerar como principal centro de interés y casi como eje de su desenvolvimiento, el Kremlin, y hasta podríamos decir los Kremlins, porque también juegan importante papel en el cuerpo arquitectónico de la ciudad los numerosos y gigantescos conventos que reunían funciones eclesiásticas y funciones guerreras, siendo como aquél villas amuralladas y fortificadas, con ciudadelas y torreones de guerra destinados a atajar el paso a los invasores. Ya hablaremos de dos de ellos: el Monasterio del Don y el Monasterio de Novo-Devitchy, a propósito de los cementerios que

en ellos se encierran junto con las catedrales de cúpulas de oro, las mansiones de los monjes y los cuarteles de los soldados.

Es en el Kremlin de Moscú (casi todas las ciudades rusas tienen uno), con su carácter de pequeña ciudad fortificada, donde hace su entrada en Rusia el Renacimiento italiano.

Las tres catedrales, las torres de Iván el Grande (en homenaje de San Juan Clímaco), el *Granovitaia Palata*, la Muralla de ladrillos rojos y sus primeras Puertas y Torres, fueron obras de arquitectos italianos. Alevisio, Rufo, Solario, Fioravanti, pusieron allí el sello del primer Renacimiento.

Cuando Iván III se propuso sustituir la primitiva empalizada, el modesto Kremlin de madera por uno de piedra, echó mano de arquitectos moscovitas. Los rusos, durante la prolongada dominación tártara, habían olvidado la técnica de la construcción que aprendieron de sus maestros bizantinos; y ya no sabían asentar los fundamentos de un muro ni alzarlo. No sabían cocer los ladrillos ni servirse de ellos. No pudieron, por tanto, complacer a Iván, llamado el Bueno. Los muros se derrumbaban apenas comenzados. Fué, pues, necesario recurrir a los extranjeros. Por recomendación de su mujer, Sofía Paleólogo, princesa bizantina que había sido educada en Roma, Iván contrató arquitectos italianos. Estos, no sólo construyeron el cerco definitivo, el Kremlin propiamente dicho, con el gusto gótico de moda, según diría Voltaire, sino todo el conjunto de las tres catedrales y los primeros palacios de albañilería de esa sede imperial y eclesiástica, administrativa, guerrera y religiosa, imprimiéndole al conjunto, a pedido del propio príncipe, ese parecido con el *Castello Sforzesco* de Milán a que ya hube de referirme.

No se crea, sin embargo, que sólo se trataba de importar los estilos de moda en Occidente sin ningún miramiento para los valores de un arte arquitectónico tradicional. Por el contrario, cuando Iván III hizo venir en 1475 a Aristóteles Fioravanti, de Bolonia, lo envió a Vladimir para que conociese y estudiase los modelos de la antigua arquitectura religiosa rusa. El quería que el arquitecto se inspirase sobre todo en la catedral de la Anunciación, de Vladimir; y la verdad es que esos arquitectos extranjeros hicieron templos de un color local innegable, en los cuales adquieren realce y categoría los rasgos más característicos del arte tradicional ruso armonizados con el gusto y las adquisiciones del arte occidental, especialmente el italiano, en su época.

Prueba de ello fueron la Catedral del Arcángel, edificada en 1500 por el milanés Novi, que se restauró en 1920-1921 de acuerdo con el plan primitivo, y en la cual la doble cintura de arcos sobre los muros y los motivos en forma de conchas gigantescas en lo alto del piso superior, en vez de las arcadas tradicionales, significaban aportaciones de las que se dijo que abrieron una nueva era en el desarrollo del arte arquitectónico ruso. Y la Catedral de la Asunción, también del Kremlin, en que Fioravanti inspirándose, como ya hemos dicho, en la catedral del mismo nombre de la ciudad de Vladimir, del siglo XII, interpoló en el estilo tradicional magníficas innovaciones italianas que realzaron la belleza de la obra sin desnaturalizar su conjunto.

Fué más adelante cuando se cortó, casi de golpe, el desenvolvimiento

natural de los estilos locales, apartándolos de su contacto profundo con influencias exóticas occidentales.

Zares progresistas, que se empeñaron con éxito en aumentar el poderío de la nación y quisieron hacerla alternar con brillo entre las potencias de Occidente, fueron los que más descastaron el arte ruso. En el afán de civilizarle o de contrarrestar la reputación de barbarie que pesaba sobre Rusia, quisieron occidentalizarla en las más visibles manifestaciones de su vida y de su cultura. Pedro el Grande, que inició ese movimiento, y Catalina II fueron sus más altos e ilustres propulsores. Ellos contrataron obreros, constructores, arquitectos, artistas italianos, franceses, alemanes, ingleses y les dieron el encargo de europeizar el arte ruso, convencidos de que así marchaban de acuerdo con el progreso. San Petersburgo se erigió en una afirmación gloriosa, y casi en una Meca, del barroco. Un arquitecto de Génova, Restrelli, levantó numerosos palacios de fascinadora belleza, entre ellos el Palacio de Invierno y el Instituto Smolsy. Se comenzó a llamar a Petersburgo la Palmira del Norte.

La influencia bizantina cedió el paso a la italiana, francesa, holandesa, alemana. Los pocos arquitectos rusos, algunos de ellos geniales, que brillan entre tantos maestros extranjeros, son en realidad discípulos de las escuelas importadas.

El Kremlin de Moscú exhibe muchas muestras de los efectos de esa invasión occidental, que tampoco era allí solamente italiana.

La torre del Reloj, de la Puerta del Salvador, es obra de Cristóbal Galloway, un arquitecto inglés del siglo XVII. La torre de la Puerta San Nicolás es la copia reducida del campanario de una iglesia de Pomerania, que hizo construir Nicolás I, yerno del rey de Prusia. En el siglo XVIII, tras el abandono en que la mantuvo Pedro el Grande, sufrió los agregados más heterogéneos, primeramente bajo Catalina II, que había planeado reconstruir por completo el Kremlin de Iván III, e hizo levantar edificios de estilo clásico, como el Palacio de Catalina incendiado por los franceses; y después, bajo el citado Nicolás I, que le añadió el palacio para su residencia, especie de pesado cuartel de estilo pseudo-ruso, aplastante para las catedrales vecinas, construído por el alemán Thon.

En tiempo de Pedro el Grande y de Catalina II, el barroco graciosamente animado de un policromismo orientalista, podríamos decir bizantinizado, sustituyó al estilo bizantino. Los elementos originales del arte local fueron desapareciendo bajo la ola de la imitación occidentalista. Lo sustituyó transitoriamente el estilo de La Mothe, Velton y Rinaldi, y luego el clasicismo de Guarenghi, Stasov y Bafinov.

Así surgió un llamado arte Imperial, que más adelante trasciende el contagio de dos épocas de la arquitectura francesa: la del tiempo de Luis XVI primero, y en seguida la del estilo imperial napoleónico. Bajo este último influjo surgió el clasicismo "alejandrino" de los años de Alejandro II, que cobró la importancia de todo un estilo nacional, por la fuerza de naturalización en el espíritu ruso de que apareció animado, y el sello de cualidades estéticas prestigiosas que sin duda adquirió o reforzó en las mayores ciudades del imperio de los zares. Se impuso en el ambiente social y político del vasto imperio por la majestad de sus líneas clásicas, que pudieron desarrollarse en la amplitud de los espacios

y recursos disponibles y en la imponente presencia de las grandes proporciones.

Así como es en Petersburgo donde el barroco ruso alcanza sus más triunfales expresiones, es, en cambio, en Moscú donde el clasicismo imperial florece con más vitalidad y pujanza, invadiéndolo todo, sin siquiera excluir las casas de madera de las residencias campesinas más lujosas, que se usó adornar de un peristilo y un frontón de corte clásico.

Se abusaba, sin duda, de esos decoros greco-romanos.

No se le puede negar nobleza y belleza a ese estilo; pero adolece de graves defectos cuando se le trasplanta a un país como Rusia: no es apropiado al clima. Los templos con pórticos, en países fríos, que la nieve cubre gran parte del año, pueden justificar aquella aguda crítica del marqués Decustine: "el contrasentido es lo que hay de más característico en la arquitectura de esta inmensa ciudad".

La decoración Imperial suele mantenerse extraña al destino de los edificios. El profesor Rèau observa que las columnatas, prodigadas a diestra y siniestra, son aplicadas sin discernimiento a los cuarteles como a los palacios, a las casas privadas como a los edificios públicos. Y concluye coincidiendo con Violet le Duc —aunque lo censura— en que por brillante que haya sido el desarrollo de la arquitectura clásica en la Rusia moderna, es preferible la arquitectura moscovita de los siglos XVI y XVII, derivada de la nacional en madera, más lógica y más original a la vez.

A esa frecuente inadaptación de la arquitectura Imperial a los fines del edificio, que contrasta con la seriedad de sus rasgos y raya, con el tono severo y a veces solemne de su frente, en ese abuso de lo que se llamaba en el siglo XVIII la "columnización", debemos las infinitas sorpresas que recibe el inadvertido visitante de Moscú en sus primeras excursiones por sus calles y plazas. Cree habérselas, a cada paso, con un antiguo teatro o auditorio, o con un palacio erigido ex profeso para algunas funciones públicas, y luego advierte que aquello no había sido nunca sino una residencia particular o un vulgar caserón de renta o una simple cochera, de volantas y caballos de alquiler, como la gran *Ménagerie* lateral del Kremlin, construcciones domésticas o industriales dedicadas actualmente, salvo excepciones honrosas, a fines no mucho más ilustres.

Una reacción se había intentado bajo Nicolás I contra el auge avasallador de ese estilo. Arquitectos alemanes que gozaban del favor del zar, hicieron tentativas poco felices para implantar los estilos Neo-gótico y Neo-renacimiento. No podía seducir a nadie esa sustitución de una arquitectura de origen extranjero, pero en cierto modo aclimatada y nacionalizada en Rusia, por otra más exótica que no contaba con cultores de calidad.

Sobre otras bases se quiso también librarle batalla al clasicismo Alejandrino, directamente de ascendencia francesa. Se proclamó el anhelo nacional y patriótico de resucitar la arquitectura rusa antigua. Los paneslavistas desplegaron su estandarte de reconquista estética. Nicolás I tuvo la desgraciada idea de lanzar la ofensiva inicial encargando la dirección del combate a un prusiano, el arquitecto Constantino Thon, y eligiendo a Moscú como campo de batalla. Ya hemos hablado del más deplorable

efecto de esa cruzada: el Palacio Imperial construído por ese arquitecto en el Kremlin.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se persistió en los esfuerzos para dar vida al estilo neo-ruso, que pasó a la historia rusa del arte con la denominación consagrada de pseudo-ruso.

Sus más destacados exponentes en Moscú son, además del citado, la Catedral votiva del Salvador, alzada por el mismo Thon en el Kremlin, que reproducía como mala copia agrandada la iglesia de San Demetrio de Vladimir, y el edificio del Museo Histórico, obra del inglés N. Sherwood, a la que un crítico le reprocha "la mezcla arbitraria de elementos dispares" sacados de aquí y de allá, aunque no puede negársele cierta elegancia de silueta.

EL ESTILO SOVIÉTICO.

En los años más próximos de la revolución se había abandonado el estilo pseudo-ruso, volviéndose al clasicismo de los discípulos de Paladio, que fué el preferido por Catalina II y que cultivaba con éxito la generación ecléctica de arquitectos que continuó imperando en los primeros años del nuevo régimen, encabezada por Chetchoussky, quien concluyó en ese tiempo la estación de Kazán, agradable interpretación del viejo estilo ruso, para en seguida adoptar en Leningrado el estilo Imperio en el propileo elevado para servir de acceso al instituto Smolny, donde se instaló el primer gobierno soviético.

Ante ese estado de la arquitectura rusa se halló la Revolución.

Esta no tardó en proponerse revolucionar el arte de su tierra. Hizo surgir un arte *proletario*, distinto, claro está, del arte burgués.

En arquitectura comenzó a renovar apoyándose en las concepciones de Le Corbussier, y además, pese a las consignas del arte proletario, no escapó a la influencia del rascacielos "yanqui", creación del mundo capitalista americano.

Esos modelos no podían bastarle para la creación de una arquitectura propia, inconfundiblemente soviética.

Los estilos arquitectónicos de la época zarista debían quedar relegados en absoluto al pasado.

Ello significaba apartarse, desde luego, del clasicismo imperial y del barroco y no recurrir a los estilos tradicionales de tipo ruso.

¿Debía crearse un estilo nuevo, sin tradicionalismos arcaicos y pintorescos ni reviviscencias demasiado alejadas de los gustos actuales, que entre las arquitecturas de los países más adelantados irguiese los valores universales de una arquitectura revolucionaria y audaz, con formas inéditas, capaz de servir de modelo a los pueblos más cultos del orbe y de ejercer influencia sobre todo el arte arquitectónico de la naciente era de la historia humana?

Es evidente que con este afán ambicioso nació la arquitectura soviética. Toda ella es, desde luego, laica. Su primer rasgo distintivo es la tendencia a lo grande. El destino de sus construcciones les impone dimensiones gigantescas. Es en ese arte donde tuvo su cuna, sus primeras manifestaciones, la gigantomanía que alcanzó a todos los órdenes de la creación soviética, como, por otra parte, parece corresponder al genio nacional de una nación tan inmensa, de ciento noventa millones de habitantes, dueña de un territorio de veinticinco millones de kilómetros cuadrados, donde hay dilatados mares internos, bosques extensos como países, cordilleras fabulosas y estepas infinitas. Se comprende que un pueblo que cuenta las distancias por miles de kilómetros y las multitudes por millones de hombres, proyecte y realice en grande. Sus necesidades físicas son grandes, en consonancia con su volumen y su energía vital. A ellas ha debido adaptar el tamaño de las obras llamadas a satisfacerlas.

Las construcciones civiles, militares y religiosas de todas las épocas han denunciado esa característica. Moscú está lleno de edificios de los tiempos anteriores a la revolución, que lucen dimensiones colosales, siendo muchos de ellos simples residencias señoriales que hoy dan amplia cabida a interesantes museos, a oficinas multitudinarias, a academias militares o científicas, a hospitales y sanatorios. Citemos, a vuela pluma, el palacio Razoumovski, transformado en museo por la revolución; la casa de Dmitrimanov, de fines del siglo XVII, donde hoy funciona una clínica oftálmica; el palacio Rouvtsov, construído en 1753 por Rastelli y hoy hospital de niños; el palacio Maichionov, que data de los primeros años del siglo XIX y donde hoy se halla un sanatorio de tuberculosos. Y construcciones gigantes de la época son algunos hospitales, como el Dostoievski, antes "María", construído en 1893, de estilo clásico, y la clínica Paulovskaia, de estilo imperial, construída en los años 1802 a 1807. Añadamos, todavía, para no prescindir de los más conocidos, el Gran Teatro, reconstruído por Bovet, la Universidad de Moscú y la Universidad Nueva, construídas, respectivamente, a comienzos y mediados del siglo XIX por Gilardi; el bello palacio clásico del ex museo Roumiantsev, del siglo XVIII, de autor desconocido, que se cambió en Biblioteca de Lenin; el Museo de Bellas Artes, de estilo neo-greco, construído de mármol en 1912. La *Ménagerie* o Escudería, construída por Bovet en estilo Imperio, el hotel Metropol, etcétera. Sin decir nada del Kremlin ni de las catedrales e iglesias, entre las cuales abundan las de imponentes líneas.

Esa tendencia al agigantamiento debía, por fuerza, acentuarse en la arquitectura soviética, destinada a encarar soluciones masivas y si no había en ella plaza para los edificios religiosos, que suelen ser en todas partes los más gigantescos, había, en cambio, lugar para los grandes monumentos arquitectónicos civiles de fines colectivos.

El Teatro del Ejército Rojo, la sala Tchaicovsky, algunos edificios de la plaza Merejovsky, el estadio Dinamo, los pabellones de la exposición de agricultura, el Comisariado de la Construcción, el de la Marina, el hotel Moscowa, las nuevas dependencias inconclusas de la Biblioteca Lenin, casi todos los macizos de la avenida Gorki, son otras tantas verídicas denuncias de esa tendencia.

Pero ninguno de ellos iguala en su carácter de irrecusable testimonio de un gusto definido por la monumentalidad de extraordinarias proporciones al Palacio de los Soviets, proyectado por los arquitectos Felfeijon y Ofanov Shuco, que alcanzará una altura de 316 metros sin contar la estatua de Lenin, de cien metros de alto, la cual surgirá sobre

su terraza, coronándole; que hará descansar sobre sus cimientos un peso de dos millones y medio de toneladas; que contará con una sala donde podrán reunirse veintiún mil personas y otra donde cabrán seis mil, en ambas cómodamente sentadas; que medirá una capacidad de siete millones de metros cúbicos; que podrá dar cabida en todas sus reparticiones a cuarenta y cuatro mil personas; que ostentará cuarenta kilómetros de bajorrelieves.

Vendrá a ser, visto de afuera, un colosal monumento a Lenin, pues todo el edificio parece servir, más que nada, con su aspecto de enorme columna estriada, de basamento a la estatua máxima del héroe.

Se levantará en el mismo sitio donde se alzaba una catedral que era, precisamente, ella también, en su tiempo, la más rotunda afirmación de ese sentido local de lo grandioso, como que podía contener diez mil visitantes, cuya construcción duró cuarenta y seis años, costó catorce millones de rublos, estaba coronada por cinco cúpulas doradas, la mayor de las cuales medía ciento dos metros de altura (la más alta de Moscú). Se la sacrificó, sin embargo, pese a que se hallaba casi flamante (había sido construída en el año 1883).

Era otro de los inmensos adefecios del alemán Thon, quien suplantó en la empresa de alzar esa catedral conmemorativa de la guerra contra los franceses, al arquitecto Wittberg, que había comenzado a levantarla en el monte de los Monjes, y que fué deportado porque su obra no resultaba lo que se esperaba de ella.

El palacio que viene a reemplazarla no carece, por cierto, de elegancia, a juzgar por la maqueta. Se le podrá objetar que fuera de la audacia dimensional, que no es tampoco un rasgo privativo de los arquitectos rusos, nada hay en él que no refleje la inventiva extranjera, y cambiándole la estatua, lo mismo podría haber sido hecho en Nueva York o en París que en Moscú. Que es, en una ciudad con tanto carácter propio por el espíritu de sus gentes y las particularidades que imprime a su vida y a su fisonomía el inesquivable designio de su naturaleza, el defecto de muchos de sus palacios de las últimas épocas de los zares y de nuestros días.

Mayor preocupación por recuperar un carácter nacional aliado a los lineamientos que mejor responden a las estructuras exigidas por la vida contemporánea, en un medio como el ruso, dados los materiales de que dispone y la manera de emplearlos más de acuerdo con la naturaleza y el clima, he creído descubrir en algunos de esos gallardos edificios de la Avenida Gorki (de los que ya he señalado sus defectos), de las riberas del Moskova y de la Avenida Sadowa.

Algunos lucen agradables combinaciones de materiales de distinto color, habiéndose revestido el ladrillo de lajas de piedra lustrada en unos sitios o rústica en otros, y aplicado a los frentes, sobrios ornatos que dejan reposar la vista en los planos majestuosos y al mismo tiempo la alegran con sus líneas y sus tonalidades.

Por ahí, en esa dirección, parece que debería desplegar sus posibilidades la arquitectura soviética si no quiere desorientalizar del todo a una ciudad que necesita animarse bajo la grisácea opacidad de sus cielos invernales —durante ocho meses del año— o sacar partido de sus días

de verano y primavera —que la transfiguran en pocas horas con toques casi tropicales— acudiendo a la policromía de una arquitectura pintoresca y graciosa, como se lo permitían, entre los estilos importados, el bizantino y el barroco.

Hoy va ganando terreno en la U. R. S. S. una tendencia a renovarse sin perder el nexo de continuidad con las formas rusas de los pasados tiempos, tratándose de dar nacimiento a un arte que se distinga por sus rasgos locales para que en su evolución se vea siempre una adaptación a nuevas necesidades y aspiraciones o a nuevos conceptos de la vida, pero no una negación iconoclasta de los valores tradicionales, ya que sólo así puede una nación, cuya existencia se cuenta por siglos, ufanarse de ser dueña de un arte con fisonomía propia.

Una frase de Lenin se recuerda como fórmula y consigna de la orientación general:

"El estilo soviético debe ser nacional por la forma y socialista por el espíritu."

Ahora sólo falta que los artistas acierten con lo que es nacional y con lo que es socialista y acierten, además, con la manera de armonizar perfectamente la forma y el espíritu en toda su respectiva extensión. También eso puede ser cuestión de interpretaciones, como lo demuestra el hecho de que unos pretendieron haber dado nacimiento a un arte ruso y otros sostuvieron que sólo era pseudo-ruso.

Más fácil, probablemente, ha de ser ponerse de acuerdo sobre lo que debe entenderse por espíritu socialista en el arte arquitectónico.

Varias edades y numerosos estilos se mezclan en la arquitectura de la ciudad, imprimiéndole un aspecto curiosamente abigarrado. A ese caos en que se entrelazan los siglos y las tendencias artísticas, se han agregado y se agregan las obras de la era soviética.

Algunas han surgido que afirman con audacia los rasgos de un estilo nuevo que se distinguiría por su sobriedad y su monumentalidad. Entre ellos se destacan tres obras de los hermanos Vesnine: el Palacio del Trabajo, que es una equilibrada torre rectangular de cemento armado; el Instituto de Materias Primas Minerales, cuya fachada de vidrios se impone sencillamente como una enérgica solución, y el Palacio de la Cultura, que es todo un modelo de severa y elegante grandiosidad.

Se señalan también, como típicos exponentes de la arquitectura soviética, el Gostorg —el Gran Almacén—, obra de Velikovski; el edificio del diario *Isveztia* y la Casa de Seguros, de Ginzburg, como asimismo las más recientes dependencias para obreros y empleados en la fábrica Stalin, el Ministerio de Construcciones, etcétera.

Se comprende que los arquitectos soviéticos no adhieran a estilos nativistas que retroceden hacia los elementos tradicionales del arte arquitectónico y decorativo ruso, porque si bien dan ellos origen a realizaciones brillantes, bonitas, llenas de gracia y color —como la estación de Kazán—, a veces también con vigoroso carácter, no parecen por completo adaptables a las necesidades de la vida contemporánea ni al empleo de ciertos elementos de la estructura —como el armazón de hierro o de cemento armado— que se han vuelto imprescindibles en las construcciones industriales y civiles de considerables proporciones.

Toda una ciudad así construída sería indudablemente un primor; pero su color local haría demasiado hincapié en el gusto oriental y asiático para que pudiese armonizar con el destino de la capital de un mundo político que sueña con ponerse al frente del progreso y de la cultura contemporánea, que son occidentales.

La arquitectura soviética, que tampoco podía continuar reproduciendo ni desarrollando los otros estilos rusos de imitación europea, tenía que lanzarse por rumbos muy distintos, desde luego modernos.

Algunos arquitectos nuevos acostumbran decir que ciertas maravillas de gusto arcaico mucho más oriental que occidental, como la catedral de San Basilio, las dejan en pie para que sirvan de asombro y encanto a los extranjeros. . .

Asistimos a un momento de búsqueda. Los planos de transformación de la ciudad ofrecen ancho campo al ansia creadora de los nuevos arquitectos. Muchas casas, millones de casas habrán de edificarse en breve tiempo. Ciudades enteras deberán ser reconstruídas.

Con motivo del 1º de Mayo de 1946 se expusieron en los escaparates de la Avenida Gorki los planos de las más importantes construcciones que se llevarán a término en el curso del cuarto Plan Quinquenal. Se exhibían proyectos de admirable belleza. Edificios para oficinas, para teatros, para clubes, para bibliotecas, para hospitales, para viviendas, casi todos de imponentes o graciosas proporciones. Casi todos con un sentido de novísima monumentalidad. Algunos, estudiados como elementos decorativos para embellecer determinados espacios de la población. Eran particularmente encantadoras las fotografías y dibujos de algunas pequeñas aldeas de casas de madera, recientemente levantadas o en proyecto, con sus formas del mejor gusto popular campesino y ante las cuales se comprendía cuán rico partido pueden extraer de esas deliciosas composiciones tradicionales para el embellecimiento del campo ruso, arquitectos de fantasía y de buen sentido.

No sé si serían aplicables a todos esos proyectos los distingos "de clase" que parecen implícitos en el concepto de un arte "proletario u obrero" opuesto a un arte burgués o capitalista. Sea como fuere, la arquitectura florecida en el país soviético sería siempre, por lo menos, soviética.

CAPÍTULO IX

OBSERVACIONES DE UN TRANSEUNTE

Cuando arribamos a la U. R. S. S. aún la primavera se mostraba esquiva. Aunque el gélido frío del invierno era sólo un recuerdo casi simbólico en las precauciones de la gente más precavida, la temperatura no era todavía, por cierto, del todo templada; y si bien habían desaparecido las pieles de la indumentaria de los transeúntes, persistían las ropas de abrigo, las gruesas telas obscuras y hasta las botas de fieltro.

Predominaba en el público de las calles el tipo del campesino, de uno y otro sexo, pero sobre todo del femenino, pues las exigencias de la guerra habían concentrado en Moscú varios cientos de miles, acaso millones, de campesinos, muchos de los cuales ocupaban, para los más diversos menesteres, el sitio de los hombres llamados bajo banderas.

No era raro toparse con grandes grupos de ellos —hombres de edad, mujeres, niños— que acababan de llegar a Moscú y se encaminaban hacia el sitio que se les tenía destinado, cargando con sus hatillos, sus bolsas, sus cajones a guisa de baúles, y cubiertos por sus chaquetas acolchadas rellenas de algodón; tocados con sus gorras de piel los hombres, y sus pañolones las mujeres; unos y otros, por lo general, calzados con gruesas botas de cuero.

Se echaba de ver en seguida que todo el mundo iba atareado por las calles.

Era lógico que se destacase, en todos lados, la presencia de innumerables militares. Los uniformes de todas las armas podían contemplarse en pocos minutos de detención en una esquina céntrica o ante la puerta de nuestro hotel.

Soldados y oficiales de toda graduación se cruzaban incesantemente, sin dejar una sola vez de hacerse la venia. Ponían en ello especial cuidado, en una correspondencia perfecta, pues los más elevados parecían ser los más atentos a la obligación de cambiarse el saludo con los inferiores.

Muchísimos ostentaban medallas en el pecho. Había quienes lucían una constelación de siete, ocho, diez, doce condecoraciones, en la derecha y en la izquierda del tórax y a veces todavía alguna estrella en el centro, a la altura del cuello.

Pocos mostraban solamente la cinta de varios colores indicadora de las recompensas recibidas. También no pocos civiles exhibían alguna medalla.

El gobierno soviético ha infundido en el pueblo el culto y la fiebre de las condecoraciones. Todos los méritos relevantes, en todos los órdenes de la vida, se premian con una medalla. Anualmente se distribuyen por millares los premios al mérito científico, artístico, literario, técnico, administrativo, que consisten algunas veces en dinero, pero siempre en una medalla. Las hay para los sabios, artistas, escritores, ingenieros, arquitectos, médicos, funcionarios de todas las reparticiones, pero también

para los trabajadores de las fábricas y de los campos; para los stajanovistas de los talleres y los más esforzados productores de los koljoses; para los educacionistas; para los empleados de todas las categorías, recompensando aptitudes sobresalientes o dejando constancia del correcto cumplimiento de su deber. Las hay para las madres de muchos hijos. De los militares, ni qué decir... Para ellos, en tiempo de guerra, esos comprobantes de sus méritos no llegan a plazo fijo sino que responden al azar de las circunstancias y frecuentemente se juntan varios por diversos hechos de armas.

Por lo general la medalla trae aparejadas ventajas de orden material que explican la constante exhibición que de ellas hacen los agraciados. Esas ventajas suelen consistir en rebajas de pasajes en el Metro, tranvías o autobuses y ferrocarriles; en facilidades para entrar a los espectáculos públicos, etcétera, sin contar con que algunas de ellas se acuerdan acompañadas de una recompensa en dinero.

Agraciadas muchachas, ancianos y ancianas venerables, pasaban con sus bolsas de red o sus grandes sacos de mano repletos de comestibles: pan, papas, alguna botella de leche... Nadie se extrañaba de ver personas de toda condición cargando algo. Las chicas estudiantes no tenían a menos andar con tarros de leche en la mano.

Se revelaba de ese modo una de las más pesadas molestias que gravitan sobre los pobladores de las ciudades soviéticas, que se ven obligados a proveerse de lo que necesitan para su sustento diario y a transportarlo personalmente, ya que los almacenes no disponen de servicios de reparto, cosa que, por otra parte, sería incompatible con el sistema de racionamiento y la igualitaria imposición de las colas, a las que se sustraen, sin embargo, los militares de alta graduación y ciertos funcionarios que tienen facilidades para ser atendidos directamente por los administradores de los establecimientos y servidos sin mayores dilaciones.

Tengo entendido que si bien la guerra, con el racionamiento que trajo aparejado, agravó esa molestia, que se traduce para la población en una dura carga, también en los tiempos normales los servicios de distribución y reparto funcionaban muy escasamente y por lo general el ciudadano de Moscú o de Leningrado, que no podía delegar en otra persona la función de acarrearle los productos indispensables, debía consagrar una parte de su tiempo a la realización de ese transporte.

Por la calzada se veían desfilar con frecuencia mujeres de toda edad empujando cajones o recipientes de metal, que van sobre carritos o tablones con pequeñas ruedas. A veces es toda una familia de campesinos: el padre, la madre, los chicuelos, la que marcha consagrada a ese trabajoso acarreo, tirando unos de adelante con sogas y empujando de atrás los otros.

Abundan los transeúntes que cargan al hombro bolsas o llevan pequeños baúles o baldes en la mano; y por el tiempo en que hicimos nuestros primeros paseos por Moscú se veían muchísimas personas, a determinadas horas del día, portando herramientas agrícolas, envueltas en trapos o papeles: palas, azadas, rastrillos, no muy grandes pero de largo mango por lo general.

Eran los vecinos que iban a labrar la tierra para la siembra de papas y legumbres que el gobierno estimula para que no falten a la población. El Soviet del Pueblo o Concejo Municipal entregaba a los vecinos pequeñas parcelas de terreno, que se llaman "individuales", en los parques, en los bordes de los caminos, en los sitios disponibles de los alrededores de la ciudad, mediante un pequeño alquiler, a fin de que los cultivasen dedicándolos a dicha siembra. Y se permitía al público viajar en el tranvía y el Metro con las herramientas a condición de llevarlas envueltas en trapos o papeles, de manera que no ensuciasen ni desgarrasen la ropa de los pasajeros.

De mañana y de tarde se veía por los alrededores o en las cercanías de los parques, o aun dentro de su perímetro, multitudes de cultivadores más o menos improvisados, abundando las mujeres, como se comprende, por hallarse muchos hombres en el frente. En los días de las cosechas de papa, a los costados de las carreteras pudimos admirar el espectáculo de esas muchedumbres de hombres, mujeres y niños inclinados sobre la tierra, en actitud de llenar bolsas y más bolsas del nutritivo tubérculo. Eran habitantes de la urbe que cumplían su indispensable misión agrícola.

¿SE VEN MENDIGOS POR LAS CALLES DE MOSCÚ?

Yo llegaba con el recuerdo desagradable de las formas que asume la mendicidad en El Cairo y en Teherán, donde nubes de pordioseros andan por todos lados. Y no pude menos de advertir la diferencia: en la capital de la U. R. S. S. los mendigos no abundan en tanta profusión. Pero había mendigos.

La multitud que uno encontraba en las calles de esa urbe grandiosa exteriorizaba, en sus vestidos al menos, una situación distinta de la que se trasunta en el aspecto de los cargadores, vendedores ambulantes, felahes y pordioseros de El Cairo, o en los hombres y mujeres del pueblo bajo de Teherán.

La gente más modestamente vestida casi nunca vestía andrajos, sino ropas raídas, eso sí, por el largo uso, y de burda o imperfecta confección. Y constituían, sin duda, excepción las personas (siempre ancianos o inválidos) de quienes podía decirse que eran harapientos.

No se veía por ningún lado el exacto equivalente de aquellas mujeres mendicantes de Egipto que, con sus negros mantos y sus críos en los brazos os detienen a cada instante en la calle u os siguen plañideras y obstinadas hasta que dejáis en sus manos alguna moneda. Ni aquellos chicuelos desharrapados que como bandadas de sucios gorriones andan todo el día de un lado para otro en los parajes centrales pidiendo o merodeando en torno de los cafés o restaurantes, a la pesca de algunos centésimos o de alguna cosilla para comer.

Pero había mendigos.

Algunas ancianas arrimadas a las paredes, en ciertas calles, tendían la mano e invocaban la caridad del transeúnte. También algunos ancianos se acercaban a quien transitaba por las aceras de la Avenida Gorki y solicitaban tímidamente una limosna. Una tarde vi una viejecita andrajosa acosar a las personas estacionadas formando cola, en espera de un ómnibus, que impetraba con una especie de oración para mí incompren-

sible la conmiseración de la gente y agradecía las limosnas con bendiciones interminables y reverencias impresionantes.

Viajando en el Metro suelen verse inválidos o pobres mujeres con chiquillos lisiados que demandan ayuda discretamente, recogiendo siempre abundante cosecha de rublos. También en las estaciones del ferrocarril, como en nuestros países de América del Sud, se ven ancianos y niños tender la mano a los pasajeros que se asoman a las ventanillas. Pero donde más se ven, formando grupos melodramáticos de pordioseros de edad indefinible que piden desembozadamente, es en los atrios de las iglesias cuando se celebran los oficios cotidianos. Allí, por lo demás, cumplen una función religiosa, porque el mendigo es necesario a la observancia del rito y a la práctica de la religión. El buen cristiano requiere encontrar a la salida o entrada del templo, el mendigo que le ofrezca la bondadosa ocasión de hacer caridad y reconciliarse un momento con su conciencia. Las iglesias necesitan del mendigo, lo cultivan, y es probable que en sus atrios se organice con la santa tolerancia de los prelados una industria, una especulación de la mendicidad, que las autoridades, por su parte, dejan allí desenvolverse libremente. Con todo, debe, asimismo, pensarse que ésa habría de ser una industria para la que hacen falta, por lo menos, actores con la *phisique du ròle*, y yo he visto en esas falanges de limosneros los ejemplares más típicos de la miseria auténtica y los más genuinos inválidos.

No debe negarse que en cualquier régimen social siempre ha de haber personas de edad y sin parientes con recursos, que debiendo hallarse asilados por sus años y sus achaques, rehuyen, sin embargo, esta forma de asistencia social y prefieren vivir en alguna covacha, libres de toda reglamentación, reclamando en su ayuda privadamente la beneficencia del público.

En todo país azotado por la guerra, así como suman muchos miles los niños que se han quedado solos, abundan los viejos desvalidos que no tienen hijos ni nietos ni parientes que los amparen. Y es inevitable que cuando el Estado quiere extender hasta ellos su protección. muchos se nieguen al género de vida de los hospicios y se echen a buscar mendigando los medios para sustentarse.

Pero lo que me asombró fué ver hombres jóvenes lisiados, ciegos o mutilados, pidiendo ostensiblemente limosna en plena avenida, en una plaza o en el Metro.

Recuerdo, sobre todo, un ciego habitualmente estacionado en una calle de las cercanías del Jardín Zoológico que lucía chaquetilla de soldado. Y otro que, conducido por un lazarillo, recurría a la generosidad de los transeúntes frente a la caja del Gran Teatro.

Pero ¿es que pueden quedar desamparados hasta ese punto los hombres inutilizados para el trabajo y casi para la vida en la defensa de la patria?

Alguien me explicaba que esos mutilados gozan de una pensión, pero que no se les quiere impedir por la violencia que traten de aumentar sus entradas volviéndose objeto de la conmiseración pública...

Lo cierto es que la profesión de mendigo en Moscú debe ser fruc-

tífera, porque la gente se muestra muy bien dispuesta a socorrer al que pide.

También existen los menores que merodean o piden, cuando pueden hacerlo, a escondidas de las autoridades; pero no abundan, por cierto, dado que si es por motivo de la guerra bastante grave el problema de la niñez vagabunda —que a raíz de la conflagración anterior y de la revolución, y a causa sobre todo de las guerras civiles, asumió proporciones aterradoras— existe también una preocupación alerta por substraer los niños al vagabundaje, de modo tal que no puede decirse que haya, al menos en Moscú infancia desamparada, sino simplemente infancia abandonada que durante algún tiempo se sustrae o queda al margen de todo amparo oficial.

Todas las mañanas durante los meses de verano y primavera, a primera hora, recorrían la ciudad, en los años de la guerra, por los sitios más indicados, camiones que recogían decenas de muchachos que habían pasado la noche durmiendo bajo los puentes o en los rincones de las intrincadas callejas. Quiero creer que actualmente ya no haga falta realizar ese cotidiano servicio de salvamento, pues es de esperar que los huérfanos vagabundos hayan sido ya casi todos ellos sometidos a las medidas de protección correspondiente, al menos en Moscú.

Pero nada llevaba, con tanta virtualidad de consternación y amargura, a las calles de Moscú, el espectro escalofriante de la guerra, como la presencia frecuente de infelices mutilados a quienes no podía mirárseles sin que un agudo sentimiento de piedad nos estrujase el corazón.

A cada paso se cruzaban con nosotros hombres jóvenes, casi siempre uniformados, que andaban con muletas.

Que les faltase un pie era lo de menos; solían verse muchos sin una pierna, y no pocos sin las dos.

Una mañana vi, por una de las calles más transitadas, una joven que aparentaba no contar más de veinticuatro o veinticinco años, elegantemente vestida, esbelta y bien formada, bonita de cara, apoyándose en un par de muletas y mostrando bajo el ruedo de la saya algo corta, una sola pierna lindamente calzada y de perfectas líneas.

Su rostro no expresaba tristeza. Sus brillantes ojos y sus labios sonrientes, realzados por un toque de *rouge*, estaban muy lejos de trasuntar melancolía. ¡Qué frescura y vigor de espíritu revelaba esa expresión de optimismo en el semblante de esa grácil criatura que sobrellevaba su desgracia con tan reconfortante conformidad!

¿Era una víctima de la guerra? Lo supongo, porque lucía una medalla. Supe, en cambio, que lo era otra joven mujer tampoco mal parecida, por cierto, a la cual le faltaban —horroriza decirlo— los dos brazos. Estaba uniformada de militar y llevaba el pecho constelado de medallas. Era una heroína de la guerra. ¡Qué impresión acongojante y desgarradora se recibe cuando se advierte que una persona carece de los brazos, que son las extremidades más útiles del cuerpo humano!

La experimenté con no menor intensidad viendo otro día por la Avenida Gorki a un militar, también muy joven, con un bello rostro de adolescente, pleno de simpatía, que con las dos manos del redingote de invierno metidas en los bolsillos no disimulaba sino que delataba la

espeluznante ausencia de los antebrazos y tal vez de los brazos hasta cerca del hombro.

Se veía en los paseos grupos de muchachotes inválidos, con amputaciones atroces de las extremidades. Un día iba entre ellos uno sin muletas ni los brazos en cabrestillo. Movía los suyos al caminar con soltura normal, pareciendo el único sano en esa reunión de lisiados. Al pasar por mi lado pude ver que le faltaban las dos manos. Unos muñones envueltos en blancas vendas nos gritaban de súbito, desde adentro del puño de las mangas, el horror siniestro e imprevisto de esa doble mutilación.



CAPÍTULO X

RECORRIENDO LA URBE

El novicio observador de las calles de la populosa urbe se sorprendía de las aglomeraciones de gente en el centro de las calzadas, en las avenidas amplias, o en el cordón de las aceras en todas las vías públicas, o contra los muros y ante las puertas de algunas casas.

Al principio llegó a creer que se trataba de algún mitin o de alguna reunión de curiosos ante un espectáculo callejero. No tardó en percatarse de que aquellos peatones detenidos en paciente espera estaban aguardando el tranvía o el ómnibus, o si no turno para entrar en el comercio donde se expende la leche o el pan o la carne o cualquier artículo racionado de mucha demanda.

También presenció colas larguísimas ante kioskos en ciertos parajes, donde permanentemente se venden revistas, tarjetas postales, algunos folletos y libros. A la hora de salida de los diarios se forman esas colas para comprarlos, porque allí no los venden, como en otras partes, los que en el Río de la Plata llamamos "canillitas", es decir, los turbulentos vendedores de periódicos que vocean los títulos en esquinas o corren por las calles con sus montones de hojas impresas bajo el brazo y se trepan ágiles a los tranvías y ómnibus en plena marcha.

Existe una tupida red tranviaria, con coches de troley aéreo, que se ha ido reduciendo en el centro de la ciudad, pero que aún se extiende por gran parte de ella.

Esos vehículos se cargaban horriblemente. Eran fuertes vagones casi ferroviarios de mucha capacidad, que solían marchar acoplados de a tres, y batían el record en materia de carga. Yo creía haber presenciado en Argel el sumum de los asaltos del público a los tranvías. Me hice lenguas de lo que allí había visto... ¡Pues no había visto nada! Aquello de Argel, comparado con lo de Moscú, era una insignificancia. Porque en Moscú la gente no sólo llenaba hasta el tope el interior de los vagones, sino que desbordaba en las plataformas y en los estribos, y todavía colgaba enracimada de los pescantes y de las ventanillas. Y hasta forraba materialmente el coche por fuera, con una funda de cuerpos apiñados en la más escalofriante aglomeración. (En Roma habría de ver después algo semejante; y hasta en Montevideo he vuelto a ver cosa bastante parecida).

Cada vez que el convoy se detenía para que los que debían descender lo hiciesen por la plataforma delantera, subían por la de atrás, en cada vagón, con ímpetu de abordaje, multitudes impacientes que uno no se explicaba cómo podían embutirse en el vehículo. Y cuando ya las plataformas no daban cabida a un alfiler más, los viajeros quedaban apeñuscados en los estribos y prendidos de los pescantes y de todos lados, aun unos de la cintura o de los hombros de los otros; y siempre había quien lograba sumarse a la inverosímil aglomeración. Y cuando el convoy

arrancaba, allá iban hombres, mujeres y muchachos, de pie en los estribos, aferrados a las ventanillas de los costados, o a la parte trasera de los pescantes, guardando el equilibrio a fuerza de una tensión atlética de los músculos. No saltaban a la calle por milagro a cada sacudón de la marcha. No regía, ni podía regir, ninguna ordenanza que limitase el acceso a los vehículos. El público prefería viajar así a no viajar de ningún modo.

Porque el problema del transporte se había vuelto espantosamente insoluble desde que la cifra de la población saltaba, a causa de la guerra, de los tres millones y medio a los cinco millones largos.

Un viaje en tranvía u ómnibus resultaba para el forastero una dramática aventura. Una vez adentro del vagón, después de haber pasado por el purgatorio de la plataforma (travesía en la que algunos pierden la billetera, hábilmente sustraída por rateros del mismo estilo de los que florecen con incómoda abundancia en el mundo burgués), el pasajero debía ir abriéndose camino para acercarse a la salida anterior por donde debía descender, y debía entretanto hacerle llegar el importe del pasaje a la boletera, que suele hallarse estacionada en un extremo del coche. Los que vienen detrás le utilizan como mensajero o intermediario, poniendo en sus manos el dinero para que él se sirva entregarlo a la boletera y recabar de ella el boleto correspondiente, y todavía el cambio, si cabe, pudiendo hacer él lo mismo con quienes le preceden.

Es ésa, indudablemente, una aplicación práctica del espíritu de solidaridad y del sentido socialista de la vida a las cotidianas necesidades del transporte. El "todos para uno y uno para todos" de la moral cooperativista se impone en ese momento, como en respuesta al "cada uno para sí y los demás que revienten", que parecía ser la máxima rectora de esos mismos pasajeros cuando, minutos antes, asaltaban el coche para entrar en él cómo y por dónde pudieran. . .

Para los residentes de la ciudad, habituados a esas complicadas maniobras y conocedores del precio de los billetes, amén de entender y hablar la lengua del país, la cosa no es difícil; pero para quien empieza por no poder habérselas con el idioma, aquello supera con mucho su capacidad de acción inmediata, y no le queda más recurso que transformarse en un estorbo general amparándose en el consabido *nié panimaiu*, que quiere decir: ¡no entiendo!

La cosa no paraba ahí, pues para descender donde deseaba, tenía que pedir que lo dejaran aproximarse a la plataforma de salida. Y a menudo ocurría que cuando lograba abrirse camino hasta la puerta, el tranvía ya había reemprendido la marcha, y no se podía descender donde necesitaba sino en la parada próxima, o en otra más alejada aún, a no menos de un tercio o una mitad de kilómetro de la anterior. Y en invierno, cuando el frío del aire exterior y de la nieve empaña los cristales hasta volverlos absolutamente opacos, ni siquiera puede colegirse por dónde anda el vehículo para saber dónde bajarse.

Los conductores y guardas de esos vehículos —tranvías, autobuses y trolleybuses— son mujeres, jovencitas por lo general; y cuando el trolley de un trolleybus se zafa, cosa demasiado frecuente, descienden ellas a la calle a acomodar, tirando de largas cuerdas, los mástiles (son dos) en

los cables aéreos. A veces necesitan treparse al techo por la parte de afuera para arreglar algún desperfecto del aparato, mientras el público aguarda sin impacientarse, que se lleve a cabo la operación. Es siempre molesta y complicada la maniobra. Resulta así, en realidad, poco práctico ese sistema de traslación, que si bien ahorra nafta, tiene en cambio el inconveniente de las detenciones a cada instante producidas por las desconectaciones del par de pesados pértigos movibles. Más práctico es el trolley de los tranvías con su forma en arco, que evita las interrupciones. Los autobuses son de bonito aspecto. Sólo comenzaron a aparecer en número apreciable al término de la guerra. Un buen día las calles se vieron invadidas por unos elegantes coches flamantes, pintados de un lindo color azul, de dos pisos algunos, o sea con una especie de "imperial" cubierto. Luego hicieron su aparición colectivos descubiertos, donde puede viajarse con bultos, y son muy cómodos y aseados.

Fueron una preciosa contribución al alivio del problema del tránsito, o mejor, del "tráfico" (tal como decimos en el Uruguay agregándole a la palabra una acepción útil que no se contradice con su etimología y expresa muy bien, hasta por su fonética, la compleja circulación del público en una ciudad moderna).

La regulación del tránsito queda a cargo de milicianas, jovencitas vestidas de uniforme kaki o azul que son también las encargadas de hacer observar las ordenanzas para el cruce de las calles por los peatones. Debe atravesarse la calzada por las esquinas, y al que infringe la ordenanza se le aplica una multa de tres rublos.

Más de un vez, en los primeros días, nos sorprendió una pitada policial que nos obligaba a detenernos en mitad de la calle, mientras una de esas celadoras urbanas nos abordaba, y al ver que éramos extranjeros recién llegados, nos dejaban seguir aunque violásemos el reglamento. Continuábamos nuestro paseo, y no tardábamos en advertir que si bien habíamos sorteado sin contratiempos esa primera e imprevista acechanza municipal, otra más peligrosa nos salía al cruce: la de las mangas de riego empuñadas intrépidamente por mujeres consagradas a lavar las aceras y las calzadas, con un ahinco y una inflexibilidad que se torna un azote líquido para los transeúntes desprevenidos.

Son impertérritas. Ellas tienen la orden de lavar las aceras y las calles, y la cumplen con la más puntual y absoluta abstracción de todo obstáculo humano. Si la gente debe pasar en ese mismo instante por el trozo de acera o de calzada donde les corresponde arrojar el refrescante chorro de sus mangueras, ¡pues que se fastidie la gente! El chorro caerá allí, inexorable y cumplidor, aunque deba encontrar en su rígida trayectoria los pantalones, las faldas o la cabeza, con sombrero o sin él, de cuantos o cuantas hayan tenido la mala suerte de coincidir en ese sitio con el chorro.

Lo curioso es que casi ni se oyen protestas. Todo el mundo acepta aquello con la resignación adecuada a los acontecimientos inevitables, ante cuya fatalidad no queda sino inclinarse y tratar de remediar, como se pueda, sus desagradables consecuencias.

Esas mujeres cumplen una función, y allí todo el que cumple una función es respetado. Y nadie se considera habilitado para discutir con

esas implacables regadoras los procedimientos adoptados en el cumplimiento de su deber, ni para reclamarles un poco más de cuidado para con el transeúnte y de solidaridad para con sus pantalones.

ASPECTOS DEL PAISAJE HUMANO.

El peatón echará de ver asimismo que las aceras de Moscú no son buenas. Todas son de asfalto o de cemento, muy desparejas, con baches que en cuanto llueve un poco se llenan de agua; y los llena además, en verano, el frecuente riego a que acabo de referirme.

En primavera o al fin del invierno, es cuando se ponen peores, porque el derretirse de la nieve o el deshielo encharca las aceras y colma sus hoyos y desniveles de un pegajoso lodo casi líquido. Pero los peligros del riego no acechan solamente a los peatones. Se emplean para regar las calzadas unas regaderas que son como tanques de guerra por lo pesadas y agresivas. Arrojan el agua por los costados con una pronunciada inclinación hacia arriba, de manera tal, que los chorros pasan por encima y no por debajo de los vehículos cercanos.

Una templada tarde de verano iba yo en mi auto ministerial por la amplia avenida de circunvalación, que se llama *Sadovaia*, según creo haberlo dicho, cuando vi venir uno de esos grandes camiones en plena maniobra irrigante. A pesar de la amplitud de la calzada, al cruzarse los vehículos fué inevitable que el mío debiese pasar bajo el arco de espadas de la copiosa lluvia artificial desprendida de los costados de aquella máquina de descargar aguaceros. Como el coche era cerrado y tuve tiempo de levantar el cristal de la ventanilla, nada ocurrió. Pero quedé pensando cómo se las verían los que viajaban por ahí en ese momento en otra clase de coches. Y no tuve que esforzar mucho la imaginación en figurármelo, porque por el otro lado del tanque regadera pasaba ya un camión descubierto cargado de mujeres, las cuales, sin poder resguardarse, recibieron íntegra la andanada líquida de babor.

Algunos chillidos, risas y protestas que se perdieron de inmediato en la distancia marginaron, con la fugacidad de una leve ráfaga, el incidente. Y el tanque se alejó impávido y desdeñoso, vomitando a uno y a otro lado sus chorros de agua límpida que se erguían alzándose en el aire claro y se curvaban al caer como las vibrantes varillas de líquido cristal de una doble fuente trashumante, cuyos surtidores se tendían a derecha e izquierda, en abanico, formándole al camión un par de lindas alas abiertas de vidrio transparente.

Estábamos en una época del año, de muy breve duración, en que la temperatura se mantiene cuando brilla el sol —lo que ocurre con ciertas intermitencias de nublado y lluvias— entre veinticinco y treinta grados a la sombra.

La gente vestía, pues, con ropa liviana. Las mujeres lucían telas de los más diversos colores, de tonos vivos. Algunas pocas iban tocadas con sombreritos veraniegos de paja o de telas claras, y aunque pertenecían a distintas modas, algunas anticuadas, eran pocas las mujeres que ofrecían con ello un aspecto ridículo, habiendo, en cambio, algunas que llamaban

la atención por la gracia y elegancia de su tocado y de su figura en general.

Había algo de conmovedor en la coquetería de esas mujeres soviéticas que uno veía aderezadas con sombreritos inverosímiles, de modas muy atrasadas, orgullosas de poder ostentar un adorno que muchas otras mujeres les envidiaban. Pero al lado de la que en su afán de ir vestida a la moda extranjera incurría en el mamarracho más o menos grotesco, pasaba la que con un instinto seguro de la elegancia sabía improvisarse un atavío encantador con los más extraños materiales, con lo que podía, con lo único que tenía a mano, apartándose de los figurines de todas las épocas, para no regirse sino por las inspiraciones de un buen gusto no aprendido en ninguna parte.

Y yo he pensado que los artistas, los dibujantes y pintores rusos podrían encontrar en esas sencillas elegantes anónimas las avanzadas de una moda vernácula, los puntos de partida de un arte soviético del vestir femenino, en este país donde el pueblo tiene trajes tradicionales tan hermosos, al lado de los cuales son desairados y feos los trajes de las modas actuales. Sobre todo, la indumentaria femenina tradicional de las diversas y múltiples regiones rusas y nacionalidades soviéticas es siempre una maravilla de color y suntuosidad. Antaño las mismas mujeres del pueblo con sus vestimentas de fiesta, tal como se ven en las vitrinas y en las muñecas de cera del Museo de los Pueblos Soviéticos, en Moscú, parecían damas de corte real, con sus corseletes de brillante brocado, sus amplias sayas y refajos de vivo color y sus diademas y tiaras o *Kolosmikis* lujosos.

Todavía se conservan en algunas regiones para ciertas solemnidades, esos ropajes de tanta teatralidad y artística apariencia, y actualmente se puede admirar un vestigio de aquellas modas fastuosas y pintorescas en los más sencillos indumentos campesinos de todas partes y en la gracia seductora de esas muchachas que bailan en los teatros de Moscú las danzas aldeanas ornadas de vistosas blusas, de bonitas manteletas y gayas coronas de flores, marcando enérgicamente el ritmo de la música con sus lindas botas de color, rojas, verdes, azules.

¡Pobres mujeres moscovitas! Se desviven por lucir zapatos a la americana, con sus tacones corridos como suela de coturno, o con un agujero en la punta para que asome irónicamente la extremidad del dedo gordo del pie, ellas, que tradicionalmente y por imposición de las exigencias naturales del medio, calzan en los meses de frío y de nieve esas graciosas botas de caña alta, como de amazona, de las que zapateros hábiles pueden hacer modelos de auténtica elegancia, dando realce a las extremidades inferiores del bello sexo.

Fué en invierno cuando nos pareció más entretenido observar los trajes que se veían por las calles de Moscú. Como en verano, cada persona demostraba una absoluta independencia de toda regla o pragmática de la moda. La necesidad de defenderse del frío daba a cada quisque el derecho de ponerse lo que pudiera, sin que a nadie se le ocurriese detenerse en frívolos reparos de sastrería. Eso diversificaba al infinito las modas y los modos de cubrirse el cuerpo.

Allí como en todas partes, las diferencias de situación personal sue-

len reflejarse en la ropa. Había quienes se cubrían las piernas con unos tubos de fieltro; otros con unas botas cuyas anchas cañas están hechas de peluda piel de cabra o de garduña, sin curtir. El ruso, cuando puede, sale a la calle bien calzado, con fuertes botas altas por lo general, para preservar sus pies del frío y de la humedad.

Había quienes se cubrían la cabeza con altos gorros de karakul o de otras pieles, que les comunicaban un severo aspecto sacerdotal.

Los paltós que se veían pertenecían a todas las épocas. Los militares lucían confortables redingotes y capotes cuyas diferencias de calidad correspondían, como se comprende, a las diferencias de grados. Las mejores telas de abrigo eran, sin duda, para ellos. Llamaban particularmente la atención los oficiales cosacos con sus capas de negra piel de karakul, que suspendidas de unas hombreras descomunales les llegaban casi hasta el suelo en forma de carpas de campaña, apropiadas para cubrir con ellas las ancas del caballo.

Tratándose de las mujeres, la observación adquiría —claro está— especialísimo interés.

Unas —las que ganaban buenos sueldos o estaban casadas con maridos de abundantes recursos— ostentaban tapados de pieles; y se los veía de todas las especies, formas y calidades, de todos los cortes y colores. Otras más modestas se resguardaban sin pieles, pero no carecían de sus abrigos de tela gruesa, y muchas parecían retobadas en sus chaquetas de cuero, y si eran campesinas, en sus chaquetas acolchadas de algodón, semejantes a edredones enrollados en torno del cuerpo.

En materia de calzado, abundan en hombres y mujeres las botas de fieltro, pero entre las mujeres también las de brillante hule negro sobre los zapatos, pues deben quitárselas para entrar en las habitaciones de una casa o en una sala de espectáculos; y no pocas damiselas elegantes lucen unas preciosas botitas de goma blanca que dan a sus pies una hermosa apariencia de pequeños cascos de gacela.

Cierto que las personas que se veían por las calles y asimismo las que constituían el público de los teatros, aun el de las localidades más caras, no iban, sino por excepción, tan bien vestidas como las personas de las clases altas y medias de otros países.

Pero a las mujeres se las notaba a menudo capaces de compensar, con la gracia y el gusto para acomodarse las cosas, la mediana o inferior calidad de las mismas.

No escasean las figuras femeninas atrayentes con sus botas negras o blancas, de charol o de hule, pero siempre graciosas bajo el ruedo del abrigo pesado. Las tocas y gorras que defienden del frío las orejas, cuello y mentón, suelen ser sentadoras a los rostros de ojos brillantes y tersa tez muy blanca, que el invierno colora de "cálido carmín", como alguien dijera.

La llegada del verano decreta una transformación gloriosa en el aspecto de las mujeres jóvenes. Las telas que sólo dejan expuesta a las miradas una parte del rostro, y dan predominio casi absoluto a los tonos oscuros en la coloración de las vestiduras urbanas, son sustituídas por tejidos livianos de claros colores, empleados con la parsimonia correspondiente a la finalidad de vestir el cuerpo sin abrigarlo mayormente, lo cual

permite a las mujeres dejar al descubierto los brazos, el cuello y las piernas hasta más arriba de las rodillas. Esto mismo ocurre en todas las ciudades del mundo, pero en Moscú el contraste resulta tan pronunciado, que cuando se produce el cambio, se asiste a una especie de súbita eclosión floral deslumbradora.

Un buen día, en que el cielo azul y el sol resplandeciente trompetean en los ojos desde las altas arcadas de la nueva estación, sale uno a la calle y se restrega los párpados para contemplar mejor el espectáculo que generosamente se le ofrece. Han desaparecido los últimos vestigios de las defensas del vestuario contra el frío, que se mantienen, por imprescindible precaución, hasta muchos días después de pasado el invierno y también el otoño, según las indicaciones del calendario, y aparecen entonces liberados de la cárcel de los abrigos invernales, los encantos femeninos en flor. Es como si las muchachas desenvainasen de pronto la belleza de sus formas hasta entonces celadas para hacerlas cantar en el relampagueo de su pasaje por la calle.

Son la primavera de la literatura que se anima, realmente encarnada en esas jóvenes mujeres que acaban de salir de la crisálida de sus envolturas invernales, y que se despliega de pronto ante nosotros en la inquietud andariega de esos múltiples y verdaderos ejemplares vivos de la "musa de carne y hueso"...

Ese espectáculo no se prolonga mucho en el año. La misma primavera suele anticipar, en intercalaciones de semanas enteras, las destemplanzas del invierno, que prácticamente dura seis o siete meses desde mediados de octubre a principios de mayo. Esto se traduce en un recargo para la economía doméstica, con relación a la necesidad de vestirse.

Debe tenerse en cuenta que el vestido en Moscú constituye, por las particularidades de su clima, un conjunto de exigencias desconocidas para gente de ciudades y países en que no hacen falta los tejidos gruesos de lana, ni las pieles (que son carísimas porque se reservan para el ejército, y las que sobran se exportan para obtener divisas), ni las botas de fieltro y de goma, o de cuero, ni los pesados gabanes forrados de piel.

Donde más se notaba la general modestia de los trajes era en los teatros, por ser sitios donde la gente suele acudir con lo mejor que tiene para ponerse, sobre todo porque existe la costumbre de afluir durante los entreactos a los *foyers*, a las amplias salas de espera y paseo, de que todos los teatros disponen, para circular en parejas dando vueltas interminables, como los vecinos de nuestras ciudades provincianas en las plazas principales. En la misma platea y en los palcos bajos y balcones del Gran Teatro, junto a las personas bastante bien puestas y hasta con lujo, se ven mujeres y hombres con el aspecto de nuestros obreros en día de trabajo, aunque no con las blusas de faena; viejas no mejor vestidas que nuestras más pobres sirvientas urbanas; muchachas con vestidos casi humildes, aunque notándose en todas la preocupación de una limpia y decorosa exterioridad para hacer honor a la brillantez del ambiente.

¿Cómo extrañarse de la modestia de las *toilettes* sabiendo que desde el estallido de la guerra, es decir, desde hacía tres años, se había paralizado por completo la fabricación de artículos para vestir? Sólo se confeccionaban y no se vendían sino a precios exorbitantes, algunos pocos trajes y

vestidos; apenas se fabricaban sombreros para hombres, ni más calzados que los necesarios para el ejército y botas para el trabajo.

A las mujeres les estaban vedados, por lo general, los más inocentes recursos del arte de embellecerse. El *rouge*, el *rimmel*, los simples polvos de arroz, sin hablar de otros ingredientes del *maquillaje* de las elegantes a la moda europea o americana, escaseaban y no eran de fácil adquisición. Los "salones de belleza" se habían clausurado. La inmensa mayoría de las mujeres que uno veía en las calles y en los teatros mostraban su rostro sin afeites y sin revoques. Eran mujeres al natural. Y las que nos parecían bellas lo eran ¡caramba! irrevocablemente...

Por otra parte la vida que llevan casi todas las mujeres que uno ve en la calle y el teatro —tan distinta de la de esas elegantes que en países como el nuestro sólo se preocupan de conservar y realzar su belleza— no les permite entregarse a ese absorbente cuidado de la persona que requiere, desde luego, un espíritu frívolo incompatible con la manera de ser y de vivir de las muchachas rusas, que viven de su trabajo y no suelen disponer de mucho tiempo para embellecerse con artificios complicados.

Contemplemos el garbo con que una de esas chicas guardianas del orden público, con su uniforme azuloscuro dirige el tránsito en una esquina; y la desenvuelta energía con que otras chicas de chaquetilla color kaki, corto pollerín oscuro, botas cuyas cañas les llegan hasta media pantorrilla y gracioso polí bajo el cual se derrama hacia los hombros un tumulto de bucles rubios o morenos, manejan el pico y la pala en unos trabajos de excavación en plena calle, arreglando el suelo para colocar nuevos durmientes a los rieles del tranvía.

Admiremos en un parque céntrico, a pocos metros del hotel donde estoy alojado, el ardor con que remueven la tierra de los canteros, con largas palas, y el curioso efecto que producen en uno de ellos los cinco pares de botas de las muchachas que lo carpen, mientras las jóvenes trabajan descalzas hundiendo sin reparo los blancos piececitos en la blanda tierra negra.

Estas no son *miliciatas* ni guardianas del orden público. Son civiles, como tantas otras que se veían trabajar en la demolición o construcción de edificios o en los bosques cortando leña y apilándola para ser transportada por los camiones. Eran mujeres que, al igual que los hombres, cumplían con la obligación de entregar al Estado, gratuitamente, una cantidad de horas de trabajo al año en un servicio de general necesidad, según disposición de la ley vigente.

Y a propósito de mujeres: ellas soportan allá —hablo de las que se encuentran corrientemente en los sitios públicos, no de las que por su roce social o por su contagio de las costumbres extranjeras han aprendido los hábitos de afectación y disimulo que pertenecen entre nosotros a las reglas de urbanidad— sin excitación ni desagrado la mirada del hombre. Se dejan mirar y miran con una naturalidad imperturbable, como si para ellas el amor no se valiese, en sus primeras tratativas, de un reiterado intercambio de miradas. En nuestro país las mujeres se creen obligadas a desviar la vista si se las mira al pasar, y pasan ellas mirando a otra parte, rehuyendo los ojos del hombre. Esto al menos es cierto para las mujeres que no se separan de los cánones de la llamada "corrección".

En Rusia ellas miran con franqueza y sin descaro, y no apartan la vista ni vuelven el rostro aunque se las mire con cierta insistencia. Aun sin corresponder a lo que puede ser una insinuación de amor o de amorío, dejan entender que no les disgusta ser admiradas o contempladas. Aceptan sin envanecimiento ese homenaje al que pueden no dar mayor importancia, pero ante el cual se sienten complacidas.

Y como suelen no poner en ello interés sentimental, nada les cuesta dejarse contemplar por un viejo, y mirarlo tranquilamente a su vez, para que éste —si es un iluso incurable— pueda forjarse la ilusión de que no es, a pesar de sus años, del todo indiferente a una mujer hermosa; y si es un hombre sensato se conforme con el inocente halago de unos ojos bellos que miran piadosos, no precisamente para parecer más bellos, como los del madrigal clásico, sino tan sólo para no ser desdeñosamente esquivos.

Conviene —eso sí— no atribuir a estas impresiones mías en un terreno tan escabroso donde mis experiencias personales han debido ser muy limitadas, el carácter de comprobaciones irrefutables. Reconozco que no me considero inmune a la tentación de las generalizaciones precipitadas, que suele dominar a los observadores y cronistas de las modalidades de un pueblo, y es muy probable que ella me haya traicionado en esta observación como en otras, pero dándola por exacta, ya que creo rendir con su intrascendente consignación un respetuoso homenaje de galantería a las admirables mujeres soviéticas, debe buscarse la explicación de esa simpática manera de ser femenina en una correlativa actitud del hombre ruso, el cual no adolece casi nunca de un vicio que es muy común en el hombre latino, especialmente en el criollo de la América Latina: el donjuanismo. Este, a menudo asume, entre jóvenes y viejos, la forma de una enfermiza propensión a importunar a cuanta mujer bonita encuentran, arrojándole, con más petulancia que habilidad, el anzuelo, que suponen irresistible, de sus voraces miradas. Eso hace que la mujer de Moscú, libre del desagrado y la desconfianza que en nuestras mujeres honestas producen los asaltos visuales de los profesionales del donjuanismo a todas horas y en todos los sitios, no sienta el disgusto de verse mirada ni la necesidad de evitar que se la mire. La mirada del hombre, por sí sola, nunca la ofende. En esa mirada ella pone, con el derecho que le otorga su entereza moral, el sentido que más agrada a su dignidad y a su sentimiento. Y sin ninguna inquietud la sostiene, no hallando en ella más que lo que ella con su propio pensamiento quiere poner.

CAPÍTULO XI

EL SISTEMA COMERCIAL

Acaso lo que más amargaba y abrumaba el ánimo de casi toda esa gente que circulaba por las calles, cargando siempre algo, era el drama de las dificultades para proveerse.

La persona que, por su escasez de recursos, debía ceñirse a su libreta de racionamiento, quedaba condenada a realizar maniobras para obtener, revendiendo discretamente algún artículo racionado de los que podía prescindir, dinero con que comprar en los almacenes libres o en el mercado negro algo que necesitaba. En una y otra operación invertía horas enteras, porque debía hacer cola en todas partes, unas veces para entrar al establecimiento, otras para conseguir turno ante las cajas, donde se expendían los recibos contra los cuales le entregaban lo que deseaba comprar. En los almacenes *libres*, donde se vendían infinidad de cosas más que en los de racionamiento, las aglomeraciones de público eran imponentes.

Luego esa persona debía salir cargando con todo lo que hubiese comprado, porque no había repartidores ni mensajeros.

Estos detalles del vivir cotidiano nos internan en el cuadro de la organización comercial de la U. R. S. S., que describiré a grandes rasgos.

Lo que se puede colegir de la entraña misma de la organización comercial sobre la cual se desenvuelve todo el intercambio de mercancías en la U. R. S. S., por la simple observación de sus signos externos, que son las actividades y características del tráfico en la ciudad, en sus tiendas y almacenes mercantiles o en sus mercados, es que allí el Estado retiene en sus manos todos los resortes de ese plano, como de los otros, de la vida económica.

Por eso cabe afirmar que, así como en los Estados Unidos de América el ciudadano —según lo advertía W. Wilson en su libro *La Nueva Libertad*—, depende siempre, en cuanto consumidor o productor, y es personalmente tributario, de grandes compañías capitalistas, en la U. R. S. S. lo es del Estado. Y no tan sólo de las formas industriales y comerciales que éste pueda adquirir (lo que ofrece sus ventajas de orden social) o sea de sus agentes de gestión, sino también de sus agentes de autoridad, lo que suele ser antipático y casi nunca se explica satisfactoriamente. En este último aspecto de la organización soviética nos detendremos más adelante.

El Estado es el único gran comerciante y, prácticamente, el único comerciante, pues los pequeñísimos concurrentes libres son excepción, y los productores campesinos que venden sus productos libremente, no son comerciantes fundamentalmente, sino solamente comerciantes *ad-hoc*.

De ello resulta que la relación entre la oferta y la demanda se rige por normas distintas a las de otros países.

En efecto, mientras en el mundo capitalista la oferta por lo general depende de la demanda, en el mundo soviético la demanda suele depender de la oferta. Porque el Estado almacena las mercaderías, y la demanda del público debe atenerse a las decisiones estaduales por lo que respecta a su venta, de tal suerte que sólo cabe demandar al comercio lícito lo que el Estado se halla dispuesto a ofrecer.

Las mercaderías se expendían en dos clases de establecimientos: los de venta libre (a veces se titulan cooperativas), donde reinaban los llamados *precios de comercio*, y los de racionamiento, donde el público obtenía los artículos racionados mediante los correspondientes cupones y libretas, y al precio mínimo fijado para cada mercadería o *precio de Estado*.

Pero, además, existen no pocos almacenes de compra y venta en que el público lleva a vender o a dejar en consignación toda clase de cosas: trajes, calzados, utensilios, alhajas, muebles, tapices, etcétera. Algunos grandes bazares reúnen en sus estantes o vitrinas los más dispares objetos, y en ellos pueden comprarse desde pianos de cola (que también se alquilan) a cafeteras usadas, desde alfombras orientales a relojes de pulsera; desde platos de loza a estatuas de porcelana, de bronce, de mármol...

Algunos de esos almacenes se especializan en ropa y calzado; otros en máquinas fotográficas; otros en utensilios de menaje o en herramientas o mecanismos para el uso doméstico. Hay asimismo los que venden sobre todo alhajas y piedras preciosas sin engarzar, zafiros del Cáucaso, lapislázulis, topacios, ágatas y turquesas de los Urales; diamantes y carbúnculos del Asia. Los precios no son módicos ni las piedras de muy buena calidad porque las mejores se exportan para obtener divisas.

Hay establecimientos de venta que compran la labor de un artista o artesano —cuadros, estatuas, cerámicas, etcétera—, y si le pagan, por ejemplo, 300 rublos, lo venden por 600, que tal le ocurrió a quien me informaba.

Cuando alguien lleva un objeto para vender, si no es de los que el establecimiento está dispuesto a comprar pagándole de inmediato lo que el interesado solicita, lo puede dejar a consignación bajo las siguientes condiciones: el establecimiento, si acepta venderlo, le fija un precio, y sobre él cobra el 10 por ciento por ponerlo a la venta, y al venderlo retiene un 25 por ciento más. Si no se vende, debe pagarse asimismo una suma por el tiempo que ha durado el depósito hasta el instante en que el dueño retira su objeto.

Es, como se ve, un *Estado usurero*, según me lo subrayaba indignado un habitante de Moscú que se había visto obligado a recurrir alguna vez a esos establecimientos. Eso hace que mucha gente, aun exponiéndose a ser sancionada por "especulación", venda en privado sus cosas cuando necesita desprenderse de ellas para obtener algún dinero.

Pero hay todavía comercios de simple trueque adonde el público lleva cosas de su uso o que ya no necesita, a cambio de las cuales puede obtener algunas de las que le hacen falta, especialmente calzado o ropa de abrigo.

Lo que se descubría, a poco de vivir en Moscú, es que todo el mundo, por imperio ineludible de las circunstancias, poco o mucho "especulaba". A las puertas de los almacenes en que se expendía el pan, o la leche, o

cualquier otro artículo de primera necesidad racionado, se presenciaba el comercio que realizaban hombres y mujeres, cuya indumentaria revelaba su modesta condición, vendiendo parte del pan, de la leche o del pescado que acababan de comprar de acuerdo con la norma de su racionamiento, por una suma de rublos que les permitía adquirir mayor cantidad de otro producto u otro artículo que necesitaban por encima de su norma correspondiente. Había quienes venían a canjear por el producto que en ese sitio se expendía, otro del que tenían menos necesidad.

De tanto en tanto la policía intervenía para poner fin a ese comercio clandestino, y detenía a alguno de esos pobres negociantes. Parece que muchos de los que acudían a efectuar ese tráfico no eran sino comisionistas o emisarios —generalmente *ñañas* (viejas sirvientas)— de las personas mejor tratadas por el racionamiento, a quienes las "normas" les permitían revender excedentes de productos y obtener de ese modo buena ganancia de rublos.

En el *Gastronon*, el gran *magazin* de comestibles (hay una media docena de ellos en toda la ciudad, siendo el más grande y lujoso uno de la avenida Gorki, donde se encuentra de todo en las diversas secciones, frutería, confitería, fiambrería, carnicería, verdulería, pescadería, panadería, etcétera) pude comprobar cómo especulaban con sus libretas de racionamiento los militares.

En ese establecimiento sunfuoso, vasto local de la última época de los zares, decorado en su interior con un gusto algo bárbaro en la cargazón de los ornamentos y el barroquismo de los cortinones dorados, las pesadas columnas de capiteles recargados de frutas de yeso y artefactos desparramados en coruscantes caireles, llama la atención la abundancia y variedad con que se ven surtidas sus secciones, especialmente la pescadería, la fiambrería y la panadería, pero espantan los precios, por lo general, sobre todo en las secciones de repostería, confitería y frutas.

Y bien; allí se acercaban a uno militares, soldados y clases generalmente, para proponerle una asociación ilícita: como ellos gozaban de una rebaja del 30 por ciento, se ofrecían para comprar lo que uno necesitaba, y mediante una bonificación descontada del 30 por ciento con que se beneficiaba a los militares, le entregaban la factura adquirida. Algunas veces el precio consistía en una parte de lo que el militar compraba con el dinero que el interesado le facilitaba.

Como se ve, las diferencias en el racionamiento —que resultaban desconcertantes si se advierte que las categorías favorecidas correspondían a los mejores sueldos— daban lugar a esa fiebre especulativa, así como la elevación de precios de muchos artículos originaba y fomentaba el mercado negro, cuyas proporciones asombraban al extranjero.

Un juez nos dijo que se castigaba la "especulación" para que nadie se eximiese de trabajar.

Pero allí los que más trabajaban a menudo debían vender sus cosas a contramano de la ley, especulando.

Se trataba en gran parte de contingencias vinculadas a las transitorias circunstancias que tenían su raíz en la guerra, y que a excepción del criterio con que se aplicaban los racionamientos, no podían atribuirse al ré-

gimen político imperante. Pero puede, eso sí, consignarse que éste no ha logrado abolir la especulación y el mercado negro.

Lo que pertenece al régimen social y político que caracteriza a la U. R. S. S. es la absorción de todo el comercio, interior y exterior, por el Estado.

Todos los establecimientos comerciales o industriales, salvo algunos pequeños talleres de refacción o limpieza de ropa, de compostura de botines, de relojes o de mecanismos domésticos, en que sólo trabaja el dueño y pagan patentes sumamente altas para que no puedan competir con los del Estado y tiendan a desaparecer, son oficiales. Las peluquerías lo son en su totalidad, al menos en las grandes ciudades.

Casi todos esos pequeños negocios privados son de una pobreza y sordidez lamentable, como el taller de un remendón de botines instalado cerca del correo, que era más una cueva prehistórica que una casa.

Todo el comercio callejero es asimismo estadual. Las mujeres que venden helados, las que venden cigarrillos, cordones para zapatos, lápices, etcétera, en muchas esquinas centrales, administrando pequeñas vitrinas adosadas a las paredes, así como los lustrabotas, los afiladores y los ancianos que sirven vasos de una bebida sin alcohol, agua ligeramente gasificada con algunas gotas de esencia dulcificante, de color, elaborada mecánicamente en unos carritos que se estacionan en las plazas y sitios adecuados de las avenidas, son empleados de organizaciones públicas destinadas a tales servicios.

Y si es cierto que, de pronto, se veían en algunos parajes de la ciudad vendedores de baratijas, de peines, cepillos y de mueblecitos de madera o de mimbre, fabricados en casa por viejos artesanos, aldeanos por lo general, o se presenciaba en las cercanías de ciertas tiendas ese tráfico al aire libre de que ya he hablado, no menos cierto es que ese comercio se efectúa al margen de las ordenanzas, pues las personas que quieren vender las cosas de su uso o el producto de sus manos y de sus huertas, deben hacerlo en los establecimientos correspondientes, especialmente en los mercados oficiales, mediante, claro está, un permiso pagado, algo así como una tasa o derecho de piso por cada vez.

Las mismas industrias populares a domicilio, esos tradicionales oficios en que artesanos y artistas educados en una destreza secular, trasmitida de generación en generación, despliegan aptitudes interesantes con que llenar sus horas en el refugio del hogar campesino, durante las lluvias tenaces y las interminables nevadas, industrias que a veces quedan reservadas a ancianos o lisiados, se organizan oficialmente para la venta de los objetos así confeccionados —cajitas de laca pintada, juguetes, tapices, encajes, muebles típicos, etcétera—, y la distribución del dinero obtenido. En algunos casos se forman cooperativas de producción, como unas de artesanos lisiados o ciegos, de diversas regiones, que envían sus muestras de cepillos, carritos, etcétera, a una exposición industrial abierta en un amplio local de Moscú a la conclusión de la guerra; y esas cooperativas, oficialmente organizadas, venden por intermedio de los locales del Estado, de sus especiales almacenes de venta, o de exposiciones y ferias que de tanto en tanto asimismo se organizan.

Lo que no puede menos de sorprender desagradablemente al forastero que recorre la ciudad y se introduce curioso en sus lugares públicos

más frecuentados, es la sordidez y falta de higiene del único mercado popular autorizado, ese al que pueden llevar a vender sus productos los koljosianos y que es el equivalente de nuestros mercados del Puerto, Central y de la Abundancia. (La comparación con el Agrícola o el Modelo no resulta de ningún modo aplicable).

No puede compararse ni tampoco desde muy lejos, a ninguno de aquellos tres. Ocupa un predio como de media hectárea, rodeado por un cerco de tablas de dos metros de alto. Sus instalaciones consisten en un vasto pabellón central de madera, al que se accede por una escalinata, en el cual se hallan los puestos de carne, de legumbres, de hortalizas, de frutas, con la factura pobremente acondicionada, sobre largos mostradores circulares, ante los cuales desfila una multitud inmensa, entre una atmósfera cargada de agrios olores.

Rodean ese pabellón unos largos galpones donde se venden verduras, flores y algunos pocos artículos de mercería, ferretería y menaje, todo de ínfima calidad y dispuesto en forma poco atrayente. Un gentío numeroso circula por los callejones y entre él andan vendedores ambulantes de chucherías, frutas o flores, y no faltan los que expenden vodka, sirviéndola en vasos de uso común, de cuya higienización es mejor no acordarse, como nadie se acuerda allí.

En una larga plaza, a pocos metros del portón de ese mercado oficial se veían, a ciertas horas, grandes aglomeraciones: eran centenares de vendedores y compradores que formaban apretados corros por entre los cuales circulaban hombres, mujeres y niños que ofrecían comestibles, algún trozo de carne, embutidos de cerdo, legumbres, frutas, tabaco, cigarrillos, vodka, piezas de ropa usada, tejidos de punto, herramientas viejas, utensilios, etcétera.

En algún otro sitio de la ciudad era posible ver, todas las mañanas, una multitud aún más numerosa, de varios miles, que comunicaba especial animación a todo un largo trecho de la calle, y que constituía una especie de inmensa feria ambulante dedicada a ese comercio clandestino ante el cual las autoridades habían concluído por hacer "la vista gorda", porque solía resultar inevitable que, cuando intervenían, recibiesen alguna puñalada anónima los policianos más celosamente cumplidores de su obligación.

El mismo público mostraba cierta complicidad con esos traficantes sin autorización y dificultaba cuanto podía, en tales casos, los procedimientos policiales, amparando a esos infractores y ayudándolos a escabullirse, sin duda porque los que hoy habían venido a comprar, mañana vendrían a vender, y viceversa.

Para dispersar esas aglomeraciones y concluir con esas concentraciones del "mercado negro" habría que librar verdaderas batallas campales.

EL INFLACIONISMO.

En manos del gobierno hubiera estado ponerles fin, sin la mínima violencia, si hubiese podido proveer a la población de todo lo que le hacía falta, en los establecimientos del comercio racionado y del comer-

cio libre (en estos últimos se vende a lo que se llama *precio del Estado*) cobrando menos que los especuladores, que suelen no ser sino modestos negociantes *ad hoc* que, acuciados por la necesidad, sacan a vender lo que pueden o se ingenian para negociar con las necesidades ajenas.

Porque el Estado, en su condición de único gran comerciante, retiene los productos y mercancías, que adquiere a los Koljoses, a las fábricas, y a cuantos organismos se dedican a la extracción o creación de riquezas, y los guarda o las lanza al mercado a su arbitrio, abaratando tales o cuales renglones, o encareciéndolos, según convenga a sus cálculos.

El Estado maniobra con esa facultad y la emplea para provocar el inflacionismo o reducirlo, pero no siempre logra eludir el imperio de leyes económicas que pertenecen al régimen del sistema mercantil y monetario tradicional, con el cual desenvuelve y maneja su economía oficialmente dirigida. Así, cuando ve abundar y acumularse el dinero en manos de los campesinos a causa de la valorización de los productos del campo, aumenta el precio de las mercancías que el campesino necesita adquirir, pero entonces sube la marea del "mercado negro", y para contrarrestarla no hay más remedio que rebajar los precios de los artículos que subrepticia y ostensiblemente, lo alimentan.

Sólo una producción abundante en todos los rubros, que permitiese cubrir con holgura las necesidades generales, reduciría y anularía la inflación, siempre, claro está, que no se emitiese moneda en cantidad desproporcionada. La inflación se dejaba sentir por virtud de la escasez de mercancías mientras el Estado se ingeniaba para extraerle al pueblo el dinero, ya que las emisiones de papel moneda debían continuar en grande escala para colmar los empréstitos de guerra. Sólo muy pocas cosas podían proporcionarse con cierta abundancia a la población —el pescado, las papas, los pepinos— dadas las circunstancias que atravesaba el país. La guerra absorbía productos y brazos y obstaculizaba en todas partes la producción. Y además obligaba a disponer de divisas para cuya obtención se exportaban productos de gran demanda en el extranjero, como el caviar, el famoso caviar del Mar Caspio, y las pieles que en Rusia se acumulan por millones de toneladas y son indispensables para afrontar los rigores del invierno, pero que en ninguna parte del mundo son tan caras.

Suele creerse que el caviar es en Rusia algo tan popular y tan al alcance de los bolsillos modestos como el gofio o el arroz entre nosotros. Acaso hubo tiempos en que no faltaba en la mesa de ninguna familia medianamente acomodada ni de ningún ciudadano capaz de ganarse regularmente la vida en un trabajo manual bien remunerado. Hoy no es así, por cierto. Cuando yo salí de la Unión Soviética el kilo de caviar, del de mejor calidad, desde luego, costaba en los almacenes "gastronómicos" 800 rublos, que equivalían a 70 dólares, al cambio diplomático.

El de calidad inferior costaba unos pocos dólares menos.

Con las pieles se presenta el mismo fenómeno. Una boa de zorro plateado, usada, porque nuevas casi no las había en venta, le costaba a un diplomático de 2.000 a 3.000 rublos, es decir, de 180 a 270 dólares. Un tapado de karakul, para señora, costaba alrededor de 20.000 rublos. Yo pagué por un sobretodo forrado de una piel vulgar, 1.300

dólares, equivalentes (según cambio oficial para diplomáticos) a 15.000 rublos, más o menos, y pude ver en las tiendas de ropa usada que ninguna *fourrure* como para mí, de mediana calidad y en buen uso, costaba menos de 25.000 rublos (más de 2.000 dólares).

Es que se exportan casi todas las pieles para conseguir divisas extranjeras, especialmente dólares.

De ahí que la población conserve las pieles de su uso como oro en polvo. La inmensa mayoría de los habitantes de la Unión Soviética, en las regiones frías, se abrigan con pieles muy ordinarias, con pieles de oveja o de cabra, con trajes y vestidos forrados de guata. No faltan mujeres soviéticas que lucen buenas pieles de reciente adquisición, pero éstas suelen ser traídas por sus esposos o amigos, generalmente militares, de países que antes las recibieron de la propia Rusia.

Hay fábricas para la exportación, es decir, que sólo producen para exportar. Se hacen, por ejemplo, pañuelos de seda, que en la U. R. S. S. no pueden comprarse.

En nuestros datos comerciales figuraban sumas por concepto de hilo de coser que la U. R. S. S. enviaba al Uruguay en momentos en que allí la gente hacía largas colas para comprarlo.

Volviendo a la inflación: terminada la guerra hubiera sido necesario, para evitar la depreciación del rublo en comparación con los precios corrientes, internarse en una era de trabajo para las necesidades inmediatas y de gastos públicos verdaderamente reproductivos.

El Estado Soviético ha entrado, en cambio, en otra era de planes quinquenales, sobre todo para reforzar *la capacidad defensiva de la nación*, según frase del informe con que fué recomendado el proyecto del presente plan quinquenal al Soviet, y dar impulso a la industria pesada y a la fabricación de armamentos.

El Estado empleará así gran parte de sus recursos en prepararse para una posible contienda y vigorizar el ímpetu expansionista que lo lleve a rodearse de estados satélites en una incesante ampliación de su zona de seguridad, o sea, de absorbente influencia comunista.

UNA REFORMA MONETARIA.

Recientemente sobrevino, a más de un año de mi partida de la U. R. S. S., una reforma en materia de valor del rublo y de la venta de productos que desató en toda la prensa mundial una ola de informes y comentarios.

Recordemos que el régimen monetario soviético en nada difiere, en sí mismo, del que rige en todas las partes del mundo.

Cuando el bolcheviquismo se adueñó del poder halló una moneda fiduciaria que había venido depreciándose constantemente desde los últimos años del zarismo y aun durante el breve gobierno provisional revolucionario de Low y de Kerenski, que se había visto obligado a recurrir a la política emisionista.

El gobierno bolchevique también recurrió a las emisiones, que alcanzaron cifras astronómicas, sólo igualadas (según un informe oficial soviético del año 1928) en Alemania el año 1923. Ellas ascendieron en 1922, a la cifra de 300.000 millones de rublos.

"La restricción de la circulación de mercaderías, sobre todo en la época del comunismo de guerra —dice ese informe—, la pérdida momentánea de grandes regiones, el cambio en especie reemplazando el comercio, redujeron el valor real de esta masa nominal a 60 millones de rublos de preguerra."

(Algunos economistas, de acuerdo con los índices de los precios, calcularon esa equivalencia en 50 millones).

Durante los años 1912 y 1920 el papel moneda jugaba en el país, añade dicho informe, un rol secundario. Los productos de la industria del Estado no se vendían, sino que se distribuían a la población. Las ventas del Estado consistían, sobre todo, en contribuciones en especie (requisa de los excedentes de la producción agrícola). Los salarios se pagaban igualmente en especie. El papel moneda tenía curso solamente donde el comercio privado se mantenía y solamente en las ciudades. En el campo la población rehusaba en general aceptar un papel sin valor y hasta comenzó a calcular el valor de los gastos en cereales o telas, en sal u otras mercancías análogas.

Algunos teóricos del comunismo se felicitaban de ese cambio en las costumbres. Juzgaban que convenía despojar al dinero de todo poder de compra para llegar a su completa anulación y suprimirlo como instrumento de pago e intercambio. Creyeron llegada la hora de poner en práctica un orden colectivista sin moneda y no veían con malos ojos que el dinero se volatilizase, creyendo fuese el caso de recurrir al refrán "no hay mal que por bien no venga", pues de ese modo habría de poder implantarse, casi automáticamente, sin mayores dificultades, un sistema de bonos de trabajo como medio de regulación del canje de mercancías.

Predominó el sentido práctico y se comprendió que no se podía prescindir tan fácilmente de una moneda mercantil y que ésta debía poseer un poder adquisitivo estabilizado.

La Nueva Política Económica restableció la circulación monetaria. Esa Nueva Política tendía, como se sabe, a reanudar las corrientes del intercambio y el desarrollo de las operaciones de crédito, y a la reorganización de las empresas sobre base comercial. Y todo ello quería una divisa firme. Con el fin de obtenerla se adoptaron en 1922 dos monedas: una estable y la otra depreciable que circulaban simultáneamente. La primera consistió en un billete emitido por el Banco del Estado y garantido por oro.

Por razones puramente técnicas, para prevenir toda confusión —dice aquel informe—, esos nuevos billetes de banco fueron denominados *Tchervonetz*, refiriéndola a una antigua pieza de 10 rublos llamada *vonetz*. Los billetes, que constituyeron la base del sistema monetario, no eran canjeables contra oro, pero poseían frente a las monedas extranjeras una estabilidad absoluta, que se mantenía ante todo gracias a la prudencia emisora, reforzada por una política de acumulación muy activa por parte de la Banca del Estado y su *stock* de valores extranjeros.

El informe oficial de donde tomamos los presentes datos expresa (el año 1928): "El cambio de *Tchervonetz* contra el oro será resta-

blecido tan pronto como la economía del país sea suficientemente consolidada. Los billetes del Banco del Estado excluyeron poco a poco de la circulación el papel moneda; de más en más depreciado, éste quedó todavía algún tiempo en circulación como moneda divisionaria, puesto que estos billetes tenían una equivalencia inferior a un *Tchervonetz*".

"Cuando en 1924 se pudieron equilibrar las entradas y los gastos del Estado sin haber recurrido a la emisión, la reforma fué completada: el papel moneda depreciado fué reemplazado por una pequeña moneda estable en bonos de tesoro en metálico, que forman con el *Tchervonetz* una moneda homogénea de valor estable. Aunque la suma en circulación en el país (abril de 1926) alcanza a 1.200.000.000 de rublos, o sea más de veinte veces que en 1921, ella no era entretanto sino los dos tercios de la circulación de preguerra."

Lo que parece haber ocurrido es que, cumpliéndose una vez más la ley de Gresham, según la cual la mala moneda desaloja a la buena, los *Tchervonetz* desaparecían de la circulación en parte retenidos por el público, que se desprendía de los rublos, depreciados siempre más a medida del aumento de las emisiones forzadas por las necesidades de más numerario creadas, en parte, por el retraimiento de la moneda mejor, que llegó a valer menos de un milésimo de la otra. Entonces fué cuando se suprimió la circulación paralela de dos emisiones distintas, refundiéndose ambas mediante una conversión en que se canjeaban 50.000 rublos de 1923 por cada 10 rublos de oro nuevos (*Tchervonetz*), dándose a la nueva emisión de moneda fragmentaria del *Tchervonetz* un respaldo legal en bonos de metálico.

Empezó así a lograrse la unidad y la estabilidad de la circulación. Desde el punto de vista de las relaciones exteriores la moneda rusa no difiere, por su cubertura, de un billete de banco ordinario de cualquier otro país del mundo, como observan los economistas. Y como el Estado soviético ejerce el monopolio del comercio externo e interno, en sus manos está equilibrar los cambios con el extranjero y regular las compras estrictamente de acuerdo con las disponibilidades de oro, si no prefiere o no puede canjear productos por productos.

Después de la unificación sobre los bonos del *Tchervonetz* se hicieron grandes emisiones. Sin embargo, el gobierno parecía haber renunciado a hacer de las emisiones de billetes un medio de obtener recursos.

Pero la guerra trajo como resultado una inflación desmesurada. A las emisiones auténticas que el Estado debía lanzar para atender a sus gastos, directamente, y para proporcionar al público numerario con que cubrir los empréstitos internos, se añadían las emisiones falsas de los alemanes desde los sitios que ocupaban en el territorio de la U. R. S. S.

Lo cual daba lugar a una situación en que, maniobrando entre el exceso de numerario soviético y la escasez de mercaderías, la especulación en el mercado negro de productos y en el mercado negro de divisas, sobre todo dólares, hacía desaforadamente su agosto, como acabamos de consignarlo al pasar.

Los precios andaban por las nubes, sin que resultase excesiva esta vez la gastada metáfora. El rublo, que no se cotiza en el exterior, caía muy abajo en los índices de su capacidad adquisitiva en todo el país. Sin duda, puede decirse que se le "dejaba" caer, aunque se hubiere deseado no dejarlo caer, ya que su valor allí, más que en parte alguna, por las características del Estado comercial y productor casi cerrado, depende de la política oficial de producción, que el gobierno maneja a su antojo, o si se quiere, de acuerdo con razones políticas que él se dicta a sí mismo.

Esa inflación y nubes de especuladores que se enriquecen sin trabajar ponen en evidencia grandes fallas de tipo capitalista en el ordenamiento económico y monetario del Estado soviético.

Todavía al dictarse la última reforma, los diarios de Moscú daban noticia del arresto de cierto número de personas que compraron galochas y botas de goma de precios reducidos por las nuevas órdenes gubernamentales y que las vendieron o intentaron vender a precios de especulación en el mercado negro. Esos diarios agregaban que la mayoría de los arrestados no trabajaba.

MEDIDA DRÁSTICA.

Para combatir la inflación, a mediados del mes de diciembre de 1947, se retiraron de la circulación los antiguos billetes y fueron canjeados por una nueva emisión a razón de un rublo nuevo por 10 de los viejos. El texto del decreto, con su exposición de motivos, decía:

"En los actuales momentos los Estados soviéticos tienen a su cargo la tarea de efectuar reformas monetarias con el propósito de reforzar el valor de cambio del rublo, así como proceder a la abolición del sistema de racionamiento y proceder a desarrollar el intercambio a precios unificados por el Estado.

La gran guerra patriótica de 1941-1945 demandó que se exigieran esfuerzos al pueblo soviético y se movilizaran todos los recursos materiales del país. Durante esos años de la guerra patriótica los gastos efectuados por los Estados soviéticos para el mantenimiento del ejército y desarrollar la industria bélica fueron sumamente crecidos. Esos enormes gastos requirieron que se emitieran grandes cantidades de dinero. La cantidad de dinero en circulación creció considerablemente, como sucedió en todos los demás Estados que participaron en la contienda."

Es de señalar que actualmente las emisiones, dentro del régimen de inconversión del papel que allí se mantiene como en casi todos los países del mundo, no se respaldan precisamente con esos porcentajes de oro que se fijan para que actúen como freno, pues la moneda soviética representa la fortuna de la nación; detrás de ella está todo el conjunto de bienes nacionales —suelo, subsuelo, fábricas, construcciones, empresas, tesoros, etcétera— y el Banco emite todo lo que el Estado necesita, en una supeditación absoluta de lo económico y financiero a lo político.

"El Consejo de Ministros de la U. R. S. S. y el Comité Central de los partidos comunistas de la Unión Soviética —añade el comunicado— han resuelto, por tanto, llevar a término una reforma del circulante que contempla la emisión para la circulación de nuevo dinero de valor total y el retiro de la circulación del dinero falso, así como del que no represente un valor total.

Esta reforma se llevará a efecto sobre las siguientes bases: 1) Canje de dinero actualmente en circulación y del efectivo (en poder de las personas físicas y jurídicas) a razón de un rublo del nuevo dinero por cada diez del antiguo.

2) Los depósitos de dinero en los Bancos de ahorro y del Estado serán revalorados en términos más favorables que para el canje del efectivo; así, los depósitos de hasta 3.000 rublos, serán revalorados a razón de un rublo por un rublo. Esto significa que los depósitos que pertenecen a la abrumadora mayoría de los ahorristas, se mantendrán en su valor anterior.

3) La conversión de todos los empréstitos emitidos anteriormente se realizará en forma completa con excepción del empréstito de 1948. Los empréstitos emitidos con anterioridad, se fusionan en un empréstito unificado; su canje se efectuará a razón de 3 rublos de los empréstitos anteriores, por un rublo del nuevo empréstito unificado; esto es sobre una base tasa más ventajosa que la dispuesta para el canje del dinero en efectivo.

. . . .

4) Al tiempo que se realiza la reforma del circulante, los salarios de los obreros y empleados, así como las entradas que perciben los campesinos por sus entregas al Estado y otras entradas provenientes del trabajo, en todos los sectores de la población, no serán afectados por la reforma, sino que se pagarán en el nuevo dinero, de acuerdo con las escalas existentes.

. . . .

No obstante, la realización de la reforma del circulante exige ciertos sacrificios. El Estado asume la mayor parte de esos sacrificios; pero es también necesario que la población soporte parte de ellos, sobre todo teniendo en cuenta que será el último sacrificio. Y en vista de lo antedicho, las limitaciones para el canje del efectivo por el nuevo dinero, afectará a casi todos los sectores de la población. Pero este procedimiento de canje afecta primero y muy principalmente, sin embargo, a los elementos especuladores que han acumulado grandes cantidades de dinero y lo guardan en sus cajas. Por otra parte —sigue diciendo el comunicado—, las pérdidas que por el canje sufrirá la abrumadora mayoría del pueblo trabajador serán de corta duración e insignificantes, y se compensarán absolutamente con la abolición de los más altos precios comerciales y la reducción de los precios de racionamiento existentes para el pan y los cereales.

. . . .

No es la primera vez que se realiza en nuestro país una reforma del circulante — explica el comunicado.

Después de la primera guerra mundial, la guerra civil y la intervención, el dinero se desvalorizó por completo y se perturbó el sistema monetario en sus mismas bases. Era esencial una reforma radical del circulante; la desvaluación del dinero era tan grande que al efectuar la reforma del circulante un rublo de la nueva emisión era igual a 50 mil rublos del antiguo dinero, emitido en 1922. Como resultado de la reforma del circulante efectuada en el período de 1920-1924, por instrucciones y bajo la dirección de Lenin, se creó un nuevo circulante que contribuyó al rápido

desarrollo de la economía de la U. R. S. S. La gran guerra patriótica fué mucho más dura que todas las guerras anteriores.

Ahora, al efectuar el canje de dinero antiguo por nuevo, no necesitamos recurrir a esas medidas extremas aplicadas a las reformas del circulante de 1920-1924. La reforma del circulante de 1947 está destinada a liquidar las consecuencias de la segunda guerra mundial en la esfera del dinero en circulación, para restaurar el valor total del rublo soviético y facilitar la transición al comercio a precios unificados, sin tarjetas de racionamiento. La reforma del circulante aumentará la importancia de la economía nacional, elevará los salarios reales de los obreros y empleados; y aumentará también las entradas monetarias de la población rural."

Con ese retiro de numerario realizado a base de un cercenamiento del 90 por ciento del valor nominal del billete, se facilitó la operación de suprimir el racionamiento y bajar el precio de los artículos de primera necesidad.

LO QUE SE PROCURABA Y LO QUE SE HA OBTENIDO.

Todo el comercio pasó a ser *libre*, lo que constituyó sin duda un alivio para la población desde el punto de vista de la incomodidad de las colas, y aun de las aglomeraciones en los establecimientos de dicho comercio, porque al reducírsele a cada habitante su porción de rublos (el canje de 10 viejos por uno nuevo equivale a un formidable impuesto confiscatorio) se le disminuyó su correspondiente capacidad de compra, ya que la rebaja de los precios no compensa por el momento, y quién sabe por cuánto tiempo, el cercenamiento de un 90 por ciento del valor nominal del rublo.

Precisamente eso es lo que deja en manos del Estado, como deudor de la población tenedora de rublos, y como único o casi único vendedor de mercancías, un margen favorable de ganancia, llamémosle así, ya que la población no podrá con cada nuevo rublo adquirir tantas cosas como antes con diez.

El Estado podrá así, por un lado, reforzar sus *stocks* de mercancías, es decir, de sus riquezas negociables, y por otro lado, reservar para sí y los gastos a que desea dar preferencia, una porción de los rublos extraídos a razón de 9 por cada 10.

Un Estado capitalista de Europa llevó a efecto, poco después de la liberación de su territorio por los ejércitos de Estados Unidos y Gran Bretaña, una reforma fiduciaria semejante, aunque menos brutal. Bélgica, que había sufrido la ocupación alemana y había quedado sumida en un verdadero y creciente caos inflacionista, bajo una invasión de moneda falsa emitida por los nazis, con toda su economía desquiciada y su producción paralizada, retiró sus viejas emisiones de francos y las sustituyó por una nueva, quitándole a cada tenedor de billetes una parte de los mismos, que quedaba prácticamente bloqueada, pues pasaba a transformarse en un crédito para ser reintegrado a largo plazo.

De ese modo Bélgica detuvo la inflación, saneó su moneda, revalorizó el franco y dió seguridades financieras al esfuerzo reconstructivo de

la producción, llegando a ser la nación de Europa que se restableció económicamente antes que ninguna otra.

El Estado soviético se lanzó por un camino análogo, pero consecuente con los métodos de radicalismo extremista y de expropiación sin indemnización a que retorna desde que falta Lenin y queriendo borrar todo vestigio de la *N. E. P.*, se limita a sacarle 9 rublos, por cada 10, del bolsillo a cada ciudadano, dejándole un nuevo rublo con el que se le promete poder comprar mercancías a más bajo precio, pero eso sí, con la condición de comprarlas en menor número, pues de no ser así el Estado vendedor no podría proporcionarlas.

Verdad es que se atenuó la confiscación contemplando los depósitos bancarios con determinadas liberalidades. Así, los depósitos hasta 3.000 rublos no sufrieron cambios en su valor nominal, o sea, fueron revaluados a razón de un rublo por un rublo. Los que alcancen a más de 70.000 serán estimados en cuenta como sigue: los primeros 10.000 al canje mencionado y el resto del depósito a razón de dos rublos del antiguo por un rublo de dinero nuevo.

Pero eso mismo revela que el Estado reconoce que se infiere un perjuicio inmediato a quienes se aplica en alguna dosis ese reavalúo extractivo, o esa extracción revaluadora si así se prefiere decirlo.

Se ha puesto, por consiguiente, al margen de todo cambio nominal los estipendios y salarios, que se continúan pagando con el rublo modelo de 1947, de acuerdo a la escala vigente en el momento de su aplicación.

Hubiera sido, en efecto, demasiado *calvo* que se confiscara el 90 por ciento de los rublos de cada remuneración del trabajo en el momento mismo de la actividad obrera que la ha producido.

Pareció bastante extraerle a un *país de trabajadores*, donde no había, según los textos oficiales, sino una clase obrera y una clase campesina, tan identificadas en su interés que no forman realmente sino una sola clase de productores de la ciudad o del campo, *todo* el efectivo en manos de la población, cooperativas del Estado, organizaciones, empresas e instituciones públicas, así como granjas colectivas", que quedó sometido al canje de 10 contra uno.

Como compensación y justificación de esa medida se resolvió abolir el sistema de tarjetas de racionamiento para el abastecimiento de alimentos y productos industriales, "unificándose los precios en el intercambio comercial; reduciendo el precio del pan y la harina en un promedio del 12 por ciento; los precios de los cereales y frutas en un promedio del 10 por ciento, mientras los de la carne, pescado, grasa, azúcar, masas y confituras, sal, papas y verduras se mantendrían en el nivel de los actuales precios de racionamiento".

"En cuanto concierne a la leche, huevos, té y frutas —añade el decreto—, se abolirán los actuales altos precios comerciales y los precios de racionamiento excesivamente bajos (quiere decir que algunos precios se elevaron) de conformidad con el nivel de los actuales precios de racionamiento por los productos alimenticios esenciales.

"Los altos precios comerciales vigentes —continuaba el decreto— para tejidos, calzados, ropas y tejidos de lana, así como los precios de los suministros nacionales llevados a pueblos y zonas obreras, se abolirán para

establecer nuevos precios a un nivel de 3 a 2 veces inferior a los precios comerciales."

Hay allí declaraciones poco tranquilizadoras, como aquella según la cual se elevarán para ciertos artículos los precios que regían para el racionamiento.

Adviértase, por otra parte, que según datos oficiales el precio de los productos alimenticios en Rusia era en esos momentos 180 por ciento más alto que en 1946.

Pero yendo a la comprobación de los hechos, veamos cuáles fueron los nuevos precios, decretados, según las publicaciones oficiales trasmitidas por una información telegráfica que no fué desmentida. Son éstos, por kilo, los siguientes: pan negro, 3 rublos; pan blanco de segunda, 4.4; pan blanco de primera, 7; harina integral, 4.8; harina de segunda, 6.2; harina de primera, 8; fideos, 10; azúcar en panes, 15; carne de primera, 30; pescado fresco, 12; arenques, 20; sal, 1.6; avena, 2.5; manzanas, 16 a 25; café, 75; caviar, 400; helados, 20; leche, 3 a 4 por litro; huevos, 12 a 16 rublos la docena; té, 16 los 100 gramos; cerveza, 7.5 por litro; vodka, 60 el medio litro. En ropas y tejidos los nuevos precios son los siguientes: percal, 10.1 el metro; lana pura, 450; franela, 108; seda, 137; vestidos de algodón, 77; de lana, 510; traje de hombre mezcla de lana, 430; de lana pura, 1.400; pantalones, 250; zapatos de mujer, 250; galochas, 45; botas de fieltro, 195; pullover mezcla de lana, 190; medias de algodón de señora, 7; medias para hombre de seda artificial, 17; hilo en carretel, 1.79; fósforos, 20; jabón para lavar ropa, 5.20 por piezas de 400 gramos; jabón de tocador, por una pieza de 100 gramos, 4; un litro de kerosene, 2; cigarrillos, 6.3 rublos por 25; peines para mujer, 4; reloj de pulsera para hombre, 900 rublos; receptores de radio, 600; cámaras fotográficas, 1.100. En lo que se refiere a la vigencia de estos precios, el país ha sido dividido en zonas, de acuerdo con la disponibilidad local de tales artículos.

"Generalmente, los precios de los alimentos en las zonas rurales son del 10 al 20 por ciento más bajos que en las zonas urbanas, como, por ejemplo, en Moscú, sucediendo todo lo contrario con los artículos manufacturados de consumo."

Para tener una idea de lo que esos precios significan como índices del costo de la vida en la U. R. S. S. en relación con el de otros países, especialmente con el nuestro, reduzcámoslos a precios en dólares y en moneda uruguaya.

Un telegrama emitido desde Moscú nos informó de lo siguiente:

"El ministro de Relaciones Exteriores de los Soviets informó a las Embajadas extranjeras acreditadas en esta capital que las cantidades de rublos de que dispongan en efectivo serán canjeadas al mismo tipo de cambios que el otorgado para la población rusa, es decir que por cada 10 rublos de la vieja emisión se entregará un rublo de los nuevos; las cuentas bancarias de las Embajadas extranjeras, en cambio, se canjearán a la par, es decir, rublo por rublo, hasta un máximo que constituya el promedio de gastos mensuales registrados durante el transcurso de 1947. El excedente será canjeado en la misma forma que el resto de la población, es decir, a la

par para los primeros 3.000 rublos, 3 rublos viejos por cada 2 nuevos hasta la suma de 7.000, y arriba de 10.000 rublos 2 a 1.

El nuevo cambio diplomático que regirá a partir de la fecha es de 8 rublos por dólar."

Un diplomático deberá, pues, pagar ahora por cada kilo de pan blanco de segunda, casi medio dólar; y si lo quiere de primera, deberá pagar medio dólar; y si lo prefiere de primera especial, tendrá que pagar por él casi un dólar. Es decir, un peso uruguayo en el primer caso, un poco más de un peso en el segundo y casi 2 pesos en el tercero. Por un kilo de fideos deberá pagar un dólar y cuarto; por uno de azúcar en panes, casi 2 dólares; por uno de carne, casi 4 dólares; por uno de manteca, 9 dólares; por uno de café, casi 10 dólares, alrededor de 20 pesos uruguayos...

Si pasamos a la ropa, tenemos que para comprarse un metro de percal deberá pagar un dólar y 24 centésimos; si de lana, 89 dólares; si necesita medias de señora (aunque de algodón), pagará alrededor de 2 pesos de nuestra moneda; si calcetines, más de 4.50 en moneda uruguaya por un par de seda artificial; si necesita un traje de hombre de mezcla de lana, pagará 83 dólares; si de pura lana, 170 dólares (240 pesos uruguayos); si zapatos de mujer, 31 dólares y pico (sesenta y dos pesos uruguayos). Por un par de botas de fieltro (195 rublos), unos 24 dólares.

Podría creerse que esos precios resultan así recargados para los diplomáticos por el tipo de cambio que se les asigna, siendo que la verdadera relación, tratándose de las compras realizadas por la población en general es necesario establecerla confrontando el rublo con el dolar en otra cotización.

Si nos atenemos a las cotizaciones lícitas sería lo contrario, pues el cambio diplomático se fija, precisamente, como una concesión a la amistad internacional y para contemplar la situación de los diplomáticos extranjeros que importan dólares. Así, por ejemplo, en el año 1946 el tipo de cambio oficial del rublo con el dólar era del 10, mientras el diplomático era del 12. Si ahora se ha rebajado este último al 8, o sea en un tercio, aquél ha de ser algo menos de 6.67, es decir que por un dólar se entregarán 6 rublos con 67 centésimos.

De acuerdo, pues, con ese cambio, la población soviética paga más los artículos en dólares (un dólar y 33 cts. más) que los diplomáticos extranjeros. Pero, claro está, esa cotización oficial se aleja mucho de la real relación entre la capacidad de compra del dólar y la del rublo. En el mercado negro de cambios el dólar, el año 1946, costaba de 25 a 30 rublos.

Entonces podía calcularse que el rublo equivalía, por su capacidad normal en el comercio lícito, a 10 centésimos de nuestra moneda, o alrededor de 5 centésimos de dólar.

Hoy se le habría valorizado por medio de esa operación de reajuste en una tercera parte, o sea en 3 cts. con 33 milésimos de nuestra moneda, si su equivalencia hubiera continuado siendo la de 1946. Pero ya hemos visto que a fines de 1947, época en que se realizó el nuevo manipuleo monetario, los precios habían subido un 180 por ciento. Sería, pues, mucho conceder que el nuevo rublo valiese ahora en su equivalencia real 13 cts. con 33 milésimos de nuestro peso.

Si nos atenemos al cambio bancario soviético, un rublo nuevo equivaldría, más o menos, a 30 centésimos uruguayos, en números redondos.

De suerte que el kilo de pan blanco costaría $ 1.20.

Los demás precios de la lista ya transcriptos acusan una relación en pesos uruguayos que lleva el costo de la vida a signos muy superiores a los de nuestro país.

¿Cuál es, pues, la situación de los trabajadores soviéticos? El salario medio anda por los 400 rublos.

Si el rublo equivaliese a los 30 centésimos del cambio bancario no diplomático se trataría de un salario de 120 pesos, que resulta insignificante frente a un repertorio de precios en que el de $ 1.20 corresponde al kilo de pan y 26 pesos al de café.

Pero si se pretende que exageramos los precios aumentando la equivalencia, en centésimos de pesos uruguayos, de cada rublo, habrá que admitir forzosamente que los 400 rublos del salario medio no son 120 pesos, sino menos.

Sin duda son menos, porque no pueden haber llegado los rublos, que en 1946 equivalían a 10 centésimos nuestros y en 1847 equivalían a mucho menos, a triplicar su valor, cuando el Estado al fijar el cambio diplomático y el bancario corriente sólo acusa una valorización del 33 por ciento. Los 400 rublos no pueden equivaler a más de 55 pesos uruguayos.

No es, por cierto, un salario que permita un alto *standard* de vida.

Es indudable que se aprende mucho de las condiciones de vida del pueblo ruso deteniéndose a analizar las cifras que arrojan, en los mismos documentos oficiales, las maniobras monetarias del Estado soviético.

Otro capítulo interesante del ordenamiento financiero con que se ha cerrado en la U. R. S. S. el año 1947, es el del empréstito de conversión. Se emitió el 13 de diciembre de 1947, estableciéndose por el artículo 10 del Decreto que "simultáneamente en la reforma del circulante se efectuará la conversión de todos los empréstitos del Estado anteriormente emitidos y de los certificados de los bancos de ahorro para los depósitos especiales... Serán canjeados por bonos del empréstito con un interés del 2 por ciento anual, en 1948. Los bonos del nuevo empréstito de conversión serán canjeados por bonos de los empréstitos anteriores a razón de 3 rublos de los empréstitos anteriores por un rublo de bonos del empréstito de conversión".

Pero tratándose del empréstito de lotería del Estado de 1938 (se llama de "la lotería" porque se sortean los bonos que han de salir premiados con la amortización, y a veces con premios en dinero o en especie) el canje se efectuará a razón de 5 rublos de aquel empréstito (que percibían el 2 por ciento de interés) por un rublo en bonos del empréstito interno de lotería, que perciben un 3 por ciento de interés.

Los empréstitos del Estado en la U.R.S.S. se cubren siempre con una pasmosa celeridad.

Así, por ejemplo, el 2 de mayo de 1946 el gobierno lanzó un empréstito, *de la Reconstrucción y del desarrollo de la economía nacional*, por 20 mil millones de rublos.

El 25 de mayo quedaba suscripto por 20.447 millones de rublos.

El éxito de estas emisiones se explica en un país como el soviético. Lanzado un empréstito, se organiza una propaganda oficial, a cargo sobre todo del Partido Comunista y los *komsomols*, que reúnen en asamblea a todo el personal de las fábricas, talleres, establecimientos comerciales, institutos, usinas, universidades, escuelas, granjas, *koljoses* y *sovjoses;* a todos cuantos ganan un salario o una remuneración de cualquier especie, y se les exhorta a suscribirse. Como las consignas son conocidas, cada uno sabe cuánto se espera de él. ¿Quién se atreverá a negarse o a suscribirse con menos de lo que le corresponde?

El empréstito es, pues, siempre, obligatorio, ineludiblemente obligatorio.

Luego se puede oír en alguna conversación muy reservada, a obreros o empleados que se quejan de las cargas con que se les reducen los salarios; y las suscripciones a los empréstitos patrióticos suelen ser las que, por su monto, más dolorosas les resultan.

Y el observador debe por fuerza percatarse de que no son, por cierto, envidiables las condiciones de vida de la inmensa mayoría de los productores en un medio donde los precios de casi todos los artículos son tan elevados, los salarios nominales son tan bajos, y las obligaciones de toda índole impuestas a la población, tan implacables.

Un hombre del pueblo, un obrero de bastante edad como para haber conocido y vivido los días borrascosos del alumbramiento revolucionario, me formuló cierta vez, en pocas palabras confidenciales, la síntesis de todo el problema monetario soviético visto desde el ángulo de las tribulaciones del oscuro ciudadano que trabajaba para comer:

—Suprimieron el dinero cuando la Revolución prometía que sin dinero tendríamos cuánto necesitábamos si trabajábamos. Como eso no resultó cierto (nos moríamos de hambre), restablecieron el dinero. Pero es tan escaso para nosotros que no lo vemos sino en las manos de los demás. Antes de la Revolución no estábamos tan alejados del dinero...

Son palabras textuales, que reproduzco con entera fidelidad para que no pierdan nada de su valor como testimonio de lo que piensan, con un criterio elementalmente objetivo, algunos trabajadores.

CAPÍTULO XII

PASAN LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS

¿Qué es lo que trae en sus brazos aquella joven mujer que va a sentarse en un banco de la pequeña plaza donde un grupo de niños juega junto a una fuente, sobre un cantero de arena? Es un bulto alargado, en forma de gran cartucho, construído con un recio bombasí blanco que en la parte superior se abre dejando asomar el volado primoroso de unas albas puntillas.

La joven, que marchaba sosteniendo casi verticalmente ese cartucho con una evidente expresión de orgullo, lo hace descansar ahora sobre sus rodillas, y se inclina luego sobre el extremo adornado, que semeja el borde doblado de una azucena.

Debemos acercarnos mucho para descubrir entre esos encajes, rodeada por un blanquísimo marco de candorosas blondas, la carita de un bebé. Todo el cuerpo de la criatura, piernas y brazos inclusive, va embutido en el cucurucho, que se sujeta con cintas cruzadas; y sólo se deja un pequeño espacio abierto para que el niño respire y se le pueda ver el rostro.

Ese acondicionamiento de los críos tiene algo de caprichoso envase de confitería. Podría tomársele, a veces, por una bombonera de colosales proporciones. Ni siquiera en pleno verano las madres se atreven a sacar a sus bebés en la edad de la lactancia sin esa envoltura, que hace de los nenes graciosos "bichos de canasto" y que generalmente adquiere, al llegar la época de los más crudos fríos, el aspecto de un colchón enrollado o de gruesa funda como de una rara especie de instrumento musical. Los chicos van en realidad lindamente empaquetados.

No era raro ver por las calles hombres solos, a veces militares, que iban cargando en brazos uno de esos paquetes vivos, sustituyendo en tal función a la madre, ocupada en otros menesteres o impedida por cualquier causa, de salir ese día. Con la mayor naturalidad, sin sentirse encogidos, sino más bien orgullosos, esos hombres se abrían paso por entre la muchedumbre con cierta arrogancia, y nadie se extrañaba de verlos ejerciendo, con uniforme y todo, de niñeros.

Lo curioso es que el chico tan impenetrablemente envuelto es el mismo que vemos, en días de intensa nevada, durmiendo dentro de una camita de ruedas, bien cubierto, eso sí, con las mantas del pequeño lecho y resguardado de la nieve por la capota del cochecito rodante, a pleno aire, en algún espacio abierto, ante las puertas de una vivienda o en un balcón, durante horas enteras.

Así se les acostumbra al clima y se les oxigena y fortifica, al mismo tiempo que se les preserva, con las tibias coberturas, de las inclemencias del ambiente exterior.

Otros más grandecitos pasan atados en los diminutos trineos que las madres arrastran, y allá van tendidos boca arriba, semisentados y fajados de modo tal que parecen muñecos de madera.

No lejos de uno de esos bebés dormidos, que se creería olvidados en sus cochecitos sobre la nieve, pues no se descubre cerca de ellos a nadie que especialmente los cuide, chicos de mayor edad se entregan a un deporte que se les ve ejercitar apenas se cubren de nieve las calles, en todos los rincones apropiados de la ciudad, en todas las plazas donde hay desniveles de terreno, en las mismas aceras de algunas calles: el del auto-trineo, que consiste en dejarse arrastrar sobre un plano inclinado cubierto de hielo, por un pequeño trineo sobre el cual el chico se coloca algunas veces sentado, pero más frecuentemente de bruces, y que se precipita, con el chico encima, pendiente abajo en cuanto se le aplica un leve empujón.

Cuando la capa de nieve se endurece más, aparecen los muchachos patinadores, que invaden en numerosos sitios aceras y calzadas; y en los parques y en las afueras donde hay pendientes, colinas o barrancas, surgen además los esquiadores.

Aquellos pequeños trineos sirven también de medio de transporte. No son pocas las personas que los utilizan para colocar sobre ellos bolsas y cajones, tirando de ellos por una soga, gracias a la cual los hacen deslizarse sin mayores esfuerzos por las calles resbaladizas.

Sobre ese vehículo vi transportar una tarde de invierno un pequeño ataúd de color rosado, aún vacío, que iba en busca de un niño muerto. Del trineo tiraba un muchachuelo; una mujer caminaba junto al pequeño féretro.

¡Cuánta tristeza en ese sencillo cuadro, tan sugestivo en su melancólica y tierna vulgaridad!

Nada más humilde ni nada más conmovedor que ese fino rasgo trazado por la cotidiana realidad de la vida en el cuadro grandioso y solemne de la ciudad a la vez antigua y moderna, por entre la cual pasaba yo a esa hora vespertina como sobre un inmenso puente de hierro bajo cuyos arcos de siglos corriesen eternas e inmutables las aguas del tiempo, reflejando cielos azules y nubes grises, primaveras e inviernos, las mañanas que nacen y las tardes que mueren . . .

LOS NIÑOS.

He pasado momentos muy dulces en plazas y parques céntricos de Moscú viendo jugar a los niños rusos, tan bellos con sus rostros de mofletudos serafines, de ojos brillantes y sonrosada tez, rebosando salud y alegría, acompañados por sus madres o sus *ñañas*.

Un niño moscovita, de los dos a los cinco o seis años de edad, en invierno, suele ser, por su vestimenta, un personaje liliputiense de la más graciosa catadura. Se ven algunos, de familias acomodadas, con sobretodos de piel blanca o marrón, con botas de goma o de fieltro, y gorras de piel con grandes orejas, que parecen ositos.

Una mañana vi una formación de cerca de veinte pequeñuelos, que conducidos por una cuidadora (debían ser niños de algún asilo) desfilaban por una acera de la calle Gorki, todos vestidos y tocados de piel blanca, perfectamente calzados con botitas de goma también blancas. Se hubiera dicho un batalloncito de muñecos puesto en movimiento. La gente se paraba formando filas para contemplar encantada ese conjunto de niños

que parecían figuras animadas de un cuento de Anderson o de Perrault.

En todo el mundo civilizado el niño goza, en los tiempos que corren, de una situación preeminente en las preocupaciones del ánimo público y de la conciencia colectiva.

Con razón Ellen Key llamó a este siglo *El Siglo de los niños*.

Ese que en los hogares es "el pequeño gran tirano", en la sociedad es un ídolo de carne y hueso ante quien se doblan las frentes de los sabios y de los poderosos, a quien se tributan cuidados y protección costosa porque en él descansa, como en las rodillas de los dioses antiguos, el porvenir.

Se le rodea de todas las solicitudes y atenciones porque es el futuro sin ser todavía el presente.

Porque es la Esperanza, el bien más alto de la humanidad.

En todos los países adelantados se advierte, cada vez más alerta, la preocupación por el niño.

Para los niños rigen en la U. R. S. S. precios especiales que rebajan notablemente el costo de los artículos y productos que ellos necesitan.

Según datos oficiales, que recogí en uno de los informes leídos ante el Soviet, las casas cunas y hogares infantiles, donde las madres dejan a sus pequeñuelos varias horas cada día durante su trabajo, al cuidado de mujeres encargadas de alimentarlos y hacerlos descansar, dan cabida a un millón ciento treinta mil infantes, y a la terminación del presente Plan Quinquenal (el año 1950) acogerán el doble, es decir, dos millones doscientos sesenta mil. (Del discurso de la C. de Planes, N. A. Bosniesienski).

Las madres pagan por ese servicio de las casas cunas o guarderías una remuneración de un cuatro por ciento de sus entradas.

Las Casas del Niño son las que acogen a los huérfanos y a los hijos de madres solas que los llevan allí para que, por cuenta del Estado, los cuiden y eduquen. Como una muestra del interés con que se estudia el problema de la educación de esos niños, inserto una nota periodística de las tantas que se refieren al asunto. Bajo el título *Cursillo para los trabajadores de las Casas de Niños*, un diario publicaba: "Las autoridades de la región de Rostov han organizado cursillos para los dirigentes de las Casas de Niños. Hace poco se celebró un cursillo para los directores de escuelas de las Casas de Niños de la región. Los trabajadores científicos del Instituto Pedagógico dieron varias charlas sobre los temas: *Contenido y método de los trabajos educativos e instructivos de las Casas de Niños*, *La dirección educativa en las Casas de Niños*, etcétera.

"Los participantes en el cursillo visitaron la mejor Casa de Niños de Rostov, asistieron a la reunión del Consejo Pedagógico y tomaron nota sobre los trabajos educativos e instructivos.

"A fines de enero se celebraron los cursillos para los directores.

"Las ocupaciones prácticas de los participantes se efectuaron en la Casa del Niño Nº 3."

La solicitud sistemática por el niño se la palpa en la presencia de los innumerables párvulos que se congregan en plazas y parques (que son ante todo para ellos), espontáneamente reunidos o llevados por cuidadoras que a menudo acompañan largas columnas infantiles, de a dos en dos,

de los jardines de infantes o de los primeros años escolares.

Se les ve a cada paso jugando en bandadas, congregados en los espacios vacíos.

En cuanto llega el tiempo del patín y del trineo pueblan las calles menos transitadas entregados a ese deporte.

Y cuando llega el verano son de ver los desfiles de escolares que en formación disciplinada, acompañados por maestros o maestras, y a veces encabezados por bandas de música, con banderas y estandartes, se dirigen a las estaciones de ferrocarril para trasladarse por unos días a los campos de vacaciones.

Todos van con sus hatillos de ropa, y las madres de muchos de ellos los acompañan desde las aceras, mirándolos arrobadas y felices de que puedan sus chicos ir a gozar de unas semanas de alegría en plena naturaleza, aunque bajo las reglas de una disciplina a base de toques de corneta y rígidos horarios.

El espectáculo se repite, en sentido inverso, cuando van retornando, por turno, los diversos contingentes de escolares en vacaciones enviados al campo.

Las bandas de música intercalan en el ambiente adusto de la ciudad un paréntesis de fiesta sonora, mientras los muchachos pasan en ordenadas filas, entre las cuales se destacan los que, de uno y otro sexo, sostienen con gallarda tiesura las banderas desplegadas al viento.

Es evidente que el Estado tiene interés en que la ciudad se entere de que envía a los chicos de los primeros años escolares a fortalecerse en los campamentos de vacaciones.

El hijo de un amigo mío, un chico de diez años, volvía de uno de esos vivaques hastiado de los toques de clarín, que le habían amargado las vacaciones. En éstas todo se hace a toques de corneta, como en los campamentos militares.

Además se tiende prolijamente a proporcionar al niño entretenimientos para el espíritu en las más variadas y adecuadas formas.

Un escritor ruso, L. Brausicovich, revelaba, a raíz de la guerra, ese entrañable interés que es allí una predisposición del ánimo público, lamentándose de que la guerra hubiera disminuído el número de instituciones *complementarias del trabajo con los niños* y reclamando que se hiciese en ese terreno más de lo que se hace. "Provisoriamente —escribía— han dejado de salir una serie de periódicos infantiles, semanarios de teatro y cine, se han cerrado casas de educación técnica y artística; ha disminuído la aparición de libros y films infantiles. Como resultado ha decaído bastante la afición de los niños por la lectura.

Se ha reducido el mundo que rodea al niño de imágenes artísticas. La familia ocupada en un constante trabajo deja, involuntariamente, al niño solo. Este ha perdido muchos rasgos de espontaneidad infantil, adquirió una falsa noción de igualdad con los mayores, perdió en una u otra medida el respeto a los mayores.

Ahora es necesario hacer mucho por los niños. . . Pero la educación sólo en la escuela es insuficiente. Hay que rodear la vida del niño soviético de medidas educativas, juegos, lecturas, entretenimientos. Es necesario atraer a los mejores escritores soviéticos, pintores, artistas, profesores, pedagogos hacia la creación de interesantes útiles y principalmente de entretenidos juegos que despierten la fantasía artística.

Nuestra tarea: rellenar lo más rápidamente posible el mundo infantil con libros, piezas y films que emocionen el corazón del niño."

Eso es lo que se viene procurando, y ya antes de la guerra se habían realizado en ese sentido esfuerzos de los cuales existen considerables constancias diariamente acrecidas por nuevas comprobaciones.

Hay para los niños una literatura importantísima, de grandes escritores rusos, muchos de ellos contemporáneos, editados en volúmenes de artística presentación, con deliciosas ilustraciones. Hay libros para todas las edades infantiles. Pero no sólo se imprimen —y por muchos millares— obras de autores nacionales, sino también de autores extranjeros famosos.

Todos los clásicos del cuento para niños han sido esmeradamente traducidos y encantadoramente impresos. Todos los fabulistas y escritores célebres de relatos para la niñez y la juventud figuran con brillantes presentaciones, traducidos si son extranjeros, en ediciones de exquisito gusto.

En los primeros meses de 1946 se efectuó en Moscú una exposición de esa literatura, que abarcaba numerosos salones repletos de las más seductoras muestras de libros para niños de las más diversas edades, impresos en los últimos años.

También está muy adelantada la fabricación del juguete lindo y gracioso, industria que cuenta con la colaboración de verdaderos artistas.

Pero tratándose de entretenimientos para el espíritu infantil, merece capítulo aparte y prominente el teatro para niños. En la República Federal Rusa funcionan 21 teatros para la juventud y 63 teatros de títeres. Algunos de éstos brindan, como el Central de Moscú, el más importante espectáculo, de cuyo interés y encanto no puede nadie hacerse una idea sin verlo.

Lo que más me interesaba en ellos, por lo general, era la reacción de las ficciones escénicas en el ánimo de los pequeños espectadores.

¡Qué poderoso elemento de educación es ese teatro tan graciosamente expresivo que aparece como el pionero de la fantasía creadora en su conquista del territorio virgen del alma infantil!

A su conjuro la alegría del niño brota y se expande bullanguera y radiosa, y todas sus elementales emociones se expresan ingenua y sencillamente, con exclamaciones espontáneas, y a menudo inesperadas, en salas de espectáculos repletas de un público especial.

A la cabeza de la literatura teatral infantil que se ofrece a los niños de Moscú, debe ponerse "El pájaro azul" de Mæterlinck, maravillosamente representado en el Teatro de Arte, el más prestigioso teatro de toda la U. R. S. S.

Dos teatros para jóvenes representan, no con niños, sino con artistas avezados que fingen de un modo perfecto ser niños, cuando hace falta, un repertorio en que se alternan piezas de clásicos rusos y mundiales con piezas de autores soviéticos del día.

Y sea cual fuere el sentido y la finalidad con que se haga, debe en-

comiarse el cuidado que se pone en no dejar perder ninguna aptitud sobresaliente, ningún talento que despunte en el niño. Cuando se le descubre una facultad poco común, aprovechable para el arte o la ciencia, se le proporcionan los medios especiales para desenvolver sus dones de excepción. Se le inscribe en una escuela de especialización, en un conservatorio, etc., y así muchos hijos del pueblo quedan encaminados hacia la mejor capacitación posible de sus dotes privilegiadas.

A los efectos de una temprana captación de las vocaciones mejor provistas para las artes del teatro, la música, el canto, la danza, la comedia. etcétera, se organizan todos los años interesantes espectáculos en el *Bolchoi Teater*, a cargo de menores, a veces niños de no más de seis o siete años, reclutados en las escuelas y los talleres. Del personal de aprendices de las fábricas o de alumnos de los institutos, escuelas, etc., se seleccionan los que se distinguen por alguna inclinación artística bien dotada, y se les prepara para esos certámenes, donde el público asiste a la revelación de nuevos valores incipientes.

Los conservatorios y las academias teatrales harán el resto para la formación incesante de esa multitud de elementos que reclaman los espectáculos escénicos y los recitales con que se procura amenizar la vida del pueblo soviético, y proporcionarle goces estéticos mediante una maquinaria estatal de provisión artística, como compensación y lenitivo de tantas asperezas, sacrificios y sinsabores.

¿El favoritismo interviene en esa tarea de entresacar de las multitudes infantiles los agraciados con la protección de los sindicatos, o de lo que sea, para el cultivo de sus facultades? Probablemente. El favoritismo es endémico en la organización de la vida soviética. No falta en los hospitales y es huésped permanente en las oficinas y talleres y hasta en las escuelas. Es un producto natural, una como emanación inevitable de la política, de la instalación constante del Partido único, que vigila y manda, en todos los lugares y huecos de la existencia colectiva.

Por otra parte, como reverso de aquellos aspectos agradables de la suerte del niño en la U. R. S. S., debe consignarse la existencia de las academias militares infantiles, en que se les instruye para las artes de la guerra desde los nueve años de edad.

Suelen verse en la calle y en los paseos niños de nueve, diez y once años, vestidos con uniforme militar, que delatan su condición de alumno de una de esas academias. La más famosa de ellas es la que lleva por nombre el del célebre general de Pedro el Grande, Zuvorov.

Son internados donde permanecen nueve años, de los nueve a los dieciocho, recibiendo una educación completa, aprendiendo, entre otras cosas, idiomas y música, pero principalmente orientada hacia la preparación y disciplina militares.

A los dieciocho años el alumno, preparado para la carrera militar, pasa a las filas del ejército a hacer práctica y ponerse en condiciones de ascender al poco tiempo a suboficial.

Tienen la preferencia para la admisión en esas academias los hijos de militares profesionales, para quienes hay también clubes especiales, siendo notable uno que dispone de un bello parque en Moscú, que fué residencia de un acaudalado príncipe, con un arroyo donde navegan numerosos botes de remos, un gran pabellón de baile y un amplio estadio con cancha de fútbol y cómodas gradas de material.

Todo ello parece propender a la formación de una clase guerrera rodeada de determinadas ventajas.

El problema del trabajo de los menores ofrece también mucho campo para los comentarios. A los catorce años el escolar puede encaminarse hacia el estudio en una escuela profesional, donde le enseñan un oficio y trabaja como aprendiz gratuitamente, o hacia una fábrica con escuela de aprendizaje, donde tampoco gana nada. Permanece tres años. A los diecisiete años va a trabajar al oficio. Y aquí comienza una etapa oscura, sobre la cual no pude recoger mayores informaciones directas, pero de la que he obtenido algunas referencias poco gratas.

A los diecisiete años esos muchachos ya son trabajadores que han dejado atrás el aprendizaje y deben ir a los sitios y fábricas que se les indica. Pueden así ser trasladados según las exigencias del Estado, separándoseles de sus familias, casi niños aun.

Algo oí de los decretos de enrolamiento militar de varones y niñas de catorce a diecisiete años para la enseñanza industrial, cuando se les movilizó bajo el apremio de la preparación bélica. De lo que más oí hablar fué del envío de muchachos y muchachas durante temporadas de varias semanas y hasta meses enteros a los "servicios sociales" de cortar leña para el invierno, de recoger cosechas, etcétera, una o dos veces al año, reunidos en campamentos y sometidos a una disciplina de tipo militar, bajo la dirección de militares.

Podría ser ése un modo plausible de robustecer el organismo físico de la juventud, y contrarrestar con trabajos al aire libre los efectos de la permanencia en la ciudad, en las usinas y oficinas, o en las casas de estudio si se trata de estudiantes, a cuyo intelectualismo no viene mal ese contacto activo con las tareas del músculo, si no fuese una imposición rudamente aplicada, con rigidez e implacables reglas de disciplina y exigencias que a menudo resultan agotadoras para organismos mal nutridos, y no se les acompañase todavía de la obsesiva preocupación de proselitismo y preparación política a cargo de instructores, "agitadores" y delegados del partido gobernante.

Pero más desagradable es todavía la incautación que se hace del espíritu del niño para la empresa política de dominar a un pueblo, desde los bancos de la escuela, casi desde que comienza a deletrear...

Porque la escuela soviética, como es sabido, no es neutral. Ella tiene una orientación política y está, como todo en la U.R.S.S., al servicio del Estado y de la posición doctrinaria del Estado, que es un Estado filosófico a su modo. Es más: sirve a los fines políticos del régimen en cuanto gobierno y del partido de gobierno, que es "único".

Así, en los libros donde el niño aprende las primeras letras, en el primer libro escolar, el niño encuentra ya, en sus últimas páginas, en las lecciones para el chico que ya sabe leer de corrido, himnos a Stalin.

Yo he traído un ejemplar de uno de esos libros escolares, donde hay un canto al general Voroshilov y otro a Stalin.

Al niño se le induce en la escuela a formar parte de una organización infantil para que sea, desde los siete años "octubrista"; luego,

adolescente ya, a los catorce años, se le promueve a "pionero"; y pocos años después pasa a ser *Komsomol*, es decir, miembro de la Juventud Comunista.

Desde la primera etapa se le enseña a idolatrar al Partido y a sus jefes, y se comienza a prepararlo para la comprensión del "servicio social", que es el trabajo para fines colectivos que indica el Partido y que todo soviético debe realizar *voluntariamente*, aun en la escuela primaria, al margen de sus deberes para con el establecimiento y la función de alumno o de aprendiz o de obrero u oficinista que inmediatamente le incumbe.

Lo más abominable es que se ha llegado, como en la Alemania nazi y en la Italia fascista, a inculcar a los niños una espantosa moral de fanáticos en esas agrupaciones de preparación política. Júzguese por el sentido de canciones infantiles como esa que se titula "Pável Morozov", que data de los años en que se requisaba el grano a los campesinos, y en la que se dice:

Pável Morozov
es nuestro mejor pionero
porque denunció a su padre
cuando escondió su trigo
en una cueva del granero.

Parecería, según referencias que juzgo fidedignas, que no se impone a nadie, directamente, la obligación de ser octubrista, pionero, *Komsomol*, y que hay quienes se sustraen a enrolarse en esas especies de milicias prepartidarias, y aun se apartan de ellas después de algún tiempo sin sufrir por ello especiales molestias. Pero el ambiente arrastra a la inmensa mayoría, y pocos son los que se resisten a sentar plaza de buenos soviéticos figurando en las filas de tales organizaciones.

De cómo los "servicios sociales" tienen reservado un importante margen en las preocupaciones de los escolares ilustra, entre otras, una anécdota de cuya veracidad no me cabe duda:

En una escuela de niños españoles, en Moscú, cierto maestro quiso evitar que la intercalación del "trabajo social" se dejase sentir demasiado sobre la labor escolar de sus alumnos apartándolos del buen cumplimiento de sus deberes como tales, y a menudo los regañaba protestando contra ese motivo o pretexto de malas lecciones y floja escolaridad.

—Aquí no hay "trabajo social" que valga por encima de la obligación de estudiar.

Pero se enteró de ello el delegado del Partido, que no falta en ninguna institución o establecimiento, y como era su amigo lo llamó aparte para advertirle que no insistiese en esa prédica porque se vería obligado a denunciarlo y le aplicarían una sanción por contrariar las consignas.

El maestro comprendió que no le quedaba más remedio que meter violín en bolsa...

Así se van forjando, en escuelas regimentadas políticamente y sometidas a las normas del partido que se confunde con el gobierno y con el Estado mismo, dentro de los carriles de una disciplina más dependiente

de las actividades partidaria que de las autoridades pedagógicas, el espíritu y la mentalidad del niño soviético.

Uno no puede menos de llegar a suponer que todo ese afán del Estado por enseñar al niño a leer y escribir y por combatir el analfabetismo en todas las generaciones de la ciudad y del campo, obedece sobre todo a una finalidad de sojuzgamiento político. Se enseña a leer al pueblo para que lea la propaganda soviética, y para que cultive su espíritu a base tan sólo de lo que el Estado permite leer. Se diría que no es una preocupación honesta, humanitaria y patriótica de cultura la que desata el esfuerzo oficial en pro de la enseñanza y de la multiplicación de las escuelas, sino la preocupación proselitista de hacer de cada ciudadano un receptáculo apto para impregnarse de la ideología bolchevique y de la cultura *ad usum* comunismo. Hasta el alfabeto se torna así, principalmente un medio de propaganda soviética.

LOS VIEJOS.

Pero no sólo habrían de llamarme la atención los niños de Moscú. También los viejos. ¡Las viejecitas que se ven a menudo por las calles de la capital soviética!... También parecen figuras de cuentos de hadas... No nos sorprendería que, de pronto, una de ellas, trocando en un abrir y cerrar de ojos sus modestos vestidos por galas esplendorosas, se nos revelase el hada buena de Cendrillón o de Alicia en el País de las Maravillas. Son de mucha edad las que despertaban nuestro asombro enternecido, y a veces hasta nuestra conmiseración, al verlas andar con sus cortos pasitos, sosteniendo en una mano el consabido saco, en procura de sus vituallas, a través de las inconmensurables distancias de la ciudad populosa. Tantas arrugas suelen surcar el cutis de sus rostros, que no se distinguen las facciones. La boca se pierde entre las arrugas; los ojos son simples arrugas a su vez, por entre los cuales la pupila apenas se descubre. Empequeñecidas por la edad, el pecho enjuto, las espaldas estrechas y combadas bajo el peso de los años, conservan, sin embargo, una vitalidad inexhausta.

Yo no podía menos de quedarme mirando cómo caminaban con sus pasos menudos pero firmes, apenas apoyadas en el brazo de otra anciana semejante o en un bastón o sin apoyarse en nada, y todavía portando en una mano el infaltable bolso.

A su edad, nuestras ancianas no salen a caminar por la calle en días de invierno ni aún en los días destemplados de cualquier otra estación. Suele vérselas tan sólo sentadas tras los cristales de una ventana mirando cómo transitan los demás... Cruzar, dos viejecitas —que entre las dos suman no menos de siglo y medio—, una calle como la avenida Gorki, con seguro paso, sin arrastrar los pies, cogiditas del brazo, como lo he presenciado muchas mañanas; o internarse solas, sin acompañante alguno, entre la multitud trashumante de las aceras con su carga de productos en la diestra, y perderse de vista en la corriente de apresurados viandantes, como con frecuencia me era dado observarlo, es cosa que solamente en una ciudad rusa puede verse.

Allí están, sin duda, las raíces recias y perdurables de ese pueblo que, desnutrido y diezmado por los efectos de muchas guerras implacables, sumados a los de una lucha permanente contra los rigores de la naturaleza, puede, sin embargo, acumular en los depósitos de su vida colectiva energías maravillosas que le permitieron construir, en pocos años, toda esa fábrica de progreso material y todo ese poderío bélico, que fueron para el mundo una revelación pasmosa cuando se le vió saltar como un tigre al cuello del invasor imprudente para despedazarlo entre sus garras.

Pero así como parece indudable que se rodea al niño soviético de los mayores cuidados compatibles con los medios de que la colectividad dispone, recibí la impresión de que se descuida a los viejos, de que no se les ampara bastante en su decrepitud y se les deja demasiado librados a sus propias fuerzas declinantes, cuando no a su debilidad irremisible, si no hallan refugio en los sentimientos solidarios de sus parientes o amigos más válidos para sobrellevar las cargas de la vida.

No sólo los he visto andar por las calles atareados, recorriendo disdistancias de kilómetros para proveerse de sus alimentos y trasladarse de sus casas a sus empleos, o viceversa. Los he visto trabajando en las fábricas a una edad en que ya hace mucho tiempo que nuestros obreros gozan de la jubilación. Los he visto en los hoteles, servirnos a la mesa, traernos la comida a las habitaciones a pesar de sus setenta y pico de años de edad.

Los he visto en los Koljoses participar de la faena de la cosecha. En el que visité oficialmente y en el que se me mostró una confortable y limpia sala-cuna con más de treinta chicos acostaditos y bien cubiertos en sus aseadas camitas, pude ver ancianos cuya edad andaba por los setenta años, tomando parte en la recolección de papas. Era un contraste. . .

Allá, los niños cobijados bajo la amorosa solicitud del Koljos; aquí, los ancianos esforzándose en seguir viviendo porque no existía para ellos la preocupación sentimental de acordarles efectivamente el derecho al ocio ganado de la senectud. Claro está que no debe excluirse la circunstancia de la guerra, que sin duda obligaba a exigir el concurso de cuanta persona estuviese todavía en condiciones de realizar algún trabajo. Pero, tengo entendido, por referencias fidedignas de quienes conocían el medio soviético desde hacía muchos años, que también en tiempos normales la situación de muchos ancianos no es, en verdad, la de personas que puedan prescindir del trabajo para terminar sus días plácida y cómodamente.

Del personal de los hoteles, sobre todo, conservo un recuerdo particularmente penoso. Setenta años contaba un pobre viejo que atendía, él solo, como "oficiante" (así se llama a los que nosotros llamamos "mozos"), las piezas del cuarto piso del Hotel National, llevando a algunas de ellas el desayuno, el almuerzo y la cena, y además servía en el restaurante del primer piso. Cuando había fiesta en el restaurante, le tocaba permanecer atendiendo al público hasta la una y dos de la madrugada.

Cargaba el hombre todo el día grandes bandejas repletas de platos,

fuentes, soperas y copas, recorriendo los pasillos de dicho piso del hotel, y bajando y subiendo las escaleras muchas veces al día. Se mantenía en pie gracias a la vodka que le daban a beber los clientes de las piezas, prefiriéndola a cualquier otra forma de propina. Era alto y delgado, de cabeza completamente cana. Servía como podía —¡a su edad!— pero era empeñoso y afectivo. Deseo de todo corazón que haya podido encontrar el modo de emanciparse de esa fatigosa tarea para pasar sus últimos años de vida en una ocupación menos dura, ya que acaso sería mucho pedir que tuviese asegurado un retiro económicamente holgado como tranquilo refugio de su ancianidad.

Otro anciano, de setenta y tres años, que trabajaba en el restaurante, tuvo una suerte todavía más desafortunada. Un día, probablemente agotado por el prolongado trajín, excesivo para su edad, tropezó mientras llevaba una bandeja cargada de copas y botellas, con tanta desgracia, que al caer dió con el rostro sobre los cristales y se hirió malamente, debiendo ser hospitalizado y sometido a una larguísima cura.

No había para ellos, por lo visto, ley ni sindicato que les deparasen el derecho de vivir holgadamente sin trabajar a sus años.

Existen pensiones a la vejez. La ley acuerda dichas pensiones a los trabajadores hombres a los sesenta años de edad (en vez de los cincuenta y cinco de nuestras leyes) y con veinticinco años de servicios, como *minimum;* para las mujeres se ha fijado la edad de cincuenta y cinco años con veinte de servicios. El porcentaje de la pensión que reciben como "retiro", es de un cincuenta a un sesenta por ciento del salario normal, aproximadamente.

Con esas pensiones los viejos viven muy mal. Prefieren, pues, continuar trabajando todo el tiempo que sus fuerzas se lo permitan, si no tienen la suerte de que algunos parientes mejor colocados los auxilien de alguna manera.

Más adelante relataré cómo comprobé, presenciando un juicio público, que una pobre anciana de ochenta años había estado trabajando hasta hacía poco tiempo en una fábrica de hilados de algodón.

CAPÍTULO XIII

LA ANIMACION Y LAS TRIBULACIONES DE LA URBE

Moscú tenía una animación algo triste. Había en sus calles un tránsito caudaloso, sobre todo de peatones. Uno veía por las aceras de numerosas arterias, multitudes en circulación, ríos de gente que pasaban ocupadas, sin hablarse, sin detenerse a mirar un escaparate, que solía no haberlo; sin pararse a formar un corrillo de amigos que se encuentran, se saludan y se ponen a conversar un momento.

Todo el mundo tenía el aire de no pensar sino en llegar a algún punto. Casi nadie salía aquí, sino en los días de fiesta y cuando lo permitía el tiempo, a distraerse y divertirse en la calle, a pasear por la calle, como entre nosotros. Allí, la calle no es, sino para los chicos que patinan en invierno, un sitio de recreo y esparcimiento. Es un lugar más de trabajo, donde la muchedumbre hace el trayecto necesario para cumplir con sus deberes o para aprovisionarse trabajosamente, formando cadenas y abriéndose paso a codazos, en los almacenes.

En verano, la gente, al salir del trabajo, prefiere pasear en los parques, donde puede cultivar diversos deportes y consagrarse a juegos tan dispares como el de billar al aire libre, el del sapo y el del ajedrez —para el cual no falta en ningún parque un pabellón con numerosas mesitas y otros tantos tableros—; o entretenerse sentada escuchando los conciertos de las bandas militares, o presenciando la actuación de los artistas que desfilan por los escenarios casi a la intemperie, o experimentando las elementales sensaciones de todo ese ruidoso repertorio que va desde las tradicionales e inocentes calesitas hasta los espeluznantes aeroplanos cautivos, que hacen el *looping*, agregándose, como la más llamativa atracción del Parque Kultura (también Parque Gorki), la torre para aprender a arrojarse en paracaídas.

Pero si bien los parques —que suman como media docena, de los cuales tres son de vasta extensión—, se llenan en esa época del año, no por eso en la ciudad se tornan más pequeñas las "colas" que aguardan los tranvías o se tienden ante las puertas de los almacenes de racionamiento, y que en los días fríos, cuando la nieve ha desplegado su blanca alfombra por el pavimento de toda la vía pública y ha colgado sus tapices de armiño de todas las techumbres, adquieren una fisonomía de subrayado oscuro y triste bajo la melancolía natural de las precoces noches invernales. (A propósito: éstas se tragan los crepúsculos, como en sañudo desquite de las escasas tardes veraniegas plácidamente demoradas en detener las noches sobre los imprecisos límites del cielo para que las alcancen pronto las mañanas. Y así, mientras en verano, a la hora 22 aún es día y a la hora 2 el alba clarea los horizontes, en invierno, a la hora 17 ya es oscuro y sólo después de la hora 7 aparece el día).

Y he ahí que tales "colas" son las que más contribuyen a infundir a Moscú esa animación algo melancólica de que hablo.

En las ciudades de los países que no han sufrido lo que ésta con la guerra terrible, y que no han debido someter a sus poblaciones a las reglamentaciones propias de la situación anormal, una aglomeración de público ante la puerta de ciertos comercios suele ser una señal de alegría y hasta de holgorio.

Allí se veía una multitud aglomerada en ancho espacio y se acercaba uno, curioso, esperando hallar un sitio de especial atracción; y si a menudo, a ciertas horas, se daba con la entrada de un teatro o un cine, más frecuentemente lo que se encontraba no era sino la resignada paciencia de cientos de personas haciendo "cola" ante el comercio donde expendían el pan, la leche, la carne o el pescado; cuando no topaba uno con el borbollón de los que entraban y salían, interminablemente de un gran almacén "gastronómico"; o no descubría el apretujarse en remolino de un mercado ilegal, en plena calle donde el tráfico clandestino de productos, de ropas usadas, utensilios, herramientas, artículos de tocador, comestibles, etcétera, se efectuaba no muy lejos de la vigilancia policial pero en el disimulo del hacinamiento y a base de rápidas tratativas de toma y daca.

Pude informarme que también antes de la guerra, aunque no había racionamiento, se formaban "colas" semejantes ante los establecimientos, "cooperativas" o almacenes, donde se vendía la leche, el pan u otros productos alimenticios de imprescindible necesidad.

Esos son los únicos accidentes en el curso de la monótona animación de las calles moscovitas, que no ofrecen al caminante fuera de los motivos de contemplación de sus edificios, el alegre y acogedor semblante de esos bulevares que se ven en otras partes con sus mesas en las aceras (acaso incompatibles con el clima de Moscú), de esas avenidas seductoramente arboladas y de todas esas arterias que el comercio decora desde un extremo al otro, a ambos lados de las mismas, con la sucesión feérica de los escaparates deslumbradores, trabados en una competencia de esplendor, de lujo, de luminosidad, también de buen gusto, para detener los pasos del transeúnte y decidirlo a comprar.

Muchas mujeres de los países capitalistas no saben de mayor placer que el de inspeccionar esos escaparates y extasiarse ante ellos. Si un día les dijesen que no podrán volver a ver en las calles de su ciudad esas resplandecientes vitrinas que son los ojos y la boca insinuantes y tentadores de ciertos establecimientos comerciales, ellas quedarían consternadas, lo lamentarían como una desgracia atroz y no hallarían ya razón alguna para salir a pasear por las aceras, privadas de tan irresistible encanto.

¿Es que las mujeres de una ciudad socialista deben desconocer esa seducción del mercantilismo capitalista que constituye en el mundo burgués *le bonheur des dames*?

No es necesario ser tan frívolo como una de esas damas cuya mayor preocupación en la vida es el vestido, el adorno y el lujo, para convenir en que los escaparates de las tiendas de toda clase amenizan las caminatas de los peatones urbanos y constituyen, también para los hombres, naturalmente, un atractivo a menudo útil, porque ofrecen con oportunidad una muestra, a veces hasta con precios, de los artículos en venta, para los

dos sexos y para todas las edades, así como para todas las capacidades económicas.

¿Por qué no han de alegrarse las calles soviéticas con el reclamo nada pecaminoso de las vitrinas de exhibición, que saldrían al encuentro del paseante llamándole la atención sobre sus posibilidades de satisfacerlo de lo que necesita?

Los comercios de la avenida Gorki y algunos otros importantes de las calles centrales lucen escaparates. Cuando son almacenes de comestible exhiben en ellos las más espléndidas frutas, los más suculentos jamones, los más apetitosos salames, los más sanguinolentos trozos de carne recién cortada, los más robustos pollos pelados, las más frescas legumbres, los panes mejor tostados... Sólo el tamaño delata, a veces a simple vista, por su deliberada exageración, su naturaleza real de "naturaleza muerta", en la jerga de los pintores.

Todo eso es de *mastic* pintado. Todo ello es cosa de utilería de teatro. Nada hay allí que sea auténtico. Hábiles artistas han realizado perfectas imitaciones, que acaso los primeros días de su exhibición, alguien se detenía a contemplar pero que ya nadie mira. Y ni siquiera esos objetos son veraces como anunciadores de lo que se vende en el local, pues en éste suele no haber nada de lo que aparece tan teatralmente imitado tras el cristal de la vitrina.

Si se trata de los almacenes de vestidos o de sombreros de señora, los que se exponen en el escaparate aparecen allí displicentemente colgados, sin ninguna gracia, y son siempre de modas muy atrasadas, dando además, la impresión de haber envejecido en el sitio.

¿No sería mil veces preferible arreglar debidamente las vidrieras de esos establecimientos, y colocar en ellas muestras reales de lo que allí se vende, haciendo de cada escaparate un bonito e interesante entretenimiento de los ojos y un agradable adorno de la calle?

No debe creerse ni darse a creer que sólo el gran comercio privado en un régimen de libre concurrencia puede producir ese múltiple y cambiante atractivo callejero de los escaparates rutilantes, cada pocos días renovados. También la clientela obligada de los almacenes del Estado desea saber, sin necesidad de penetrar en el local, qué cosas puede adquirir allí dentro y qué cosas hallará interesantes. Y, sobre todo, por el brillo de la ciudad y para distracción de los que por ella transitan, valdría bien la pena de instaurar en Moscú y otras ciudades soviéticas la profesión de "vidrierista" y cultivar el arte del escaparate. ¡Las cosas de ese género que podrían hacerse en los establecimientos comerciales de la U.R.S.S., con los recursos de que pueden disponer y con el sentido escenográfico que habrían de encontrar hasta en el más modesto de sus preparadores de vitrinas!

Y si junto al gran comercio mayorista y minorista se permitiera el de los pequeños almacenes y pequeños talleres, estos contribuirían con sus instalaciones, por lo general pintorescas en todas partes, a animar las aceras, dentro —claro está—, de las limitaciones que impone el clima y la metereología de la ciudad, donde son muchos los días en el año que no permiten a los peatones entretenerse ante los escaparates ni reparar siquiera en ellos.

Por otra parte, la guerra ha matado la animación de las calles más comerciales del centro. Donde antes había comercios de toda cosa, muchos con vidrieras iluminadas y provistas de artículos, hoy sólo quedan locales vacíos o casi vacíos, con los escaparates ciegos y mudos. No tardarán, sin duda, en reanimarse, pero aun así quedarán muy distantes, si no se cambia de hábitos comerciales, de lo que se ve en cualquier mediana ciudad del mundo capitalista, debiendo además advertirse que se trata de un pequeño radio, realmente insignificante para la extensión y la población de la metrópoli.

También contribuyen a la impresión de aridez que se recibe ante los grandes espacios de la parte nueva de la ciudad, que reaccionan contra el apretujamiento de casas en la parte vieja, las explanadas sin árboles, que son como latifundios de asfalto, y la relativa escasez de plantas arboladas o de jardines en el casco urbano. Contra este defecto se vienen realizando esfuerzos edilicios apreciables desde tiempo atrás. La verdad es que hay varias plazas de mucha extensión muy arboladas, y se han construído últimamente en plena guerra algunas plazas-jardines más pequeñas, que el invierno apaga y entristece inevitablemente con su blanca mortaja.

Sólo por excepción se ven árboles en algunos trechos urbanos. Por lo general las calles de Moscú carecen de todo arbolado y sus avenidas céntricas se resienten de la ausencia de ese vivo adorno que constituye una población botánica llamada a dulcificar con su color y su movimiento la dureza arquitectónica de los grandes edificios y el ambiente amargo, frío y hostil de las grandes ciudades. Y lo asombroso es que Moscú fué una ciudad de calles con árboles, y a este respecto cabe consignar una de las tantas y tontas exageraciones a que suele dar lugar la estrechez de las mentalidades fanáticas. Se me ha referido que, en los primeros años del gobierno de la ciudad por parte de los bolcheviques, predominó la idea de algunos revolucionarios del paisaje edilicio y fanáticos de la innovación que resolvieron cambiar la fisonomía de algunas arterias desarbolándolas para que el follaje no impidiese contemplar los nuevos edificios que habrían de surgir, dando nacimiento a la nueva arquitectura del proletariado, y sobre todo, para que no ocultase la perspectiva de los grandes desfiles populares. Esto, al menos, me lo refería un hombre del régimen que no compartía tan peregrino criterio, felizmente descartado en absoluto de las directivas edilicias actuales, que se orientan hacia la reposición de los árboles en todas aquellas vías donde resultan acogedores o amenos y contribuyen así al embellecimiento de la ciudad, volviéndola más amable y sensitiva.

Otra característica de Moscú, del Moscú soviético, es la abundancia edilicia de monumentos a Lenin y a Stalin. En las plazas, en los parques, en las estaciones del Metro, en los *foyers* de los teatros surgen de todos los tamaños, pero por lo general de proporciones que sobrepasan las naturales, estatuas de ambos próceres, a veces reproducidos en pareja, en actitud de departir amablemente. Suelen ser estatuas de mármol, de granito o de yeso que dispersan por toda la ciudad una población silenciosa e inmóvil bajo cuyos gestos perennes se desarrolla la vida de la otra población rumorosa e inquieta, para la cual nada hay de extraño en la pre-

sencia múltiple de esos monumentos evocativos que ya no son "en memoria" sino "en honor" de personajes vivientes, que no necesitan morir para ser perpetuados en la estatuaria municipal. Tres o cuatro modelos reproducidos en infinidad de copias son los padres prolíficos de toda aquella muchedumbre de piedra. Dos o tres Lenines sentados y alguno de pie en actitud de orador; dos o tres Stalines en distintas poses, siendo el más difundido uno de imponente apostura, que sujeta al desgaire con una mano, a guisa de una capa romántica, un pesado capote de guerra, se repiten en las plazas y jardines urbanos, en los paseos y parques, y a menudo en los diversos caminos y rincones de un mismo parque.

A cada paso se halla uno de esos moradores históricos de la urbe y a veces en los sitios más apartados, donde nos sorprenden como viandantes extraviados en la soledad circundante, y dan ganas de acercárseles a indicarles el camino del centro, tan convincente aire de personas vivas y pacíficos forasteros suelen tener en el estricto realismo de algunas de esas composiciones escultóricas.

Es Moscú, sin duda alguna, la ciudad de la U.R.S.S. en que la iconografía política con originales vivientes (millares de estatuas y retratos al óleo de Stalin; algunos cientos de retratos de los Mariscales, de Molotov y algún otro hombre destacado del gobierno), florece con demasía de Lenin o Stalin.

En Leningrado, por lo menos, no se ha incurrido en tanto exceso. Se ha tenido allí el buen gusto de dejar en pie los monumentos a los zares, sin entablar con ellos una competencia revolucionaria de estatuas de Lenin o Stalin.

Si se piensa que, aparte de las estatuas que pueblan la ciudad y sus paseos, no hay establecimiento público, oficina, escuela, banco, hospital, fábrica, comercio, sala de diversiones, biblioteca etcétera, donde el retrato de Stalin, solo o acompañado por el de Lenin o por el de otras figuras soviéticas, no figure en los sitios más visibles, se echa de ver que esa iconografía cobra proporciones fantásticas. Es un fenómeno digno de estudio el de esa profusión de retratos que, con respecto a Stalin —la figura central de ese sistema gráfico de exaltación política—, alcanza grados tales de endiosamiento, que uno se extraña de no ver su imagen en las iglesias, únicos locales públicos en Rusia donde no aparece la efigie del prócer máximo.

Cabe preguntarse si Stalin se siente halagado por esa manera de cultivarle la popularidad; si en realidad ve con íntima complacencia esos signos incontables de una glorificación en vida que se cumple extensamente, con la regularidad de una norma en un capítulo de los planes quinquenales.

A mí no me cabe duda que Stalin es indiferente a esa glorificación. El sabe que emana de su poder. Sabe cómo y por qué se administra. Y quiénes la administran. La utiliza como un instrumento para su política. Mejor dicho, la deja utilizar, porque él, probablemente, no se ocupa de eso, sino su partido, que es el encargado de emplear los medios de propaganda. Si quisiera oponerse a tanto abuso de evocaciones gráficas, debería vencer la resistencia del Partido, que no desea en lo mínimo renunciar a ese procedimiento de sugestión colectiva.

Todo ello no contribuye ni en un adarme a darle a Stalin la conciencia de su propio valor ni acrece en un ápice el sentimiento que pueda tener de su propia importancia. No es hombre para llenarse de ínfulas por demostraciones u honores de esa u otra naturaleza.

El día que le pareciesen nocivos al mejor cumplimiento de sus propósitos políticos, los suprimiría de una plumada y vería sin pestañar cómo todas sus estatuas hechas polvo pasaban a reforzar, bajo las aplanadoras, el pavimento de los necesarios caminos.



Capítulo XIV

RADIOGRAFIA ESPIRITUAL DE MOSCU

"La aldea ha quedado en la urbe", dijimos antes, refiriéndonos a los numerosos barrios donde se conserva en la presencia campesina de las casas de leño, de las *dachas* y hasta de las *isbas* típicas.

A veces esos resabios de la aldea son realmente la aldea incorporada a la ciudad por el crecimiento tentacular de ésta, que como todas las ciudades progresivas, avanza arrolladora sobre los aledaños. Otras veces no son sino obra de la ciudad misma que crece y sigue su camino hacia adelante, echando de sí esos brotes donde perduran las pretéritas formas.

Pero en Moscú la aldea queda por otros motivos y no solamente porque haya casas aldeanas en sus barrios de la periferia o porque muchas de sus viviendas centrales parezcan casas de campo.

Queda, sobre todo, porque en ellas se mantiene —y ése es un fenómeno de esencia puramente demográfica—, un carácter aldeano inmarcesible que brilla en la corteza de su vida cotidiana como la savia de los árboles en la superficie de su tronco, en el verdor de sus hojas y en la aromada pulpa de sus frutos.

Ese carácter es el que aparece en sus hábitos, en las expresiones comunes del ánimo de su población, en su modo de pronunciarse y de comportarse cuando transita, cuando habla, y sobre todo en sus maneras de divertirse y de exteriorizar sus sentimientos íntimos.

Capital de un país eminentemente agrícola, era en la época de los zares, por su espíritu más que por su fisonomía, la más grande aldea rusa, una aldea hipertrófica.

La industrialización de Rusia empezó, como es sabido, por San Petersburgo. La ciudad fundada por Pedro el Grande, era ya un centro industrial importante —donde se producían las primeras grandes huelgas—, mientras Moscú comenzaba recién a completar, con el aditamento de las industrias fabriles, su poderosa economía mercantil íntimamente compaginada con la primitiva producción agrícola de la servidumbre.

Después de la Revolución, trasladada la capital a Moscú, hubo factores o circunstancias que se encargaron de contrarrestar, en el sentido de hacerle perder su alma campesina, el influjo, desde ese punto de vista renovador, de la burocracia gubernativa y de la nueva jerarquía oficial que le trajeron costumbres, necesidades e inquietudes de metrópoli moderna.

Las aldeas que rodean a la metrópoli, los mismos koljoses cercanos, le hacen llegar constantemente una corriente de población flotante campesina que por lo general viene a proveerse.

Y Moscú va recibiendo así el aporte de la gente del campo que se incorpora a su caudal demográfico para conservarle el carácter tradicional donde pervive el eco apagado, pero inconfundible, de las modalidades aldeanas.

Esto se nota, sobre todo, en las fiestas populares, en cualquier aglo-

meración festiva del pueblo. Cuando se celebra algún acontecimiento feliz o alguna fecha gloriosa, el acordeón campesino hace su aparición inmediata, el baile se organiza en plena calle, en la plaza pública, de día o de noche, y si el holgorio alcanza puntos muy altos, aparece asimismo el "manteo" sin manta, la sobresaltada forma de homenajear o de agasajar a los más entrañables amigos.

Recurre con facilidad al canto cuando se reúne, dispuesto a olvidar por unos momentos sus penas o a adormecerlas acunándolas con el ritmo de sus canciones, que generalmente exhalan ternuras, melancolía y dolor, o de sus danzas impetuosas en las que participa todo el cuerpo, arrastrado por vendavales melodiosos.

Típica de esa aptitud para volcar en cantos las tristezas de una vida de rudos trabajos, de inhumana esclavitud y desgarradoras penurias, es la vieja canción de los "Barqueros del Volga", compuesta sobre el jadeo musicalizado de los parias condenados a tirar de las sirgas con que arrastraban desde tierra las pesadas barcazas.

Hoy ya no existen esos doloridos barqueros, pero las canciones tradicionales del pueblo ruso siguen teniendo en la garganta de los que las entonan el mismo dejo de amargura y el mismo tañido de drama íntimo, que se traduce en melodías de una vigorosa elocuencia sentimental.

El canto, al menos por su música, sigue siendo el desahogo y en cierto sentido la confesión pública de la multitud, en aquel país donde se respira aire de cárcel y el corazón del hombre vive recelando, expectante y encogido dentro del puño de poderes tan celosos e inexorables como el Destino.

Es una población ingenua en sus expansiones de buen humor y en sus aficiones y gustos.

En tales momentos se descubre en su espíritu la frescura botánica de los bosques cercanos, cuyas hojas parecen haberle trasmitido el verdor jugoso de su primavera.

Por una natural salud de alma se mantiene fiel, a pesar de todo, a los sentimientos que fueron siempre rasgo y acento de su vigorosa personalidad colectiva, que aún siente y ejerce la hospitalidad a la manera de los antiguos rusos, es decir, brindando al visitante cuanto haya de comer y de beber en la casa; y si en ciertos momentos ese pueblo parece brusco y en otros impasible, tiene, en cambio, un sentido de la seriedad de la vida que ya quisieran para sí pueblos de costumbres más refinadas y de gustos menos sencillos.

Hasta en la participación que concede al alcohol, especialmente a la vodka en sus manifestaciones de alegría, se ve la incontinencia del campesino robusto que se halla bajo la piel de todo moscovita, por urbano o metropolitano que sea.

Capítulo XV

COMO ENTIERRA MOSCU A SUS MUERTOS

Cada pueblo suele tener una manera propia de despedir a los que mueren y de mantener encendido el culto de su recuerdo.

En las costumbres corrientes de la población de Moscú, un cortejo mortuorio es casi siempre tan sencillo como la vida misma del pueblo que trabaja.

Por toda carroza fúnebre un camión envuelto en una franja de tela roja, o un autobús, donde viajan, junto con el féretro, los parientes y amigos que lo siguen hasta la mansión postrera.

No hay allí coches especiales para los muertos. Un camión, un autobús, es el vehículo que se proporciona a los deudos para conducir a los que mueren, hasta la última morada. Esta desnuda sobriedad, esta sencillez absoluta en la conducción de los restos mortales del ciudadano común, la sienten como pagana y reñida con sus sentimientos religiosos o demasiado alejada de las tradiciones cristianas, ortodoxas o no, los que siguen siendo fieles a las viejas creencias del pueblo ruso; y sé de la desazón que produce, asimismo, a los judíos, la imposibilidad de valerse de un coche especialmente funerario para transportar a sus muertos.

Lo que más se presta a alguna amarga reflexión es el contraste de esas despedidas comunes tan modestas y despojadas de toda vana pompa, con el ceremonial, el boato y la teatralidad de los sepelios oficiales, que describo en otro sitio.

La mayor parte de los cadáveres son incinerados en un horno crematorio situado cerca del centro de la ciudad, en un cementerio donde sólo se ven unos pequeños túmulos y nichos murales en los que, tras un cristal, se colocan las urnas o copas de metal que guardan las cenizas de los difuntos, cuyos retratos ocupan siempre un lugar visible en esos sencillos sarcófagos.

Junto a ese cementerio, obra de la Revolución, sólo separada por un muro se halla una antigua necrópolis que formaba parte de un viejo monasterio, el monasterio del Don, del cual se conservan las murallas almenadas, con sus torreones en los ángulos, para defenderse y defender a la ciudad de las invasiones de los tártaros. Se llama así porque fué levantado en homenaje a la virgen del Don, que según una leyenda se había aparecido al obispo Basilio mientras éste oraba en un huerto emplazado allí mismo. Hay en ese sitio una iglesia, más bien pequeña, muy deteriorada por fuera, que fué construída como panteón familiar por un noble, dentro de la cual se hallan numerosos sepulcros con sus correspondientes monumentos funerarios, de mármol y de bronce, obras de artistas extranjeros, que debieron costar mucho dinero, dados el tamaño y la calidad de su factura, por lo general excelente dentro de los gustos de la época. En otro edificio se exhibe una colección de frescos extraídos con el respectivo trozo de muro, de diversos templos antiguos derruídos

o en ruinas. Todos ellos denotan en su figura de santos, de vírgenes o de Jesús, la influencia de la pintura bizantina.

En los jardines se han dispersado las estatuas monumentales de bronce, pertenecientes a un arco de triunfo que adornaba a Moscú, por la altura de la que es hoy la estación de Rusia Blanca, y que el gobierno soviético retiró al abrirse la avenida Gorki. Se había alzado en recuerdo de la victoria sobre Napoleón. Era de un detestable gusto seudoclásico. Están allí sobre zócalos de piedra dos enormes guerreros romanos, de casco y escudo. Se ven los restos de un gran carro guiado por la Victoria y arrastrado por seis alfanas.

También se encuentran en ese recinto amurallado otras dos iglesias. Una de ellas muy típica con su techo en oleaje de sectores de cúpula superpuestos y su torre central coronada por casquetes en forma de granada, en cuya cúspide se engarza el largo mástil de una doble cruz.

En una de sus paredes exteriores, una pintura muy desvanecida muestra a Basilio orando cuando se le aparece la visión.

Hay otra iglesia del llamado "estilo seudoruso", que en la época del zarismo se intentó poner de moda. En la primera puede admirarse una colección de maquetas, planos, dibujos y fotografías de las obras arquitectónicas antiguas de toda la Unión Soviética, entre ricos muebles y objetos domésticos de la época de los zares, pertenecientes a suntuosos palacios de aquellos tiempos.

Además de las iglesias se conservan, muy dañados por la acción del tiempo, los grandes edificios que servían de habitación a los monjes y que hoy habitan numerosas familias.

Y en esos jardines se mantienen en pie las tumbas de un cementerio cristiano, muchas de ellas con sus cruces patriarcales de cuatro brazos. Allí he visto el más curioso epitafio que sea dable imaginar. En una gran lápida vertical de mármol negro, de un sepulcro bastante nuevo, como que data de 1930, se lee en vivas letras grabadas y pintadas de oro: "Aquí yace la señora (un nombre) que murió el día tantos del año tal, a causa de una operación realizada por el doctor" (y seguía el nombre del infortunado facultativo).

¡Todo un drama de venganza y de rencor el tal epitafio!

El médico era uno de los más famosos cirujanos de Moscú. El esposo de la muerta no encontró mejor manera de hacerle purgar lo que había sido para él una imperdonable torpeza profesional, que esculpiendo para la eternidad esa sangrienta acusación.

No sé qué hizo el médico ante una publicidad funeraria tan evidentemente dirigida a demolerlo en su reputación de cirujano.

Lo que puedo asegurar es que nadie sacó de allí ese baldón de ignominia, y allí está, en esa necrópolis cristiana de Moscú, vengándose más allá de la muerte, con una letra cuyo espíritu no creo pueda clasificarse precisamente de cristiano...

No es ése el único cementerio semejante a los nuestros. Junto a otro monasterio, el de Novodieviechi, hay uno moderno.

Este monasterio data de 1524. Es, como poco más o menos todos los monasterios de Rusia, un arcón repleto de historia. Allí vivió Boris Godunov antes de ser llamado al trono. Allí tomó el velo de monja

la mujer del zar Fedor a la muerte de su esposo. Allí fué recluída por Pedro el Grande su hermana Sofía, que siendo la regente de Rusia había intrigado contra él; y ante la ventana de su celda monacal fueron colgados los cadáveres de trescientos *strilitz*, que se habían insurreccionado y que fueron ejecutados en la Plaza Roja.

Antes, en 1610, había resistido a los asaltos de los polacos y en 1812 fué saqueado por las tropas de Napoleón.

Sus muros y torreones, bastante bien conservados, son de un agradable estilo barroco, como asimismo una iglesia y un campanario, que pasa por ser uno de los más notables de Rusia, construído a fines del siglo XVII por Restelli.

Allí está la catedral semibizantina de la virgen de Smolenko, que data de comienzos del siglo XVI. Cinco preciosas cúpulas de diverso tamaño, recubiertas de láminas de hierro enchapadas de oro, elevan un ramillete de grandes tubérculos culminados por bruñidas cruces de cobre, de cuyos brazos penden cadenas doradas sobresaliendo sobre un tumulto de sectores de cúpula que rematan las sólidas paredes del templo.

Esta iglesia es también un museo. Se paga dos o tres rublos de entrada, como en todos los museos y grandes parques de Moscú. Los frescos de sus muros y del altar son de los mejores pintores de los siglos XVI y XVII de la escuela moscovita. La colección de iconos de gran tamaño que cubre el iconostás (el muro de madera labrada al cual se adaptan los iconos delante del altar) representa una riqueza incalculable. Se eleva desde el suelo al techo altísimo y ostenta la más asombrosa colección de cuadros religiosos.

Por una puerta que corta ese muro se pasa al altar, un recinto (donde en los días del culto la religión prohibía entrar a las mujeres) en cuyo centro se alza el trono del patriarca. Allí se exponen en grandes vitrinas las capas pluviales, las dalmáticas, las estolas y ropajes de los sacerdotes para el oficio, recamados con fantástica prodigalidad de oro y de plata. Y los enormes libros sagrados con tapas de peluche y cerrajes de plata y oro. En la sala mayor están las tumbas de la primera mujer de Pedro el Grande y de la hermana Sofía.

En el centro de la iglesia, bajo la más alta cúpula, se eleva un gran tazón de hierro de vivos colores que se llenaba de agua bendita para que allí recibiesen el bautismo, por inmersión total, los conversos.

En el cementerio contiguo se hallan el sepulcro de Chejov, el de Kropotkin, el de Chicherin y de muchos otros que gozaron de celebridad. Algunas de esas tumbas, como la de Kropotkin, resultan conmovedoras por su extrema modestia. Una de las que más atraen la atención del visitante es la que encierra los restos de la primera esposa de Stalin, Aleluya de Stalin. Ese monumento, de pequeñas proporciones, es de una elegancia y sencillez exquisitas. Se reduce a un monolito de mármol blanco sobre cuya parte superior surgen, labradas en la misma piedra, la cabeza de la muerta y una mano en la que se apoya el mentón. La factura de esa pieza de museo es de una delicadeza tal que enternece. La autora de esa maravilla de ternura y sobriedad es la famosa escultora Mujinha.

No lejos de ella nos detiene un bloque de granito oscuro, sin pulir, del cual se desprende en alto relieve la figura de un hombre vestido de clown con el gorro característico en una mano: es la imagen del popular cirquista Durov, muerto el año 1937.

Sobre el muro del cementerio se han construído tumbas. Una de ellas, con una simple urna de mármol negro de la cual pende una sábana de mármol blanco, que se destaca sobre el fondo de una gran lápida cuadrada de piedra oscura, es de un hermano de Lenin.

Otra es la de las víctimas del siniestro del primer aeroplano de seis motores construído por los rusos. La figura del aeroplano hace *pendant* con la de un dirigible que señala a continuación otra tumba colectiva.

Pero el más bello monumento está dedicado al famoso tenor Svinov, contemporáneo del no menos famoso bajo Chaliapin. Un cisne de mármol blanco, caído sobre un largo escaño del mismo material, representa la muerte del ilustre cantante. Eso es todo. Pero ¡cuánta elegancia en ese sobrio comentario marmóreo y qué fina emoción se desprende de esa única figura y del sencillo adorno de la tumba: un cuadrado espacio de tierra cercado por rectos y bajos pretiles de mármol como marco de aquel escalón sobre el cual dobla su cuello y pliega sus alas el cisne abatido por la muerte!

El ruso gusta de visitar los cementerios, naturalmente que en verano o primavera, cuando no los cubre la nieve y los árboles lucen en ellos sus verdes hojas atenuando un poco la funérea melancolía de los sepulcros.

Pero ya es tiempo de que aparte al lector de las tétricas regiones de la muerte.

CAPÍTULO XVI

EL METRO

No se conoce a Moscú, el nuevo Moscú, el surgido hace diez o doce años, si no se viaja en el Metro, que, sin embargo, nos hurta, mientras viajamos, la visión de sus calles, de sus plazas, de toda su ilimitada superficie, y hasta nos escamotea sus dimensiones edilicias urbanas, porque lo cruza rectamente por debajo de todo ello, atravesándolo de parte a parte por el subsuelo gredoso, a muchos metros de profundidad.

El Metro es como un sistema gigantesco de kilométricos tubos de telescopio que hundiéndose bajo tierra acercan las lejanías y las traen hacia nosotros, rectamente, cabalgando en el doble rayo de luz que corre por el binomio de los rieles de acero.

El constituye más que un servicio, todo un aspecto de la ciudad vista en el dinamismo subterráneo de esos trenes que transportan millones de viajeros y en la magnífica grandiosidad de esas estaciones, con sus estupendas escaleras rodantes, y sus lujosas naves abovedadas en que el mármol y el bronce han sido puestos pródigamente a contribución, casi siempre bajo los designios y prestigios del buen gusto y del arte.

Cada estación es como una gruta encantada a la que se desciende por asombrosas escalinatas movibles; y no verlas y no pasar de una a las otras por el camino andante que las une con rápidos collares de vagones, es ignorar la mayor maravilla moderna que la ciudad encierra.

Por eso, apenas llegado, quise conocer el Metro, familiarizarme con él para trasladarme a los parques y a los suburbios y aun para más cortas distancias.

Ello me era, por otra parte, tanto más necesario cuanto que no había taxímetros (luego los hubo, colectivos e individuales, pero éstos todavía en pequeño número) y al principio sólo me era dado usar cuando estaba disponible, el único auto que *Inturist* podía proporcionar por horas a los jefes de misión residentes en el Hotel Nacional. Fuí primeramente acompañado, pero no tardé en aventurarme solo, tratando de recordar las experiencias anteriores y guiándome, hasta donde me era posible, por algunos letreros que ya había aprendido a leer, y por las flechas e indicaciones gráficas inscriptas en las paredes de los túneles.

Pero nada tan fácil como extraviarse en el complicadísimo dédalo de las líneas que se cruzan y de las que se bifurcan o se ramifican hacia múltiples direcciones en alguna estación.

Así me tocó andar perdido horas enteras viajando de un lado para otro y volviendo hasta dos veces al mismo sitio sin conseguir dar con la estación de la esquina frente al hotel.

De poco me había valido dirigirme en una de las estaciones a una *miliciata* jovencita de las que hacen guardia en esos sitios, pues cuando le dirigí la palabra interrogándola con una estrafalaria mezcla de ruso y español echó a reír de tan buena gana, en vez de contestarme, que no

esperé a que se le pasase su acceso de hilaridad y volví a meterme en un convoy que ya partía y que me paseó largo rato por regiones desconocidas.

Logré al fin orientarme y llegar a una estación cercana de mi residencia, jurando, eso sí, no intentar nuevas exploraciones sin baqueano.

En mis viajes conocí todas o casi todas las estaciones del Metro. No hay dos iguales. Cada una responde a los planos de un arquitecto distinto. Hay algunas de soberbia monumentalidad. Espléndidamente decoradas, con bajos relieves en arenisca o en mármol, con ricos zócalos y columnas de granito pulido, con bancos artísticamente tallados, con grandes y hermosos candelabros de bronce, con bóvedas labradas en piedra, con pisos de mosaico, con estatuas de obreros, de campesinos o de soldados. Las hay que se comunican entre sí a través de largas distancias por amplios y limpios corredores y galerías, de modo que bajando a una de ellas se puede pasar a tomar el tren en la otra con mucho ahorro de tiempo y camino.

Las escaleras rodantes miden longitudes que dan vértigos. Los vagones nuevos, flamantes, lucen una pulcritud absoluta.

Todo es limpio y resplandeciente, pese a las multitudes que por allí circulan en un tremendo flujo y reflujo incesante.

No es, sin embargo, agradable el viaje en el Metro a ciertas horas. La afluencia de pasajeros llega a ser sencillamente espantosa. Y es entonces cuando se adquiere una nueva noción de las facultades físicas de comprensión de nuestro volumen corpóreo y de la adaptabilidad de nuestra persona carnal y ósea a las inflexibles exigencias del espacio.

El ejemplo evangélico de enhebrar un camello por el ojo de una aguja pierde su sentido en esas apreturas del Metro, donde se realiza cien veces en un minuto la experiencia todavía más milagrosa de filtrar los cuerpos humanos por cualquier intersticio y hacer pasar por una puerta de un metro y medio de ancho, cincuenta, sesenta, cien personas de todo tamaño y desplazamiento.

Nunca me hubiera podido imaginar que se lograse introducirme íntegro, sin cortarme antes a trozos, en el envase rodante de uno de los vagones donde me encajaba de un empujón la avalancha humana para incrustarme como una cuña, comprimida hasta la extrema resistencia del esqueleto, en una masa de pasajeros que previamente llenaban en absoluto todo el espacio disponible del coche.

Cuando en sitios donde sólo hay capacidad para cien personas se hacinan trescientas o cuatrocientas, no pueden menos de saltar hechas pedazos todas las reglas de la física, de la mecánica y de la fisiología. Y al ver cómo uno logra respirar y vivir muchos minutos apretado, fundido, aplastado, adherido como una estampilla a otra persona, que a su vez se adhiere a uno aplanada como una oblea, sin poder hacer nada para ampliar nuestros respectivos espacios vitales, pues nos rodea, nos abraza, nos ciñe, nos estrecha y tritura un cerco rígido de cuerpos humanos en tensión de todos sus músculos para no dejarse oprimir más, se comprende que estamos dotados de una imprevista virtud de adelgazamiento para adaptarnos, cuando no hay otro remedio, a las fuerzas despóticas de las circunstancias.

En tal situación uno no es más que un átomo, una partícula infini-

tesimal de una masa coherente y compacta, de la cual dependemos como la gota depende de la ola del mar, y cuyos movimientos, ajenos a nuestra decisión, nos mueven como el oleaje marino a las algas que se ven flotando sobre el océano desde la borda de un barco.

Cuando uno viaja por el Metro a esas horas —de una a tres y de cinco a siete— debe empezar por someterse al tremendo masaje de la corriente impetuosa que asalta las escalas rodantes, a las cuales se llega embretándose entre unas barandas de hierro niqueladas. Uno se mete entre la multitud que se dirige hacia ese pasadizo, y si así lo quiere, no necesita hacer el más insignificante esfuerzo de su parte. Le bastará dejarse llevar, arrastrar, arrebatar hacia adelante por la oleada, para encontrarse al término de algunos instantes sobre los escaños que automáticamente ascienden o descienden.

Lo levantarán a uno en vilo y no precisará apoyar los pies en el suelo para avanzar. No se librará —claro que no— de los encontronazos de algunos agresivos bultos, bolsas o valijas, o lo que sea, de campesinos o ciudadanos que se abren paso sin el mínimo miramiento, sin pedir permiso ni dar excusas, así lo hayan deslomado al pasar o le hayan desgarrado de arriba a abajo la ropa.

Ni dejará de percibir todas las furias del apretujamiento en el vértigo de la rapidez de la marcha, pasando, en un abrir y cerrar de ojos, de la amena adaptación relámpago a las curvas de una viajera apetitosa, a la concomitancia intolerable con las rudas espaldas de algún jastial que forzosamente se ha interpuesto. Porque dentro de esa masa incoercible de gente que avanza con ímpetu irrefrenable hacia su objetivo, todos pugnan por aventajarse entre sí.

Al llegar a la escalera se experimenta un alivio. Allí la asfixiante aglomeración concluye. En cada peldaño sólo hay sitio para dos personas, y se debe dejar libre un pasadizo, a la izquierda, para que transiten los que desean o necesitan adelantar escalones. Allí se respira.

Contemplamos con interés una de esas escaleras que asciende hacia la gran arcada remota tras la cual asoma una claridad intensa, en la que se sumerge un segundo y desaparecen los viajeros que arriban a la cúspide, mientras que a su lado otra escalera igual desciende con su carga de pasajeros de pie sobre los escalones y mirando sin curiosidad a los que por la otra suben. Parecería que el automatismo de la marcha se contagia a las personas, y los pasajeros, subiendo o bajando inmóviles, tienen algo de muñecos. Instalados en la escala que desciende, pues vamos decididos a embarcarnos en un tren, gozamos de la holgura que nos depara ese cómodo transporte.

Pero se llega a la plataforma. Allí el público aguarda a lo largo de cada andén, el arribo del convoy de vagones. Y en cuanto éste se detiene y las puertas de los coches se abren, se renueva el drama.

Los de adentro salen en borbollón, como expelidos por una gran mano invisible que desde el interior los arrojase al andén. Se diría una voluminosa bala de cañón formada por personas, que sale disparada de la ancha boca de una extraña pieza de artillería, para penetrar en la estación.

Los que aguardan el momento de entrar deben disponerse en dos

alas para dar paso a esa irrupción que se lleva por delante cuanto se le interpone.

Y es que se debe salir rápidamente, antes que suene la señal de reanudación de la marcha y las puertas automáticas se cierren. También hay que dar tiempo a que entren los que aguardan afuera. Al que se demora en el breve trayecto, se le arrastra como el viento a una brizna de paja o se le arroja brutalmente a un costado.

Lo mismo ocurre con los que entran. Hay una desesperación por salir y otra por entrar. El que no ha logrado salir a tiempo, junto con todos los demás, formando con ellos parte integrante de la *bala*, a cuyo paso los impacientes por entrar deben necesariamente apartarse, que no intente salir después. . . Se le rechazará hacia atrás en el umbral del coche, y correrá el riesgo de sufrir magulladuras oponiéndose a la corriente, mucho más poderosa que él.

Y le tocará verse devuelto, de espaldas, al vagón, como una mercadería extraviada que rudas manos de cargadores arrojan nuevamente a su depósito. Entretanto, los que penetran son, a su vez, un escuadrón de cosacos invadiendo, a caballo, una posición enemiga. Yo mismo he formado parte de ese escuadrón de cosacos. De tanto en tanto me enrolaba en él. Y actuaba, fatalmente, como un cosaco más.

La operación de trasponer las puertas del vagón es impresionante. Si le toca a uno quedar en un extremo lateral, para deslizarse sobre el marco, peligra dejar un brazo hacia afuera mientras todo el resto del cuerpo ha entrado ya calzado, en el espacio libre, por aquel impetuoso calzador que es la avalancha frenética de los pasajeros. Y sus esfuerzos para traer el brazo consigo suelen verse impedidos por otros pasajeros que entran detrás y no se pueden mantener ni apartar.

Por milagro conservo todavía mi brazo derecho después de uno de esos asaltos de caballería de a pie a los vagones del Metro.

El público soportaba bien estas molestias y se adaptaba a ellas, pues las sabía inevitables como efecto de la superpoblación ocasionada por la guerra y el fatal imperio del ritmo de vida que allí debe llevar cada habitante para llegar a tiempo de trabajar, de comer, de descansar, de concurrir a los teatros, donde las puertas se cierran inexorablemente al comenzar la función.

Nadie se quejaba de ser empujado, arrastrado, derribado, ni nadie protestaba contra los más groseros descomedimientos, que solían ser involuntarios, y de los cuales no era nunca responsable directo el agente inmediato. Tanto hubiera valido protestar contra el manotón del viento que nos despojaba del sombrero al doblar una esquina.

Yo he visto fornidos militares empujados por esas marejadas, arrollados por esa multitud y hasta apartados de un indeliberado codazo insolente por un viandante ansioso de no quedarse rezagado, soportarlo todo con la filosofía del caso, poniendo al mal tiempo buena cara.

En nuestro país, donde no hemos aprendido a dominarnos bajo las imposiciones disciplinarias de la necesidad, hubiera habido tiros y puñaladas.

A mí me han apartado como un estorbo, por lo general sin decirme "agua va", y otras veces diciéndome *payálusta* (que quiere decir "¡por

favor! y disculpe") y pasando de largo, sin virar siquiera la cabeza el empujador decidido.

No se le ocurra a uno, si no habla muy claro el ruso, solicitar informes de los pasajeros. Le dicen: *Da, da* (Sí, sí), sin duda porque no le entienden; y si se resuelve por la afirmativa, dejándose conducir por esa respuesta monosilábica, está uno fresco... En el Metro he preguntado a más de uno si tal tren, el que llegaba, conducía a la *Maiakovskaia*, por ejemplo, y me han dicho *¡da, da!* Y el tren me ha llevado al parque Sokólniko, que se halla en dirección opuesta, al otro extremo de la urbe. *¡Jarachó!* me han hecho exclamar esos benévolos informantes, por no poder decir en ruso nada que más se parezca fonéticamente a un terno hispanoamericano...

Nada de ello obsta para que el pueblo comprenda el inmenso servicio que le presta el Metro, y el extranjero deba valorarlo como una de las obras edilicias más admirables de que la ingeniería y la arquitectura moderna han dotado a una ciudad en los tiempos presentes.

Nadie ignora que no es Moscú la única ciudad del mundo que cuenta con los servicios de trenes eléctricos para el transporte urbano. Antes que él lo tuvieron París, Londres, Nueva York, Chicago, Madrid, Barcelona, Buenos Aires...

Pero puede asegurarse que el Metro de Moscú supera a todos en brillo y belleza.

Cada estación es un portento de técnica arquitectónica y de suntuosidad decorativa.

Su construcción fué resuelta en junio del año 1931. El 15 de mayo de 1935 se inauguró. Se había construído una línea de once kilómetros. En seguida comenzó la construcción de una segunda línea, con una extensión de quince kilómetros y medio, con nueve estaciones. Esta segunda línea se inauguró en marzo de 1937. El Metro alcanzó entonces una extensión de veintiseis kilómetros y medio y contaba con veintidós estaciones.

Un año después se iniciaba la construcción de la tercera línea. Eran ya las postrimerías del año 1938, y al año estallaba la guerra mundial. Pero los trabajos no se interrumpieron. De tanto en tanto se entregaba al servicio público una parte concluída de la línea. Y así se continuó en los años de la invasión y de la incursión de los alemanes.

En los momentos más trágicos y angustiosos para la ciudad de Moscú, cuando el ejército alemán se hallaba a las puertas de la urbe y parecía próximo a adueñarse de ella, el Comité de Defensa presidido por Stalin trasladaba su sede a una estación del Metro, "Lakirov", por ser la más profunda, y allí organizaba la resistencia.

Allí Stalin reunió una de las noches más alarmadas a miles de ciudadanos, miembros del Gobierno y del Partido Comunista, para dar de viva voz la consigna de no desmayar en la resistencia y trasmitirles la electrizante convicción de que Moscú no caería.

Las vías arteriales de esa línea se extienden a través de los lugares más populosos de la capital, hacia las grandes fábricas, las mayores estaciones de ferrocarril y los parques. Nuevas estaciones del Metro se abrieron en plena guerra. Una de las más hermosas se inauguró a comienzos del año 1945. El año 1946, al comenzarse la construcción de la cuarta línea, cubría cuarenta kilómetros, teniendo en su red a esa fecha veintinueve estaciones. El tránsito alcanzaba la cifra de un millón setecientas mil personas por día.

Los trenes, según lo revela en las estaciones un marcador luminoso, pasan cada dos minutos y medio con una puntualidad perfecta.

La cuarta línea, cuyas obras comenzaron a principios del año 1946, es circular y sigue el trazado de la avenida Sadowa de circunvalación, que rodea la parte central de la urbe. De ese modo se pone en comunicación con las otras líneas y ramales y el pasajero podrá trasladarse a todos los puntos de la capital combinando los trayectos. En algún sitio deberá pasar bajo el río.

Para abrir los túneles se calculaba que sería necesario extraer dos millones y medio de metros cúbicos de tierra. El material metálico empleado en la construcción se calculaba en quinientas mil toneladas.

Con la cuarta línea el Metro cubrirá sesenta kilómetros, con vía doble; y cuarenta y una estaciones estarán entonces al servicio de la población. Conducirá diariamente la nueva línea un millón de pasajeros. Sumarán, pues, cerca de tres millones las personas transportadas por el Metro cada día.

Hoy por hoy las colas que se extienden ante la estación del Moscowa Hotel, y que yo contemplaba diariamente desde mi ventana desde las cinco a las siete de la tarde los días hábiles y desde las tres a las cinco los domingos, son las más imponentes que sea dable ver en Moscú. Es como un mitin de más de cien metros de largo con filas tan anchas como toda la acera de diez o doce metros, muy juntas, que doblan la esquina y se van sepultando ininterrumpidamente en una puerta de la estación durante dos largas horas.

Corresponde recordar las condiciones en que se llevaron a término las obras iniciales del Metro; los trabajos de su primera línea.

La crónica oficial (allí no existe otra, al menos escrita) afirma que se debe a Stalin la iniciativa de dotar a Moscú de ese tren eléctrico subterráneo; y añade que él impartió las órdenes y estuvo al frente de la empresa de su realización, cuidando a veces hasta de sus menores detalles.

De lo cual resulta que el Metro, que como toda obra pública de importancia se cita como uno de los más elocuentes testimonios de la capacidad realizadora del régimen gubernamental, es sobre todo uno de los pedestales tangibles del prestigio personal de Stalin, lo cual no deja por cierto de subrayarse con las inevitables estatuas que lo hacen presente en numerosas estaciones, aunque se deje también algún sitio en la consagración pública a los técnicos que tuvieron parte destacada en los trabajos, especialmente a Kaganovich, el ingeniero que estaba entonces al frente del Comisariado de Transportes.

Un artículo que apareció en *Pravda* firmado por J. Goeirieze, en que se nos informaba, entre otras cosas, que las nuevas estaciones —las de la cuarta línea en construcción— serían más amplias que las otras, y su arquitectura sería *en forma de monumentos clásicos;* y que habría allí treinta y cuatro pares de trenes en movimiento por hora, con una velocidad máxima de sesenta a setenta kilómetros, dice:

"Los constructores del primer Metro soviético no tenían ninguna experiencia de los trabajos de vías subterráneas. Costó dominar las nuevas técnicas en el desarrollo del trabajo. La seguridad del éxito consistía en que esta gran construcción podía dirigirla nuestro jefe y maestro Stalin. Los constructores sentían diariamente su atención personal, su ayuda y preocupación.

El colectivo de trabajadores del Metro, siguiendo sus indicaciones, rápidamente dominó la explotación de la técnica."

El Partido Comunista movilizó al principio a los *komsomols* (los jóvenes) para que se prestasen a trabajar gratuitamente los sábados, es decir los días de descanso de la semana de seis, en las obras del Metro, y arrastrasen a la mayor cantidad posible de hombres y mujeres útiles a seguir su ejemplo.

Esa colaboración gratuita no tardó en adquirir el carácter de una obligación ineludible para muchos trabajadores, dada la dependencia en que allí todo el mundo vive de las consignas partidarias, sin contar con que muchos equipos permanentes se formaron con penados de los que descuentan su pena con trabajo correccional.

En las líneas construídas durante la guerra y mientras yo estuve en la U. R. S. S. no se emplearon "sábados ni domingos rojos" ni se utilizaron penados, pero sí algunos centenares de prisioneros de guerra alemanes, como en muchas otras obras públicas, y no pocas mujeres en cumplimiento de la obligación de contribuir con trabajo a las necesidades de orden social, sobre todo en caso de guerra.

CAPÍTULO XVII

RESURRECCION DEL DOMINGO

Domingo —*de dominicus dies,* día del Señor— en ruso se dice Boscrecenie, que se traduce por *Resurrección.*

Pues bien, en la Unión Soviética, Boscrecenie, el día de la Resurrección, ha resucitado. Porque hubo un tiempo, en los años del infantilismo comunista, en que se le había borrado del calendario. En realidad se habían borrado los nombres de todos los días de la semana, y ya no había más lunes, martes, miércoles, etcétera, pues se les sustituyó por números, como en el Brasil. Pero la abolición del domingo fué completa, porque la semana se redujo a seis días, y el de descanso fué el sexto, el sábado, quedando de ese modo excluído el descanso dominical con el domingo mismo. Se crearon los *sábados rojos.* Eran aquellos en que se exhortaba al pueblo a entregar al Estado gratuitamente su día de descanso, participando en lo que se llama "el trabajo social". Muchos de esos *sábados rojos* se sumaron, como acabamos de recordarlo, en el collar de laboriosas jornadas consagradas a la construcción del Metro. Después de ese día sexto venía un día de trabajo, en que por serlo, no se veía más el domingo a través de la distinción numérica del día uno, sino el lunes. Por eso la proscripción del domingo fué más radical. Pero no duró mucho la reforma. Un día, tras algún tiempo de semana rotativa, se restableció la semana tradicional y con ella el domingo. Y no tan sólo el domingo en su denominación, sino asimismo en su viejo carácter cristiano de día consagrado al reposo.

Cierto que no se quiso con ello adherir, ni se adhirió por cierto de hecho, al sentido religioso de esa consagración, sino como en casi todos los países modernos al hábito civil que resulta cómodo adoptar laicamente.

Se volvió a preferir como día de descanso el primero de la semana. Con lo cual, eso sí, se satisfizo a los cristianos de la Unión Soviética, que pudieron observar el descanso semanal de los preceptos de su religión.

Y hoy las oficinas, las tiendas, exceptuadas las de comestibles, las escuelas, los institutos, las universidades, las fábricas que no son de industria continua, los talleres en general, cierran sus puertas los domingos, al menos para sus tareas habituales.

Y el domingo ha vuelto a ser así el día de las excursiones, de las *matinées* teatrales, y también —pero esto por un conjunto de motivos que explicaré más adelante— el de las más concurridas y solemnes funciones de la iglesia ortodoxa, que es aquí casi toda, y prácticamente toda la iglesia. Ese día se concentran en Moscú cientos de miles de personas provenientes de todas las villas circundantes y de muchas regiones que se hallan a doscientos y más kilómetros de la metrópoli, en trenes eléctricos y en camiones.

Todos los aledaños de la urbe envían igualmente gran parte de sus moradores al centro, en ómnibus, tranvías y sobre todo en el Metro,

cuyas estaciones se vuelven monstruosas bocas de ogro que se tragan en espacio de pocas horas larguísimas procesiones de viajeros, rápidamente digeridos por las escaleras rodantes y los convoyes relámpagos y expedidos en todos los andenes de llegada para dispersarse hacia diversas direcciones desde las galerías y corredores internos, y al final desde las puertas exteriores de salida.

Casi toda esa gente viene de mañana a comprar en el mercado negro y las tiendas de comestibles lo que no puede adquirir en los días de trabajo ni en sus barrios o aldeas.

Aunque en días de trabajo general también suele haber, cuando el tiempo lo permite, certámenes deportivos diurnos, las reuniones más importantes de esa naturaleza tienen lugar los domingos.

La primera mañana de nuestra estada en Moscú dimos, por casualidad, al salir de una estación del Metro, ante la entrada del Parque Gorki, con una carrera de postas en la calle, entre mujeres, en un trecho donde se había desviado el tránsito. La mañana era relativamente templada y la agradable visión de aquellas deportistas en traje de baño nos traía una dulce evocación reticente de playas montevideanas.

EL FÚTBOL EN MOSCÚ.

En verano he podido presenciar algún partido de fútbol en Dinamo, que así se llama el estadio. Este es de reciente y elegante construcción. Dinamo viene a ser en realidad no solamente un estadio, sino toda una organización de canchas para diversos juegos. Porque además de la de fútbol, hay allí dentro de una vastísima área cercada por rejas de hierro y sólidas empalizadas, una media docena de canchas de tenis bajo techo, en un local de techo curvo, con algo de estación de ferrocarril, que se ilumina con potentes reflectores. Y una de basketbol y otra de hokey, deporte invernal del que se organizan interesantes competencias entre equipos locales y equipos noruegos, suecos, finlandeses y americanos.

Los partidos de fútbol comenzaban a las seis de la tarde. Atraían multitudes, y era incalculable el número de automóviles que se congregaban en las cercanías del Dinamo. Como los que yo vi eran partidos sensacionales —sobre todo uno en que los de Moscú jugaban contra los de Georgia—, el estadio se colmaba de público. Tal vez se juntaban en él ochenta mil personas. Su capacidad normal es de setenta mil espectadores sentados; pero se dejaba entrar mucha más gente, que se quedaba de pie en los pasillos y en todas partes.

No soy un entendido en fútbol, pero me pareció el juego un poco lento, a base de pases largos y seguros, con algunas buenas jugadas. Los jugadores se caían a veces por efecto de alguna zancadilla o de un pechazo voluntario o involuntario, pero se levantaban siempre, de inmediato, sin protestar, y continuaban jugando. No vi un solo acalambrado. Ni un "mecánico", como llamamos en el Río de la Plata a los practicantes que, conduciendo su maletita con el botiquín, corren a auxiliar al caído en plena cancha y a darle masajes, mientras el juego se interrumpe. Eso revela un entrenamiento perfecto y un estado de primer orden en los jugadores. Ese —y no otro— es, a mi ver, el secreto de la pujanza de

estos equipos soviéticos, que pocos meses después de haberlos yo visto jugar en forma que no me deslumbró pero que me dió la evidencia de una fuerza invencible hecha especialmente de capacidad de resistencia, batieron en Inglaterra a los famosos *teams* británicos, que son los padres del fútbol.

Los goles en contra del club moscovita dejaban al público mohino al principio; pero luego se entusiasmó, y entonces aplaudía (silbando también en señal de aprobación como el público yanqui) algunas jugadas y combinaciones felices, o reía bonachonamente ante algunos fracasos. Cada gol de los visitantes era recibido con varias exclamaciones, aplausos y silbidos.

Cada gol de los locales provocaba delirantes ovaciones...

En todas partes del mundo, a pesar de las diferencias del clima, las reacciones del público de los deportes suelen ser iguales. Pero en Moscú, y sin duda en toda la U. R. S. S., parece no existir la fobia rioplatense al árbitro. Las órdenes del juez del partido son acatadas sin la mínima contrariedad. Y el público, en presencia de ciertos fallos que no cree acertados, no incurre nunca en demostraciones de protesta, porque después de todo tiene confianza en la imparcialidad y rectitud del juez y aun más que eso, tiene muy desarrollado el sentido del respeto a la autoridad.

Está acostumbrado a acatar las decisiones superiores sin discutirlas.

De pasada, quiero dejar constancia de que en Moscú, en los círculos deportivos, se conoce al Uruguay por sus triunfos en el fútbol, y se recuerda la visita de los futbolistas uruguayos en el año 1928. De ellos, precisamente, me habló el director administrativo de Dinamo, una mañana en que me mostraba cortésmente las canchas de su dependencia. Pero más me sorprendió el administrador de "El Circo" cuando, habiendo yo un día encargado localidades para una de sus funciones, me hizo saber que tendría mucho gusto en reservarlas para el ministro de un país cuyos futbolistas eran los mejores del mundo. Confieso que experimenté una inevitable satisfacción patriótica... Si bien me quedaban la duda y el temor de que el homenaje correspondiese a esas horas a una halagadora reputación fenecida.

Sea como fuere, algo bueno se conocía del Uruguay en Rusia. Eso era mejor, indudablemente, que la reputación risueña de que habíamos quedado rodeados los uruguayos cuando los periódicos humorísticos comentaron el año 1935 la incidencia de la ruptura de relaciones con la U. R. S. S., tomando por su cuenta el asunto de los quesos con que Litvinoff hizo reír un buen rato a la Asamblea de la difunta Liga de las Naciones.

Uno de esos periódicos publicaba una caricatura en que una chica le decía a su galán:

—Si no quieres mi queso (y le alcanzaba un trozo de queso en un plato), no te doy un beso.

La chica era el Uruguay.

Otro minuto de celebridad en la U. R. S. S., con proyecciones gráficas, le valió al Uruguay —durante mi permanencia— la moción de la delegación uruguaya ante el Consejo de las Naciones Unidas, proponiendo

que no se aplicase la pena capital a ninguno de los procesados en Nurhemberg.

Pero de esto hablaré en otro sitio.

LOS PARQUES.

Los domingos son también, y sobre todo, propicios a los parques. Se les ve más concurridos, a todas horas, que en los demás días de la semana. Y corresponde visitarlos, recorrerlos y frecuentarlos, porque aun los menos interesantes son acogedores y amenos, claro está que en la buena estación, cuando los árboles se cubren de hojas y el césped tiende a los costados de los caminos su mullida alfombra, y en los canteros cantan con su color las flores. Porque en los otros meses, los árboles se vuelven esqueletos en los cuales cuelga el frío jirones de blancos sudarios, y canteros y céspedes quedan sepultos bajo la nieve; y hasta los caminos se esconden en ella a las miradas y a los pies del visitante.

Algunos se cierran al llegar las primeras nevadas del otoño. Los que permanecen abiertos, como el Gorki y el Sokolnik, sirven para las distracciones deportivas que el hielo permite, los ejercicios del patín y del esquí; pero se paralizan sus diversiones mecánicas (sus ruedas giratorias, sus aeroplanos cautivos, sus aviones en *looping*, etcétera) y dejan, naturalmente, de funcionar sus canchas de tenis y de basketbol, sus juegos del sapo y del billar al aire libre. Hasta se clausuran sus salas de lectura y de ajedrez, que ponen una plácida nota de recogimiento en medio de la animada y bullanguera circulación que en ciertas horas predomina.

Hay en todos ellos pabellones para la música, donde las bandas militares dan conciertos ante vastas plateas, y escenarios en que se desarrollan breves programas de variedades y asimismo teatros a los que se trasladan las compañías de algunos coliseos de la ciudad —en uno del parque O.D.K. (el del Ejército Rojo) vi representar "Nora", de Ibsen, por la compañía del teatro Komsomol— cuando no están abiertos todo el año, como en el parque *Ermitage*, que se halla en plena ciudad, el teatro Moscoviet.

Un gran coliseo al aire libre, en forma de anfiteatro, con un dilatado escenario, hay también en algunos parques. En el de Gorki, antes de la guerra, se representaban ballets con una escenografía en la que se hacía colaborar como elemento principal a la naturaleza con todo su poderoso prestigio. Allí se ponía en escena, por ejemplo, "El prisionero del Cáucaso", sobre un poema de Pushkin, y las majadas de ovejas cruzaban la escena mientras, al fondo, el cerro y el bosque auténticos de la topografía y la flora del parque proporcionaban al espectador la sugestiva visión de las montañas verdaderas.

En otro ballet se hacía pasar al galope un escuadrón de jinetes, simulando una carga de caballería.

Esos espectáculos reaparecerían probablemente el próximo verano, pero la guerra, que los desalojó por un tiempo, trajo al mismo parque atractivos de otra índole. A pocos metros de la torre de los paracaidistas, de cuya plataforma superior a treinta o cuarenta metros del suelo, se arrojaban, para entretenimiento pero también para aprender paracaidismo entretanto, unos tras otros, en incesante precipitación, muchachos y muchachas sostenidos por un cautivo paracaídas de ensayo, hallábase la zona ocupada por la exposición de trofeos arrebatados a los alemanes.

LA EXPOSICIÓN DE LOS TROFEOS DE GUERRA.

Extenso espacio ocupaban los cañones antitanques, las ametralladoras, las piezas de artillería de todo tipo y tamaño, los aviones de caza y bombarderos, los obuses y morteros colosales, los mastodónticos cañones de sitio con que se bombardeaba a Leningrado, de un alcance de diecinueve, veintidós, veinticinco y veintinueve kilómetros, con proyectiles de sesenta kilos por lo menos; los tanques, desde unos pequeños y endebles de tipo francés —fabricados en Francia— hasta unas fortalezas rodantes con ruedas de oruga y erizadas de cañones; los tractores impresionantes con cañones descomunales, etcétera.

El parque se extiende al borde del río Moscova y al margen del embarcadero se exhibían las lanchas de desembarco y de transporte de artillería, los botes de goma, las balsas para construir puentes, los puentes, los motores. Más allá, los vehículos con patines para andar sobre el hielo, los autobuses con dormitorio y cocinas para los jefes, las casamatas de hierro de la línea Mannehrheim de Finlandia, que tenían forma de escafandra y eran como altos caparazones de tortuga dentro de los cuales se emplazaban los fusiles automáticos y las ametralladoras, que disparan desde las troneras.

En grandes pabellones se habían dispuesto las armas de infantería, las armas cortas, las instalaciones de radio, las defensas contra gases, todo en gran parte de fabricación italiana, pertenecientes a las divisiones fascistas que llegaron al Don.

Y allí estaban, además, las bombas de todo peso y magnitud, viéndose una de dos mil quinientos kilogramos, que puesta de pie, con sus cuatro o cinco metros de altura, parecía un monumento.

Cerca de ella llamaban no menos la atención las bombas "ataúdes", dentro de cada una de las cuales hallábanse acondicionadas cincuenta bombas incendiarias, y que en determinado momento se abrían en las alturas para dejar caer esos cincuenta vástagos, que con el roce del aire se inflamaban en la caída y eran como otros tantos bólidos de fuego.

Viendo ese fabuloso armamento, esa aviación pavorosa, esa artillería desmesurada, esos tanques megatéricos, esos formidables tractores blindados, esas bombas inconcebibles, todo dispuesto en forma de poder trasladarse rápidamente sobre ruedas a través de cualquier dificultad del camino, cruzando ríos y montañas, se comprende que los gobernantes nazis hayan podido forjarse la ilusión de conquistar el territorio soviético.

¿Cómo resistir a ese alud de hierro y dinamita que avanzaba por el cielo y por el aire? Esos cañones, esos aviones, esos tanques reducidos a la impotencia eran como terribles testigos y exponentes del orgullo militar y guerrero de esos hombres que embriagados por el poderío de sus armas, las creyeron factores invencibles, incontrarrestables, de su ambicioso sueño de dominio.

Y, sin embargo, allí estaban, domadas e inútiles, con su aspecto aterrador de infernales máquinas de destrucción y de muerte.

Habían caído vencidas por fuerzas materiales y morales que el nazismo ignoraba, más por incomprensión de la naturaleza humana y de las potencias espirituales de los pueblos, que por errores tácticos de sus generales o por fallas de su servicio de información y de espionaje.

Sobre aquel poderío bélico destruído, esa exposición ponía un epitafio en junio de 1944 —un año antes del completo aplastamiento de Alemania— con un lacónico cartel que decía:

"Los alemanes en tres años de guerra en la U. R. S. S. perdieron siete millones quinientos mil hombres (entre muertos, heridos y prisioneros), setenta mil tanques y sesenta mil aeroplanos."

Esa exposición había elaborado, por lo demás, una interesante experiencia de psicología colectiva.

Antes de exhibir esos trofeos se discutió mucho en las esferas oficiales, pues no faltaban quienes opinaban que la muestra de todo ese poderío bélico alemán, en momentos en que aún las fuerzas invasoras ocupaban gran parte del país y no se habían alejado bastante de Moscú, podía producir en el ánimo público un efecto deprimente e infundirle el temor de que resultase imposible librarse de las garras de fuerzas tan espantosamente provistas. Otros opinaron, en cambio, que la vista de todos esos elementos mortíferos arrebatados al enemigo derrotado, inflamaría el entusiasmo bélico del pueblo y lo alentaría para continuar y redoblar el esfuerzo y los sacrificios en la seguridad de la victoria total y definitiva. Estos tuvieron razón.

Apartándonos de esa zona —para entrar en la cual se paga un rublo— penetramos en otra extensión del parque pagando otro rublo (aquí las personas mayores pagan por entrar a los parques), donde mucha gente acude a descansar o leer en cómodos sillones de tijera —que se alquilan por pocos kopecs— a la sombra de los árboles, entre las flores. En esa parte se hallan las distracciones permanentes, y dentro de ellas queda el sitio del río donde en verano se bañan los muchachos.

Hay otro parque muy interesante, donde, como en el C. D. K., puede uno pasearse en bote, porque lo adorna un amplio lago circular, pero cuyo mayor atractivo es el bosque de árboles añosos, la selva indígena de Rusia, en que puede oírse de noche, en los rincones solitarios, a la luz de la luna, en la placidez del verano, cantar sobre las ramas de un abeto o de un tilo el romántico ruiseñor.

La verdad es que esos bellos parques moscovitas se prestan para que la fantasía escuche el canto inefable de pájaros maravillosos, porque en ellos el amor halla en ciertos alucinantes remansos de soledad y misterio su patria de éxtasis y de encanto, y sabido es que los enamorados oyen a menudo con el corazón lo que no siempre es dado oír con los oídos.

Los parques más cercanos son el C. D. K., donde se halla el Club del Ejército, y el *Ermitage*, donde funcionan cuatro teatros, uno de ellos, que da hacia el exterior, abierto todo el año.

Pero hay todavía otros lugares para esparcimiento de la población en sus días de asueto.

CARRERAS Y JUEGO.

Uno de esos lugares es el hipódromo. Este se halla en las afueras de la ciudad, pero no muy lejos de su casco, un poco más allá del Estadio.

El palco y las dependencias destinadas al público nos dicen con el carácter arquitectónico de su suntuosa construcción barroca y las señales dejadas en ellas por el tiempo, que el hipódromo es el mismo donde se llevaban a efecto las reuniones hípicas en la época de los zares.

Un público no muy grande relativamente, aunque no menor de tres a cuatro mil personas, suele presenciar las carreras, que son de sulki y de jinetes, corriéndose en la misma pista unas y otras.

Hay apuestas. Boletos de treinta, cincuenta y cien rublos pueden comprarse en las ventanillas de un *sport* y los dividendos se anuncian en las correspondientes pizarras, como en todos los hipódromos del mundo capitalista.

Los jugadores abundan. Casi nadie va por presenciar el espectáculo solamente. Aquélla es una concurrencia de jugadores. Los billetes circulan por sumas considerables entre una y otra carrera.

Para los ganadores hay, claro que sí, premios en dinero.

Los jockeys y los conductores de sulki visten, como en todas partes, blusas y gorras de vistosos colores.

No se hace la presentación de los corceles con los espectaculares desfiles de otros hipódromos, ni hay entre el público damas lujosamente ataviadas ni *sportmen* de reluciente cilindro.

Faltan el dueño del stud y el compositor, que son siempre, en otros países, personajes casi públicos vinculados al caballo que corre, hasta el punto de que cuando gana —si la carrera es de importancia— lo pasean ante el palco llevándolo por las riendas, y los fotógrafos de los diarios y revistas deportivas los hacen posar para la notoriedad del momento, junto al victorioso "discípulo" de su stud.

Ni hay un palco especial, cómodo y lujoso, para los miembros del Jockey Club y para "la gente del gran mundo", y otro u otros palcos incómodos, porque no dan nunca bastante cabida a la concurrencia que en ellos se hacina, para el resto del público. Allí todos son iguales, salvo en la capacidad para comprar boletos, pues mientras unos sacan de sus bolsillos ante las ventanillas de *sport* puñados de grandes billetes, otros sacan parsimoniosamente los necesarios para adquirir el boleto de menos precio...

He ahí, pues, el *turf* soviético, sin la ostentación del lujo y el vicio que es la tónica dominante del mundo turfístico en los hipódromos del capitalismo europeo y americano; pero turf, con apuestas y todo, con juego de azar por dinero, con la tentación de la ganancia fácil en una poco honorable complicidad con la suerte.

Dicho sea de paso, no es ésa la única manifestación pública oficial del juego en la U. R. S. S. También se juega a la lotería, que es la forma más difundida de lo que alguien denominara "la prostitución de la esperanza", porque es la esperanza de ganar comprada por dinero.

Un recurso del Estado soviético es una lotería de dinero y objetos, que se juega de tanto en tanto.

Así, por ejemplo, el 25 de octubre de 1944 se autorizó la cuarta lotería de esa especie. La suma de la lotería alcanzó a cinco mil millones de rublos. Por esta suma se emitieron billetes de lotería de veinticinco y de cincuenta rublos. La lotería comenzó a jugarse a partir del 15 de marzo del año 1945. Los premios ascendían a la suma de mil millones. Entre ellos hay premios en dinero desde cien a cincuenta mil rublos (una fortunita de cinco mil dólares al cambio oficial, y de cuatro mil al cambio diplomático, aunque equivalga a mucho menos por su valor adquisitivo), y en objetos, como: abrigos para mujeres y hombres, cortes de trajes, trajes, relojes de oro, alfombras, calzados, etcétera.

EL CANAL VOLGA-MOSCOVA.

Si queremos aprovechar la tregua del domingo alejándonos un poco de la ciudad, bien haremos en ir a conocer, si es en la tibia estación, ¡tan breve!, y en uno de los días más templados o aun calurosos del tornadizo verano, la playa Moscú sobre el canal Volga-Moscova. No es grande, por cierto. Su arena es gruesa y oscura. No es tampoco de fácil acceso para el gran público, porque el mejor medio de comunicación —el Metro— no acerca bastante, y los ómnibus y los trolebús no dan abasto para transportar a cuantos desean llegar a ese sitio. Sin embargo, en los días calurosos (el termómetro asciende a veces a treinta y cinco grados centigrados) acuden a ese paraje muchos miles de bañistas.

Hay una playa popular, en la que se arroja arena traída del río, y otra del Club Dinamo, con gradería para presenciar los torneos de natación que se celebran en una amplia dársena, con trampolines y plataformas para saltos ornamentales.

Una excelente carretera de asfalto nos permite trasladarnos desde allí en automóvil al llamado "Puerto de Moscú", que oficialmente se denomina "Puerto de Cinco Mares". Es éste el más importante lugar de embarque y desembarque del canal.

Este somete las aguas del Moscova a una regularización de su cauce hasta la desembocadura en el Volga, para que el agua del gran río ruso penetre en aquélla y acreciente su caudal elevándolo varios metros.

Comenzó a construirse en el año 1933 y se terminó en el año 1937. Mide ciento veintiocho kilómetros, a lo largo de los cuales se cuentan once represas, ocho estaciones hidráulicas, siete puentes ferroviarios, cinco estaciones de succión, doce puentes de carreteras, una estación fluvial o puerto en Xinki. Requirió la extracción de doscientos dos millones de metros cúbicos de tierra.

Bajo una de las represas se construyó un túnel. La importancia de la obra se calcula cuando se la compara —como hace un folleto oficial explicativo— con los canales de Suez y de Panamá.

El de Suez mide 171 kilómetros de extensión. Para construirlo se extrajeron cinco millones de metros cúbicos de tierra.

El canal de Panamá mide 180 kilómetros, con seis represas y un dique. Requirió la extracción de 160 millones de metros cúbicos.

Tanto el de Suez como el de Panamá insumieron decenas de años en su construcción, mientras que el soviético, según lo hace constar el folleto de propaganda aludido, no alcanzó a absorber media docena.

Cabe, sí, tener en cuenta que en tanto esos dos canales se abrían a través de los respectivos istmos, cortando, al menos tratándose del Panamá, capas geológicas de piedra y altas cordilleras, que incluso daban lugar a frecuentes derrumbes, el canal soviético no era sino la ampliación y profundización del cauce arenoso o gredoso de un río.

La trascendencia de la obra para la suerte de Moscú se deduce de sólo estos cuatro datos:

En un año el Moscova recibe 1.200.000 metros cúbicos de agua limpia y pura del Volga.

Pasan por él 1.200.000 pasajeros.

Pasan también 900.000 toneladas de carga.

Los barcos cruzan, en ese mismo tiempo, 200.000 veces la represa.

Quedó así resuelto el arduo problema de proveer de agua potable a la población.

En el viejo Moscú, de 1.500.000 habitantes sólo 800.000 tenían posibilidades de utilizar el agua recibiéndola por acueductos o cañerías. El resto tomaba el agua de alcantarillas o acequias o la llevaba a su casa en barriles, como en la época de Iván el Terrible.

En 1932 tres millones de habitantes utilizaban las cañerías y a cada habitante correspondíale tres baldes de agua. En 1939, cuatro millones de habitantes (casi toda la población) disponían de agua en abundancia. Desde 1940 corresponden más de cuarenta baldes por día a cada habitante.

Si un londinense necesita trece baldes por día, Moscú ofrece a sus moradores un superávit de agua que ninguna otra ciudad del mundo, a ser cierto lo que afirman las estadísticas soviéticas, puede igualar.

Lo que hace falta es que todos los componentes de la población puedan emplear esa riqueza hidráulica con la abundancia que les corresponde. Para ello no se prestan las condiciones en que les toca vivir, sobre todo mientras no se resuelve el problema de la vivienda, como veremos más adelante. Pero justo es consignar que si muchos miles de moscovitas carecen de la posibilidad de emplear en su habitación, para su aseo personal, una ínfima porción en el prorrateo *per capita* del tesoro líquido distribuído, encuentran en cambio algunas casas de baños, eso sí modestas, esparcidas por los distintos barrios en número que me pareció apreciable.

En ellas, por pocos kopecs, pueden higienizarse empleando una palangana y un jabón, que les proporciona el establecimiento, y dejando correr copiosa el agua de una canilla caliente o fría, para concluir poniéndose bajo una ducha, en un ambiente convenientemente calefaccionado en invierno. Están bien organizadas esas casas, que prestan un señalado servicio a la población de una ciudad donde la higienización personal en el propio domicilio no suele ser cosa fácil, sobre todo si se la pretende integral y prolija.

En las obras del canal trabajaron miles de presos, condenados a trabajos correccionales. Una ley del año 1938 lo recordaba, acordando la retiración de los respectivos procesos a todos aquellos antiguos presos de los campos penales de concentración para el trabajo —las colonias pe-

nales de la U. R. S. S.— que después de terminada su condena tomaran parte en las obras del canal.

En el puerto hay amplios embarcaderos, una rambla de varios kilómetros de longitud, un parque de 47 kilómetros cuadrados, y elevándose por encima de todo ello como para indicar, desde lejos, la ubicación del puerto a los navegantes fluviales, un grácil edificio de tres plantas rodeado de arcadas y balaustradas y coronado por una torre central que sostiene armónicamente un largo mástil en cuya punta se ha engarzado una estrella.

En ese edificio hay magníficas salas de espera y de fiesta, restaurantes, oficinas para el expendio de pasajes, etcétera.

Numerosas embarcaciones navegan por el canal, siendo la mayor parte de transporte de pasajeros. Tienen, vistas a la distancia, un aspecto de grandes torpederos grises, pero sus cubiertas, de popa y de proa, techadas, llenas de asientos, largos bancos con respaldos para los pasajeros, nos descubren en cuanto se acercan, su índole pacífica y doméstica. Siempre hay algunos de ellos arrimados a los escaños del embarcadero, aguardando el momento de la partida. Se cargan de gente que va a las poblaciones de la otra margen del canal, que es a esa altura de un ancho de varios kilómetros, o a las diversas localidades de la misma margen asomadas de tanto en tanto todo a lo largo de ese andante y apacible camino líquido.

En los días agradables de verano o primavera nada tan encantador como una excursión por el canal en uno de esos barcos que van haciendo múltiples escalas, descargando y cargando pasajeros.

El canal ha dado origen a los barcos tranvías, que son embarcaciones con capacidad para más de cien pasajeros, las cuales realizan un servicio urbano y suburbano de transporte sumamente útil.

Algunas embarcaciones más grandes se internan por el Volga.

Un viaje por el ínclito río es siempre una dulce evasión del alma en brazos de las sugestiones más plácidas de la naturaleza.

CAPÍTULO XVIII

SU SEÑORIA LA NIEVE

Alcanza proporciones de abrumadora epopeya la lucha que Moscú sostiene, como Rusia toda, con la naturaleza, "la madrasta de Rusia", como dijo Solovief.

La nieve, tan blanca y tan blanda, que parece un dulce adorno de las calles, de los árboles y de los edificios, y que es en los campos un hada benéfica cuyo manto cobija las simientes y humedeciendo el suelo auspicia las cosechas, es asimismo un azote de la ciudad.

La ventisca es un castigo para las gentes que se ven obligadas a transitar por las calles de Moscú. El viento helado arroja sobre los rostros las innúmeras flechas de la nieve que cae en una apretada lluvia de desbaratados plumones de cisne.

Ella les blanquea las gorras, los cuellos y las espaldas de los abrigos, en los que deposita puñados de ese húmedo polvo de los caminos, no de la tierra sino de los cielos. Es en el suelo como azúcar molida. Se amontona en las calzadas, en las aceras, en los techos de los vehículos, en las cornisas y en las techumbres de las casas.

Al derretirse lo moja todo. Las ropas se impregnan de agua. Los frentes de las casas, y sobre todo los techos donde se acumulan muchos kilogramos y de los cuales hay que desalojarla de tanto en tanto durante el curso del invierno, se deterioran por la acción de esa humedad persistente.

Cuando comienza el deshielo deben adoptarse especiales precauciones para evitar que se desprendan de los altos cornisones trozos de compacta nieve que pueden lastimar a los transeúntes. La policía inspecciona los techos de los edificios mayores y organiza su limpieza a fin de que no ocurran desgracias.

La ciudad adquiere bajo sus pinceles un aspecto encantador. Sobre el tapiz blanco con que cubre toda la extensión de avenidas, plazas e inconmensurables espacios libres, resalta el punto oscuro de los transeúntes abrigados en sus telas negruzcas. Las aglomeraciones sobre ese fondo de armiño parecen grandes manchas negras, como de pequeños árboles vistos a la distancia. La muchedumbre humana toma apariencia de bosque, y desde mi ventana veo moverse a las personas como seres extraños, pesados, con algo de animales silvestres exilados de la selva frondosa.

Cuando brilla el sol sobre esa quieta inundación nívea, el cuadro se torna esplendoroso. El azúcar molido brilla con millones de corpúsculos cristalinos, que simulan chispas de diamante. Los árboles de hoja perenne, cedros y pinos, que acompañan en la Plaza Roja el mausoleo de Lenin, festoneados por los gruesos flecos algodonosos que les cuelga la nieve, se transfiguran en árboles de Navidad, y cuando el sol vuelve joyantes sus atavíos invernales, tienen algo de enormes pero graciosas confituras. Pero el mismo elemento que así juega con las cosas y las decora

para deleite de los ojos, es más un enemigo que un amigo de la ciudad.

Lo más imperdonable es que ahoga la primavera de Moscú en las inmundas charcas de sus calles. El cuidado edilicio logra mantener limpios y secos, cuando no cae nieve, los puntos más céntricos; pero todo el resto de Moscú se vuelve casi intransitable, con lagunas en las calzadas y barriales horrorosos en las aceras.

El deshielo, que es en los campos de Rusia una fiesta de los sentidos, porque anuncia el final del invierno con la canción de los ríos, arroyos y torrentes libertados de su cárcel de hielo que resurgen bulliciosos arrastrando pequeños témpanos, florecidos de espumas, es en la urbe una incomodidad, un fastidio rabioso, que enloda prolijamente las aceras y las calzadas, que arroja chorros de agua de todos los balcones y cornisas, de todos los innúmeros canjilones que desagotan los techos sobre la cabeza de los transeúntes, y que todavía dejan caer algunos afilados carámbanos desde el declive de las mansardas o el pretil de las azoteas.

Andar por las calles céntricas en esos días es una aventura desesperante. Tócale al descuidado viandante atravesar a pie firme lagos de un agua espesa y oscura, empujado por los otros peatones y los vehículos, recibiendo salpicaduras de abajo y torrentes de los canjilones y canaletas de arriba.

La primavera de Moscú, en sus primeras apariciones, llega enzarzada en una lucha cuerpo a cuerpo con la nieve, y en el remolino de la pelea ambas se revuelcan por los suelos salpicando de barro hasta los ojos a los que transitan indefensos.

La nieve queda por el momento derrotada y desecha en un mar... de lágrimas; pero vuelve por el desquite, y esa misma noche asalta nuevamente a la ciudad extendiéndose sobre toda ella con la complicidad de las nubes renuentes que la ayudan a descolgarse entre las sombras. De modo que la primavera encuentra a la mañana todos los espacios y superficies de la ciudad ocupados por su terca enemiga y tiene que luchar otra vez con ella a brazo partido. Y así por muchos días, tocándole a menudo la peor parte a la primavera, que debe retirarse derrotada, ensombrecida por el barro y lamentablemente lacrimosa, a las pocas horas de haber penetrado en la ciudad, sin haber logrado aposentarse.

Moscú también, para defenderse de ella, debe librar una constante y costosa batalla, empleando como soldados miles de personas —por lo general mujeres—, que armadas de largos palos y picos limpian a todas horas las vías de tránsito. Los porteros tienen la obligación de hacer transitable el trecho de acera correspondiente a su casa, y cuando cae copiosa la nevada y amontona demasiada harina de hielo en las calles, se les ve barrerla con grandes escobillones. Y si el viento sopla en su dirección, el trabajo de esos esforzados barrenderos se vuelve un trabajo de Sísifo, pues ellos no logran quitarla de un sitio cuando ya forma colchones mullidos —verdaderos tembladerales— en el sitio contiguo. Cuando ha cesado de caer la nieve, y el frío se intensifica y aquélla se endurece en costras tenaces, que apenas sube la temperatura se humedecen para tornarse vidriosas, espejantes como témpanos, en vez del escobillón debe emplearse una barreta con la cual se parte esa dura superficie a costa de pacientes esfuerzos.

Pero no son, por cierto, únicamente los porteros quienes se ocupan en la tarea de defender las vías de tránsito. Legiones de mujeres, y no pocos hombres, andan, todos los días y a todas horas, esgrimiendo largas palas y picos, entregados a la función de amontonar la nieve a los bordes de las calzadas para que luego vengan unos camiones especiales a cargarla y transportarla hacia una ribera del canal, al cual la arrojan desde unas bocas de tormenta abiertas en el pavimento.

Esos camiones y unas espectaculares máquinas rodantes que rompen y barren la nieve de las calzadas, echándola a ambos lados de la calle, así como unos vagones especiales que limpian los rieles del tranvía, son la artillería utilizada para la tal batalla, que exige además el esparcimiento de arena por aceras y cruces de las calles más concurridas, en los días en que se produce el deshielo y el piso se pone arteramente resbaladizo como si estuviese enjabonado. ¡A propósito! Voy a extraer de una correspondencia íntima un relato que hice de un percance que me deparó, en uno de mis primeros contactos con ella, el traicionero candor de la artera enemiga. (En realidad el candoroso fuí yo...). El día antes había visto por primera vez la faz de esa pálida diosa frígida; el cendal de esa lluvia de mariposas inanimadas que los cielos del invierno descuelgan sobre la tierra de estas latitudes. Delante del hotel, sobre la explanada que se extiende hasta las entradas de la Plaza Roja, se admiraba una alfombra de armiño con arabescos oscuros, las estrías que dibujaba el asfalto no del todo cubierto. Parecía un extraño moaré.

El parque del costado del Kremlin —el jardín de Alejandro—, mostraba blanqueados sus caminos y las ramas sin hojas de sus árboles. El edificio del Museo de Historia aparecía embellecido por una encantadora decoración: la techumbre de oscuro plomo lucía en la base de sus torrecillas y mansardas espléndidos toques de albayalde, que eran como una espuma allí depositada por las invisibles olas del viento. Las cornisas, las salientes de los balcones, todos los adornos del frente, pintados por el caprichoso pincel del aire, resultaban, como esmaltados, sobre el fondo de lisos ladrillos de un rojo oscuro.

La naturaleza viene así a dar un motivo estético, una justificación de belleza, a esos palacios de rojo ladrillo sin retocar.

Esos palacios, tocados y decorados por las brillantes pinceladas de la nieve, quedan bellísimos.

Pero vayamos al prometido relato, que yo titulé al escribirlo: "Filosofía de un porrazo en la nieve".

Era el segundo día de nevada en Moscú.

Más copiosa que el día anterior, la blanca llovizna había desplegado sus sábanas sobre las calles y los techos, y por momentos diríase que toda la ciudad había sido emplumada por multitudes de cisnes blancos dedicados a despojarse sobre ella de sus albos plumones.

Quise salir a pasearme entre tanta blancura. Cubierto con mi *fourrure* y mi gorro de *Karakul,* con el más genuino aspecto de un viejo moscovita, hice un paseo urbano en el que sólo sentí, a cierta altura, la impresión demasiado fría del aire en la cara y especialmente en las orejas, lo que me obligó a levantarme el cuello del gabán. Me resultó confor-

table esa precaución. El frío seco estimulaba los resortes del organismo e invitaba a la acción, al movimiento de la marcha.

Lo mismo que en días anteriores, fríos pero sin nieve y sin viento, yo me sentía a gusto en el clima de esas calles, suficientemente defendido por abrigos aún no tan pesados como este sobretodo de pieles con el cual desafiaba ahora una temperatura de siete grados bajo cero, propia como para irme acostumbrando poco a poco, por "grados" precisamente, a las famosas temperaturas de veinticinco y treinta bajo cero...

Me sentía gozoso de poder pasearme aclimatado ya hasta a las ráfagas de aire helado, cortantes como navajas, que me afeitaban la piel del rostro, pero que ya no lograban producirme en las orejas, ocultas bajo el cuello, aquel alarmante escozor como de una incipiente quemadura, que me molestaba al principio.

Observaba con interés cómo algunas mujeres munidas de rastrillos y pequeñas palas de largos cabos, quitaban la nieve de las aceras y la juntaban en montículos al borde de las calzadas, que luego cargaban a su vez en recipientes rodantes algunos viejos barrenderos.

No pude menos de inclinarme a recoger un puñado de esa nieve así amontonada, para gozar por primera vez en mi vida, con el contacto de ese algodón helado caído de las nubes, que entre mis dedos se deshacía lentamente en agua cuando lo amasaba para formar una bola que me hubiera gustado lanzar, a guisa de una inofensiva granada de mano, a la cabeza de algún transeúnte.

También observaba con curiosidad la infinita variedad de trajes y calzados que se ven por las calles de Moscú al llegar el invierno.

Iba yo muy entretenido admirando el pintoresco pasaje de las gentes con sus vestimentas invernales, tan extrañas para mis ojos de americano del sud. Pero iba cuidándome al mismo tiempo de que mis pies no se escurriesen en el asfalto, alisado y humedecido por el blanqueo todavía un tanto licuoso de las primeras nieves, cuando en una de esas, al poner el pie izquierdo sobre una placa de hierro de la acera inocentemente *camouflada* por la nívea cubertura, resbalé con tan irrevocable pérdida de mi centro de gravedad, que no pude detenerme sino en el suelo, donde quedé extendido cuan largo era, levantando todavía un poco las piernas, mientras mis espaldas medían el pavimento y mi gorro de *karakul* saltaba disparando a un par de metros de distancia.

Debo al espesor de mi gabán de pieles el no haber sentido el golpe sino como un súbito e inesperado derrumbamiento de mi dignidad personal, sin consecuencias materiales...

El hecho ocurrió en un sitio muy céntrico, muy transitado. Por mi lado pasaron, mientras yo realizaba el espectacular aterrizaje forzoso, muchas docenas de personas, de uno y otro sexo.

Unos muchachos desfilaron por mi derecha mirando con el más vivo interés, sin detenerse, cómo toda mi personalidad se estiraba horizontalmente en la acera, cómo giraba un tanto sobre la cadera izquierda, cómo se esforzaba en incorporarse, después de haber logrado que los pies descendiesen hasta acordarse al nivel de la cabeza, en ese instante yacente, y cómo una vez incorporado, no sin algún trabajo por lo resbaladizo del campo de operaciones, debía inclinarme a recoger del suelo el gorro fugitivo.

Todo aquello llevó algún tiempo, que me permitió reflexionar largamente sobre la delicadeza de sentimientos de este piadoso público de Moscú. Nadie cometió la imprudencia de acercarse a prestarme una ayuda humillante, que me hubiera avergonzado con la comprobación de que mi caída había servido de irrisorio espectáculo a los caminantes. Todo el mundo respetó mi desgracia y no hubo un solo indiscreto que me ocasionase la mortificación de saberme observado en ese inoportuno deslizamiento corporal que me hizo descender tanto a mis propios ojos.

Sólo un observador a la distancia, cuando yo reanudaba la marcha sacudiéndome la nieve adherida al gabán, me preguntó, en ruso, naturalmente: "¿Se hizo usted daño?"

—¡*Niet!* — le respondí sin detenerme.

No creo que tampoco él, de estar más cerca, hubiese hecho nada por tenderme imprudentemente una mano.

Esta gente tiene, sin duda, un sentido muy fino de las consideraciones que se deben al decoro de cada uno. Gracias a su misericordiosa indiferencia pude abrigar la esperanza de que nadie haya dado la menor importancia a ese accidente que hizo rodar por los suelos, en pleno Moscú, al representante diplomático del Uruguay.

Como la nieve no es igual al polvo, aunque lo parece, no mancha, y a poco andar no quedaba en mis ropas ningún rastro visible de la peripecia.

Quedó, pues, a salvo, junto con la limpieza del traje, el decoro de la investidura.

Eso se lo debo, probablemente, a los efectos de la guerra sobre la mentalidad de este pueblo, que no está para perder su tiempo en recoger del suelo paseantes distraídos, cuando tantos muertos y heridos, carne de su carne, se recogen día a día en los campos de batalla.

En nuestro país se forma, en torno de un paseante que se cae en la calle, un corrillo molesto de desocupados que le prestan auxilio, y uno le da la mano, otro le limpia la ropa (alguno también el bolsillo, entre tanto), otro le alcanza el sombrero.

Aquí, mientras no ven que el caído se ha fracturado algo, lo dejan que se levante por sí solo para su mayor satisfacción.

Y de ese modo aprende, además, a no caer cuando camina.

Eso lo escribía yo en tiempos en que me imaginaba que un porrazo como el mío era cosa poco vista en Moscú. Luego me convencí de que allí, la gente no repara en tales accidentes porque, pese a la destreza que concede la costumbre para caminar aun sin suelas de goma sobre la nieve endurecida, son frecuentes los resbalones y las caídas, y nadie, ni la misma víctima, se alarma por tan poca cosa.

Mi pequeño infortunio no daba, por consiguiente, para mayores filosofías.

Entraba así, "de golpe y porrazo", en la estación de los grandes fríos, y no tardé en conocer esa magnífica curiosidad que era para mí el espectáculo de los deportes de invierno en los vastos parques públicos.

PATINES Y ESQUÍES.

El Parque de la Cultura o Parque Gorki, es el que congrega mayor número de patinadores.

Los anchos caminos y las espaciosas explanadas, prolijamente cubiertas por la nieve, ofrecen una inmensa pista de patinaje.

Tres mil quinientos metros de hielo. Por esa blanca superficie se deslizan, sobre afilados patines de acero, muchos millares, tal vez millones de personas, de todas las edades, en una marea sin fin, en una circulación casi silenciosa, que suele acompañar la música de alguna banda instalada en su alto kiosco, y que al llegar la noche adquiere un aspecto de fantasmagoría a la luz de los focos eléctricos encendidos sobre elevados soportes.

En un espacio circular, ante apretado corro de espectadores, lucen sus habilidades patinadores expertos, acróbatas del patín, artistas y maestros del elegante deporte, que hacen maravillas de destreza. Giran como trompos, saltan como pájaros, corren sobre un pie, se persiguen, se atrapan, se sueltan. Algunas mujeres, con sus cortos pollerines sobre las mallas rosas, azules, blancas o negras, parecen flores agitadas por el viento y el ritmo de una danza impetuosa.

Una banda sentada en su kiosco suele envolver en acompasados acordes el animado cuadro de espontánea coreografía. Pero a veces, en su ausencia, irrumpe una banda circulatoria, cuyos músicos avanzan patinando al compás de su propia música.

En un vasto pabellón, cientos de personas, sin cesar renovadas, se colocan sentadas en largos bancos, los avíos de patinar. Junto a ese pabellón hay una pista para los principiantes, a la que se llega por entre unas paralelas fijas de madera que preservan al novicio de riesgos, y en las que unos sillones de hierro con ruedas permiten girar apoyándose en su respaldo, por toda la plaza, sin peligro de caerse y adquiriendo entretanto, pericia bastante para mover los pies convenientemente.

Hay sitios reservados para solaz de los menores; *carrousels* de madera cuyos pintorescos animales —osos, pingüinos, lobos, focas, perros, gatos, etcétera, de madera pintada—, giran sobre el suelo liso, como si patinasen; toboganes para los pequeños trineos, por donde los muchachos se despeñan, de vientre o de espalda, por espacio de muchos metros.

Ya de noche, a la luz de los altos faroles y de los focos con reflectores, el cuadro se vuelve más bello y feérico en su extraña grandiosidad. A través de los árboles de ramas sin hojas, abrillantados por hilachas de nieve donde la luz se detiene un instante para fingir lentejuelas de cristal, se ve desfilar una multitud inmensa entregada a una fuga rítmica incesante. Las figuras de hombres y mujeres pasan como sombras, inclinadas un poco hacia adelante, algo curvadas en el ligero esfuerzo de echar un pie hacia atrás para dar impulso al cuerpo, que adelanta sobre el otro pie.

Y siguen llegando cientos, miles de personas, casi cada una con su par de patines en las manos, aunque también pueden alquilarse en aquel pabellón. Jóvenes de uno y otro sexo; es toda la juventud de la ciudad que viene a gozar de este magnífico deporte, en el cual se combinan graciosamente la acrobacia y la danza.

En otros parques, o en otros sitios de este mismo, allá por las altas barrancas de la colina de Moscú, el paraje donde la historia dice que se detuvo Napoleón a contemplar el panorama de la ciudad, patinan los esquíes.

Hay allí montes de nieve; escarpados ribazos helados, por los que se deslizan arriscadamente, los esquiadores y donde hay espacios para los novicios y espacios para expertos.

A los chicos se les enseña desde las escuelas a esquiar, y conducidos por sus maestros se les ve adiestrarse a menudo.

Puede decirse que es un pueblo de patinadores y esquiadores.

El depósito de esquíes en el Parque parece el arsenal de un ejército: miles de pares de esos aparatos y de bastones correspondientes al equipo se ven allí acondicionados como lanzas y fusiles. No sobran. El público se los arrebata. Muchas personas van también con su equipo propio y la vestimenta deportiva.



CAPÍTULO XIX

HELADOS DE INVIERNO Y CAFE DE VERANO

En los parques llamóme particularmente la atención el consumo de helados —¡sí, señores; de helados!— en días cuya temperatura no pasaba de los treinta a veinticinco grados bajo cero.

Pero ese consumo no se presencia solamente en los parques. En plena noche, por las calles más céntricas, apostadas en sitios estratégicos, se ven mujeres vendiendo helados de crema blanca, envueltos en transparente papel, o en vasos de cartón, que conducen en unos cajoncitos en torno de los cuales se amontonan los clientes.

En verano no me había sorprendido ver ese comercio callejero, para el cual existen, además, establecimientos importantes. Hay en la avenida Gorki una llamada "Casa de los Helados", donde se los sirve deliciosos y donde la gente se apretuja en su interior, de pie, aguardando un sitio libre en las mesas para hacer su consumición.

No era por cierto, un consumo barato. Un helado costaba cincuenta rublos (al cambio *diplomático*, cuatro dólares; al cambio oficial —nacional—, cerca de diez dólares).

Por la calle se vendían a treinta rublos. Había de menos precio, pero no bajaban de quince. Y uno se maravillaba de ver a personas, sobre todo jovenzuelas, que no habían podido comprarse un par de zapatos, a juzgar por el estado de los que llevaban, gastándose en un helado el importe de más de un jornal.

Es que zapatos a precios oficiales, accesibles, no hallaban; y para comprarlos a precios de comercio, en los almacenes de reventa, o aun en el comercio negro, necesitaban varios cientos de rublos. Entretanto, comiendo helados, entretenían el apetito, y además, se alimentaban un poco con la leche y el azúcar de la buena crema con que se les confecciona (todos los artículos de alimentación que expende el Estado son genuinos, y esos helados, *pezzi duri*, en forma de panecillos cuadrados, mantecosos, con mucha azúcar, equivalen a dos vasos de café con leche).

En los últimos tiempos, en invierno, se vendían ya por seis rublos, mientras la leche costaba veinticinco rublos. En invierno es cuando pueden venderse más baratos porque para su confección existe en abundancia el hielo natural.

Ese comercio en verano se realiza simultáneamente con otro callejero muy difundido: el de un refresco de agua gaseosa y coloreada, ligeramente dulce, que suministran unos carritos especiales, estacionados en las esquinas o bajo los portales, y ante los cuales el público hace cola.

Un vaso de esa agua cuesta pocos kopecs.

No existían, ni existen probablemente aún, grandes cervecerías o cafés del estilo de los que abundan en otras ciudades, sin excluir, por cierto, Montevideo. En todo Moscú sólo sé de una cervecería más o menos comparable a las que pueden encontrarse en cualquier ciudad de cierta importancia en el mundo occidental.

Es un local amplio con numerosas pequeñas mesas redondas de mármol y sólidos sillones de roble, situado en una esquina de la Plaza Pushkin (en la cual una estatua iza, desde los tiempos del zarismo, su inmóvil y eterno llamamiento al alma del pueblo, para que reverencie en la figura del poeta la gloriosa majestad sin imperio del genio creador).

Había sido reabierta el año de mi arribo, tercero de la guerra. El local lucía paredes y columnas estucadas y grandes arañas de bronce dorado, pero no daba esa impresión de limpieza absoluta que nos seduce en los aireados establecimientos similares de otras partes, sin duda porque el piso era de *parquet* oscuro y los ventanales no se abrían debido al tiempo que no lo permite, sobre todo por los días en que lo visité, ya entrado el otoño.

Precisamente la estación obligaba a detenerse, antes de penetrar en el salón, en un guardarropa donde se dejaban el gabán, el sombrero y los *chanclos*.

Algo había allí del ambiente de nuestros establecimientos del mismo género: conversaciones en voz alta; ir y venir de *mozos* y mozas sirviendo al público *chops* y algún pescado seco para estimular la sed; disposición en los consumidores para permanecer sentados durante largo tiempo, charlando y discutiendo.

Algunas parroquianas llevaban frascos de *vodka*, alternando algunos tragos de ella con la cerveza.

El servicio era atento y recibía propinas, como es costumbre en todos los restaurantes, cafés, casas de té, etcétera.

Estas últimas, las *casas de té*, se reabrieron a comienzos del año 1946. Se expende en ellas, con preferencia, té caliente; pero algunas son verdaderos restaurantes donde se sirve un extenso menú de platos cuyo precio oscila de los 10 a los 30 rublos, en mesas cubiertas de hule, aseadas, atendidas por un personal muy presentable, en el que había algunas mujeres.

En materia de bebidas no es sólo té lo que se sirve. También *vodka*. Como en la cervecería, entre la concurrencia, predominan los uniformes y se ven algunas mujeres.

Pudimos creer, cuando se abrieron estos establecimientos —en número de doce mil (según datos oficiales) en toda la República Federada, que se les haría cumplir una función de tácita campaña contra el alcoholismo, suministrando té, a bajo precio, al pueblo, y acostumbrándolo o tratando así de acostumbrarlo, a prescindir de bebidas alcohólicas.

Pero, si bien existe un concepto oficial de severa sanción moral contra el que se emborracha y no cumple por ello sus deberes o pierde el control de sí mismo en desmedro de su dignidad personal, (hasta el punto de que nadie auxilia al borracho que cae en la calle, a menos que se lastime seriamente), no se puede decir que el Estado Soviético sea un Estado antialcoholista. Al contrario, cabe afirmar que fomenta (no tanto como el nuestro, la verdad sea dicha) el alcoholismo.

La fabricación y venta de bebidas alcohólicas, especialmente *vodka*, constituye una de las grandes fuentes de entradas para el tesoro público,

(como entre nosotros sustituyendo la *vodka* por la caña), para el *Ancap*.

En vísperas de las mayores fechas nacionales —el aniversario de la Revolución; el de la Constitución de Stalin; el 1º de Mayo, etcétera—, se rebaja el precio de las bebidas para que el público pueda solemnizar esas efemérides alcoholizándose.

El uso de la *vodka* se halla tanto más arraigado cuanto que se le considera impuesto por las exigencias del clima. El ruso la bebe de un trago, sin tomarle el gusto, a veces apretándose las narices, para no sentirla sino caer como un sorbo de fuego líquido en el esófago. Así infunde calor a su organismo, y no puede prescindir de ella para retemplar sus músculos y sus nervios en las faenas de la usina, del taller y del campo.

No inicia la labor cotidiana sin ingerir unos cuantos gramos de ese líquido cristalino, que semeja agua pura.

Los militares tienen su ración de *vodka*, reglamentaria cuando se hallan en servicio.

No se bebe con tanta abundancia como en Inglaterra y Estados Unidos el whisky, porque es de más alta graduación alcohólica; pero es infaltable en las comidas, sobre todo en las de camaradería o agasajo, y todos los banquetes se inician con una copa, eso sí, más bien pequeña, de ese fuerte licor ardiente, sin perjuicio de algunas copitas más, que se apuran "hasta el fondo" (según la frase de ritual) en cada brindis, que también se hace con vino.

Hay, con todo, muy pocas tabernas. ¡Cuán lejos está Moscú, y todas las ciudades soviéticas, de nuestras ciudades latinas en que la cantina, el despacho de bebidas, el bar, etcétera, se hallan a cada paso, en cada esquina, a razón de tres o cuatro por cuadra!

Vi cómo se hacinaban los bebedores en un oscuro sucucho, donde en pocos metros cuadrados permanecían en pie, apretujándose contra un mostrador desde donde se les alcanzaba la bebida, *vodka* o cerveza, que bebían también de pie, apartándose un poco del despacho para permitir a otros acercarse. Todo ello en silencio. Sin oírse más voces que las necesarias para pedir la bebida y cambiar alguna palabra con el que la expende.

Cerca de esa taberna había un café. Era un local de aspecto agradable, sin ser de lujo. Unos cuantos rusos sentados a las mesas, todas ocupadas. Parece uno de nuestros cafés pequeños de la ciudad vieja. El sitio es confortable y el ambiente simpático. Allí no se hace mayor consumo de bebidas alcohólicas, a juzgar por el aspecto de las mesas donde sólo se veía circular el café o el té.

En uno de estos cafés quisieron formar su *peña* los emigrantes españoles residentes en Moscú, deseosos de trasladar hasta allí ese hábito, tan latino, de instalarse durante horas en torno a una mesa, ante un pocillo de pseudo moka o un vaso de cualquier otra bebida, discurriendo interminablemente y debatiendo todos los problemas del mundo.

Apenas había comenzado a cuajar la iniciativa, a "cristalizarse" en la presencia habitual de un grupo español, que hacía oír de un extremo al otro de la sala el silbido de sus *eses* o sus *zetas* y el estrépito de sus *erres* y sus *jotas*, cuando el local cerró sus puertas.

¡Buenos estaban los dirigentes o los funcionarios de la U.R.S.S. para

permitir que invadiese a su pueblo el contagio de esa costumbre de disipación del tiempo y de crítica a gritos que se ejercitaba en los cafés españoles de antes de la dictadura de Franco, en los cuales muchos de esos emigrados hicieron sus primeras armas de militantes políticos!

Pasada la guerra, y poco antes de emprender mi retorno, algunos españoles habían creído encontrar más favorable ambiente para la aclimatación de esa costumbre, y ya se preparaban a ocupar un café que se instalaría a propósito.

La verdad es que no solamente había cambiado la actitud de las autoridades para con el hábito español del café, sino que los españoles mismos habían cambiado mucho en su manera de ser y de comportarse, ofreciendo así una garantía segura de que su *peña* no sería una agrupación de haraganes ni de ruidosos discutidores más o menos desaforados...

¡No en vano han vivido ocho años en la disciplina de la vida soviética!

Ellos ya no ignoran que en la U.R.S.S. no cabe la expresión abierta y sin trabas de la opinión política por parte de un simple ciudadano, en la libre controversia espontánea y audible en el ámbito de un local público.

Eso constituye un escándalo, o un motivo de escándalo, que difícilmente se tolera.

Su café, si lo abren, no será "a la española". Será cuando mucho "a la española... sovietizada". Y carecerá por ello de carácter, de color y de calor... *¡Kañesno!* (¡ciertamente!), como dicen a cada instante los rusos.

En una terraza del hotel Moscowa —destinado sobre todo a alojar a los miembros de los Soviets que vienen de diversas regiones y a los altos funcionarios de otras localidades de paso por Moscú—, funciona en verano un café de lujo, donde hay conciertos y baile, y se expenden helados y bebidas de todas clases.

En ese mismo hotel funciona un restaurante *dancing* donde una cena cuesta 500 rublos.

Otros restaurantes del mismo estilo, pero menos caros, hay en diversos sitios; y últimamente se habían abierto unos a precios más al alcance de los bolsillos modestos, atendidos por muchachas; pero donde una comida, a base de té, y un solo plato, no salía a menos de 25 a 30 rublos (tres o cuatro pesos).

Eran, con todo, sumamente concurridos, porque las casas de comida en relación al volumen demográfico de la ciudad, escasean muchísimo.

Capítulo XX

LA PLAZA ROJA DE MOSCU, ESCENARIO DE LA NACION

Pero es tiempo ya de que en esta excursión por la superficie de Moscú, penetremos en la Plaza Roja.

Puede creerse que fueron los bolcheviques quienes bautizaron con ese nombre esta plaza. Su nombre, sin embargo, le viene de muchos siglos atrás. En la antigua lengua rusa *Krasnaia Plochtchaiti* (Plaza Roja) significa "Plaza Principal o Plaza de Armas".

Esa íntima alianza del pasado con el presente, ese maridaje sorprendente de la antigüedad y la tradición con la modernidad y el espíritu revolucionario, que es rasgo característico de todo Moscú, se acentúa en esta famosa plaza.

El Kremlin arroja sobre ella una constante oleada de recuerdos y evocaciones históricas. Sus muros almenados y sus torres avizoras se ciernen sobre ella imponiéndole una expresión de alma pretérita, como un fruncimiento de cejas que ensombrece y subraya de torva adustez un semblante.

En su centro se contempla el redondel —el *Lobnoie Mesto,* de la palabra *Lob:* cráneo—, la especie de picadero circular donde se ejecutaba a los condenados a la horca o decapitación. Allí fué arrojado en 1606 el cadáver destrozado del falso Dimitri; allí, en 1671, fué ejecutado con casi todos sus secuaces Stenka Razinin, jefe de los cosacos insurreccionados y héroe de numerosas leyendas populares; allí fueron ejecutados en masa, por orden de Pedro el Grande, los rebeldes *stelitz* (arqueros), en una horrenda hecatombe en que el propio Zar ofició también de verdugo, empuñando el hacha fulminadora para dar el ejemplo.

En esa plaza corrieron torrentes de sangre. Durante toda la Edad Media se libraron allí sangrientas batallas entre rusos y tártaros o polacos, así como entre los bandos contrarios que se formaban en torno del poder y cuyos choques se traducían frecuentemente en combates por la posesión del Kremlin.

Ese cadalso, que a menudo servía también de estrado para heraldos que comunicaban al pueblo los decretos del Zar, o para que el Zar mismo se mostrase a sus súbditos y los arengase, como en tiempos de Iván Grosni, se diría un aro irrompible que sujeta vigorosamente el pasado a los adoquines modernos del pavimento.

Y frente a él, destacándose entre las almenas de los muros del Kremlin, aquella torrecilla desde donde los zares contemplaban las ejecuciones ordenadas por ellos, se mantiene impertérrita como el otro extremo de un diálogo mudo que se ha entablado hace siglos entre dos amargos interlocutores.

Por su parte, también la incomparable Catedral de San Basilio, con la vistosa policromía del magnífico ramillete de sus torres y de sus cú-

pulas, en forma de cebollas retorcidas, agrega tonos de remembranza secular al paisaje de ese espacio de la ciudad donde se quedó aposentado lo que ella tiene de más anciano y vernáculo, para rodear como con una aureola de inmortalidad el Mausoleo de Lenin, cofre de mármol y granito, donde se guarda religiosamente la reliquia sagrada de los restos embalsamados del padre de la Revolución.

Y todavía los palacios y los templos, que desde el interior del Kremlin se asoman en lo alto, vuelcan en la plaza —cuyo nombre tan antiguo es también tan contemporáneo—, bocanadas de recuerdos, ráfagas del viento de los siglos que tienden sobre las piedras de las calles actuales, en invisibles tendales a todas horas renovados, las hojas secas de los años remotos, que crujen bajo los presurosos pies de los paseantes de hoy en día.

Atravesándola se siente y se compulsa todo el peso de la tradición en el seno de esa vida nueva que libra con ella un combate cotidiano pero que, al mismo tiempo, confraterniza con ella cotidianamente. Ahí se descubre el lazo profundo que une el presente revolucionario al pasado que se había querido barrer para siempre del camino y del destino de la nación.

El Kremlin, que en los tiempos soviéticos ha vuelto a cerrarse celosamente al público curioso (para visitarlo se necesita solicitar especial autorización), ha recuperado en cierto sentido el carácter de que los modernos zares, a contar de Pedro el Grande, le habían despojado.

Y es lástima que no se mantengan abiertos sus amplios portales para que el pueblo pueda visitar sin mayores trabas sus jardines, sus templos y sus palacios, con los riquísimos tesoros de obras de arte, muebles y joyas que allí se conservan.

Desde allí parecen velar, resurgidas a nueva gloria, la sombra de aquellos rudos zares que plantaron, entre mares de sangre, los cimientos de la grandeza material de Rusia, extendiendo su territorio, base secular y activa de su creciente poderío.

En cuanto al Mausoleo, se hallaba también clausurado durante la guerra. El cadáver del prócer había sido trasladado lejos de la capital.

Permanecía, pues, solitario, sin guardias, el imponente panteón con sus severas formas de alto sarcófago y la tonalidad rojiza y negra de sus granitos y pórfidos; con sus pesadas puertas de mármol y bronce; con todo su inmutable carácter funerario, alzándose ante el muro del Kremlin y destacándose de la compañía de unos verdes pinos y argentados cedros que le forman un adecuado fondo forestal y que en invierno agitan entre sus ramas flecos y festones de nieve.

La presencia de Lenin.

A fines de setiembre del año 1946, el Panteón se reabrió a la reverente y emocionada peregrinación de su pueblo. Resurgió entonces el espectáculo tantas veces descrito de esa interminable cola de personas que de a dos en dos van acercándose a la puerta de entrada del Mausoleo, y que dura en su constante renovación, cuatro o cinco horas, todo el tiempo en que permanece abierto el sepulcro. Los días de fiesta, la cola

cubre más de un kilómetro. Y ese espectáculo, con mayor o menor número de peregrinos, según los días y las condiciones del tiempo, se reproduce diariamente. Siempre hay fieles o curiosos que acuden a formar esa cadena.

Para ver el cadáver de Lenin se desciende por una escalinata de mármol oscuro, en un recinto cuyas paredes y bóvedas igualmente de mármol color plomo, impresionan el ánimo y lo preparan para la solemnidad y el recogimiento. Se llega en silencio hasta el fondo de la tumba. En el centro se levanta, dentro de un fanal imperceptible, el catafalco sobre el cual, tendido en su féretro, rodeado por una baranda en cuyo torno desfilan los visitantes, descansa Lenin, con la cabeza un poco alzada sobre un almohadón de seda, cubierto el cuerpo por una tela roja y con los brazos fuera, mostrando las manos que parecen de cera pálida, separadas a los costados del cuerpo como si estuviese por apoyarse en ellas para incorporarse.

Una luz, que no se sabe de dónde viene, ilumina su figura en medio de la penumbra opaca del Panteón, especialmente el rostro, de una blancura marfileña, la frescura de cuya tez parece cosa de milagro. Los rasgos de su rostro se mantienen intactos. Su amplia frente abovedada; su gran cabeza calva están allí como bajo la acción del sueño, en la inmovilidad de una vida en reposo. Es un Lenin más pequeño aún que el que conocemos por los retratos de sus días de plenitud. Sin duda la enfermedad que lo llevó a la tumba, había achicado su físico.

Es un minuto de honda emoción el que se experimenta ante la presencia de ese muerto que, a través de los años preside, como si lo presenciase, el callado homenaje de un pueblo de millones de almas.

Cuando se sale al aire de la Plaza Roja, nuestro espíritu de occidentales siente todo el carácter de ceremonia oriental y asiática que distingue a ese culto cotidiano de un pueblo a su héroe político, instalado en medio de su vida civil, en su plaza más céntrica, no en la forma de una estatua de bronce o de piedra (que muchas de ellas hay en todos los sitios públicos de la U.R.S.S.), sino con su propia presencia corpórea de carne y hueso, e inalterable por un milagro de la ciencia, en la envoltura misma de la muerte.

La plaza abarca un área no menor, probablemente, de cien mil metros cuadrados. Se extiende entre el Museo Histórico, que forma uno de sus lados, y el puente *Moskava-Reca*, que se halla en el extremo opuesto. El Kremlin y los edificios de la acera contraria, la flanquean longitudinalmente. Es más larga que ancha. Su pavimento es de adoquines y no la surcan rieles de tranvía. Dentro de ella, que es toda una llanura de piedra, se yerguen en un extremo, cerca del puente, la catedral de San Basilio, uno de los monumentos arquitectónicos más característicos y bellos del arte ruso, mandado construir por Iván el Terrible; y en un costado, cerca de una de las puertas del Kremlin, el Panteón de Lenin, con una terraza a la que ascienden los hombres del gobierno para presidir desde allí los desfiles militares o las demostraciones populares en las solemnidades nacionales.

CAPÍTULO XXI

COMO CELEBRO MOSCU LA RENDICION DE ALEMANIA

A la Plaza Roja acuden las muchedumbres ciudadanas en las festividades públicas y en ocasión de los grandes acontecimientos que oficialmente se subrayan con salvas de artillería antiaérea o con difusiones especiales de radio. Es el punto de reunión para las mayores concentraciones del pueblo en sus expansiones colectivas.

Cuando, durante el curso de la guerra, se anunciaba por la radio un triunfo militar de importancia, que sería saludado por una de esas atronadoras y refulgentes salvas, el pueblo comenzaba a acudir al acercarse la hora del crepúsculo; y la feérica iluminación de las luces de bengala proyectadas hacia el firmamento desde cien puntos del horizonte a la vez —en colosales ramilletes de ígneas flores, rojas, anaranjadas, azules, de oro y de plata flúidos que se remontaban hasta las nubes y se curvaban en lo alto para descender lentamente, deshechos en una lluvia fantástica de estrellas fugaces—, aclaraba el apeñuscamiento imponente de una multitud de cientos de miles en todo el perímetro de la plaza y sus adyacencias. Mientras los fuegos de artificio rayaban el cielo, se escuchaba allá abajo, junto al río, el trueno de las baterías que bombardeaban con pólvora y luces de bengala el espacio.

En los más grandes festejos el espectáculo adquiere mayor magnificencia. Entonces se utilizan los reflectores de la defensa contra la aviación, que arrojan desde el suelo grandes chorros de luz hacia el cénit y recorren todo el firmamento con sus ramalazos esclarecedores, y se entremezclaban allá arriba, y sacaban de la sombra banderas soviéticas y retratos de Lenin y de Stalin cerniéndose en las alturas. El secreto de ese "milagro" de ilusionismo feérico es el siguiente: se remontan a mucha altura globos de la defensa aérea, que permanecen sujetos al suelo por un prolongadísimo cable. A éste se ata, muy arriba, una bandera o un paño con el retrato de Lenín o de Stalin. En la oscuridad del cielo parecen estampados sobre el fondo azul del firmamento o en la voluble circulación de las nubes.

El día de la rendición de Alemania, el pueblo se echó a las calles (se había decretado fiesta) desde tempranas horas; y en todas partes se formaban grupos que enarbolaban banderas y se encaminaban hacia la Plaza Roja. Todo el día hubo allí una muchedumbre que se movía en una masa compacta, juntándose y desplazándose al impulso de las columnas de manifestantes que venían de los diversos barrios, recorriendo por lo general la Avenida Gorki, entre vivas al Ejército, a Stalin, a la Unión Soviética, etcétera, y entonando canciones. En los sitios donde se escuchaban los altoparlantes que solían esparcir los acordes de músicas bailables modernas y cosmopolitas, se organizaban dentro de vastas ruedas de espectadores animados bailes en que tomaban parte numerosas parejas.

Acá, una apeñuscada multitud de curiosos contemplaba a un hombre que tocaba el acordeón y a otro que bailaba y se movía como atarantado, intentando formar pareja con algunas chicas de aspecto campesino que se habían acercado probablemente atraídas por un ritmo que les era familiar.

Allá, desfilaba otra multitud de mocetones y muchachas perseguida por una nube de chiquillos y guiada por tres o cuatro aleteantes banderas soviéticas. De pronto se formaba un remolino de gente y el corro de los que rodeaban a los bailarines, casi se deshacía en una marejada de cabezas que se agrupaban en torno de otro centro de interés. Era que en eso pasaba por allí un viejo general, con su uniforme y sus medallas, y todos cuantos le veían comenzaban a rodearle y seguirle, aplaudiendo algunos, y los más limitándose a acompañarle en apretada hueste.

A poco, otro remolino más en diferente sitio, por causa semejante. Se oían voces de "¡Viva el Ejército Rojo!". Cuanto oficial de alta graduación aparecía era aplaudido y rodeado, formándose, a veces, por la simple agregación de curiosos que querían saber de qué se trataba, imponentes aglomeraciones.

EL "MANTEO" DEL DEÁN DE CANTERBURY.

Fué entonces cuando tuve ocasión de presenciar una de las más tradicionales y curiosas costumbres del pueblo ruso. Una de esas columnas, encabezada por dos o tres militares, partió de la plaza en dirección al Hotel Nacional. Iba en busca de uno de los huéspedes más ilustres en ese momento: Mr. Hewlett Johnson, el célebre deán de Canterbury, autor de un famoso libro sobre la U.R.S.S. Es un hombre de más de setenta años, alto, delgado, con inmensa calva y cabellos algo largos muy blancos, de una blancura de algodón. Su tez es rojiza como de hombre curtido por el sol. Vestía una especie de levita o *jacquet* negro, ribeteado de seda, y usaba pantalones cortos sobre unas largas polainas de cuero. El chaleco subía abotonado hasta el cuello, y el blanco de la camisa llevaba la abertura vuelta hacia atrás, como es corriente en los eclesiásticos cristianos cuando usan trajes civiles. Se tocaba con un sombrero negro, partido al medio. Su figura de abate del siglo XVIII era de una severa elegancia. Parecía arrancado de una estampa inglesa de los tiempos de Jorge III.

Vi, desde el balcón del hotel, cómo entraron en éste los dos o tres militares que encabezaban la columna y cómo no tardaron en salir acompañando al Deán, cuya presencia fué saludada con aclamaciones, en tanto que una multitud, compuesta sobre todo de mujeres jóvenes y muchachones, abundando por cierto los chicuelos, se ceñía en torno de él estrujándolo verdaderamente.

Lo vi saludar con el sombrero a la muchedumbre desde la puerta del hotel, hacia donde retrocedió subiendo sus escalones; y luego avanzar nuevamente cruzando la calle para caminar por la explanada en dirección incierta. La aglomeración del público era tan compacta, que el pobre hombre no iba hacia donde quería sino hacia donde lo arrastraban.

Lo apretaban, inevitablemente, porque los de más lejos empujaban a los de más cerca, y éstos se apretujaban de tal suerte unos con otros y todos con el homenajeado, que éste, pese a los esfuerzos de algunos militares y policianos que lo rodeaban y trataban de defenderlo de aquellas apreturas indeliberadamente brutales, se sofocaba al punto de tener que quitarse el sombrero, que luego volvió a ponerse para no andar con la mano en alto sosteniéndolo allá arriba a fin de que no se lo apabullasen.

No menos de tres o cuatro mil personas se apiñaban en ese grupo de admiradores del Deán, cuya popularidad en ese momento era tal vez debida más que a ser el autor del difundido libro "El Poder Soviético" y organizador de colectas por muchos miles de libras para levantar y sostener hospitales en Stalingrado, a ser un sacerdote inglés de tan característica pinta, y que por añadidura, merecía del gobierno los honores reservados a los mejores amigos de la U.R.S.S.

Esto es lo que, fuera de toda duda, esos miles de entusiásticos admiradores sabían.

Las molestias de esas cálidas demostraciones de afecto y entusiasmo fueron tales, que el Deán resolvió sustraerse a ellas a toda costa, y girando con mucho trabajo realizó un movimiento de vuelta al punto de partida, pero en cuanto quiso cruzar otra vez la calzada para dirigirse al hotel, halló una hilera de tres tranvías acoplados interpuesta.

El hombre, entonces, dando pruebas de una agilidad y fortaleza raras para sus años, se trepó a los hierros que separan un vagón de otro, y pasando dos veces las piernas por esa especie de doble baranda movible, a riesgo de matarse si los tranvías hubiesen empezado a andar en ese instante, logró saltar al otro lado.

Pero poco le valió salvar tan arriesgadamente el obstáculo. Porque, cuando se volvió para saludar con el sombrero a sus frenéticos acompañantes, que habían quedado de la otra parte de los tranvías, éstos ya marchaban, y el público volvió a juntarse en un santiamén con el objeto de hacer sus demostraciones al que tenía ya más trazas de fugitivo que de homenajeado. Y se tornaron aún más inquietantes las pruebas de cariño de los admiradores, pues a unos fuertes mocetones, acaso para librarlo mejor de los vaivenes de aquel oleaje indómito, se les ocurrió alzarlo en hombros, y pese a su evidente resistencia, se le vió surgir conducido en andas algunos metros.

Y lo que es peor todavía: se le vió saltar, encogido, sobre los hombros de quienes lo sujetaban y "exaltaban" zarandeándolo hacia arriba, como si lo manteasen.

Tentado estuve de gritarles: "¡No sean bárbaros!", pero no me hubiesen oído, y de oírme, no me hubiesen entendido. Parecióme aquello una peligrosa irreverencia para el Reverendísimo Deán.

No lo era, sin embargo, porque ésa no es más que una manera con que el pueblo ruso aplaude y aclama o expresa su fervorosa adhesión espiritual a sus ídolos de carne y hueso, cuando consigue echarles mano.

Verdad es que en la Plaza Roja vi enormes círculos de espectadores que presenciaban ese juego de manteo a brazo pelado y sin manta, entre robustos y jaranistas mocetones, que incluso, buscaban voluntarios entre la concurrencia, no siendo pocos los que se prestaban a dejarse soliviantar entre risotadas y aplausos.

Pero también, en serio, a no pocos militares soviéticos de mediana

graduación u oficiales y soldados americanos e ingleses, se les sometía a esas manifestaciones de cordialidad popular, llegándose a sacarlos de los autos descubiertos en que algunos de ellos paseaban.

Ese agasajo en forma de manteo es el modo más cariñoso de aclamar que se estila entre los rusos. Nadie puede ofenderse ni alarmarse, porque tan característico homenaje se realiza, sin ningún riesgo para la integridad personal del "paciente" y a pesar de las apariencias, como innegable y hasta delicada prueba de respeto...



CAPÍTULO XXII

LOS GRANDES DESFILES EN LA PLAZA ROJA

Ese mismo día, 8 de mayo de 1945, a la hora veinte y treinta, hubo "un saludo" en honor del Cuerpo de Ejército que tomó la ciudad de Praga, y se anunció para las veintidós un discurso de Stalin por radio para toda la U.R.S.S. Al acercarse la hora, el gentío, que para escuchar los altoparlantes se concentró en la explanada del hotel —en uno de cuyos extremos se había armado un escenario al aire libre, ante el cual se hallaban estacionados no menos de cinco mil espectadores—, asumió proporciones de inundación.

Por la avenida Gorki se veía afluir un río humano que abarcaba todo el ancho de la avenida, de pared a pared, el cual no cesaba de volcarse en ese vasto espacio, donde llegó un momento en que podía calcularse se aglomeraban más de trescientas mil personas. La Plaza Roja allá, en el fondo, percibiéndose en parte por sus calles de acceso, estaba ocupada por una multitud todavía mayor. A las diez en punto Stalin pronunció una breve alocución, escuchada con el más profundo silencio por aquel inmenso auditorio. Se detuvo por un instante la circulación de vehículos; y eran millones de cabezas las que aguardaban inmóviles y atentas en toda la extensión que podían abarcar nuestros ojos a la luz de los elevados faroles.

Una aclamación saludó al final del discurso, en el cual se tributaba un homenaje al Ejército Rojo por sus brillantes hazañas y al pueblo todo por su contribución abnegada al esfuerzo inenarrable de la guerra. Al silencio con que fué escuchada la alocución, siguió el rumor de aquel mar contenido que volvió a ponerse en movimiento, a dar voces, a cantar e improvisar, dominado por un júbilo desbordante, bailes con música o sin ella, en medio de grandes corros, hasta que se anunció la salva de mil cañones para saludar la victoria definitiva y total.

Una exclamación de admirativo estupor brotó de todos aquellos pechos ante el cuadro ofrecido por reflectores que de mil puntos distintos arrojaban a un tiempo al cielo sus chorros de luz. Estos, semejando anchas cintas, formaban como una tienda colosal sostenida en su centro por una columna cónica, que no era sino la proyección anaranjada, más gruesa que las otras, de un reflector colocado debajo mismo de nuestro balcón, en la calle.

Eran los mismos reflectores, que trazando con sus errantes pinceladas ese bellísimo cuadro, habían defendido a la ciudad contra los aviones alemanes imposibilitando sus ataques nocturnos o condenándolos al fracaso.

Con ese espectáculo de prodigiosa escenografía, que así deleitaba al pueblo en el minuto más memorable de sus mayores expansiones de alegría, por la paz y el triunfo, se había salvado Moscú.

En las exclamaciones populares, al admirarlo, se mezclaba un sentimiento de gratitud con el asombro embelesado.

Y luego, bajo esa carpa fantástica construída en el aire con soportes de luz y de tela de firmamento, se vió de pronto brotar la fantasmagoría de todo aquel jardín de encanto desparramado en flores ardientes, de diversos colores, que flotaban en lo azul y trenzaban una deslumbradora y efímera corona de estrellas a la ciudad, mientras se escuchaba el retumbar de los mil cañones antiaéreos enfilados junto al río.

Era sin duda un hábil escenógrafo el que había organizado esa escena de ensueño para rodear de tan estupendo marco la acción y la emoción de aquella innumerable multitud clamorosa.

Luego cruzaron el cielo decenas de aviones que en un simulacro de combate fingían foguearse, bañados y envueltos por el resplandor plateado de los rectos caminos luminosos trazados en el espacio nocturno por el pantallazo de los reflectores.

En tanto, en las calles y plazas, millones de corazones, muchos de ellos sangrantes y acongojados, palpitaban en una actitud que parecía tener, por momentos, algo de recogimiento religioso en un colosal templo cristiano, y por momentos, algo de férvida expansión dionisíaca.

Así terminó esa celebración del magno acontecimiento histórico. Cuantos presenciamos ese espectáculo tuvimos la conciencia de haber vivido uno de esos minutos que pasan en el tiempo, pero quedan prendidos como clavos o como estrellas en nuestra frente.

LOS DESFILES MILITARES.

Es también la Plaza Roja el campo donde se efectúan las paradas militares en ocasión de las grandes fechas nacionales o de algún acontecimiento histórico que se juzgue indicado para celebrarlo con una aparatosa demostración de fuerza.

Yo presencié varios de esos desfiles. Su preparación era cosa que demandaba largo tiempo. Desde muchas semanas antes comenzaban las unidades que tomarían parte, a ejercitarse en las evoluciones para realizarlas a la perfección. Miles de hombres, de las diversas armas, llenaban a media noche los espacios contiguos a la plaza, evolucionando en ellos para entrar y salir de la misma con perfecta regularidad matemática y sin el más mínimo contratiempo.

Los tanques de todo tamaño se aglomeraban en la explanada del Hotel Nacional, y sus movimientos, al llegar, al estacionarse, al evolucionar hacia la plaza, al retornar, producían un ruido sordo y continuo, que se prolongaba un par de horas, impidiéndome alguna vez conciliar el sueño en mi *Kómnata* del segundo piso.

El día del desfile, que comenzaba a la hora once, las unidades militares llegaban a las siete a ocupar su sitio, unas, las de infantería, en el interior de la Plaza Roja, y otras —las de artillería, tanques, caballería—, en las calles adyacentes.

Numerosas fuerzas policiales tendían ya sus cordones para evitar el acceso del público a los sitios reservados y ordenar el tránsito de acuerdo con las disposiciones del Estado Mayor del Ejército.

El Metro no funcionaba y sus estaciones permanecían cerradas. Los ómnibus no se acercaban al centro. Los autos no podían circular sino con una autorización especial y sólo por ciertas calles. Se adoptaban precauciones que nos parecieron excesivas. No se dejaba llegar al Hotel Nacional a nadie que no viviese en él. Y se debían mantener cerrados los balcones para que nadie pudiese asomarse a ellos durante el pasaje de las tropas o la realización de las evoluciones militares.

Hasta para el desfile de la Victoria rigieron esas medidas antipáticas. La verdad es que grandes masas del pueblo quedan alejadas del espectáculo para que no impidan su cómodo desarrollo en el espacio dentro del cual se efectúan las más brillantes evoluciones. Los gruesos y rígidos cordones policiales formaban murallas inflexibles tras las cuales se mantenían las aglomeraciones del gran público deseoso de ver algo, y al cual se apartaba con pocos miramientos si hacía falta dejar libre mayor espacio, o si rebasaba el límite fijado para su permanencia.

A la Plaza Roja sólo podía penetrarse con la tarjeta correspondiente. Y no sin antes cruzar cordones de guardias, que sólo se abrían para dar paso después de observar el pasaporte y la invitación de cada uno.

Ni los mismos embajadores extranjeros inconfundiblemente uniformados con elásticos de plumas, se libraron de esa inspección de los papeles, si bien —justo es consignarlo—, se abreviaba para ellos y para todos los diplomáticos en general, la operación tres o cuatro veces repetida.

A algún ministro vistosamente ataviado, con sombrero de plumas y todo, le tocó volverse sin poder entrar por haberse olvidado esos documentos. Con ellos, pasaban a ocupar las gradas de cemento tendidas a los costados del Mausoleo de Lenin y las aceras de ambos costados de la plaza, varios miles de espectadores seleccionados: diplomáticos, funcionarios, periodistas, militares extranjeros y soviéticos, miembros destacados del Partido Comunista, etcétera. Pero las grandes masas populares aguardaban allá lejos, en la avenida Gorki, o más cerca en la Plaza de la Revolución, el retorno de los regimientos y el instante de poder, a su vez, volcarse en avalancha sobre la Plaza Roja para no ver ya sino la escena sin los actores.

Los desfiles son de una magnífica espectacularidad.

Las unidades de infantería, como he dicho, formadas en numerosas filas "en posición de firmes", ocupan toda la plaza, salvo una franja libre por donde han de desfilar las tropas, y las aceras y la extensión de césped donde se alzan las gradas que flanquean el Mausoleo.

Poco antes de comenzar el desfile suben a instalarse en la terraza del Mausoleo los principales hombres de gobierno y algunos mariscales. Stalin, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y Presidente del Consejo de Comisarios (hoy Consejo de Ministros), preside por lo general el acto, desde aquella elevada tribuna.

DESFILA EL EJÉRCITO RUSO CELEBRANDO LA VICTORIA.

Una alocución con saludos al ejército y a los diversos sectores de la población soviética se lee y se perifonea previamente al comienzo del acto. Luego asume sus funciones el General en Jefe de las fuerzas de la parada, montando en un caballo que le traen sus ayudantes. Y partiendo con éstos a galope se dirige hacia la unidad colocada en primer punto de la línea,

ante la cual se detiene y pronuncia los "¡vivas!" de práctica. Soldados y oficiales responden con "¡hurras!" que suenan como cerradas descargas de artillería.

Recorre toda la línea, deteniéndose ante cada batallón para repetir esa ceremonia. Cuando ésta concluye, se lleva a cabo la concentración de las bandas de música de todos los regimientos, que se juntan en el centro de la plaza formando una sola banda de mil doscientos o más músicos. Delante de esa banda monstruo, de pie sobre un soporte instalado al efecto, se destaca un viejo general, el Director General de música castrense.

Aparece en seguida una brigada de largos clarines, adornados a la manera medieval, que hacen oír un toque de ordenanza. Y a continuación, la banda rompe a difundir los acordes de una marcha militar de Tchaicowsky, que acompañan infinitamente reiterados, el desfile de toda la infantería.

Abren la marcha unas cuantas filas de niños de las escuelas militares infantiles. Se recibe una impresión triste y desagradable. Pequeños soldados de doce a catorce años van allí con tiesura de veteranos, marcando rígidamente el paso de parada, que es una simple atenuación del famoso paso de ganso de los ejércitos prusianos. Suelen no faltar los adolescentes alumnos de la Academia Suvorov, con sus levitones azules y sus gorras de *karakul* negro, en formación impecable. Siguen batallones de oficiales, con las espadas al hombro. La simultaneidad perfecta de los movimientos, la rigidez de los cuerpos, la agilidad de la marcha, la inverosímil rectitud de las líneas de formación, dejan al observador estupefacto.

Luego pasa una compañía de mujeres de la defensa antiaérea, todas jóvenes, naturalmente, graciosamente ataviadas con sus *polies*, sus chaquetas claras, sus pollerines obscuros y sus botas de cuero.

Sigue un regimiento de guardias de frontera, acompañados por perros de larga piel. En seguida tropas policiales de I.N.K.V.D. (Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores), con los fusiles tendidos en forma de carga a la bayoneta, que produce un avasallador efecto de enérgica marcialidad.

Todos cuantos desfilan, al acercarse al Mausoleo ponen en tensión todos los músculos del cuerpo, doblan el rostro hacia la derecha y estiran las piernas con rigidez de autómatas, marcando reciamente el paso de parada. Las botas golpean el suelo como pesados martillos y producen un ruido seco de pertinaz isocronía.

Después, columnas de ciclistas, de motociclistas, de infantería de marina, y finalmente la enorme Banda unificada, que se tiende en hileras y cubre casi todo el ancho de la calzada.

Las tropas van saliendo por el extremo de la plaza donde se alza la iglesia de San Basilio.

Toca el turno a la caballería. Suelen pasar dos o tres regimientos espléndidamente montados en caballos zainos, alazanes y oscuros, salvo algún destacamento de resplandecientes caballos blancos.

Después aparecen los tanques, empezando por los más pequeños y concluyendo con las colosales fortalezas rodantes que se desplazan amenazadoras sobre sus rodajes y cadenas de oruga.

Tras ellos, la artillería ligera, en la que se destacan como nota bellamente decorativa unos largos y elegantes cañones de acero bruñido arrastrado por cuádrigas de robustos caballos blancos, que semejan esculturas de mármol, y que sacudiendo sus espléndidas crines albas trotan gallardamente, aportando al cuadro marcial una evocación imprevista de espectáculo de circo romano.

Parecen carros del Coliseo esos cañones, sobre cuyas cureñas van, guiando los esculturales trotones, unos soldados que, al empuñar las largas bridas blancas del vistoso atalaje, se dirían aurigas de carrera hípica en una fiesta de los tiempos de Augusto.

Tras los cañones antitanques y los de montaña pasan los de sitio, mastodónticos; los interminables cañones de largo alcance sobre inmensas plataformas con rodajes de oruga.

Tras ellos, los paracaidistas, con sus paracaídas a la espalda y sus pistolas automáticas; los cañones antiaéreos; los grandes reflectores para alumbrar el espacio en busca y localización de aviones enemigos y los aparatos detectores, cazadores de sonidos para rastrear los aeroplanos piratas en el aire.

En la parada del 1º de Mayo de 1945 hubo una memorable sorpresa: el *arma secreta* soviética de la última guerra, la *Katiushka*, que nunca se había mostrado en público. Cuando alguna vez cruzaba por las calles de la ciudad, iba completamente oculta bajo una cubierta. Había en el desfile *Katiushkas* de muchos tamaños. Son como rejas formadas por ocho rieles, que van inclinados sobre camiones especiales y que disparan por el extremo superior de cada riel una infinita sucesión de bombas por minuto, las cuales estallan hasta por tres veces, saltando hacia adelante, destruyendo, arrasando y calcinando todo cuanto encuentran a su alcance.

Descargan desde sus mismos camiones, que se hacían arribar en los momentos precisos a los lugares indicados, y que una vez cumplida su misión se alejaban a toda prisa del combate, pues tenían sus hombres orden de hacerlos explotar y saltar por los aires en añicos con la *Katiushka*, si había algún riesgo de ser atrapados por el enemigo. La *Katiushka* era el esperado huésped de las batallas. Llegaba en el instante necesario, y apenas llenada su función, casi siempre decisiva, se retiraba como un duende.

El enemigo no la pudo tener nunca en sus manos; pero ya no existía razón para continuar rodeándola de tanto secreto. Para la próxima guerra se habrán inventado elementos mortíferos que relegarán esta arma a los museos de antigüedades... Ya está relegada, en realidad, por la bomba atómica y otros hallazgos no menos aterradores.

La humanidad, que no acierta a salir de los trágicos dominios de la fuerza armada, no puede apartarse del camino de los progresos bélicos, y éstos marchan aún más rápidamente que los otros progresos.

Así terminaba, el 1º de Mayo de 1945, la exhibición de fuerzas bélicas. Fué realizada con un marcado sentido espectacular, con verdadera teatralidad, hasta el punto de haberse transformado la Plaza Roja en un vastísimo escenario donde evolucionaban magistralmente miles de hombres, de caballos y máquinas de guerra, como si se desarrollase allí la más sorprendente función coreográfica que sea dado admirar en ese país, donde se presencian los ballets más deslumbrantes del mundo.

Lo que ponía en toda esa teatralidad de hierro y músculo, impecablemente organizada, un acento solemne, era el pensamiento de que no se trataba de un ejército de parada brillantemente presentado para impresionar al espectador extranjero, sino de un ejército heroicamente aguerrido que había soportado las más terribles pruebas de fuego. Y que si había podido presentarse ante nuestros ojos con sus uniformes flamantes y resplandecientes, era porque antes se había despojado de las ropas empapadas, sin metáfora, en la sangre y el lodo de cien combates.

Era un ejército victorioso, que en ese mismo momento asestaba los golpes finales a la acorralada fiera del nazismo y abatía sus últimas resistencias, en las calles de Berlín, donde se estaban librando los postreros encuentros de la guerra europea.

Fué también imponente la parada militar del día de la victoria. Se llamó el desfile "de las banderas", porque pasaron, a veces custodiadas tan sólo por un piquete, las de numerosos cuerpos y regimientos de todas las armas; enormes banderas rojas, por cierto, pues eran las nacionales de la hoz y el martillo, sin más excepción que la bandera de la marina, que es azul y blanca.

Pero más que ellas atrajeron la atención del público las incontables enseñas nazis, los pendones con la cruz gamada, arrancados como trofeos al ejército alemán.

Soldados de infantería sostenían esas banderas abatidas, barriendo el suelo con sus flecos dorados, en largas filas, mientras pasaban las otras, las victoriosas.

Al terminar el desfile de éstas, aquellos soldados se movieron hacia el Mausoleo, y frente a él arrojaron al pavimento esos trofeos, partiendo las astas coronadas por águilas de oro, y luego pisotearon rudamente, con sus fuertes botas, la tela oscura y amarilla de las siniestras enseñas.

LOS DESFILES ATLÉTICOS.

Otro *ballet*, el más hermoso de los que tienen por escenario la preeminente Plaza Roja, es el de la Fiesta de la Cultura Física.

Suele efectuarse en el mes de agosto. La belleza plástica de esos certámenes gimnásticos impresiona como el más portentoso alarde colectivo de dinamismo armónico, de fuerza adiestrada y gusto artístico, en la disciplina perfecta de los movimientos y actitudes, de rítmicos desplazamientos de masa de todo el conjunto y en la gloriosa combinación del color y la línea adaptados vivamente a un efecto unánime de gracia, de esplendor y de arte.

Los participantes en estas *paradas* atléticas —que son los gimnastas de cada región de toda la Unión Soviética— comienzan a prepararse con tres o cuatro meses de anticipación. Se les selecciona en los institutos, talleres, oficinas, y se les somete a un entrenamiento adecuado, y hasta se les mantiene concentrados en ciertos establecimientos, bajo una disciplina y un régimen de vida especiales, por lo menos durante el último mes. También se utilizan los navíos de guerra para dar alojamiento en ellos a algunos equipos llegados a Moscú de diversas regiones.

En los grandes parques suelen verse, por ese tiempo, los pelotones de

jóvenes de ambos sexos, realizando ejercicios colectivos al aire libre bajo la dirección de maestros entrenadores. Recuerdo, sobre todo, una escuadra de muchachas vestidas a la oriental con pantalones de delgada tela, tocadas con los característicos gorros de Uzbekistan, que pasaban en formación cantando por la calle Sadowa, estupendamente garridas.

Sólo en Moscú se seleccionan diez o doce mil.

El día del desfile general de la representación soviética de toda la U. R. S. S., de cada república y de cada ciudad importante pasan por la Plaza Roja varios cientos y a veces miles de atletas por cada una de ellas, sumando alrededor de veinte o veinticinco mil.

El cine ha divulgado por todo el mundo, en films magistralmente realizados, esas exhibiciones compuestas con un admirable sentido coreográfico y decorativo. Para gozar de toda la múltiple y original belleza de ese espectáculo hay que verlo desde arriba, desde lo alto de las tribunas reservadas o desde la terraza del Mausoleo.

La entrada de cada sección en la plaza y su airoso avance al compás de las músicas correspondientes, trae una nota propia a ese magno concierto de todas las artes en acción, y su sola aparición en el vasto perímetro, dentro de aquel estupendo margen que le forman el Kremlin, la catedral de San Basilio y los demás edificios tendidos en los otros costados de la plaza, desata la onda rumorosa de una nueva expectativa en el ánimo de la multitud. Y cuando cada una de esas secciones empieza a desplegarse en el rítmico cumplimiento de su repertorio de sorprendente destreza, el ambiente mismo parece sentirse asociado a las proezas del músculo y a la levedad de los cuerpos, pues se ve colaborar al aire fino de la tarde, con su diafanidad vibrátil, en todas las prodigalidades del esfuerzo y de la agilidad.

Algunos de esos brillantes equipos llevan consigo dilatados tapices de vivos colores que tienden sobre el pavimento, y sobre ellos realizan ejercicios acrobáticos y bailes regionales, deteniendo por algunos instantes el curso del desfile. Y entonces la plaza se torna un desmesurado salón de fiestas, todo él animado por el brioso prestigio de las danzas populares y de las evoluciones gimnásticas.

Enormes ruedas de gimnastas forman gigantescas coronas de flores que se abren y se cierran sobre sí mismas, cambiando de color cada vez que los pétalos se agitan unánimemente en un sentido o en otro, como si el viento soplase sobre ellos y los apartara o los juntara.

Otras veces los brazos de cientos de mujeres se entrelazan y mueven de tal modo, que se presencia el oleaje de un mar agitado en torno de un bajel inquieto; y luego aparecen legiones arrojando grandes globos de goma al aire, que recogen antes de llegar al suelo, o que blanden lanzas y espadas, o conducen arcos de flores, meciéndolos sobre sus cabezas al ritmo de la marcha.

Bacanales, batallas, incendios se simulan con la magia de un arte maravilloso; y el paso de los acorazados con tripulaciones en la cubierta y en las jarcias, o de las inconmensurables ruedas giratorias y de las torres ambulantes, invita a levantar los ojos al cielo, mientras una caligrafía de letras humanas que escribe frases y el nombre de Stalin sobre el pavimento de la plaza, obliga a bajarlos a la tierra para asombrarse de la disciplina dinámica con que evolucionan y accionan esas multitudes de

hombres y de mujeres. No basta, sin embargo, presenciar esa fiesta atlética de Moscú para darse cabal idea del grado de difusión alcanzado por la cultura física en toda la Unión Soviética. Debe tenerse en cuenta que ese mismo día, si es posible, se celebra esta fiesta, también con vistosos certámenes, en las ciudades más importantes de la U. R. S. S. Así, por ejemplo, en Leningrado hubo un espectáculo semejante al de Moscú en celebración de la Victoria, que tuvo por teatro la plaza Ouritski, frente al Palacio de Invierno.

Yo tuve oportunidad de ver en esa ciudad una reproducción de ese concurso en el estadio Dinamo de Leningrado, con capacidad para muchos miles de espectadores, aunque no tantos como los que caben en el de Moscú ni en el de Montevideo. Tomaron parte en los ejercicios nada menos que dieciocho mil personas.

El acto comenzó con una alegoría de carácter coreográfico a cargo de niños. Figuraba el despertar de la naturaleza al amanecer el día.

Un gran sol de cartón pintado se alzaba por el extremo del campo, con una escenografía un tanto ingenua, mientras un bosque andante formaba marco a la escena y verdes sapos saltaban sobre el césped y una miríada de insectos de variados colores hacía irrupción.

Las evoluciones de las pintadas mariposas se acordaban con los sones de la música de conocidos ballets, y todo el cuadro resultaba una bellísima estampa coreográfica en la que cientos de criaturas danzaban con perfecta precisión sobre aquel vasto escenario rústico, a cielo abierto.

La combinación de los colores, la gracia de las figuras, la encantadora novedad de aquella vibración rítmica de una adiestrada multitud infantil, constituían un verdadero regalo para los sentidos.

Siguieron no pocos números de atletismo, acrobatismo y gimnasia, todos con un pronunciado carácter coreográfico, actuando en equipos de tres, cuatro y hasta cinco mil personas.

Casi todos esos equipos estaban compuestos de hombres y mujeres. Uno de esos cuadros, en que las mujeres evolucionaban con aros de metal de varios metros de diámetro, formando en torno de ellos graciosas figuras, mientras los hombres realizaban ejercicios gimnásticos combinados con esas evoluciones, se desarrollaba ante un fondo musical de composiciones escritas ex profeso, entre ellas una de Shostakovich, el famoso compositor soviético, que es oriundo de Leningrado.

Llamó mucho la atención, asimismo, un cuadro militar de soldados armados de fusiles que realizaban con el arma movimientos rítmicos difíciles, en un verdadero alarde de precisión, destreza, agilidad y energía física.

Todo el espectáculo se desarrollaba a base de grandes masas, lo que multiplicaba el efecto de las evoluciones y combinaciones atléticas y coreográficas, siendo desde ese punto de vista un exponente impresionante el desfile final de todo ese mundo gimnasta ante las tribunas, tras las enormes banderas de cada sección.

Era particularmente bello y sugestivo el pasaje de jóvenes mujeres marcando el paso gimnástico de parada, con una tensa actitud de todo el cuerpo para realce de su soberbia anatomía. Lo era también el avance de aquellos soldados que marchaban con los fusiles de bayoneta calada echados hacia adelante, aparentemente sobre el hombro del soldado que los

precedía, haciendo temer que el simple descuido de un compañero, o una ligera perturbación del ritmo de la marcha, les ocasionase una herida en el rostro.

Poco antes de salir de Moscú para no volver, tuve también la inolvidable oportunidad de presenciar la parada atlética del año 1945, que no se efectuó como otros años en la Plaza Roja, sino exclusivamente en el Dinamo.

Tomaron parte en ella quince mil quinientos atletas. Se cubrió toda la inmensa cancha con una alfombra rosada, que se tendió sobre el verde césped. Eran muchos miles de metros de tapiz, cuyo costo debió ser considerable.

Fué particularmente encantador el número a cargo de niños de corta edad, y pudieron apreciarse allí mejor que en parte alguna las sorprendentes combinaciones de colores obtenidas con los trajes de los gimnastas, que solían ser de un tono en el pecho y de otro en la espalda, y de otro más de la cintura para abajo, especialmente en las muchachas, que en determinado instante soltaban un pollerín de tinte imprevisto sobre el color de carne de los muslos tostados por el sol. Cientos, miles de cuerpos humanos —había grupos de dos y tres mil componentes—, dando el frente a las tribunas oficiales en una perfecta uniformidad de actitudes, ofrecían un aspecto y una coloración que se tornaban rápidamente en otros distintos, con sólo volverse de espaldas. Y cuando quedaban erguidos unos, mientras otros se curvaban o se arrodillaban, era como si un enorme pincel de luz pasase por encima de aquella muchedumbre simétrica, pintándola, a trechos, de rojo y, a trechos, de azul o de gualda o de verde, en franjas o listones de diversos matices.

En esa jubilosa fiesta del color correspondía excelente papel a la abundante contribución de las banderas, de amplios y elegantes formatos, que con los más variados tonos aparecían encabezando numerosas y gallardas los equipos, desplegándose con extraño prestigio en torrentes de tela al ser paseadas por forzudos atletas que hacían gala de mantener denodadamente verticales, a veces con una sola mano, los altos mástiles.

Es indudable que existe allí un sentido especial del embanderamiento y del empleo de los estandartes, de cuyo valor decorativo se saca en estos espectáculos un partido insospechado.

Al final, se enrolló la inconmensurable alfombra rosa y apareció en toda su verde frescura el césped de la cancha de fútbol, en que se llevó a efecto un encuentro entre el team del Dinamo y el del Ejército Rojo.

Esos certámenes, que suelen exhibirse varias veces en el estadio, desde luego, con extraordinario éxito de boletería, cuestan sumas fantásticas. Se dijo que el de 1945 costó cincuenta millones de rublos.

Numerosos clubes atléticos contribuyen a su esplendor. La difusión de la cultura física se realiza en gran parte por medio de tales clubes, que congregan, como el Dinamo, Espartaco, etcétera, muchos miles de jóvenes. Los chicos de catorce y quince años figuran por millares en los clubes de Komsomols, donde el ejercicio gimnástico es siempre capítulo importante de sus actividades.

Todo ello para la mejor salud del cuerpo y la mayor capacidad de acción y disciplina militar de las nuevas generaciones.

Entretanto, esas fiestas abren al sol su vibrante sentido pagano, y parece revivir en ellas la Hélade gloriosa con su culto de la destreza física y la agilidad corporal.

Pero cuando se advierte que toda esa disciplina del cuerpo, a la que no falta un tono, a veces demasiado marcado, de militarización, tiende a satisfacer una preocupación constante de capacitación para el empleo de la fuerza más que para la exaltación y el florecimiento de la belleza, se piensa más en Esparta que en Atenas.

Un recuerdo de Esparta, en efecto, con sus certámenes atléticos de efebos desnudos, aletea en el cuadro grandioso de esas exhibiciones de la fuerza y la gracia, de esa esforzada sinfonía del músculo, dentro de un marco armoniosamente labrado por todas las artes.

TRAS EL DESFILE MILITAR, UN GRAN MITIN EN MOSCÚ.

Una concentración de otro género, que es también un inolvidable espectáculo de masas en su carácter de formidable manifestación de vida ciudadana, tiene igualmente por escenario y eje a la Plaza Roja: el mitin o desfile popular.

Los mitines callejeros no son frecuentes en la U. R. S. S. En tiempos normales, sólo uno o dos grandes despliegues de fuerzas ciudadanas por año, en celebración del 1º de Mayo o en el aniversario de la Revolución, recorren las calles en tren de afirmación política.

Durante la guerra, los primeros de mayo y los aniversarios de la Revolución se celebraron sin desfiles, ni militares ni cívicos.

Terminada la guerra, hubo a continuación de la parada militar, una de esas demostraciones cívicas, el 7 de noviembre de 1945.

Debió haberse efectuado el 1º de Mayo de dicho año, pero el tiempo impidió su realización y quedó aplazado para otra gran fiesta nacional.

Concluída la parada militar, a las doce y media, aparecieron por las entradas de la Plaza Roja, a los costados del Museo Histórico, las columnas populares, que venían agitando un bosque de banderas encarnadas y haciendo avanzar todo un oleaje de carteles con expresivas leyendas, estandartes, guirnaldas de flores, retratos monumentales de Lenin y Stalin.

A poco de iniciada la irrupción de las columnas civiles en la plaza, ésta quedó colmada, pese a su inmensa extensión, de una multitud constituída por varias columnas que marchaban paralelamente y que habían desembocado por cuatro o cinco bocacalles a la vez.

Porque estos mitines de Moscú son muchos mitines en uno.

Son infinidad de columnas, organizadas en los diversos barrios, que surgen de numerosas zonas, constituídas con el personal de cada fábrica, de cada empresa u organización, de cada establecimiento grande o pequeño, de cada sector del trabajo manual, del estudio, de la cultura. Y vienen andando kilómetros y más kilómetros desde los cuatro puntos cardinales de la periferia urbana y de los alrededores, a lo largo de calles y avenidas, para enhebrarse en el amplio polígono de la Plaza Roja y salir luego de él, habiendo cumplido con ese rito laico de pasar ante la tumba de Lenin y aclamar a Stalin.

Por el trayecto se les oye entonar cantos populares. Grandes grupos de mujeres pasan luciendo —lucen en realidad con el brillo de sus vivos y variados colores— trajes regionales de Ucrania y de las aldeas rusas.

Cuando las columnas que se adelantan simultáneamente por diversas calles, y a veces paralelamente, como en las plazas y explanadas cercanas, se detienen para ceder el paso a otras o para aguardar el turno de penetrar en el histórico recinto descubierto, se forman parejas de bailarines que danzan al compás de algún acordeón, traído al efecto, o de alguna banda de música, o de los aires difundidos por los altoparlantes.

Reina la animación en esa multitud a quien no rinde el cansancio, pese a la larga caminata. Diríase una romería, con cantos y bailes, más que una procesión política y patriótica.

Desde muy temprano están en pie esos romeros. Todos se han munido de gruesos emparedados que les han suministrado por algunos kopecs en los puntos de reunión, y que comen durante las detenciones de su columna, dejando el pavimento de la vía pública alfombrado del papel de las envolturas.

Millones de emparedados deben prepararse para cada desfile de esos. A pie han ido esos manifestantes, de sus casas al lugar de la concentración, a veces nada cercano, porque no hay medios de locomoción a esas horas, y desde ese punto han debido atravesar las inconmensurables distancias de Moscú para llegar hasta el centro. ¡Y menos mal si al disolverse la formación pueden retornar en el Metro, el tranvía o el autobús, aunque sea a costa de apreturas indescriptibles!

No por eso pierden el buen humor, los jóvenes al menos. Yo los he visto desolados el día de la Victoria cuando, formados ya en columnas, se resolvió dejar sin efecto la *parada* popular, a causa de la lluvia copiosa. ¿Qué les importaba la lluvia? Al fin y al cabo, el sacrificio de levantarse todavía de noche y de recorrer leguas a pie y de mojarse asimismo, ya lo habían hecho. Y su alegría, que el agua no apagaba mientras creían poder realizar el programa del cortejo, se apagó, en cambio, de golpe, cuando oyeron a los altavoces anunciar la suspensión del espectáculo.

¿Cuántas personas, hombres, mujeres y niños, se alineaban en aquellas largas formaciones de cuatro o cinco en fondo, que iban desembocando como ríos afluentes, desde las más diversas procedencias, en el vasto lago de la Plaza Roja, donde se transformaban, juntándose, en un imponente mar humano?

Pude ver desde una altura al costado del Kremlin el aspecto que ofrecía la ancha avenida Gorki y la explanada del Hotel Nacional, en el espacio tendido entre la Plaza Roja —por donde ya habían pasado muchos miles de manifestantes, y que a mis espaldas se mantenía abarrotada de público— y la plaza Pushkin (más de quince cuadras de las nuestras), cubiertas por esa corriente incesante sobre la cual el rojo de las banderas y de los carteles encendía como la claridad de una difusa aureola.

Yo no había visto nunca tanta gente reunida. Y esto no era sino uno de los canales que desembocaban en la Meca de esa peregrinación civil.

Después se dió la cifra de un millón de manifestantes. No fué exagerada. El desfile duró desde las doce y media hasta las cuatro.

Capítulo XXIII

EL 1º DE MAYO DE 1946 EN LAS CALLES DE MOSCU

Pero había de caerme en suerte presenciar otro mitin del mismo carácter, todavía más numeroso. Fué el del 1º de Mayo de 1946. Su irrupción en la Plaza Roja reprodujo aquel efecto de lenta avalancha líquida que venía hacia nosotros en una especie de incontenido desborde, como si el ímpetu de sus aguas y su poderoso avance fuese regido por una voluntad cósmica. Ya de entrada, era más imponente que el otro. Había también más fervor. Los "vivas" con profusas dedicatorias, que un incansable animador de garganta de hierro lanzaba desde un micrófono, eran contestados con más energías y entusiasmo.

Había mayor animación de brazos y manos agitándose durante el pasaje ante los hombres del gobierno que presenciaban el desfile desde la terraza del Mausoleo.

Sin duda la presencia de Stalin —que la otra vez se hallaba ausente— encendía más los ánimos en ese instante. Era por él que muchos hombres y mujeres, al pasar por allí, levantaban niños en sus brazos para que le viesen y le aclamaran con sus vocecitas.

Cuando dejé la Plaza Roja, después de una hora de haber llegado a ella la cabeza del mitin, volví a contemplar el espectáculo de las múltiples columnas que simultáneamente venían desplazándose hacia allí. La multitud cubría todas las calles visibles en toda la extensión que abarcaban nuestros ojos. Luego, desde los balcones del hotel pude ver bien que no sólo eran más las procesiones y más nutridas sus filas, sino que había muchísima más profusión de estandartes, flámulas, alegorías, retratos. De éstos, los había de Marx, de Engels, de Lenin, de Stalin y todos los personajes del gobierno, de todos los mariscales, de algunos sabios, de algunos stajanovistas, siendo de los más diversos tamaños, pero sobresaliendo siempre, por sus proporciones, los de Stalin.

Entretanto, la Plaza Roja quedaba enteramente ocupada por una multitud circulante, constituída por el concurso de ocho o diez columnas que entraban al mismo tiempo por las diversas vías de acceso y salían por el puente.

Cuando desfilaron ante el Mausoleo de Lenin los últimos manifestantes, eran las seis de la tarde. El desfile había durado seis horas. Se dijo que no menos de un millón y medio de personas tomaron parte en esa demostración.

¡Qué vigor físico y qué empeño esforzado en el cumplimiento del deber (para unos devoción y para otros obligación) revelaba en tan disciplinada multitud la celebración de esa agotadora jornada pública!

Yo pensaba que en nuestro país no se encontraría ni siquiera una docena de ciudadanos dispuestos a realizar semejantes sacrificios para manifestar, con una demostración de esa índole, un sentimiento civil. Ni aun a la fuerza...

Predominaba allí una animación de holgorio, en los momentos y en los trechos en que la pesadumbre de la marcha, después de todo abrumadora, no se dejaba sentir demasiado sobre el ánimo de las columnas detenidas en las inevitables esperas provocadas por las dificultades del lento desenvolvimiento de la procesión desmesurada. Y faltaba, sin duda, el fervor político, como me pareció, asimismo, que en los momentos de mayor exaltación demostrativa, cuando la multitud pasaba bajo las tribunas de la Plaza Roja, se notaba cierta carencia de espontaneidad en los vítores, pues la muchedumbre aguardaba que les fuesen dictados desde los altoparlantes para prorrumpir en el *hurrá* correspondiente.

Ese 1º de Mayo fueron también más vistosos los adornos y la iluminación de la ciudad, que en ninguna de las fiestas anteriores desde el comienzo de la guerra.

Son siempre de muy buen gusto los adornos de las fachadas de los más importantes edificios, a base de guirnaldas de luces eléctricas y telas rojas, sin que falten nunca los retratos, de los cuales se hace uso y abuso en la escenografía edilicia de toda fiesta callejera.

El Gran Teatro se engalana con unos enormes retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin, que cubren las columnas del peristilo, y unas banderas rojas artísticamente dispuestas en el frontón.

En los muros brotan ramilletes de rojos pendones. En las cornisas y pretiles de las azoteas suelen enfilarse unas banderas angostas, cuya fina tela acompaña todo el largo del asta, y gracias a lo cual flamea realmente, pues al agitarlas el viento adquieren un cabal aspecto de flámulas ondulantes y vibradoras.

Son el oriflama auténtico. Vista a cierta distancia, una hilera de estos banderines da la perfecta impresión de una hoguera roja, de una cabellera de llamas despeinada allá arriba por las ráfagas incesantes.

En el desfile también se conducen muchos de esos banderines, que alegran la marcha.

Algunos edificios se iluminan de tal modo, con blancas lamparillas, que se transforman en palacios encantados de mármol luminoso.

La fiesta se prolonga durante dos días; pero se construyen en las plazas tablados para las representaciones al aire libre, y se organizan ferias con bellísimos kioskos, que sirven para muchos días más. En la plaza Pushkin se construyó toda una pequeña aldea de graciosas construcciones de madera, que eran como otras tantas casitas de muñecas, sumamente pintorescas y primorosas, en las que se explayaba la imaginación de los ilustradores rusos de cuentos infantiles.

Una enorme multitud concurría, sobre todo de noche, en que aparecía feéricamente iluminada, a esa aldea de casas liliputienses, todas distintas, que ostentaban en sus decoraciones y adornos la índole de sus mercaderías.

Más grande y más hermosa aún, con mayor fascinación en las torres de las entradas y en las figuras de guerreros antiguos a caballo, que con sus lanzas guardaban la puerta principal, era la feria construída por el mismo estilo fantástico, de un gusto genuinamente ruso, en el vasto sitio vacío que había quedado en las cercanías del puente *Moskov-Reká*, a pocas cuadras del Kremlin, de resultas de un bombardeo aéreo.

Allí había calecitas, hamacas y otros elementos de diversión para los

menores: y el comercio de cuanto allí se vendía asumía proporciones extraordinarias. Durante los días de fiesta se formaban en las plazas, al son de danzas ejecutadas por bandas de música instaladas en camiones, colosales ruedas públicas en cuyos centros bailaban decenas de parejas.

El 2 de mayo llovió, y era de ver cómo, bajo la lluvia bastante copiosa, continuaba el baile, así como las representaciones de los tablados, siendo relativamente pocos los espectadores que se alejaban corridos por el agua.

¡Hasta en ese momento y ese detalle se ponía de manifiesto la extraña resistencia de ese pueblo aguerrido que soporta impasible y tenaz tanto los azotes del tiempo como las contrariedades de la vida!

EN RUSIA NO SE ESCUCHABA YA "LA INTERNACIONAL".

Algo había yo echado de menos en todos los actos celebratorios del 1º de Mayo y durante las fiestas consagradas a ese Día Internacional. No me extrañaba que los desfiles militares comenzasen con el Himno Soviético y hasta pude explicarme que ni siquiera al final de esos desfiles las bandas hiciesen oír los acordes de *La Internacional*, que fué el himno de la Unión Soviética hasta el año 1943, en que se cambió por el actual himno patriótico.

Pero sí me extrañó no escuchar en ninguna parte, en ningún momento desde que llegué hasta que partí, el himno de los proletarios del mundo.

Cuando yo arribé a la U. R. S. S. *La Internacional* estaba ya proscrita de todas las audiciones oficiales. No había asistido a un solo acto oficial en que se la hiciese compartir con el himno patriótico los honores de canción nacional, ni la había oído una sola vez siquiera, en las interminables trasmisiones de radio con que se despierta a la población desde los altoparlantes públicos y se la arrulla hasta altas horas de la noche, en las vísperas de cada fiesta y durante todo el curso de la misma. Pero podía creerse que al menos el 1º de Mayo se le daría participación en las demostraciones populares, por tratarse del Día Internacional de los Trabajadores.

Pues ni aun el 1º de Mayo se oyó en ningún sitio ni en ningún instante *La Internacional*. En todo el desfile popular, que duraba horas, no había una sola voz que la entonase.

En la U. R. S. S. no la tocan ya las orquestas de los teatros, ni las bandas de regimientos, ni las de las fábricas, ni la cantan los coros de los obreros. Se diría que ha pasado a ser, como la vieja romanza de Tosti, *la música proibita*.

La intensificación del patriotismo y del nacionalismo soviético coincide con un destierro absoluto de *La Internacional*.

Este es el himno de la revolución en marcha: "de pie los esclavos del mundo"... En la U. R. S. S. se ha hecho una Revolución que se consolida sobre la base de la patria soviética, que tiene un espíritu nacional, mejor dicho nacionalista, y se afirma como nación fuerte y preponderante entre las otras naciones de Asia y Europa.

La Internacional no fué nunca incompatible con la patria de los trabajadores ni con el nacionalismo entendido como un legítimo interés y amor por la nación, concebida como una realidad histórica que no se opone a las otras naciones ni quiere ser superior a ellas y dominarlas, sino igualarlas a todas en derechos, respetando el derecho de todas y sintiendo simpatía humana por el pueblo de todas ellas.

No conozco ninguna explicación oficial de esa proscripción unánime. El viejo himno fué relegado automáticamente al olvido, al suplantársele por el nuevo. Ni nadie se acuerda más de él en público.

Tratándose de un país en que ciertas manifestaciones o actitudes no se producen sin una deliberada intervención de las esferas gubernamentales, puede decirse que no es casual sino sistemática esa especie de conspiración del silencio de que se ha hecho víctima a *La Internacional* en la U. R. S. S.

Puede creerse que se había querido, de ese modo, acentuar ante las potencias aliadas el sentido de una nueva política internacional de alianzas con el imperialismo capitalista, a los que se trataba de dar la impresión de que la Unión Soviética, concretada a sus fines nacionales, había renunciado por completo a internacionalizar sus esfuerzos e inquietar desde adentro, por medio de sus agentes, a las otras naciones.

Así como se había disuelto el Comintern, clausurándose aparentemente la era de la Tercera Internacional, se había retirado el himno internacional.

La U. R. S. S. se deseinternacionalizaba en sus atributos y formas externas. Se colocaba internamente en un plano nacional de exaltación patriótica, en que cada vez sería menos advertida la ausencia de *La Internacional*.

Quizás los gobernantes de las potencias capitalistas se tranquilizaron, creyendo que la Unión Soviética dejaría realmente de influir en las corrientes de opinión de sus pueblos y en las expresiones fundamentales de su vida colectiva.

Ella no necesitaba del Comintern, que era ya cadáver cuando lo mató, para su nueva política de penetración internacional.

Pero nada justifica el destierro de la canción internacional de un país que ha erigido a Marx y Engels como númenes ideológicos, y se titula Unión de Repúblicas Socialistas.

Se celebra el 1º de Mayo como fiesta de todos los trabajadores del mundo y en la Plaza Roja se coloca, sobre el frente de uno de los grandes edificios que dan la cara al Kremlin, y como motivo central de una decoración de circunstancias, un letrero que en letras blancas sobre fondo rojo repite la famosa frase del Manifiesto Comunista: "¡Obreros del mundo, uníos!"

Sin duda ello quiere decir: "Uníos en torno de la U. R. S. S.". O sea: Uníos en torno de la adhesión a una nación socialista, de un socialismo de estado autoritario, que no es por cierto un socialismo de Estado democrático y políticamente liberal, un totalitarismo sin democracia política, que actualmente navega en las aguas de un nacionalismo tradicionalista, en cuya virtud se organiza la glorificación de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, porque hicieron la grandeza territorial y el poderío material de Rusia, con la sangre y el dolor de un pueblo esclavo, para

que sirviesen de bases históricas de la grandeza y el poderío actuales de la patria soviética.

La Internacional sólo estorba a las naciones que quieren encerrarse en un nacionalismo estrecho y agresivo que hace hincapié en la superioridad nacional enfrentada a los otros pueblos con un gesto de permanente desconfianza y de mal disimulada aversión.

Pudo —cuando mucho— habérsele relegado a un segundo plano en las celebraciones oficiales durante la guerra, porque era indispensable, sobre todo, enardecer el patriotismo del pueblo y apelar al concurso caudaloso de un sentimiento nacional unánime y ardiente.

Pero no hubo razón para sumirla en el olvido, y menos para continuar manteniéndola proscrita, después de la guerra, en momentos en que se empieza a comprender que la paz no quedará asentada sobre bases sólidas y definitivas si las grandes naciones no corrigen su posición internacional girando sobre sí mismas, en el sentido de ir amenguando el nacionalismo egocéntrico y fanático a que se entregaron bajo la trágica presión del destino bélico.

Para ello el espíritu de *La Internacional* es necesario.

El nacionalismo agudo de las grandes naciones durante la guerra, útil para ganarla, deriva hacia un nacionalismo ambicioso cuando la guerra se ha ganado. Eso es lo que puede estar agitando submarinamente, de continuo, las aguas de la paz. ¡Cuánta falta hace, por tanto, que los pueblos, a su vez, agiten en el viento de la historia contemporánea nuevamente pero con más fuerza que nunca, las alas sin fronteras de *La Internacional*!

CAPÍTULO XXIV

LOS DESFILES DE LA MUERTE

Pero además de esas manifestaciones de la vida ciudadana en momentos de exultación colectiva, tienen también su teatro en la Plaza Roja ceremonias fúnebres oficiales, debido a la circunstancia de haberse consagrado un lugar de los muros del Kremlin al emplazamiento de nichos donde se depositan las cenizas de los muertos que merecieron bien de la patria.

Se ha querido ponerlos cerca del panteón de Lenin, formándose así un cementerio de próceres.

El primer entierro de esa categoría que presencié fué el de la vieja luchadora comunista Ivanova Nicolaievoi. Era miembro del Comité del Partido y del Soviet de la Unión.

Sus cenizas fueron veladas en el amplio anfiteatro de una monumental mansión cuyo frente da a la Plaza Roja. El cáliz que contenía las cenizas y un gran retrato de la extinta, se alzaban en el centro del anfiteatro sobre una pirámide de flores. El público circulaba en torno de ese catafalco con recogimiento, entrando por una puerta y saliendo por otra. Una orquesta subrayaba la solemnidad del momento, con los acordes de la marcha fúnebre de Chopin.

Llegado el instante del sepelio, se organizó una comitiva para transportar la urna, que se colocó sobre una plataforma en la cual descansaba un templete de cuatro columnas, cubierto de flores, y dentro del cual iba la copa funeraria.

La plataforma eran unas angarillas, que conducían, sosteniéndolas a la altura de sus hombros, personajes oficiales y amigos de la extinta. Seguían en el cortejo los acompañantes, que llevaban sobre almohadones rojos las condecoraciones que en vida le fueron otorgadas. Y tras ellos, el séquito de los deudos, sus amigos, los admiradores, los correligionarios más importantes. Después las coronas, conducidas a brazo entre dos personas.

Esa columna fúnebre, con paso sumamente lento, atravesó la plaza y llegó hasta el sitio donde habían de ser encerradas las cenizas. Se detuvo ante el muro del Kremlin. A ella se habían incorporado las diversas columnas venidas desde diversos puntos de la ciudad, de organizaciones y centros partidarios, con retratos de la extinta, banderas rojas y carteles.

Varios regimientos de infantería y una banda militar que acompasaba con sus tristes sones el paso del cortejo, rendían los honores militares. Cordones de soldados de la policía, sin armas, circundaban la plaza.

Para escuchar los discursos necrológicos se había formado en torno de los restos mortales un mitin en el cual se agolpaban muchos millares de personas. Tal vez no menos de quince mil. Varios oradores tejieron el panegírico de la finada. Cuando terminaron, se colocó el copón de hierro

en un hueco del muro, que se cierra con una lápida de mármol donde se ha inscrito el nombre.

Otros ceremoniales fúnebres aún más aparatosos he presenciado después.

Recuerdo el sepelio del mariscal Kapochanikov, que era jefe de la Academia Superior de Guerra. Había sido general del zar. Al organizarse el Ejército Rojo fué el primer militar zarista que se presentó. Era un gran estratego. Sus cenizas se velaron en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos, a poca distancia de nuestro hotel.

A este militar le acompañó hasta su última morada toda una división del ejército, con regimientos de varias armas y algunas baterías de pequeños cañones. Mientras las tropas aguardaban en formación, en la calle, el momento de la partida del cortejo mortuorio, acudían a la Plaza Roja procesiones civiles, de hombres y mujeres, con banderas rojas y retratos del extinto. Eran los personales de numerosos organismos y oficinas relacionados con el ejército.

El público, en general, se agolpaba en las esquinas de las calles de acceso a la plaza, cerradas por cordones policiales que sólo dejaban pasar, por turno, a los grupos organizados y a los regimientos, los cuales llegaban hasta la plaza, evolucionaban y luego se tendían en parada. Se formaron así dos filas paralelas de soldados desde el muro del Kremlin donde se colocarían las cenizas, hasta la Casa de los Sindicatos, que queda a más de medio kilómetro. Por esa calle de guardias pasó el cortejo, al que se incorporó en la plaza, saliendo del Kremlin para encabezarlo durante un corto trecho, el propio Stalin.

En alguna de estas ocasiones pude comprobar el espíritu de sacrificio o de obediencia con que acuden a cumplir estos piadosos deberes, los hombres, mujeres y niños de ese pueblo. Bajo lluvias implacables los he visto concurrir en esas columnas, de a tres o cuatro en fondo, y permanecer en mitad de la calle o de la plaza, sin dispersarse para guarecerse bajo las arcadas cercanas. Sus ropas se empapaban, y para muchos de ellos eran acaso las únicas que podían ponerse. Pero soportaban el aguacero con una paciencia en verdad conmovedora. Sin duda habían recibido una orden y permanecían allí cumpliéndola estrictamente.

El más impresionante de los sepelios que presencié fué el de Kalinin. El fallecimiento de este viejo dirigente soviético, ocurrido el 3 de junio de 1946, produjo una auténtica impresión colectiva de pesar. Era el más querido por el hombre medio de la U. R. S. S. entre las personalidades que venían figurando en el escenario político.

Había conservado su fisonomía de sencillo hombre del pueblo, con una espontánea modestia y un don de simpatía personal que llevaba escritos en los rasgos de su cara, donde la blanca barba puntiaguda colgada del mentón agregaba ingenuidad y ternura de abuelo a la inteligente expresión del semblante.

Las masas veían en él a uno de los suyos, abstracción hecha de su ideología y de sus actos como colaborador de la primera hora en la empresa de la Revolución, porque no perdió nunca, a través de largos años de su figuración espectable, como presidente simbólico de la U. R. S. S. a los efectos de las relaciones diplomáticas, y su presidencia efectiva del

Presidium, su aire de obrero ruso, su sencillez de trabajador inmune a todo contagio de artificiales estiramientos en el ambiente de las funciones oficiales, donde su persona parecía siempre un llamamiento al recuerdo de los modestos orígenes.

Así me pareció al menos, cuando tuve ocasión de conocerle y de hablar con él en una de las oficinas modernas del Kremlin, en el marco de un ceremonial diplomático de circunstancias. Se libró de la debilidad por el uniforme, que sin duda padecen muchos dirigentes del Estado soviético; y así como en aquella ocasión vestía una americana negra, con un simpático aspecto de obrero endomingado, en los actos públicos solía vérsele aparecer —si no hacía mucho frío— con su corriente paltó de faena y la característica gorra de visera de los hombres del pueblo.

Tenía fama de bondadoso y accesible a los requerimientos que para la favorable solución de determinados asuntos personales le dirigían millares de postulantes.

Su muerte apenó a la muchedumbre. A rendir el último tributo a su cadáver, expuesto en la Sala de las Columnas, acudieron cientos de miles de hombres y mujeres de todas las edades, siendo sobre todo conmovedor el homenaje de los ancianos, que en gran número venían desde lejanos lugares a derramar lágrimas ante sus restos, debiendo formar colas inmensas y retornar a sus hogares ya de madrugada.

Aunque ya no actuaba, pues hacía pocos meses la enfermedad le había obligado a pedir relevo de su cargo de presidente del Presidium del Soviet Supremo, se le consideraba personaje oficial, y en tal carácter se le tributaron los máximos honores fúnebres.

Vale la pena bosquejar en rápidos trazos la impresionante ceremonia con que se condujeron sus restos a la última morada, un nicho abierto en la muralla del Kremlin, sobre un costado de la Plaza Roja, tras el Mausoleo de Lenin.

No deja de prestarse a reflexiones la funeraria pompa y el exuberante simbolismo de las demostraciones solemnes con que este régimen, que vive adscripto a una filosofía genética de materialismo y de incredulidad religiosa, entierra a sus muertos. El no necesita símbolos religiosos, ni sacerdotes de ninguna religión para rodear de imponente majestad y de tocantes alegorías el último tránsito de sus muertos sobre la tierra, y nada iguala en aparatosidad a los cortejos que organiza para acompañarlos al sepulcro. Nada tienen que ver su actitud reverencial ni su hábito de las colosales manifestaciones fúnereas, con el culto sistemático de las religiones que entre rezos y cantos litúrgicos confían el muerto al más allá. Aquí sólo se trata de perpetuar lo más posible entre los vivos el recuerdo de los que se van y de grabarles bien hondo la sensación de lo que han perdido. Pero en el plano de las ceremonias —naturalmente sin cruces— la tradición local de los sentimientos populares no deja de hacerse presente.

Los entierros de personalidades que había presenciado en Moscú eran de cenizas mortales encerradas en una urna. La más espectacular ceremonia se realizaba después de haberse conducido el cadáver al horno crematorio, y eran sus cenizas las que se velaban en una sala pública, en un catafalco que era siempre una montaña de flores, ante la circulación silenciosa del

pueblo. De allí se las sacaba poniéndose la urna sobre unas angarillas, según ya lo he relatado.

El cortejo, a lento paso, avanzaba entre filas de soldados, y la previa afluencia de columnas civiles, con banderas rojas, estandartes y retratos enmarcados de flores, que llegaban a la Plaza Roja de todas direcciones hasta colmarla, constituían un espectáculo grandioso, que las marchas fúnebres de las bandas militares subrayaban de solemne tristeza.

Pero las exequias de Kalinin aportaban a esos panoramas funerarios nuevos espigones de emoción.

Los jefes de misión habíamos sido invitados a presenciar el mitin necrológico y la inhumación de los mortales despojos en la Plaza Roja, desde las gradas de cemento que se extienden próximas al Mausoleo de Lenin. Yo no pude concurrir por hallarme enfermo, en cama. Pero desde las ventanas de mi cuarto me fué dado ver, tras los cristales, el movimiento y la disposición de las fuerzas militares; el desfile de las columnas de ciudadanos y ciudadanas; los inconmensurables cordones policiales marcando el itinerario del sepelio. Y, finalmente, el paso de la lúgubre procesión. A la cabeza, hacia un costado, se veía avanzar sobre los hombros de dos personas, la tapa roja, con un listón horizontal negro, del ataúd. En el centro, alineados de a dos en dos, venían los hombres que, sobre almohadones de terciopelo púrpura, llevaban las condecoraciones del extinto. Luego, todo un jardín andante: centenares de coronas de flores naturales y artificiales portadas a brazo por parejas de cargadores, que cubrían un espacio de muchos metros, irradiando en el ambiente claro y apacible de la tarde su dulce armonía de colores vivos.

Y tras ese bosque florecido en marcha, pasaba sobre la cureña de un cañón, tendido en su sarcófago abierto, mostrando el rostro alargado por la tierna barba de nieve, Mijael Kalinin, recibiendo por última vez en la frente el ancho beso de un cielo imperturbable de junio.

Una vieja tradición rusa reaparecía con esa inolvidable aparición en las prácticas mortuorias oficiales de la Unión Soviética. Kalinin, el hombre que se había mantenido por su manera de ser en el ambiente de las isbas rurales —en cuyo interior, ante un samovar, entre viejos amigos y vestido con la camisa vernácula sujetada por un cinturón, nos los mostraba un grabado periodístico exhumado esos días—, volvía al seno de la tierra con el mismo gesto y la misma postura que las generaciones de sus padres y de sus abuelos.

CAPÍTULO XXV

LA RELIGION Y LAS IGLESIAS

Una viva curiosidad por saber cómo el sentimiento religioso y la actividad de la iglesia conviven con el régimen soviético, me llevó a penetrar en los templos no sólo para ver lo que hubiese en ellos de interesante desde el punto de vista artístico, o para enterarme de las modalidades de su ritual, sino para pulsar entretanto la existencia de la religión y su influencia eclesiástica en el espíritu del pueblo.

Visitar iglesias en Moscú es, por otra parte, un peregrinaje de arte que se impone como una obligación a todo espíritu culto. Al interés que ofrece generalmente su arquitectura, añádese el espectáculo sorprendente de sus interiores con algo de gruta maravillosa en la que se acumulan fabulosas riquezas.

No todas son en la actualidad deslumbradoras entre las que se hallan consagradas al culto, que no son tampoco muchas, dada la población y extensión de la ciudad y, sobre todo, en comparación con las que funcionaban hace treinta años. Pero hay unas cuantas de ellas, y yo he podido visitar más de una docena, que nos dan una idea acabada de lo que llegaron a ser los templos de la iglesia griega cristiana, como concentración de verdaderos tesoros y depósitos de fortunas invertidas en obras de arte y en objetos preciosos, que el tiempo ha valorizado. Son exposiciones, museos de íconos, de pinturas murales al fresco o al óleo y en tela o madera, de lámparas votivas de plata y de oro, de arañas de plata y bronce primorosamente labradas y cinceladas, de candelabros, de retablos, de altares, de puertas labradas y pintadas, de soportes y pedestales en que la plata y el bronce alternan como materia prima de trabajos finísimos, que se diría de gnomos de cuentos de hadas, más que flores perdurables de la maestría y paciencia de hábiles artesanos.

La iglesia griega rivaliza con la católica romana en esplendor, si bien no alcanza a acumular los valores de arte que atesoran las catedrales góticas y los templos de la Roma papal. Suele ser en los templos ortodoxos un abrumador derroche de esfuerzos artísticos el decorado interno de los muros, que se cubren enteramente desde los zócalos al ábside de las cúpulas, de frescos o pinturas al óleo. Pero faltan en ellos los vitrales, que en las iglesias góticas francesas y aun en las barrocas italianas, suelen constituir elementos de belleza y de sugestión estética, al par que religiosa, de una verdadera excelsitud. Y también se echan de menos las esculturas, que la tradición bizantina excluyó por completo.

No por eso dejan de aparecérsenos como materialmente anegados bajo la magnificencia de los artefactos de luz, de los candelabros, de las lámparas pendientes, de los *iconotás* y de los altares, de los mil objetos del culto en que la plata y el oro abundan y bajo la inundación de formas y colores que animan con diversa calidad de arte los paños de sus paredes

y las tablas de sus iconos, generalmente vestidos de plata y de finísimos esmaltes.

Por todos lados íconos, la mayor parte con fondo dorado, pero los hay de fondo blanco (los más preciados, los primitivos) y abundan los de tono rojizo. Las imágenes en muchos de ellos aparecen recubiertas por mantos de plata, a veces dorados o tejidos de pequeñas cuentas o de perlitas blancas o negras, y muestran el rostro rodeado de una aureola también de plata finamente cincelada.

En todas las iglesias dedicadas al culto se ve una cantidad incalculable de íconos de todas las épocas y de las diversas escuelas. Algunos son valiosos por su factura como obras pictóricas características, otros lo son por la plata o los esmaltes y los mosaicos con que están adornados, y asimismo por el paciente y primoroso trabajo de orfebrería que representan.

Hay vírgenes que figuran estar cubiertas por un manto blanco, que no es sino un bordado de perlas auténticas; otras, con diademas, orlas y coronas donde brillan incrustadas piedras preciosas de tamaño notable.

La cantidad de pinturas que recubren por dentro paredes y bóvedas de estos templos es incalculable, sobre todo en las grandes catedrales, al punto de producir una sensación de agobio para la mirada, que no alcanza a percibir sino un caos de tintes y figuras. Sobresale en este sentido la catedral de la secta de Starobrestkaia, en las afueras de Moscú, cuyo campanario es una maravilla de gracia y de primor. No pocas también prodigan por fuera su pintura, recibiendo al visitante, desde antes de entrar, con frescos en lo alto de las portadas y en los frontispicios.

Moscú fué famosa por el número de sus iglesias. Un dicho popular le atribuía 1600 ("40 veces 40"), pero cuando la revolución quedaban 350, lo que no deja de ser, por cierto, una cantidad extraordinaria. Se las ve todavía ruinosas las unas, regularmente conservadas las otras, muchas transformadas en depósitos, en oficinas, en museos, en salas de cine, y muchas más, cercenadas por construcciones utilitarias que han arrasado aquí con el cuerpo central, dejando las torres, allá con las torres, dejando en pie las naves centrales, acullá salvando solamente un campanario que surge en medio de casuchas totalmente ajenas a su misión sagrada, con el aire de un viajero solitario que se quedó dormido en el bosque y al despertar se siente extraviado y perdido entre cosas extrañas y se incorpora a avizorar el horizonte, alzando su frente hasta las nubes, comprendiendo al fin que ése no es su país ni son las suyas esas gentes presurosas que pasan indiferentes por su lado...

Esa inmóvil población de torres cumple en el cielo de la ciudad una función decorativa que en los días azules adquiere constante realce con la armoniosa glorificación del añil de la atmósfera y el áureo centelleo de las cúpulas y cruces bruñidas por el sol; y en los días grises con el contraste entre los apagados tonos de las nubes cenicientas y el brillo dorado de aquellas redondas techumbres que, cuando aún es claro, acercan la brasa metálica de su ábside al encapotado firmamento, como aspirando a colgar lámparas de oro en su inminente lobreguez.

Las exigencias del progreso edilicio han conspirado, como se comprende, contra la conservación de esas innumerables "casas de Dios", muchas de las cuales carecían de valores que justificasen el esfuerzo de mantenerlas en pie o el sacrificio de algún propósito práctico de mejoramiento urbano o de edificación necesaria.

Además, el radicalismo religioso de los primeros años de la revolución no dejaba lugar a mayores miramientos para con las construcciones eclesiásticas, mientras se retiraban de los templos sus fabulosas riquezas para reunirlas en museos o en especiales depósitos del Estado. Los templos mismos quedaban a merced de las injurias del tiempo, cuando no de las piquetas demoledoras, no siempre bastante respetuosas de los inmarcesibles prestigios del arte.

Después, la última guerra, que obligó a apagar el brillo de oro de las cúpulas bizantinas para que no sirviesen de guía a los aviones enemigos, y que así como la guerra civil había desprendido las campanas de muchos campanarios para fundir cañones con su metal, llegaba a los armazones de hierro de ciertas viejas cúpulas para darles alguna utilización del momento, adelantándose a veces al zarpazo explosivo de uno de esos monstruos de acero que surcaban fugazmente el firmamento de Moscú.

Terminada la guerra y habiéndose acentuado la actitud transigente del espíritu director soviético con relación a la Iglesia; y sobre todo, viviendo momentos de más serena comprensión y más amplio criterio para apreciar el valor del arte arquitectónico, se trata de salvar de la destrucción las mejores obras de ese género. Más todavía, se proyecta restaurar muchas iglesias semiderruídas o muy desmanteladas.

Ello demandará mucho dinero, pero sólo se espera reorganizar cuadros de obreros y técnicos de la construcción en forma y número de poder satisfacer las necesidades de la edificación general, para abordar en gran escala esa tarea, que ya ha comenzado a realizarse parcamente. De ese modo se mantendrá también, en medio de la ciudad modernizada, el carácter tradicional de Moscú, que perdura en muchos de sus rincones y resplandece, en lo que tiene de más digna perennidad, en sus bellos monumentos históricos.

Una tarde, al acercarme indeliberadamente a una iglesia de tantas, me produjo sorpresa la aglomeración de gente en su puerta principal, como esperando turno para penetrar a medida que fuesen saliendo por otra puerta los feligreses que ocupaban el interior.

Ese solo cuadro me colocaba ante la reaparición de las prácticas religiosas en un ambiente de plena tolerancia oficial, con la participación visible de un público que no se escondía para observarlas.

Fué el primer signo claro de la evolución operada en las costumbres del pueblo con respecto a la Iglesia, que tuve ante mis ojos.

Pasando un domingo por las cercanías de la catedral de la Anunciación (Blagovichtchevti Sobor), consideré buena la oportunidad para presenciar la vida del templo, que en ese instante comenzaba a ser concurrido por los feligreses.

Esa catedral, de estilo moderno, es de las más espaciosas, con un elegante campanario y una elevada cúpula en el sitio de la nave central. Esta se extiende en el sentido del frente del templo, se abre en dos pares de brazos, como las cruces patriarcales, y tiene a los costados otras salas

menores con pequeñas cúpulas. Los techos abovedados se ven cubiertos de frescos y pinturas al óleo, de escenas sagradas, y también los muros en los sitios libres. En todos los rincones brillan retablos y lambrequines dorados a fuego, que enmarcan íconos de diversos tamaños y alternan con frescos y telas al óleo con representaciones de Jesús, de la Virgen, de los Apóstoles, de los Santos o de los Obispos canonizados. Ante ellos unos altos soportes de metal dorado, generalmente de plata, de un solo pie, sostienen una multitud de vasitos de metal donde se ponen a arder delgados cirios, que los fieles adquieren en un mostrador cerca de la entrada.

Porque en las iglesias rusas el comercio ocupa visiblemente un puesto al lado de la religión. En algunas de ellas está instalado todo un mercado de íconos, y mientras los sacerdotes ofician, las personas que parecen encargarse de la parte administrativa de la iglesia, negocian con los clientes interesados en adquirir esos cuadros religiosos.

No hay confesionarios. Los popes confiesan tras un biombo que se instala *ad-hoc* en cualquier rincón del templo. Tampoco hay bancos. Algunos curas que lucen ricas estolas, parecen oficiar ante una de aquellas imágenes alumbradas por los diminutos cirios, sin duda por encargo de dos o tres personas, casi siempre mujeres, que se mantienen cerca de ellos.

La gente suele persignarse al entrar, haciendo, entretanto, reverencias ante el altar mayor, que se halla al fondo, frente a la puerta, bajo la más alta cúpula. Muchos fieles se postran de hinojos y doblan la cerviz hasta tocar el suelo con la frente. Se yerguen y vuelven a abatir la frente en el polvo varias veces. Otros se dirigen hacia determinadas imágenes y las besan. Hay unos crucifijos de oro y plata, sobre un pequeño mostrador, que la gente besa arrobada, y unos íconos pequeños, horizontales, que también se besan con tan fervorosa devoción como falta de higiene.

Sólo generaciones que han conservado en los hábitos de su cortesía un resabio de los tiempos de la servidumbre, pueden entregarse a las muestras de sometimiento y adoración reverencial que allí se prodiga a las imágenes sagradas y a los signos de la religión. Las reverencias que hacen los fieles mientras se persignan ante los altares, son como eran las del siervo al señor, las del cortesano al zar. Como son todavía, en cierto grado, las de algunos viejos porteros de hotel . . .

También se observan raros excesos de superstición. Al salir un anciano sacerdote, un pope muy alto y delgado, de larga barba blanca, muy rala y lacia, de tez apergaminada como la de una momia, lo rodeadearon varias mujeres, besándole las manos e impidiéndole avanzar. Salió del paso besando la frente a muchas de ellas, con bastante buen tino en la elección de las agraciadas, pues se entretuvo sólo con las más jóvenes.

Entre la concurrencia predominan por su número los viejos campesinos, pero hay también chicas y muchachas que oran con fervor. No faltan algunos hombres jóvenes. Y las demostraciones de devoción son siempre visibles. Sin embargo, allí, la gente no guarda el silencio de los templos católicos. En el atrio, dos hileras de mendigos de melodrama, de viejos y viejas, se acercan al que sale, tendiéndole sus manos con pedigüeña insistencia. Entre ellos se ve de cuando en cuando algún pope que pide para sí porque no encuentra colocación en la parroquia.

La ceremonia de ese día se desarrollaba con la intervención de varios sacerdotes revestidos con suntuosas casullas y estolas recamadas de plata y oro.

Los curas entonaban sus cánticos pregregorianos con cálidas inflexiones de voz.

Diáconos corpulentos cantaban sus letanías ante los enormes libros sagrados, abriendo los brazos y agitando las mangas de sus hábitos como si quisieran volar.

Un coro de mujeres, muchachuelos y algunos hombres, instalado a un costado de la puerta que conduce al altar —que en esos templos se halla separado del público, tras una especie de prealtar análogo a los altares mayores de las iglesias católicas—, sobre una tarima, dentro de un corralito de madera, ponía bajo la dirección de un diácono, cuya gruesa voz tronaba en las bóvedas, ritmo y cadencia litúrgicos a la letra de un incunable sagrado que se alzaba ante ellos sobre un facístol. El coro no se halla en lo alto, tras una balconada y entre sillerías a veces primorosas como en los templos del catolicismo, para dar la sensación de que son ángeles quienes cantan allá arriba, a espaldas de los feligreses en oración. Aquí, el coro forma parte de la multitud que estaba en la iglesia. La baranda de leño y la baja tarima que lo reúnen, no lo separan de ella. Junto a ella entona sus cánticos, que en vez del espíritu seráfico que aletea en aquél como si descendiese desde el cielo, impone al ambiente un estremecimiento con algo de humano, ardoroso, apasionado y turbio que se eleva del seno mismo de la muchedumbre espectadora y arrastra consigo, hacia Dios, el vaho de las angustias y de las maldades del hombre como una trágica emanación de la tierra.

Sólo en una catedral del siglo XIV, la de la Anunciación, del famoso y espléndido Monasterio de la Santa Trinidad en Serghievo, a cuarenta kilómetros de Moscú, donde se admira asimismo un bello refectorio barroco y se visita el palacio del patriarca Sergio, conservado y amueblado como en los días de su esplendor, se ve, dentro del recinto del altar, una elevada galería en la que se instalaba un coro de niños cuando se oficiaba allí en tiempo de los zares. Lo común es que los coros canten abajo, en las naves públicas, al nivel como ya he dicho, de la piadosa concurrencia.

Hay más calor humano, más dolor humano y más clamor de vidas reales en ese canto de seres vulgares que no se alejan ni se apartan de sus hermanos para interpretar la fe de todos en su diálogo cadencioso con el altar.

Uno se conmovía pensando que acaso allí, en esa disciplinada escuela de canto popular (cada iglesia tiene sus protectores y sus feligreses que se encargan, bajo la dirección de los diáconos, de dotarla de coros, en los cuales educaron sus voces generaciones enteras de rusos) se ha forjado a través de siglos de rudeza e ignorancia el gusto de ese pueblo por el canto y la música, hasta quedar inculcado en ese instinto musical que florece en su magnífico folklore, y que es la simiente viva, la savia profunda del árbol de maravilla de su música artística.

Tuve ocasión en una de esas visitas a las iglesias ortodoxas, de presenciar un bautizo. Un cura cubierto por una sotana gris y una estola

dorada, oficiaba acompañado de una viejecita como de ochenta años —una de esas inverosímiles viejecitas rusas cuyo rostro parecen haber estrujado sus incontables años en un puño para volverlo todo arrugas—, la cual cantaba con voz demasiado firme para su edad el "Aleluya" y el "Protégeme Señor". Las oraciones del pope, en voz alta, eran interminables. La criatura, que era una nena de siete semanas, fué sumergida desnudita en una vasija de bronce llena de agua tibia (era en pleno otoño) y luego, mientras la madre la mantenía arropada entre gruesos cobertores, el pope la ungía con un pequeño pincel en la frente y varias partes del cuerpecito con aceite bendito.

El día no era por cierto templado, pero aunque entraba al local una fría corrientecilla de aire cuando se abría la puerta de acceso, pudo esperarse que la pobre criaturita haya soportado bien la prueba.

Pero mayor sorpresa recibí un cálido domingo del mes de julio, en que me introduje en la Catedral Máxima para encontrarme con que se estaba efectuando un colosal bautismo colectivo, a cargo de un corpulento sacerdote de luenga barba, que situado en el centro de un vasto círculo de personas, iba tomando de las manos de sus madres los críos desnudos y zabulléndolos en la pila de agua probablemente fresca, que fué, por cierto, la misma para todas las múltiples inmersiones de esa mañana.

No menos de cincuenta matrimonios jóvenes estaban allí ofreciendo otros tantos bebés al turno acuático, que se cumplía entre un escándalo de gritos y llantos de criaturas, con cuyos agudos berridos retumbaba el templo.

El sentimiento religioso, que antes se mantenía vergonzante, casi oculto, sólo entre personas de edad, las cuales asistían con cierto disimulo a los oficios del culto en los pocos templos que funcionaban, ahora se muestra sin recelo.

Esto es más visible para la religión cristiana ortodoxa, que por ser rusa cuenta con la mayor benevolencia oficial, según me informaba un cura católico francés que se hallaba en Moscú desde hacía quince años, oficiando en una de las dos únicas iglesias católicas, de la cual le ahuyentaba los parroquianos la sola vecindad de las oficinas del N.K.V.D. (Inkavedé o Comisariado del Interior), que tiene a sus órdenes directas la policía, mientras ahora él veía también aumentar su clientela, que al fin y al cabo cuando sale el sol, sale para todos...

Ese buen cura —dicho sea entre paréntesis—, tuvo que alejarse de la U.R.S.S. a raíz de un proceso en que se vió acusado de malos tratos por un sirviente, guardián de la casa, a quien había despedido. El proceso no prosperó. La acusación era evidentemente falsa, y parece haberse debido a una intriga preparada por simples razones de rivalidad religiosa, por los cristianísimos curas de la vereda de enfrente.

Pero el hombre comprendió que el clima de Moscú comenzaba a no sentarle bien...

Ya están lejanos y borrosos los días en que el nuevo Estado y la vieja Iglesia luchaban cuerpo a cuerpo. Era una lucha a muerte. La Revolución había encontrado en la antigua cómplice de los Emperadores una resistencia tenaz. Ella alentó y ayudó todos los esfuerzos de restauración, más o menos disimulados, de las viejas potestades. El derrumbe

del zarismo la había dejado, de golpe, como perdida en un mundo que no era el de su reino. El triunfo del bolcheviquismo ponía una lápida ilevantable sobre sus privilegios y la esperanza de recuperarlos.

El Estado que así surgía amenazaba, además, cegar las fuentes espirituales que sustentaban el caudal de su vida, dándose como misión difundir filosofías de descreimiento. Todo el clero, cuyos conventos y seminarios se clausuraban por faltarles el oxígeno del nuevo ambiente histórico —donde había que trabajar para comer y no había propiedades privadas que proporcionasen rentas—, se rebeló en el fondo de su espíritu contra el cambio y se instaló de hecho en la acera de los descontentos y de los conspiradores. Y eso que el gobierno revolucionario, dando muestras de no querer violentar los sentimientos religiosos, si bien cambió el calendario Juliano por el Gregoriano, dejó al principio subsistentes con la misma fecha las principales fiestas de la Iglesia: Pascua, Anunciación, Asunción, etcétera.

Muchos popes fueron a dar con su rebeldía a la cárcel. Otros conocieron los rigores de la deportación en los campos de concentración y trabajos de Siberia. Se les reprimía con dura mano, que nunca la tuvo leve para el castigo el régimen soviético.

Este se fué consolidando, y la Iglesia se fué adaptando a las circunstancias. Dentro de las nuevas leyes le era dado vivir y desenvolverse, aunque sin los recursos, prebendas y ascendiente oficial de órgano del Estado que le deparaba en el antiguo régimen su situación privilegiada. Quedaba librada a sus propias fuerzas legítimas, y lejos de ser una potestad intangible, cuya palabra no admitía réplica y ante la cual debían inclinarse todas las frentes, sin osar discutir sus dogmas, se hallaba expuesta como cualquier otra cosa humana al juicio, al análisis y a la apreciación del más humilde y oscuro de los observadores.

Le costaba, pues, desenvolverse, escasa de medios en un ambiente donde la crítica, el escepticismo y la negación hacia sus prédicas brotaban de las universidades, de las escuelas, y ganaban la plaza pública. Perdía contacto con las masas populares por obra de esa propaganda irreligiosa, cuyo primer exponente fué el famoso letrero de mampostería que luce en el frente de un palacio de la Plaza Roja y como polemizando con la catedral de San Basilio: "La Religión es el opio del pueblo".

Esa propaganda, que antes de la guerra se llevaba a cabo generalmente por parte de los jóvenes comunistas (los *Komsomols*), en sus órganos periodísticos y en sus reuniones, y que no podía ser contrarrestada con éxito por las religiones, reducidas en sus recursos, formaba un ambiente poco propicio a las manifestaciones externas de la creencia religiosa. Podía suponerse que no serían bien mirados por las autoridades, y mucho menos por el partido oficial, los hombres con tales creencias.

En las condiciones de la vida soviética bastaba que la palabra de orden, la consigna del partido comunista fuese alejar al pueblo de los templos y denunciar la falsa ilusión de las religiones, para que los fieles, que no deseaban ser mal mirados por sus superiores, dejasen de concurrir a las iglesias y disimulasen lo más posible su condición de creyentes.

ACERCAMIENTO Y LUNA DE MIEL.

En la guerra se produjo un cambio. El gobierno, con su política de atraer el sentimiento religioso a la unidad nacional bajo la bandera soviética, y en su empeño de contar con todas las fuerzas materiales y espirituales de la nación para la desesperada contienda, puso fin a toda campaña de esa índole.

Desde entonces no se ve en ningún órgano de la prensa, ni se oye en ningún discurso, un solo fragmento de esa propaganda. Hoy por hoy la Unión Soviética es el país del mundo donde menos se habla públicamente contra la religión y el clero nacional.

El famoso museo antirreligioso de Moscú, que fué clausurado durante la guerra, no volvió a abrirse. En cambio, la propaganda oral y escrita solía complacerse en subrayar el espíritu de tolerancia que se desprendía de algunos decretos y leyes vigentes en materia de relaciones de la religión con el Estado. En efecto, pueden citarse leyes y decretos que, en vez de ser contrarios a la libertad de creencias, la proclamaban o reconocían.

El decreto dictado a pocos meses de iniciado el gobierno de los soviets en 1918, estableciendo la separación de la Iglesia y el Estado, decía en su artículo 2°: "Dentro de las fronteras de la República se prohibe promulgar cualquier clase de leyes sociales o disposiciones que entorpezcan o limiten la libertad de conciencia o establezcan cualquier ventaja o privilegio sobre la base de la filiación religiosa de los ciudadanos." Y el siguiente artículo agregaba: "Cada ciudadano puede profesar cualquier religión o no profesar ninguna. Cualquier limitación de derechos relacionados con la profesión de fe religiosa o con la no profesión de ninguna religión, queda suprimida."

No puede negarse que ese decreto traduce un sentido de amplia tolerancia y delimita en todo su articulado, con precisión y sin lesionarlas, las facultades legítimas de la Iglesia y las del Estado en su función de salvaguardia de las prerrogativas naturales del poder civil. Parecía querer introducir un cambio profundo en un medio histórico donde había existido hasta entonces una iglesia oficial y donde no había libertad de cultos, pues el código penal zarista castigaba con la privación de los derechos civiles y con el destierro, a los miembros de las numerosas sectas heréticas llamadas iconoclastas, judaizantes, etcétera.

A ese decreto siguió una serie de leyes de las cuales merece destacarse una del mismo año 1918 que contiene, entre otros, los siguientes capítulos:

"Artículo 10. — Para la satisfacción de las necesidades religiosas los fieles que forman las sociedades religiosas pueden obtener el edificio destinado al culto por medio de contratos y en usufructo gratuito, del Comité Ejecutivo Comunal, o de Distrito, o del Soviet de la ciudad.

"Artículo 45. — Las construcciones de nuevos edificios del culto pueden ser permitidas a petición de las sociedades religiosas con la observación de las reglas técnicas generales para la construcción.

"Artículo 57. — En los edificios dedicados al culto religioso o en

los edificios especialmente adaptados que satisfagan las reglas sanitarias y técnicas, pueden tener lugar las reuniones piadosas de los creyentes reunidos en grupos o en sociedades, sin notificación o autorización de los órganos del poder.

"Artículo 60. — Para las procesiones religiosas que son parte imprescindible del culto y que se realizan alrededor de los edificios destinados a éste, así como en las ciudades y localidades rurales, no se exige autorización o notificación especial a condición que estas procesiones no interrumpan el movimiento normal de la vía pública."

Si tales preceptos no fueron letra muerta, habían podido en todo tiempo desarrollar legalmente sus actividades las religiones y sectas.

En esa inmensa confederación que reúne tantas nacionalidades distintas, hay muchos millones de cristianos ortodoxos —de la vieja iglesia y de la renovada—, pero hay asimismo, católicos, luteranos, presbiterianos, evangelistas, metodistas, mennonitas, budistas, lamaístas, sahamavistas, judíos, jeovistas, nuevos israelitas, fedorovistas, mahometanos, tolstoianos, ismailistas. . . , ¡la mar!

Claro está —ya lo hemos dicho—, que no dejaban de producirse choques entre el nuevo poder y los representantes de una u otra religión.

Pero la política conciliatoria que elude contrariar los sentimientos religiosos y aun los contempla, aparecía ya en algún hecho como el siguiente: así como el día del descanso semanal coincide ahora en la Unión Soviética, por regla general, con el domingo, que es el día de reposo de los cristianos, en las repúblicas orientales —que son las menos—, se observa el viernes, día de descanso para los musulmanes.

Y al amparo de esa tolerancia funcionan en la Unión los órganos centrales de varias religiones. Así el Santo Sínodo y el Patriarcado de la iglesia ortodoxa; el Sínodo y el Metropolitano de la iglesia ortodoxa renovada, el Consejo de los cristianos evangelistas; la dirección musulmana, precedida por el *musffti* de la ciudad de Ufa; el Katólicos de la iglesia armenia-gregoriana en la ciudad de Eshmidzin; el Katólicos de la iglesia de Georgia, etcétera.

¿Deben limitarse las iglesias al ejercicio del culto, o pueden realizar propaganda y dirigir exhortaciones públicas, fuera del templo, para atraer fieles a su órbita?

La Constitución del año 1936 preceptúa en su artículo 124, que: "A fin de asegurar a los ciudadanos la libertad de conciencia, la Iglesia, en la U.R.S.S. está separada del Estado, y la escuela de la Iglesia. La libertad de practicar los cultos religiosos y la libertad de propaganda antirreligiosa se reconoce a todos los ciudadanos."

El último inciso de ese artículo establece la *libertad de culto*, pero sólo habla de libertad de propaganda antirreligiosa. Parecería que mientras ésta es un derecho de los ciudadanos, que las autoridades no pueden por consiguiente suprimir, la otra propaganda, la religiosa, no es un derecho amparado por la Constitución y queda librado al arbitrio del gobierno concederlo, ya que nada hay en el texto constitucional que se lo prohiba, o negarlo, ya que nada hay que lo obligue a reconocerlo.

Sin duda se ha querido de ese modo mantener a las autoridades con

las manos libres para administrar esa concesión según las circunstancias. En la actualidad, sólo una publicación periódica de importancia ve la luz, la Revista del Patriarcado de Moscú. He leído que antes de la guerra salían varias revistas más como *Blagoveta* (El toque de la campana). *Tsarkova* (La Iglesia Viva), etcétera.

En la Constitución vigente puede anotarse otra prueba de tolerancia religiosa. Es el artículo que concede el derecho de voto para la elección de los soviets a toda la población adulta desde los dieciocho años, sin excluir a los sacerdotes. Antes éstos carecían de derechos electorales.

La Iglesia aprovechó la oportunidad que le ofrecían las circunstancias para tomar pie en el patriotismo, y el gobierno vió la conveniencia de contar con la alianza eclesiástica. Los mensajes del Patriarca, declarando "Santa" la guerra por la defensa de la patria y exhortando al pueblo a unirse en torno del gobierno como representante legítimo de la nación, sobre el cual hacía descender sus bendiciones; y todavía la contribución pecuniaria del clero al tesoro bélico, con las colectas por millones de rublos llevadas a cabo en todas las regiones del territorio, señalaron una nueva posición, que por el lado de los órganos del poder y del partido comunista (que es el más importante órgano del Estado Soviético), se traducía en una absoluta renuncia a toda manifestación inamistosa; en las facilidades otorgadas para la reapertura de templos; en la aceptación complacida del acercamiento del clero, que comenzó a ser mirado no como un adversario sino como un aliado. No tardó en ser, incluso, un instrumento del régimen dominante.

La guerra había servido para promover una cálida aproximación entre el Estado y la Iglesia, que tenía, a mi llegada, algo de luna de miel.

La Iglesia echó el resto, para decirlo con frase que nos es familiar, en orden a apoyo material y bendiciones al Ejército Rojo.

De una publicación en que se habla de la contribución eclesiástica al esfuerzo bélico, tomo los siguientes datos: "Al lado de las aportaciones de recursos personales para la construcción de tanques y aviones, el clero, junto con el Consejo de las Parroquias, hizo colectas de prendas de abrigo para los combatientes del Ejército Rojo. Durante la guerra, el clero y los fieles han aportado enormes sumas al fondo de defensa del país. Así el párroco de la catedral Elojovoskaia (Moscú), entregó cien mil rublos; la catedral de la Plaza Elojovoskaia trescientos mil rublos; el arcipreste Arjangueleski (Ciudad de Gorki), doscientos mil; los fieles de la ciudad de Gorki, dos millones quinientos mil rublos; la diócesis de Leningrado, tres millones setecientos mil rublos; el Katólicos de Echmiadain trescientos cincuenta mil rublos, quince mil dólares y mil libras esterlinas; los fieles de Moscú, dos millones de rublos; los de Kuibishev, seiscientos cincuenta mil, etcétera."

"El Estado ha correspondido condecorando a numerosos prelados y llamando la atención de la nación entera sobre el "patriotismo del clero ruso."

En esa misma publicación se lee lo siguiente:

"El país conoce los nombres de los sacerdotes que han dado al Estado para las necesidades del Ejército Rojo no sólo sus ahorros personales, sino que diariamente ayudan al fortalecimiento de la capacidad de defensa y protección del orden, en los grupos de autodefensa, etcétera. En octubre de 1945 fueron condecorados con la medalla "Por la defensa de Leningrado" un grupo de servidores del culto de la ciudad de Leningrado, entre ellos el Metropolitano Alexis: "Recibieron medallas los Arciprestes de la Catedral de Nikoloski, los de Komakin y Dubero.vitski; en el distrito de Vileng le fué concedida una medalla al párroco de la iglesia Nikolaskaia, del barrio Bolshaia Ojta, Arcipreste Slavmitski. . ."

Agréguese aún el siguiente hecho de que pude personalmente enterarme visitando en Moscú el Monasterio de Novidetschi: en el año 1944 se reanudó el Instituto de Teología que se ha instalado en el amplio palacio del Refectorio de dicho convento y donde estudian numerosos aspirantes a clérigos, según informes de un pope que nos atendió deferentemente, y a juzgar asimismo por las decenas de sillas —sin duda para los salones de clase y conferencias—, que vimos introducir en el local cuando nos retirábamos de él.

He oído referir que en una entrevista celebrada entre Stalin y el patriarca Sergio, fallecido durante la guerra, aquél le ofreció espontáneamente autorizar la reapertura de dicha escuela para que la iglesia pudiera reconstruir los cuadros de su personal eclesiástico.

Puede, pues, predecirse para la Iglesia ortodoxa días de esplendor, casi auspiciado por la buena voluntad del poder político, que ha resuelto tenerla como aliada después de haber logrado, cosa poco difícil, su más completa sumisión.

Tal vez no tardemos en ver decoradas las ceremonias oficiales del gobierno soviético con la presencia, tan escenográfica, de los prelados rusos.

En ese ambiente de consideración oficial se reunieron en Moscú los más altos prelados de la Iglesia griega ortodoxa en febrero de 1945 para elegir el patriarca de Moscú y de toda Rusia, es decir, al sucesor del patriarca Sergio, fallecido en 1944.

Con tal motivo llegaron, y se alojaron casi todos ellos en el hotel Nacional, varios patriarcas, arzobispos y obispos provenientes de Alejandría, de Antioquía, de Yugoeslavia, de Rumania, de Grecia, de Georgia; los metropolitanos de Norteamérica, de Siria, de Jerusalén y enviados especiales de otros patriarcas, como el de Constantinopla, que ejerce aún la supremacía.

El hotel veíase lleno por esos días de sacerdotes barbados, vestidos de imponentes vestes talares, con altos bonetes negros o blancos y adornados con anchas fajas rojas o violetas, y gruesas cadenas de oro con rutilantes símbolos religiosos, pendientes del cuello.

Celebró su concilio, que duró cuatro días, y en él se resolvió elegir al Metropolitano de Leningrado para la dignidad vacante.

Llevó al Concilio el saludo del gobierno el ciudadano Karpo, presidente del Consejo para las relaciones con la Iglesia.

Los diarios daban noticias del arribo de cada dignatario y de sus reuniones.

Todo ello ponía en evidencia un radical cambio de maneras en la actitud oficial. Me sentí así instigado a averiguar la correlativa conducta del pueblo.

Esos prelados, tan aparatosos, ¿cómo eran acogidos por el vulgo?

Pude comprobar *de visu* que si no eran objeto de hostilidad ni de irreverencia, tampoco despertaban entre el público, por lo general, más que indiferencia absoluta, y cuando mucho, cierta contemplación benévola, pero algo irónica cuando andaban por las proximidades del hotel, donde yo he podido verlos pasar a pie con sus hábitos abundantes y sus no menos abundantes barbas, entre la multitud diligente, que no parecía prestarles mucha atención.

Lo que hay en el fondo de todo ruso, probablemente, es el gusto de las ceremonias simbólicas de la Iglesia y aun el cultivo ingenuo de ciertas tradiciones que hablan a la imaginación como los cuentos de hadas; y de ahí las celebraciones unánimes de los primeros días del año a base de arbolillos de Navidad iluminados en todas las casas, en todos los hogares, en todos los clubes, en todos los sitios de reunión, en todos los parques públicos. La Revolución no suprimió esas celebraciones. El régimen soviético en la actualidad saca provecho de ellas con el comercio de arbolillos, juguetes, etcétera, y abiertamente las estimula, naturalmente que con un sentido puramente laico, tal como se puede apreciar en las fiestas para los niños que durante quince días se celebran en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos, a tres sesiones por día, en que un gigantesco pino de Navidad giratorio, feéricamente florecido de luces y juguetes, preside el desarrollo de una función teatral cuyo animador es el viejo Noel, con su legendaria figura, aunque sin la menor alusión a algo que tenga carácter religioso.

En algunas plazas también se levantan pinos poblados de farolillos y juguetes para organizar tómbolas, y se improvisan pintorescos mercados donde se venden, en bonitos kioskos, chucherías y golosinas de toda clase.

Las ceremonias eclesiásticas atraen como espectáculo por su lujosa teatralidad, pero sería erróneo creer que sólo para verlo acuden multitudes de visitantes en los días de Navidad (la Navidad ortodoxa) o de Pascua, tanto más ahora que pueden hacerlo sin tener que dar por ello explicaciones a nadie.

El concilio culminó con la coronación del nuevo patriarca de Moscú y de toda Rusia. Se llevó a efecto en la catedral la ceremonia correspondiente, a la que pude asistir aunque no se habían distribuído invitaciones entre los diplomáticos.

El templo se hallaba abarrotado de un público que sin duda había entrado por invitación, pues las puertas estaban cerradas, y cordones policiales mantenían a la distancia en sus alrededores a una paciente muchedumbre de feligreses o curiosos que aguardaban en cadena la oportunidad de que se le permitiese la entrada. El automóvil con la banderita uruguaya pudo llegar hasta la escalinata de la iglesia, y la puerta se entreabrió para preguntárseme quién era.

En mi calidad de ministro se me condujo, entre la apiñada multitud, hasta un sitio junto al altar mayor, desde donde pude presenciar bien todo el desarrollo de la ceremonia. Pasaré por alto la descripción del ritual. Me limitaré a decir que intervinieron los patriarcas con sus capas y casullas de riquísimas telas recamadas de oro y plata, bordadas de perlas y filigranas, con sus mitras y coronas consteladas de piedras preciosas. Había allí, además de cuarenta y un arzobispos y obispos, ciento veintiséis diversos representantes del clero. Entre los cantos litúrgicos y un estupendo coro "humano" de hombres y mujeres, no de ángeles; las letanías y jaculatorias de los sacerdotes (algunos diáconos entonaron con voces torrenciales que daban miedo, larguísimos y terribles recitativos de versículos sagrados, de pie ante pesados incunables abiertos, que otros curas sostenían); las bendiciones de los patriarcas, las alocuciones del entronizado, la lectura cantada de los textos rituales, el desfile de los ricos presentes simbólicos, de los dones al patriarca (copones de plata y oro, candelabros, libros, cruces, etcétera, todo ello labrado y cincelado en metales preciosos), transcurrieron varias horas.

La pompa del espectáculo reside, sobre todo, en la riqueza fantástica de los ropajes, de las coronas, de las capas pluviales, de las sobrepellices, de las estolas, de los libros eclesiásticos encuadernados en peluche con broches, visagras y cruces de oro; de todos los atributos sagrados, especialmente de las coronas patriarcales, que son cúpulas relampagueantes de oro, incrustadas de grandes zafiros, rubíes, turquesas, topacios, esmeraldas...

Por la prensa pudimos enterarnos que al día siguiente el nuevo patriarca dió un banquete a todos sus colegas congregados en Moscú, agasajo al cual no dejó de acudir el representante del gobierno.

Se rumoreaba que no tardaría en conferirse al patriarca de Rusia la jefatura de toda la Iglesia ortodoxa, que venía ejerciendo el patriarca de la Sublime Puerta desde los tiempos en que Turquía era dueña de los Balcanes, de Egipto, de Siria, de Palestina. Según esos rumores, no disgustaría al gobierno soviético que la U. R. S. S. se volviese asiento del pontificado ortodoxo, con una jurisdicción territorial que los éxitos del Ejército Rojo podían extender a muchos países donde, como en Polonia, predominaba la religión católica.

Surgiría así una potencia opuesta al Vaticano, cuya influencia no mira, por cierto, con buenos ojos la Unión Soviética. La religión ortodoxa se apoyaría especialmente en la Iglesia rusa, desplazando al primado, desde luego nominal, de Constantinopla, y la tradicional hegemonía espiritual de la Iglesia griega.

A la Iglesia ortodoxa se le encomendaba, pues, una misión patriótica a favor de la U. R. S. S. A cambio de ella obtendría una amplia protección oficial frente a las otras iglesias. Ya parece que serán entregadas en parte las riquezas que se le confiscaron, a juzgar por lo que se ve en sus solemnidades mayores, a menos que esos ropajes, esas coronas, esos candelabros, esos facistoles, esos íconos en que la plata y el oro resplandecen fueran —como algunos suponen— facilitados en préstamo por el gobierno, que así como alguna vez proporciona tales elementos, reunidos por lo general en ciertos museos, a las direcciones de los teatros, ahora los pondría preferentemente a disposición de la Iglesia misma.

Sea como fuere, asistíamos a una serie de hechos capaces de crear una atmósfera en la que algunos acaso demasiado suspicaces se sentían inclinados a imaginar que presenciábamos ya el comienzo de la elaboración

en la historia de una nueva potencia "imperial" rodeada de todos los atributos tradicionales.

A la glorificación que se advertía en el mensaje artístico de los films y de las obras de teatro, de los zares que forjaron la primitiva grandeza, trágica y fabulosa de Rusia, de Iván el Terrible a Pedro el Grande, desde Boris de Godunov a Catalina II, se agregaba en Moscú la presencia de los patriarcas y de los metropolitanos ortodoxos y se daba por cierto, bajo la sugestión de esos hechos fáciles de transformar en indicios, que Moscú sería sede, al terminar la guerra, del primado ortodoxo, como si la Rusia Soviética quisiera tener su Vaticano para oponerlo al de Roma.

Esos prelados que se paseaban por el hotel Nacional y por las calles de Moscú, con sus altos bonetes, sus amplias sotanas, sus gruesas cadenas de oro sobre el pecho y sus largas barbas grises o blancas, serían las aves anunciadoras de ese decoro eclesiástico con que el "imperio soviético" (más grande que el de los zares) coronaría su esplendor de potencia europea y asiática. Asomaría así el nacimiento de un mundo nuevo entre pañales de oro y seda, exhumado de los arcones de la tradición zarista... Pero eso era, a mi juicio, un desborde de fantasía... asiática.

Ese gobierno no acaricia tales visiones de vana y arcaica pompa. Ese esplendor simbólico no le agrada sino como medio para alcanzar ciertos fines y sólo lo emplea en la medida que sirve a tales fines. Está más con su espíritu realista el simple plan de ayudar a la Iglesia ortodoxa para que desaloje de los países católicos —hacia los cuales se ha extendido la influencia política de la U. R. S. S.—, la hegemonía religiosa del catolicismo. Para que la Iglesia rusa sea tan importante como la romana y para empequeñecer al Vaticano, con el cual choca por diversas razones. Oponerle una potencia espiritual poderosa puede estar en sus designios, sobre todo si esa potencia espiritual marcha de acuerdo con la política soviética, sometiéndose al gobierno y sirviéndolo dócilmente.

GRANDES INTERROGANTES.

¿Hay en la Unión Soviética un ambiente público favorable a la religión? ¿Es el pueblo gobernado por los soviets, especialmente el de Rusia, menos religioso que el de antes? ¿Asistimos a un resurgimiento de la antigua fe y del viejo fervor creyente o a una reaparición circunstancial de la vida eclesiástica en sitios y planos que la Iglesia recupera a favor de una amable y calculada condescendencia oficial?

He ahí las preguntas que me he formulado en presencia de los hechos que acabo de referir.

El pueblo ruso tuvo siempre fama de místico. "La mística alma eslava", es un lugar común literario. Todos cuantos han radiografiado el alma rusa en los tiempos anteriores a la revolución; los grandes escritores que la han puesto a vivir en evocaciones geniales donde la realidad material y espiritual de ese pueblo palpita penetrada por rayos fulgurantes que la iluminan hasta en sus más recónditas honduras, nos dan la imagen de una humanidad vigorosa, preñada de vida interior, propensa al ensueño y al misticismo, que sabía conciliar con una adhesión fecunda

a la naturaleza, de la cual se mantuvo siempre cerca con fidelidad instintiva.

La historia de las luchas sangrientas e implacables entre las sectas religiosas y las diversas tendencias rituales del cristianismo ortodoxo hasta los tiempos de Pedro el Grande; Dostoievski, en el nebuloso fondo social de los "Hermanos Kamarazov"; Tolstoi en la insistente predicación que nos hace de la ingenua fe de los campesinos a quienes se acercaba, y en su propia religiosidad profunda, aunque, eso sí, tendida a separar de la doctrina cristiana el misticismo, abrazándola como concepto de la vida, como norma moral; la propaganda de un cristianismo igualitario entre los siervos y aldeanos por los Novicov y los Labzin; la famosa carta de Belinski a Gogol, en que se acusa a la Iglesia y al Estado de complicarse en una obra de opresión y embrutecimiento del pueblo; la misma lamentable crisis de Gogol en sus años postreros, y miles de testimonios más que nos ofrecen las obras y las biografías de los que mejor han descripto o encarnado el alma rusa, y todavía episodios históricos en que vemos a un trágico pope Gapón conducir engañada a una multitud de cientos de miles de obreros y labradores, o a un falso monje Rasputín adueñarse de la voluntad de toda la corte imperial con recursos de curanderismo y brujería, reforzados por la morbosa fascinación de una nueva fe religiosa que mezclaba satánicamente la superstición más grosera con la más torpe lascivia... Todo ello nos muestra un campo fértil para la siembra de la religión, fácilmente cultivado por la Iglesia griega u ortodoxa.

Muchos siglos de influencia religiosa a cargo de una iglesia que naturalmente se apoyaba en el poderío de los zares, a los cuales servía y apoyaba a su vez, labraron en la mentalidad de las multitudes rusas, sumidas en una ignorancia total, el surco profundo de su predisposición a creer en el más allá y en las fuerzas sobrenaturales. Predisposición que acaso no ha desaparecido por completo de la subconciencia de una parte de las generaciones contemporáneas, pese a la enseñanza obligatoria y difundida del materialismo histórico con raíces de materialismo filosófico, según los cánones del marx-leninismo y pese a la propaganda antirreligiosa de los primeros veinticinco años de la Revolución.

En el campo, en las aldeas, es donde más puede producirse ese fenómeno, porque allí los jóvenes viven en ambientes familiares en que se conserva el culto de los sentimientos tradicionales, la transmitida veneración al ícono ante el cual rezaban los abuelos y siguen rezando los padres... Pero es entre los viejos —claro está— donde la Iglesia recluta su mayor clientela, porque de las generaciones que la Revolución ha arrancado al analfabetismo y entre las cuales se difunde la cultura del libro soviético y se deja sentir el influjo del espíritu y la mentalidad que predomina en las universidades, en los institutos, en las escuelas, en todos los centros docentes, mucho menos debe esperar.

Sin duda habrá ya quienes al declinar de la edad se acogen, con un movimiento de retroceso del espíritu, hacia los anhelos del pasado o por un atavismo de la mente al regazo de la religión de sus padres.

Muchos niños del campo y no pocos de las ciudades, inducidos por sus padres y sus abuelos creyentes, son también devotos, pero sin uso de razón, que en cuanto la adquieran dejarán probablemente de ser devotos.

Adviértase, además, que en la U. R. S. S. hay nacionalidades y regiones donde la difusión efectiva de la enseñanza soviética data de pocos años, ya sea porque tardaron en incorporarse a la Unión, ya sea porque las dificultades de las comunicaciones y las condiciones históricas de esos medios poco adelantados, o francamente atrasados, no permiten extender la cultura con tanta celeridad como en otras partes. Y allí la Iglesia tiene todavía amplias bases de sustentación en la fidelidad de viejos y jóvenes.

Lo más curioso es que existen jóvenes instruídos y hasta intelectuales (podría citar el caso de una distinguida escritora, esposa de uno de los escritores más populares en la actualidad) que son creyentes y enseñan a sus pequeños hijos, como en el caso de la referencia, a rezar sus oraciones antes de acostarse. Hablando de este problema del resurgimiento religioso en la Unión Soviética, un funcionario me decía:

—La religión, con todo, ha perdido un terreno que no podrá recuperar. El día que los viejos de la Unión Soviética, que aún permanecen adictos a la religión, hayan muerto, y los jóvenes ateos de hoy no se arrepientan al final de sus años de su ateísmo, los popes quedarán solos en sus iglesias.

En todo caso no será pronto, indudablemente.

Lo más interesante es que los sacerdotes de esta Iglesia tan benévolamente tolerada en la actualidad no se dan por vencidos, en ningún terreno, y están dispuestos a librar nuevas batallas —dentro de la ley si es posible— contra el ateísmo, por más que éste sea una posición de la mente propagada y espiritualmente impuesta por la enseñanza oficial.

No se atreven, como los curas católicos en Francia o en el Uruguay, a reclamar que se les deje las manos libres para fundar escuelas, y aún sostenerlas con los dineros del Estado, dispuestos a enseñar en ellas, en vez de las teorías científicas del darwinismo sobre la evolución de las especies, como en las escuelas medias y universidades actuales, las revelaciones del Antiguo Testamento sobre la creación del mundo y el origen del hombre.

En la Unión Soviética sería subversiva una pretensión de esa índole. Pero ellos esperan poder contrarrestar con su propaganda escrita (¿les será permitida en toda la extensión y con la intención que parece trasuntarse de tal propósito?), con sus prédicas rituales y con el contagio de su fe, los efectos de la enseñanza del Estado.

El fondo ancestral del misticismo (del que debemos hablar por más que algunos entiendan que se trata de un "punto de vista trivial y erróneo", al decir de Stravinsky) ofrece seguramente una ventaja para la Iglesia en su campaña proselitista. A ese fondo se debe que personas jóvenes e ilustradas como aquella intelectual a que me he referido, conservan sus creencias y las trasmiten a sus hijos. Pero el misticismo no ha de ser, por fuerza, un estado espiritual para provecho de los curas.

Entre los hombres y mujeres de las generaciones soviéticas existe muy difundida la creencia en la inmortalidad del alma. Hay en ellos, sin duda, una marcada propensión a creer en una nueva vida más allá de la muerte física y a creer en la existencia de un Dios.

Es una actitud espiritualista ajena a la fe religiosa, como la misma creencia en Dios puede no tener nada que ver con ninguna religión ni con una iglesia y sus ritos.

Habría allí buen campo de observación para estudiar a fondo el problema que se planteaba el obispo anglicano José Butler en el siglo XVIII, y como él Miguel de Unamuno en el siglo XX, sobre las relaciones entre la credulidad en una vida futura y la fe en Dios, que son interdependientes entre sí. Se puede, según ellos, creer en el más allá y ser ateo; así como se podría creer en un Dios rector de cielo y tierra sin admitir que el alma de cada hombre sea inmortal.

Lo cierto es que el espiritualismo persiste en muchas personas impregnadas de cultura soviética, que tiene en su base una concepción materialista del mundo, pues no en vano la U. R. S. S. es tanto Oriente como Occidente, y en el foro de sus inclinaciones ancestrales, más lo primero que lo segundo.

Acaso no sea distinta la actitud de muchos de esos creyentes de las nuevas generaciones soviéticas que la de aquellos materialistas ingleses que, como el sabio Priestley, pertenecían a una secta religiosa llamada *Cristian Necessarians*.

"Tal conciliación del materialismo con el dogmatismo religioso —comenta Plejanov— sorprendería mucho a un francés del siglo XVIII, pero en Inglaterra no extrañaba a nadie."

Probablemente en la U. R. S. S. y en la misma Rusia se hallan también ahora quienes no se extrañen de esta conjunción.

En un estado superior de la cultura humana, el misticismo esencial de un pueblo puede ser un aire del alma en que se enciendan fervores de idealidad, no exentos de la vocación del misterio (el futuro, por ejemplo, será siempre enigmático hasta para los marxistas, y quien mire al futuro, aunque no mire a Dios, mira al misterio), pero ajenos a los dictados de toda religión positiva y de toda creencia en el misterio irrevelado. Puede creerse con Jaurés, sin afiliarse a ninguna iglesia, que "el espíritu humano se sentirá cada vez más inclinado a ensanchar y continuar la visión metafísica e idealista del mundo".

Sería, entretanto, motivo de estupor que en un ambiente histórico como el de Rusia y al borde mismo del Oriente legendario y fanático, con todo su oleaje de supersticiones y religiones adivinistas y místicas, se hubiese logrado en pocos años transformar un pueblo tan impregnado de fanatismo y credulidad religiosa, en un pueblo racionalista, que no cree en Dios y se pertrecha en una concepción materialista o realista del mundo, que mentalmente lo pone a cubierto del milagrerismo y de las ficciones eclesiásticas.

Lo que no puede negarse es que las nuevas capas obreras e intelectuales de la población en las grandes ciudades, y asimismo jóvenes trabajadores del campo, permanecen alejados de la Iglesia, y esto constituye una prueba palpable del poder de emancipación de las mentes por la enseñanza; y demuestra que las religiones, como fenómeno colectivo, viven sobre todo de la ignorancia y de la credulidad de los pueblos. Cuando un concepto racional de la vida y del desarrollo de la naturaleza se difunde en la mentalidad lúcida de generaciones educadas fuera de las corrientes espiritualistas y teológicas de la filosofía, las religiones no en-

cuentran puntos de apoyo en las masas, y su Dios no las salva. Quedan reducidas a una manifestación artificial puramente exterior de la vida colectiva, sin que logren reverdecer con el vigor de antaño, en su viejo tronco carcomido, las ramas de la fe, no obstante los servicios prestados a la patria y el acatamiento formal a un poder político que les ayuda a reabrir sus puertas (y hasta sus escuelas profesionales), seguro de que nada debe temer de ellas y sí recibir servicios importantes. Y, entretanto, puede entenderse que las pertinaces devociones que en sus templos se congregan son los últimos estertores de una gran llamarada de siglos en vísperas de extinguirse.

No debe descartarse, sin embargo, la hipótesis de que el gobierno soviético ha capitulado voluntariamente ante la inclinación o el instinto religioso de su pueblo, que es aún muy arraigado en tantas extensiones de la población. Ha renunciado a molestar con propagandas directas y combativas de antirreligiosidad el sentimiento de muchos millones de creyentes, y ha preferido, repitámoslo, tener a la Iglesia de aliada en vez de enemiga, aun después de suprimidos los peligros de la guerra, porque ella no contraría ya los intereses del régimen ni pone en tela de juicio los principios económicos, sociales y políticos en que éste se basa.

Ella no es obstáculo a que el sentimiento religioso se concilie con la firme adhesión a esos principios ni intenta valerse de la superstición de sus fieles para hacer vacilar esas bases, porque su ideología espiritual, y por el momento sus intereses eclesiásticos, nada tienen que decir a ese respecto.

Políticamente no tiene, pues, objeto enfrentar a la Iglesia y esforzarse en disiparle la clientela. Mientras la Iglesia no pretenda invadir los dominios civiles del Estado, éste la contempla, como es lógico, y la respeta. Si como potencia de dirección espiritual se limita al plano de los problemas morales sin sugerir resistencias a las directivas o consignas del poder político —que allí es también poder social y económico—, al Estado le conviene, políticamente, no empeñarse con empeño especial y sistemático en reducir sus parroquias, que el desarrollo intensivo de la cultura general habría de ir desmedrando en un ambiente de más claros horizontes para el estado de ánimo de las inmensas masas de la población.

Ella se vuelve un apoyo, un puntal del Estado y de un gobierno, en cuanto puede sacar provecho de su alianza con él para vivir y desenvolverse. La Iglesia rusa se ha mostrado satisfecha del tratamiento que recibe de las autoridades.

Ella ha editado un libro, "La Verdad sobre la Religión", del que se tiraron cincuenta mil ejemplares, en el cual se encomia la legislación soviética en materia de relaciones con la Iglesia.

Walles Carrel obtuvo para su libro "En esto estamos con Rusia", la declaración del extinto metropolitano Sergio, de que la Iglesia contaba con recursos materiales suficientes y que acariciaba el proyecto de enviar dinero a la Iglesia Ortodoxa de los Estados Unidos, para aliviar su difícil situación.

(Esto coincidirá con el propósito de reforzar en el exterior el prestigio de la Iglesia griega ortodoxa, para competir con la católica). El

metropolitano añadía que la Iglesia "no sufre ninguna limitación en el problema de la preparación de nuevos sacerdotes".

Ella no sueña, probablemente, con poder volver a los tiempos en que los templos de Moscú llamaban a los fieles con la voz de sus miles de campanas y acumulaban en sus altares, hornacinas, iconostasios, retablos y guardarropas, incalculables riquezas, y en que los monasterios llenos de monjes parásitos eran más numerosos que las escuelas.

Pero bien pudiera ser que sus ambiciones creciesen y no se conformase ya con el criterio gubernamental en materia de regular el personal eclesiástico, o que reclamase la devolución en propiedad de todos los templos, objetos o símbolos religiosos que fueron nacionalizados.

Se volvería, poco a poco, un organismo reivindicador, que aspiraría a presionar al gobierno y podría hacerlo a la manera de una corriente política, la única que fuera del Partido Comunista lograría organizarse, aunque sin llamarse partido — por medio de la influencia ejercida sobre los feligreses, entre otras con el arma de la confesión, la más formidable de las armas espirituales.

Es de preguntarse si al Estado soviético no le molestará algún día la competencia que, como órgano de dirección espiritual y orientación de las voluntades, pudiera llegar a hacerle una Iglesia en plan de poner sus medios de captación de los ánimos y de las mentes —algunos de ellos muy sutiles y penetrantes— al servicio de ambiciones y propósitos corporativos.

Por el momento el resurgimiento religioso sólo parece plantear un problema desde el punto de vista doctrinario a un Estado que se quiso dar una filiación filosófica antiespiritualista y puso a cargo de un partido antirreligioso el cuidado de todos los intereses de la nación.

En este sentido han llegado a admitirse posiciones espirituales desconcertantes, como en el caso de uno de los secretarios de la embajada soviética de Egipto, que practica la religión mahometana, probablemente por ser oriundo de alguna de las repúblicas soviéticas donde el pueblo venera y observa el Corán, sin que ello le impida ser un funcionario comunista. Y ya es sabido que andan por el mundo comunistas de mentalidad destacada que han conseguido aliar su fe comunista y soviética con una extravagante adhesión al catolicismo.

Ultimamente, sin embargo, se ha sentido la necesidad de reaccionar contra el avance del espíritu religioso en las diversas capas de la población, y se ha comenzado a reclamar por la prensa un mayor cuidado en la enseñanza y difusión de las ideas materialistas y de los conceptos científicos "para disipar las supersticiones".

En "Isvestia" se publicaba el 27 de agosto de 1946 un artículo donde se exhortaba a tomar posiciones contra el espiritualismo (que crece a favor de la acción religiosa) y a intensificar en las escuelas y universidades la enseñanza del darwinismo.

LIBRO SEGUNDO

EL MUNDO DE LA CULTURA

CAPÍTULO XXVI

LIBROS Y BIBLIOTECAS

Si me hubiese limitado en mis incursiones por la urbe moscovita a visitar iglesias y monasterios, tendría derecho el lector a mirarme como a un extravagante.

Lejos de incurrir en tal extravagancia, puedo ufanarme de haberme metido en cuanto sitio accesible caía al alcance de mis medios de locomoción.

Los monumentos arquitectónicos y los templos en particular, dada su copiosa iconografía, son siempre grandes libros abiertos en los que pueden leerse aspectos interesantes del alma de los pueblos y hasta toda su fisonomía espiritual a través de las edades, así como recogerse no pocas impresiones estéticas.

Pero ello no sustituye al libro portátil, al libro andariego, al que en vez de rígidas páginas de piedra posee numerosas hojas movibles, semejantes a alas que bajo la presión de nuestros dedos desfilan rápidamente, arrastrando nuestro espíritu en la nerviosa vibración de su vuelo.

Ese libro, que suele ser por sí solo un monumento, tiene en Moscú, para su conservación y servicio, muchos templos laicos, que son las famosas bibliotecas de que la ciudad se siente orgullosa, y las modestas pero innumerables de que se siente satisfecha en cuanto ellas acuden a abrevar de algún modo la sed de lectura de la población, en todos sus barrios.

Se ve mucha gente en las plazas y parques, y también en los vagones del Metro, leyendo libros.

A veces esos libros son volúmenes escritos a máquina, generalmente de novelas que no han sido impresas y que se hacen circular por alguna biblioteca o algún centro literario en esa forma. Algunos autores que no han logrado hacer editar su obra obtienen así para la misma una reducida difusión.

El precio del libro es módico, si se le compara con el de las otras cosas del comercio en general.

Las librerías atraen permanentemente numerosa concurrencia. Y cuando se pone a la venta el nuevo libro de un escritor de fama o una nueva edición de un libro de éxito, los compradores se enfilan en extensas colas, cuyos componentes se renuevan durante días enteros, ante la caja del establecimiento, donde se adquiere previamente el boleto de compra correspondiente.

Un día, al entrar en una gran librería de la Avenida Gorki, me

sorprendió una de esas colas de largo metraje y pregunté a uno de sus integrantes de qué se trataba.

—Del tercer tomo de la *Historia de la Diplomacia.*

En ese momento una empleada anunció que ya no quedaban sino diez ejemplares, de modo que sólo serían atendidos los diez primeros postulantes.

Se produjo un remolino en la cola. Algunos de los que se hallaban menos cerca de la ventanilla intentaron un movimiento de avance para introducirse entre los diez primeros, pero el décimo se opuso con mucha energía a todo intento de alteración del orden numérico establecido, defendiendo junto con el derecho de sus nueve precedesores el suyo propio, ya que la intercalación de un solo intruso lo hubiera dejado a él a la luna de Valencia...

Otro día vi una cola semejante. Cuando quise informarme se me dijo:

—Es una nueva edición económica de "El tranquilo Don".

En tres o cuatro días la edición quedó agotada. Y eso que ya se llevaban tirados de esa misma novela siete millones de ejemplares, a ser ciertos los datos de la prensa.

Las ediciones suelen ser de varios millares, generalmente de diez mil volúmenes para arriba. Así, por ejemplo, de N. Tijonov, el que fuera presidente del Sindicato de Escritores hasta fines del año 1946, en que se le defenestró por juzgársele *occidentalizado,* se había editado una colección de trabajos escritos en los días de la guerra, en prosa y en verso, (un volumen de 400 páginas) con una tirada de 25.000 ejemplares. Y de la novela de F. Panferov *La Lucha por la Paz,* primer tomo, se hizo al mismo tiempo una edición de 100.000 ejemplares.

La literatura política y doctrinaria tiene también una venta desconocida en otros países. Claro está que no se editan sino obras de contenido comunista soviético. Desde luego, folletos con los discursos pronunciados en las sesiones del Soviet; informes ante los congresos del partido comunista; o alocuciones de Stalin, de Molotov, de Kalinin, y volúmenes con trabajos de Stalin, pero por sobre todo, libros de Lenin, de cuyas obras se han hecho muchas ediciones de perfecta impresión y presentación, y algunas también de Marx y de Engels.

Los pensadores no marxistas no tienen sitio en los anaqueles de las librerías soviéticas de libros editados oficialmente, y aun entre los marxistas, en vano se buscaría, con excepción de Marx y Engels, alguno que no pertenezca al marx-lenin-stalinismo. Sólo Plejanov se salva, en los últimos tiempos, de esa proscripción implacable, porque se le considera un clásico del marxismo ruso, cuya obra anterior a sus luchas con el bolcheviquismo no se discute, y de ella se reimprimen algunos opúsculos.

En las librerías de viejo, que abundan, se hallan, en algún idioma extranjero, obras de filósofos, economistas, historiadores, etcétera, no marxistas. Pero ahí los precios y el idioma se encargan de reservar la adquisición de esas obras para un limitado número de estudiosos. La información y conocimiento de esos autores —si son de importancia capital en el desenvolvimiento de la cultura humana—, suelen obtenerlos los estudiantes de instituciones y universidades, y aun de la enseñanza primaria superior —equivalente a nuestra enseñanza media—, en los textos

de las correspondientes asignaturas redactados por profesores soviéticos. Y el que por necesidades de su especulación en alguna rama del saber quiera leerlos directamente en sus obras, tendrá que recurrir a las grandes bibliotecas. En todas, aun en las más pequeñas, de barrio, rige el sistema del préstamo del libro, si no para toda clase de obras y materias, al menos para los textos de estudio y para los maestros de la literatura.

Las obras maestras de la literatura universal, han sido objeto de excelentes traducciones, que se editan profusamente.

Eso contribuye a la difusión del libro entre ese pueblo cuyos jóvenes sienten una verdadera avidez de lectura, porque no se puede negar que el régimen soviético ha intelectualizado a grandes capas de la población, y entre los mismos obreros manuales se advierte el gusto por la lectura y el respeto profundo por las manifestaciones del espíritu.

Se ha creado así la popularidad de los más altos representantes del genio ruso en la literatura, en las artes y en las ciencias. Existe el culto popular, que el Estado fomenta, por los poetas máximos, especialmente Pushkin, y luego Lermontov; por los escritores mundialmente célebres, Tolstoi, Gorki, Dostoievsky, Gogol, Chejov, Turguenef; por los músicos predilectos, empezando por Tchaikovski, a quien se venera, y siguiendo por Rimsky-Korsakov, Glinka, Borodin, a quienes se acoplan poco a poco los contemporáneos Rachmaninoff, Prokofiev, Shostakovich; por los sabios que como Lomonosov, Thimiziazev, Pavlov, implantaron las bases de la ciencia rusa o la elevaron a considerable altura.

Desfilan más concurrentes por las bibliotecas de Moscú que por sus tabernas, comercios y cafés; todo lo contrario de lo que ocurre en cualquier otra ciudad de América y de Europa.

Hay ciento setenta y cinco bibliotecas de la Dirección de Instituciones Culturales de Instrucción Pública, distribuídas por toda la ciudad. He visitado algunas. En ellas se refugian en invierno y en los días fríos del otoño, y aun de la primavera, muchos vecinos del barrio, que encuentran hospitalaria calefacción en salas relativamente confortables, donde pueden pasar buenos momentos libres leyendo.

Las deficiencias y falta de confort de la vivienda son parte importante en el hábito de los vecindarios a concurrir a las bibliotecas de barrio.

Suplantan a la taberna o al bar "de la esquina", que allí casi no existe, y brindan en lugar de la copa de alcohol o el juego de barajas, el libro o el periódico. Gana con ello, sin duda, al menos en eso, el decoro de la persona humana.

No solamente en las ciudades se multiplican las casas de lectura. En todas las aldeas y en los *Koljoses* se instalan *isbas* provistas de libros y periódicos. Se da oficialmente el número de 40.000 para unas cuantas regiones: Paskovo, Kuros, Strieleskovo, Smolenko, Crimea, etcétera. La sola región de Kursk, a pocos kilómetros de Moscú, cuenta, según esa información, 700, y la de Kalinin 1.076, reabiertas al año de concluída la guerra.

Ellas colaboran en su misión civilizadora con las "casas de cultura", que son clubes donde se reúnen los trabajadores de las diversas ramas, y en las cuales no falta nunca una biblioteca y una sala de conferencias y conciertos, que es a veces un verdadero teatro. En Kalinin, que es una

ciudad de cierta importancia industrial, habría, según esa información, cuarenta clubes o casas de cultura, y en la región de Smolenko habríanse construído en el año 1946, cuatrocientas de esas casas.

En toda la República Rusa las estadísticas acusan 49.300 casas de lectura, y en los centros regionales de la misma, 2.180.

Las 175 bibliotecas de Moscú son visitadas en el año por siete millones de personas, que reciben diecisiete millones y medio de libros.

En el año 1945 se dieron 27.000 conferencias, informes, actos culturales, a los cuales asistieron 600.000 personas.

En el conjunto de *templos del libro* ocupa el primer puesto, por su importancia, la Biblioteca "Lenin". Su plantel originario fué el antiguo Museo y Biblioteca Rumiantsev instalado en un bello palacio de estilo clásico, del que ya he hablado, junto al cual se ha construído, en la época soviética, un cuerpo de líneas imponentes, recubierto de chapas de granito pulido, donde se hallan los grandes depósitos de libros y una sala general de lectura para los trabajadores científicos. Actualmente consta de nueve salas de lectura; pero cuando se termine el edificio proyectado, del cual sólo se ha construído hasta ahora la primera parte, dispondrá de diecisiete salas. Habrá entonces una sala de literatura militar, otra de geografía y cartografía, otra de escritura, y para los trabajadores científicos de alta calificación, salas especiales de determinadas ramas de la ciencia. Se espera terminar las obras de ampliación el año 1949. Tendrá entonces cabida para 2.600 lectores.

En la actualidad, la gran sala de lectura y las otras menores —a excepción de una más moderna—, se hallan en el ex palacio *Rumiantsev*. Para penetrar hasta ellas se debe mostrar previamente, en una oficina de entrada, el documento de identidad y llenar dos boletas con los datos personales. Se recibe entonces un carnet de entrada, que puede servir por un año o seis meses. Es ése un requisito común a todas las bibliotecas, como el guardarropas para dejar el abrigo, el sombrero y los chanclos de goma.

La sala principal, en el piso alto, es muy hermosa, decorada de blanco, de acuerdo al estilo imperial ruso, como el exterior del antiguo palacio a que pertenece. Penden del techo suntuosos lustros de abultados caireles de cristal. No menos de doce altas ventanas le traen la luz diurna. Numerosas mesas con pupitres colocados paralelamente a todo lo ancho del salón, dan sitio a quinientos lectores, sentados a uno y otro costado de cada mesa. Jarrones riquísimos y estatuas de bronce y de mármol la adornan. Pasan por ella 1.200 adultos, término medio, por día.

Son muy interesantes las salas para niños. Una de ellas, menos amplia que la anterior, es igualmente clara pero mucho más sencilla en su decoración y mobiliario. La vi siempre llena, como la otra, de lectores, que en ésta eran todas muchachas y muchachos de doce a dieciocho años. La adornan estatuas antiguas. Una de la Paz y otra de un gladiador romano, de bronce, de tamaño natural, con la leyenda: *Ave César, morituri te salutant.*

En el testero, otra estatua romana de mármol, también de tamaño natural, representa a Cicerón en el Senado. Y resalta en el muro un letrero con grandes letras doradas que dice: *Non solum armis.*

En lo alto de las paredes, retratos de Lenin, Marx y Engels. Un cuadro representa a Stalin rodeado de un grupo de niños.

Por ella desfilan los escritores, los sabios, los "héroes" (de la guerra y del trabajo) que van, de tanto en tanto, a platicar con los niños en sencillas conferencias. Pasan por esa sala de 500 a 600 lectores diariamente. Hay una más reducida para niñas menores de doce años. Hay una sala especial de lectura de diarios y periódicos. Algo apartada, hay otra con una estatua de Voltaire en un ángulo, donde pueden trabajar los escolares o estudiantes que necesitan manejar libros de consulta, habiendo allí quienes les indican las fuentes y los textos que les conviene consultar.

La vieja sala destinada en ese edificio a los estudiosos de calidad es muy modesta en comparación con la nueva instalada en el cuerpo moderno, donde suele haber una concurrencia permanente de 120 a 130 personas.

Los catálogos no están en la Biblioteca Lenin al alcance del público. Cuando munido del carnet de entrada que habilita para utilizar la biblioteca durante un trimestre, un semestre o un año, y que se obtiene consignando los datos personales y mostrando los documentos de identidad ante un *buró* del piso bajo, sube uno al piso principal, allí se encuentra una empleada sentada tras una mesa, y a esa empleada debe mostrársele el carnet para que ella entregue el boleto que ha de servir al efecto de solicitar en la sala de lectura respectiva el libro o libros que se deseen.

Yo pasaba a aquella sala de lectores selectos —digámosle así—, donde me atendía una empleada que hablaba francés.

Alrededor de 2.000 lectores acuden diariamente a todas las secciones de esta biblioteca.

La entrega de libros llega a la suma de cuatro millones por año.

Cuéntanse allí diez millones de volúmenes.

Entre ellos pude comprobar que no se encontraba ningún ejemplar de ninguna obra de José Enrique Rodó. Allí ignoraban al gran prosista uruguayo. Eso me movió a hacer el donativo de un ejemplar de *Ariel* y de otros libros uruguayos a otra biblioteca, la de Literaturas Extranjeras, que me pareció la más apropiada al efecto, y en la cual tampoco figuraba nada de Rodó, ni de ningún escritor de mi país, a excepción de un viejo ejemplar de *Campo*, de Javier de Viana.

En ocasión del donativo pronuncié una conferencia, en español, en esa misma biblioteca, que titulé "Presentación de José Enrique Rodó y su *Ariel*". "Con una noticia sintética de la literatura uruguaya", añadían a continuación las tarjetas de entrada y el cartel con que se anunciaba en la casa, donde se hizo una pequeña exposición del libro uruguayo con los veintitantos volúmenes donados por mí y los dieciocho recién recibidos de Montevideo, enviados espontáneamente por *Wox* (el buró de relaciones culturales con el extranjero), que así se asociaba gentil y generosamente al acto. La conferencia fué transmitida por la Hora Española de Moscú a los países de habla castellana.

En ella decía yo, comentando el hecho de que entre los 10.000.000 de volúmenes de la Biblioteca Lenin y los varios cientos de miles de la

Biblioteca de Literatura Extranjera, no hubiese un solo libro de nuestro ilustre compatriota:

—¡Qué relativa es la inmortalidad de los escritores y cuán limitada su gloria!... Millones de lectores, de personas cultas y hasta de intelectuales eruditos ignoran en la U.R.S.S., y sin duda en todos los países de lengua eslava, que ha existido Rodó!

En esa Biblioteca el visitante puede buscar por sí mismo en los ficheros del catálogo, esparcidos sobre varias mesas, en una modesta sala no muy grande, la ficha del libro que desea.

Allí se halla la magnífica colección de libros que fueron regalados por la República Española. Son más de mil ejemplares de las más valiosas ediciones de España, de obras clásicas y modernas.

Una de las más importantes es la biblioteca central del Instituto Marx-Engels-Lenin, cuya sede principal es un antiguo palacio rodeado de un hermoso parque, residencia del príncipe Dolgoruki, fundador del partido de los Kadetes.

Allí se han reunido ejemplares de las obras citadas por Marx en sus libros, especialmente *El Capital*, y no han podido encontrarse todas. Quedan todavía algunas que se continúan buscando y que parecen haber desaparecido por completo.

En otra sección de ese Instituto, que ocupa un edificio construído para ello, al fondo de la plaza Sovietskáia, hay una cómoda, clara y simpática sala de lectura y varios cientos de miles de volúmenes que llenan las instalaciones de hierro de varios pisos, algunas de éstas en el subsuelo. Allí se me mostraron manuscritos de Lenin, que se hallan bajo la custodia de una vieja empleada que lo conoció personalmente y le sirvió alguna vez de amanuense. Tuve y utilicé muchas veces un carnet de esta Biblioteca, de la cual podía llevarme los libros al hotel, pero yo prefería acudir a trabajar en el sencillo ambiente de esa sala, limpia y llena de luz, en la que todo invita a la tarea sin que nada venga a interrumpirnos ni a distraernos.

La Biblioteca de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. merece también una mención especial, con sus tres millones de volúmenes.

Y son notables, además, la de la Universidad de Moscú; la de Ciencias Naturales de la Academia de Ciencias; las de algunos Institutos. Algunas escuelas primarias cuentan con bibliotecas valiosas, hasta de veinte mil ejemplares.

CAPÍTULO XXVII

LOS MUSEOS

Existe el culto, casi diría el fanatismo del Museo. El futurista Marinetti, de fascista y risueña memoria, tendría motivo para desesperarse. Yo nada tengo que objetar, por cierto, a esa plausible diseminación del Museo y de la exposición ilustrativa, que complementan y apoyan la acción del libro o le dan tema y son todavía una forma de la enseñanza y de la satisfacción cultural o estética que en el libro no cabe. Sólo podría, si acaso, advertir que tal vez el número excesivo impide una mejor instalación y conservación de algunas de esas muestras y exposiciones permanentes.

Como en todos los países con una tradición de cultura, son muchos, y se les emplea para perpetuar y exaltar en una recordación gráfica, que es a veces una evocación viva de un ambiente, de una época, de una existencia de labor, de lucha, de ideales, la memoria y la gloria de los escritores, de los sabios, de los poetas, de los artistas destacados.

De ellos hay dos consagrados a León Tolstoi. En uno se exponen fotografías y cuadros con retratos suyos y de sus parientes y amigos íntimos, con escenas en que él aparece. Están allí todos los bustos y estatuas que reproducen la figura del genial escritor, desde una copia de la famosa estatua de Trubeskoi que lo presenta a caballo, en traje de campesino, hasta un moderno busto en piedra del escultor soviético Mercurov. También los originales de las ilustraciones de sus novelas, de *Ana Karenine*, de *La Sonata a Kreutzer*, de *La Guerra y La Paz*, de *Resurrección*. Estampas y maquetas de sus dramas. Sus manuscritos. Las cartas que recibía de todos los países del mundo.

El otro es más interesante. Es la casa-jardín que compró y ocupó con su familia en lo que era entonces un aledaño de Moscú y hoy es apenas un barrio de los suburbios. Se la ve tal como en los días que la habitaba la familia Tolstoi.

La mesa del comedor muestra la vajilla dispuesta como cuando se reunía toda la familia a comer. Cerca se halla la gran sala de recibo con su amplia mesa presidida por el *samovar*, y su piano de media cola, con que Tolstoi se entretenía a menudo, y en el cual Rimsky-Korsakof hacía oír sus nuevas composiciones o acompañaba a Chialapín, que también frecuentaba las veladas e intervenía en inspirados conciertos. En un pequeño mueble se conservan cuatro álbumes de música: Beethoven, Listz, Chopin, Rossini.

Se exhiben todas las piezas, con sus muebles, cuadros, etcétera, de cada uno de los miembros de la familia, y en el piso bajo, al fondo, el cuarto de trabajo del escritor, con una biblioteca de no más de cien volúmenes, y el escritorio ante el cual llama la atención una silla demasiado baja, cuya reducida estatura se explica porque Tolstoi deseaba que sus

ojos quedasen bastante cerca de las cuartillas de papel sin que tuviese necesidad de curvar el dorso.

En una pieza contigua se guardaban las herramientas con que trabajaba de zapatero, y algunos pares de botas confeccionados por él.

Y hay todavía otro Museo Tolstoi: el de *Yasnaia-Poliania*, con la escuela y el parque donde se levanta su tumba. Pero ése queda a cientos de kilómetros de la capital.

El museo de Dostoievsky se halla en una pequeña casa que forma parte del hospital de tuberculosos que hoy lleva su nombre, porque su padre era administrador de ese hospital y ocupaba la casa en que nació y vivió los años de su infancia el célebre autor de *Crimen y Castigo*. Allí pude ver un ejemplar —hoy rarísimo—, de la traducción de *Madame Bovary* al ruso hecha por Dostoievsky. Particularmente interesante es el del novelista soviético Ostrovski —autor de una renombrada novela *Cómo se forjó el acero* y de la primera parte de otra que dejó inconclusa, titulada *Los hijos de la Tormenta*. Fué un autor que murió joven, en el año 1943. En un apartamiento de la Avenida Gorki se vive la biografía tremenda de ese hombre en desesperada y desgarradora contienda con el destino. Herido dos veces en la guerra de 1914-1918, siendo ya lisiado a causa de sus heridas, una de las cuales le afectó la medula, hubo de ser víctima, todavía, de un accidente de automóvil. Se le llevó a Moscú y se le instaló en ese apartamiento, donde permaneció varios años clavado en el lecho y sintiendo cómo la parálisis le iba invadiendo gradual e implacablemente el organismo. Allí comenzó a escribir su famosa novela. Pero empezó a quedarse ciego. Y para trazar líneas con cierta regularidad ideó un dispositivo de cartón por el cual deslizaba la hoja de papel. Ciego del todo, continuaba escribiendo. No habían de terminar ahí sus desventuras. La invalidez se le corría inexorable hacia las manos y llegó el momento en que tampoco pudo escribir. Se iba muriendo a trozos. El corazón lo sostenía, denodado. Pero él sólo vivía por el ansia de inmortalidad que se aferraba febrilmente a la creación literaria donde volcaba todo su espíritu en un acto genético, desesperado y heroico de reproducción, cuyo fruto bendito habría de ser el libro que lo perpetuase.

Se acostumbró entonces a dictar. Pero tuvo sobre todo —como consuelo y bálsamo de sus dolores físicos y morales, como permanente rayo de sol que atravesaba las nubes de su torturada existencia—, una compañera abnegada, una esposa bíblica que no se apartaba de su lado y lo sostenía y lo ayudaba en la realización de su gran sueño de dar forma a sus sueños, la misma admirable mujer que como guardiana de ese Museo prolonga más allá de la muerte la amorosa solicitud y los tiernos cuidados al esposo que continúa viviendo en la celebridad. En el año 1943, el escritor, admirado por toda la U.R.S.S., moría en el lecho que allí se contempla, cubierto de las mismas colchas que lo cobijaban en sus días de fiebre creadora y de muerte por pedazos.

¡Qué lección de fuerza de voluntad, de entereza moral, de confianza en el porvenir, de sentido profundo de la vida y de los deberes para con ella, se recibe en esa casa llena del espíritu de ese enfermo genial, que le disputaba a la muerte su gloria de escritor, rescatándola todos los días un

poco de entre sus garras tenaces, en medio de tormentos y angustias inenarrables!

Pushkin, Lermontov, Gorki, Lenin, han dado motivo a museos interesantes. Sobre todo Lenin, al cual se le ha consagrado todo un palacio recordatorio, no muy lejos de su mausoleo. A través de numerosas salas se ve accionar, luchar, estudiar, escribir, arengar, dirigir a las multitudes, conspirar, gobernar, vivir y morir, a ese extraño héroe que en los umbrales de una nueva era de la historia de Rusia se alza un tanto enigmático en su psicología de gran hombre de acción, de pensamiento político y de caudillismo civil, que mira al mundo con la expresión algo misteriosa de sus ojos mogólicos ligeramente oblicuos.

Los museos teatrales —hay varios—, el de Costumbres de los Pueblos de la U.R.S.S., el de Urbanismo; el de la Revolución, el antiguo de Historia y Etnografía (que tal vez sea uno de los más valiosos del mundo en su género); el Politécnico, donde se puede estudiar el proceso de las grandes industrias soviéticas; y exposiciones como la de Artes Populares, en que se exhiben las maravillas del artesanado y del arte tradicional del pueblo, de diversas regiones: tapices asiáticos de Azerbaiján, de Turkmenia, de Uzbekistan; lacas pintadas de Paieja; tejidos y encajes de Ukrania; incomparables trabajos, en dientes de foca y de ballena, de las poblaciones árticas; cerámicas de todas partes; porcelanas de Leningrado y Moscú; armas de Kazajstán y joyas de los Urales; esculturas siberianas de maderas o de hierro; muebles y utensilios regionales de todas las repúblicas soviéticas, o como la Exposición de Agricultura, que funciona algunos años en los meses de junio y julio; o como la del libro infantil, donde se aprecia el alto desarrollo alcanzado por la literatura para niños y la industria gráfica correspondiente, todos ellos ofrecen al espíritu curioso atracciones inagotables.

Acaso el más singular de los museos es el que se ha formado (en varias salas del Palacio de la época zarista y de estilo Imperial —con su peristilo de gruesas columnas blancas y su *frontis* clásico—, donde tiene su sede el Museo de la Revolución) con la exhibición de los regalos enviados a Stalin por sus admiradores de todas partes del mundo.

Es aquello un extraño bazar donde se han juntado las cosas más dispares, que representan en conjunto un tesoro cuantioso. Son admirables algunos tapices, entre los que no pocos lucen, como principal motivo decorativo, el retrato de Stalin. Numerosas armas, escopetas y fusiles de caños labrados, espadas, dagas, cimitarras, alfanjes de hojas primorosamente historeadas y puños de oro y plata incrustados de piedras preciosas; alhajas, piezas de orfebrería, cerámica, porcelanas, vajilla de metales preciosos, catalejos valiosísimos, trajes regionales bordados y recamados de plata y oro, un bonete de los pieles rojas norteamericanos hecho de plumas grises y blancas; pipas procedentes de todas las regiones de la tierra; botas obsequiadas por los esquimales rusos; un ejemplar de *Virgilio*, regalo de una sociedad de artistas de Bucarest; relojes de todo tamaño con las más ingeniosas maquinarias; magníficos muebles orientales; lanchas de motor; un retrato del generalísimo grabado en la cabeza de un alfiler, que sólo puede verse con el auxilio de un microscopio.

EL PUEBLO Y LOS MUSEOS.

Hay todavía los museos instalados en las iglesias y monasterios, de que ya he hablado en capítulos anteriores y especialmente ese enorme y magnífico Museo que encierra tantos en uno y que es el Kremlin (cuyas catedrales y palacios guardan tesoros de doble valor, por su belleza artística y por la riqueza material que constituyen) y los palacios y castillos antiguos de algunos grandes señores en las afueras de Moscú, como el del conde Shermitiev, de estilo imperial ruso, construído en honor de la sierva Paracha, actriz genial, que el conde hizo su esposa, y cuyas salas de diversos estilos —francesa, oriental, italiana del Renacimiento—, con su preciosa colección de cuadros de pinturas europeas y su riquísimo mobiliario, sus admirables *parquets*, sus trabajos de carpintería, puertas, marcos, artesonados y decoraciones, sus pinturas murales, sus artísticos cielos rasos, obra de los siervos, deslumbran y encantan. Ese conde ha legado a la posteridad no una, sino dos mansiones señoriales magníficas que bajo el régimen soviético se han vuelto "monumentos nacionales" entregados a la admiración pública. Ese palacio próximo a Moscú es el de Invierno. Otro no menos bello, rodeado de un parque de mayor extensión, sabiamente trazado y adornado de obras de arte, con un amplio lago y estanques, donde en los días calurosos se reúnen centenares de bañistas, es el palacio de Verano, llamado Kuskoba, que también se visita pagando un par de rublos a la entrada para admirar los ricos salones llenos de estatuas y cuadros de valor y en los que se ha organizado una exposición de porcelanas rusas, de la industria privada y oficial desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

Ese conde Shermitiev fué, sin duda, una figura interesante. Su buen gusto occidentalizado queda patente en sus palacios de un lujo, *quand même!* tan oriental, tan asiático.

Tuvo el coraje de casarse con una sierva. Una sierva, y de gran talento, que era actriz, y para la cual construyó en aquel primer palacio un teatro, que es una maravilla de ingenio arquitectónico, porque está construído de manera que, cuando se quisiese, escenario y platea se transformasen rápidamente en un salón de baile, y las columnas huecas, de madera, se desplazasen convenientemente al efecto. A nuestra vista se llevó a cabo la rápida mutación. Se ven allí los camarines del teatro con la maquinaria y los trajes de los actores. También se exhiben —curioso contraste—, los látigos y las cadenas y los cepos con que se castigaba y humillaba a los siervos caídos en falta ante la voluntad del amo.

Importante es el Museo de Bellas Artes, llamado también Museo "Pushkin", que permaneció clausurado desde el comienzo de la guerra, habiéndose evacuado como todos los de gran importancia y las grandes bibliotecas, y no pude por ello visitarlo, ni tampoco por la misma causa el Museo de *Arte Occidental*, ambos famosos, aunque no tanto como el *Ermitage* de Leningrado.

Están representados en ellos todas las escuelas y edades de la pintura y de la escultura universales, con notables expresiones. Pero más interés ofrece para un extranjero la *Galería Trétiakov*, que contiene las obras coleccionadas por los hermanos Trétiakov desde el año 1866 a 1892, en que fueron donadas, con el vasto edificio construído para su exposición, a la ciudad de Moscú.

A raíz de la Revolución fué reorganizado y sus cuadros y esculturas, que llegaban a cuatro mil, se elevaron a seis mil; pero actualmente es todavía más crecido el número porque varias colecciones que se exhibían en diversos sitios, se le agregaron y es, además, constante la adquisición de telas y esculturas de los primeros artistas plásticos de la U.R.S.S.

En ella se puede seguir la historia de la pintura rusa desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días. Los más típicos exponentes de las diversas escuelas de la pintura sagrada, desde el siglo XI al XV y al siglo XVIII, llenan los lienzos de pared de varias salas. Hay como 1.000 expuestos y se dice que en los sótanos permanecen depositados 50.000. En las otras salas a contar del siglo XVIII, se exponen las pinturas y esculturas rusas y las de algunos artistas extranjeros que vivieron y produjeron en Rusia. Se pueden admirar las mejores telas de *Briulov*, fundador de la escuela "de Moscú", de *Venetsianov*, fundador de la pintura de género ruso en el siglo XIX; la sala de Répin, de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, el más célebre pintor de la escuela realista fundada en Rusia por *Pierov*; la de *Surov*, la de *Sourikov*, de la misma época; la de *Ivanov* —anterior a estos últimos, pues floreció entre 1806 y 1858—, de quien se ha dicho que representaba la naturaleza de una manera que presagiaba el impresionismo y cuyo cuadro de grandes dimensiones *La Aparición de Cristo al Pueblo* (sin ser lo que el autor había esperado), es el que atrae mayor número de espectadores; y varias salas de otros notables pintores de cuadros históricos y de batallas, género que se ha continuado cultivando, dentro de la técnica realista, por muchos pintores de la era soviética, y cuya boga ha recrudecido con motivo de la reciente guerra mundial. También son dignas de verse las esculturas de la famosa Muxhina, que sabe aliar la gracia con la fuerza en el conjunto de su obra abundante.

Lo que más me llamó la atención en mis reiteradas visitas a ese espléndido museo, fué la concurrencia que permanentemente lo anima y que en los días festivos asume proporciones de incómoda aglomeración.

Personas de toda edad, muchos jóvenes estudiantes y escolares, soldados, oficiales del ejército y la marina, hombres y mujeres de toda condición, intelectuales y obreros manuales, se confunden en esa multitud que acude a gozar (pagando, como en todos, la correspondiente entrada) de la contemplación de las obras de arte con una especie de respeto místico, de fervor religioso. Se lee en el rostro de todas esas personas el orgullo de que tanta belleza haya sido producida por el genio artístico de sus pintores y de sus escultores. Entran en columnas, apresurados; descienden a los amplios sótanos a dejar sus abrigos y sombreros en los inmensos guardarropas; se dispersan por los salones como impulsados por una ardiente sed de cultura y de elevadas emociones estéticas.

Allí se siente una rara vibración de espíritu en ese pueblo recio, exteriormente rudo, que rodea y asiste con su adhesión calurosa a la obra de sus artistas, que no queda como en otras partes, confinada a la soledad un tanto huraña de museos que sólo visitan con más premura que respetuosidad impacientes turistas.

Yo pude comprobar la fuerza de atracción de esa galería realmente gloriosa sobre el ánimo de gentes sencillas. Me había sentado en un banco del sótano aguardando se despejase un poco de clientes el mostrador que me correspondía en una de las múltiples secciones del guardarropa. Vino a sentarse a mi lado un hombre del pueblo, ni muy joven ni muy viejo. Entabló conversación conmigo dándome a entender en ruso su admiración por lo que había visto arriba, en aquel *bolchoi* (grande) "depósito de cultura".

No tardó en comprender que yo era extranjero.

—¿De dónde? — me preguntó.

—Del Uruguay, país de América del Sud.

—Pues yo soy del Don-bas. Trabajo allí.

En eso acercósele un amigo.

—Este —añadióme—, es mecánico de la ciudad de Kosku, cerca de la Estación Eléctrica del Donetz. — Ambos me hicieron saber que partían a la mañana siguiente de Moscú, adonde habían venido por siete días, y se sentían felices de haber pasado unas cuantas horas en esa catedral del Arte ruso.

Eran obreros, simples y toscos, pero tenían la sensibilidad abierta al prestigio del Arte.

Pero el Museo más próximo es ese que encierra tantos en uno, el Kremlin, al cual no llega el gran público, pues no puede penetrarse sino mediante una autorización especial. Varias horas invertimos nosotros recorriéndolo sin poder ver más que por fuera sus cuatro iglesias, cuyos interiores estaban siendo restaurados por ese entonces. Son a cual más bella. Cerca unas de otras rivalizan en grandiosidad y armonía de líneas ostentando distinto carácter como representantes de diversas épocas. Allí se admira la majestuosa catedral de la Asunción (Uspereski Sobor), obra del arquitecto Rodolfo Fioravanti, de Bolonia, construída en tiempos de Iván III, cuyo frente se reproduce en el Gran Teatro, para formar el fondo del primer acto de la ópera *Boris Godunov*, porque en esa catedral se efectuaba la coronación de los zares después del siglo XVI.

Y es todo aquello un dilatado recinto donde se han juntado, como en permanente asamblea de fantasmas ilustres y de tangibles presencias actuales, el alma de siglos pretéritos que respira en las quietas evocaciones de esos templos con sus ramilletes de cúpulas semejantes a inmensas burbujas de oro, o de aquellos palacios imperiales poblados de historia y de leyenda, y el espíritu moderno de los palacios políticos contemporáneos —el de las grandes salas de los Soviets, el de las oficinas y salas de recepción para frecuentes usos oficiales—, sobre los cuales se eleva la amplia cúpula civil con la bandera roja al tope, signo de la nueva soberanía imperante.

A un costado de la citada catedral se destaca, en una línea de edificios civiles, el famoso Palacio de las Facetas *(Granovitaia Palata)*, así llamado porque las piedras de su fachada están talladas en forma de punta de diamante. Fué construído en 1491, por los italianos Marco Ruffo y Pedro A. Solario. Allí se hallaba la sala del trono y de recepción en las grandes solemnidades de los tiempos de Iván III y de Iván el Terrible. Las pinturas que luce, son en verdad interesantes. Hacia fines del

siglo XVI había sido ornamentado con frescos que, en 1612, durante la ocupación polaca, fueron destruídos, para ser restaurados cerca de cincuenta años después por Uchakov, el célebre pintor del siglo XVII.

En 1882 se añadieron las pinturas murales que se contemplan actualmente. Todas ellas fueron concebidas en el espíritu de la autocracia de Iván el Terrible, que enfrentaba al feudalismo. En el *plafond* impera "Dios todopoderoso", rodeado de ángeles; mientras en los muros resplandece la leyenda que remonta y remite los orígenes del poderío zarista al emperador romano Augusto. En efecto, en el muro que queda a la derecha de la entrada, se ve al emperador de Bizancio que envía las insignias imperiales al príncipe ruso Vladimir Monomaki. Y en el muro opuesto, seis frescos muestran a los zares en actitud de defensa del pueblo contra los *Boyardos*.

De él se pasa a otro palacio, del siglo XVI, muy típico, del que se conserva el arreglo interior. En su cuarto piso se visitan las cinco estancias que servían de apartamento privado al Zar Alexi Mikailovich, del siglo XVII. Allí están la antecámara donde aguardaban los *Boyardos;* la cámara donde se reunía la asamblea de los *Boyardos*, adornada con muebles de estilo barroco alemán; el gabinete de trabajo, donde el zar recibía a los dignatarios del Estado, el dormitorio con su lecho de madera esculpida rodeado de cortinas de seda de China, y el oratorio, con íconos de gran valor.

Todo ello es fuertemente evocador, como lo es asimismo el moderno y lujoso palacio San Jorge, mandado construir por el zar Alejandro y en el que son de una suntuosidad impresionante el hall de entrada, la escalinata de mármol, con sus candelabros y lustros de bronce dorado y cristal, y su sala de fiestas.

La exposición de armas, de todos los tiempos, y el museo de los regalos que recibieron los zares en diversas épocas y de todas partes del mundo, así como el de los vehículos usados por ellos, mantienen vivo durante horas el interés del visitante en los grandes palacios que ocupan a no mucha distancia de la solemne "Plaza de las Catedrales", de tan alto valor artístico e histórico.

No termina ahí el "paseo arqueológico" del Kremlin. Pero para realizarlo integralmente se requieren muchas más horas de las que es posible disponer en un solo día.

LA HISTORIA MUTILADA.

Para poner remate al presente capítulo retornemos al Museo Lenin, que se halla cerca del Kremlin, sobre la calle Bolchoia Dimitrovka, en un ángulo de la Plaza de la Revolución y ocupa un gran edificio de tres o cuatro plantas, de estilo ruso.

Ya he referido que ese museo constituye una completa y minuciosa biografía de Lenin realizada por medio de la exhibición metódica de todos los elementos gráficos y materiales que dan testimonio de una vida en sus múltiples pormenores y la van expresando a lo largo de todo su itinerario, desde la cuna al sepulcro.

La actividad intelectual y política del hombre queda allí reflejada

en sus manuscritos y sus libros, en sus cartas y sus manifiestos, en los periódicos que escribía y en los folletos que editaba, en las fotografías que nos lo muestran leyendo o escribiendo, hablando en privado o en público, con pocos o con muchos... Los pormenores íntimos de su existencia aparecen allí, y son, como siempre ocurre cuando se trata de las grandes figuras históricas, los más conmovedores. No falta nada de lo que le rodeaba en su intimidad y de lo que formaba en torno suyo esa compañía y esa atmósfera espiritual de las cosas sin otro espíritu —nada menos— que el del propio héroe trasmitido, transfundido a ellas en la utilidad que le prestaban o en la presencia inmóvil con que lo servían. Los lechos, la mesa de trabajo, la silla, los sillones, los utensilios, las piezas de ropa, el calzado, todo cuanto va formando en la vida de un hombre parte de sí mismo porque no puede prescindir de nada de ello para desenvolverse en el mundo, allí se halla dispuesto en forma de hacernos ver viviendo, y también muriendo, al "padre" de la Revolución bolchevique.

No puede menos de ser ese museo todo un panorama de ese trecho de la historia de la Revolución rusa en que Lenin actuaba como cabeza del movimiento insurreccional de masas obreras que lo condujo al poder. Todo ese trecho aparece historiado en el reflejo gráfico que fija sus momentos culminantes en toda clase de documentos donde aquella realidad pasada revive a nuestros ojos, impresionándonos sobre todo los retratos y las fotografías de los principales actores, de las reuniones de los comités, de las grandes asambleas y de los más memorables mitines populares.

Allí se ve a Lenin y a quienes lo secundaban y rodeaban, en los más diversos planos.

También se le ve actuar, y junto a él se ve a sus más destacados o cercanos colaboradores, después de alcanzado el triunfo, en sus funciones —no ya de conspirador y agitador de masas, que arrastraba empleando como único recurso la fuerza suasoria, un tanto fría, pero en tensión siempre pujante, de su razonamiento y de su lógica— sino de gobernante y dictador.

Y bien: lo que me resultaba pasmoso es que toda esa iconografía, toda esa documentación biográfica de Lenin, hubiese sido expurgada, prolija e inexorablemente, para no dejar asomar, en ningún instante ni en ningún rincón o resquicio del cuadro de su vida política, la presencia de los que habían estado junto a él en muchos momentos salientes de su historia pública y que luego fueron víctimas de uno de los famosos procesos de Moscú.

La "purga" política se prolongaba en purga histórica, con un implacable efecto retroactivo, con un cruel alcance hacia atrás para extraer del pasado, desterrándolos hacia el anonimato, a los que como Trotsky o Bujarin o Zinoviev o Radek habían sido expulsados del presente. Se les expulsaba, asimismo, del pasado para que las generaciones futuras no recogiesen su recuerdo y los ignorasen en absoluto.

El caso era chocante sobre todo en cuanto a Trotsky, porque habiendo sido el más prestigioso y brillante orador de la Revolución, tuvo en las jornadas de Octubre, y antes todavía, desde el día mismo en que llegó Lenin a Moscú, una actuación destacadísima; y porque después,

como miembro del gobierno y organizador del Ejército Rojo, su papel fué de esos que no pasan por cierto inadvertido en el curso de los acontecimientos más trascendentales de un período histórico del país.

Puede apostarse que nadie lograría encontrar en ninguno de los cuadros y grabados de ese museo, el retrato de Trotsky, ni en las fotografías de los mitines callejeros o de las grandes reuniones en teatros, estaciones de ferrocarril, fábricas, etcétera, donde se sabe que Trotsky estuvo y tomó parte.

Tampoco, como es obvio, se le descubre en las fotografías o estampas o cuadros al óleo que fijan escenas de la actividad gubernamental de Lenin junto a otros personajes del gobierno.

Se le ha proscrito de la historia oficial, que, hoy por hoy, es toda la historia escrita de la Unión Soviética que se conoce en la nación.

Los niños de las escuelas y los alumnos de los institutos que desfilan diariamente por las salas del museo, conducidos por *cicerones* que van explicando y relatando las cosas expuestas, ubicándolas en la vida del personaje, no sacarán de allí ningún atisbo de que haya podido existir y actuar, cerca o lejos de Lenin, un revolucionario llamado Trotsky.

Lo mismo ocurre con otro museo: el de la *Revolución*, situado en la avenida Gorki, donde se ha querido ilustrar la historia del partido Comunista, de gran parte del movimiento revolucionario ruso y de todo el movimiento bolchevique.

Allí se documentan numerosos pasajes de la guerra civil en que Trotsky, como comisario de Guerra y organizador del Ejército Rojo, intervino innegable y evidentemente. Y, sin embargo, tampoco en ese museo existe un solo indicio de su participación en los hechos revolucionarios ni en la propaganda revolucionaria, ni en la vida oficial del Estado bolchevique.

Para la mentalidad de las nuevas generaciones soviéticas nada debe significar la acción y la personalidad de ese enemigo, que fué exilado del territorio y de la crónica, perseguido y muerto en tierra extraña, y del que sólo se hace, en cada aniversario de la muerte de Lenin, una breve recordación cinematográfica cuando se exhiben unos films biográficos por donde atraviesa entregado, con Bujarin y otros, a sombrías conspiraciones para armar la mano de la mujer que atentó contra Lenin.

Es, sin duda, todo un exponente de crueldad asiática esa condenación retrospectiva, esa expatriación al limbo de lo increado, que arranca del escenario de la historia de un país a sus principales actores para que ni siquiera pueda alguien reconocerles un mérito pretérito, como si las culpas ulteriores borrasen todo el camino andado y apagasen huellas que antes se tuvieron por luminosas.

Lo que ello revela, por lo demás, es que se temía y se sigue temiendo, que en cualquier momento la memoria de Trotsky pueda ser una bandera peligrosa en manos de los disconformes, a quienes Stalin ha reducido a la impotencia y al silencio, matándolos, encarcelándolos, confinándolos y amordazándolos, pero que no mueren del todo, porque el disconformismo renace todos los días, mucho o poco, y con él pueden reaparecer los trotskistas, siempre menos temibles o incómodos por su número que por su extremismo exaltado.

Capítulo XXVIII

LA PRENSA

No se ve tanta gente como en otras ciudades —Nueva York, París, Buenos Aires, Montevideo— leyendo diarios, lo cual se debe, sin duda, a que la prensa soviética cotidiana es muy pobre en material, aún comparada con la de países de mucha menor importancia.

En un país como el nuestro la prensa refleja, en la diversidad de sus órganos, una gran variedad de opiniones y tendencias políticas o sociales. Cada corriente, cada matiz de la opinión pública tiene por lo menos un diario o periódico que le sirve de portavoz. Y como cada ciudadano, y casi cada habitante, participa de un modo u otro en el debate político, tomando partido aunque sea como espectador que aplaude o silba, en favor o en contra de uno u otro contendiente, nadie deja de comprar el diario de sus simpatías para informarse por él de los sucesos de cada día, siendo ésa, por lo demás, en la mayoría de los casos, su única lectura. Los diarios, por su parte, tratan de dar base perdurable a esa preferencia excluyente, esforzándose en sustituir al libro con secciones culturales y suplementos ilustrativos, al menos en la medida en que lo permite la crisis del papel.

Hasta la manera de distribución contribuye a que el diario y la revista circulen más visiblemente entre nosotros que entre el público soviético. El vendedor de diarios los acerca al comprador, los lleva hasta sus manos, va a buscar a éste en la calle, en la puerta de su casa, en el tranvía, en el café, en el vestíbulo de los teatros y cines, en el portón de la fábrica, en la entrada o salida de los sitios de trabajo. Y se ven, por tanto, en muchas manos a ciertas horas. Esa facilidad de hallar la hoja informativa acostumbra al ciudadano a no conformarse con un órgano periodístico, sino que generalmente necesita comprar dos o tres, apenas cuente con recursos pecuniarios para costearse ese hábito.

En Moscú —como ya lo he referido— los diarios y revistas se expenden en algunos kioskos, no muchos, por cierto, ante los cuales el público forma colas larguísimas, y se remiten por medio de repartidores o por correo a los abonados.

Hay, además, en los muros de algunas calles, carteleras donde pueden leerse los diarios del día, y ante las cuales se ven siempre apostados unos cuantos lectores. Esto no basta, por cierto, para hacer de la lectura de periódicos en público una manifestación notable, ni mucho menos, de la vida urbana.

Allí son pocos los que leen más de un diario. Nada estimula a leer más de uno. Ni las dificultades para comprarlos, ni la semejanza de contenido, tanto de informaciones como de comentarios y temas, sin desconocer que nunca faltan en los órganos principales —*Isveztia* y *Pravda*— artículos firmados por buenos periodistas, sobre asuntos interesantes. Apenas media docena de cotidianos aparecen en Moscú: *Isveztia, Pravda, Trabajo, Estrella Roja, Komsomols* y *Moscú Vespertino* (diario de la tarde). Uno es órgano de los Soviets, otro del partido Comunista, otro de los Sindicatos, otro del Ejército Rojo, otro de las Juventudes.

Un criterio único los inspira. La vida cívica de la U. R. S. S. es unitaria, mejor dicho, *uniformitaria* en su letra y en su espíritu, y ella excluye divergencias de apreciación política en los órganos de la prensa, que inevitablemente responden a la inspiración central de los responsables de la marcha del Estado, de los dirigentes de la nación, que son el partido Comunista y los gobernantes, teóricamente los delegados de éste.

No hay, por tanto, polémica entre los diarios. Estos, por otra parte, son más del viejo tipo de los diarios europeos que de los americanos. La información internacional, que es en éstos tan extensa y prolija, no ocupa en los cotidianos soviéticos sino una página o dos tercios de página a lo sumo.

Los diarios más importantes de Moscú dedican cierto espacio, relativamente no pequeño (son diarios de seis u ocho páginas, cuando mucho) a la información telegráfica del exterior, a cargo de la Agencia Tass y de corresponsales especiales.

Es la misma que en más reducidas dosis aparece en todos los otros órganos informativos del país.

Se trata, como no puede ser menos, de una información tendenciosa, dirigida oficialmente. Ella sólo deja llegar las noticias que el pueblo soviético puede absorber y digerir sin perjuicio para las opiniones que el gobierno considera saludables.

Es una ventana entornada sobre el mundo, por la que sólo pueden percibirse trozos de la actualidad internacional, escogidos con las pinzas del criterio gubernativo.

Pondré un ejemplo. El público soviético sólo tuvo alguna noticia, muy escueta por lo demás, de la aplicación de la bomba atómica contra los japoneses, un mes y pico después del acontecimiento.

Y toda referencia al respecto tendía a despojar de importancia al suceso, como si no hubiese influído para nada en el curso de la guerra con el Japón.

Yo me hallaba en Estocolmo cuando la prensa mundial dió a conocer los dos ataques a sendas islas japonesas y los diarios suecos gritaban con grandes titulares la noticia, y comentaban con sensacionales artículos sobre todo el ataque a la ciudad de Hiroshima, a raíz del cual el gobierno del Japón consintió en rendirse sin condiciones.

Cuando pocos días después retorné a Moscú pude comprobar que sólo estaban enterados del asunto los círculos diplomáticos y militares extranjeros, mientras la población soviética ignoraba que el Japón acababa de ser obligado a cesar en su porfiada resistencia por la fulminante y aterradora potencialidad de esa nueva arma, ante la cual se viera reducido en pocas horas a una irremediable impotencia.

La prensa soviética había quitado importancia a ese factor decisivo y ni lo mencionaba casi, porque al pueblo de la U. R. S. S. se le hacía creer que los japoneses habían renunciado a continuar luchando en cuanto vieron que los ejércitos de la Unión Soviética invadían, irresistibles, la Manchu-

ria, suprimiéndoles toda probabilidad de hacerse fuertes en ese territorio y encontrándose cogidos entre dos fuegos.

El gran factor de la rendición japonesa habría sido, pues, según la versión soviética, el Ejército Rojo con sus brillantes y fulmíneos avances en Manchuria.

Para no tener que compartir con las armas norteamericanas el mérito de haber puesto fin a esa guerra, a la que el Ejército Rojo había entrado hacía muy pocas semanas, convenía desdeñar la bomba atómica como elemento decisivo.

Luego se ha visto cómo la propaganda comunista ha insistido en esa versión unilateral de los hechos, para justificar las exageradas pretensiones de la U. R. S. S. en materia de reparaciones por parte del Japón, con el cual se había mantenido en relaciones amistosas hasta pocos días antes de la terminación de la contienda, en que sólo intervino cuando ya el imperio japonés no podía prolongar, por mucho tiempo, su desesperada agonía.

No se busque en sus diarios ninguna de esas crónicas donde abreva la frivolidad, la tilinguería o el vicio de un vulgo lector cuya mentalidad atrofia en los países capitalistas la prensa corriente, sirviéndole platos de su más torpe o tonta predilección.

No traen ni esa ridícula crónica social, que es una estúpida feria de vanidades; ni esa crónica policial hipertrofiada, que suele explotar con más sensacionalismo que veracidad la llamada "nota roja"; ni esa sección deportiva que dedica páginas enteras al fútbol y a sus protagonistas; ni esa crónica hípica que emplea mucho espacio en informar de la vida y milagros de los caballos de carrera.

Eso no excluye que se dé noticia de algún partido importante de fútbol o de *hockey* y se haga crónica del mismo, aunque siempre con mucha sobriedad y economía de espacio.

En cuanto a los hechos criminales, lo corriente es que no se halle ni una mínima referencia a los mismos. Sólo muy por excepción, y cuando se trata de casos muy especiales, se narra sucintamente, en cuatro líneas, un suceso cuyo conocimiento conviene difundir para poner en guardia a la población, como ocurrió a raíz de terminada la guerra, cuando se desató por la ciudad una ola de bandolerismo, como en todas las ciudades de Europa, y se consideró útil poner sobre aviso al público y enterarlo al mismo tiempo de las enérgicas medidas con que se reprimían los crímenes y se hacía frente a los criminales.

No se explota, pues, la llamada *crónica roja*. Pero si es plausible esa decisión de no especular con el delito y no cultivar la morbosa inclinación del público a solazarse con lecturas malsanas, no me parece lógica la constante y completa exclusión de referencias a sucesos cuya información puede ser útil desde algún punto de vista.

A ese propósito debe señalarse que no hay en ningún diario dato alguno sobre las prisiones realizadas durante el día, o la semana o el mes.

Como los periódicos no dan cuenta de ningún hecho de carácter policial, no puede saberse nunca quiénes han sido reducidos a prisión, aunque sea por una infracción de las ordenanzas del tránsito.

Entre nosotros, cuando la policía detiene a alguien y lo encarcela,

suele saberse por la prensa, sobre todo si se trata de una detención arbitraria, que da lugar a las protestas del damnificado.

Lo más sombrío de la vida de cada ciudadano en la U. R. S. S. es, precisamente, que nadie se entera cuándo la policía conduce a una persona a la cárcel o la saca de su domicilio a altas horas de la noche.

Muchas veces los propios miembros de su familia no lo saben sino después de algunos días.

En todo caso, no es la prensa la que suministra la información o se hace eco de reclamaciones y protestas motivadas por errores o procedimientos policiales injustos.

Eso facilita, como se comprende, la acción policial por causas políticas, tanto más cuanto que si se declaran delitos políticos los que en otras partes son comunes, es siempre para aumentar la culpabilidad del actor.

Y si no hay en esos diarios de pocas páginas "ecos sociales", que sólo interesan a los pobres de espíritu que se pagan de figurar en ellos, hay en cambio referencias honrosas a tal o cual obrero u obrera, a tal o cual koljosiano o koljosiana que han sobrepasado en grado sorprendente su "norma" de trabajo o han realizado en el desempeño de sus tareas algún acto digno de mención.

Y cuando en la crónica de algunas reuniones, de algún acto público —celebración de una fecha, inauguración de una exposición, etcétera— se da cabida a un breve "eco social", es para decir que entre la concurrencia se hallaban tales sabios y artistas destacados, tales *héroes* de las armas o del trabajo, tales obreros o campesinos *stajanovistas*.

Es, por otra parte, una costumbre periodística que condice con otra también altamente simpática: la de las tablas de honor que se pueden ver en alguna plazuela de Moscú, donde se exhibe la lista de los obreros que se han destacado por méritos en su trabajo.

Bien está, sin duda, que en vez de conceder el halago de la publicidad, como se estila en muchos órganos de la prensa capitalista, a las bellezas de moda, a las damas elegantes y ociosas de la "alta sociedad" y a los caballeros de "posición social", ese galardón se discierna entre personas que se distinguen por su saber, por su talento o por su meritorio empeño en ser útiles.

UNA "COLABORACIÓN" EN "PRAVDA".

Quizás no carezca de interés recordar cómo y en qué circunstancias me cupo la suerte de insertar una carta mía en *Pravda*.

Ocurrió que en una de las primeras reuniones de la asamblea de las Naciones Unidas, el Uruguay presentó, como es sabido, una proposición para que no se aplicase la pena capital a ninguno de los procesados en Nuremberg.

Esa proposición fué de inmediato rebatida por la delegación soviética, y en la U. R. S. S. alcanzó una repercusión periodística rudamente desfavorable. Las informaciones telegráficas reprodujeron las palabras del delegado soviético, que se pronunció con airada crudeza. Siguieron los comentarios de la revista *Los Tiempos Nuevos*, que publica, además de la edición rusa, una en inglés y otra en francés. Y tras ellos fueron apare-

ciendo otros no menos adversos y severos en los órganos diarios, incluso caricaturas, como una de *Trud* gráficamente muy buena, pero de una intención más filosa que una navaja y más tóxica que el cianuro. Allí se veía a un señor de chistera y jaquet (el "delegado uruguayo Medina"), extrayendo de un palomar la paloma de la fraternidad para echarla a volar hacia Nuremberg, mientras por detrás y a la altura de los faldones del jaquet aparecía la mano del nazismo empujándolo, o sosteniéndolo.

Era, con todo, menos envenenada que un artículo publicado bajo firma en el cotidiano del partido Comunista, con el título a dos columnas de "Los tartufos del Uruguay".

En éste se descargaban los golpes sobre la cabeza de turco del "delegado Medina" (era Fernández y Medina) como si fuese suya toda la responsabilidad de una proposición que por fuerza debía ser de la iniciativa de su gobierno. Y se decía en ella que, a pretexto de sentimientos humanitarios, sólo tendía a favorecer a los criminales nazis, como que surgía inspirada y dictada por los círculos nazis. Los "tartufos" del Uruguay aparentarían un "repugnante humanitarismo" mientras no buscaban sino servir a la causa del nazismo salvando de la muerte a tales enjuiciados.

El artículo, si bien solamente aludía al delegado y a los "tartufos" que desde el Uruguay lo acompañaban en su gestión, era toda una descarga de artillería gruesa contra el mismo Uruguay, dado que la proposición había emanado, naturalmente, del gobierno y había contado con el respaldo de la opinión pública. Era de temerse que continuase la campaña a través de otras publicaciones, y luego de advertir a mi gobierno de mi propósito de atajarla, envié una carta al diario soviético, en la que rechazaba la intención calumniosamente atribuída a la propuesta uruguaya y la explicaba como afirmación doctrinaria de un país que quería poner en consonancia su actuación internacional con los principios filosóficos en cuya virtud su Constitución y sus leyes penales excluían la última pena para toda clase de delitos.

Podía suponerse que no se publicase mi carta.

El hecho ocurría en el momento mismo en que el boletín informativo de la Embajada Británica daba a conocer una curiosa incidencia periodística.

El corresponsal diplomático del *Daily Herald* había denunciado en su diario que la prensa soviética, al dar noticia de un discurso de Bevin ante la Cámara de los Comunes, omitió el pasaje sobre la política exterior, donde se hacía objeto de especial y subrayada mención del tratado anglo-soviético.

La omisión no podía interpretarse sino como un simple rasgo de la campaña de la prensa soviética contra la política internacional de Inglaterra, cuyo gobierno laborista tenía la virtud de encender la más virulenta fobia del Kremlin y de su prensa por razones, en gran parte, de rivalidad doctrinaria. Había que desprestigiar, a toda costa, más aún que al imperialismo británico, al odiado rival histórico con el cual se pactara una alianza durante el gobierno laborista, pese a ser éste un gobierno de trabajadores y precisamente por eso. Porque si ese gobierno ganaba prestigio ante el mundo y si su experiencia socialista tenía éxito, la causa comunista

bolchevique sufriría un duro golpe, ya que así se habría reforzado en todas partes la corriente de la socialdemocracia, según la cual es posible y deseable implantar el socialismo por los métodos de la democracia y de la evolución política y jurídica, que excluyen la dictadura y la violencia.

Y bien; el diario inglés protestaba por esa deliberada omisión y decía que una completa y correcta publicidad de una y otra parte, era de vital interés para las buenas relaciones anglo-soviéticas.

Llamaba, entonces, la atención sobre la oferta formulada el 28 de setiembre de 1946, es decir casi cinco meses antes, para un intercambio de informaciones en *Isveztia*, que fué aceptada por el órgano de los Soviets, a pesar de lo cual *Isveztia* no reprodujo el artículo del *Daily Herald* con que se iniciaba el intercambio y que le fué cablegrafiado. Ni envió por su parte una línea; y en tal punto quedó cortada la corriente, dándose como explicación que se había enfermado el redactor encargado de esa tarea.

Estaba claro que no se quería renunciar a decir, o dejar de decir, sobre la política británica lo que conviniese propalar, o silenciar, en Rusia, sin contraer el compromiso de dar circulación a las noticias del diario de Londres.

Los telegramas hablaron de esta risueña incidencia, y en Moscú se la comentó con las consiguientes sonrisas en el mundo de los diplomáticos y periodistas extranjeros.

Fué por esos días, precisamente, que a mí me tocaba poner a prueba la accesibilidad de la prensa soviética para una rectificación tan molesta, como suelen serlo para un diario todas las rectificaciones.

Envié la carta a la redacción de *Pravda*, y aguardé un par de días. Como no apareciese, solicité audiencia al jefe de la Sección Relaciones con América y puse en su conocimiento que había remitido una respuesta a dicho diario, sin tener aún ninguna noticia sobre la suerte de ella.

El funcionario del Comisariado de Relaciones creyó que yo iba a pedirle que intercediera para que el diario la publicase. Le expliqué que no se trataba de eso, pues siendo yo muy respetuoso de los derechos de la prensa, admitía que en un país donde la ley no establece, como en el nuestro, la obligación de dar cabida a rectificaciones cuando se alude a alguien, la dirección del *Pravda* se negase a insertar una refutación a sus propios artículos.

Lo que yo quería era que el Comisariado tuviese la amabilidad de indicarme dónde, en qué otro órgano podría yo publicarla.

El funcionario se dió cuenta de que yo estaba dispuesto a no cejar en el empeño de hacerla publicar en alguno de los más importantes órganos, y sin duda comprendió que yo hacía cuestión de cartera de esa posibilidad, dado que cerrarme las columnas de todos los diarios hubiera sido adoptar una actitud oficial de complicidad evidente con los ataques del periodista del *Pravda*.

—Opino —me dijo— que su carta será publicada en ese mismo diario. Si aun no ha aparecido será por la falta de espacio de que adolecen ahora todos los órganos de la prensa.

Pero se mostró extrañado de que yo saliese en defensa de la mala causa... No concebía que pudiese defender la proposición uruguaya. Le demostré, con la carta en la mano, que en ésta lo que yo en realidad de-

fendía era la reputación del Uruguay de las calumniosas imputaciones de haberse puesto al servicio de los nazis y de estar influído internacionalmente por las maniobras de los tartufos. En cuanto a la proposición en sí, yo la explicaba por las razones ya expresadas y como afirmación de una posición doctrinaria que podía emparentarse con corrientes espirituales del propio pensamiento ruso, pues entre los grandes contrarios de la pena de muerte debía contarse León Tolstoi, con sus ideas humanitarias opuestas a toda violencia y hasta al derecho de castigar. Pero yo, si bien aclaraba, asimismo, que pedir la no aplicación de la pena capital, estaba lejos de significar la absolución de los criminales y la esperanza de volver a verlos en libertad (ya que podía proponerse, como garantía de que no eludirían el castigo, que quedasen custodiados por la propia Unión Soviética), no me detenía a pronunciarme sobre la oportunidad y fundamentos filosóficos de la proposición, toda vez que el gobierno uruguayo, ante el requerimiento del presidente de la Asamblea, la había retirado y luego no había insistido en ella.

Todavía se me hizo notar que en el Uruguay se había desatado una campaña de prensa contra la U. R. S. S. y que el gobierno se había negado a ponerle fin.

—En el Uruguay el gobierno —repliqué— no está facultado por ninguna ley para aplicar la censura periodística.

Además, si el ministro de la U. R. S. S. hubiera querido responder a esos ataques enviando comunicados a los diarios, habría hallado cabida para él no en uno, sino en muchos órganos de la prensa. Desde luego, en los que en esa misma ocasión polemizaban con los adversarios del régimen soviético.

—Pero, entonces, ¿se puede en su país atacar a un gobierno amigo?

—Lo importante es que siempre se le puede defender con el mismo derecho con que se le ataca.

La conversación terminó expresándome el funcionario que le parecía segura la aparición de mi carta en *Pravda*.

—Me cerciorаré de los propósitos de la Dirección. Si se me responde que aparecerá, aguardaré otro día a que aparezca. De no ser así, volveré a molestarles para que se sirvan aconsejarme a qué diario puedo remitirla.

Esas fueron mis últimas palabras en la entrevista.

Yo no sólo tenía interés en que viese la luz mi respuesta, sino en que no apareciese demasiado demorada, fuera de toda actualidad.

Envié a preguntar a la redacción qué se había resuelto sobre la inserción de mi carta, y se me informó que saldría al siguiente día. Y así fué, en efecto.

En un sitio de preferencia, con título a dos columnas, como el artículo que la había provocado, apareció, acompañada, eso sí, de una breve nota final con una pretendida rectificación. Como yo dijera que la proposición uruguaya había sido retirada por nuestra delegación, y prácticamente, asimismo, por nuestro gobierno al no volver a presentarla para que se votase, la nota me enmendaba la plana haciendo constar que aquélla había sido descartada por la Asamblea. La rectificación no procedía. Pero el detalle no valía la pena de una aclaración de mi parte, pues lo importante era que se me hubiese dado la satisfacción de defender ante los lec-

tores del *Pravda* el buen nombre del Uruguay y la reputación con que se honra nuestro pueblo de sentirse animado de un espíritu democrático, del cual dió pruebas —como lo decía— durante todo el curso de la guerra contra el nazi-fascismo, desde el primer momento y sin vacilaciones.

Era, acaso, la primera vez que en un diario soviético se había producido eso que podría llamarse paso de polémica diplomática. El caso, por lo insólito, llamó mucho la atención de los diplomáticos y de los periodistas. Algunos corresponsales extranjeros así lo manifestaban en sus telegramas.

Los diarios de Montevideo, del 27 de febrero de 1946, insertaban la siguiente nota en su sección informativa del exterior:

"PRAVDA" PUBLICÓ UNA EXTENSA CARTA DEL DR. EMILIO FRUGONI

Moscú, 27 (UP) — Pravda *concede mucho espacio a una carta dirigida al director, por el doctor Emilio Frugoni, ministro uruguayo en Moscú, quien polemiza con Konstantin Domidov. Este, en un artículo del 15 de febrero, atacaba enérgicamente a la delegación uruguaya a la ONU por pedir la suspensión de la pena de muerte a los acusados de Nuremberg.*

Frugoni dice: "Deseo borrar la insultante sugestión de que la acción fué una maniobra reaccionaria de resultas de la cual pudiera haberse utilizado a la delegación uruguaya para intrigas fascistas en favor de los criminales de Nuremberg, organizadores de los crímenes más monstruosos que haya conocido la humanidad.

Cualquiera que haya sido la propuesta uruguaya, de ningún modo pudo hacerse deliberadamente con fines de intriga y de maniobra, dirigidas contra las aspiraciones de unidad de las Naciones Unidas."

Moscú, 27 (UP) — El ministro del Uruguay en Moscú, doctor Emilio Frugoni, en su declaración hecha por la prensa, declara que el carácter antifascista y democrático del pueblo y el gobierno uruguayos son "un modelo para otras repúblicas sudamericanas".

Dijo que la delegación del Uruguay a la ONU objetó en su sentido filosófico la pena capital.

"En ninguna circunstancia puede atribuirse al delegado uruguayo deslealtad o simpatía por criminales, cosa que iría en contra de los verdaderos sentimientos de nuestro pueblo. La diplomacia uruguaya nunca fué ni será diseminadora de extrañas ideas. Igualmente, es incorrecto acusarla de ser instrumento obediente para la ejecución de siniestras influencias foráneas."

Una nota editorial de Pravda *dice que Uruguay retiró la resolución sólo como resultado de la decidida objeción del Comité General y en particular de los miembros soviéticos.*

Desde entonces algunos colegas se complacían en llamarme, cuando estábamos en tren de broma, "distinguido colaborador de *Pravda*".

Tengo para mí que lo decían con cierta envidia, que algunos probablemente también habían sentido cuando los diarios de Moscú publicaron un telegrama de Montevideo con la noticia de que en el Consejo de Gobierno el presidente doctor Amézaga había hecho referencia a un informe

mío sobre el nuevo Plan Quinquenal Soviético, trasmitiendo mi opinión favorable a que en el Uruguay se adoptase la técnica de planificar la producción y la economía, siguiendo un camino en el que mucho podríamos aprender de la experiencia rusa.

La repercusión que el hecho había alcanzado en la prensa moscovita me había valido felicitaciones del Comisariado de Negocios Extranjeros.

LA LIBERTAD DE PRENSA.

El periodismo de la Unión Soviética pretende ser libre, más libre que el de cualquier otro país del mundo. En los órganos soviéticos se ha escrito mucho, en los últimos tiempos, sobre la libertad de la prensa, y en ellos se rechaza con indignación y virulencia la acusación, que califican de vil calumnia capitalista y reaccionaria, según la cual en la U.R.S.S. no existe dicha libertad.

En esa cuestión, como en todas, la táctica comunista consiste en defenderse atacando, o sea, en dejar a un lado la objeción del crítico para oponerle, a su vez, una objeción. Al ataque, los soviéticos responden con el ataque. Táctica de guerra. Pero el esclarecimiento de los hechos de la vida de una sociedad o de un país no es una simple operación de guerra, y en buena lógica no se demuestra que una persona sea honrada demostrando solamente que sus enemigos no lo son.

Cuando se plantea, pues, el problema, los apologistas soviéticos se consagran a poner de relieve la situación en que se hallan los periodistas en el mundo burgués, donde se ven obligados, para vivir, a poner su pluma al servicio de las empresas periodísticas y a tono con las opiniones de los propietarios del órgano en que escriben. Y hacen gran argumento de la existencia de monopolios de la prensa, de poderosos *trusts* periodísticos que controlan extensas zonas de la publicidad, desalojando a los diarios que disponen de menos capitales o impidiendo que surjan, de modo tal que la tan preciada libertad de imprenta se vuelve un privilegio para los grandes capitalistas y las fuertes empresas.

Esa crítica es certera en el sentido de que toca sombras y llagas comprobables de la realidad social del mundo capitalista en las zonas del periodismo. Pero eso no demuestra que la libertad de prensa en la Unión Soviética se vea más asegurada y se pueda ejercer con mayor amplitud.

¿Que en los países capitalistas el que vive de la pluma, en el periodismo político al menos, no vive de ella sino a condición de ponerla al servicio de las ideas de quienes le pagan? ¿Que ningún periodista o escritor a sueldo puede escribir en los órganos periodísticos sino aquello que condice con el criterio de los dueños de esos órganos?

Eso no debe parecerles asombroso a los periodistas de un país donde nadie puede aspirar a vivir de su trabajo en la prensa, si no se siente dispuesto a escribir con ideas que pueden ser las suyas, pero que han de ser, sobre todo, las de la dirección de ése y de todos los diarios, porque todos responden a una misma tendencia.

Al fin y al cabo, en los países capitalistas suele darse el caso de empresarios de órganos periodísticos que, atentos sólo al negocio, contratan directores y redactores que se reservan el derecho de escribir sin sujeción a

las ideas de los propietarios, ni admitir indicaciones de la administración.

Empresas capitalistas de publicidad, que sólo persiguen el lucro, editan en algunos países órganos de partidos obreros que combaten al capitalismo. Y en todas partes hay talleres gráficos que imprimen, porque les pagan, periódicos y diarios de las más distintas tendencias, desde las conservadoras o reaccionarias a las más avanzadas y revolucionarias.

Bien o mal, todo grupo de ciudadanos y aun todo ciudadano válido y solvente encuentra, en los países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Bélgica, Suecia, Suiza, el Uruguay —al menos en tiempos normales— dónde y cómo imprimir sus ideas políticas, sus críticas al gobierno y a las instituciones, sus ataques a hombres, a leyes y cosas, dentro de lo que permite la decencia y no sale del radio de lo que es constitucionalmente lícito.

Prueba de ello es que las corrientes más revolucionarias y anticapitalistas han podido organizarse y realizar una intensa propaganda, en la medida de los medios pecuniarios que logran reunir al amparo de las leyes democráticas.

Los sindicatos obreros y los partidos obreros —véanse si no el Laborismo Británico, el Partido Socialista Belga, la Democracia Social Sueca, el Partido Socialista de Francia, los partidos comunistas de todos los países democráticos— tienen su prensa propia, que polemiza con la del capitalismo y a menudo discrepa enérgicamente de la prensa oficial.

En la U.R.S.S. no hay sitio para órganos que no sean oficiales. Ni lo hay en ningún órgano para exponer ideas cuya difusión no agrade al gobierno. Como no existe la posibilidad de que nadie lance por su cuenta una hoja suelta expresándolas. Verdad es que se insertan a menudo cartas de lectores, con quejas o censuras contra la dirección de tal o cual organismo, contra la administración de algún establecimiento; y de pronto se ataca en artículos de redacción a ciertos funcionarios a quienes se responsabiliza de algunas deficiencias administrativas. Así como la crítica teatral de algún órgano aparece descargando golpes contra determinado espectáculo, también se descargan zurriagazos desde las columnas editoriales contra algún "soviet del pueblo", algo así como un concejo municipal, u otro órgano de escasa importancia, por su desidia o su incapacidad.

Ya se sabe lo que allí significa que salgan tales críticas a la publicidad.

Hay periódicos de caricaturas que ejercitan su mordacidad contra las deficiencias de algunos servicios o de algunos espectáculos. Eso equivale a lo que ocurre en los teatros donde se cultiva el género satírico. En el teatro de revistas y *vaudevilles* de la avenida Gorki y en el Teatro de la Sátira —como a veces también en el cine— suelen darse piezas amenizadas con críticas mordaces dirigidas contra cierto tipo de directores de fábrica o de establecimientos comerciales. Los funcionarios del montón sirven de cabeza de turco de las críticas públicas.

Pero lo que no ocurre jamás es que por encima de las cabezas tomadas como blanco, la crítica alcance —al menos deliberadamente— a las disposiciones dictadas por los órganos superiores, a las resoluciones de los ministros, a los decretos del Soviet, y ni por asomo a la línea política o administrativa del momento ni a la acción misma del Estado ni —¡claro

que no!— a la naturaleza del régimen. Ni que se ataque o ridiculice o se ponga en amable solfa a un miembro del gobierno central.

El perímetro de la crítica es, pues, muy estrecho. En realidad sólo se la tolera en la medida en que puede servir para dar una apariencia de que existe y para conceder al hombre ingenuo de la calle la ilusión de que en la U. R. S. S. algunas libertades le son permitidas al hombre que escribe.

Lo que decimos de la imprenta o de la prensa escrita es, claro está, perfectamente adaptable a la radiofonía, que es el periodismo del éter. En la Unión Soviética no existe más organización radial que la del Estado, y ésta no se pone, como en Gran Bretaña, al servicio de los diversos partidos cívicos, y de las diversas instituciones privadas que la necesitan, mediante ciertas condiciones, pero sin exclusiones por motivo de diferencias de tendencia o de criterio con la administración de la Radio, la cual sirve a la nación con garantías de gobierno y legislación políticamente liberales.

Todo medio de expresión queda allí reducido a un instrumento de la propaganda política oficial —la única con derecho a la vida— y no es, por tanto, sino una expresión de la esclavitud política y mental en que se mantiene encerrado al espíritu dentro de los límites de la Unión, donde el pueblo no oye más campanas verbales que las que hace sonar el Kremlin y no puede hacerse oír sino con la voz de sus gobernantes.

UN EPISODIO ILUSTRATIVO.

Ya se ha difundido el caso del gran perioista soviético Ilia Eremburg. Nada nos habla más elocuentemente de la situación del periodista, y en general del intelectual soviético, desde el punto de vista de la autonomía espiritual en sus relaciones con la dirección central, ideológica y política de toda la prensa del país, que el percance de que fué víctima, en el decurso del año 1945, la más alta figura del periodismo ruso, cuyos artículos se traducen a varias lenguas para los más importantes diarios y revistas del mundo.

Ya me he referido a la campaña periodística con que ese ilustre escritor encendía en el espíritu del pueblo de toda la U. R. S. S. el odio al enemigo como un medio para mantener enardecido el ánimo público en la ruda contienda, y convencer a la gente soviética de que ningún sacrificio debía ser ahorrado para aplastar completamente a Alemania, en la que Eremburg sólo parecía ver el nido, el cubil del fascismo.

Esa posición rígida e implacable había sido —naturalmente— autorizada e inspirada por el gobierno. En la Unión Soviética no podía ser de otro modo. Precisamente ese famoso escritor pasaba por ser el mejor y más allegado intérprete de Stalin, a lo cual debía en inmensa parte el prestigio de que gozaba.

Con su prédica de odio al alemán, y a todo lo alemán, se había constituído en la voz ardiente que en el plano de la literatura civil daba el tono del sentimiento colectivo ante la trágica empresa de hacer y ganar la guerra.

Cuando ésta ya tocaba casi a su fin, después de abierto el "segundo frente", y los alemanes habían sido expulsados de todo el territorio so-

viético y de toda la Europa Central, viéndose, en cambio, cogidos entre dos fuegos dentro de su propio territorio, Eremburg escribió un artículo comentando el hecho de que los alemanes se mostrasen menos irreductibles a los americanos que a los rusos.

La explicación que de tal hecho daba el gran periodista y las conclusiones a que arribaba, no respondían exactamente a los puntos de vista del gobierno, que juzgó conveniente desautorizarlo.

Y un día apareció en uno de los más "autorizados" cotidianos un largo artículo con la consigna oficial al respecto, firmado por uno de los más altos dirigentes del pensamiento periodístico y doctrinario de la U. R. S. S. —E. Alexandrov—, cuyo título era por sí sólo todo un acto de franca descortesía personal: *"Eremburg simplifica"*.

Era una verdadera azotaina de la que salía muy malparado el criterio del famoso periodista, a quien se le corregía tan sin miramientos la plana.

Por su valor documental vale la pena transcribir siquiera sea su última parte, aunque no la más dura:

"En su artículo "¡Basta!", el C. Eremburg, de un modo real y fuerte, describe el sangriento ensañamiento de los alemanes en nuestra sagrada tierra.

"Pero da pena advertir que, de tan indiscutibles factos, el C. Eremburg dedujo una equivocada conclusión. Indicando que los insolentes alemanes se conducen con los americanos como con una potencia neutral, Eremburg explica la desesperada resistencia de los alemanes en el frente soviético-alemán, como efecto del horror, del miedo, teniendo a la vista la cuenta pendiente por el ensañamiento cometido en la tierra soviética.

"No cabe duda: los alemanes culpables y delincuentes en nuestra tierra se horrorizan de la responsabilidad, más aún cuando la hora del pago está ya cercana. Indudablemente también esta circunstancia aumenta la resistencia de aquellos más culpables de los delitos cometidos contra las gentes soviéticas. Es sabido que los hitlerianos en ningún lugar actuaron tanto como verdugos, en ningún lugar han reflejado tanto su ferocidad como en las regiones de la Unión Soviética. Nuestro pueblo ha sido martirizado.

"Puede ser que un odio tan grande como el que sienten las gentes soviéticas hacia el fascismo esclavizador, no haya sido visto jamás por el mundo. Pero al mismo tiempo sería ingenuo explicar la colocación actual de las fuerzas armadas entre los frentes oeste y este sólo y únicamente por el horror, por el miedo que puedan sentir los delincuentes alemanes. Las causas de la marcha de las tropas alemanas del frente del oeste y su concentración en el frente soviético-alemán, son más profundas que el sentimiento de miedo de los hitlerianos.

"En su tiempo, Lenin, estudiando la política de los diferentes gobiernos durante la época de guerra, y también el carácter y causas de los cambios de estas políticas, hizo, en este sentido, muchísimas indicaciones importantes.

"El señaló que "ninguna guerra deja de estar relacionada con el régimen político del cual ella emana".

"La experiencia de más de doce años de política hitleriana en Alemania y sus confines, demuestra que la provocación, la demagogia, el engaño político fué siempre el contenido fundamental de la política hitle-

riana, tanto en la época de guerra, como en el tiempo de paz. He aquí lo que ha escrito, por ejemplo, Hitler sobre los rasgos fundamentales de su política: "Política — esto es un juego, en el cual están permitidas todas las picardías, y las reglas que en este juego cambian, son debidas al arte de los jugadores".

"No se pueden negar las conocidas consecuencias de la política hitleriana: en un transcurso de tiempo, de más de diez años, los pueblos de todos los países observaron, cómo a una cobardía de la Alemania fascista seguía otra, cómo una provocación era sustituída por otra.

"A juzgar por todos los hechos, en los últimos tiempos, los hitlerianos emprendieron una nueva provocación. El prisionero teniente-mayor del 10º Cuerpo de Ejército Alemán, dice que en febrero del corriente año apareció en la comandancia alemana un amplio plan para el traslado de las fuerzas armadas de Occidente al frente oriental soviético-alemán. Fueron también trasladadas fuerzas alemanas de las regiones centrales de Alemania, de Noruega y del norte de Italia, cuarenta y cuatro divisiones, para los frentes orientales.

"Realizado el gran traslado de tropas para el frente soviético-alemán, la comandancia del ejército alemán dejó su frente occidental sin seria defensa efectiva.

"¿Qué fin persiguen los mandos del ejército alemán con semejante distribución de sus fuerzas armadas entre el Este y el Oeste? ¿Puede, acaso, explicarse semejante actuación como temor y horror de los mandos alemanes, ante la responsabilidad por la sangrienta delincuencia, realizada por las tropas alemanas en el territorio soviético?

"Más exacto sería suponer que en los momentos actuales de la guerra los hitlerianos hacen todo lo posible por realizar una política de provocación. Los hitlerianos se esfuerzan por realizar sus actividades de suspicacia en el campo de las naciones aliadas, para provocar discordias entre los aliados, alejar de sí, aunque sea temporalmente, el último golpe mortal de las armas aliadas y conservar, con la ayuda de un truco de provocación militar-político, todo lo que no ha podido conseguir con la ayuda de las fuerzas armadas.

"Lo que se refiere al sentimiento de miedo de los hitlerianos, por sus pasados y actuales delitos, claro que este sentimiento también juega su papel.

"Sin embargo, como se puede ver por lo que ya queda dicho, las cosas no son debidas, solamente, al miedo de los hitlerianos.

"Si a cada uno de los alemanes lo dirigiese el sentimiento del miedo o del terror, en su actual política delincuente, quizá no continuasen hundiendo los barcos anglo-americanos con sus submarinos, no bombardearían a Inglaterra con sus aviones y no continuarían matando a los prisioneros de guerra, soldados y oficiales de los ejércitos aliados.

"De esto se deduce que el fenómeno del debilitamiento del frente alemán en el Occidente y su obstinada resistencia en el Oriente, o hablando con palabras del C. Eremburg, el caso de que "Königsberg fué tomado, pero no por teléfono" y "Viena será tomada, no por aparatos fotográficos", requiere explicaciones diferentes a las que ha dado el C. Eremburg en las páginas del *Estrella Roja.* Es necesario explicarlo de otro modo.

Esto es aún más indispensable, ya que la infundada conclusión y consecuencia del C. Eremburg puede dar lugar a equivocar las preguntas, y claro, no contribuirá al desenmascaramiento de la política de provocación de los alemanes, encaminada a hacer surgir discordias entre los aliados.

G. Alexandrov.

"Moscú, 14 de abril de 1945."

¿Cómo recibió Eremburg ese agrio palmetazo de dómine?

Con toda su gloriosa personalidad literaria inclinó en silencio la cabeza.

En otro país, un periodista de su fama no hubiera dejado las cosas así. Hubiese respondido y polemizado. Habría intentado defenderse, explicarse, justificar su campaña, y sobre todo, habría reaccionado con brío ante la suficiencia un tanto pedantesca de la lección que se le daba en público.

Un diplomático amigo me aseguró haber presenciado, a raíz de ese hecho, en una recepción, una incidencia penosa. Eremburg había tratado de llegar hasta Molotov colocándose estratégicamente en un sitio de los salones por donde debía pasar el canciller en tren de hacer los honores de casa a los jefes de las misiones extranjeras e invitados más ilustres allí presentes. Consiguió detenerlo para cambiar con él algunas palabras, acaso con la esperanza de obtener alguna atenuación del trance desairado en que se le había metido.

Molotov —según me lo afirmaba ese diplomático, que me merece el mayor crédito por su seriedad y porque no es un enemigo del régimen soviético—, le aplicó una reprimenda, a juzgar por las expresiones de su rostro (de las palabras sólo pudo oír algunas sueltas) y la actitud humillada y lamentable del periodista en desgracia.

El se limitó, por toda reacción, a no escribir durante algunas semanas, en señal de resentimiento. . .

¿Qué otra cosa podía hacer, dadas las condiciones en que los intelectuales de la U.R.S.S. mantienen su vinculación vital con el gobierno soviético?

Dejó, por un poco de tiempo, de ser la palabra más escuchada del periodismo ruso. Pero no tardó en recuperar su situación moral de famoso niño mimado de las esferas oficiales soviéticas.

En condición de tal formó parte, en el año 1946, de una comisión de intelectuales soviéticos enviada a Estados Unidos. En una conferencia de periodistas realizada en Nueva York, se le formularon preguntas sobre la libertad de prensa en la Unión Soviética.

Alguien le preguntó si era posible publicar en un órgano periodístico de la U.R.S.S. un artículo contra Stalin.

Salió del paso exclamando:

—Es que en la U.R.S.S. sólo a un loco se le ocurriría escribir contra Stalin. . .

La respuesta decía mucho más de lo que seguramente quiso decir el interrogado.

CAPÍTULO XXIX

ESCUELAS Y UNIVERSIDADES

En mi breve pasaje por París, de vuelta de la U.R.S.S., retornando de una de esas visitas que se hacen a Fontainebleau en los autos de una empresa de excursiones, atravesamos la localidad cercana a la urbe cuyo municipio, en manos de los comunistas, había levantado en sitio bien visible para que lo admirasen cuantos pasasen por allí, un magnífico edificio de grandes proporciones y bello estilo arquitectónico. Era la escuela pública. El lenguaraz de la excursión, un viejo parisiense que era comunista, mostraba la escuela como un espécimen de construcción escolar soviética transportado a Francia por el entusiasmo de los comunistas del lugar.

Yo no he visto en la U.R.S.S. ninguna construcción escolar que se le asemeje. No quiero decir con esto que no haya en Moscú algunas escuelas primarias alojadas en amplios, modernos y apropiados edificios. ¿Acaso no las tiene Montevideo, aunque no en el número que todos desearíamos? Sin embargo, a nadie se le ocurriría pretender que las buenas escuelas que se construyen en otra parte son de inspiración uruguaya.

Para ver escuelas del tipo de la que los comunistas franceses exhiben como muestra de lo que hace el comunismo en Rusia, no hay que ir a Rusia; hay que ir . . . a Estados Unidos de Norteamérica.

En Moscú, las mejores escuelas, desde el punto de vista del edificio, son buenas, pero no son nada del otro mundo.

En una de ellas hay una biblioteca de 30.000 volúmenes, lo que por sí solo dice mucho de su importancia como establecimiento docente de ese grado.

Pero nada hay allí de origen soviético, que en el campo de la arquitectura escolar equivalga a lo que en materia de universidades (como la primera y segunda Universidad de Moscú), de museos (como el Zoológico, el de Bellas Artes, la galería Tietrakov y el *Ermitage* de Leningrado), de bibliotecas (como la del bello palacio de Rumiantsev, base de la biblioteca de Lenin), dejaron los zares.

No se exagere, pues, tontamente, con fines de propaganda y de especulación política. Ese afán de embaucamiento por la mistificación sistemática que inspira casi toda la propaganda soviética, y sobre todo, la reedición de esa propaganda hecha por los comunistas de todos lados, irritan a quienes, si no hemos cerrado los ojos ante lo bueno que encontramos en Rusia, tampoco pudimos cerrarlos ante lo mediocre o lo malo que también advertimos a cada paso y a cada instante.

No calumniamos a una nación porque digamos lo que en ella vimos, tal como lo vimos, y porque nos neguemos a admitir que ha hecho milagros donde no ha hecho sino lo que ha podido, y no más, por cierto, ni siquiera igual que muchas otras.

Donde ha llevado a cabo realizaciones admirables no nos hemos que-

dado cortos en reconocerlo. Así entendíamos reforzar nuestra autoridad para denunciar lo abominable que no debe silenciarse.

Volviendo a la escuela: la enseñanza comienza a los siete años. Se disminuyó estando, yo allí, en un año, la edad del ingreso. Los cuatro primeros son los del primer grado.

Siguen tres años más de enseñanza de segundo grado. Esos siete años de escuela son obligatorios. Pero si después de cursados los cuatro años primeros, el escolar quiere ingresar en una escuela profesional, quedará en ésta como aprendiz (sin salario) durante tres años.

Hay escuelas profesionales por especialidad y hay fábricas con escuelas en que trabajan los alumnos sin remuneración. Si no van a una de esas escuelas, los muchachos deben continuar hasta la séptima clase. Las fábricas no toman a ningún aprendiz que sólo haya estudiado cuatro años. Las escuelas de Artes Aplicadas exigen siete años de escuela primaria.

En las escuelas profesionales, al alumno que hace allí el aprendizaje de un oficio, se le da casa, ropa y talones para el tranvía. En épocas de racionamiento se le otorga la carta para menores (1.200 gramos de azúcar al mes, 1.200 de grasa, 4 kilogramos de cereales, mientras yo estuve). Sobre cada trabajo que efectúa le corresponde una tercera parte del precio de venta, que se reparte entre todos los alumnos. (Esto parece no pasar de un enunciado teórico, pues se me informó que el dinero suelen no verlo).

Después de los siete años escolares, puede pasarse a los Institutos técnicos. Pero no se ingresa si no se ha ganado la entrada con una buena escolaridad. Antes, cualquiera podía ir. Hay estudiantes becados que perciben una pensión de 200 rublos. Cuando hace falta estimular la afluencia de estudiantes a determinadas profesiones, se aumenta el número de becas, y en los muros de la ciudad pueden leerse carteles que llaman a los jóvenes a ingresar en tal o cual Instituto o Facultad, donde recibirán, como becados, pensiones hasta de 300 rublos, o más, en algunos casos. En estos Institutos permanecen tres años, que son los correspondientes a los del tercer grado, equivalentes de nuestra enseñanza media o liceal.

Un maestro de instrucción primaria gana 3.75 rublos por hora. Trabaja algo más de cien horas por mes, y viene, pues, a percibir unos 400 rublos. Pero se le mejora con un porcentaje por cada período de servicios cumplidos. Se le inspecciona lo que siembra y se le cobra por el municipio un tanto por ciento de lo sembrado. Además paga el derecho de vivienda: unos 16 rublos, más o menos.

El maestro rural recibe un terreno de 250 a 300 metros cuadrados, y si tiene familia, uno más grande en proporción al número de personas que la componen.

Un maestro de enseñanza superior (se llama así a lo que corresponde a los 8°, 9° y 10°, equivalentes a nuestra enseñanza media o liceal) con 15 años de práctica, gana 20 rublos por hora, con un horario más limitado. Eso ganan también los maestros de las escuelas profesionales. Todos los maestros y profesores deben realizar el trabajo social y suple-

mentario; concurrir a las reuniones pedagógicas y de preparación de programas, etcétera.

Para que se vea que no todo es esplendor y grandeza en las escuelas soviéticas, léase lo que una educacionista, E. Mielnicova, escribía en la Gaceta de los maestros por los días de mi estada en Moscú:

"En un lugar despoblado, rodeado de montones de basura, se encuentra un edificio alargado, terroso. Un sendero conduce a las puertas del edificio. Es desagradable tocar las puertas. Se ven salpicadas de suciedad y pintadas con cal y carbón. Al entrar en el vestíbulo de la casa se recibe una oleada de aire húmedo y frío. Es extraño, pero esto es la escuela. La escuela media de la aldea "El trabajo organizado" de la región de Vladimir.

. . . .

"Es imposible encontrar en toda la región de Vladimir una escuela media que tenga sus cuadros completos (existen 62 escuelas medias). En muchas escuelas, por falta de maestras no se enseñan determinadas asignaturas. En la de Sebibanok no se enseñan matemáticas ni química.

. . . .

"Aproximadamente en estas escuelas medias existen treinta vacantes, mientras que en la región, cerca de 200 maestros no trabajan en su especialidad. En la ciudad Strunino, una maestra de química, con instrucción superior, trabaja en la radio. Otra maestra de historia dirige el *buró* de cartillas de racionamiento. En una de las fábricas de Muroma hay maestras que trabajan de cajeras, camareras, contadoras. Este año, según datos del censo de la población de la región Vladimir, debía haber 12.500 alumnos de la 8ª a la 10ª clase y de hecho estudian en estas clases 6.659 personas."

. . . .

"Ha comenzado el segundo semestre del año escolar y la sección regional de Instrucción Pública aun no ha visitado ninguna escuela."

¿Cuántas regiones mostrarán en la Unión Soviética esas deficiencias escolares de la región de Vladimir?

¿Qué dirían los comunistas si pretendiésemos que esa escuela descrita por la maestra rusa, es la imagen representativa de la escuela soviética? Sin embargo, tendríamos más derecho a considerar como típicas las 62 escuelas de Vladimir, de cuya existencia no puede dudarse porque de ellas se habla en un órgano soviético, que la escuela imaginaria que habría servido de modelo, según ellos, a la hermosa construcción del municipio comunista de la región del Sena.

Veamos lo que sobre las clases de niños de siete años, escribe otra maestra, Svierdlovsk, en el mismo periódico:

Por desgracia no solamente la escuela adolece de la falta de los principios más elementales de enseñanza para el dibujo. En estos mismos defectos incurre la 48 escuela primaria. Aquí no se emplea ningún material didáctico para la lectura, ni el cálculo y la escritura. Los alumnos carecen de las indispensables letras recortadas del alfabeto.

Así, en la 1ª clase "A", la maestra Skulskaya tiene 11 alumnos, de los cuales sólo han aprendido a leer cinco. Los restantes sólo deletrean.

Muchas maestras de las primeras clases no asimilaron principalmente la metodología. Estas maestras no se someten al método de la lectura con letras recortadas. Los alumnos no comprenden lo que es palabra, sílaba, letra. — Se dan muy raramente lecciones de dibujo; faltan cuadernos, buenas plumas, lápices.

De un artículo sobre "jóvenes maestros", aparecido en abril de 1946, a propósito de los 40.000 estudiantes de materias pedagógicas que a breve plazo terminarían sus estudios en los Institutos y Politécnicos para ocupar puestos docentes en las escuelas primarias, medias y superiores, destaco el siguiente pasaje:

Una de las primeras tareas es perfeccionar los planes de enseñanza. En ellos faltan asignaturas como Lógica y Psicología. Se da poca importancia a la enseñanza del dibujo, dibujo lineal y lenguas extranjeras.

Es necesario examinar los programas escolares y liquidar las materias de segundo orden de que están recargadas. En el nuevo plan quinquenal se deberán editar nuevos manuales que reflejen los adelantos actuales de la ciencia. Se deberá proveer a los gabinetes de estudio, de los materiales indispensables.

Dejando a un lado las deficiencias que anoto, dedicándolas especialmente a los pazguatos que, comulgando con ruedas de molino creen que en la U.R.S.S., sobre todo en materia de educación, todo es perfecto, y que el régimen bolchevique ha concluído con los defectos pedagógicos y administrativos que pueden señalarse a la escuela en otros países, es interesante subrayar que se da mucha importancia en la enseñanza primaria a la aritmética, como también al dibujo y al canto, especialmente desde el plan de estudios iniciado en 1945 por el ex comisario de Instrucción Pública, Potienkin.

Las lecciones de dibujo se daban desde la primera hasta la cuarta clase y el canto, desde la primera hasta la quinta clase, pero sólo una hora por semana. La reforma introdujo el canto desde la primera hasta la sexta clase y el dibujo hasta la décima. Desde la primera a la cuarta los alumnos asimilan los elementos musicales y desde la quinta hasta la sexta, aprenden la lectura de las notas en el pentagrama.

En septiembre de 1944, a pocos meses de nuestra llegada, comenzó a aplicarse el decreto sobre la separación de sexos, entre los niños de doce años para arriba.

Ya existían escuelas elementales de varones y de niñas, separadamente para chicas de los primeros años. El nuevo decreto había sido precedido de una campaña periodística llevada a cabo sobre todo por el órgano de las *Komsomols*.

Se quiso diferenciar la enseñanza de uno y otro sexo a fin de dar a las niñas conocimientos útiles para la vida del hogar, a bordar, etcétera.

Existe una preocupación general por la ausencia de toda aptitud para el trabajo doméstico, en las muchachas de las últimas generaciones soviéticas. Una madre de tres niños, perteneciente al personal del Instituto de Ingenieros, R. M. Lijtiv, en una reunión de las madres inquilinas de una gran casa colectiva de Moscú, decía, según un artículo de N. Nicolaiev:

—La mayoría de las chicas son como si no tuviesen manos, no saben ni servirse a ellas mismas. Y esto es comprensible. En la escuela o no hay círculo de costura o esta asignatura no es obligatoria. ¡Y en casa, las muchachas no tienen de quién aprender a coser, a bordar, a zurcir, a tejer, etcétera! Y esto es incomprensible.

En las escuelas se organizan círculos escolares donde se reúnen los alumnos en horas que no son de clase, para realizar algunas tareas complementarias de su educación bajo la dirección de los maestros. De lo que son esos círculos da una idea la siguiente crónica:

"Nos comunican que en la escuela femenina de la ciudad de Kadiev se ha organizado el trabajo de los círculos escolares. En el círculo de labores, las muchachas, aprenden con gran éxito a coser, a cortar y bordar.

"En los círculos geográficos (para las clases quinta hasta séptima y octava hasta la décima), los maestros dirigentes han dado unas charlas sobre el célebre explorador Coslov y otros. Los miembros del círculo de literatura han estudiado los temas "La cultura del lenguaje", "Cómo apareció la escritura", etcétera.

Ahora bien, si la separación de los sexos se implantó meramente para poder imprimir a la educación de las niñas un sentido más doméstico y adecuado a las funciones propias de la mujer en la familia, también, y sin duda sobre todo, se adoptó —como se dijo—, para intensificar la cultura física de los niños hasta un punto que en la mujer sería excesivo. Era, en el fondo, una razón de preparación guerrera, porque a los varones se les enseña una gimnasia de tipo militar y se les comienza a preparar para servicios de guerra que por ahora no realizan las mujeres. A éstas, eso sí, en la enseñanza media y superior se las capacita para los servicios auxiliares de asistencia y se les suministran algunas nociones elementales de manejo de armas para la defensa de las ciudades.

Esa reforma involutiva se adoptaba en plena guerra y entonces podía explicarse la preocupación de intensificar la capacitación bélica de las generaciones. Debió esperarse que esa preocupación desapareciese o se atenuase al concluir la contienda. Pero ha ocurrido todo lo contrario. Ya se había firmado el armisticio y se continuaba viendo en los días de fiesta, por las calles de Moscú, a los jóvenes (muchachos y muchachas), con fusiles de ejercicio de tiro al blanco. Y hoy más que nunca, arrecia la instrucción gimnástica militar en las escuelas masculinas.

Se comprueba así cómo el destino de la escuela y la formación del alma infantil quedan condenados a padecer la gravitación deformante de la obsesión bélica en esa extraña "patria del Socialismo y de los trabajadores" que se ha labrado, por imposición de un poder político de fanáticos de la fuerza, como medio de resolverlo todo, una fatalidad guerrera de ininterrumpida militancia.

Dos reformas plausibles se introdujeron asimismo, casi simultáneamente con aquélla. Una consistió, de acuerdo con una cartilla de "Reglas de conducta para los alumnos" redactada por el entonces Comisario de Instrucción Pública, Potienkin, en inculcar a los alumnos normas de buen comportamiento fuera de la escuela y de respeto y cariño a los padres y hermanos.

La otra vino a suprimir la "emulación socialista en las escuelas", que se aplicaba como en las fábricas. Así como las fábricas de una misma rama de la producción se desafiaban entre sí a cuál producía más en igual tiempo, una clase desafiaba a otra a cuál obtenía mayor puntaje de clasificaciones. Por ejemplo, la clase de gramática a la de geografía. Se advirtió que eso conducía a la mecanización de la enseñanza y a aprender las asignaturas para alcanzar notas y no realmente para saber, estudiando con amor una materia.

Pero no se eliminó la intervención y la vigilancia políticas en las escuelas. En todas ellas hay un director político, un representante del *Komsomol* y algún otro ayudante del mismo carácter que no son educadores y constituyen una especie de Estado Mayor dependiente del partido comunista. Los maestros no son nada al lado de ellos. Sólo reciben órdenes.

ABOGADOS Y MÉDICOS.

Los abogados pueden trabajar por su cuenta. Los hay de fama que cobran altos honorarios. Pero los que no pertenecen al personal de algún organismo del Estado, trabajan en los consultorios públicos, donde se atiende a la clientela evacuando consultas y dando indicaciones mediante unos cuantos rublos por cada visita.

Ellos reciben un sueldo por ese servicio, y además pueden tomar a su cargo la defensa pagada de quienes quieren ocuparlos, pero ateniéndose en lo posible a las tarifas oficiales, para cuya confección se entablan conversaciones con el Sindicato o Colegio de Abogados.

Entré un día en uno de esos despachos. Era un local muy modesto, de una instalación muy pobre. Había tres o cuatro abogados viejos que evacuaban consultas ante unos humildes escritorios, en un salón pequeño, sin alfombras y casi sin muebles.

Me hicieron pasar a un cuchitril donde había apenas un escritorio pequeño y un par de sillas de asiento de cuero, para las visitas.

Un hombre como de sesenta años, alto y delgado, nos atendió deferentemente (me acompañaba mi secretario políglota).

No hay distintas jurisdicciones. Los asuntos civiles y penales se ventilan ante los mismos jueces. Los asuntos comerciales quedan comprendidos en la jurisdicción civil, no existiendo, por otra parte, Código de Comercio.

El procedimiento es verbal, sobre la base de una demanda escrita. Por eso la oratoria florece en los tribunales mientras languidece como arte o género literario en todas las otras tribunas soviéticas, donde se abusa del discurso escrito de kilométrica extensión, leído monótonamente ante los auditorios más pacientes del mundo, que soportan atentos, o por lo menos tranquilos, los informes y peroratas que se pronuncian en las se-

siones del Soviet, en los congresos, en las funciones conmemorativas, en los mismos mitines políticos.

En los tribunales, los defensores, y alguna vez los fiscales también, cultivan la elocuencia de dramáticos tonos y expresivos gestos, y es allí donde pueden oírse los oradores soviéticos mejor dotados.

La primera instancia se entabla ante los Tribunales Populares. Por lo general contra sus sentencias sólo queda el recurso de casación ante los Tribunales Superiores.

En los juicios de divorcio se estableció en el año 1945, una segunda instancia forzosa ante la cámara del Tribunal Supremo, pero sólo para rever las sentencias favorables a la disolución del vínculo conyugal.

Cada república autónoma de las que componen la Unión Soviética tiene sus tribunales propios, que aplican la legislación general de la U.R.S.S. de acuerdo a su criterio y formando así una jurisprudencia local, que como la nuestra, no es obligatoria. El Fiscal de la U.R.S.S. puede impugnar las sentencias de esos tribunales, con apelación ante la Cámara de Casación del Tribunal Supremo de la R. Rusa, si se trata de sentencias de las Cámaras de Casación de un tribunal de otras repúblicas.

Tienen bastante tarea los abogados y los doctores en Ciencias Jurídicas, porque la legislación, a base de decretos y contradecretos interpretativos de las disposiciones de decretos anteriores o de los artículos del Código, en derogación y sustitución frecuente de éstos, se vuelve confusa y contradictoria. Hay siete códigos: Civil, de la Familia, Penal, del Trabajo, Agrario, Forestal y de Minas, a los que se anexan leyes procesales o especiales de diversa índole, como la de derechos de autor y de inventor, las de protección a las madres solas y de muchos hijos, etcétera.

Son numerosos los litigios en materia de sucesiones.

En cuanto a juicios en materia penal, no sólo me ilustró la vista de la causa a que pude asistir en uno de los Juzgados del Pueblo, sino asimismo aquella conferencia del famoso abogado Bravde, que en el teatro de la Sociedad de Actores, ante una concurrencia de no menos de cuatrocientos abogados y hombres de letras, narró, con mucha vivacidad y manteniendo el interés del auditorio, que festejaba a cada instante con risas y muestras de aprobación sus palabras, algunos casos en que había actuado como defensor y que había reunido en un libro próximo a publicarse. Crímenes pasionales complicados, algunos originados por las circunstancias excepcionales, dramáticas y perturbadoras de toda norma de vida, creadas por la guerra, desfilaron a la luz de su verba fácil y amena, que se explayaba sin fatiga en comentarios enjundiosos. Era un jurista de gran experiencia, lleno de ingeniosos recursos, con sus sesenta y pico de años de edad consagrados a la profesión desde los tiempos del zarismo. Y he ahí que el primer caso que narró fué el de un alto funcionario policial de la gobernación zarista de Moscú, a quien se acusaba de graves delitos sobre la base de documentos firmados por él y en los cuales el pobre diablo, que fué utilizado como instrumento por unos cuantos pillastres que lo rodeaban, había estampado por ignorancia su firma y su sello, atribuyéndose la responsabilidad de los hechos delictuosos.

El caso servía para mostrar, al mismo tiempo que la pericia del abogado, la índole de aquel gobierno que ponía en manos de analfabetos e inconscientes, funciones delicadas e importantes cargos de autoridad.

Pero sin duda el oyente algo enterado de los procedimientos que se atribuyen a las autoridades policiales de la U.R.S.S. podía notar significativas similitudes (que el abogado no tenía por qué señalar, y seguramente no se hubiera atrevido a hacerlo), con algunos detalles de los expeditivos procedimientos zaristas que relataba sintéticamente el orador.

La medicina puede ejercerse por simples licenciados y por doctores.

Un licenciado gana 400 rublos, debiendo prestar servicios en alguna clínica, dispensario, sanatorio u hospital. Un doctor gana 800 rublos; y a los diez años de servicios ganará 1.200. En los hospitales trabajan con un horario de ocho horas cuando son internos y hacen dos guardias mensuales, como mínimo.

Les pagan aparte las horas suplementarias. Eso es en teoría, pues yo he conocido médicos que estaban de guardia cada tres o cuatro días y permanecían en el hospital mañana, tarde y noche, sin ganar mucho más por eso. Las exigencias de la guerra explicaban esas transgresiones, en realidad forzosas.

Los doctores en medicina pueden atender clientes por su cuenta, pero deben pagar una patente elevadísima. Hay quienes la pagan, y embolsan sumas considerables. Entre ellos una doctora y un doctor homeopáticos, por cuyos consultorios desfilaban millares de pacientes, dispuestos a abonar 200 rublos por la primera visita y 50 por las subsiguientes.

LOS ESTUDIANTES.

Los jóvenes que acuden de mañana y de tarde a la Universidad de Moscú, prestan una animación agradable a la zona comprendida entre la Avenida Gorki y el frente principal del edificio de la antigua Manejnaia, pues al costado de ésta, desde la calle Hortzen y mirando hacia el Jardín Alejandro, por encima de la explanada que separa dicho edificio del Moskowa-Hotel, se hallan dos Universidades, Primera y Nueva Universidad, que en realidad no son sino dos partes de una misma institución. Ambas reúnen una población estudiantil de 9.000 alumnos.

Aquélla es la más antigua de toda Rusia. Data de 1755, habiendo sido fundada por la zarina Elisabet, a instancias del sabio Lomonossov. Funcionan en ella las facultades de Ciencias Físicas y Matemáticas, de Derecho Soviético, de Etnología, de Medicina, de Letras, y la facultad obrera "Lenin", que había comenzado llamándose "Pokrovski".

Los edificios del ángulo meridional de la calle Hertzen fueron construídos por Gilardi en estilo Imperio, en el año 1817.

En el propíleo se alzan dos estatuas: una del escritor revolucionario Hertzen y otra de su amigo, el poeta Ozarev, ambas esculpidas por Andréev el año 1922.

La sala de fiestas en hemiciclo, ornada de frescos clásicos, llama la atención por la elegancia eximia de sus proporciones y de su decorado.

La visité sin ceremonias, metiéndome en ella mientras le hacían unas ligeras reparaciones, como visité en diversos días otras dependencias de la casa, mezclándome con las personas que entraban y se dispersaban por

los corredores, subían las escaleras, acudían a la biblioteca o a las aulas.

Pude así ver un salón de clase, que era un anfiteatro de capacidad para varios cientos de estudiantes.

Sobre la puerta de otra sala se leía un letrero que decía: "Partido Comunista". Allí se reúnen los estudiantes y profesores miembros del partido o Komsomols, y tienen su sede permanente los directores políticos y delegados partidarios que no faltan en ninguna institución pública, y que en los centros de enseñanza abundan más que en parte alguna.

En un aula del segundo piso hay una biblioteca, coronada por una ancha cúpula, que contiene, según datos oficiales, 475.000 volúmenes.

Su salón de lectura es circular, bien alumbrado y de vastas dimensiones. Los libros llenan los anaqueles de numerosas salas esparcidas por ese cuerpo de edificio. Para estudios especiales, o para lecturas en idiomas extranjeros, sobre todo revistas y periódicos científicos, hay salas pequeñas, una de las cuales utilicé en ciertas ocasiones, amablemente atendido por una vieja bibliotecaria muy simpática, que hablaba francés.

Esas universidades constituyen un conjunto de construcciones en gran parte monumentales, entre las cuales se halla —como no podía ser menos en los tiempos de su fundación—, una iglesia. En su frente, la Revolución puso una inscripción con letras en relieve: "La ciencia para los trabajadores".

Desde la calle no se descubre la magnitud de esas dos universidades juntas. Es necesario trasponer la verja de sus atrios e internarse por los caminos que conducen por entre los diversos pabellones, para descubrir que ellas introducen en un sitio insospechado de Moscú, una pequeña ciudad universitaria donde cada Facultad tiene su casa y cada función importante su sede aparte. En ellas hay museos científicos valiosos, como el Zoológico, que es una de sus más destacadas dependencias, casi todo ello herencia del régimen zarista, que supo decorar la fachada de su estructura anacrónica con obras culturales de primer orden, que el régimen soviético hace bien en conservar en cuanto elementos útiles para cualquier forma y sustancia de la educación popular, pero que la propaganda comunista explota para fines de proselitismo entre la ignorancia del mundo, como si fuesen hijas exclusivas de la capacidad constructiva del Estado Soviético, que las encontró hechas para infundirles un nuevo sentido y las incorporó a su haber político con el orgullo de un heredero *parvenú* que reniega de su padre, mientras se enriquece con su herencia.

En la Universidad ocurre como con el Teatro, cuyos géneros en su totalidad habían florecido magníficamente en la era zarista: el *ballet*, con su templo en la Academia del Teatro Imperial; la ópera; el drama, con su templo en el Teatro del Arte de Moscú, que Lenin defendió inteligentemente de los golpes demoledores de la piqueta bolchevique. El régimen soviético sólo aportó al cosmos del Teatro ruso el dinero del Estado, la financiación ilimitada de un Estado que se desvive por la propaganda y el brillo de fachada, pero también las limitaciones de su intromisión doctrinaria y sectaria en el campo del arte y las desviaciones de su mal gusto consiguiente.

En la Universidad Nueva se mantiene, a su entrada, la estatua de

Lomonossov, el sabio profesor que le dió vida bajo la dominación de Alejandro I.

Hay otra Universidad: la *Segunda Universidad de Moscú*, que había sido fundada por mujeres, y que consta de las siguientes facultades: Medicina, Química y Farmacia, y Enseñanza Pedagógica. En ella se puede visitar el "Museo Darwiniano", que explica e ilustra todas las fases de la evolución según la teoría de Darwin, con esculturas, preparaciones, modelados, reconstrucciones de esqueletos, cuadros, etcétera.

En los primeros días de nuestra instalación en Moscú tuve ocasión de conversar en un parque con dos jovencitas hermanas, una de las cuales estudiaba para bibliotecaria y la otra para médica. Compartíamos un banco del parque *L'Ermitage*, durante un entreacto de la función del Teatro Opereta que allí tiene su sede de verano y al que había concurrido con uno de los funcionarios de nuestra Legación, que habla corrientemente el ruso, el cual me servía de intérprete en la plática fácilmente entablada.

Sus padres eran obreros. Mientras la madre se ganaba la vida en un taller de Moscú, el padre trabajaba en una fábrica en cierta localidad cercana. Las dos chicas vivían en una pieza con otras estudiantes arreglándoselas como podían con 200 rublos que les pasaba el padre. La madre, con la cual vivía un hermanito menor, las ayudaba lavándoles, planchándoles y refaccionándoles la modestísima ropa. Eran ingenuas y juiciosas. Sus informes sobre cómo vivían y estudiaban, eran precisos y parecían veraces.

Nuestra condición de extranjeros las contenía, seguramente, en sus manifestaciones, siempre muy sobrias, pero tuvimos la impresión de que se expresaban con toda sinceridad.

Nos hablaban de cómo se esforzaban todos los alumnos por cumplir y no perder el tiempo, y cómo los profesores ayudaban a los rezagados dándoles clases suplementarias y repeticiones aclaratorias para ponerlos al día. Nadie quería retrasarse ni quedar en situación de tener que dejar el Instituto por no haber alcanzado el mínimo de puntos en los exámenes de cada semestre. Y a nadie le faltaba el auxilio de los profesores para que todos pudiesen cursar con regularidad las etapas, sin atrasos ni contratiempos definitivos.

Al terminar la carrera, los alumnos deben ir a ocupar los puestos disponibles en las diversas regiones del país.

Como dato ilustrativo, puede darse el de que un profesor de Universidad gana 25 rublos por hora. Hay también, sueldos sin limitación de horario.

¿Cuál es, en el cuadro de las condiciones generales de la población urbana soviética, la vida de los estudiantes? Conozco el comentario de un profesor académico:

—En todas partes —se le oyó decir—, los mejores años de vida de un profesional son los de estudiante. El estudiante lleva una vida alegre, de juventud libre. Ser estudiante es envidiable, aunque se pasen privaciones.

(Yo pensaba en el personaje de *La Casa de la Troya*, que exagerando la holgazanería de ser estudiante sin estudiar, había resuelto seguir siendo estudiante siempre.)

—Aquí es distinto —agregaba dicho profesor—. Los planes de estudio son tremendos. Los cursos son nominalmente semestrales, pero prácticamente para cinco meses. En tres años se hace un médico. Pero en esos tres años debe estudiar todas las materias de la medicina y además *materialismo dialéctico* y preparación militar. Cada tres meses, a lo sumo, tiene exámenes. Debe asistir obligatoriamente a los cursos. A veces los exámenes se aplazan para que los estudiantes vayan a recoger la cosecha. Al terminar los exámenes del año deben ir a pasar un mes en el campo cortando leña, recogiendo la cosecha o trabajando en los caminos. Después las vacaciones, si queda tiempo. En los institutos técnicos, después del examen van a hacer práctica en las fábricas por un mes.

Perciben, como becados, 200 rublos por mes, agregó. Cuando se reciban de médicos, ganarán 400 rublos, trabajando en el establecimiento que se les indique. Si no son becados, y aún siéndolo, deben trabajar para costear sus estudios, si sus parientes no les pasan una pensión. Como hay tan poca diferencia entre lo que gana un estudiante y un egresado, la mayoría no espera estar licenciado para casarse, lo que mata al estudiante, en el estudiante, antes de tiempo. Por eso el estudiante ruso es un joven sin alegría. El estudiante, aquí, sólo se alegra, como el pueblo todo, bebiendo alcohol. . .

En cuanto a la preparación filosófica —finalizó—, quienes no sienten vocación filosófica, que son los más, se aprenden los textos de *Materialismo dialéctico* como papagayos y los repiten sin entenderlos, para en seguida olvidarlos, porque no les hacen falta para su profesión, pese a lo que digan los doctrinarios.

CAPÍTULO XXX

EL TEATRO, GRAN INSTITUCION NACIONAL

La más encumbrada distracción y atracción, la gran compensación para los extranjeros, que echan de menos muchas cosas y sufren el exceso de otras en Moscú, es el teatro.

El teatro, como institución compuesta por las actividades de toda una conspicua serie de conjuntos teatrales, de escuelas y academias, con sus correspondientes salas de espectáculos.

El moscovita está orgulloso de sus teatros, mejor dicho de su Teatro, con mayúscula, probablemente más que de su Metro o su Canal Volga-Moscova y casi tanto como de su Kremlin.

Lo que de entrada no deja nunca de preguntar, al extranjero, cuando se interesa por conocer sus impresiones de la ciudad, es si ha visitado los teatros. La pregunta en sus labios cobra una significación que no es la de una socorrida alusión a la natural tendencia en la mayor parte de los visitantes de un país a detenerse con más gusto en los sitios de diversión que en los otros centros y aspectos de la vida nacional.

El moscovita abriga el convencimiento de que su teatro vale como el más representativo monumento del genio artístico ruso, como el exponente más destacado y completo de la cultura y el espíritu creador de la nación en el dominio estético. Y no le falta razón. Porque el teatro, que es en todas partes un documento vivo cuya lectura nos da testimonio irrecusable del grado de capacidad creadora de un pueblo en la esfera de las diversas artes que confluyen a ese animado resumen de la vida y del mundo, en Moscú es, además, todo un hemisferio del universo de su cultura y de la existencia de la ciudad al que se trasladan en peregrinaje cotidiano multitudes ansiosas de penetrar en sus países de fantasía y de ensueño, sin lograrlo sino en mínima parte, porque las múltiples salas —que siempre se colman— no dan cabida ni al treinta por ciento de los que se desviven por obtener un sitio en ellas.

El pueblo de las grandes ciudades soviéticas es apasionado del teatro. Este se ha erigido en una parte importante de su vida, porque no hay diversión que más le atraiga e interese, y en torno de él gira todo un mundo de actores, intérpretes dramáticos, cómicos o líricos, autores, directores, *regisseurs*, maestros, discípulos, academias y escuelas, escenógrafos colaboradores y auxiliares de la escena, cuya gravitación en el conjunto de los afanes colectivos determina y desata por sí sola una permanente marea de preocupaciones de diverso orden relacionadas con la suerte del movimiento teatral.

LOS TEATROS.

Corresponde, como primera noticia concreta de lo que es el teatro en Moscú, hablar de los teatros. ¿Cuántos hay en la grandiosa capital de

la U. R. S. S.? Empecemos por recordar que existe una infinidad de clubes. Cada gremio, cada profesión, cada organización de trabajo, cada oficina importante tiene su club, en el que suele haber un teatro. Algunos de éstos se transforman en sedes de conjuntos estables y pasan a quedar adscriptos permanentemente al servicio público, como, por ejemplo, el del Club de los Trabajadores del Transporte Urbano, y otros se libran al público en ciertas épocas del año para determinadas series de espectáculos, como el Club del N. K. V. D., o se abren con frecuencia a los aficionados del canto y de la música, para la celebración de conciertos.

Pero la verdadera arquitectura teatral tiene sus exponentes destacados en los edificios construídos para ser principalmente teatros, cuyo objeto y carácter suelen revelarse por sus inconfundibles fachadas. El más célebre de ellos es el Gran Teatro *(Bolchoi Teater)*, reconstruído en 1856 por el arquitecto francés Bovet. Es de estilo clásico. El frontón soporta el bronce de la cuádriga de Apolo conducida por el dios olímpico en pie sobre su carro, y gruesas columnas de mármol lo sostienen.

El vestíbulo es majestuoso y la sala produce una impresión de deslumbramiento con su decoración de oro sobre fondo rojo. Un artefacto de enormes proporciones —una de esas feéricas lámparas de millones de caireles de cristal, suspendida de aros de bronce dorado, que sólo se ven tan suntuosas en los palacios rusos, de un verdadero "lujo asiático"— enciende en el techo su esplendor cenital, y todo el salón resplandece como un ascua de oro.

Los balcones de los seis pisos de localidades que circundan la sala, las columnas que los sostienen, las cornisas y los capiteles, todos los detalles del decorado de ese amplio recinto semicircular, son dorados, de un dorado intenso y vivo que fulgura sobre el recamo de los adornos prolijamente tallados en madera, en escayola o en metal, sobre los antepechos con pasamanos de peluche rojo y en los brazos de los innumerables candelabros que se trepan sobre ellos desde el primer piso hasta el último. La mirada del espectador se anega en una como cascada de oro, cuya tonalidad ardiente sólo alterna con el cálido color rojo de los pasamanos, de los cortinados, de las alfombras, de los asientos de las sillas de palcos y plateas. El telón de boca es de matiz más oscuro, como de oro viejo, figurando los pliegues de un pesado damasco sobre el cual se ven inscriptas algunas fechas —1917 (la Revolución rusa), 1870 (la Comuna de París)— en unos pequeños letreros que se repiten innumerablemente.

La platea propiamente dicha contiene algo más de quinientos asientos, pero hacia el fondo de la sala, en lo que correspondería al espacio de los palcos bajos, hay unas gradas con sillas de platea o tertulia, en número de más de trescientas. Es, pues, una sala de dimensiones semejantes a la del *Colón* de Buenos Aires y un poco mayores que las del *Solís* de Montevideo. No hay galerías en ninguno de sus pisos, sino palcos, cuyos asientos se venden por separado, como los del *parterre*. Tiene capacidad para más de dos mil espectadores sentados. Su escenario es amplio. En el foso de la orquesta se alinean cómodamente ciento veinte músicos, que es el número habitual en las representaciones comunes.

Pero la sala de espectáculos y el escenario en los teatros de Moscú no son generalmente sino una parte no mayor que las otras dependencias

del edificio libradas al público. En torno de aquélla se destina, asimismo, gran espacio a los *foyers*, a guardarropa, a restaurantes, a corredores y salas por donde la concurrencia circula en parejas, formando una rueda interminablemente giratoria.

Todo ello en el Gran Teatro guarda consonancia con la magnificencia de la sala central. Los corredores son anchurosos, y bajo sus arcadas y bóvedas circulan en dos ininterrumpidas corrientes que se cruzan en sentido contrario, los concurrentes a la función, en cada entreacto. Hermosas escalinatas de mármol conducen desde el vestíbulo al gran *foyer* del primer piso alto, que con sus muros estucados de blanco, sus magníficos artefactos de luz, sus vastos espejos, sus altas puertas blancas con filetes de oro, su rico parquet y sus largas banquetas tapizadas de azul arrimadas a las paredes, es un bello salón de exquisita elegancia, donde también se organiza el consabido paseo rotativo.

Uno no puede menos de trasladarse con la imaginación a las épocas en que esas salas servían de marco al desfile de damas y caballeros lujosamente ataviados, de la nobleza y de la alta burguesía, en las noches de gala. Las joyas más resplandecientes, los más suntuosos trajes, los más caudalosos y rizados abanicos de pluma se daban cita allí en una especie de certamen de la moda y del boato, en una deslumbrante "feria de vanidades".

¡Qué contraste con esta concurrencia de ahora, que nada tiene que ver, ni por su genealogía ni por sus costumbres y aspecto, con aquella otra; y que en medio del brillo y del lujo del local produce al extranjero el efecto de una invasión popular, que forzando las puertas de acceso, se hubiese colado de rondón en el espléndido vestíbulo y los suntuosos salones!

Parecería que los altos espejos se llenasen de asombro al reflejar este público actual, la modestia y el desaliño de cuyos trajes son testimonio de que gente nueva, gente del pueblo auténtico, ocupa, aunque sólo sea en parte, y frecuenta el fastuoso recinto.

Sólo los militares de alta graduación, con sus uniformes y su pecho cubierto de medallas, ponen entre esa muchedumbre de oficinistas, intelectuales y trabajadores, pinceladas de luciente decoro exterior, pero nunca comparable al de aquellos oficiales del zar con sus entorchados, sus bandas y sus charreteras.

Y era, sin duda, conmovedor para un demócrata recientemente llegado ver en aquel marco brillantísimo esa multitud popular abigarrada; sobre todo observar en la sala, instaladas en sillones de platea, algunas viejecitas humildes pero pulcramente ataviadas, gozando de los esplendorosos espectáculos.

Y éstos son siempre, en verdad, espectáculos fascinadores.

LOS BALLETS.

El Gran Teatro es el templo del *ballet*. Sólo suben a su escena óperas de gran espectáculo y *ballets* de mucho compromiso. Los que allí se presencian son los más espectaculares y magníficos. Sólo compiten con ellos los de Leningrado.

Las masas orquestal, coral y danzante constituyen el firme soporte de sus representaciones, la perfecta estructura sonora y dinámica sobre la cual se eleva el mundo de fantasía y de ilusión que brota en su escenario, integrado por los elementos materiales de una escenografía en que la pintura y la escultura se combinan con la mágica intervención de la luz sabiamente aplicada y distribuída por poderosos reflectores, bajo cuyo conjuro casi divino las cosas se transfiguran, y objetos y seres parecen flotar en una atmósfera de irrealidad y de ensueño.

La actuación de las primeras partes, de los "héroes individuales" de la acción escénica, halla en esos fundamentos colectivos, cuando ella es sobresaliente, un contrapeso, y si es deficiente, una compensación que dan por resultado la armonía del conjunto, el equilibrio de la realización teatral, a menudo admirablemente lograda en sus lineamientos generales.

No menos de cuarenta o cincuenta bailarinas avezadas componen el "coro", el fondo coreográfico del *ballet*, que por momentos se refuerza con el contingente masculino, un poco menos numeroso. Sobre ese fondo se destacan las primeras partes de uno y otro sexo, y las estrellas, también de ambos sexos, que concitan el fanatismo de lo que en lenguaje de tauromaquia se llamaría la "afición".

Actúan, asimismo, niñas y niños de once a trece o catorce años y algunos todavía menores de once, grandes grupos muy bien disciplinados, de los cuales se destacan, cuando la acción lo requiere, pequeños astros en formación. Son los alumnos de la Academia de Danzas del Gran Teatro, de donde salen también los bailarines y bailarinas que triunfan en varios otros teatros de Moscú y de muchas otras ciudades de la Unión.

Nadie ignora que el *ballet* ruso es una deliciosa inmersión en el lago encantado de la maravilla. Hay una arbitraria mezcla de realidad y fantasía en esos cuadros en que seres humanos se mueven como pájaros y alternan con hadas milagrosas y bestiecillas conscientes, en el centro de una naturaleza de fantasmagoría, en ese mundo surrealista que pertenece a un mismo tiempo al plano de la verdad y al reino de los sueños.

El estupendo primor de aquellas coreografías en que intervienen mujeres, ataviadas como flores, que agitan sus armoniosas piernas en movimientos rítmicos, o saltan, con alígeros saltos de ave, a los brazos de un garrido doncel, para erguirse erectas contra su pecho y luego doblarse como ramas vencidas, sujetas del delicado muslo por la fuerte mano del varón; y teorías de niños y niñas que danzan diestramente; y equipos de hombres que vestidos como príncipes medievales o pajes de leyenda romántica, giran al igual que trompos, o vuelan como grandes flamencos, todo ello entre el lujoso marco de increíbles salones alumbrados "a giorno" o en el ambiente misterioso de bosques de magia y poesía, con animados pájaros de colores entre las verdes hojas, es cosa que habla a la imaginación y a los sentidos con un gárrulo lenguaje de ingenua belleza y de voluptuosidad arrobadora.

Y el fondo musical que rodea y envuelve todo el espectáculo constituye un precioso elemento de arte. En el *ballet*, la música obra como el elemento apolíneo, inspirador, que Nietzsche veía encarnado en el coro de la tragedia griega. De ella brota la acción y el movimiento de ese drama mímico, sin palabras, que es una expresión dionisíaca perfecta.

La música determina, con sus ritmos precisos, todas las evoluciones, todos los gestos, todos los giros de aquellos seres de ficción y de encanto que allí traducen a su idioma coreográfico la infinita gama de los sentimientos humanos, que toman forma de graciosos movimientos de todo el cuerpo, al compás de renovadas y fluyentes melodías. Esos seres, con sus blondas y sus tules o sus telas brillantes, sus brazos en cadenciosa agitación, y sus piernas de accionar acompasado como si caminasen sobre el muelle oleaje de los melódicos acordes, no son sino flores de carne y hueso brotadas de esas ondas de música que les infunden vida y belleza, porque sin ellas permanecen quietas, inmóviles, sin expresión y sin espíritu.

Todo lo que allí aparece surge de la música.

Así, al menos, llega a creerlo uno cuando ya su ánimo se siente ganado por la fascinación de aquella impecable adaptación del ritmo vivo de los cuerpos que danzan, a la cadencia de aquel flujo y reflujo sonoro que ordena y guía el desarrollo del drama, por lo general imposible.

Hay *ballets* de los más variados caracteres. Los hay dramáticos, como "La Fuente de Bajchezarai" o "Raimunda". Los hay cómicos, como "Strausiana" y "Las Alegres Comadres de Windsor"; los hay épicos, como "Lola"; los hay ingenuos, como "El Cascanueces" y "La Bella Durmiente del Bosque"; los hay picarescos, como "La Inútil Precaución"; los hay de un casto idealismo, como "El Lago de los Cisnes"; los hay fantásticos, como "Soluska" o "Griselda"; los hay realistas, como "Velas de Púrpura"; los hay trágicamente sensuales, como "Scheherazade". Pero en ninguno falta nunca el certero toque de poesía ni los momentos de cálido lirismo en que se echan de menos las palabras, y sobre todo el beso auténtico, proscripto no sé por qué, en absoluto, de la técnica del *ballet*.

Lo que sin duda puede objetarse, por lo general, al *ballet* del Gran Teatro es cierto atraso o retroceso en las orientaciones de la escenografía, que suele mostrarse apegada dentro de la magnificencia, a veces abrumadora, que la caracteriza, a las formas y cánones del realismo detallista, mezclados con desarrollos fantásticos no siempre desprovistos de ingenuidad.

Las más modernas expresiones del género no han hecho todavía su entrada en los escenarios soviéticos, y las presentaciones de estilo sintético no tienen mucha cabida en el ancho marco académico del *Bolchoi Teater*. En éste se prefiere producir los magnos efectos de deslumbramiento en el ánimo de los espectadores con la acumulación de elementos y de riquezas en la presentación de cada cuadro. Y como suelen ponerse a disposición de autores y directores sumas cuantiosas de dinero para dicho fin, predomina siempre la tendencia a lo recargado y barroco o a los alardes técnicos de imitación de la naturaleza de que ya se está un poco o un mucho de vuelta en los más modernos teatros del mundo.

Debe haberse producido un cambio en las orientaciones de la *mise en scène* del *ballet* con relación a los tiempos un poco anteriores a la Revolución de Octubre, en que fueron revelados por León Bakst a los occidentales deslumbrados, en París, los decorados suntuosos y audaces del *ballet* ruso, pero con un sentido de insinuación y simbolismo, pues yo he leído que aquel genial *metteur en scène* no se proponía hacer riva-

lizar sus árboles con los de la naturaleza e indicaba los objetos en vez de realizarlos en detrimento de los personajes.

No debo olvidarme de las danzas regionales y humorísticas que bajo la dirección del famoso Moissi atraen el fervor del público en la sala Tschaikowski. Con un conjunto muy seleccionado de mozos (que realizan maravillas de agilidad, destreza acrobática y resistencia) y muchachas bonitas, las de más bello palmito y agradables formas que se ven en el género, excelentes danzarinas también, ese director organiza espectáculos admirables con bailes de las diversas regiones soviéticas y aun de los países de la Europa Central, yugoeslavos, búlgaros, polacos. Son siempre fiestas incomparables del ritmo y del color, en que el encanto de las más típicas músicas populares presta su mágico apoyo sonoro a las más armoniosas combinaciones de matices, en la gracia de los trajes tradicionales, y a la animación indescriptible de las figuras coreográficas y de los movimientos acompasados, que se dirían sostenidos por alas. Las piezas cómicas, con su mímica elocuentísima y su coreografía deliciosamente grotesca, son pequeños *chefs d'œuvre*, joyitas o sabrosos frutos del género que uno no se cansa nunca de saborear.

LA "MISE EN SCÈNE".

Las óperas de gran espectáculo —"Guillermo Tell", de Rossini; "Eugenio Oneguin" y "La Dama de Pique", de Tschaikowski; los "Cuentos del Zar Saltán", de Rimsky-Korsakov; "Aída", de Verdi; "Iván Susanich", de Glinka; "Carmen", de Bizet; "Boris Godunov", de Mussoryghski— que llevan a escena en el Gran Teatro, alcanzan una presentación que compite por su fastuosidad y esplendor con la de los *ballets*, superándola a veces.

Las interpretaciones pueden resentirse de flojedad por lo que respecta a la actuación de algún cantante, o de pesadez por el recargo de elementos accesorios que a veces traban el ritmo de la acción, pero rayan siempre en lo pasmoso por la riqueza y propiedad de los trajes, el número y adiestramiento del personal del coro, bailes y comparsas, la perfección de los detalles, el lujo, la abundancia y la prolijidad de todo el inventario de la utilería, la brillantez y solidez del decorado, por lo general de un minucioso y sorprendente verismo.

Nada es comparable en pompa y en esplendor a una de esas fiestas de corte real o de palacio principesco que allí se presencian en un acto, por ejemplo, del *ballet* "Raimunda", de Glazounov, o del *ballet* "Soluska", de Prokofieff; o cuando el baile del último acto de "Eugenio Oneguin"; o cuando la cacería de "Guillermo Tell". Nada iguala en impresionante efectismo al desfile de los ídolos y trofeos de guerra en "Aída" y a la entrada del zar victorioso y su cortejo, en estatuarios caballos blancos suntuosamente enjaezados, en el último acto de "Iván Susanich". Nada impresiona con mayor evidencia de realidad y de sugestivo contraste, que la sombría perspectiva del Nova junto a la hilera de altos faroles encendidos y a los iluminados palacios que se alzan a sus orillas, sobre la avenida cubierta de nieve, en uno de los cuadros trágicos de "La Dame de Pique".

Pero para quedar pasmado de asombro ante la mayor acumulación de riquezas y la armonización impecable del fausto y el buen gusto en la presentación escénica de una ópera, que es además notable por la verdad histórica hasta en los menores detalles y el empleo vigoroso de los contrastes reales, es preciso contemplar la última reposición de "Boris Godunov" en ese teatro. El cuadro de la coronación del nuevo zar en el monasterio de Novodievicht brinda la estampa viva y deslumbradora de una procesión en que desfilan innumerables prelados —desde el patriarca de Moscú para abajo, obispos, popes, diáconos— vestidos con sus indescriptibles ropajes de ceremonia, en que la plata, el oro y la seda se entretejen en riquísimos recamados de una suntuosidad y virtuosismo únicos. Y además, personajes de la Corte, boyardos y soldados de la guardia del zar, espléndidamente ataviados, forman el cortejo de Boris Godunov, en cuya blanca vestimenta talar bordada con hilos de plata resaltan gruesas piedras preciosas de diversos colores. Valiosos íconos pasan conducidos por gente de la Iglesia, entre un revuelo de magníficos estandartes de religión y de guerra.

Es de suponer que se han puesto a contribución las vestiduras eclesiásticas que se exhiben en los museos de algunos monasterios, entre ellos el mismo de Novodievitch, para ese desfile de telas genuinas, de bordados auténticos, de costosos símbolos y objetos sagrados, entre el alto clamor de las campanas echadas a vuelo y las nubes de incienso desatadas por incensarios de bronce y plata que agitan sacerdotes barbudos, mientras un obispo arroja sobre la cabeza del zar, tocado éste con su corona de oro y piedras rutilantes, una lluvia de monedas de metal que extrae a puñados de un ventrudo recipiente de cobre.

Hay, todavía, interiores del Kremlin fielmente reproducidos, fachadas de catedrales que dan la sensación de haberse trasladado al escenario, tan exactas y verdaderas se muestran con toda la majestad de sus proporciones y el brillante decoro de sus cúpulas. Y una fiesta de baile en un jardín, con innúmeras mujeres vestidas de blanco, que danzan con oficiales y nobles polacos en graciosas evoluciones sobre las cuales aletean los abanicos de blanca pluma y de marfil en una gloriosa agitación de alas de nieve.

¿Cuánto costaría reproducir ese espectáculo en un teatro de cualquier otro país? Cientos de miles de rublos, tal vez un millón, o más, ha costado allí, sin duda, y con todo,

El Filial del Gran Teatro ocupa a poca distancia, pero en otra calle, un local mucho menos lujoso y menos amplio que el de su "padre". Su sala de espectáculos es bonita y simpática, con su forma circular y su techo donde se han pintado entre una elegante decoración de grafitos y oro los retratos de los más famosos compositores de ópera. Allí se representan también *ballets*, pero sobre todo óperas. Estas son las del llamado género lírico: "Traviata", "Barbero", "Rigoletto", "Bohème", "Tosca", "Madame Butterfly", "La Novia del Zar" (de Rimsky Korsakov), "Chiriviski", de Tschaikowski; "Demonio", de Rubinstein; "Romeo y Julieta", de Gounod, fueron las que pasaron por el cartel durante mi permanencia en Moscú. Conservo un recuerdo especial de "Chiriviski", una fina ópera cómico-fantástica de Tschaikowski, sobre un cuento ukra-

niano de Gogol, y de "Demonio", de Rubinstein, sobre el poema de Lermontov, que es toda ella una elevada y punzante inspiración.

Las obras se ponen sin tanto brillo ni riqueza como en el *Bolchoi*, y con menos personal, desde luego. La orquesta, de noventa profesores, es siempre el factor más sólido y eficiente de sus interpretaciones líricas.

Los coros, aunque excelentes, no causan, por no ser tan numerosos, la misma impresión de vivacidad y fuerza que los del Gran Teatro, pero no dejan nada que desear y son, al lado de la orquesta, sus condignos acompañantes.

Desfilan por su escenario algunos *ballets* de los más interesantes del repertorio en uso: "Velas de Púrpura", música de Diurokov, por ejemplo, con su asunto tomado de un cuento de Grim, tan poético y conmovedor, y su desarrollo en que la fantasía y la realidad alternan y se combinan con una lógica fascinadoramente inverosímil.

Otra sala prestigiosa consagrada a los géneros líricos —*ballet*, ópera, opereta— es el teatro Stanislavski. Es un buen edificio moderno, con una sala de espectáculos circular, de amplia platea y una cómoda galería abierta, con gradas. Allí se representaban los más finos *ballets* que tuve ocasión de gustar en Moscú. La presentación y ejecución de "Scherazade" marca, para mí, el punto más alto de la interpretación de un *ballet* en cuanto a calidad y prestancia. El delicado esplendor del decorado, con su sello árabe de fantasía miliunanochesca, enmarca con gracia y magnificencia exquisitas, sin cargazón ni ampulosidad, una acción coreográfica desarrollada a base de situaciones y figuras de la más artística expresividad. Es el único *ballet* de Moscú en que las bailarinas muestran sus carnes desnudas, si bien bajo la transparencia no del todo reveladora de sus calzones árabes de gasa, que permiten la sonrosada visión de los muslos y dejan al descubierto el vientre con la taza ambarina del Cantar de los Cantares. . .

RASGOS MORALES.

Llama la atención la pudibundez, dicho sea de paso, que rige en los teatros soviéticos. No se cultiva la exhibición de las formas femeninas desnudas, y es raro el *ballet* en que las bailarinas no calzan mallas.

Hasta el mismo *ballet* "Lola", que triunfa en la escena de ese teatro, excluye el desnudo, pese al realismo de su acción y a la audacia sensual de sus escenas culminantes, las de la seducción de un militar napoleónico por una incitante y heroica moza española.

La revista con desfile de belleza sin velos, es un género que no tiene cabida, por su frivolidad y sus desnudos, en los teatros soviéticos.

Y cuando escala el escenario del *Stanislavski* una opereta como "La Bella Helena", de Offembach, las griegas más ligeras de ropas se recatan con las infaltables mallas, y sólo en la escena en que Helena posa ante el escultor, la hermosa actriz que la encarna brinda al espectador un relámpago de su blanco torso sin que la mirada curiosa logre nunca percibir con certeza el sitio bajo la cintura en que la espalda declina su casto nombre entre inquietantes desniveles de la anatomía. . .

Tengo para mí que eso constituye un exceso de mojigatería, lo que

no deja de ser extraño en un país sin prejuicios y en una ciudad cuyo ambiente de cultura artística suele ser ejemplar.

No se debe, sin embargo, desconocer cuán plausible es la tendencia del teatro soviético a huir de las fáciles sugestiones de la sensualidad y a no caer en las torpezas del género "sicalíptico".

Lo más recomendable, precisamente, en toda la organización teatral de la U. R. S. S. es que no se dan en ella los equivalentes de esos espectáculos de grosera salacidad que generalmente son los más concurridos en casi todos los países del mundo. El teatro más inferior de Moscú, el más alejado de las formas auténticas del arte, el más primario y vulgar, no es nunca sucio ni malsano. Podrá ser populachero, chocarrero, burdo, basto y excesivamente ingenuo, pero nunca dará cabida a las situaciones escatológicas, al dicho procaz, al chiste impúdico.

Se juzga, por otra parte, propio del gusto decadente de una sociedad de parásitos el arte que se detiene con delectación en los recursos que hablan más al sexo que al espíritu. Y volviendo a "Scherazada", yo tuve ocasión de comprobar, por la comparación, cómo se afina en Moscú la preocupación escénica por entregar con atenuaciones estilizadas el sentido audazmente sensual del voluptuoso orientalismo de *Las Mil y una Noches*.

En Estocolmo presencié la ejecución de ese *ballet* por el cuerpo de baile de la Academia Nacional, en el teatro de la Opera.

Es decir, el mismo *ballet* en cuanto a la música, pero no en cuanto a la versión escénica del cuento que le ha servido de asunto.

Mientras la versión del teatro *Stanislavski* se caracteriza por la finura voluptuosa y ardiente de todo el desarrollo, entre las audacias contenidas de la acción que arroba los sentidos en la veladura exquisita de una estilización inefable, la versión de Estocolmo, muy inferior en cuanto a maestría y valores coreográficos de los intérpretes, sorprendía por la fuerza del color, la riqueza polícroma del número personal desplegado y el crudo realismo de las escenas de bacanal y desenfreno.

Eran dos temperamentos distintos; dos opuestas direcciones del sentido interpretativo; dos idiomas diferentes cantando dos canciones iguales en el tema pero no en la manera de desarrollarlo.

En Moscú triunfaba un orientalismo espiritualizado y dulcemente capitoso; en Estocolmo el sensualismo oriental derivaba hacia un febril e impetuoso desborde de todos los apetitos de la carne. Nunca he visto en la escena cuadros de tan sugestivas representaciones eróticas como el de ese acoplamiento coreográfico, que sobre los tapices que cubren el suelo, dibujan durante largo tiempo las bailarinas en la *Scherazada* sueca. . .

En Moscú no podía llegarse a tanto. Y las limitaciones del criterio teatral adoptado sirvieron para poner sobriedad y distinción en el tumulto afiebrado de las pasiones que cantan con un embriagador lirismo de la carne en la brillante fantasía del cuento árabe.

CURIOSIDADES INTERPRETATIVAS EN EL GÉNERO LÍRICO.

De mucha calidad son también en el Stanislavski las versiones del "Carnaval", de Schuman, y de "Strausiana"; un bizarro *ballet* cómico y sentimental construído sobre páginas de Johan Strauss.

Su estilo escénico es la antítesis del Gran Teatro, pues mientras en éste la escenografía se distingue por la riqueza, la fastuosidad, la abundancia dispendiosa de elementos, en aquél se tiende a simplificar el marco escénico, ofreciendo escenificaciones más modestas, pero siempre brillantes y llenas de color, bastando a veces amplios cortinados de terciopelo para lograr el ambiente de un *ballet*, como en la elegante presentación de "Carnaval".

Allí presencié también dos óperas de las que algo debo decir: "Ballo in Maschera" y "Traviata".

La primera de esas dos óperas de Verdi se me apareció con la virtud de un reverdecimiento inesperado. Espléndidamente vestida y realzada por un decorado y un *attrezzo* lujosos, apropiados y del mejor gusto, comenzaba por preparar desde los ojos el ánimo de los oídos. El tenor disponía de una voz fatigada y deficiente, pero cantaba con buena escuela y se defendía "como gato entre la leña". Mejor voz tenía la *prima donna*, que cantaba bien; la damita que hacía de Oscar se desempeñaba exitosamente; el barítono era discreto. Lucía una voz bien timbrada pero no actuaba con tanta desenvoltura y elegancia como el tenor, si bien cantaba con mejores medios vocales y excelente escuela.

Pero no era el cuadro de cantantes lo que más interesaba ni llamaba la atención. Era el criterio interpretativo con que se había encarado la versión de esa vieja ópera italiana para remozarla, para trasmitirle nueva vida, para descubrirle facetas inadvertidas al menos como espectáculo capaz de interesar a un público de ahora, y de todas partes, no sólo por su música. Eran el conjunto, la presentación, el decorado, los trajes, el movimiento general de la acción y el color dramático de la interpretación, en todos sus momentos. Era, sobre todo eso, el sentido de teatralidad dramática que se le había impreso a toda la obra, cargando el acento en lo que representaban los personajes y en lo que hacían y decían como *dramatis personæ*, que eran así, más que cantantes accionando, actores que cantaban.

Y como la música de Verdi tiene siempre como condición distintiva la de ser eminentemente teatral, de estar animada de un interesante sentido de teatralidad y dramatismo, que la vincula estrechamente a las situaciones del drama, porque sólo existe por ellas y para ellas —al revés de otras músicas de ópera en que predomina el carácter sinfónico o que nada agregan a la intensidad de la acción—, teníamos que hasta musicalmente salía ganando en eficacia y nobleza la bella partitura, donde se valorizaban así muchos pasajes que resultan un tanto vulgares o superficiales en las interpretaciones corrientes más cuidadosas de los efectos líricos de este o aquel trozo consagrado al entusiasmo de las plateas, que de los prestigios de la sustancia dramática que la música y el canto expresan y deben, por consiguiente, revelar en vez de disimular o disminuir.

Allí también, como en el Gran Teatro, el coro constituye un elemento fundamental del espectáculo. Es un portentoso actor colectivo. Raya a mucha altura en la escena de los conspiradores, donde acciona y canta estupendamente. ¡Qué diferencia entre estos coros de gente joven, ágil, que se mueve con soltura y energía, y los coros de las compañías que nos hicieron conocer esta ópera en las temporadas rioplatenses y que no

eran sino una corporación de sobrevivientes reclutados en la Galería de Milán, que apenas podían moverse y trabajaban como autómatas, fatigados y distraídos!

Ya lo he dicho al hablar de la música: en la ópera de Moscú un coro es una masa viva, heterogénea en que cada uno emite su nota de color, de movimiento, de expresión, y pone en juego una personalidad propia dentro de la disciplina de arte con que todos sirven unánimemente a las exigencias del libreto y de la partitura.

Estos coristas no marchan juntos y regimentados, sino cuando así lo impone la situación. Aunque canten juntos y bien acordados, no accionan al unísono. Se dispersan, se alejan, se reúnen y adoptan las más diversas actitudes como miembros de una multitud de verdad, que observa, comenta, acompaña a uno u otro personaje central. Parecen actuar por su cuenta, y forman en torno de los héroes principales y de toda la intriga un ambiente real, de vida animada.

La "Traviata" del *Stanislavski* me reservaba una sorpresa. Era y no era la que se cantaba al mismo tiempo en el filial del Gran Teatro. La música era la de la partitura de Verdi, pero se le había cambiado el libreto.

La hazaña correspondía a la poetisa de Leningrado, Vera Imber, quien había reformado el carácter de la heroína y la hacía morir, no "deshojada" por la tuberculosis, sino envenenada. . . La acción sufría, como se comprende, alteraciones desconcertantes. Pero recurramos a la explicación de los programas, que probablemente ha redactado la propia poetisa:

"La ópera *Traviata*, que fué compuesta por Verdi en el año 1853, es una gran demostración de la ópera italiana, y su primera representación en Venecia no tuvo éxito. Las causas de su poca suerte no estaban en sus cualidades musicales, que se caracterizan por su claridad y emoción, sino en el argumento no corriente en aquel entonces en la escena de la ópera y en las sociedades burguesas. Sólo poco a poco esta ópera logró conquistar el éxito y llegar a ser una de las más queridas en el repertorio mundial.

Sin embargo, pasando el tiempo, el profundo contenido del original empezó a ser olvidado y la fuerza del problema social puesto en él fué dejando el sitio a las amorosas, tranquilas y bonitas melodías.

El teatro musical intenta devolver esta genial ópera a su primitivo apasionado y agudo argumento. Su tarea es dar vida y poner al desnudo en la ópera todos aquellos pensamientos íntimos de la música de Verdi.

Con arreglo a estas tareas, el texto de la ópera ha sido escrito por Vera Imber, que ha tomado como base para escribirlo las profundas características musicales y los conflictos dramáticos de la ópera. El argumento de la ópera en su nueva redacción se compone de lo siguiente:

La artista Violeta se ha enamorado de un joven marqués. Mientras sus relaciones no pasan las fronteras de la intimidad, la sociedad aristocrática no protesta contra la historia amorosa del conocido joven. Pero cuando las relaciones de Violeta toman un carácter demasiado serio, la sociedad se levanta contra ella. El padre del marqués dice a Violeta que

la boda con su hijo no es posible y exige la separación. Violeta acepta el peso del rompimiento, rompe con su amado y por desesperación se va a vivir con el banquero. Durante el carnaval, el joven marqués se encuentra con Violeta, e impulsado por los celos le arroja a la cara el dinero que él ha ganado en el juego al banquero. Toda la sociedad, y sobre todo las mujeres, se ponen al lado del marqués. La sociedad demuestra a Violeta toda su ira y desprecio. Violeta decide suicidarse. Un nuevo encuentro con su antiguo amante y las cobardes explicaciones que le da él no pueden hacer cambiar la determinación de ella y Violeta se suicida.

La forma de presentar la ópera es muy sencilla y en el teatro se le llama *espectáculo-concierto*. En los palcos que rodean la escena, está instalado el coro, caracterizado como la alta sociedad teatral de la ópera, que se interesa inmensamente por la vida de los artistas, pero que los miran como si fueran sus criados. La acción del drama se desarrolla en el centro del escenario. Los cambios de escena se hacen a base de cambiar la decoración del centro del escenario y el telón que se encuentra detrás de los palcos."

Otros teatros cultivan el género lírico ligero: El de opereta, el *Vachtangov*, que alterna una "Mademoiselle Nitouche", modernizada, con "Cyrano de Bergerac" y "El Gran Zar" (un nuevo drama histórico en verso cuyo protagonista es Iván el Terrible); el del Ejército Rojo, donde suben a escena dramas soviéticos con asuntos de guerra, comedias musicales del día, junto con alguna farsa de Shakespeare y el "Maestro de Danza", de Lope de Vega; el de la Sátira, donde se dió con mucho éxito "Míster Perkins en Moscú", una comedia satírica de actualidad con algunos números musicales; el de los Transportes, que se dedicaba a un género cómico-musical del tipo de la zarzuela de costumbres; y entre algunos más todavía, uno pequeño de la Avenida Gorki, en que se representan operetas de un corte de revistas cómicas, con la particularidad de ser el único teatro que no cambia la cartelera en todo el año, pues rige para él la costumbre de otros países en que la pieza de éxito permanece ininterrumpidamente varios cientos de noches en el cartel.

EL DRAMA.

Pero si el *ballet* —que también resplandece en muchas ciudades soviéticas, sobre todo en Leningrado, que le disputa a Moscú la preeminencia en el género— y la ópera rusa constituyen una cumbre altísima en el teatro de la capital soviética, otra cumbre es el drama. Y ésa es allí una cumbre insuperada en toda la U.R.S.S.

Esa preeminencia del teatro dramático moscovita sobre el de las otras ciudades, incluso Leningrado, surgió en tiempos de los zares. Ello se debe a la obra de los geniales orientadores del Teatro de las Artes y del Pequeño Teatro.

Este fué el primero en el camino de la modernización, que se emprendió cuando en Petersburgo predominaba la escuela tradicional francesa "declamatoria y artificialmente refinada", como dice Kropotkin. Durante los primeros treinta años del siglo XIX el teatro adquirió en Rusia

un desarrollo considerable. Una producción abundante, en la que alternaban todos los géneros y formas del arte dramático, alimentaba y era a su vez estimulada por una multitud de actores entre los cuales sobresalían los del género trágico de la Escuela de Declamación de Petersburgo. Estuvieron en boga las tragedias pseudoclásicas de la época napoleónica y alcanzaron mucho éxito algunas buenas traducciones o imitaciones de Racine, de autores rusos como Katenin y Kakosbkin. Se entabló la lucha entre el romanticismo y ese pseudoclasicismo, quedando como en todos lados la victoria por el romanticismo, gracias en gran parte a la influencia de Karankin y de Yukivski, y a la contribución de autores como el príncipe Schajovski, que escribió más de cien piezas teatrales de los más diversos géneros: tragedias y dramas cuyos asuntos tomaba de Walter Scott, de Shakespeare, de Pushkin, comedias, óperas, *vaudevilles, ballets*, etcétera. Se tradujo a Molière, y además del citado Schajovski, varios rivales suyos, como Sagaskin, Pisarev, etcétera, obtenían éxito con comedias satíricas y *vaudevilles* en que aparecía un reflejo cada vez más acentuado de la vida real y corriente.

Así se preparó el terreno para la eclosión de la auténtica comedia rusa, cuyos padres son Griboiedo —el autor inmortal de una única obra, "La Desgracia del Ingenio", escrita en verso—, Gogol y Ostrovski.

En Moscú, donde vivieron y escribieron los dos últimos, fué donde se entabló una relación provechosa de influencia recíproca entre estos autores nuevos y los actores jóvenes que interpretaban "El Inspector General" *(Revitzor)* de Gogol, y entre los cuales se destacaba el gran Schetchepin, que trabajaba en el Pequeño Teatro.

Estos adoptaron la escuela naturalista, que habría de alcanzar en Italia, con la Duse, su más culminante expresión mundial, en su rivalidad gloriosa con Sarah Bernhard, la genial intérprete de la tragedia y el drama romántico franceses.

La escuela teatral rusa contaba, a mediados del siglo, con figuras de tanto relieve como el citado Schetchepin, Mochalov, Sadovski, Voliliev y la señora Nikulina Kosits-Kaia.

El Pequeño Teatro en esa época llevaba a escena, además de las obras citadas, algún drama clásico, dramas de Shakespeare, melodramas arreglados del francés, comedias de costumbres, etcétera. Su repertorio era muy ecléctico y heterogéneo, como sigue siéndolo en muchos teatros soviéticos. Entre esa variedad de tendencias literarias, se iban implantando las bases del gran estilo interpretativo ruso.

Para depurar, afinar y desarrollar esa tendencia hasta tocar las formas más evolucionadas del naturalismo y del realismo escénicos, surgió, a iniciativa de un director genial, Stanislavski, el Teatro de las Artes.

Entabló competencia con el Pequeño Teatro, siendo hoy uno y otro *académicos del Estado*.

Ambos tienen sucursales y *zonas de influencia*.

La del Teatro de las Artes, aparte de su filial, comprende el *Vachtangov*, el *Stanislavski*, el Dramático *Moshoviet*, el *Komsomol*, etcétera.

Esto quiere decir que las direcciones de estos teatros han sido con-

fiadas a hombres formados en las academias de aquél y en sus tablas y continúan en cierto modo su orientación, aunque se diferencien por la índole de sus respectivos repertorios.

EL "TEATRO DE LAS ARTES".

Lo que distingue la escuela de ese teatro es la perfecta fidelidad a la vida, que envuelve sus representaciones en una atmósfera real y las anima poderosamente con tal soplo de humanidad y verismo, que la ficción se vuelve verdad y los actores no juegan su papel sino que lo viven. La naturalidad del trabajo escénico, la sinceridad de la actuación en medio de una reproducción impecable, prolija, minuciosa de la realidad en la construcción de los ambientes, llegan a un grado de que no se tiene idea sino viéndolo. Porque la expresión interpretativa realista y naturalista es en la U.R.S.S. lo corriente en el drama, y aún fuera de la U.R.S.S. suele ella predominar en el drama de casi todas las tendencias literarias modernas. Pero lo que no es corriente es una adhesión tan severa y costosa a la veracidad, ni una fuerza de convicción tan profunda como la que allí se adueña del ánimo del espectador desde el sortilegio de naturalidad de esas representaciones que no parecen "representar" sino crear.

Era ésa la escuela escénica que correspondía a ese vigoroso y fecundo realismo literario en que el genio ruso logró sus más altas glorias y en el que ha encontrado, sin duda, el camino de las más estremecedoras incursiones en las profundidades del alma de su pueblo.

La exactitud de los detalles en el empeño de poner al público ante la vida misma, no llega a ser nunca pueril ni ingenua porque no incluye sino los que comunican realmente carácter y significación de veracidad al paisaje escénico, al medio en que se mueven los personajes. Los interiores que allí aparecen son traslaciones honradas de la realidad.

Las puertas son de recia madera, los herrajes son de bronce o de hierro y los muros son sólidos; los salones lucen *parquets* auténticos; la disposición interna de las casas se ve como en las casas mismas. En torno del actor nada lo traiciona, nada descubre la ficción, la simulación de la vida a que se entrega cuando cumple su misión en el teatro, y máxime en el teatro literariamente realista.

Toda una legión de actores bien adoctrinados, dotados de las mejores aptitudes, forma el personal interpretativo de ese teatro, que ha creado la gran escuela dramática rusa, cuyo rasgo saliente es el de apartarse de la exclusividad gloriosa del divo, del astro, en la representación de cada obra. Ella procura, no el realce de las primeras partes del protagonista en medio de un conjunto de actuaciones borrosas, sino el equilibrio de la labor escénica en la complejidad de los tipos y caracteres que la vida presenta. Nadie hay en escena que no cumpla a conciencia su cometido, y los más insignificantes papeles son desempeñados por gente que sabe actuar con desenvoltura y acierto, dando siempre la sensación de naturalidad que es allí don universal. Suelen ser asombrosos los ancianos criados, generalmente ancianos de verdad, que se presentan sin trucaturas ni *maquillajes*. Entre ese personal hay, claro está, diferencias de aptitud, de temperamento, de categoría artística. Hay primeras y segundas partes; hay

el que sobresale con facultades de excepción, con máximo talento, y el que no raya ni con mucho a su altura. Pero a todos se les utiliza de acuerdo con lo que más conviene al efecto de interpretar mejor la pieza y no con vistas a conceder mayor lucimiento a unos que a otros. Más que al astro se valora la constelación, el conjunto. El conjunto es lo que más cuenta, y así se ha sustituído al tipo del autor que escribe para tal intérprete, para su éxito personal, teniendo en cuenta sus especiales aptitudes, el del autor que escribe con vistas a tal teatro con todas sus posibilidades, lo que concluye por conducir a que se escriba sin ninguna preocupación de esa índole, pues los conjuntos se adaptan siempre a llenar las exigencias de toda obra digna de ser representada por ellos.

Por eso no es raro ver a un actor o a una actriz de los más famosos, desempeñar en determinada obra un papel secundario, mientras otros artistas de menor talento tienen a su cargo, en esa misma obra, papeles más importantes. Los intérpretes no se sienten rebajados al ocupar un sitio relativamente modesto en el que se les pone para servir mejor a la obra y sin perjuicio de reconocérseles su derecho a actuar en roles de mayor envergadura, donde cimenten su popularidad y su fama.

Ese criterio se ha extendido a casi todo el teatro ruso, siendo contadas las excepciones que escapan a esa modalidad general.

Son inolvidables los momentos de arte que se viven en ese templo del drama moderno que celebra sus ritos en salas sin lujo, más bien modestas, no muy cómodas, cuyos telones de boca tienen pintada una gaviota como signo heráldico, en recuerdo del drama de Chejov, autor cuya gloria está vinculada fundamentalmente a la historia del Teatro de las Artes, al cual cabe el honor de haber hecho triunfar esa obra que antes había fracasado en el Pequeño Teatro *(Malin Teater)*.

Tres dramas, "El Jardín de los cerezos", "Las Tres Hermanas" y "La Gaviota" —que en ese teatro encontraron el más poderoso medio de revelación que el mismo dramaturgo pudiera imaginarse—, consagraron a Chejov como una de las más sólidas columnas del teatro realista ruso, que en ese glorioso templo perpetúa sus valores inmarcesibles en una alianza que se diría un pacto de inmortalidad con la vitalidad perenne de una escuela de actores que no creo haya otra que la supere en el mundo.

Vi "Las Tres Hermanas" y "El Jardín de los cerezos" —que algunos otros teatros representan asimismo—, en una sala que es verdaderamente "su casa". ¡Qué inolvidable impresión se recibe de tremenda y al par serena inmersión en ajenas vicisitudes humanas que sentimos como cosa nuestra en su contenida amargura y su lacerante naturalidad, circulando sin estridencias ni arrebatos por los cauces de una acción y de un diálogo donde alternan el humorismo escéptico, la comicidad sin caricatura, la melancolía espontánea, el sentido dramático de la vida y el aleteo auténtico de las almas que se debaten inevitablemente entre la desesperación y la esperanza!

De "La Gaviota" vi dos versiones: la del *Kamernin* —teatro de cámara, que se desenvuelve en su órbita propia— y la del dramático *Moskoviet*, que es uno de los que pertenecen a la "zona de influencia" del Teatro de las Artes.

La interpretación de este último, con sus procedimientos más ape-

gados a los tradicionales de esa firme academia naturalista, rendía con mayor profundidad y eficacia la esencia del drama, y eso que es una pieza que, por la audacia y por la novedad de sus giros escénicos y el intelectualismo de su diálogo, parece producción de estos últimos tiempos y, en cierto modo, independizada de los moldes ortodoxos del realismo literario.

Por momentos recuerda a Ibsen y por momentos a Pirandello. Hay en ella una crítica estética. El joven dramaturgo que quiere revolucionar su arte reprochando a los viejos autores su rutina y su apego a la realidad, mientras él aspira a un teatro de ensueño y de fantasía, concluye rompiendo los originales de su única obra cuando la mujer que ama le relata su desventura, y él comprende que no sirve un arte que no refleja esos dolores y nada dice de la verdad de la vida.

Otro autor, en cuya obra el Teatro de las Artes ha hallado los mejores motivos de aplicación y despliegue de todas las virtudes de su escuela, es Gorki. La versión escénica que allí se hace de "Bajos Fondos" es el exponente máximo de las características del estilo interpretativo de este teatro. Al realismo intenso de un drama ferozmente agrio, que es como un turbio remolino de miserias humanas, nada puede corresponder mejor que ese tentacular verismo escénico que toma desde el primer instante al espectador de la cerviz y lo sumerge en un baño de verdad palpitante, paseándolo por un mundo terriblemente extraño que, sin embargo, siente como propio, porque está amasado de sustancia humana, de la ajena y de la suya, y no lo suelta sino cuando ha caído el telón sobre la última escena, para que pueda restregarse los ojos procurando liberarlos de la visión de una pesadilla tan real como la vida misma y como ella tan dolorosa, contradictoria y desconcertante. Lo mismo puede decirse de "Nuestra Gente" así como de casi todas las piezas de diversos autores que allí se echan a vivir.

No concibo, por ejemplo, que se pueda animar con más penetrante soplo de verdad "El Sueño del Tío", de Dostoievsky, lleno de situaciones extravagantes que una interpretación menos comprensiva del sentido de todos los momentos y con menos maestría en el dibujo de las personificaciones podría dejar caer en lo burdamente grotesco, siendo así que el genio del autor ha querido, y los intérpretes lo han logrado, que de ellas brotase, entre lo cómico, la flor sombría de sórdidas pasiones, primero, y finalmente el cárdeno relámpago de la tragedia.

León Tolstoi tiene, naturalmente, amplio sitial en el repertorio: "Ana Karenine" y "Resurrección" son estrellas de primera magnitud en la constelación de realizaciones famosas que coronan de gloria a esa academia dramática. Son adaptaciones de las célebres novelas. La primera adolece, a mi parecer, del defecto de seguir paso a paso el desarrollo del libro originario, habiendo adoptado un procedimiento demasiado cinematográfico, que fragmenta la acción en infinidad de cuadros, por lo general de forzada brevedad, que no da tiempo a los actores para entrar en situación ni al público para captar íntegra la emoción dramática de ciertos episodios. Una escenografía ingenuamente fotográfica, que se complace en llevar al espectador a un hipódromo y a los palcos de un teatro y en hacerlo asistir por fin al suicidio de la protagonista bajo las ruedas de un tren que da la impresión de venirse hacia la platea, agrava el defecto y contribuye por su parte a enfriar los espíritus, rebajando la calidad literaria del drama con recursos mecánicos de melodrama.

La segunda introduce en el procedimiento escénico una innovación discutible: el personaje extraño a la acción, que a manera del prólogo clásico aparece a anunciarla y a explicarla, pero que a diferencia del prólogo no sólo reaparece al comienzo de cada acto y hasta de algunos cuadros (como la anterior esta pieza se descompone en numerosos cuadros), sino que acompaña parte de la acción, comentándola al margen, diciendo qué piensa un personaje sumido en reflexión silenciosa, juzgando su conducta, como un observador que mira por el público y le trasmite lo que ve. Es la personificación de lo que la novela dice en sus páginas, sin que sea posible ponerlo en boca de los personajes.

La estructura del drama no es tan defectuosa como la de "Ana Karenine". Se saca en él buen partido del escenario giratorio para las escenas en el Tribunal, y los cuadros ofrecen más amplio espacio al variado juego de las emociones.

Pero el autor que provee a ése, como a todos los escenarios, de dramas y comedias de un más vasto repertorio, es Ostrovski, cuyos procedimientos, que participan bastante del teatralismo convencional de un momento de transición entre el romanticismo y el realismo, han envejecido en gran parte, pero de quien son siempre de admirar la riqueza de inventiva, el don de observación, la agudeza de la crítica social de su tiempo, el estudio de las costumbres, la intención satírica, la animación y brillo del diálogo, la fuerza emocional de ciertas situaciones y el dibujo de los caracteres.

Otro autor que figura constantemente en el repertorio es Alejo Constantinovich Tolstoy, autor de dramas históricos en verso, de los cuales el más notable es "El Zar Fedor", segunda parte de una trilogía que integran, como primera y última, la "Muerte de Iván el Terrible" y "Boris Godunov".

La primera es la que ha quedado vinculada permanentemente a la gloria del *Teatro de las Artes*. En ella alcanzaba su más rotundo éxito, como Zar Fedor, un actor de genio —Ymiliev—, que murió en el año 1946, mientras ensayaba el papel protagonista de "Iván el Terrible" del otro Alexis Tolstoi, el escritor desaparecido poco tiempo antes.

En ambas obras la presentación deslumbra por la magnificencia de los trajes. El cuidado de la veracidad histórica en los detalles del *attrezzo* y del mobiliario y en la reproducción de los interiores del Kremlin, es digno de las tradiciones de la casa.

Uno de sus espectáculos más seductores es "El Pájaro Azul", de Mæterlinck, que se da en matinée algunos domingos y jueves.

La producción soviética tiene también plaza allí, aunque no muy ancha, a decir verdad, sin duda porque da poco de sí todavía en el género dramático superior. De ella vi, además de la primera y segunda parte de "Iván el Terrible", un drama anecdótico de la vida del más grande poeta nacional ruso, que no carece por cierto de interés: "Los últimos días de Pushkin", en cuya realización es sobre todo notable, como efecto escénico bien logrado, el cuadro en que se ve al pueblo concurrir a las puertas

de la casa del poeta en cuanto se extiende la noticia de su muerte. Con un puñado de actores se obtiene la cabal impresión de estar presenciando una inmensa multitud apiñada y rumorosa, que se agita a la luz de los faroles de la calle, contenida por los policianos y agolpándose en torno de oradores improvisados que la arengan trepándose a los postes.

La obra tiene un valor más biográfico que artístico.

Más valores encierra "El Reloj del Kremlin", de H. Pogodin, donde aparecen Lenin y Stalin, el primero admirablemente caracterizado por un actor que logra un parecido sorprendente y que, según se dice, reproduce con fidelidad absoluta sus movimientos, gestos y maneras. Es una comedia de propaganda que, a pesar de serlo, ofrece pasajes no desprovistos de interés y dotados del color y sabor, siempre vivificantes, de la realidad. Decae mucho en las escenas finales, cuando la propaganda rebosa la copa y ya no se está sino ante un ingenuo prospecto de poca calidad literaria. Consta de muchos cuadros, divididos por dos entreactos.

LUCHA DE TENDENCIAS.

Es innegable que este teatro abre con parquedad sus puertas a la producción del momento, defendiendo su prestigio de empinada cátedra de la escena, que reserva sus excelencias interpretativas para lo que merece consagrarse como verdadera manifestación artística.

A raíz de la revolución había surgido una corriente teatral revolucionaria dirigida por Meyerhold, que se enfrentaba al *teatro académico*, al de las Artes y al Pequeño Teatro que hoy obedecen a una misma tendencia y pertenecen a la misma escuela, no habiendo entre ellos diferencias de criterio fundamentales sino las de realización que se derivan de las distancias de sentido interpretativo y temperamental que puedan existir entre los respectivos directores o *regisseurs*.

Un *teatro académico* no había de convenir a la Revolución. No podía ser "revolucionario". En la línea del teatro Meyerhold, cuya sede era la pequeña sala de la Avenida Gorki, donde hoy se representan operetas y revistas, se colocaron el *Teatro de la Revolución* y acaso el *Kamerlin*, que bajo la dirección de Tairov daba cabida al drama, a la pantomima, a la opereta, tratando de formar actores de primer orden, cultivando diversas formas del arte.

Meyerhold, que navegaba en las aguas de una estilización futurista como la del alemán Piscatore, se erigió en el introductor de "las nuevas modalidades de realización que hicieron de su teatro el centro de las tendencias revolucionarias en el arte escénico", según leemos en una reseña oficial del año 1918. De él también se dijo oficialmente: "La escuela de Meyerhold, que ve en el teatro un factor importante para la edificación de una vida nueva, así como el realismo revolucionario con sus nuevos métodos de dirección y de *mise en scène*, han elevado el teatro soviético a una altura que jamás había alcanzado el teatro en el mundo".

Esos renovadores acogían todas las audacias revolucionarias de creación y de interpretación. Ponían las obras con decorados curiosos y trajes raros. Hicieron un "Hamlet" vestido de armaduras de metal. En cierta obra presentaban una pieza en oscuro, con fondo negro, con sólo un filete blanco en las mangas de los trajes, mientras se empleaban reflectores que proyectaban la luz de un modo extravagante. En otra sacaban a escena un rey que utilizaba en medio de sus cortesanos la vasija doméstica para las más apremiantes necesidades orgánicas. Con esa técnica se daban obras de propaganda política.

Hubo también un teatro "de la Revolución", donde hoy actúa el Teatro Dramático, en uno de los mejores locales del tiempo de los zares.

Pero el público seguía prefiriendo el Teatro de las Artes con su repertorio prerrevolucionario. Lenin tuvo el buen sentido de proponerse salvarlo y ponerlo a cubierto del vendaval iconoclasta. Consideró que era una de las cosas que había que librar de la demolición. Stanislavski y sus colaboradores no se dejaban apartar de su línea de "academicismo" y entendían que, para abrir las puertas a la nueva producción revolucionaria, era demasiado pronto. Se les combatía por ello, juzgándoseles reaccionarios. A no ser por el apoyo de Lenin, que los escudaba contra todas las impaciencias y radicalismos de los innovadores, hubieran visto invadido su teatro por la ola de los recién llegados y trastrocada la orientación de su "academia".

Frente a los jóvenes autores que producían "revolucionariamente" haciendo de la escena una tribuna más o menos pintoresca de exaltación de la revolución, sostenían que el arte revolucionario todavía no había encontrado su punto de madurez, su tono propio en los primeros años del nuevo régimen. Cuando llegase el momento y empezasen a cuajar los frutos sazonados, se les recogería.

En efecto, no se negaron a acoger con amor algún drama nuevo cuando fué digno, como "El Tren Blindado", de Ivanov, una de las interpretaciones más estupendas de su famosa compañía.

La academia de ese teatro era de un realismo lleno de vida, y era por tanto, sólido y palpitante. Además, se apoyaba en la columna de los grandes escritores rusos que dieron al arte un contenido social y moral de renovadoras proyecciones, y aun reforzaban su repertorio con Molière, Beaumarchais, Lope de Vega, Dickens, Bernard Shaw, toda una producción con sentido de crítica del prejuicio y de los privilegiados o de protesta y rebelión, pudiendo recordarse que, por ejemplo, "Fuente Ovejuna", representada en tiempo de los zares en el *Malin Teater*, había dado lugar la noche de su estreno, a una algarada de estudiantes enardecidos por el monólogo de la actriz en el último acto.

Cumplía, pues, esa escuela, una función que fué revolucionaria bajo el zarismo y seguía siendo de afirmación escénica sólida en su fidelidad a un criterio que no sacrifica los valores del arte a los fines de la política, salvando así esa alianza de la forma y el fondo, que estaba en el carácter de su repertorio, como correspondía a la orientación y naturaleza de la gran literatura teatral rusa.

¡Acaso esa misma enorme tradición y una generación de creadores tan vigorosos como esos "grandes" se vuelve hoy uno de los factores inhibitorios de la producción contemporánea!

El autor novel debe entrar a competir con esos colosos que el Teatro de las Artes, el Pequeño Teatro y sus filiales o derivados (el *Moskoviet*,

el *Kamerlin*, el *Komsomol* y otros), mantienen vivos y actuales en las carteleras.

Eso le crea un compromiso agobiador. Casi ninguna obra actual resiste la confrontación cotidiana con esas presencias formidables.

OTROS TEMPLOS DEL DRAMA.

Merecen especial estudio teatros como el ya mencionado dramático *Moskoviet*, donde se dan un "Otelo" magistral, uno de los espectáculos de más calidad de Moscú, dos o tres comedias de Goldoni, "La Gaviota" de Chejov, "El Perro en el Heno" de Lope de Vega; "Mucho ruido para nada" de Shakespeare, alguna comedia cómica y satírica de diversos autores extranjeros y algún drama soviético. Su repertorio es del más amplio eclecticismo, pues abarca distintos géneros y revela la rica variedad de elementos con que cuenta ese teatro, donde todas las obras alcanzan, sea cual fuere el género a que pertenezcan, una esmerada y acertadísima versión.

Las versiones que allí se ofrecen de piezas de Goldoni, sobre todo de "Un Caso Divertido", constituyen un espectáculo característico de estos teatros de Moscú, que remozan lo antiguo y hacen con piezas que ya no se dan casi en ninguna parte —como "La Escuela de las Malas Lenguas", de Sheridan o "El Matrimonio de Fígaro", de Beaumarchais, en el *Malin*, o "El Club de los Pingüinos" en el filial del Teatro de las Artes, o "El Amigo de Dickens" en el *Komsomol*, o "El Maestro de Danza" de Lope de Vega, en el teatro del Ejército Rojo, o "La Dama Duende", de Calderón, en el *Kamernin*, verdaderas resurrecciones en que los valores eternos resplandecen y las antiguallas se esfuman o se transfiguran con rasgos frescos, como si las obras fuesen reanimadas con un *barnissage* especial y con la magia de esos sabios retoques pictóricos de refacción que dan vida nueva a las telas desvanecidas y olvidadas.

Cierto es que a veces las restauraciones, como en el retoque de las pinturas, estropean el original.

El *Kamernin* es otro de los más reputados, siendo el que acusa mayores inquietudes de modernización en los procedimientos, si bien su repertorio comprende muchas piezas anticuadas y casi ninguna producción de los últimos tiempos. Es uno de los pocos, acaso el único, en que se hace girar gran parte de su suerte en torno de una estrella, que lo es en el caso una actriz austríaca ya muy entrada en años, esposa del director, Alicia Koonie, de indiscutible talento, aunque de juego escénico un tanto amanerado, sobre todo en el movimiento de las manos.

La compañía es muy equilibrada; trabaja con un tono perfecto de naturalidad dentro de un estilo general de presentación que va desde un realismo minucioso a una especie de realismo estilizado y hasta a formas escénicas de convencionalismo clásico o romántico, según el carácter de las obras. Se pasa, en sus representaciones, del "Tartufo" de Molière a "La Gaviota" de Chejov; de "Adriane Lecouvreur" a "¿Volvió?" de Priestley, el autor inglés contemporáneo; de "El Almirante Maximov", de autor soviético, a "Madame Bovary"; desde "La Dama Duende" a "Salomé", de Oscar Wilde; desde "El Negro", de O'Neill, al drama actual de guerra "El Mar se Ensanchó. . .".

En algunas piezas todos trabajan sin *maquillaje* ni pelucas. Las mujeres sólo lucen un poco de *rouge* en los labios. Casi sin polvos ni pintura bajo los ojos. Hay actores de más de sesenta años, como un viejo muy calvo que se presenta al natural, sin un solo afeite, y que se suena las narices sin estrépito pero con tan prolongada prolijidad como si estuviese en su casa. . . La más artificial es la primera actriz, una personalidad por cierto muy interesante. Cuenta sesenta y dos años de edad y hace, como en "La Gaviota", papeles de jovencita.

Aunque su rostro denota la edad pese a los cabellos negros (eso sí, inevitablemente teñidos), se presenta sin colorete ni *maquillaje* fuera de un poco de *rimel* en las pestañas y del toque de *rouge* en los labios, el cual no disimula la defección de la boca, que la inexorabilidad del tiempo hace ver un tanto sumida.

Es delgada y de regular estatura, y se mueve con agilidad sorprendente, con tendencia a adoptar posturas de marcada plasticidad, en posiciones hieráticas. Todo el juego escénico en general se caracteriza, asimismo, por una propensión a la composición de cuadros plásticos en los que colabora por mucho la proyección de los reflectores de luz.

Esta es una modalidad común a casi todos los escenarios moscovitas, al menos para las escenas culminantes o la terminación de los actos.

El espectáculo de mayor interés que ofrece esa compañía es "Madame Bovary", sobre una traducción y adaptación escénica de la primera actriz, que en su encarnación de la protagonista raya a una altura verdaderamente extraordinaria.

Como otras adaptaciones teatrales rusas de novelas célebres, ésta adolece de una excesiva yuxtaposición al desenvolvimiento del relato original, lo que determina una prolongación exagerada del espectáculo, que consta de cuatro actos y veinte cuadros (anteriormente constaba de algunos más). Pese a tal exceso de fragmentación, la obra mantiene la coherencia fundamental y los cuadros, aunque a veces muy cortos, entregan la medula dramática de las situaciones. Se podían haber suprimido episodios secundarios, y la obra hubiera sido menos larga y habría ganado en unidad de acción. Concluye a las doce y media (una hora después que los otros espectáculos).

La realización escénica es interesantísima. La técnica del escenario giratorio se emplea con provecho.

Esas dos escaleras de caracol a uno y otro extremo del escenario; las dos plantas de las casas que muestran sus interiores; la simultaneidad de diversas acciones, arriba y abajo; el cuadro lumínico de la tempestad que sorprende a la mujer cuando sale de casa del ex amante que le niega el dinero; la visión de lo que pasa en las habitaciones de la vecindad en torno de la plazuela, todo ello proporciona a la pieza un interés escénico sostenido y vivaz.

Es uno de esos momentos en que el teatro de Moscú acierta en su permanente empeño de conferirle a la materialidad de la escena, con su juego de luces, con su paisaje técnico y su dinamismo, una potencialidad artística de interés para que valga como un elemento casi principal del drama, como un personaje mecánico de poderosa vida física.

Pero nada supera allí, fuera del contenido humano de lo que en su

esencia se reproduce de la novela de Flaubert, a la acción de esa actriz, que no puede impedir se le noten sus años en el rostro cuando se la ve de cerca, pero que trasmite no obstante la ilusión de la juventud en toda la pieza, sobresaliendo desde ese punto de vista en las escenas de amor. Su patetismo es hondo en los instantes angustiosos; muestra asombrosa agilidad juvenil; sube y baja cien veces las escaleras de caracol que comunican los varios planos de las casas; y aun gira y danza cuando hace falta, y uno se pregunta cómo resiste tanto desgaste de energía muscular y nerviosa y cómo consigue, sin embargo, tener siempre tenso el arco de la emoción y vivo el encanto de la ficción a que se entrega.

EL TEATRO PARA NIÑOS.

Queda todavía el capítulo de los teatros para niños y jóvenes: el de la Juventud y el de Títeres, a los cuales ya me he referido en el parágrafo sobre la niñez.

El *Teatro de la Juventud* tiene una sede central y varias filiales en Moscú. En aquélla presencié dos espectáculos excelentes: "El País Lejano" —comedia llena de interés y ternura cuya acción se desarrolla en un internado de niños evacuados de Leningrado y otros sitios con motivo de la guerra— y "La Ciudad de los Obreros", farsa simbólica, ingeniosa y enjundiosa, con mucho color, graciosas intrigas y animado movimiento, que obtuvo el premio Stalin.

La sala es pequeña para contener la afluencia de niños de las escuelas primarias que concurren generalmente por clases, y gozan el espectáculo con alborozo, pero con compostura.

Los artistas no son niños, ni siquiera cuando la acción se desarrolla entre niños, como en el caso de "El País Lejano". Son mujeres, por lo general las que hacen papeles de niños de uno y otro sexo, no siendo fácil advertirlo. La compañía cuenta con elementos de calidad que dicen admirablemente su parte, con desenvoltura y eficacia, y la cantan y bailan irreprochablemente cuando se trata de piezas de música, canciones y danzas, como la farsa citada.

En una sala filial, más modesta, vi "Los Tres Mosqueteros" como espectáculo de corte más infantil, de una presentación menos cuidada, pero que hacía las delicias de los párvulos allí congregados y que los grandes más exigentes podrían presenciar complacidos sin extremar su benevolencia.

El Teatro de Títeres Central, que dirige el famoso Obrazov, proporciona tema para escribir un libro.

Su repertorio está compuesto de deliciosas comedias y farsas sacadas de cuentos y fábulas de autores rusos y extranjeros: Gogol, Tolstoi, Chejov, Pushkin, Grim, Andersen, Fenelón, Jack London, Rudyard Kipling, "Las Mil y Una Noches", leyendas populares de toda Rusia, de Ukrania, de los Urales, del Oriente, suministran material para la construcción de las preciosas obritas que viven en el pequeño escenario del *Kukari Teater* su candorosa e inverosímil existencia de fantasía e ilusión.

Son enternecedores los cuadros escénicos, tan infantilmente maravillosos, de ese teatro de seres diminutos y extraordinarios más poderosos que el hombre, porque aunque movidos por su mano hacen lo que el hombre puede pensar pero no puede hacer. Preguntádselo si no, a todos esos niños que clavados en sus asientos contemplan arrobados, transportados al mundo irreal que allí se realiza, las hazañas indescriptibles de esos curiosos personajes.

Una docena de artistas de carne y hueso, que al final del espectáculo salen a recibir los aplausos del público, mujeres y hombres, son los que, ocultos mueven las marionetas y les prestan su voz, dotándoles de la palabra . . .

Los muñecos son graciosísimos. Sus movimientos parecen naturales y espontáneos. Los animales del cuento de la Jungla, de Rudyard Kipling, imitan cómicamente el andar de sus congéneres de la selva: el tigre, el león, la pantera con sus pasos elásticos, el lobo con sus ágiles saltos, el puercoespín con su tranquito eléctrico . . .

El diablo y los diablillos de "La Víspera de Navidad" son de una comicidad irresistible.

Aladino con su lámpara maravillosa, traduce en un socarrón humorismo occidental toda la desbordante imaginería de los cuentos árabes.

La última creación del ingenioso Obrazov poco antes de mi partida, fué uno de los mayores sucesos teatrales del año. Se titula "Concierto" y es una crítica sin desperdicio, desopilante, de los actos de variedades que suelen verse en Moscú y en todas partes, con sus diversos números de música, de canto, de recitación, de acrobacia, etcétera, y su imprescindible *speaker* o anunciador de los números del programa.

La sola presentación de un coro de treinta o cuarenta hombres y mujeres vestidos ellos de frac y ellas de blanca *toilette*, abriendo las bocas con la más perfecta unanimidad al compás de la música, con rostros y expresiones de una comicidad indescriptible, explicaba el éxito de la sátira. La confección de los muñecos no tan pequeños, que daban la impresión de seres humanos, y el modo como se desempeñaban en su función coral, sin que faltase el director gesticulador y melenudo, era todo un triunfo técnico.

Muchas otras imitaciones, con intención satírica bien administrada, venían después, y el público lamentaba al fin que el tiempo hubiese volado y se acabase tan pronto una fiesta espiritual que llenaba su ánimo de júbilo.

Lo único que tal vez pudiera observarse a ese espectáculo es, que era más para hombres que para niños.

Ese teatro, instalado en una vieja casa, con una sala donde no caben más de trescientos espectadores, ocupa un personal numeroso, que no baja de doscientas personas. Cuenta con un taller para fabricar el decorado y dar nacimiento a los títeres y vestirlos.

La confección de un muñeco de esos es una operación curiosísima. Montones de diarios viejos, que se arrojan a grandes tachos de agua hirviente para ser transformados en substancia plástica blancuzca, *en mastic*, proporcionan la "carne" de que están amasados esos personajes tan chuscos.

En el teatro hay un importante e ilustrativo museo, que el público visita en los entreactos, de títeres y marionetas de todos los países y de todos los tiempos.

LOS HÁBITOS CARACTERÍSTICOS.

Entrando a pasar revista a los rasgos característicos del teatro de Moscú, leal es consignar que todas las interpretaciones, especialmente las del género dramático, están siempre a cargo de cuadros avezados en que no hay nunca quien desentone con chocantes deficiencias de actuación.

Como todas las compañías son estables y permanentes, y no agrupaciones de artistas que se juntan por cierto tiempo, por una temporada o dos, y luego se dispersan al azar de las "contratas", adquieren mucha homogeneidad y disciplina, que se consolidan con la continuidad del trabajo durante largo tiempo sobre el mismo repertorio. Cada compañía es como un instituto. Muchas de ellas tienen su academia para la preparación de artistas, y de ellas sacan sus propios elementos.

La manera de renovar el cartel, cambiándolo todos los días dentro de un número, eso sí, no muy extenso, de obras en el espacio de varios años, obliga a los actores a mantenerse entrenados en el desempeño de unos cuantos papeles al mismo tiempo. Y para aliviar su tarea, en casi todos los teatros de cierta categoría hay un doble y hasta un triple cuadro de intérpretes que desempeñan por turno los mismos papeles.

A menudo el espectador ignora qué artista actuará esa noche en tal papel, porque sólo en el programa que se pone en venta a último momento se indica el reparto, el cual frecuentemente aparece rectificado a lápiz.

También a menudo se cambia el programa, de lo cual el público sólo se entera en el instante de penetrar en el teatro. Contra ese pésimo hábito teatral se dictaron algunas ordenanzas durante mi estada en la U.R.S.S.; pero sin mayor resultado.

Una vez formado, el conjunto sigue viviendo como un organismo cuya existencia se ve asegurada, si no por el solo favor del público, por el Estado, que contribuye al sostenimiento de casi todos los teatros (los cuales fundamentalmente son suyos), ya sea como propietario que cobra las entradas y paga los gastos, cuando se trata de los teatros titulados "del Estado", ya sea como protector que los subvenciona para que puedan cubrir sus presupuestos.

Las direcciones pueden así seleccionar el repertorio, sin deber someterse a la tiranía del empresario privado que se guía siempre por los dictados de la taquilla. Puede ocurrir, sin embargo, que los resultados de la boletería influyan en la suerte de alguna pieza y hasta de alguna orientación artística, porque del aspecto económico no es posible prescindir por completo; pero dada la relación existente entre la capacidad de las salas en funcionamiento y la cantidad de público ávida de concurrir a ellas, cualquiera sea el espectáculo que ofrezcan, lo corriente es que no haya necesidad de consultar con la taquilla para decidir de la permanencia o el retiro de una obra.

Una de las particularidades, precisamente, del teatro de Moscú es la afluencia de público a todos los locales de espectáculos y lo poco accesibles que resultan por la desproporción entre la oferta y la demanda.

Son dramáticas las dificultades del público para conseguir sitio en los teatros y cines. Sólo uno o dos días de la semana se venden las localidades al público en las boleterías de los más importantes coliseos. Los

otros días se reservan para sindicatos y organizaciones que las distribuyen entre sus miembros, y queda siempre un número de las mismas destinadas a ciertas categorías de la población, militares, diplomáticos, etcétera — que pueden obtenerlas solicitándolas uno o dos días antes a la administración, si no se trata de funciones "cerradas", es decir, reservadas exclusivamente para una determinada organización o un determinado público.

Los días en que se ponen a la venta general, el público comienza a formar cola ante la caja o la boletería de los teatros principales, a las cinco de la mañana. A la hora de la función numerosas personas se agolpan en los alrededores de los teatros, noche a noche, procurando comprar su localidad a alguno que desee venderla por cualquier circunstancia.

La reventa de entradas se efectúa en grado inconcebible. Se cobran doscientos rublos por localidades cuyo precio en boletería no pasa de treinta.

Ocurre asimismo que numerosas personas, por lo general militares, que gozan de algunas ventajas a los efectos de obtener sitio en los locales de espectáculos públicos, acuden a recabar de la administración órdenes para que en la boletería se les expendan tales o cuales localidades disponibles.

¡Y es de ver el asedio a que se ven sometidos a ciertas horas, y máximamente poco antes de comenzar la función, esos funcionarios, comúnmente mujeres, en teatros y cines!

Uno llega a tener lástima de las personas que desempeñan esos cargos, constantemente expuestas a desagradables altercados con solicitantes impacientes que no se resignan a esperar demasiado o a quedarse sin la orden consiguiente por falta de localidades o cualquier otro motivo.

Es ése, realmente, un cargo pesado.

LA CAPACIDAD DE LAS SALAS.

La verdad es que los cuarenta o cincuenta teatros —sin contar los cines—, que abren todas las noches sus puertas en Moscú, no pueden acoger ni un treinta por ciento de los ciudadanos que quisieran concurrir a ellos.

Los días de fiesta se produce un peregrinaje de muchos miles de personas que recorren las boleterías de los teatros sin lograr entradas. Gran parte de la población de Moscú se ve privada del placer del teatro, que es la mayor compensación de los días de trabajo y penurias que le toca sobrellevar.

Entre los cinco millones de almas que la componen, ¡cuántos miles hay a quienes sólo una o dos veces al año les llega el turno de penetrar en una sala de espectáculos! Yo he conocido viejos residentes de la ciudad que nunca habían visto el *Bolchoi Teater* por dentro.

Son pocas las salas de mucha capacidad. Aparte del *Bolchoi*, sólo hay dos muy amplias, la Tschaikowski y la del Ejército Rojo, que son dos bellas y cómodas construcciones soviéticas, donde caben alrededor de tres mil espectadores sentados en cada una. La primera es circular, en anfiteatro, con graderías que forman como un solo e inmenso tendido de tertulias escalonadas en torno de un *parterre* llano, y que con

su decorado y tapizado blanco y azul y sus lujosas dependencias, constituye un notable modelo de arquitectura soviética. Con su vasto estrado y su gran órgano de tubos, se define como un espléndido *auditorium* para conciertos, que también se utiliza, según lo he consignado ya, para selectas exhibiciones coreográficas.

Compite con ella el teatro del Ejército Rojo, construcción modernísima, más lujosa, con salas y escalinatas más suntuosas y monumentales.

El recinto de espectáculos, más ancho que largo en forma de media luna para que el escenario se vea cómodamente de todas las partes de la sala, de techo muy elevado, ofrece un impresionante golpe de vista, con su decorado y tapicería granate, sus maderas de nogal, sus ricos y mullidos sillones escalonados en hileras que ascienden numerosas hasta una elegante columnata superior.

Su anchísimo escenario se presta para obras de gran aparato, como un drama "Stalingrado", que se venía representando allí desde antes de mi arribo a Moscú, en el cual desfilaba por un puente toda una brigada de artillería con cañones auténticos y se asistía a un bombardeo aéreo, con pasaje de aviones por un cielo fantasmagórico, que parecía real.

No se vaya a creer que por llamarse teatro del Ejército Rojo trabaja allí una *troupe* de militares. El nombre sólo quiere decir "en honor de", y se le adjudicó al Ejército Rojo porque se halla situado a pocos metros de la Casa o Club del Ejército y del Parque que la rodea y que se llama Cedeka (C.D.K.), iniciales rusas del nombre de la institución armada.

Los teatros que le siguen en cuanto a capacidad son el *Bolchoi* y su filial, el *Stanislavski*, el *de la Opereta*, el *del Drama*, el *Komsomol*, el *de las Artes* y su filial, el *Malin* o Pequeño Teatro y su filial, el dramático Moskoviet, el de Y.N.K.N.D. y algún otro que entre todos no contienen más de quince mil espectadores. Abundan los locales pequeños con capacidad para pocos cientos de personas, y hay algunos, como el teatro gitano, donde no caben más de trescientos espectadores incómodamente instalados.

Las mismas salas de cine no son, salvo un par de excepciones, muy espaciosas. Son modestísimas, nada cómodas, y aún las más nuevas, de mediana capacidad. No deja de ser curioso que no se haya concedido al cine mayor importancia como motivo arquitectónico de carácter popular.

No es, pues, de extrañar que haya quienes viviendo en Moscú, no hayan ido nunca al Gran Teatro y que sean más bien elevados los precios de las localidades. Cuestan treinta y cinco rublos los sillones de platea en el teatro más caro, que es el *Bolchoi*, y dieciocho en el más barato.

LOS GASTOS.

Las compañías son siempre multitudes de actores, a los que se agrega un personal nunca pequeño con colaboradores de todo orden.

Y no es posible que se reduzcan mayormente los precios, porque los teatros en Moscú tienen siempre sobre sí una carga de gastos que no se conciben en países como el nuestro.

El *Teatro de las Artes*, tiene un conjunto de más de doscientos actores y actrices.

Un teatro como el *Kamernin*, que no es de los más costosos, cuenta con trescientos empleados, entre artistas, músicos, maquinistas, utileros, pintores, escultores, carpinteros, acomodadores, servicio de guardarropa, porteros, limpiadores.

Las subvenciones que reciben casi todos ellos suman muchos millones de rublos. Baste decir que el teatro Central de la Juventud recibe un millón ochocientos mil rublos por año.

Poner en escena una nueva obra cuesta siempre mucho dinero. En el Gran Teatro se invierten sumas fantásticas. Parece, por ejemplo, que para poner "La Cenicienta", el último *ballet* de Prokoffiev, se gastó un millón y medio de rublos. "Madame Bovary", en el *Kamernin*, costó cuatrocientos mil rublos.

A veces ocurre, dadas las exigencias de las comisiones que deciden sobre si un espectáculo puede o no brindarse al público, que después de haberse gastado enormes sumas en ensayos, decorados, trajes, etcétera, se resuelve aplazar su presentación para corregir los defectos y modificar algunos cuadros, y la obra no aparece sino años más tarde. Otras veces, todavía, una obra se retira a las primeras representaciones; y hasta se ha dado el caso de sacársela a un teatro para confiársela a otro. Tal ocurrió con "Iván el Terrible", de Alexis Tolstoi, cuya primera parte se había estrenado en el *Pequeño Teatro* pero a la tercera representación, a raíz de una crítica aparecida en "Pravda", fué retirada, cambiándose entonces el director de escena, que parece fué sacrificado porque había caído en desgracia y perdió su puesto sin más comentarios, aunque contaba en su haber con muy buenos aciertos anteriores, y algunos meses después el drama reaparecía bajo otra dirección y con algunos cortes y leves cambios escenográficos. La segunda parte de ese drama, que el autor fallecido poco antes apenas tuvo tiempo de terminar, fué dada a conocer cuando yo estaba ya cerca de mi partida, por el filial del *Teatro de las Artes*.

En uno de esos teatros se había ensayado meses antes de mi llegada, con todo pronto, "Fuente Ovejuna", modernizando la antigua presentación que en tiempo de los zares había constituído uno de los más sonados éxitos del *Pequeño Teatro*. Pero se la juzgó desacertada y no pudo representarse en los dos años y medio de mi permanencia en Rusia. Se habían invertido en ella cuatrocientos mil rublos.

En el *Teatro de las Artes* se ensayó "Hamlet", que llevó seis meses de preparación y no se representó luego porque la comisión asesora no estuvo conforme. Bajo la supervisión de esas comisiones oficiales, el teatro adquiere rasgos generales comunes a todos sus sectores dentro de la diversidad de los géneros.

GRANDEZA Y DEBILIDAD.

Suele no faltar en el drama y la comedia el comentario musical. Sólo el *Teatro de las Artes* prescinde en sus dos salas, del aditamento de la música, a menos que lo requiera la acción de la pieza, como en "El Matrimonio de Fígaro", una de las más exquisitas y magníficas versiones del Filial, la cual exige una orquesta, pero interna y en escena, no al margen del desarrollo cómico.

En los demás teatros, la música constituye un complemento casi permanente. Las mismas obras clásicas del realismo literario reciben la colaboración filarmónica, que en ciertos momentos resulta contraproducente. Así en el *Karmenin*, "La Gaviota", de Chejov, se da con sobrios comentarios musicales que en verdad no la perjudican sino que, en cierto modo, condicen con el carácter de la pieza. Pero también se le ha puesto música a "Madame Bovary", y en este caso los comentarios, poco acertados en más de un pasaje, estorban el efecto dramático y le hacen perder intensidad.

El *Dramático Moskoviet* cuenta también con su orquesta permanente, que subraya o acompaña con la música de un compositor soviético ciertos pasajes de "Otello", con el cual no desentona ese fondo lírico.

Por otra parte, no cabe sino encomiar que comedias como las de Goldini, se den a la manera de su tiempo, con cantos y música.

El procedimiento obliga a los artistas a desplegar una multiplicidad de aptitudes, pues deben ejercitarse no sólo en la recitación sino al mismo tiempo, en la danza y en el canto.

Es de lamentar, eso sí, que esa tendencia a musicalizar haya conducido al abuso de arreglos y adaptaciones extravagantes, que poco dejan en pie de los originales. Unas de las víctimas de ese abuso es "Los Intereses Creados", de Benavente, que vi y oí en el filial del *Malin* (donde uno de los más grandes actores actuales de la U.R.S.S. se muestra a la altura de un Zacconi, de un Hugenet o de un Silvain en "Eugenia Grandet") bajo el título de "Comediantes" y transformado en una burda farsa musical con coros y bailes (que no le sientan mal del todo) pero lo que es peor, con una desnaturalización molesta de los personajes en una interpretación que hace de Leandro un tipo afeminado hasta el equívoco.

Otro aspecto discutible del actual teatro es la orientación escenográfica que en él predomina. Los maravillosos escenarios con que se representan las obras en los coliseos de primera categoría, pero a menudo también en los más modestos, son la grandeza y al mismo tiempo la debilidad de ese teatro.

Deslumbran al público y son aplaudidos en las más efectistas reproducciones de la realidad o en los más bellos cuadros donde triunfan la fantasía y el buen gusto, como se aplaude a los actores (ya he dicho que ellos se incorporan a la vida de las obras como un elemento activo, como un actor de los principales, a veces como el principal de todos ellos); y directores, pintores, intérpretes, espectadores, todos se sienten orgullosos de esos alardes que generalmente son estupendas tentativas de una reproducción integral de la naturaleza.

Hay escenógrafos notables, por ejemplo William, en su tendencia realista; y los resultados a que se llega en materia de imitaciones del árbol vivo, del bosque, del río, del cielo, del mar, de los panoramas urbanos y rurales, o de la manera de dar la impresión exacta del oleaje, del viento en la selva, de la nube, de las nevadas, de la lluvia, por medio de telones y juegos de luz, con esas colosales baterías de reflectores de que se ven munidos todos los teatros de Moscú, hasta los más modestos, son sin duda sorprendentes. Pero hay mucho de ingenuo, como ya lo hemos dicho, en los recursos de maquinaria con que se hacen volar aviones en el firmamento de una ciudad o se suspenden en el aire guerreros a caballo que cantan, como en alguna ópera de Rimsky-Korsakov, en que parece emularse la pueril escenografía wagneriana.

A veces ese realismo utiliza los elementos naturales "al natural", especialmente el agua, que alcanza señalados éxitos poniendo torrenciales fuentes de verdad en los jardines o brazos de ríos con agua que corre.

Las direcciones están encariñadas con esos cuadros escénicos, que sostienen una obra sustancialmente floja con un interés adventicio que no se halla en su letra, como aquel "Oficial de la Flota" (del *Malin Teater*), endeble drama de guerra, cuyo mayor atractivo para el gran público reside en el submarino que interviene en el último acto, balanceándose entre las olas y atracando en un muelle.

Las mismas compañías que suelen orientarse hacia escenografías sintéticas, como la del *Kamernin*, no son consecuentes y vuelven con frecuencia a la modalidad predominante.

No deja de haber —claro está—, verdaderos *Chefs d'œuvre* en esas realizaciones, que el gusto más exigente debe admitir, sobre todo cuando se reproducen algunos rincones de ciudad o salones fastuosos de palacios antiguos. Pero ganaría mucho, hasta económicamente, el teatro soviético si modernizase su escenografía.

En esa materia, aun en las obras de pura fantasía, y pese a la naturaleza fantástica del genio ruso, suele estarse en las antípodas de aquel concepto de Cocteau (muy discutible, eso sí, como principio general) de que en el teatro debe obtenerse "la verdad contra la realidad, contra la perspectiva, contra ese verdadero vital que es lo contrario de lo verdadero teatral, y sobre todo, contra lo pintoresco." Y no se concibe que haya obras que, como lo creía Copeau (acaso ciñéndose a la exigüidad de los medios pecuniarios de que disponía), requieran el teatro desnudo. Y si bien se emplea la luz como elemento activo de la *mise en scène*, suele no aceptarse que "el decorado es siempre decorado, o sea, una ilustración", predominando, en cambio, el concepto de que el decorado da vida a la obra en cuanto la sustenta con el apoyo de la realidad exterior al alma de los personajes, y será tanto mayor apoyo cuanto más se acerque a la realidad objetiva.

EL REPERTORIO.

También se echa de menos una mayor inquietud de modernización en su repertorio. No se explica satisfactoriamente que mientras no cae del cartel, desde tiempos inmemoriales, la comedia "El Club de los Pingüinos" de Dickens, irremediablemente envejecida, a la que se le añadió recientemente una adaptación de "El Amigo" de un corte demasiado folletinesco, no se dé sino una obra de Bernard Shaw, "Pigmalion", y que Oscar Wilde sólo en el año 1946 haya entrado en Moscú con "El Abanico de Lady Windermere" y "El Marido Ideal". Y mientras se siguen representando "Adrianne Lecouvrer" y dramas de Scribe, no se da nada del buen teatro francés contemporáneo. De autores americanos sólo se representaba en el *Teatro del Drama* (antes *Teatro de la Revolución*)

una pieza melodramática que ha popularizado en el cine Bette Davis.

El teatro español de los últimos tiempos ha contado con el concurso de una compañía gitana que trabaja en esa sala, muy reducida, de que ya he hablado pero que cuenta con subvención oficial. Allí se dan "Bodas de Sangre" y "La Zapatera Prodigiosa" de García Lorca, en traducciones y adaptaciones que añaden mucho canto y baile al texto original. Se dan en ruso, no en gitano. Vi la primera de ellas con decorados del escultor y pintor español Alberto, que debió hacer milagros para sugerir distancias y lejanías castellanas en un escenario no más grande que un pañuelo. Y los aderezos coreográficos, de un joven compositor ruso, tenían una música de bastante sabor español, pero no del sabor regional que hubiera correspondido, como que se bailaba una *furlana*. Con todo, tengo para mí que a García Lorca no le hubiera disgustado ese colorido de las escenas de conjunto como contraste con la sombra trágica del fondo de la acción.

Sean cuales fueren las deficiencias del repertorio internacional del teatro soviético, debe eso sí, reconocerse que no deja de ser meritorio y plausible el considerable esfuerzo que se lleva a cabo para dar a conocer en ruso producciones de los más célebres autores del mundo. ¿Qué nación hace otro tanto?

No sé de ninguna otra en que ni remotamente se realice un esfuerzo parecido.

La producción nacional actual trata de ir instalándose en ese repertorio, y va obteniendo, como es lógico, plaza más ancha cada día. Pero desde el punto de vista de la formación de nuevos valores en el campo de la producción, el teatro soviético no puede considerarse victorioso. Su cosecha en ese terreno es mediocre.

Los autores soviéticos han quedado estrechados en el círculo reducido de una determinada índole de temas de la propaganda política y la guerra.

De todos los innumerables dramas inspirados en ésta que han merecido escalar los escenarios, sólo uno o dos, cuando mucho tres, acusan garra dramática y se hallan dotados de vigor y originalidad suficientes para no desaparecer olvidados. El mejor me parece "La Invasión", que vi representar magistralmente en el *Dramático Moskoviet*.

El problema de renovar el teatro en sus procedimientos y en sus obras, no se resolverá favorablemente mientras no se renuncie al sistema de arte *dirigido* por un criterio artístico único y unilateral.

Muchas inquietudes de renovación, que hubieran sido fecundas, fueron ahogadas con el dictado de *contrarrevolucionarias*. Cuando algún teatro animado por ellas daba preferencia a la producción extranjera, o se mostraba poco accesible a conceder su hospitalidad a piezas políticas "revolucionarias" sin ningún valor artístico, corría el riesgo de volverse sospechoso de poco amigo de las buenas ideas. Parece que al *Kamernin* le pasó algo de esto, y desde entonces empezó a salpicar sus carteles de piezas soviéticas de la más reciente extracción.

De las tentativas, audaces pero también tendenciosas, de Meyerhold, ya nadie habla ni se acuerda porque se estrellaron contra la fortaleza del *Teatro de las Artes*, que gozaba, naturalmente, de más salud que las novedades o las extravagancias de aquéllos y otros snobismos; pero sobre todo, porque mediaron causas políticas que dieron con Meyerhold en la cárcel y trajeron consigo la clausura y desaparición de su teatro. Nada se sabe de ese famoso director e innovador. La versión más difundida es la que lo da por muerto a raíz de haberse descubierto un plan de evasión preparado por su esposa y algunos amigos.

Hablando con escritores rusos me he permitido opinar ante ellos que les haría falta un teatro experimental donde pudieran tener cabida todas las audacias del ingenio y las diversas tendencias que se agitan en la escena de estos últimos tiempos.

POR QUÉ DECAE EL GENIO TEATRAL RUSO.

Al llegar aquí deseo encarar francamente un problema de trascendencia política. Me refiero a la relación que pueda existir entre el régimen político establecido en Rusia, o mejor, entre la política seguida por el gobierno soviético con respecto al arte en general y la suerte de la producción literaria teatral, desde el punto de vista de la calidad, de la originalidad y de la virtud creadora.

Acabo de decir que parecería que gravitase sobre los autores actuales del teatro soviético, a manera de una tremenda inhibición, la obra de los grandes escritores realistas rusos del siglo XIX, con los cuales se ven obligados a alternar y competir en la cartelera cotidiana. ¿Qué tiene esto que ver con el régimen político o con la política cultural del gobierno?

Recordemos que la formidable producción de lo que podríamos llamar la pléyade realista rusa —Gogol, Tolstoi, Turguenief, Dostoievsky, Chejov, Andreief, Gorki—, resplandecía en medio de las sombras de la tiranía de los zares, que a menudo clavaba en muchos de esos autores su garra condenándolos a la cárcel y al destierro. Esto parecería demostrar el aserto, que yo comparto, de que el arte sólo florece con todo su esplendor en el ambiente de la libertad. Lo que debe consignarse es que el zarismo era brutal y sanguinario, como propio de la Edad Media, con su barbarie, su feudalismo y su servidumbre, que perduraba en Rusia, mucho después que fuera abolida en los demás países de Europa, pero no era el totalitarismo, forma de tiranía perfeccionada, más culta y a veces menos cruenta, que abarca todo el ámbito de la existencia de un país y halla la manera de clausurar hasta las menores rendijas por donde puedan colarse los vientos contrarios del espíritu.

El despotismo zarista amordazaba al hombre y torturaba su cuerpo, pero dejaba al artista la libertad de buscar las formas y modos de expresarse en el arte.

Y así como abría universidades, como esas construídas en Moscú, cuyos edificios prestan tan gran servicio a la cultura soviética y en las cuales brotaban las ideas revolucionarias, abría y sostenía teatros con sus famosas academias, y en Moscú permitía que funcionasen el *Malin Teater* y el *Teatro de las Artes* donde, a pesar de la censura oficial y de las persecuciones policiales, entraban poco a poco los estremecimientos del espíritu libertador en las alas del genio dramático ruso, que hablaba su lenguaje propio y buscaba sus caminos sin dejarse llevar de la mano por

el gobierno, sino al contrario, poniéndose en rebeldía contra el alma de las fuerzas sociales y políticas dominantes.

El régimen soviético adopta un criterio más restrictivo y esterilizador para con el arte, que somete a las directivas no solamente políticas sino artísticas del Estado. Y como se trata de un Estado que tiene una dirección doctrinaria —la del partido único gobernante— y éste impone sus puntos de vista espirituales a todos los órdenes de la vida nacional, el arte queda restringido en un círculo y sometido a una norma única hasta para lo que se refiere a las formas de expresión y realización. El arte, al principio debía ser "proletario"; ahora debe ser "soviético". Este ha de ser utilitario, ha de servir al pueblo (en la U.R.S.S. quiere decir servir al Estado) y ha de ser realista, porque los doctrinarios artísticos del partido único entienden que sólo la escuela y la estética realista —tal como ellos las conciben—, responden al fin de llegar pronta y directamente al alma popular y dar el sano goce estético que el pueblo necesita.

Por eso los autores dramáticos, como los novelistas, permanecen dentro de un campo expresivo en que les toca competir directamente con aquellos grandes autores del siglo XIX, sin poder evadirse a concepciones estéticas donde podrían formar y afirmar personalidades creadoras menos inmediatamente emparentadas con esos colosos, que son precisamente insuperables e inigualables dentro de la expresión realista que ellos llevaron en Rusia al más alto grado de intensidad, de profundidad y de fuerza.

Esta es mi explicación de un hecho cierto: la escasez, casi la ausencia de grandes valores en la producción literaria teatral soviética.

ACTORES Y PÚBLICO.

También se nota cierto anquilosamiento en la renovación de los cuadros de intérpretes. Estos continúan hasta muy viejos actuando en los mismos papeles que aprendieron en su juventud, y ello se vuelve doloroso en el caso de las actrices que se han especializado en papeles de ingenuas o de dama joven y han de continuar en esos roles mucho después de haber perdido la juventud y sin que logren disimularlo con los recursos de las tablas. Abundan esos casos en todos los géneros teatrales. Una organización nacional que dispone de tantos medios debería corregir esa falta, que acaso perdura por la relativa escasez de intépretes ante la necesidad de proveer al país de todas las salas que el público reclama.

No debería faltar sitio para los actores en las academias de enseñanza o buenos retiros para cuando no puedan prolongar en las tablas su actuación, con provecho para el arte y brillo para ellos.

Una costumbre encomiable es la de reunirse los actores periódicamente en la Casa de los Artistas de Teatro, un club de actores que yo visité en la Avenida Gorki, para ventilar en grandes asambleas los problemas teatrales.

En esa misma casa, donde hay una sala de espectáculos compuesta de una platea con quinientos o seiscientos cómodos sillones y un holgado escenario, asistí un domingo de tarde a una representación "didáctica" muy propia de la índole de dicho club.

Se llevaron a escena un acto de cierta comedia soviética que se venía representando con éxito en el teatro del Club de Transportes; un acto del drama de Turgueniev "Un mes en el Campo", que figuraba en el repertorio de otro teatro, el *Komsomol;* y un acto de "Cyrano de Bergerac", tal como se daba en el *Vastangot,* todos ellos con los mismos intérpretes de sus respectivos teatros. Cada acto era precedido por una disertación del director de escena correspondiente, quien explicaba su método y hacía resaltar las características de su criterio como *regisseur* con relación a la muestra animada que a continuación se exhibía.

Para ser artista de la escena se debe estudiar seis años en las Academias Teatrales después de los diez años de enseñanza primaria y media, y si no se han cursado los tres años de esta última, deben hacerse tres más de Academia, dedicados a la cultura general.

He hablado de las dificultades para entrar en los teatros. No debo olvidarme de las dificultades para salir. La concurrencia se precipita hacia el guardarropa al terminar la función y aun antes de terminar. Es preciso hacer cola ante el respectivo mostrador, para poder entregar el número que cada uno recibe al depositar sus abrigos. No está permitido entrar en la sala con ellos, y no hay sitio para tenerlos, pues en los asientos no hay nada que permita colgar los sombreros y los sobretodos. Sólo en los cines, el público permanece con sus tapados y *fourrures.* Las mejores salas están bien calefaccionadas (otro de los gastos, no pequeños, que recargan allí durante seis o siete meses al año el presupuesto de una compañía).

La operación de salir lleva tiempo. La concurrencia debe retirarse por tandas para evitar en el guardarropa las aglomeraciones tumultuosas. Las puertas de la sala se cierran apenas ha pasado la cantidad conveniente de espectadores. Los otros deben aguardar su turno. Y a pesar de todo, en el guardarropa se reproducen las apreturas para abrirse paso, y resulta allí engorroso ponerse las cosas —paltó, bufandas, chanclos, gorro de piel, guantes— y acercarse luego a la salida.

No existe ninguna precaución de previsión de un incendio en la mayor parte de los teatros, con sus puertas estrechas, con sus filas de asientos apretadas para ganar espacio, sus corredores intrincados, sus escaleras poco amplias.

También a la llegada hay espera ante los mostradores y dificultades para arreglarse entre empujones y codazos, sobre todo si se llega muy sobre la hora de comenzar, porque una vez alzado el telón o instalado el director de orquesta ante su atril, nadie puede penetrar en la sala.

Para evitar sofocones y no recurrir a las atenciones especiales que siempre se tienen allí para los diplomáticos, prefería a menudo quedarme en mi sillón hasta que se hubiese marchado casi toda la concurrencia, y así podía, entretanto, divertirme presenciando las demostraciones de que son objeto los artistas por parte de sus más fervientes admiradores y admiradoras.

El telón se levanta varias veces en tanto se produce ese lento desalojo de las localidades; y las legiones más o menos numerosas de esos fieles, casi todos muchachuelas y muchachuelos, llegan hasta el borde mismo de la escena y gritan desde allí el nombre de sus favoritos, aplaudiéndo-

los y vitoreándolos, mientras los artistas aparecen una y otra vez, saludando sonrientes y halagados. Algunos traen en sus manos ramos de flores que les han enviado sus devotos.

El público es bastante efusivo. Aplaude con frecuencia a telón alzado, y en el *ballet*, la ópera y la opereta estallan salvas de aplausos cada vez que aparecen la estrella de la danza, o el tenor de moda o el cómico popular. La tradición del *Teatro de las Artes* impone a los concurrentes a sus salas una continencia mayor que en otras partes. Allí no se aplaude sino al final de la representación.

Muy rara vez se abandona la regla para aplaudir algún final de acto, y nunca se aplaude una escena aislada, un parlamento, un mutis de efecto, como en las otras casas.

Los cantantes y actores de fama gozan de una popularidad fervorosa, especialmente entre las jovencitas.

A los tenores más destacados los rodean y siguen por la calle, en ciertos parajes céntricos, cuando los identifican.

La simpatía y veneración por el gran artista de teatro se traduce en grandes manifestaciones de duelo cuando alguno de ellos fallece.

El viejo actor Makxin, que murió a los 72 años, fué velado en el *Teatro de las Artes*, por el cual desfiló una incontable muchedumbre.

Iguales honores se rindieron al actor Xmileov, muerto en plena juventud, pero ya aureolado por una gloria auténtica de intérprete genial.

Su muerte se había producido en forma conmovedora. Acudió enfermo a un ensayo de la segunda parte de "Iván el Terrible", en que desempeñaba el papel protagonista, y caracterizado de "Iván" tuvo que ser conducido a un palco, donde se le prestaron los socorros de la ciencia, que resultaron vanos. Y como debía efectuarse la función anunciada para esa noche y no era posible trasladar al actor moribundo, la función comenzó sin que el público advirtiese que en el antepalco de aquella primera logia, estaba en ese momento expirando, entre los médicos que lo asistían, uno de sus famosos favoritos.

El nombre y la imagen de los artistas se perpetúa en sus teatros, donde nunca falta en los *foyers* y salas de espera, una exposición de retratos de los intérpretes y de sus caracterizaciones. El pueblo se muestra orgulloso de su labor y los rodea de su simpatía.

Es, por lo demás, interesante observar desde el ángulo del ambiente teatral de Moscú cómo se va formando una clase nueva de obreros y campesinos en contacto con la cultura. Acaso sea en el teatro, precisamente, donde se pueda hacer esa observación con mayor amplitud y profundidad.

Es curioso ver cómo reacciona ese público de jóvenes que no han conocido la era burguesa y de viejos que no la han olvidado todavía, ante esos cuadros en que aparecen reflejadas las costumbres y la psicología de los hombres de aquella época.

Hay un sentimiento de viva curiosidad, un afán de conocer qué era y cómo era la Rusia de ese entonces y cómo sentían los señores y el pueblo.

Nada ofrece tan patente y animada la imagen de una sociedad, como el teatro.

Multitudes de hombres y mujeres que viven en la sencillez de una existencia de trabajo, alejada de toda vana pompa y de todo hipócrita convencionalismo, contemplan atentas esas reconstrucciones de la sociedad de un pasado para ellas reciente y no desaparecido todavía en el resto del mundo; y hasta se diría que experimentan una delectación no solamente estética ante los esplendores de las cortes zaristas que juzgan, quiero decirlo, felizmente —y definitivamente— abolidas.

OTRAS ACOTACIONES AL MARGEN DE LA ESCENA.

La actitud adoptada por el gobierno soviético ante la historia de los zares, al acentuarse su tendencia a reaccionar contra el primitivo concepto de desvinculación histórica entre el nuevo régimen y sus predecesores en la dirección del país, por lo que respecta a la hazaña del engrandecimiento territorial y material de Rusia, se refleja en todas las artes y en todos los géneros literarios, pero especialmente en el teatro.

El movimiento comenzó, como era lógico, con la glorificación de Pedro el Grande. El teatro tuvo, como no podía ser menos, una destacada participación en esa empresa.

La novela y la pintura han cooperado con la escena a la popularidad soviética de ese titánico renovador y forjador de progreso, grandeza y poderío nacionales, que unía en sus puños de hierro y en sus métodos de gobierno la barbarie con la civilización.

Sólo en una opereta —"El Capitán Tabaco"—, donde se hace aplaudir la figura simpática de un zar sabio y justo, había quedado sobre las tablas, cuando yo estuve, la constancia teatral de esa glorificación sistemática.

Luego le llegó el turno a Iván el Terrible. Para éste fué mayor la facundia de los poetas dramáticos.

El *Malin*, con la primera parte del drama del último Tolstoi, también llevada al cine; el filial, con su segunda parte; el *Vastámvagot*, con el Gran Zar, contribuyeron a exaltar en ese emperador o césar de todas las Rusias, el aspecto de fundador de la nacionalidad rusa y de la consolidación y extensión de sus territorios, a despecho de los tártaros, a quienes finalmente desalojó. Pasando por alto sus crueldades inauditas aun teniendo en cuenta la rudeza de los tiempos y las feroces características de las contiendas que en su medio se desarrollaban, se subrayan sus luchas contra los boyardos y los príncipes, la poderosa nobleza que esclavizaba al mujik y a todo el pueblo ruso, en el cual prefería apoyarse con sus largas vistas políticas, gracias a las cuales ensanchó sus dominios y plantó las bases del destino de toda Rusia como potencia guerrera, respetada y temida.

Más adelante, cuando se pueda hacer el panegírico de una zarina alemana, tal vez se inicie la glorificación de Catalina II, pese a su Potemkin y a las rumbosidades incalculables para sus favoritos, debilidades regias y humanas que podían, después de todo, disimularse más fácilmente que su inquina —sin duda explicable—, contra las modernas corrientes políticas a que no lograran atraerla su amistad con Voltaire y otros precursores de la Revolución Francesa. Entretanto, el movimiento hacia una rehabilitación de los personajes históricos vinculados a las luchas

por el engrandecimiento nacional y por la defensa del suelo de la patria, toma bajo sus proyectores a los generales de "la primera guerra patriótica", la guerra contra Napoleón I.

Y mientras la novela pone de moda al príncipe Bragatión —representante típico de la nobleza más autocrática— por sus condiciones militares y su actuación en esa guerra, el teatro se adueña de la figura aún más prócer, del general Kutuzof, el héroe de la batalla de Borodino, que aparece concitando la admiración y simpatía de las multitudes en una pieza muy espectacular del *Teatro del Ejército Rojo.*

Así se educa el espíritu público para una valoración patriótica de ciertos sucesos y de ciertos héroes que tiende un puente o un lazo de comunicación y acercamiento entre ellos y el alma del pueblo soviético, para encender y reforzar en ella un sentimiento nacionalista tradicional, con tendencia a venerar la espada y a deslumbrarse y enardecerse con la visión de la grandeza militar y el brillo de las glorias guerreras.



CAPÍTULO XXXI

LAS ARTES PLASTICAS

¿Cuál es, entretanto, el grado de evolución de la pintura y de la escultura soviéticas?

No puede negarse que, sea cual fuere el valor intrínseco de sus más altos representantes, ambas se hallan estancadas en su evolución y pasan en la actualidad por un momento de decadencia.

Y no es que falten elementos creadores. El vigor y la fecundidad son cualidades que florecen con abundancia entre los pintores y escultores soviéticos. Es pasmoso el esfuerzo de realización que revelan muchísimas obras de las que se exponen en las frecuentes exhibiciones de la galería Trétiakov, algunas de cuyas reparticiones suelen destinarse a exposiciones temporales, o en la Cooperativa de Artistas Plásticos que dispone de un vasto y bien alumbrado local, o en el *foyer* de algunos teatros.

A comienzos del año 1946 se inauguró en la galería citada una exposición de lo mejor que habían producido los pintores y escultores de la U.R.S.S. durante los tres últimos años, exposición que, por falta de espacio se derramó hacia el otro local también citado, donde se realizaron dos exhibiciones de las obras que no habían cabido en las salas especiales de la Galería.

Nada mejor que esa exposición para apreciar el estado actual de las artes plásticas en la Unión Soviética. Allí estaban representados casi todos los pintores y escultores de primera fila en actividad. Los escultores estuvieron menos presentes en proporción, pero hubo más de cien obras escultóricas.

El número de cuadros probablemente pasaba de dos mil. El género del retrato, que tuvo cultores devotos en todos los tiempos de la escuela seglar rusa (de origen reciente, pues no existían sino pintores religiosos antes del siglo XVIII), aparecía afirmado en las virtudes próceres que lo llevaron a gran altura casi desde sus tardos comienzos y sobre todo en manos de Briulov, de Kiprénsky, de Repin, de Serov, de Surikov, pintores de principios y mediados del siglo XIX, que permanecen en la cima como cultores de ese género.

La pintura histórica, los cuadros épicos, las grandes composiciones con personajes de la historia nacional, en situaciones dramáticas de su vida, han tenido representantes de garra entre los pintores del siglo XIX. Entre ellos sobresalen, desde luego, el famoso Repin, probablemente la más alta cumbre de la pintura rusa hasta el presente, y el gran Surikov, cuyas telas se imponen por el vigor del dibujo, la fuerza del conjunto, el colorido, la expresión de las figuras, la convincente resurrección del carácter de la época y el medio espiritual de los personajes.

Y hoy, también, se da con frecuencia el cuadro de escenas históricas del pasado y con personajes pretéritos, pero asimismo el de temas actuales, que aspira a ser al mismo tiempo documento de historia contempo-

ránea y manifestación de arte. No podía extrañarnos la abundancia de cuadros inspirados en la guerra, con episodios bélicos, con escenas de destrucción y muerte, con incendios, con batallas, con cadáveres, con los horrores de Stalingrado, de Leningrado, de Kharkov, de Sevastopol...

¡Enorme tema y motivo que por fuerza debía meterse en el alma de los artistas y conducirles de la mano!

Las conferencias y reuniones diplomáticas de los jefes de Estado y ministros de las naciones aliadas, celebradas durante la guerra y a su terminación, habían ofrecido asunto a algunos pintores especializados en tales empeños. Uno de éstos, que goza de mucho predicamento en los círculos oficiales, pinta cuadros de alto metraje con numerosas figuras. Uno de sus cuadros, malamente fotográfico, ocupaba más por su asunto, sin duda, que por su factura y su jerarquía de arte, un verdadero puesto de honor en la exposición. Reproducía la conferencia de Yalta, con unas veinte figuras dispuestas en torno de una mesa en óvalo, algunas de pie en segundo término. Los parecidos eran bastante discutibles, pese a que todo el conjunto daba una impresión de escena tomada mecánicamente por una cámara fotográfica, lo que no había impedido la alteración de algunos rasgos fisonómicos con detrimento del valor documental de la tela, único que podía atribuírsele.

Pero había muchas obras infinitamente mejor logradas y de más pura o menos impura calidad artística. En general se recibe la impresión de que la pintura soviética se halla detenida en su evolución con relación a la de otros países.

Cuando intenta ser audaz, no va más allá del impresionismo; y para ascender hacia una firme recuperación de los volúmenes vuelve a la fuente del realismo ruso, que cuenta con bases sólidas y prestigios saneados en la historia de la pintura nacional.

La anécdota sigue siendo preponderante en la inspiración del arte plástico. Y no se ven valores que superen ni igualen a la formidable escuela realista rusa de los Poppov, los Ivanov, los Repin.

Esa escuela desarrolló cualidades inmanentes al genio artístico ruso, que se caracteriza sobre todo por una comunicación profunda y vivificante con la naturaleza, una adhesión múltiple a la vida, como la del agua a la tierra.

Por eso dió frutos tan perdurables, tan sanos, tan frescos, tan sanguíneos y musculosos, que viven en la vibración de la luz real y se incorporan con sus rasgos elementalmente verídicos al ambiente físico de la existencia circundante. Ella deparó días de auténtica gloria al arte ruso, sobre todo en la literatura y en la pintura.

En sus buenos tiempos, esa escuela adoptó para su servicio todas las adquisiciones de la técnica hasta sus días y aplicó a su propia significación estética las contemporáneas aplicaciones del criterio artístico. Fué, pues, una cúspide dentro de la tendencia realista.

* * *

Pero hay un realismo directo y de superficie que no llega a ser siquiera el de la fórmula de Eça de Queiroz: "Sobre la fuerte desnudez

de la verdad el manto diáfano de la fantasía", o aquella otra de su Fradique Méndez: "El arte es una síntesis de la naturaleza hecha por la imaginación"; y ni tampoco, sin duda, la de Zola: "La naturaleza vista a través de un temperamento".

La misma realidad puede verse con ojos miopes y con ojos penetrantes y clarividentes. El realismo de la fotografía es siempre periférico. Del carácter sólo entrega la impresión mecánica producida por la imagen de una mirada, de un gesto, de una expresión fisonómica en una placa. El artista puede revelarlo mejor, después de haber ahondado en la imagen del sujeto, subrayando los rasgos que más lo traducen, y aun deformando la figura para que cobre más vida en la dirección de su verdadero espíritu.

Por eso el realismo contemporáneo no teme deformar las figuras humanas, si con ello las anima y les infunde fuerza de expresividad o de símbolo vivo, haciéndolas no sólo feas y grotescas como en la realidad, sino también monstruosas, con pies y manos deformes y abultadas cabezas, para verter con más profunda veracidad el alma del personaje, que por otra parte no abstrae del medio circundante, del fondo del cuadro ni de los otros planos de la composición, porque la concibe como un elemento cuyo destino va ligado gráfica y plácticamente a ellos. Y para, además, poner un sentido de simbolismo ideológico en esos rasgos, que gritan o golpean como truenos y martillos de Thor.

Esa misma frase del consejo del escritor portugués: "El velo diáfano de la fantasía" tiene que ser interpretada.

Hay fantasías de diversa índole. La fantasía del idealista idealiza todo lo que toca. La fantasía del realista añade realidad —si se quiere realidad de adentro— a los reflejos de la vida real, agregando horizontes más amplios a la simple proyección del arte, porque la recrea con el mismo procedimiento del Dios bíblico para crear al hombre: soplando alma en el barro.

Su fantasía es creadora de realidades que hablan al espíritu un hondo lenguaje de resonancias recónditas de la naturaleza. Su soplo mágico no baja del cielo, como la inspiración de los románticos, sino que sube de la tierra, como las flores y las aves.

Con esa fantasía el realismo hace milagros de arte. Sin salirse de la realidad, sino expandiéndose y hundiéndose en ella.

El realismo de "la naturaleza a través de un temperamento" y recreada por la imaginación, puede conducirnos a toda clase de interpretaciones de la realidad. Lo que quiere decir que no cierra los caminos de la fantasía y de la magia creadora.

* * *

Esa visión de un realismo o naturalismo trascendente —permítase decirlo así—, es lo que falta en los pintores realistas de la U.R.S.S.

Son formidables los del siglo anterior, en que el realismo había llegado a ser la expresión culminante del arte tras la decadencia del romanticismo idealista.

Ese realismo en los pintores actuales es ya demasiado *vieux jeu*

—como suele decirse—, y carece de la espontaneidad y pujanza con que florecía en los más jugosos pinceles del siglo pasado.

¿A qué se debe ese estancamiento? La explicación del fenómeno es sencilla. Se empezó por cometer el error de fijar normas al arte en cuanto a su contenido y a su forma. Así como los Estados antiguos han adoptado una determinada religión, una fe religiosa, el Estado Soviético ha adoptado una fe artística. Su credo es el arte por la idea y para el pueblo. "El arte al servicio de la sociedad". Y se entendía que ha de ser realista, porque en un régimen cuya filosofía es el materialismo dialéctico, ni siquiera las artes pueden permitirse mistificar la realidad ni apartarse de ella cuando se comunica con el pueblo. El arte no es un fin sino un medio de expresión de la vida social. Si no sirve para traducir la vida social y para que ésta se exprese en su cuerpo y en su espíritu, el arte es inferior y decadente. Por lo menos, ése no puede ser un arte del proletariado.

Reconózcase en favor de esa posición oficial la influencia de toda una gran tradición de la filosofía artística rusa, que desde comienzos del siglo XIX sentó el principio de que el arte sólo tiene razón de ser cuando está al servicio de la sociedad, y que la obra artística no existe si carece de sentido filosófico y de significación social.

Ese fué el credo explicado y predicado por una serie de escritores notables, entre los cuales el poeta Venevitinov y los críticos Bielinski, Chernischevski, Dobroliubov, Pisarev, Mijailovsky y, finalmente, el mismo León Tolstoi, cuyo libro "¿Qué es el arte?", produjo en todo el mundo con sus ideas una impresión mayor que en Rusia, porque aquí no venía sino a expresar con la maestría literaria del autor, una tesis fundamental popularizada entre los artistas por los creadores de la "nueva escuela crítica" surgida frente a las primeras manifestaciones del romanticismo sin ideas de los primeros años literarios de Pushkin.

La misma evolución sufrida por Tolstoi —que al principio consideraban como suyo los contrarios al "nihilismo del arte" y que había pronunciado en 1869 un discurso en la Sociedad "Amigos de la Literatura" sobre la necesidad de no mezclar el arte en las cuestiones cotidianas de la vida, política o social—, demuestra cuán profundamente respondía esa tendencia a la sensibilidad de los creadores del arte ruso.

Una evolución semejante se había operado antes en el crítico Bielinski, quien también comenzó sosteniendo que el arte es demasiado grande para entretenerse en las cuestiones del día y que sus problemas son los del universo y no los de los hombres y acontecimientos contemporáneos, para ser después uno de los ardorosos partidarios del arte al servicio del progreso humano.

Es, acaso, en Chernischevski donde mejor se descubre la raíz del criterio artístico que ha adoptado la Rusia Soviética como norma general para su producción estética.

Su libro "Relaciones del arte con la realidad" es, podría decirse, el evangelio de la religión oficial que en materia de arte adopta el Estado Soviético. Allí se niega que el arte pueda tener como fin el arte mismo: y se sostiene que la vida es superior al arte, siendo el objeto de éste el de explicar la vida e interpretarla.

Adelantándose muchos años a Guyau, concebía la belleza vinculada de tal manera a la vida, que sólo por la vida que contiene una obra puede parecernos bella. Llegaba a la conclusión de que la belleza en el arte no es superior a la belleza de la vida. Aquélla sólo representa una concepción de la belleza que el artista ha adquirido de la vida.

Siguióle Dobroliúbov, quien ante la obra de arte sólo se preguntaba: ¿reproduce fielmente la vida? Si no hallaba esa fidelidad, no le interesaba, al menos como asunto para uno de sus artículos o ensayos, que eran más de crítica social que de crítica de una obra de arte, la cual le servía de motivo y punto de partida —no diré de pretexto—, para sus jugosas reflexiones sociales, políticas, económicas, filosóficas y morales.

En Europa occidental la tesis de los fines sociales del arte había sido lanzada por Proudhon.

Lo más fuerte, trascendental y perdurable del arte ruso se fué elaborando de acuerdo con esas directivas estéticas.

Sus manifestaciones más genuinas se pronunciaron ante el mundo con un carácter al mismo tiempo de nacionalismo y de universalidad, porque en la garganta y la voz de una realidad natural y espiritual palpada, vivida, profundizada y vuelta a crear, ponían un mensaje del alma rusa para la humanidad entera.

Y ello era así, más que todo, porque lo que transmitía era sustancia universal y eterna de la vida humana, palpitación y entraña del hombre, esencialmente igual en todos los pueblos de la tierra, medio infalible de comunicación entre todas las inteligencias y todos los corazones del universo.

Gogol, Tolstoi, Gontcharóv, Dostoievsky, Korolenko, Chejov, Turguenief, Gorki... Toda una indestructible e imperativa fortaleza del realismo literario. Un templo augusto, del cual eran ellos las colosales columnas y donde no se observaban los ritos siempre transitorios de una moda o de una escuela, sino el culto imperecedero de las esenciales características de la sensibilidad creadora de un pueblo en la altura de sus cumbres más representativas.

En el ámbito enorme de ese templo quedaban por fuerza comprendidas, en las respectivas vicisitudes de los diversos géneros y ramas, la suerte y evolución del arte nacional a través de muchísimas generaciones contemporáneas y futuras.

* * *

No es de asombrarse, por tanto, que un Estado que quiere mantener bajo su égida directriz el desarrollo y la orientación ideológica de la cultura y de las artes del país, adopte como cánones oficiales los de esa filosofía de un arte con sentido social, útil a la causa del progreso humano, en algún plano de la vida civil, política, moral, económica... Y con ella, como regla general del gusto estético ante las representaciones artísticas —sin excluir, sino incluyendo de modo principal las plásticas—, la que se atiene a las formas del realismo en sus expresiones aparentemente más veraces.

La sola imposición de aquella filosofía con su fórmula de "El Arte

por la idea" no hubiese explicado el estancamiento en ninguna de las bellas artes, porque es muy fecunda de por sí y deja abiertos horizontes infinitos al vuelo del genio creador, exigiéndole solamente conciliar (dificultad eximia) el sentimiento estético puro con la emoción humana y el contenido racional.

Lo que se ha vuelto peso muerto para la marcha de la evolución formal, en el desenvolvimiento de las artes plásticas, es la adhesión a puntos de vista que se detienen en la superficie y con los cuales no es posible abarcar todos los caminos y cúspides hollados en sus aventuras de creación, invención y magia por las artes occidentales.

El arte es una transfiguración. Es un proceso de transformación creadora que va unas veces de la realidad a la fantasía, y otras, de la fantasía a la realidad.

Pero siempre para dar nacimiento a una realidad nueva, es decir, a una cosa que vive de su propia vida como fuente de emoción espiritual.

De lo real a lo ideado; de lo ideado a lo real, es el tránsito; pero la meta es la transfiguración de la realidad, percibida o soñada, en una realidad ideada, que puede ser toda o en parte imaginada y fantástica o puede ser real, esencialmente fiel a la realidad, a condición de que sea, también entonces, nueva, o mejor dicho, creada.

Esa nueva realidad de uno u otro tiempo —realista o fantástica—, debe ser viva para el espíritu, o sea, debe ser capaz de producir emoción espiritual, de mover el espíritu y el ánimo. Sólo así la obra de arte lo es verdaderamente. Cuando el arte no alcanza ese objetivo es solamente oficio, sea cual fuere su género o la materia que emplea.

En el área de esta definición caben y se debaten todos los problemas de la estética y de la técnica artística, todas las tendencias y maneras de expresar, de "hablar" que el artista busca para cumplir mejor y más cabalmente ese destino creador del arte.

Y de ahí que el artista deba gozar de la más amplia libertad de movimiento para procurar nuevos modos de decir.

Hay quienes entienden y sienten que para crear esa nueva presencia, inédita y fértil, de poderes maravillosos con imperio sobre los más puros y elevados resortes estéticos del alma, es forzoso evadirse de la realidad y hasta contradecirla o contrariarla.

Ese criterio es tan legítimo y tiene tanto derecho a la existencia como la posición de los que sólo pueden encontrarse a sí mismos, y dar a luz esa cosa viva y esos seres palpitantes y eternos que pertenecen a la característica creadora del arte, cuando se mantienen en contacto con la realidad, de la que sacan las fuerzas genitales para su paternidad estética, así como Anteo extraía sus vigores para la lucha, de su contacto con la tierra.

Conviene, por otra parte, consignar que, a los fines de ese milagro de la creación estética, nada tiene que ver que el artista exprese o no opiniones; traduzca o no un interés civil o político, es decir, histórico.

Con éste o sin éste las obras de arte pueden vivir de su vida propia y ser por tanto, absolutamente artísticas.

Uno y otro criterio suelen no ser sino producto del temperamento del artista, y éste, muchas veces, es a su vez más que una contextura psíquica aislada, que surge en algunos por generación espontánea, una flor del

mundo estético que vive en su medio y en su época de la evolución del arte, en el seno agitado de los cambios históricos y de las varias y nobles inquietudes del espíritu humano.

No se pueden, pues, excluir y prohibir las manifestaciones de uno y otro temperamento, de una y otra sensibilidad propia de algún sector o de algún momento del mundo artístico sin causar grave daño al progreso estético, que impulsan siempre las auténticas creaciones del arte y no las teorías por sí solas. Lo que quiere decir que, imponerle al artista actitudes *standard*, un criterio único sobre el idioma que ha de usar, sobre cómo debe dirigirse a los espíritus, es anular ese respeto sagrado que deben merecer las diferencias del impulso creador entre unos y otros artistas o entre las diversas corrientes de artistas, y eso es estancar el arte. Vale decir, atrofiarlo.

* * *

Cierto que eso no se preceptúa en la constitución ni en ningún decreto o ley. Pero el Partido lanza directivas hasta por medio de resoluciones fundadas de un *buró* central; y aun sin ellas, el criterio oficial se desprende del sistema de dirección para todas las manifestaciones del espíritu, como para la producción del trabajo manual.

Los artistas plásticos tienen su sindicato y su cooperativa, y los más destacados pertenecen a la Academia de Arte.

Los institutos de dibujo y pintura, las escuelas de artes plásticas en general, preparan millares de artistas. Muchos de ellos encuentran colocación en organismos y establecimientos industriales, en teatros, etcétera, donde ganan un salario.

Otros, con mejores facultades, o más confianza en sí mismos, trabajan por su cuenta, vendiendo lo que producen a ciertas organizaciones comerciales o a las instituciones que les hacen encargos. Así los que forman parte de la cooperativa llevan a ella sus trabajos, cuadros o esculturas; y una comisión o jurado que se reúne todos los meses, o cada quince días, acepta o rechaza los trabajos y establece el precio de los que adquiere. Ella adelanta dinero a los artistas, que éstos pueden descontar con los trabajos adquiridos. Las obras aceptadas por la Cooperativa se ponen a la venta en almacenes especiales y en muchas otras partes. También pueden los autores vender directamente al público, y hay algunas exposiciones permanentes de obras para la venta, entregadas a consignación por los artistas. En algunas grandes librerías se ven también en los escaparates cuadros y estatuas en venta; y en las salas de espera y paseos de muchos teatros hay siempre exposiciones de cuadros que el interesado puede comprar.

No se ha logrado crear a esa multitud de artistas una situación unánime de tranquilidad económica. Los que no tienen la suerte de ejercer funciones permanentes en el profesorado de los institutos o escuelas de arte o no se vinculan a la escenografía de un teatro (los buenos escenógrafos ganan mucho y necesitan numerosos ayudantes) o no se hallan relacionados con talleres que reciben con frecuencia encargos oficiales, sobre todo para pintar retratos de esos con que se adornan en las fiestas los

edificios, o se distribuyen en todas las oficinas, establecimientos y sitios públicos, no viven con holgura, y hasta son multitud los que viven pobremente.

Por eso, un escultor venezolano, que conocí, había concluído por refugiarse en la enseñanza del modelado en una Escuela Profesional. Y el escultor Alberto, (Alberto Sancho), de cierta reputación en España, que se hallaba refugiado en Moscú desde el derrumbe de la República, ahora se dedica exclusivamente a la pintura escenográfica.

Tienen, en cambio, lujosas entradas los que por su renombre reciben pedidos y encargos de las instituciones de todo Moscú y aún de toda la Unión Soviética. Los que pasan por ser los más capaces, no pueden quejarse, ciertamente. Sus obras son bien retribuídas, y las distinciones que reciben se traducen en ventajas personales de todo orden.

Hay unos cuantos de ellos que son los preferidos como retratistas de los más altos personajes oficiales, especialmente Stalin. Y eso sólo les acuerda una preeminencia directriz en las orientaciones del gusto y juicio general. Tuve ocasión de conocer a uno de ellos, que solía hablar en la inauguración de las exposiciones importantes como representante de los pintores y se dedicaba a ese género de pintura oficial, rememorativa de ciertos sucesos, que suele parecerse en todas partes del mundo. Su criterio y su espíritu eran ferozmente impermeables a toda inquietud estética que apartase la visión del artista de los cánones de su fotografismo con colores. Picasso, para él era solamente un charlatán. Negaba en redondo todo lo que no fuese "verismo". El suyo, en la práctica de sus telas tan altamente cotizadas, pertenecía a esa clase de pintura académica que los franceses dieron en llamar *pompier.*

Pero ese maestro consagrado es uno de los que deciden de la suerte de todas las expresiones del arte pictórico que allí surgen, pues forma parte de los más altos jurados, y su criterio —que en él halla una exteriorización más tajante que en otros—, no es solamente suyo sino que es la opinión de todos los que como él gozan de influencia en el plano del arte y son los que indican hacia qué formas, escuelas y tendencias pictóricas deben orientarse el favor oficial y, desde luego, la enseñanza de la pintura.

El Estado Soviético entiende que el Arte debe ser dirigido como toda la vida de la nación. Pone esa dirección en manos de los que más fielmente interpretan su criterio estético. Y los que no quieran o no puedan someterse a ese criterio, o simplemente a la interpretación (discutible también como tal) del mismo, quedan al margen de las posibilidades de pronunciarse notoriamente y de hacerse conocer.

Por ejemplo: un viejo escultor que trabaja con preferencia la madera —hombre de 70 años—, que ha viajado hace mucho por Europa y Norteamérica, exponiendo con éxito en París, Viena, Londres y Nueva York, tiene en un paraje central un taller en una especie de pequeño garaje o depósito que alquila al municipio. Conserva allí algunas composiciones escultóricas muy interesantes, fuertes y delicadas a la vez. Entre algunos bustos vigorosamente expresivos, sobresale uno de Lenin, de poderosos rasgos, de una técnica distinta de la predominante en los cientos de bustos y estatuas de Lenin que pueblan la ciudad. Es el más interesante, sintético y fuertemente expresivo que he visto. No ha logrado que se lo adquiriesen. Es un artista que domina su arte, esculpe la madera con tal maestría que consigue darle morbidez de carne humana. Talla directamente, sin previo boceto en barro ni dibujo, lo mismo la piedra que el leño. Despierta interés entre algunos jóvenes. No está absolutamente excluído de la posibilidad de mostrarse y producir, como lo demuestra el hecho mismo de poseer un local relativamente apropiado, aunque más que modesto, desmantelado y pobre, donde atiende alguno que otro pedido para diversas regiones de la U.R.S.S. Pero se halla relegado casi por completo al olvido oficial, porque sus cosas gustan poco a los dirigentes artísticos, y el olvido oficial allí significa, para un productor de arte, producir con poco provecho y permanecer en la penumbra o en la sombra.

Los triunfadores son, en cambio, verdaderos potentados. El escultor Merkurov, que en la referida exposición exhibía cosas discutibles, que cultiva el colosalismo, siendo a menudo más efectista que vigoroso en el tallado de la piedra y en esa estatuaria gigante de su predilección, dispone de un taller como una usina donde trabajan bajo sus órdenes más de cien escultores. Está construyendo la enorme estatua de Lenin, de cien metros de altura, que coronará el palacio de los Soviets.

La escultora Muxhina —sin duda la más grande escultora rusa de de todos los tiempos, (allí el nacimiento de la escultura sólo data de fines del siglo XVIII)—, ha sido obsequiada por el Estado con un taller en que se han reunido todos los adelantos en materia de confort para trabajar cómodamente, con galerías y plataformas giratorias, bajo cúpulas de cristales.

Y no he de ser yo quien reproche al Estado Soviético esa generosa solicitud para los altos exponentes del genio artístico nacional; pero puede pensarse que esos mismos consagrados que disfrutan del estímulo oficial, estarían engrosando las filas de los productores del montón si sus inquietudes por la búsqueda de nuevos caminos, los hubiese apartado de la tendencia realista ortodoxa que allí se impone como un dogma, cuyos sacerdotes deben compartir las opiniones exclusivistas de aquel pintor para quien Picasso, precisamente porque ha buscado nuevas formas de hablar con el color y la línea, es simplemente un charlatán.

* * *

La imposición de un criterio único se deja sentir sobre todo en la enseñanza de las artes plásticas, en la preparación de las nuevas generaciones de artistas.

No es que se les prive a los jóvenes el conocimiento de las tendencias de renovación de las artes, ni de las carterísticas exponentes de las diversas escuelas. Hay en Moscú y en Leningrado museos que contienen la más completa colección de cuadros y esculturas de todos los tiempos y modalidades. El Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo de Pintura Moderna Occidental de Moscú, y el célebre *Ermitage,* de Leningrado, encierran valiosos ejemplares de los pintores más audaces del siglo XIX

y de los primeros años del siglo XX. Sus colecciones datan, en su mayor parte, de los tiempos del czarismo.

El segundo, sobre todo, poco tiene que envidiar a los mejores del mundo en cuanto a colecciones de pintura y escultura modernas. Yo no pude ver ninguno de estos dos, porque al haber sido evacuados al comienzo de la guerra con Alemania, no había concluído de habilitárseles para ser abiertos mientras estuviese en Moscú. Pero puedo asegurar —porque ello está documentado en libros veraces, guías y catálogos y en ellos están contestes todos los testimonios—, que son altamente valiosos.

En el Museo de Arte Occidental los primeros impresionistas están excelentemente representados, así como Millet y la escuela de Barbizan. Y, acaso, están todavía mejor representados los impresionistas anteriores y, asimismo, Cezanne, Gaugin, Van Gogh, Matisse, el cubismo y el futurismo. No faltan los españoles Anglada, Camarasa y Picasso, que figuran con obras anteriores a 1914.

Los estudiantes de institutos de pintura desfilaban ante esas obras y adquirían conocimientos de las luchas de escuelas y de las evoluciones del arte pictórico a que daban lugar. En las bibliotecas pueden hojearse y estudiarse álbumes extranjeros que han recogido a los más destacados maestros de todas las tendencias. Ese material de información se pone allí al alcance de los futuros artistas, a quienes se les estimula a conocer los que para la docencia se consideran los mejores maestros.

Y no puede negarse que entre los profesionales de la pintura hay quienes acusan, en muy débil grado, eso sí, la influencia de ciertas corrientes renovadoras del siglo anterior y albores del presente; pero se buscaría en vano un sólo *spécimen* de esas escuelas abstractas o de esas tendencias primitivistas o ultramodernas que sientan sus reales en otros países.

No se concibe —por ejemplo—, que un solo pintor ruso actual pueda dedicarse al *construccionismo* de nuestro ilustre compatriota Torres García, ni siquiera a un género de pintura impresionista, con los caracteres y la técnica de nuestro gran Figari.

Predomina de tal modo el realismo académico de los detalles, de la forma y de los colores (lo que podríamos llamar con frase tomada de la jerga filosófica "el realismo ingenuo") que la pintura no sale nunca de cierta órbita de sensatez y de lógica racional; y el pintor no ve nunca la realidad sino por los ojos del hombre "medio", del típicamente normal, ni busca la emoción estética en la pura abstracción, ni tampoco en lo deliberadamente monstruoso o grotesco como representación o como lenguaje gráfico.

* * *

En esa órbita, los pintores rusos, con una formidable disciplina del trabajo y a menudo con facultades poderosas, sostienen una escuela nacional de aplomados cimientos, en la cual no faltan las diferencias de matiz, de grados de expresividad, de luminosidad de los colores, de rigor de la línea, de solidez de los volúmenes, de gracia o de fuerza, propias de las diferencias de temperamentos personales y de medios físicos, del ambiente climático o geográfico de las múltiples y variadas regiones.

Gracias a eso —he de decirlo tal como lo siento—, no ha prosperado ni prosperarán los *snobismos* y las tentativas frustráneas de artistas que tratan desesperadamente de dar una nota de originalidad sin arredrarse ante ninguna extravagancia, o pretenden hacer escuela a base de sus propias limitaciones.

Pero se da la alternativa con demasiada frecuencia a lo mediocre, que responde fielmente a los cánones de la escuela, es decir, a la parte muerta de la pragmática escolar. Lo que es más doloroso aún: se malogran en expresiones envejecidas muchas cualidades creadoras de excepción.

Los cuadros históricos y de batalla que se pintan en la U.R.S.S. actualmente son, en su género, sin duda, los que revelan en todo el mundo contemporáneo mayor pujanza de realización y de trabajo. Ciertas telas enormes, de siete o más metros de largo por cuatro o más de alto, que representan escenas guerreras de las invasiones tártaras, o de las luchas de los rusos contra otros pueblos vecinos, y aún combates contemporáneos contra el invasor alemán, pasman por la cantidad de figuras en ellos acumuladas, con un realismo perfecto, que ofrece íntegra y pujante la sensación de movimiento de las grandes masas humanas.

Con un raro dominio del dibujo, los autores han reproducido exactamente los rasgos, los trajes, las expresiones de los cientos de guerreros que allá aparecen en las más diversas posturas, a caballo o a pie, ahogándose en un río o cruzándolo en medio del fragor del combate; escalando un ribazo o un muro, y batiéndose en actitudes feroces con el enemigo. No hay un solo actor, un solo personaje o comparsa de ese drama terrible y truculento, que no esté presentado con la más concienzuda prolijidad pictórica, y con tal acierto de dibujo y color, que cada figura de ésas es un retrato anónimo, animado de un auténtico soplo de realidad.

Esa hazaña de la procreación mitológica de los grandes pintores del Renacimiento, que parecería inasequible en nuestros tiempos, allí la realizan esos verdaderos titanes del pincel, que sin duda lo son sea cual fuere el juicio que pudiera merecernos su criterio estético. Son verdaderos poetas épicos de la pintura. Sus epopeyas, como las clásicas de la poesía universal, pertenecen a una edad del arte y de la sensibilidad artística que no es ya la nuestra, acaso porque la civilización burguesa y occidental nos ha degenerado... Lo cierto es que ante esos cuadros se nos ocurre pensar en aquellos poemas épicos de ciento cincuenta mil versos que escribían en su tiempo asombrosos poetas inconmensurables, de cuyos nombres no nos acordamos para nada en estos días.

Ante esos cuadros asombrosos se experimenta un profundo respeto por el autor que con mucho dominio de su oficio, con mucha honestidad de pincel en la firmeza del dibujo y con un aliento realizador de verdadero gigante, ha pintado esa abrumadora multitud de figuras.

Y, aunque se piense que su orientación pictórica lo ha conducido a prodigarse en esfuerzos a veces inútiles, la frente se inclina ante tan empeñosa y robusta labor.

Digamos, por otra parte, que el genio ruso se desenvuelve con desenvoltura y provecho en el realismo, que es algo así como el elemento natural de sus facultades creadoras. El lo ha profundizado y ampliado

en la literatura hasta sus más tremendas posibilidades. Pero la pintura, que encontró en él su base firme, tras las gloriosas afirmaciones de los maestros culminantes ya desaparecidos, pasa en la actualidad por un momento de decadencia. Cuando el realismo de alguno de esos maestros elevaba sus cúpulas, era un movimiento de liberación frente a los academismos de la época. Eso le dió impulso, agilidad, audacia, energía fecunda.

Hoy es un sistema de contención, una academia oficial a su vez. Y si es una ventaja haberse asegurado contra los extravíos que hacen perder el rumbo a muchos espíritus creadores, es, en cambio, eso mismo, un inconveniente peligroso.

Porque la salud del arte no depende solamente de quedar a cubierto del disparate.

El "disparate" en arte cumple una función necesaria. (Dígalo, si no, el "dadaísmo" en la poesía).

Empezando porque lo que hoy nos parece disparate puede ser la verdad de mañana. Esas inquietudes, esa búsqueda de nuevos rumbos, esas nuevas posiciones o estados de la sensibilidad o de la inteligencia en algunos sectores del arte, o en algunos artistas aislados, algo aportan siempre al progreso estético. Es más: sin ellas no hay progreso.

El impresionismo que apareció revolucionando y trastocando valores y conceptos seculares, enriqueció maravillosamente a la pintura, que había perdido la noción del color y de la luz. Cezanne alzó, frente a la verdad de los impresionistas, el "disparate" de la exaltación un tanto seca del volumen, de las figuras geométricas, de los planos, que se volvió verdad a su tiempo, y del cual se derivaron otros "disparates" (cubismo, futurismo, etcétera), que trajeron puntos de vista nuevos y ampliaron horizontes.

Todavía, como absoluta reacción contra todo vestigio de realismo, que en el fondo representaban todas las escuelas que desde el impresionismo se habían alzado contra él, pero que vinieron, acaso sin quererlo, a profundizarlo y ampliarlo en sus bases, surgieron los partidarios de la pintura pura y del arte abstracto. Y de ellas ha dicho León Degand: "Conviene que prueben su suerte. El futuro pertenece a todos. En sus comienzos el Cine sólo fué una curiosidad de feria."

* * *

Si hay un terreno en que debe aplicarse de la más lata manera la fórmula del librecambismo: *laissez faire, laissez passer*, ése es el del arte. La libertad de expresión y la concurrencia de criterios distintos y opuestos, es una imprescindible condición de la evolución estética.

Cuanto más amplia es esa libertad, más amplia es la vega donde se siembra, prepara y recoge la cosecha del arte. Retacearla es reducir las posibilidades de su desenvolvimiento progresivo.

Por eso no se puede someter el mundo de la creación artística a una opinión única, a un solo criterio. Mejor dicho, no se le puede someter de ninguna manera sino que ha de dejársele desenvolver en la autonomía de cada vocación y en la independencia de cada espíritu para elegir, sin presiones extrañas, su orientación definitiva.

* * *

La sociedad y el Estado deben proporcionar al artista cultura, preparación, medios de adiestramiento técnico como elemento de juicio, material y enseñanza para la formación de su gusto. Pero no debe proponerse conducirlo toda la vida de la mano para que recorra de acuerdo a su cartabón general, los senderos de su profesión.

En los medios capitalistas la suerte del productor de arte suele oscilar entre la incomprensión del público, que se traduce en miseria, y la sumisión al gusto corriente de la clientela adinerada, que se traduce en mediocridad y adocenamiento. La superproducción condena al hambre y a la mendicidad a millares de artistas plásticos que no encuentran demanda para sus obras, ni de parte de los fondos del estímulo oficial ni de parte de los almacenes particulares de venta. A eso agréguese la explotación de que son víctimas los jóvenes de genio por los comerciantes expertos y la maniobra para engañar al comprador y fabricar falsos valores haciendo cotizar algunas firmas mientras se desvalorizan otras, explotando el *snobismo* y la ignorancia de mucha gente de dinero en una especulación funesta para la orientación del gusto y los destinos del arte.

Esas son, en esos países, las grandes sombras del cuadro de la existencia de los artistas y de la suerte artística de la producción en el campo de las artes plásticas. Pero en medio de esas sombras alguna posibilidad queda —a favor de cierta independencia de crítica y de la propia libertad de acción y movimiento del artista para abrirse camino hacia la luz del renombre y de la justa apreciación de su obra—, al renovador, al revolucionario, al herético. Lo demuestra toda la historia del arte, que es una lucha continua de tendencias y escuelas, y un forcejeo incesante de personalidades creadoras, por surgir e imponerse a otras personalidades.

En la Unión Soviética, la suerte económica del artista del montón es, aunque muy modesta, menos insegura que la de sus congéneres de los países capitalistas. Si no es en la misma producción del arte, en el ejercicio de la docencia de academias e institutos halla siempre una fuente de recursos, eso sí, por lo general muy parcos, sobre todo con relación a los que obtienen los productores artísticos solicitados. Y siempre a condición de no ser mal mirados, políticamente, por las autoridades.

Pero me parece innegable que los "herejes", los rebeldes a las doctrinas artísticas oficialmente consagradas, si surgen, (y no hablemos de los políticamente disconformes), han de chocar con obstáculos mayores, aunque surjan dotados de facultades excepcionales. La fuerza de unificación de los criterios artísticos que maneja la tijera de cortar inquietudes, o de no dejarlas apuntar, es allí incontrastable. Más que en los mismos círculos de artistas consagrados y dirigentes, reside esa fuerza en un partido político que centraliza la vida de la nación bajo principios doctrinarios y con una mentalidad que todo lo abarca con los tentáculos de una ideología general.

El arte se asfixia en ese abrazo.

Esa mentalidad pronunciándose radicalmente contra el concepto del "arte por el arte" y proclamando en cambio como un dogma, el principio

del arte que sólo puede existir cuando es útil al pueblo y sirve a una idea, dió lugar en los primeros tiempos de la revolución a directivas de un simplismo risueño. Todo lo que se pintaba debía servir a la Causa de la Revolución, ya fuese reproduciendo o magnificando escenas de la lucha revolucionaria, ya fuese representando imágenes de los principales actores de esa lucha, ya fuese ideando composiciones de un claro sentido de exaltación de los sentimientos de emancipación social y de justicia que la inspiraban. La pintura debía seguir la línea política.

Se quiso hacer una cuestión de ideología política de lo que sólo puede ser una cuestión de estética. Se quiso ver en un arte fiel a la realidad el único digno de una sociedad de trabajadores, porque la estética burguesa de los siglos XX y XIX se caracterizaría por su amor a lo falso y ñoño, traduciéndose "en imágenes de magazine y cromos de calendario" que diría Jean Cassou. Pero no se advirtió que la realidad no tiene nada que ver, como éste dice, con la querella entre lo moderno y tal estética burguesa, y que un arte no figurativo es tan rico en posibilidades populares como el otro.

Algo se ha cambiado, sin embargo, no para mejorar. Al principio la consigna era: "el arte para la propaganda". Ahora se ha sustituído por la consigna del realismo. Y puede comprenderse —claro está—, que se adoptase como fórmula transitoria, de combate, en una época determinada, la primera de esas consignas. Hacía falta tender con toda la fuerza del espíritu a una empresa revolucionaria, y convenía contar para ello con el concurso tan eficaz del arte. Fuera o no realista, un arte al servicio de la idea de renovación social, debía ser preferido a un arte sin ideas. Pero realizada la revolución y puesto el país en manos de quienes necesitaban de aquella actitud del arte para triunfar, ella no tenía por qué permanecer consagrada a fines sociales o políticos superados. El movimiento revolucionario victorioso no necesitaba someter todo el arte a una preocupación de propaganda para cumplir sus propósitos sociales y políticos. Para no ser contrarrevolucionario, al arte le bastaba ahora con no ser propagandista de la contrarrevolución. Pero he ahí que si se libertaba al arte de su obligación de ser propagandista, era a condición de imponerle una limitación menos lógica: la de no poder ser sino realista.

El paso de una consigna a la otra, no se efectuaba de un modo racional y neto. Y aunque el realismo daba por sí solo patente de buena orientación, hasta desde el punto de vista político y socialmente revolucionario, se mantenía el principio de que el arte debe responder a una filosofía y transmitir ideas y que la pintura no debe carecer de asunto, ni ser "desinteresada".

Y si por un lado el concepto de un arte atento a la vida y siempre pronto a reflejar las vicisitudes históricas, a las que se halla vinculado y a las que no puede ser ajeno, se ligaba formalmente a la estética y técnica realista, por otro lado el realismo artístico quedaba comprometido a no separarse de una actitud espiritual de vivo interés por la suerte social, a la que debía ser útil en la esfera de las emociones que pertenecen a su órbita.

El pintor debía ser el "realista pensador" de Pisarev.

Los pintores revolucionarios desdeñaban, naturalmente, la pintura

paisajista y la naturaleza muerta. Ella no expresa ideas. Esos géneros quedan extraños a toda ideología. Primero se admitió el cuadro que copiaba un panorama donde se destacaba una construcción soviética de importancia, una estación hidroeléctrica, una empresa, un puente, una fábrica moderna, porque más o menos artísticamente (a veces con valor artístico) documentaba un aspecto interesante de la realidad social del momento.

Pero luego se admitió que el paisaje siempre valoriza las bellezas de una región, hace conocer el país, expresa sus aspectos naturales. Se comprendió que no era racional excluir aquellos géneros o negarles autonomía. Y el paisaje y la naturaleza muerta recuperaron su puesto en el conjunto de la producción pictórica. Es, precisamente, en este género, donde uno de sus más simpáticos pintores, Komchalovsky, obtiene sus mejores éxitos.

Yo suponía que no tardaría en sobrevenir un cambio de "política" en materia de arte, especialmente de pintura, que es por su índole la que más se ha resentido de ese direccionismo centralista y unificador que señala rutas iguales a todos los artistas (1).

Existe un elemento de organización de la vida artística del que podía esperarse un impulso en el sentido de las renovaciones necesarias. Los artistas se reúnen en sus organizaciones, en sus sindicatos. Discuten a menudo los problemas de su profesión y las orientaciones estéticas. Ellos presentan candidatos a las distinciones con que se premian los méritos de una obra o un autor. Se votan las propuestas, que son elevadas a un consejo superior de artistas. Estos deciden de la suerte de esas propuestas que el gobierno toma o no toma finalmente en cuenta. A través de ese engranaje donde la opinión de muchos acaso lograría hacerse oír, podrían irse abriendo paso las sugestiones que mejor consulten las conveniencias del porvenir del arte, por poco que las circunstancias favorezcan, en la tranquilidad del ambiente general, el andamiento de las más razonables.

Ya parecían haber pasado los tiempos del fervor fanático que acompañaba en sus trances más difíciles —que son los de iniciación y consolidación—, todo movimiento de transformación política y social. Los ánimos parecían estar mejor preparados y las mentes mejor abiertas para encarar una rectificación de conducta.

En los últimos días de mi permanencia en Moscú tenía la impresión de que iba siendo posible tener en arte un criterio de heterodoxia ante el criterio oficial sin riesgo de ser tildado de contrarrevolucionario.

Pero iniciado mi regreso, circularon noticias por todo el mundo de que se habían tomado medidas depurativas tendientes a reajustar, de

(1) Después de escrito lo que antecede, y ya en viaje de retorno a mi país, allá por setiembre de 1946, pude enterarme, por informaciones telegráficas, que se había abierto en la U.R.S.S. una campaña periodística contra las «desviaciones» de los intelectuales y artistas hacia actitudes de tolerancia y complacencia para con los criterios estéticos oriundos de la decadencia espiritual de los países del capitalismo... Lo que quiere significar que han recrudecido las consignas del realismo académico y del arte con sentido político, siendo llamados al orden y separados de sus puestos influyentes, todos aquellos artistas que se habían dejado arrastrar por las corrientes de afuera a posiciones poco dogmáticas

acuerdo con las tendencias ortodoxas, las orientaciones del pensamiento y de la intelectualidad soviéticos, introduciéndose cambios en la posición personal de muchos escritores de nombradía. Ese reajuste, indica que vuelven momentos de severa tensión que alejan la esperanza de que por lo menos la pintura y la escultura consigan encaminarse con más amplio sentido de lo que el arte debe a la libertad del espíritu creador de los artistas.

Lo indudable es que, hoy por hoy, resulta desagradablemente significativo el hecho de que la Unión Soviética, con sus tres millones de pintores, no haya dado al mundo una gran reputación ni una celebridad influyente en el campo de la pintura contemporánea.

El artista ruso de todos los tiempos ha sentido la vocación imperiosa de inspirarse en la naturaleza, que es una realidad viva a menudo impregnada de magia. Esa es una herencia eslava y oriental. Se descubre en la geometría de sus templos, que imitan formas de bulbos, de tubérculos, de plantas y flores. En los adornos de sus muros y columnas que desarrollan temas vegetales y zoológicos; en la misma policromía, que les viene en parte de Bizancio y en parte directamente de las mismas influencias orientales que Bizancio recibía, y aun de otras que hasta ésta no llegaron.

Su fantasía brillante es siempre una versión en términos de la naturaleza real vista y palpada por el creador que recrea, no solamente pensada o soñada. Sus realizaciones más características objetivan sueños, eso sí, y tienen alma y cuerpo de sueño. Pero éstos no se divorcian ni se apartan de la naturaleza sino que se apoyan en ella, como en un sonambulismo que además de hacer pie en la realidad, la completa con proyecciones oníricas y le agrega alguna nueva dimensión.

Esto es lo que me ha parecido ver en el arte popular y espontáneo del pueblo ruso, en sus leyendas, en sus tradiciones orales, en sus cuentos infantiles, en sus juguetes, en sus utensilios de madera pintada y de laca, en sus mayólicas, en sus porcelanas, en sus tapices, en sus tejidos, en sus ropas tradicionales, en sus alegorías religiosas, en las decoraciones de sus iglesias, en sus íconos, en la arquitectura de sus viejos templos y monasterios genuinamente rusos, en los dibujos y pinturas de los artistas que se inspiran en los espíritus de las narraciones populares, en los poemas de los poetas que recogen de labios del pueblo el alma de su poesía y el don fantástico de sus ensoñaciones; en los músicos que beben el agua del folklore y la proyectan con toda su sangre de estrellas, animada por los propios estremecimientos del corazón, hacia las reconditeces de la sensibilidad colectiva.

Pero si ésa es la vocación espontánea, si ésa es la veta profunda del genio artístico nacional, no faltan potencias de contrario imperio que tienden a apartar el arte de ese ancho camino por donde dicho genio ha marchado al encuentro de sí mismo, encontrándose a cada paso, y lo empujan hacia senderos de estrechez creadora, donde se reduce y se enfría bajo apariencias engañosas de vigor y verdad.

Es fácil salvar la distancia que separa dos zonas, sin embargo, tan distintas por su geología y la composición química de su terreno. Se

puede pasar, sin sobresalto, de esa creación de inventiva naturalista, en el sentido más panteísta de la palabra, a esta otra del realismo epidérmico y prolijo en que vemos detenerse algunos géneros artísticos, especialmente la pintura.

Es lo que debemos advertir a quienes en la U.R.S.S. creen posible y compatible con los destinos del arte someterle a una orientación única, del mismo modo que la política al criterio de un único partido.



CAPÍTULO XXXII

LA MUSICA EN MOSCU

Suerte más gloriosa que a la pintura le cabe a la música. Menos cosas se han atravesado en su camino para detener su evolución, y mucho es lo que en Rusia contribuye a impulsar su progreso.

Ella ha podido, con una libertad de espíritu no consentida en otros planos de la creación artística, escoger entre las escuelas y las tendencias, incorporándose las adquisiciones definitivas de cada una, desenvolviendo sin mayores cortapisas y en todas las direcciones del adelanto estético, sus elementos característicos, su propio caudal de sustancia autóctona.

No han faltado, con todo, directivas de criterio musical, expresadas en los juicios sobre la producción de los autores soviéticos. con un contenido de conceptos sociales y de tendencias ideológicas. Difícil, si no imposible, parece encontrarle a la música como tal un sentido ideológico, conservador o revolucionario, no desde el punto de vista artístico sino desde el punto de vista social y político. Sin embargo, la crítica soviética interpreta una sinfonía, un concierto, una *toccata* con relación a ese ángulo de apreciación, y les descubre caracteres y rasgos de obra revolucionaria o contrarrevolucionaria, social o políticamente hablando, es decir en términos de juicio político.

Y, finalmente ha ocurrido que la propia crítica ha sido criticada por el *buró* del Partido (véase la nota más abajo), recibiendo lecciones en orden a las tendencias y valores que deben combatirse y negarse, o por el contrario, estimularse e imponerse, por razones de orientación política fundamental de circunstancias.

Para que los lectores adquieran una idea de cómo se puede calificar una sinfonía, o sea, una pieza musical sin palabras, de socialmente avanzada o de socialmente reaccionaria, recordaré lo que a propósito de uno de los músicos soviéticos más en boga, acaso el más célebre en la actualidad de los que cuentan con el favor oficial, —Shostakovich—, escribía el crítico D. Guestiev, en la revista *Cultura y Vida*.

Hablando de la "Novena Sinfonía", dice ese crítico: "Se esperaba una sinfonía de la Gran Victoria, pero en realidad es una sinfonía *scherzosa*, un juguete, un chiste, un poco de *humour*, que recuerda a Hændel y Beethoven, y no lo que se esperaba y lo que se necesita.

"Y detrás de esto, Stravinsyk, un músico sin patria, sin confianza en el progreso y divorciado de los altos ideales, de los principios de ética.

"La "Novena Sinfonía" traduce un sentimiento en que el alto ideal humanista no ha dominado la ironía escéptica y la estilización."

. . . .

"Para una generación soviética que se ha creado en los últimos 20 años, es un compositor preferido, orgullo y esperanza. Las generaciones nuevas ven en él los nobles ideales y la esperanza. . .

"Hay dos caminos: uno, para la humanidad y para los altos ideales, como en la "Quinta Sinfonía", y en el contenido humanista de la Séptima.

"El otro camino es el del cinismo y lo grotesco; un tono de risa sin perdón, de sarcasmo.

"Lo principal en la "Octava Sinfonía" es el primer camino; y eso está en las obras de las grandes músicas del pasado: de Bach: de Mussorgsky, de Tchaikowski.

"Aquel otro camino es el de la música que deleitaba a la burguesía que iba barranca abajo."

No sé si esa crítica a la última sinfonía de Shostakovich ha coincidido o no con alguna relegación del músico famoso a un plano menos destacado en el elenco de los favoritos de la censura "oficial". Lo que cualquiera ve es cuánto se presta ese género de crítica —que generalmente decide de la suerte de una obra o de un autor en el estrado de la gloria soviética—, para restarle o consignarle valores por motivos poco relacionados con los méritos reales de una producción musical, en cuanto obra de arte estéticamente considerada.

Puede suponerse que a un músico que por cualquier motivo cae en desgracia se le han de atribuir sentimientos de ironía y sarcasmo o de desdén al pueblo y a la democracia donde él haya querido poner otro sentimiento cualquiera o sólo se haya dejado llevar de un impulso indefinible como emoción sentimental.

El sólo hecho de haberse dejado impresionar el autor por la técnica y acaso por las ideas de estética musical de Stravinsky, puede ser la verdadera explicación de esa crítica dedicada a la sinfonía del caso. Quizás haya bastado descubrirle la influencia de modernos músicos occidentales, en momentos en que recrudecía la vuelta hacia el nacionalismo ruso o eslavo, acentuando la separación de toda influencia occidental, que en materia de arte significaría cuando menos, un contagio de corrientes de sensibilidad capitalista o burguesa (1).

Pero al músico habría de serle permitido, por cultor de un arte que no expresa sino sensaciones y traduce por consiguiente sensibilidades y no mentalidades, moverse entre menos limitaciones dogmáticas y doctrinarias que el poeta, el novelista, el dramaturgo, el pintor, el escultor. . .

* * *

(1) Las informaciones telegráficas trajeron, en el mes de febrero del corriente año, noticias sobre un comunicado del Buró Central del Partido Comunista que censuraba a tres de los más grandes músicos actuales —Dimitri Shostakovich, Sergio Prokofiev y Aram Kachaturian—, por "crear música burguesa decadente" y les indicaba componer obras clásicas como la de Tschaikowsky y Rimski-Korsakov.

Luego se supo que los músicos vapuleados entonaron el *mea culpa* y prometieron humildemente enmendarse de acuerdo con "el interés severo pero paternal" que se depara a los artistas

El comunicado del Partido refiriéndose a otros músicos: Shebelin, Popov y Muratelli, les reprocha haber hecho caso omiso de las advertencias e instrucciones que se les formularon un año atrás para que eliminasen de su música las influencias burguesas y procuraran la creación de un arte realista soviético. Agrega que la labor de esos músicos brinda ejemplos de "perversiones formalistas y tendencias antidemocráticas, ajenas al espíritu soviético y a sus gustos artísticos."

Se censura también a los críticos musicales por su criterio favorable a aquellas composiciones, atribuyéndoles servilismo ante los caprichos de los compositores.

La música rusa se apoya, al mismo tiempo, vigorosamente en el folklore —uno de los más ricos del mundo— y en la inspiración inédita, sin juzgarlas incompatibles en una misma arquitectura sonora. Trae su río armonioso de todos los manantiales y vertientes de la emoción estética, y no se arredra ni detiene ante ninguna audacia técnica innovadora. Está, hoy por hoy, probablemente en la cumbre de la producción musical contemporánea.

El genio musical ruso tiene hondas y fuertes raíces en la vida de su pueblo. Toda una pléyade de grandes compositores se dedicó a crear una música que arrastra en sus ondas los estremecimientos vigorosos del alma popular, reflejando en ellas la fisonomía sentimental de esa alma ingenua y apasionada, donde un fondo de ternura se esconde a lo mejor, desconcertante e imprevisto, bajo una capa de rudeza algo bárbara. Y además, contando con el lenguaje múltiple de los ríos de su tierra, con las pulsaciones cósmicas del viento en las estepas heladas, con el clamor de los bosques infinitos, con el idioma lírico de los mirlos y de los ruiseñores entre el follaje primaveral de las encinas, los tilos, los pinos silvestres, los chopos y los abedules.

La ópera rusa nació de las canciones y de las leyendas populares. Tomó las tradiciones orales y musicales del pueblo como base y materia.

Verstovsky, primero, y Dargomijsky después, desde antes de la mitad del siglo XIX, explotaron con acierto la mina inagotable de la tradición popular rusa. Poesía y música popular dieron el pecho a la ópera, para que se desarrollara nutrida por los jugos de la tierra natal.

Y así como en la literatura se ha mantenido siempre cierta correspondencia entre el idioma de las masas y la lengua literaria, al decir de un eminente conocedor de las letras y la lengua rusas, en la música también se mantuvo, al menos en la ópera y el *ballet*, que son los géneros mayores más populares, una comunicación profunda entre el genio anónimo del pueblo y la depurada expresión de las formas cultas del moderno lenguaje musical.

Es conocida la historia de *Los Cinco*. Cada uno de ellos con su personalidad de rasgos propios, y los cinco construyendo el sólido templo de una escuela que es toda una era de la música nacional. Glinka abrió la marcha, en su peregrinaje hacia las inspiraciones de la historia, para recibir desde el pasado el fecundo abrazo del alma eterna de su pueblo. La ópera rusa moderna aparece con él. "Rusland y Ludmila", "Tharás Bulba" e "Iván Sussanich" son sus más perdurables producciones. Mussorgsky, Borodine, Rimsky-Korsakov, Cuí, Scriabin, la enriquecen con un empleo más amplio y afinado de los recursos orquestales y nuevas fórmulas de expresión musical. Y en todos ellos es poderosa la vinculación de su estro a la vena folklórica y a los ritmos de las danzas y cantos regionales.

Tchaikowski —por su parte—, a quien *Los Cinco* consideraban poco ruso, si bien se occidentaliza bajo influencias francesas, italianas y alemanas, no toma para sus óperas sino asuntos rusos, buscándolos en los poemas de Pushkin o en las leyendas ukranianas de Gogol.

Con sus cuatro o cinco óperas, sus tres *ballets*, sus ocho sinfonías y sus numerosos conciertos, es el músico más popular y más venerado de la U.R.S.S. Acaso no sea extraña a esa preferencia la predilección que Lenin sentía por su música, como consta en algunos pasajes de sus obras.

Sus óperas, sus *ballets* y sus sinfonías permanecen constantemente en los carteles. Las romanzas de "Eugenio Oneguin" y "La Dame de Pique" son las que más se oyen cantar por la radio y en los conciertos vocales que se dan diariamente en diversos locales públicos, y sus sinfonías las que más se ejecutan en los espléndidos conciertos del Conservatorio, de la Sala de las Columnas, del anfiteatro del Club de la Academia de Ciencias o de la Sala Tchaikowski.

No se le discute. Es una gloria nacional ante la cual todos se inclinan. Los mismos novísimos compositores le rinden pleitesía, y si bien éstos suelen preferir por más personal y novedoso entre los de su generación a Rimsky-Korsakov, proclaman la maestría, la riqueza de recursos y la siempre feliz inspiración de Tchaikowski. He leído un juicio crítico de Shostakovich donde se vierte esa opinión.

La ópera y el *ballet* alcanzaron con esa generación privilegiada un esplendor que sólo en parte se mantiene. El prestigio de la ópera ha decaído un tanto a causa de la carencia de grandes cantantes, especialmente de tenores y sopranos líricas y ligeras. Le faltan voces de esos registros, pero las tiene en cambio de primera agua en los registros bajos y centrales. Sobre todo en aquél. Los mejores bajos del mundo siguen brillando en Rusia. Ya he hablado de Raimsi, que es insustituíble en el papel del viejo conde en "Eugenio Oneguin" y en el Wottam de la "Walkyria", y que supera a todos los cantantes de su registro que allí he oído en perfección de escuela, en *impostación* de la voz, en variedad de matices, en fuerza expresiva, en calidad de sonido, en elegancia de figura y de acción. Creo que le corresponde por derecho el cetro de Chialiapin. Hay quienes prefieren a Mijailov, que fué diácono de una iglesia y posee un órgano vocal de inigualado poder, cuyos caballos de batalla son el papel de Gran Kan en "Príncipe Igor" y el de "Iván Sussanich", y que en los conciertos se dedica con mucho agrado del público a un interesante repertorio de canciones populares rusas. (Se dice que es el cantante preferido por Stalin). Hay asimismo, buenos barítonos, de hermosa voz y excelente escuela, y sopranos absolutas y contraltos generosamente dotadas.

Se estilan en Moscú las versiones musicales de óperas nacionales y extranjeras en forma de conciertos, con intervención de masas corales y orquestales, y los mejores cantantes del Gran Teatro y del Filial. La "Opera de frac" se llama a ese género en que de la *mise en scène* sólo aparece, cuando mucho, el esqueleto. El coro permanece en pie al fondo del estrado. Los cantantes aguardan sentados el momento de su entrada. Para cantar se incorporan ante sus sillas.

La primera de esas versiones a que asistí fué la de "Otelo", de Verdi. Se cantó en ruso, como todas las óperas que se dan en los teatros de la Unión Soviética.

Y a propósito: ¡Qué esfuerzo y qué homenaje a la producción extranjera significa todo ese rico repertorio de óperas y operetas italianas, alemanas, vienesas, francesas, traducidas al ruso! No data de ahora, sino que se ha venido realizando en gran parte en los tiempos del antiguo régimen. Los programas de ópera del Gran Teatro del filial y del *Sta-*

nislavski, así como los de opereta de este último o del *Bastanga* y del *Teatro de la Opereta*, se nutren en buena dosis de esas traducciones, sobre todo los del filial, donde Verdi, Puccini, Rossini, Massenet y Gounod, predominan en las carteleras.

Frente a esa invasión extranjera se alzó la ópera rusa, escrita sobre textos rusos, y a ésta se le ha venido otorgando preferencia en los últimos tiempos, habiéndose detenido casi el trabajo de la traducción de libretos, lo que trajo como consecuencia el estancamiento del repertorio lírico, pues las nuevas óperas rusas que se dan son muy pocas y de escasa importancia, y las traducidas pertenecen al siglo anterior, casi sin excepciones.

* * *

Volviendo a la versión de "Otelo" en forma de concierto: Otelo, Yago, Cassio, Rodrigo, aparecían allí de *frac* o de *smoking;* Desdémona (una agraciada mujer de rostro fresco y cabello blanquísimo, recogido en abultado moño) y su dama de compañía, en traje de *soirée*. Cantaron bien por lo general su parte, flaqueando, eso sí algunas voces, sobre todo la del protagonista, personificado por un tenor a quien líricamente el papel le quedaba demasiado grande.

Resultaba, en cambio, estupenda, sin un lunar, la actuación del coro y orquesta. Allí, juntos, en un mismo plano, parecían comunicar a la partitura un carácter sinfónico que hacía resaltar sus valores, y acaso así se podía apreciar mejor la belleza de esa música tan noble y elevada.

Luego gusté la versión de "Sansón y Dalila", de Saint-Saëns; la de "Walkyria" de Wagner y de tres óperas nacionales: "Francesca de Rímini" del músico Rachmaninoff, fallecido en el año 1945 en Estados Unidos; una de Mussorgsky y Rimsky-Korsakov; "La Guerra y la Paz" de Prokofieff. He escuchado trasmisiones de una versión excelente de "Mignón", de Thomas, y otra menos homogénea pero correcta en conjunto de "Manon Lescaut" de Puccini, presentadas por cantantes, coro y orquesta del cuadro lírico de la radio. Ese conjunto dió también "Oberón" de Weber y "Las Bodas de Fígaro" de Mozart.

Suelen efectuarse esas óperas-concierto, en la Sala de las Columnas y en la del Conservatorio Nacional. Constituyen siempre selectas manifestaciones de arte. Ellas conceden a la ópera una vía de expresión más accesible que la de las representaciones teatrales, las cuales requieren escenarios a menudo también ocupados por el *ballet*, y todos los habituales recursos del teatro en materia de trajes, *attrezzo* y complicada escenografía.

Es una forma de difusión del conocimiento musical de la ópera, que harían bien en adoptar los conservatorios y asociaciones musicales de países como el nuestro, donde una buena presentación escénica de ciertas óperas es cosa sumamente difícil. El público aprecia mucho esta clase de conciertos donde se oyen las mejores voces de Moscú, en las obras maestras del género.

De las nuevas óperas nacionales, la "Francesca de Rímini", de Rachmaninoff, se canta en la Sala de las Columnas con los personajes (aparecen Dante y Virgilio) en trajes de carácter y actuando con el auxilio

de una sumarísima utilería —algún sillón y algún biombo—: y "La Guerra y la Paz" de Prokovieff, con el concurso de un actor dramático que, al comienzo de cada acto, da lectura a un resumen de la acción.

Son dos músicos de temperamento muy distinto. El primero se complace en los tonos suaves y su orquestación es un constante y delicioso primor de matices, mientras el segundo ama los timbres fuertes y alcanza mucha altura en la expresión heroica, cual se comprueba en el himno triunfal con que culmina en su ópera la batalla de Borodino.

En todas las representaciones teatrales de ópera, lo mejor de la ejecución pertenece siempre al cometido de las masas corales, cuerpos de baile y orquesta.

La disciplina admirable de esos conjuntos, la perfección de su trabajo, proporciona al espectáculo un fondo y un basamento de grandiosidad y de animación que compensa las deficiencias vocales de algunas primeras partes. Los coros del *Bolchoi*, donde se dan las óperas de gran espectáculo y los *ballets* más fastuosos, no sólo cantan con afinación perfecta: actúan además, como intérpretes. ¿Qué digo, "además"? El adverbio no corresponde, porque en puridad de verdad actúan sobre todo, y "además" cantan. Cada componente de esa multitud escénica se destaca con algún rasgo propio en medio de la comunidad y se le ve moverse, accionar, tomar parte en el desarrollo del drama, internarse en la situación, y expresarse como con cierta autonomía tal como ocurre en la vida real, donde las muchedumbres son siempre agregaciones de seres distintos cuyas diferencias de personalidad, por borrosa que ésta sea, no pueden nunca fundirse del todo en la uniformidad de la masa. Las escenas en que el coro interviene cobran por ello una vivacidad intensa y un vigoroso colorido.

Cincuenta o sesenta mujeres y otros tantos hombres, forman esa masa coral estupendamente disciplinada. La orquesta de ciento veinte profesores bajo la dirección de maestros notables, acusa un permanente entrenamiento y una impecable ductilidad. El cuerpo de baile es el formado en la famosa Academia que provee el personal de los maravillosos *ballets*, y cuando se le ve en las frenéticas y avasalladoras danzas del "Príncipe Igor" o en los pintorescos bailes populares de "Iván Sussanich", se le reconoce ampliamente una elevada jerarquía de elemento insustituíble e indispensable para la caracterización y destino de esas óperas, especialmente de la primera.

A ello se agrega la escenografía, los decorados, los trajes de un brillo, de una riqueza, de una propiedad sólo igualados pero no superados en algunos espectáculos de la Gran Opera de París, del Metropolitano de Nueva York o del Colón de Buenos Aires, que ponen siempre un marco suntuoso y un subrayado de esplendor al drama cantado, como realce de su prestigio.

Ese género tiene sus templos principales en el citado Gran Teatro, donde entre algunas representaciones de "Guillermo Tell", de "Aída" o de "Carmen", se cantan por lo general óperas de Rimsky-Korsakov, de Tchaikowski, de Mussorgsky, de Borodin y otros músicos rusos; y en su filial, simpático teatro por cuyo escenario —como ya he dicho— desfilan con preferencia óperas extranjeras alternadas con alguna rusa, como

"Demon", de Rubinstein, "La Novia del Zar" de Rimsky-Korsakov, "Chiriviski" de Tchaikowski, "Ruskaia" de Dargomijsky, y algunos *ballets*.

También otro teatro prestigioso, el *Stanislavski*, lleva a la escena algunas óperas, (recuerdo y hablaré de ella más adelante, una interesantísima versión inteligentemente dramatizada del "Ballo in Maschera" de Verdi), pero se dedica más frecuentemente a la opereta y al *ballet*.

Compite con Moscú en el cultivo del género, el *Teatro de la Opera* de Odesa, dotado de un elenco de excelentes cantantes jóvenes y con un variado repertorio de óperas italianas, francesas y rusas.

* * *

De la gloriosa pléyade de compositores desaparecidos, dos de ellos cultivaron con suerte eximia la música de *ballet*: Tchaikowski y Rimsky-Korsakov. "El Lago de los Cisnes" del primero es, sin duda alguna, el más famoso de cuantos se ejecutan en la U.R.S.S. Su música es toda ella de una suprema delicadeza, como corresponde a la fina seducción del asunto. Figura con más frecuencia que ningún otro en el cartel del *Gran Teatro* y constituye uno de los espectáculos que con preferencia se muestran al extranjero, como ejemplar característico y selecto del género.

Del segundo, el que se representó mientras estuve en Moscú fué "Scherazade", en el *Stanislavski*, pero se preparaba la reposición de "El Gallo de Oro".

De los compositores contemporáneos vivientes, uno de los más dignos de mención es Azaief cuyo *ballet* "La Fuente de Bajchizarai" sobresale por el colorido dramático y el variado caudal de sus melodías, modernamente armonizadas, en el repertorio del *Gran Teatro*, mientras "La Señorita Campesina", de una fina factura sentimental y humorística, triunfa en el filial.

En los últimos tiempos volvió a cultivar el género uno de los músicos nuevos de más renombre, Prokofieff, con "Soluska" (La Cenicienta), cuya presentación escénica parece haber deslumbrado al público más que la música.

La crítica la elogió mucho pero entre el público se ha difundido el concepto de que la partitura es de contornos rítmicos algo duros, y en los momentos más poéticos de la acción escénica el ruido de los cobres incomoda más que deleita, mientras se echan de menos los violines, de los cuales el compositor parece haberse olvidado.

A mi modestísimo juicio, mucho más acertado estuvo ese autor en "La Guerra y la Paz", compuesta sobre un libreto extractado de la célebre novela de León Tolstoi.

En el *ballet* "Lola", de asunto español, heroico, el compositor Basiliensko ha realizado una buena labor de selección y adaptación de páginas de músicos españoles: Falla, Granados, Turina, Alvarez, Albéniz, etcétera.

En la música de *ballet* se han ejercitado casi todos los grandes compositores rusos. El mismo Shostakovich, tan absorbido por la composición de música de concierto —sinfonías, tríos, cuartetos, quintetos

de música de cámara, obras para piano, etcétera—, ha escrito uno o dos, que no han quedado en el repertorio corriente. Como es muy joven, puede asegurarse que insistirá en sus tentativas de llegar al mismo corazón de la popularidad por el camino más seguro: el de ganarse la adhesión calurosa de los amantes del *ballet*.

¿Pero es que acaso constituyen éstos un público especial, que ignora las otras manifestaciones del arte y no gusta de ellas, como suele ocurrir con ese público fanático de la ópera en los países latinos, que no soporta conciertos sinfónicos y huye de la música de cámara como de un castigo soporífero?

Nada de eso. El gusto por la buena música está sumamente difundido y la mayor parte de las personas que colman el *Gran Teatro*, o su filial, o el *Stanislavski* cuando suben a escena los fascinadores *ballets* que allí se representan, son las mismas que se aglomeran en el Conservatorio, en la Sala de las Columnas, en la Sala Tchaikowski, o en las seis o siete salas menores destinadas a la buena música, para escuchar los conciertos de la Orquesta Filarmónica, del Conservatorio, o de Radio Comiteta, y a los admirables concertistas de piano, violín, etcétera, que por esas salas desfilan ininterrumpidamente.

Pero el *ballet* atrae más a las grandes masas de aficionados y las enfervoriza no sólo con el acicate emocional de la música sino con el sortilegio de la acción coreográfica, que les permite polarizar sus entusiasmos en la bailarina o el bailarín preferido, con inevitable formación de bandos rivales.

Sin embargo, la música de *ballet* no brilla en el estro de los compositores actuales con la intensidad que alcanzó en los gloriosos tiempos de Rimsky-Korsakov, Borodin y Tchaikowski.

* * *

En cambio, la música de concierto ha escalado nuevas cumbres. El concierto es, en Moscú, desde luego, un culminante exponente del grado de cultura musical a que se ha llegado tanto en lo que se refiere a la capacidad de ejecución de los intérpretes como al virtuosismo creador de los compositores y la preparación receptiva de los auditorios.

Un ciclo Beethoviano, en que se ejecutaron todas las sinfonías del autor de "Fidelio", algunos conciertos con solos de violín o piano, fragmentos de "Egmont" con canto y hasta con recitado a cargo del famoso actor dramático Kachalov, con una orquesta excelente —la del Conservatorio Nacional—, conducida casi cada noche por un director distinto, fué un acontecimiento de tantos en la temporada de 1945, que se reprodujo con no menor brillo, por cierto, en la de 1946 y se reproducirá en lo sucesivo.

En uno de los conciertos de ese ciclo, como me sobrase una localidad, tuve el gusto de cedérsela a una muchacha de las que se aglomeraban en el atrio y el vestíbulo del Conservatorio tratando de adquirir entradas, que ya se habían agotado en la boletería. Pude entablar con esa compañera improvisada una trabajosa conversación, empleando el reducido y desastrosamente pronunciado léxico de que yo disponía.

Era una sencilla muchachuela de no más de veinte años, poco agraciada, modestamente vestida, que trabajaba en una fábrica. ¡Qué feliz se sentía de poder escuchar ese concierto!

Recuerdo que en el estrado se instalaron, ante el órgano de tubos de grandes proporciones, unos setenta profesores de orquesta, que esa noche dirigía el maestro A. B. Gank.

La hermosa sala (legado de la época de los zares), con capacidad para cerca de dos mil personas, de forma oval, con una platea en que se alinean más de mil sillas y una galería con gradas, que avanza en herradura hasta casi la mitad de la platea, no ofrecía un solo asiento vacío. Se ejecutó la "Quinta Sinfonía". Luego el "Tercer Concierto para piano y orquesta" con el pianista Emil Gilles —de quien se dice que ha ganado todos los concursos a que se ha presentado en el exterior— y cuya labor fué sin duda asombrosa por la perfecta técnica y la sugestiva mezcla de fuerza y levedad de sus medios expresivos. Y finalmente, música y partes de canto y recitado de "Egmont", con la intervención de una soprano y de un viejo actor —la mayor celebridad viviente del arte dramático ruso—, R. N. Kachalov, quien recitó su monólogo, en versos de Gœthe traducidos al ruso, de un modo impresionante. Era un hombre de unos setenta años, alto, que graduaba magistralmente la voz y accionaba con elegancia suma.

La orquesta acusaba una disciplina insuperable y esa sonoridad aterciopelada que resulta del sabio equilibrio entre la dulce morbidez de las cuerdas, la voz caliente y empinada de las maderas, el tono enfático de los bronces, el trueno cautivo y doméstico de los tambores y timbales...

Ese ciclo de Beethoven, en plena guerra contra los alemanes, en momentos en que todo lo alemán era odiado y execrado, demuestra la fuerza de la gloria del genio, que traspone todas las fronteras y se eleva triunfante por encima de todas las pasiones humanas. Y enseña que el divino idioma de la música es capaz de hacerse oír, como un lazo de emoción entre los corazones, a través del odio de los pueblos y del choque terrible de los cuerpos y las almas en los campos de batalla.

Beethoven quedaba, erguido en su gloria incólume, mientras Alemania se hundía. El seguía triunfando en el puro cielo del arte, mientras su patria se abismaba bajo el peso de sus propios errores y de los crímenes de sus gobernantes.

Ningún genio se ha universalizado tanto como éste, porque no hay país ni pueblo que no le tenga reservado un rincón de admiración y amor en su espíritu. Su lenguaje no puede ser motivo de confusión en ninguna Babel presente ni futura.

Y así como Marx y Engels, otros grandes hijos de Alemania, viven ahora permanentemente en el Empireo Nacional ruso con su carácter de grandes númenes internacionales, Beethoven, por la sola virtud de su canto divino, más alto que todas las ideologías, recibe en los solemnes templos soviéticos de la música pura un homenaje cotidiano.

Y no solamente Beethoven: todos los músicos alemanes, Bach, Brahms, Glück, Weber, Mendelssohn, y hasta el mismo Wagner pese a haber sido proclamado el músico predilecto del nazismo, que entroncaba grotescamente su pseudo filosofía nacionalista y racial con el sentido de la obra del autor de la Tetralogía, congregan devotas multitudes en torno de sus voces celestes.

Tampoco fueron alejados los autores italianos de las carteleras frecuentadas por ellos, y mientras las divisiones de Mussolini eran dispersadas en las orillas del Don, el "Barbero" de Rossini, la "Traviata" de Verdi y la "Tosca" de Puccini, derramaban sus fáciles melodías "cantábiles" en la elegante sala del filial.

Que tal es en definitiva la virtud preclara y el privilegio inmarcesible del arte en el inconfinado ámbito de todas sus generosas tendencias, calidades y grados. Los pueblos se destrozan entre sí en el frenético remolino de la guerra, pero por encima de sus armas y de sus odios, de su desesperación homicida y de sus rugidos de muerte, las voces y la luz de su arte llegan a todos los oídos y a todos los ojos sin distinción de banderas, y penetran dulcemente en la casa del enemigo, que les abre las puertas sin desconfianza y con amor. Porque las artes y las ciencias, como tales, no son nunca "el enemigo". Y son en todas partes bienvenidas.

Para los mismos artistas rusos caían todas las compuertas del ostracismo político en cuanto la muerte venía a traerles el hálito de la inmortalidad. El célebre bajo Chaliapin, que fué un "ruso blanco" y se negó a cantar en Rusia después de la revolución, hoy ocupa su sitio en la historia y en la iconografía de las glorias teatrales, viéndose en el Museo del Teatro y en diversas exposiciones, telas y esculturas donde vive su imagen. El compositor Rachmaninoff, que murió hace tres o cuatro años en Estados Unidos, sin haber querido tampoco retornar nunca a su patria —si bien al ser invadida por los alemanes se mostró solidario con ella—, volvió a entrar en alas de la gloria en el corazón de su pueblo, a favor de la acogida reverente de los concertistas e intérpretes soviéticos.

También fué inolvidable el ciclo de Tchaikowski, por la orquesta de la radio en la espléndida Sala de las Columnas (otro legado de la época de los zares), con su programa en que figuraban las ocho sinfonías y algunas páginas de canto de sus principales óperas. Concertistas notables formados en el Conservatorio —ganadores de certámenes y concursos internacionales—, los pianistas Richter, Obasin, E. Gilles, Furer, Sofroniski, etcétera, y los violinistas David Oistraj, Galina Barinova, Lisa Gilles, intervienen en esos grandes ciclos, dirigidos por maestros avezados y de indiscutible prestancia.

Otro acontecimiento, repetido a favor del entusiasmo de un público devoto, fué la "Misa de Requiem" de Mozart, ejecutada en el Conservatorio a base de su orquesta de primer orden y con el concurso de un coro clásico, de alta calidad, que constituye una organización estable.

La Sala Tchaikowski es otro de los locales donde suelen ofrecerse conciertos selectos. Allí hemos conocido concertistas y cantantes extranjeros de fama. Allí —dicho sea de paso—, oyendo a una magnífica soprano rumana, descubrimos la popularidad de la música de Puccini en el público de Moscú, pues cada vez que el *speaker* anunciaba un trozo de ese compositor (un aria de "Tosca", otra de "Madame Butterflay"), el auditorio estallaba en salvas de aplausos no igualadas ante el anuncio de los otros números, entre los que figuraban páginas de Massenet, de Grieg, de Glück, de Tchaikowski, Rachmaninoff, etcétera.

Allí asistimos a varios conciertos de la Orquesta Filarmónica: uno de ellos fué con música del gran compositor finés Sibelius; otros con música inglesa y norteamericana, y otros con recientes composiciones de músicos soviéticos. En una de esas veladas se dió a conocer el "Gran Concierto para piano" de Shostakovich, en que el autor actuó como solista, poniendo de manifiesto un pasmoso virtuosismo.

Conciertos memorables fueron, asimismo, los del celista polaco Casimiro Wilkominski, acompañado por el pianista ruso Alexander Lokheis, uno y otro instrumentistas de eximia calidad. Y el del rumano Jorge Enesko, violinista, pianista y compositor, a quien una enfermedad ha deformado el cuerpo otrora gallardo pero que, colocado ante el atril de director, parece sacar partido de su propia deformidad, de sus largos brazos nerviosos, para arrastrar a la orquesta en una dócil y amorosa adhesión que conduce alígera desde los más dulces *pianissimos* del "andante" sentimental a los más avasalladores arrebatos sonoros. Dirigiendo su "Polka Rumana" electrizaba al público.

A propósito, y a título de digresión provocada por el recuerdo de este director extranjero de paso por la Unión Soviética: los directores de orquesta suelen constituir en Moscú, por sí solos, un espectáculo. Casi todos gustan del estilo gesticulante, y son en general maestros en el arte de accionar dramáticamente, como si arrancasen con el rítmico afán de sus manos o de su batuta, de las múltiples bocas y del espíritu mismo de la orquesta, los sonidos y acordes que se expanden por la sala al compás, y se diría que por la virtud de sus movimientos de hipnotización y exorcismo. Algunos hay muy sobrios y parcos en los menesteres de la conducción como serenas excepciones que confirman la regla. Entre los de uno y otro estilo, ya sean amantes de la pura línea clásica, o de la tumultuosa agitación romántica, los hay dignos de la mayor admiración.

Fué también todo un acontecimiento el ciclo ruso de piano, consagrado en mayo de 1946, a trabajos de Sergio Prokofieff de quien dicen los críticos soviéticos que, desaparecidos Ravel y Rachmaninoff, queda a la cabeza de la producción mundial contemporánea en la esfera musical del piano.

* * *

La música para piano ocupa sitio importante en la obra de ese compositor ruso que ha dado a luz, para ese instrumento, cinco grandes conciertos, ocho sonatas y muchas pequeñas piezas. Hablando de él decía un crítico: "el moderno estilo musical de su piano encuentra oposición encarnizada entre los músicos más conservadores, quienes consideran su "Quinta Sinfonía" y su ciclo de "Sarcasmos" como una insolencia contra el gusto y tradición de la armonía."

Se ejecutaron en esas veladas el "Tercer Concierto", varias sonatas, "El Pasaje Francés", y alguna de sus treinta y dos danzas y arreglos para piano de su *ballet* "Al Amor de tres Naranjas". Ese ciclo pianístico ofreció oportunidad al famoso pianista Ricter para consagrarse como el mejor intérprete de Prokofieff, destacándose en la "Octava Sonata", que con su "clima sutil" se juzga la más notable de sus obras para piano.

Merecen recordarse, entre los últimos recitales que pude escuchar, composiciones de Moses Weinberg, un autor de veintiséis años que tiene ya realizada, pese a su edad, una obra considerable.

En ese recital se dieron a conocer un "Cuarteto en la cuarta cuerda", una sonata para dos pianos, otra sonata para clarinete y piano y su "Quinto Cuarteto" para piano y celo. En el año 1945 había realizado, además, composiciones vocales sobre versos de Shakespeare, un ciclo para flauta y su "Segunda Sinfonía" (para cuerdas). Se admira en su estilo una rara solidez sobre la cual su iniciativa creadora construye con un conocimiento seguro de los secretos de su arte, como lo demuestra sobre todo el "Cuarteto", página sobresaliente por la frescura de la inspiración y la lógica constructiva.

Se le reputa como el más promisor de los discípulos de Shostakovich. Y a propósito de éste: los estrenos de su Octava y de su Novena sinfonía constituyeron, como no podía ser menos, sucesos prominentes en la vida del Conservatorio. La riqueza de recursos en el completo dominio de la selva orquestal y una mezcla de vigoroso patetismo y gracia rítmica, son como se sabe, las principales características de ese gran compositor, cuyo novedoso lenguaje se escucha siempre con el más vivo interés, hasta cuando desorienta por su ruidosa obscuridad a los oídos que no han aprendido a comprenderlo.

En octubre de 1945 asistí al estreno de su "Octava Sinfonía". Consta de cinco partes. La primera, el *Adagio*, pone en juego las cuerdas con grandes acordes al unísono y una como réplica de los segundos violines y las violas a los primeros violines. Vienen luego pasajes densos y otros con mucha vivacidad y persistente intervención de la madera y el cobre. La sinfonía termina con un *pianissimo* en el que parece apagarse deliberadamente, todo el dramático colorido de la pieza. Era inevitable que, dada la deficiente preparación de mis oídos, me resultase intrincada. La orquesta se ve sometida a una actividad diabólica, como si se la erigiese en una formidable usina de sonidos. Se advierte el enorme dominio de la orquestación y no dudo de que aparezcan allí dominados todos los secretos del arte de la composición sinfónica, pero las ideas musicales no se destacan en ese caos de ruidos, al menos para mí. . .

El ímpetu alado del ritmo la sostiene y la arrastra, eso sí, de pronto, a imprevistas alturas. La floración de los timbres es por momentos milagrosa. La cargosa estridencia de las disonancias fatiga. Deja, con todo, una impresión algo monótona de vigor y grandeza.

La segunda parte del concierto la componían la obertura de "Lohengrin" y la introducción de "Maestros Cantores" de Wagner.

Fué un contraste de dos escuelas. La delicadeza y finura de los primeros pasajes de "Lohengrin", con su dulce canto de los violines, parecía buscada para hacer resaltar el carácter abrupto de la música que habíamos escuchado antes. La riqueza melódica de las dos páginas de Wagner, en medio de su armonización rica en matices y en juego de motivos entrelazados, que saltan de unos instrumentos a otros y compiten entre sí sin anularse, era fácil gustarla.

Todo ello resultaba de una técnica de la más inocente simplicidad junto al tecnicismo orquestal y la novedad de recursos del músico sovié-

tico. Recordé una vieja crónica de Samuel Blixen sobre la primera representación en Montevideo de una ópera italiana del compositor wagneriano Franchetti (creo que "Siberia"). Contaba el inolvidable e insustituíble *Suplente*, que en un entreacto se encontró con un antiguo empleado de la Legación del Uruguay en Berlín, que acababa de llegar de Alemania, y se sorprendió enormemente al oírle decir que aquella partitura, lejos de ser, como casi todos los oyentes creían, el colmo de lo impenetrable y difícil, era de una claridad casi elemental de musiquita de ópera menor...

Los que se familiaricen con Shostakovsky, hallarán sin duda a Wagner de una diafanidad de primeras letras, tan accesible como una simple página de aritmética elemental, muy lejos de las matemáticas superiores y del cálculo infinitesimal de las músicas modernas...

No estoy de acuerdo con Nietszche, que en notas sobre Wagner dice en "Humano, demasiado humano": "Pobreza de melodías y en las melodías pobreza".

¿Qué diría de estos músicos actuales que proscriben reciamente la melodía, al menos la frase melódica, de sus tempestades sonoras?

Grandes auditorios acogen, sin embargo, con recogimiento y entusiasmo los caudalosos mensajes del célebre compositor soviético, y en eso se revela la difusión alcanzada por la cultura musical superior.

Como para las artes plásticas, también se despliega una intensa actividad de sistemática educación popular por parte del Estado. Desde los bancos de la escuela primaria, y antes aún: desde los jardines de infantes, donde se enseñan cantos y danzas a los pequeñuelos, el ciudadano soviético comienza a recibir una preparación para gustar de la música y entender el idioma del pentagrama. Aprende a cantar en coro desde sus primeros años y ejercita esa actitud en múltibles ocasiones durante gran parte de su vida: en las reuniones de los pioneros, en la de los Komsomols, en el ejército, en los Clubes de los Sindicatos, en las Casas de Cultura, en sus fiestas familiares, en todas sus expansiones de camaradería. Aprende solfeo en la escuela desde el tercer año. Si se le descubren aptitudes y tiene vocación para ello, se le pone en el camino de su preparación musical, se le abren las puertas de los conservatorios y de los institutos musicales.

Por eso se ve en los conciertos sinfónicos o de música pura un auditorio en el que abundan los adolescentes; y el fervor con que se aplauden las buenas interpretaciones, demuestra que esa masa de aficionados concurrentes a los seis o siete espléndidos conciertos que noche a noche se celebran en Moscú, se siente de verdad vinculada al latido espiritual de tan selecto género de arte. (Además de las grandes salas citadas pueden recordarse como templos de la buena música, la Sala menor de la Casa de los Sindicatos, a la que pertenece la Sala de las Columnas, una segunda sala del Conservatorio, la del Club Universitario, la del Museo Politécnico, la de la Casa de los Actores, etcétera).

Sobre esa base y en esa atmósfera, la música de concierto se desarrolla estimulada por la emulación que allí se mantiene encendida en una pléyade de compositores que figuran entre los más audaces y vigorosamente nuevos de la música de nuestros días.

LIBRO TERCERO

COMO SE VIVE EN RUSIA

CAPÍTULO XXXIII

LA REALIDAD COTIDIANA

EL CRITERIO DISTRIBUTIVO.

Al primer golpe de vista, el aspecto de la población que circula por algunas calles, puede inducirnos a la creencia de hallarnos en presencia de una efectiva nivelación económica, del tipo comunista, como la de algunas colonias israelitas de Palestina, dada la modestia general de las vestimentas, dejando aparte —eso sí—, los uniformes militares y policiales, que son por el estilo de los que se ven en otros países, y hasta más costosos que en muchos de ellos.

Pero apenas se extiende el campo de observación y se aprende a ver la circulación del público a ciertas horas, en ciertos sitios (como el trecho de la Avenida Gorki entre la calle Grande Dmitrovka y la Plaza Pushkin, en las mejores tardes de todas las estaciones) o se penetra en los teatros y algunos restaurantes y *dancings*, se descubre lo que ya hemos dicho en otro capítulo: que hay diferencias —y no por cierto pequeñas—, de nivel de vida entre los propios ciudadanos soviéticos.

Y luego, cuando se conocen mejor las modalidades de la existencia colectiva en el caso de todas y cada una de las personas que uno llega a frecuentar y a quienes ve agitarse en su respectiva esfera y puede enterarse de cómo viven, cómo trabajan, cómo resuelven sus problemas personales o domésticos, se arriba a la conclusión de que esas diferencias del *standard* vital no son esporádicas ni debidas a circunstancias transitorias o a causas artificiales, sino que son socialmente orgánicas.

¿Es, en realidad, contradictoria con los principios teóricos y doctrinarios proclamados por el comunismo soviético, esa marcada desigualdad de posibilidades económicas que se denota en los modos de vivir de unos y otros?

Ese régimen no ha prescindido del empleo de la moneda mercantil y eso basta para comprender que mantiene las formas de retribución y distribución en dinero que se estilan en el mundo capitalista, pagando el trabajo de cada cual según el valor que se asigna a ese trabajo dentro de una escala de valores económicos, mediante la cual el Estado aplica la fórmula distributiva socialista de "a cada uno según sus obras o sus servicios" ("según su trabajo" —dice la Constitución—), que no es todavía la tradicionalmente comunista de "a cada uno según sus necesidades."

Es decir, que el criterio de justicia económica se expresa a través y por medio de esa escala de valores, o en otros términos, de salarios; y de la manera cómo aparecen apreciados en esa escala los diversos trabajos o servicios, depende que la justicia se cumpla o no se cumpla.

En los países capitalistas los salarios y los precios son también la

expresión y la cifra de la suerte económica que corresponde a los trabajadores.

Y si en la sociedad capitalista, junto al salario surge la plusvalía, en la sociedad soviética también, precisamente porque se ha mantenido el salario. Lo que hay de distinto, al fin, es que mientras allá la plusvalía forma el capital privado y enriquece a los empresarios particulares, aquí la plusvalía forma el capital del Estado y éste es el que, regulando los salarios, puede reducir o ampliar el margen de lo que se reserva para sí.

Y en esa función de regular los salarios, es donde el criterio de justicia actúa con las limitaciones y desviaciones que emanan de los fines asignados al Estado, de lo que él reclame de cada uno para sus necesidades supremas, de la orientación que se le imprima ante ciertos problemas públicos, de las razones o motivos que lo inclinen a preferir unos servicios sobre otros en un momento dado y de la ventaja que encuentre en estipularlos con salarios mejores.

Justicia económica no quiere decir igualdad económica. Una retribución igual para todos no sería justa. Además, no se prestaría para obtener de todos los ciudadanos el rendimiento de trabajo y de producción que es indispensable para sostener a la organización social y llevar a cabo la empresa de civilización, de progreso y de transformación del medio histórico que el Estado Soviético proclama.

Ese es el pensamiento del régimen. Pero no se puede reprochar a los bolcheviques que hayan adoptado el salario y el dinero como sistema de retribución del trabajo.

Ya he tenido ocasión de ocuparme de este problema, y el lector me permitirá que lo remita a mi libro "Génesis, Esencia y Fundamentos del Socialismo" (Editorial Americalee - Buenos Aires), en el cual respondiendo a la pregunta: "¿Es realmente el socialismo lo que se ha construído y organizado en la U.R.S.S.?", digo (Tomo 2º, pág. 182, etcétera):

"Pero se ha objetado, desde el punto de vista del marxismo ortodoxo, que las bases de una sociedad socialista no son solamente la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y su transformación en propiedad colectiva, sino también la abolición del salariado.

En la U.R.S.S. se ha sustituído, en términos generales, el capital privado por el capital del Estado y se retribuye el trabajo con las formas tradicionales del salario dentro de la organización capitalista en mercancías.

El trabajo se retribuye según cantidad y calidad con dinero, que puede acumularse, ganar interés y heredarse. Rige, pues, la retribución en salario, y el trabajador produce plusvalía para el capital colectivo del Estado, el cual acrecienta la plusvalía que lo nutre, con el trabajo a destajo, el stajanovismo, etcétera.

La retribución desigual del trabajo de acuerdo con la cantidad y la calidad, mantiene el carácter de la fuerza de trabajo-mercancía en un mercado con un solo comprador, siendo indiferente que éste quede bajo el exclusivo contralor de los trabajadores. Y como el valor de cambio sólo existe, según lo explica Marx, en una sociedad que produce mercancías, en la sociedad socialista no se retribuye el trabajo ni con dinero ni con salario.

"Para el socialismo —escribió Engels—, que aspira a emancipar la fuerza humana de trabajo de su condición de mercancía, es de la mayor importancia comprender que el trabajo no tiene valor ni puede tenerlo. Demostrado ésto caen por su base todas las tentativas propias del socialismo obrero primitivo y elemental, encaminadas a reglamentar la distribución futura de los medios de vida como una especie de salario superior." ("Anti-Dühring", pág. 302).

Se sostiene, en consecuencia, que mientras el obrero no recibe certificados de trabajo (esos certificados de que habla Marx en su "Crítica al Programa de Gotha"), que puedan canjearse por productos con un contenido de trabajo igual al trabajo entregado a la sociedad, en vez de dinero, cuyo valor varía a cada instante por obra de circunstancias ajenas al esfuerzo del trabajador, el producto no pierde el carácter de mercancía y la remuneración del obrero no deja de ser salario.

Los certificados que Marx preconiza para el primer período de la sociedad socialista, permanecen así dentro "del horizonte burgués", porque hay en ellos, bajo una apariencia de derechos iguales, un principio de desigualdad, pues conservan las diferencias de retribución según cantidad, sin tener en cuenta las diferencias de aptitudes ni las diferentes exigencias de la vida a causa de las condiciones de la familia, etcétera.

El dinero, que puede ganar interés, permite a un ahorrista comprar mercancías, no a cambio de cierto tiempo del propio trabajo, sino del dinero reproducido por el dinero. Y si éste es heredado, el heredero lo adquiere con el ahorro de sus padres, y por consiguiente sin trabajar. (Sin embargo, Marx advierte que no basta al simple ahorro añadir interés para que se transforme en capital, pues para esto ha de ser necesario que el interés represente una suma con la cual pueda pagarse el salario de obreros que trabajen en beneficio del ahorrista y le rindan ganancias).

La retribución en relación no sólo a la cantidad del trabajo sino también a su calidad —tal como rige en la U.R.S.S.—, parece no coincidir con el principio socialista propio del período precomunista. En una sociedad socialista, aunque sea apenas brotada del seno del capitalismo, no puede permitirse, según Marx y Engels, la distribución de productos por medio de "salarios" que se regulan de acuerdo con la cantidad y calidad del trabajo.

Para ellos el trabajo calificado o superior es una síntesis de trabajo más simple, la cual es, a su vez, un resultado de toda la evolución, pues en una sociedad organizada en forma socialista —enseña Engels—, la sociedad paga los costos de la preparación del obrero calificado, y le pertenecen por tanto los frutos, es decir, el exceso de valor engendrado por el trabajo complejo. ("Anti-Düring", págs. 212 a 217).

Si Marx aceptó, para el período socialista, como un resabio inevitable del concepto burgués del derecho, la retribución desigual en relación a la distinta cantidad de tiempo de trabajo realizado, no creyó que debiera admitirse también, sin contradicción esencial con la forma socialista, la retribución según su calidad.

Esto parece desprenderse, a mayor abundamiento, de aquel párrafo de la misma crítica, en que se dice: "En lo referente a la distribución de medios de consumo, sería el mismo principio que en el intercambio de

mercancías de igual valor; la cantidad de trabajo en una forma es canjeada por igual cantidad de trabajo en otra forma."

Pero las ventajas prácticas del sistema monetario corriente son innegables, según lo hemos manifestado en otro capítulo, para el intercambio dentro y fuera del país, y su sustitución trae aparejada dificultades que sólo pueden superarse o eludirse en circunstancias de diverso orden que no se han dado todavía."

Marx había predicho, en efecto, que en una primer etapa de la transformación económica socialista sería indispensable continuar con el dinero y el salario; y no me parece lógico presentar la existencia de esa forma de remuneración del trabajo, pese a que constituye la característica esencial del régimen del salariado, como una prueba de que allí no rige un gobierno de tipo socialista.

Eso sería, acaso, tanto como negarle ese carácter al gobierno de Suecia y al Laborismo Británico, que se desenvuelven con una marcada y firme tendencia hacia la implantación de los fines socialistas, pero sin hacer saltar en pedazos, porque no está en sus posibilidades (y no es, además, en ellos conciliable con el método evolutivo con que se proponen realizar gradualmente los fines de la Revolución), los moldes económicos que no se pueden sustituir por nada mejor mientras no hayan surgido las condiciones que lo permitan.

Lo que cabe, en cambio, objetar desde el punto de vista de la aplicación del socialismo, es el criterio con que se pretende realizar la justicia social en la escala de precios que se aplica a la mano de obra en el mercado único del trabajo que allí existe, y que se sustrae, como se comprende, al juego de la oferta y de la demanda, pues queda sometido a las decisiones de ese único comprador de materia prima y de trabajo, y único vendedor de todo producto y riqueza, que es el Estado.

La eliminación de la empresa privada permite que la producción sea impulsada por los intereses de la economía nacional. El volumen de la producción, el consumo, la cantidad de moneda en circulación, los precios de los bienes de consumo, el nivel del empleo y los salarios se fijan por el Estado. Este procede, a su vez, de acuerdo a planes periódicos, de tal manera que la influencia del mercado sobre precios y salarios es insignificante. El gobierno da las normas, y es por tanto, el responsable de los defectos que, por cualquier concepto y desde cualquier punto de observación, se noten en el sistema de remuneraciones.

De ahí que puede decirse que la existencia de grandes desigualdades pecuniarias y de evidentes injusticias de muchas de esas desigualdades, reflejan una política social, delatan una índole de política gubernativa y dan base para que se enjuicie el criterio social que ella viene a traducir en los hechos.

Eso es lo que confiere a las comprobaciones que allí pueden recogerse respecto de cómo viven las personas de los distintos sectores, un alcance de crítica de fondo del régimen político vigente, al que se le deberá reprochar no sólo no haber suprimido la miseria, sino determinar diferencias injustas de medios de vida entre los sectores sociales.

A la natural diversidad de funciones corresponde, como en la organización capitalista, una diversidad de remuneraciones que marcan diferencias notables entre las posibilidades económicas y la situación real de los habitantes.

Como en todas partes hay trabajos —los más humildes—, muy poco remunerados. Se va desde los 120 rublos por mes que ganan las mujeres que barren en invierno las calles, y las que sirven en los hoteles y las que conducen los ómnibus y tranvías, a las considerables retribuciones de que gozan ciertos sectores o determinados productores, especialmente los intelectuales.

Existían salarios normales de 150 rublos (veinte pesos de nuestra moneda, al tipo de cambio oficial), según referencia de una ley de impuesto a los solteros —cuyo texto tengo a la vista—, de 1941.

Y desde esa ínfima paga hasta la que reciben los periodistas, los escritores, los actores, los militares de alta graduación, ciertos artistas, media una enorme distancia. Un alférez gana 1.000 rublos por mes, recibe el traje, come en el cuartel o en el campamento, tiene derecho a una ración de vodka y a una provisión de veinticinco cigarrillos por día. A un cantante se le contrató en plena guerra, por 100.000 rublos por mes para dar conciertos.

La intelectualidad recibe un tratamiento preferencial.

Es de llamar la atención que en la U.R.S.S. los que peor lo pasan son los obreros manuales. Sus salarios oscilan, por lo general, de los trescientos rublos —que se considera como el mínimum corriente en el conjunto de tareas industriales— a los mil rublos. Un salario de mil doscientos rublos es excepcional.

DIFERENCIAS SOCIALES.

También se daba el caso de algunos campesinos que, vendiendo ciertos productos de su pertenencia, por ejemplo miel, cuando costaba a razón de mil rublos el kilogramo, habían acumulado sumas cuantiosas.

Los *films* soviéticos mostraban campesinos de determinadas regiones, uno de ellos presidente de un *Koljós,* que acudían a suscribirse al empréstito de guerra con valijas llenas de billetes de banco. Hubo quien aportó un millón de rublos.

Con tal motivo se habló hasta en la prensa, y no en son de reproche sino con un sentido de complacencia, de los "millonarios soviéticos".

No se trataba, en efecto, de explotadores, de "millonarios" del tipo capitalista que acumulan millones con el trabajo ajeno, haciendo trabajar para sí a miles de obreros, sino de trabajadores que habían ahorrado el producto de su propio trabajo y que podrían consumirlo como quisiesen pero no dedicarlo a producir plusvalía en una empresa, ni en ningún género de explotaciones. . .

Pero ese dinero, reunido a base de los precios alcanzados por productos necesarios en virtud de la escasez, representaba una prima cobrada a la población gracias a un conjunto de circunstancias desgraciadas propias de la guerra, y era difícil no ver un elemento de especulación, aunque fuese convertida por la ley, en esas sumas que, fuera como fuere, trazaban en el cuadro general el rasgo sorprendente de una desigualdad pecuniaria notable, con relación al término medio, y hasta asombrosa con relación

a las posibilidades económicas personales más reducidas de la escala social.

Algo de lo mismo puede decirse ante las suculentas pensiones graciables que se acuerdan a los deudos de las altas personalidades políticas, militares y burocráticas que fallecen.

Así, para no citar más que un ejemplo, a la mujer e hijos del general Chenerjoski, muerto en el frente de Polonia, se les asignó una suma, por una sola vez, de 125.000 rublos; y una pensión vitalicia de 2.000 rublos para la viuda y de 1.000 a cada hijo —eran dos—, hasta la terminación de sus estudios.

Como sólo se trataba de un general, no es de las más elevadas asignaciones. Viudas de mariscales y de dirigentes comunistas reciben cantidades dos o tres veces mayores.

Contrasta esa dadivosa solicitud oficial con el desamparo a que se ven arrojadas innumerables mujeres ancianas que han perdido sus hombres en la guerra y que deben realizar cualquier trabajo para sobrellevar una miserable existencia.

Conocí a una familia que vivía en un cuartucho indescriptible, compuesta por el padre paralítico, el cual dormía sobre la estufa, una muchacha que no pudo seguir estudiando por ser enferma, los dos vástagos de un hijo muerto en el frente, y cuya madre también había muerto, y la vieja, que era la única que trabajaba. . . La miseria y suciedad de aquel hogar eran sencillamente aterradoras.

Grandes desigualdades se advertían con sólo observar que existían tiendas y almacenes en que se expendían artículos, cuyos precios quedaban muy por encima de la capacidad de compra de la inmensa mayoría de la población; y aunque se les veía repletos de compradores que se arrebataban las mercaderías, esos miles de clientes ricos eran muy pocos comparados con los otros miles de clientes pobres que debían ceñirse a las limitaciones del racionamiento y frecuentar, si acaso, las aglomeraciones del sórdido mercado negro al aire libre.

Cuando a poco de llegar nosotros se reabrió el *Gostorg*, el único almacén enciclopédico del tipo de nuestro "London-París", instalado en un edificio de seis o siete pisos al costado del *Gran Teatro*, aparecieron allí vestidos de confección de señora que costaban de cinco a seis mil rublos (cuatrocientos o quinientos dólares al cambio diplomático), sobretodos para hombres, de tela gruesa y cuello de *karakul*, pero sin forro de piel, que costaban siete mil rublos, y sombreros de hombre, mal confeccionados, por los que se cobraban seiscientos rublos, o sea sesenta dólares al cambio oficial, siempre muy por debajo, como ocurre en todas partes, del cambio extraoficial.

Los precios bajaron sensiblemente al año de terminada la guerra, pero continuaban siendo muy elevados. Así, por ejemplo, en el año 1946 un traje para niño de doce años —pantalón y chaqueta—, costaba mil quinientos rublos (ciento veintiocho dólares de dicho cambio).

El establecimiento, a todas horas concurridísimo, como que se formaban ante sus puertas de acceso enormes colas, vendía todas sus existencias pese a esos precios fantásticos. No eran, por cierto, turistas extranjeros quienes los pagaban; eran soviéticos que percibían altas entradas. Sólo muy pocas cosas había allí que estuviesen al alcance del bolsillo

de esos cientos de miles de hombres y mujeres cuyos salarios estaban por debajo de los quinientos rublos mensuales. Las había, sin duda, porque constaba de numerosas secciones, como la de papelería, ferretería, mercería, donde el público hallaba muchas cosas de poco costo, aunque caras, que necesitaba forzosamente.

Igual observación podía hacerse en los *Gastronómicos*, especialmente en el más fastuoso, el de la Avenida Gorki, donde las diversas secciones (fiambrería, confitería, panadería, pescadería, carnicería, etcétera), lujosamente instaladas, ocupan amplias dependencias del local y donde un salame costaba 85 rublos; un pollo 55; un kilo de bombones 2.000; una masa de repostería, 50; un pequeño *gateau* 750; un caramelo, 7 rublos; y en cuya panadería, espléndidamente surtida de toda clase de panes y bizcochos, una simple rosquilla costaba 20 rublos, o sea, 1 peso con 80 centésimos de nuestra moneda, al cambio diplomático.

También delatan esas diferencias pronunciadas los restaurantes de lujo, con *dancing* y concierto, de los cuales había cuatro o cinco, muy concurridos por los extranjeros del cuerpo diplomático y de las misiones militares y en algunos de los cuales la cena no costaba menos de quinientos rublos por persona.

Uno de los más antiguos y mejor instalados se prestaba perfectamente para observar las diferencias de "clase" dentro mismo de la concurrencia que lo frecuentaba. Se denomina *La Aurora*. De noche se llenaba en las primeras horas de un público inquieto, que aunque podía pagar los precios bastante elevados de la cena, ofrecía el aspecto de una multitud un tanto abigarrada, modesta, pero pulcramente vestida. Era casi todo elemento joven que se entregaba con entusiasmo a los placeres de la danza, sin duda más que a los de la comida.

Al llegar las diez o diez y media, el vasto comedor y sala de baile se despoblaba casi por completo. Todo aquel público se retiraba porque al día siguiente debía levantarse temprano para concurrir al trabajo.

Pero entonces comenzaba a acudir, procedente de los teatros, una corriente distinta de *habitués*. Venían muchos extranjeros pero también muchos rusos, sobre todo rusas; y el ambiente se transformaba. Los trajes de los hombres y las *toilettes* de las mujeres indicaban que con ellos entraba allí una capa social más "elevada". Los soviéticos que llegaban a esas horas eran artistas de teatro, algunos escritores y periodistas, militares de alta graduación, mujeres de militares, todo un mundo más brillante, aparentemente, que el anterior, y seguramente más frívolo.

Este público gastaba más, consumía más champagne, más caviar. Acaso, a esa hora, los precios eran más caros.

Toda una lección de geografía social se recibía allí, pues se llegaba a percibir nítidamente la vida de un mundo burgués o aburguesado, con sus correspondientes rasgos de frivolidad y parasitismo, en el seno de aquella sociedad de gente atareada.

Median, por tanto, diferencias de situación personal muy marcadas, hasta sorprendentemente marcadas, entre los ciudadanos, y esas diferencias cobran el carácter de gradaciones económicas colectivas entre sectores diversos de la sociedad, que degeneran en injustas desigualdades sociales permanentes cuando se constituyen a base de situaciones de excepción re-

servadas para enteras "capas sociales", o corporaciones como el Ejército, que no han de querer ver disminuídas sus ventajas específicas aunque ellas graviten pesadamente sobre la suerte de la colectividad e interpongan distancias irritantes entre sus posibilidades monetarias y las de otros servidores del conjunto no menos meritorios y sin duda más útiles en los tiempos normales.

Las madres del pueblo ven con disgusto que sus hijos andan mal vestidos y mal alimentados, mientras los hijos de los generales tienen de todo en los comercios.

Se promete suprimir todas las diferencias injustas cuando sea llegado el momento de transformar el actual régimen socialista en comunista, es decir, cuando se dé por terminada la misión del Estado-poder y se organice una sociedad sin poder político en que, según la fórmula de Engels, se haya suplantado el "gobierno de los hombres por la administración de las cosas" y en la que podrá aplicarse el principio comunista: "de cada uno según su capacidad y a cada cual según sus necesidades."

Se predice esa transformación como un efecto de la revolución histórica, nacional e internacional, en algunas declaraciones oficiales; y hasta en los artículos de diario, apologéticos del nuevo Plan Quinquenal, se afirmaba que el Estado socialista soviético tiende a la implantación del comunismo.

Sabemos, sin embargo, por las manifestaciones terminantes de Stalin en los Congresos de su partido, particularmente sus discursos ante el VIII Congreso del Partido Comunista (véanse en mi citado libro las páginas de 159 a 169, Tomo 2º), que eso no podrá sobrevenir sino cuando haya desaparecido todo peligro de ataques exteriores y de intrigas internas preparadas desde afuera contra el régimen, es decir, cuando no existan potencias capitalistas en el mundo. No basta, pues, que hayan desaparecido las clases explotadoras y aun toda diferencia de clases y no quede rastro del capitalismo en el país.

Habrá que aguardar la desaparición del capitalismo en el extranjero. Los que en la U.R.S.S. creían que se acercaba el momento de proclamar la Unión de las "Repúblicas Comunistas", se engañaban.

Por ahora (y por mucho tiempo), hay pobres y ricos. No se ha desterrado la miseria. Las masas urbanas y campesinas no se han divorciado, por lo general, de la pobreza. Ya hemos visto que no faltan mendigos, y que se descubre sin esfuerzo carencia de cuidado y amparo para inválidos y viejos. Que las pensiones y subsidios para la invalidez y la ancianidad no son suficientes, y que la actividad productora se prolonga, en casi todos los planos del trabajo material e intelectual, en una extensión que constituye el extremo opuesto del criterio con que en países como el nuestro las leyes otorgan a hombres y mujeres el derecho de jubilarse.

Entre los mismos hombres y mujeres que trabajaban eran muchos los que vivían padeciendo necesidades. A ninguno de ellos le faltaba su ración mínima de comida, pero las raciones se graduaban de acuerdo a las categorías de salarios. Y si un anciano o un inválido no podía vivir con 130 rublos al mes, un trabajador en plena actividad tampoco vivía realmente con 300 rublos, por más que los productos de mayor necesidad que figuraban en su carta —el pan, la harina, los fideos, el pescado—, se concediesen a bajo precio.

Un pobre hombre que venía a la Legación a limpiarme la máquina de escribir se quejaba de su suerte y pintaba su situación personal con los más tristes colores. Había perdido un hijo en la guerra; su mujer, inutilizada por el golpe, no se consolaba y lloraba constantemente; el hijo menor que les quedaba, no guardaba bastante respeto al padre porque el muchacho, sin ganar mucho, ganaba más que el pobre viejo, y la situación de éste se volvía subalterna en el hogar miserable.

—¿Cómo me va a respetar —decía—, si yo no gano ni siquiera tanto como él?

Era un excelente obrero, que percibía solamente 300 rublos de sueldo.

A un chófer que ganaba un sueldo excepcional —1.800 rublos—, le oí burlarse discretamente de un decreto, lanzado poco antes de mi partida, por el cual se rebajaban numerosos artículos en un 30 por ciento y otros en un 50 por ciento, puntualizando que a él le dejaba indiferente la rebaja, por tratarse de mercancías que sólo se hallaban en el comercio libre a precios inaccesibles para sus medios y que, pese a la disminución, continuaban por encima de éstos.

Los más grandes sectores de la población trabajadora permanecían al margen de ese comercio y de sus fluctuaciones.

¿Que son más grandes y no menos injustas, por cierto, las diferencias que se perpetúan o surgen en otras partes? No habría de ser yo quien lo negase. Sobre todo, cuando se llega a la U.R.S.S. por el lado de Oriente, después de haber palpado las condiciones sociales de países como Egipto e Irak, nadie puede desconocer que es un progreso no encontrarnos con aquellos espantosos contrastes de riqueza y miseria que nos ofrecen el régimen agrario, los grandes dominios territoriales y agrícolas con sus poderosos señores feudales y sus *felahs*, labradores y braceros hambrientos, y la concentración de las fortunas privadas en las esferas de las empresas industriales urbanas y de los negocios de toda índole, frente a multitudes desorganizadas de proletarios ignorantes sumidos en la miseria y el atraso.

Pero lo que puede consignarse como un estado de adelanto en comparación con el de países que se hallan muy atrasados en sus costumbres y en sus instituciones, no puede tomarse como ejemplo en el conjunto de las sociedades humanas, ni mucho menos como tipo de organización en que las grandes masas productoras vivan en la holgura y a cubierto de desigualdades económicas irritantes.

CAPÍTULO XXXIV

LA VIVIENDA

¿Cómo es la vivienda soviética para la mayoría de la población?

Creo no exagerar si afirmo que el noventa por ciento de la población de Moscú vive hacinada en habitaciones de una espeluznante deficiencia de espacio y de *confort*.

Es regla general, desde luego, que al habitante de las ciudades soviéticas le esté vedado el bien inapreciable de la sagrada intimidad en la existencia del hogar, ese *hortus conclusus* donde el hombre civilizado, en países como el nuestro, se siente dueño de sí mismo, a cubierto de la indiscreta curiosidad ajena y como fortalecido bajo el amparo de su derecho y su necesidad de retraerse y sustraerse, en su casa y entre los suyos, a todo contacto extraño.

Esa regla no sufre allí otras excepciones que las que corresponden a aquellas diferencias sociales de que se benefician los altos dignatarios, los grandes burócratas, los oficiales de alta graduación, los favoritos del mundo de la intelectualidad y del arte —los magnates en una palabra—, que poseen *dachas* de lujo o disponen de buenos apartamentos.

Se ha dado preferencia a lo colectivo; a lo público: transportes, bibliotecas, parques, teatros, museos. Y se ha visto en el problema de la vivienda un carácter exclusivamente masivo, sacrificándose el sentido de la intimidad. Se han hecho en los grandes edificios colectivos, viviendas reducidas y sin comodidades; los servicios (cocinas, baños, etcétera) colectivos, y los dormitorios o aposentos, para todo uso, por la escasez de piezas.

Eso priva al trabajador de la compensación de un hogar, de una morada para el buen descanso y la sana alegría de la familia, cosa que en nuestros países no alcanzan tampoco realmente los proletarios amontonados en los conventillos, pero obtienen los obreros calificados, los medianamente retribuídos, la generalidad de los empleados, los profesionales, los pequeños propietarios, etcétera.

Y como todo el progreso material se ha acumulado afuera: en los palacios del pueblo, en los monumentos públicos, en las fábricas, en los teatros, en las carreteras, en los canales, en el Metro, en las avenidas, en el frente de las casas colectivas para viviendas más que en sus interiores, el recién llegado se asombra y hasta puede quedar deslumbrado. Supone que allí ya está montada, formidablemente, una civilización a la que nada falta.

Pero cuando penetra en las habitaciones, cuando busca en ellas lo indispensable para reposar, más aun que en una hospitalidad materialmente confortable (allí muy poco asequible), en una hospitalidad espiritual de tranquilo y recoleto remanso, apropiado a las más dulces expansiones íntimas, al reconfortante calor de los cariños familiares o de los afectos de la amistad, sólo encuentra interiores desmantelados y promis-

cuos donde el trabajador ruso, los obreros de las fábricas, los empleados de los comercios y de las oficinas, los braceros en general, y casi todos los intelectuales modestos, la mayoría de los profesores, los estudiantes universitarios, no gozan de esa independencia individual que los nuestros juzgan un verdadero y legítimo "espacio vital" para los pulmones y los músculos del espíritu.

Esa ausencia de vida íntima, libre y holgada del hogar, bastaría para entenebrecer toda la visión del panorama de la vida soviética, de quienes procedemos de medios en que el hombre común lucha, trabaja, se afana y vive para gozar de ese bien. Que no es el bien de la riqueza ni de la fortuna, sino el bien moral de encontrarse consigo entre seres adictos, bajo techo, en un rincón del mundo donde puede expansionarse, mostrarse, desnudarse en cuerpo y alma.

No se trata del problema de "la casa propia", en propiedad privada. Es otro problema menos pedestre, más espiritual. Aunque la casa sea ajena, alquilada o cedida provisoriamente, es lo mismo. El que la habita debe poder ser, dentro de ella, el señor de sus actos, por encima del casero, a quien, si así se quiere, no se le permite pasar del umbral para adentro, ni aun cuando venga a cobrar el alquiler.

Fué una tendencia de la revolución bolchevique la abolición de ese bien, cuyo goce se consideró egoísta y contrario a los sentimientos de solidaridad colectiva, y que por tanto debía desterrarse acostumbrando al individuo a vivir en colectividad y a despojarse de toda inclinación al aislamiento.

La verdad es que ese aislamiento pudo ser tenido por un lujo burgués cuando el Estado, incautándose de todas las casas de la ciudad, quiso dar techo a todos los que carecían de él, y distribuyó las habitaciones por metro instalando varias familias en cada vivienda. De ahí parte que la solución del problema de la vivienda se haya venido intentando con prescindencia y desdén, en gran parte, de la preocupación de garantizar a cada familia o a cada ocupante un solar inviolable como refugio propio y exclusivo.

Las grandes casas fueron destinadas a alojamiento de muchas familias distintas, y aun las grandes piezas, apenas divididas por ligeros tabiques de madera, para ubicar habitantes que, para salir o entrar, habían de pasar cien veces al día por sitios comunes.

Se construyeron después no pocas casas de departamentos, pero muchas de éstas se limitaban a conceder al inquilino la elemental independencia de las habitaciones para dormir, pero dejando en común los servicios sanitarios y las cocinas.

Casi todos los bloques de apartamentos de lujo, que se destinan a los agraciados ya aludidos, se adaptan a otras exigencias, y allí sí, los inquilinos gozan del privilegio de vivir separadamente, al menos en todo aquello que lógicamente pertenece a la intimidad.

Pero antes de que se hubiese logrado, ni con mucho, solucionar, aun en la forma un tanto rudimentaria de aquellos bloques para obreros, muchos de los cuales ofrecen impresionante aspecto arquitectónico, el problema de la vivienda urbana, sobrevino la guerra.

Ella determinó, por doble causa, una crisis realmente desastrosa en

ese plano, ya de suyo tan deplorable, de las condiciones de vida de muchos millones de habitantes.

Mientras paralizaba de golpe y casi en absoluto las construcciones, porque las dejaba sin los materiales indispensables y sin mano de obra, pues los hombres aptos eran absorbidos por las exigencias bélicas, la población de muchas ciudades, especialmente de Moscú, crecía a saltos en proporciones inauditas, debido a la destrucción de centenares de ciudades de toda categoría, villas y aldeas y a la invasión de los campos por el enemigo.

La población de Moscú, que era de tres millones y medio en 1941, en el espacio de tres años pasó a ser de cinco millones.

Ese crecimiento imprevisto de un millón y medio de almas, fué como una avalancha que desbordó con enorme exceso todas las posibilidades racionales de alojamiento humano.

Tuvieron que habilitarse todos los locales apenas aprovechables, todos los rincones, todos los huecos, todos los agujeros, y el hacinamiento en las habitaciones normales se volvió ya inconcebible.

Pero siempre padecieron ciertas capas de la población moscovita el azote de la vivienda exigua e insalubre. Siempre fueron muchas las familias que debían vivir en estrechos y sórdidos sótanos como los que utilizan en parajes céntricos de las zonas viejas de la ciudad, por ejemplo en las cercanías de la galería *Tretiakov*. O en casas de maderas viejas y destartaladas, insalubres casillas, como las que se ven en ciertos barrios.

Ahora, claro está, si la vivienda no ha empeorado para esos pobladores peor alojados, en cambio se ha tornado más incómoda y desagradable para el término medio.

Había *dachas* de cinco habitaciones donde vivían diez familias.

Un médico amigo nuestro, que me asistía en mis dolencias, toda una autoridad científica en tisiología, condecorado por sus servicios en el frente, que trabajaba como interno en un hospital, disponía para él, su esposa, que era enfermera, y una hijita, de dos piezas: una de veinticinco metros cuadrados a lo sumo y la otra de no más de ocho, en una casa de material, que había sido residencia relativamente lujosa de una quinta de las afueras en un tiempo, pero ahora en estado casi ruinoso, donde debía soportar la molesta vecindad de dos familias, alojadas pared por medio y compartiendo con él un a modo de vestíbulo, así como los servicios higiénicos.

La estancia más amplia era el corredor, sitio de recibimiento y, en un rincón separado por una cortina, alcoba de la señora y la pequeña. También allí se cocinaba en un calentador.

La otra pieza, con una pequeña mesa de pino y unos cuantos estantes llenos de libros y un lecho no más amplio y cómodo que una cama de campaña, era el estudio y el dormitorio del doctor.

Conocí un matrimonio que entre marido y mujer disfrutaban de entradas apreciables, cuya vivienda se reducía a un aposento de veintinueve metros cuadrados, donde también vivían la madre y una hermana de la esposa, alojadas en un extremo de la pieza tras una cortina. Allí, en ese ambiente único, debía el esposo hacer trabajos a máquina, y las mujeres realizar las tareas indispensables para el arreglo del hogar y de la ropa.

Un profesor de un Instituto —cito cosas que pude conocer—, casado y con tres hijos de nueve a trece años, sólo disponía de una habitación de pocos metros. Trataba de llegar a su casa cuando los muchachos estuviesen acostados, para no oírlos hablar y reñir entre ellos, impidiéndole reposar la mente fatigada de la labor de varias horas.

Es de imaginarse la tortura de vivir en esa absoluta imposibilidad de retraerse, de reconcentrarse en el silencio, de moverse sin ser oído por nadie, de estarse quieto sin que nadie lo perturbe.

Fuera de esa habitación única, no disponían esas familias en la vasta casa de varios pisos en que moraban, sino de los sitios de uso común, que eran la cocina, el retrete, un depósito de bártulos y baúles de viaje, y un cuarto de baño sin bañera, al que debían llevar agua los interesados si la deseaban caliente. Había en el aposento un tomacorriente que podía calentar una cocinita eléctrica.

En cada casa colectiva hay un administrador que cobra los alquileres y un *soviet* de la vivienda, que atiende a su conservación y a los reclamos de los vecinos.

Un amigo mío mantuvo un pleito contra el administrador o "contador" y el soviet de una casa, para recuperar el derecho de ocupación de una pieza que fué traspasada a otro en una ausencia suya de menos de los tres meses que establecía la ley como plazo para reservársela. Se gastó en el pleito —que ganó—, entre honorarios del abogado, costas, etcétera, 7.000 rublos.

Hay, pues, recursos de amparo contra las arbitrariedades o errores de las autoridades de la vivienda.

Las viviendas se dividen por categorías (hay tres categorías). El precio lo fijan el administrador y el soviet de cada casa, en relación a lo que gana cada uno, y según lo que puede pagar se le asigna el número de metros de superficie donde le tocará habitar. El habitante de la categoría inferior paga el 5 por ciento de su salario. Las viviendas de la categoría más alta cuestan porcentajes más elevados.

Así, un empleado de mi conocimiento que ganaba 1.200 rublos, pagaba 60 por su vivienda de veinte metros cuadrados, a razón de tres rublos el metro. En el alquiler iban comprendidos el agua y la calefacción. La luz, la energía eléctrica y el gas se pagan aparte.

El precio de la habitación es reducido. Se paga por ella según los sitios y la calidad del inmueble. Cinco rublos es el término medio del alquiler de un metro cuadrado en los barrios del casco urbano de Moscú. Por cincuenta rublos al mes —algo así como seis o siete pesos de nuestra moneda, se alquila una vivienda en buen estado y no mal situada. Pero es una habitación de trece a catorce metros cuadrados, en un piso de varios inquilinos en que rige la comunidad para todo lo que no sea posible hacer en el propio aposento.

De ese modo se ha conseguido que el alquiler de la morada no represente nunca sino una parte muy pequeña del sueldo o salario.

Hay, también, departamentos independientes con dos, tres o cuatro piezas y todos los servicios propios, como en todas partes. Pero como su metraje es mayor y pertenecen a la más alta categoría, su alquiler resulta elevado y quedan, naturalmente, reservados para quienes gozan de los

mejores sueldos y aún entre éstos, para aquellos que por alguna causa son objeto de tratamiento preferencial.

Es decir que, salvo excepciones, la vivienda en Moscú no tiene nunca la amplitud ni ofrece las elementales condiciones de aislamiento e independencia de las casas que ocupan en nuestras ciudades las familias de las clases medias y de gran parte de la clase proletaria.

Justo es consignar que, donde es posible, se trata de compensar las deficiencias de los interiores haciendo agradables, como sitios de reunión de chicos y mayores, a ciertas horas, en la buena estación, los grandes espacios o patios abiertos hacia donde suelen dar los caserones rusos por algunos de sus lados y que a veces son plazuelas con árboles, bancos, etc.

En muchos edificios podía advertirse, en verano, la preocupación de los *soviets* de vivienda, o comisiones de vecinos para dotar, a esos sitios de reunión, de comodidades, aspecto atractivo y juegos para entretenimiento de los chicos.

Las casas de baño, de que ya he hablado, aspiran también a suplir, por pocos *kopecs,* las deficiencias higiénicas de las habitaciones demasiado pobladas.

Como en invierno las bibliotecas, con su acogedora calefacción.

Y contribuyen también, por su parte, a descongestionar en las horas del día las viviendas poco hospitalarias, las numerosas casas-cunas, "nurserías" y jardines infantiles, sumamente concurridos, lo que está desde luego, correlacionado al género de vida que lleva por lo general la mujer soviética que, como es sabido, llena las fábricas, los talleres, las oficinas, los institutos, las universidades y, en una palabra, se ocupa en numerosas tareas, no siempre livianas, fuera del hogar.

En las ciudades de la U.R.S.S. ocurre que algunos intelectuales, para poder trabajar cómodamente, no hallando silencio en su habitación que comparten con otros miembros de la familia, pagan a algún afortunado dueño de un rincón más tranquilo y silencioso el derecho de instalarse allí mientras el inquilino permanece en su fábrica u oficina.

Y es, por lo demás, poco envidiable la suerte de las amas de casa obligadas a vivir en esos domicilios promiscuos, sobre todo cuando se trata del uso en común de las cocinas. Se dan casos tragicómicos. Unos vecinos se roban a otros la comida. Hay que hacer guardia a las ollas para que no desaparezcan los trozos de carne, presa preferida de los tenedores piratas.

En una gran casa de viviendas donde habitaban más de cien familias, había quince cocinas. De cada cocina participaban numerosas inquilinas, cada cual en su hornalla. Una de esas partícipes me narraba los líos que se armaban permanentemente. Decíame que prefería no comer antes que cocinar en esa comunidad. Cuando cocinaba, no podía alejarse de su sitio; y siempre que debía hacerlo, llamaba a un chico para que le reemplazase en la vigilancia, pues apenas volvía las espaldas, dejando el puesto sin guardia, sus colegas le quitaban el caldo de la olla con un cucharón...

El grado de desesperación y hasta de demencia a que pueden conducir las condiciones de promiscuidad de la vivienda soviética, quedó registrado en los anales del crimen, según nos lo relataba en una interesante conferencia el más famoso abogado de Moscú, Bravde, a quien le había tocado defender a un hombre que en un rapto de furor mató a tiros a cuatro vecinos de su casa que no le dejaban dormir ni descansar con el ruido que hacían.

El hombre había vuelto del frente de guerra, y cuando creía poder hallar en su domicilio un sitio donde reposar y reponerse, se encontró con vecinos que en las piezas contiguas, tras débiles tabiques, se movían, hablaban, trabajaban, y producían ruidos que le resultaban intolerables. No eran sino los que normalmente se producen en habitaciones estrechas superpobladas.

Pero a él, con sus nervios alterados por la guerra, se le ocurría que se trataba de una conjura para fastidiarlo. Y un día, cansado de que no diesen todo el resultado que deseaba sus conminaciones y exhortaciones a guardar silencio, desenfundó su revólver de campaña y la emprendió a tiros con los "conspiradores", matando nada menos que a cuatro.

Cierto es que en el caso concurrían también los efectos de la guerra sobre el sistema nervioso del actor, que había sufrido, como pudo demostrarlo el abogado con auxilio de la ciencia, un ataque de repentina enajenación, pasado el cual volvió a la más normal lucidez. Pero también es cierto, aunque el abogado no lo dijo, que el hecho resultaba una consecuencia inmediata de las condiciones de su vivienda, donde halló todo lo que hacía falta para encender en su sistema nervioso predispuesto, el rayo de la enajenación.

Como alguien ha dicho, refiriéndose a una época anterior a la guerra, el *home, sweet home* de los pueblos occidentales es desconocido para la inmensa mayoría de los inquilinos rusos, a quienes toca habitar en condiciones reñidas con el deseo de hacer de "la propia casa una síntesis de nuestra vida íntima, un ambiente que lleve la impronta de la personalidad, un reflejo del propio espíritu." Y no exageraba al afirmar que "la casa rusa, o mal construída o esqueléticamente desnuda, es un refugio contra la intemperie, un alvéolo humano, y nada más!"

Y si han aparecido ya, en forma de modernos edificios de departamentos, algunos concesiones a aquel deseo tan fundamentalmente civilizado, sigue, tal vez, siendo verdad que las peores características de la vivienda también responden, en el fondo, a una tendencia doctrinaria del gobierno soviético, el cual no ve de muy buena gana que se retorne en "el templo de la casa" a aquel respeto de la intimidad que juzga un culto de la personalidad humana, del yo, incompatible con una estrecha y sectaria manera de entender el credo colectivista.

Ha influído en el tipo de vivienda popular construída por el régimen actual, la idea de que era preciso desarraigar el tradicional sentimiento "cerrado e individualista" de familia y de hogar que ata al hombre a un conjunto de intereses y costumbres que pueden ponerse en contradicción con la influencia del Estado soviético revolucionario. Se ha querido —con un exceso de doctrinarismo abstracto—, que el ciudadano, también en ese terreno, viviese menos en sí y para sí, que en la comunidad y para ella. Es ésa una de las tantas tergiversaciones de la ideología colectivista.

Eso quiere decir que, al retornarse a la tendencia ortodoxa del bol-

cheviquismo en sus aspectos políticos más asiáticamente estaduales, como parece ocurrir ahora, habrá que abandonar toda esperanza de que la vivienda soviética se humanice.

Y con todas esas deficiencias, la vivienda, que es siempre elemento capitalísimo para la suerte del pueblo en los azares de su existencia fecunda, es allí, quiérase o no, argolla donde se adhiere la cadena policial que limita la libertad del hombre para moverse de un lado al otro del país.

El ciudadano soviético, en efecto, no puede cambiar de residencia si no dispone de antemano de un alojamiento en el nuevo sitio donde va a radicarse.

Las milicias (policías urbanas de la K.N.V.D.), no le expedirán el documento necesario para permanecer allí si no puede indicar su domicilio. El que por cualquier circunstancia pierde su vivienda, debe buscar trabajo donde se la proporcionen en función de éste, porque no hallará hoteles ni posadas que lo reciban libremente y por tiempo indeterminado, como los que abundan en nuestros países.

Además, nadie puede vivir en una habitación de otro sin autorización policial. Hasta para convivir con parientes —un hermano en casa de otro hermano; una madre con su hija, o viceversa, en la vivienda de una de ellas—, se necesita el correspondiente permiso.

La policía —N.K.V.D.—, entra de noche en las habitaciones para sorprender a los infractores cuando abriga alguna sospecha o ha recibido alguna información de un vecino "confidente".



CAPÍTULO XXXV

SU MAJESTAD LA POLICIA

Es en ese aspecto de la vida soviética donde se vuelve más incómoda y peligrosa la intervención policial. Sin ésta los campesinos no pueden transformarse en obreros urbanos aunque una organización industrial urbana los requiera provisoriamente para ciertas tareas, en sustitución —por lo general—, de la mano de obra que se ausenta, como ocurría durante la guerra.

Y los obreros no pueden volverse campesinos aun cuando un *sovjós* o *koljós* los admita entre sus componentes.

El campesino, a quien no se le abren sino muy difícilmente las puertas de una fábrica y no logra por tanto vivienda, aunque a veces pueda encontrar trabajo, debe continuar siendo campesino; y viceversa, el obrero ha de continuar siendo obrero.

Dejar de serlo, en uno y otro caso, depende siempre de la policía.

Porque ésta sigue los pasos del ciudadano, en la ciudad y en el campo, y ella es la que decide que una fábrica admita a un obrero o lo rechace, o que las autoridades municipales, los *Soviets* del Pueblo, le concedan o le nieguen habitación.

Allí, cada ciudadano carece casi de destino personal. Desde luego, la colectivización tal como allí se aplica, asigna a cada uno un destino colectivo. Hace de cada uno una pieza, un engranaje de la inmensa máquina social. Nadie se mueve ni hace un gesto que no pueda ser registrado por el sensorio del Estado y que no deba ser autorizado o fiscalizado por éste. Todos tienen un itinerario, el itinerario de su vida, fijado por el Estado. Trabajan donde él indica y sólo donde él quiere. Nada más fácil para la policía —el gran órgano político—, que dar con una persona o seguirla a través del día y de la noche por cualquier parte del país. Se sabe dónde vive y adónde va, y dónde puede hallarse en cada minuto de las veinticuatro horas del día. Porque para vivir en una casa, y para mudarse a otra hay que tener previa autorización de las milicias, y no puede nadie ausentarse de la ciudad o de un paraje cualquiera donde resida, sin su permiso.

La sombra policial gravita constantemente sobre el destino del ciudadano soviético. Lo acompaña desde la cuna al sepulcro. Sigue sus pasos, como una sombra precisamente, y lo vigila en todos lados como el ojo de Dios, no un Dios amorosamente vigilante, sino severo y casi tan inexorable como el que perseguía a Caín preguntándole qué había hecho de Abel.

Ella provee, como en todas partes, a cada persona de un carnet de identidad o *pasaporte*, que le es allí obligatoriamente indispensable para toda clase de gestiones administrativas y de actividades cotidianas: para concurrir a las bibliotecas, para penetrar en las oficinas, para poder visitar a un amigo en ciertas casas de apartamentos y en ciertos hoteles, etcétera. Ese pasaporte es requerido en los sitios públicos y en la calle con cualquier

pretexto, sobre todo cuando se trata de un extranjero aún no identificado por su aspecto, con los viejos residentes o naturales de la ciudad.

Perder ese carnet es para el ciudadano una catástrofe, porque la pérdida lo expone a pagar una fuerte multa por haberlo perdido y a duras reprimendas de las oficinas policiales.

A una joven señora que prestaba servicios en la Legación le ocurrió que un día, cuando iba en el autobús de vuelta para su casa, unos muchachuelos le arrebataron de la mano, de un tirón, el saco lleno de provisiones, y con el saco una carterita donde llevaba mil rublos y el pasaporte, fugando con el botín, sin que ella pudiese hacerlos detener.

Dió parte a la policía, sobre todo para que se le proporcionase otro carnet, ya que no podía abrigar esperanzas de devolución de lo sustraído. Salió, la pobre, aterrada de la dureza con que se le reprochó haber extraviado su pasaporte, y no se le dió otro en reemplazo sino después de unos días de averiguaciones para saber si podía o no haber sido objeto de un robo, y previo el pago del precio del carnet con un recargo punitivo.

Es decir, que sobre no lograr defender los bienes de los que viajan en autobuses, contra los ladronzuelos y ladrones que pululan, la policía descarga su castigo sobre las víctimas.

MODALES CON EL PUEBLO.

En lo que a maneras concierne, puedo atestiguar que la policía de Moscú las gasta de una brutalidad que no se concibe entre nosotros.

Una tarde vi en un cine a un policiano arrojando fuera del *hall*, donde se habían colado y trataban de pasar ocultos entre el gentío, a unos menores con aspecto de muchachos vagabundos. Aquel *jastial*, en presencia de todo el numeroso público que se aglomeraba en ese sitio, la emprendió a empellones, puñetazos y puntapiés contra aquel par de rapazuelos y salió con ellos cogidos por el cuello de la chaqueta zamarreándolos mientras andaba. El procedimiento no pareció provocar el menor asombro ni la más leve protesta de aquella multitud.

Otra vez me tocó a mí ser causa involuntaria de una parecida demostración de los modales que la policía soviética dedica a sus contactos con el pueblo. Llegué en mi auto de ministro a la entrada del Conservatorio Nacional de Música para asistir a un concierto. Al detenerse el vehículo y al abrir la portezuela para descender, se me acercó un oficial de policía preguntándome cortésmente algo que no entendí. Me pareció que para responder debidamente a su cortés interpelación correspondía decir *Da! Da!* (*¡Sí! ¡Sí!*), asintiendo además con la cabeza.

¡Nunca lo hubiese hecho!

El hombre dió unas órdenes a dos policianos que flanqueaban la puerta de entrada, y los tres comenzaron a abrirme paso entre la compacta muchedumbre que en esos momentos penetraba por el amplio vestíbulo, avanzando hacia la escalera de acceso a la sala.

Con empujones y manotadas abrieron delante de mí, en un abrir y cerrar de ojos, un camino expedito entre la multitud de tranquilos y desprevenidos concurrentes que se veían de pronto apartados, echados a uno y otro lado sin consideración.

Nada podía hacer para detener a los policianos porque me llevaban algunos metros de ventaja y no sabía qué gritarles para que no persistiesen en su faena.

De pronto, en el claro que se abría vi a un diplomático amigo, un ministro latinoamericano, a quien le habían separado la compañera que caminaba a su lado y la habían apartado un par de metros hacia la izquierda, mientras él todavía continuaba su marcha sin darse cuenta. Pude adelantarme para llegar a tiempo de impedir, tomándole del brazo, que a él también lo echasen hacia un costado como a un bulto.

Así cesó aquella operación impetuosa, especie de carga de caballería... de a pie, que en cualquier otro país hubiera provocado la ruidosa indignación del público; pero que allí no pareció extrañar a nadie, ni a la gentil acompañante del ministro amigo, que retornando a ocupar al lado del compañero el sitio de donde había sido tan bruscamente desalojada, sonreía encantadoramente...

Ya he relatado cómo se contiene al pueblo en las aglomeraciones callejeras durante los desfiles. Y acaso baste añadir, por todo comentario, que cuesta poco descubrir bajo la piel de esa policía soviética al proverbial cosaco del viejo dicho francés.

Esa no es, por su manera de comportarse con el pueblo, la policía de un gobierno de la clase obrera.

Es, en cambio, la que corresponde a la presencia, aún subsistente en Moscú, de las viejas y famosas cárceles del tiempo de los zares, como aquella de altos muros de ladrillo rojo que ocupa un enorme perímetro cuadrangular en un paraje no muy alejado del centro mismo de la urbe.

CÁRCELES.

No visité esa cárcel por dentro. Sé que estaba llena, superpoblada de detenidos y delincuentes comunes. Y que la delincuencia común se ha enriquecido con el aporte de delitos que allí cometen, obligados, infinidad de personas de buenos sentimientos.

Son tantas y tan severas las reglamentaciones cuya más leve infracción se pena con cárcel, que pocos son los ciudadanos de mediana edad que no hayan debido pasar alguna vez por el trance de ser reducidos a prisión.

Y haber estado o estar en prisión, no es ya motivo de bochorno para casi nadie en la U.R.S.S.

Eso es lo que gritaba en un vagón del Metro, entre las apreturas del viaje, la tarde de un domingo una pobre mujer, que parecía andar por los sesenta años, la cual, bajo el dominio de una indignación irrefrenable, narraba a quien quisiera oírla, cómo había debido permanecer varios días en la cárcel, a su edad, por haber faltado a su trabajo sin causa suficientemente justificada.

Parecía sincera en la cólera que revelaba, sobre todo cuando afirmaba que no teniendo nada que perder, quería que todo el mundo se enterase de la grosera arbitrariedad de que había sido víctima.

La prisión a que me he referido, aquel viejo y enorme caserón que ensombrece cuadras de una antigua calle moscovita, hace *pendant* con uno también enorme, pero moderno, de muchos pisos, todo un rascacielos,

que en el mismo corazón de la ciudad, a no mucha distancia del Kremlin, tiene por sede la N.K.V.D., el Ministerio del Interior, del cual dependen las policías y que es el órgano policíaco por antonomasia, con sus funciones de vigilar y guardar el orden interno y la seguridad de las instituciones soviéticas.

Durante mi permanencia fué ampliado, agregándosele por uno de sus lados un nuevo cuerpo de edificio de ladrillos sin revocar, con una torre, y de tal modo emplazado en lo alto de una de las más empinadas colinas urbanas, que señorea sobre la ciudad, compartiendo con las cúpulas del palacio de los Soviets, en el Kremlin, el honor de lucir una de las banderas soviéticas más visibles desde los cuatro puntos cardinales.

Es fama que en los sótanos de la N.K.V.D. se encierran centenares de presos políticos. Allí se encerraba, en efecto, a muchísimos de ellos cuando las célebres "purgas" y los tenebrosos procesos de Moscú.

Un residente desde hacía quince años en la U.R.S.S., que me informaba con veracidad de que tengo pruebas, de cosas de entonces y después, conocía el género de vida que se daba en los calabozos policiales a los presos políticos.

A un amigo suyo lo prendieron porque en su casa se reunían personas que fueron calificadas como antirrevolucionarias. El hombre padecía de tuberculosis medular, y por eso mismo iban a buscarle de tanto en tanto a su encierro para interrogarlo, y cada vez que llegaba a la oficina donde lo sometían a apremiantes interrogatorios, lo cogían de los hombros y lo sentaban de golpe sobre un asiento de madera con la piadosa intención de convencerlo, de entrada, de que estaban dispuestos a apresurar lo más posible el proceso de su enfermedad, mientras no se resolviese a declarar lo que la policía deseaba.

A su esposa también la prendieron y la atemorizaban.

Mi amigo me describía el ambiente de terror en que se vivía en esas épocas, coincidiendo en sus informaciones de aquella trágica realidad con las que andan en tantos libros.

Oí de sus labios el relato de la tremenda tragedia de aquel jefe de la N.K.V.D. que después de haber apresado, torturado y matado a cientos o miles de infelices, fué preso y ejecutado a su vez, convicto y confeso de haber procedido injusta y arbitrariamente, con el único fin de provocar desagrado contra el régimen. . .

—Lo curioso —agregaba mi informante—, es que todavía continúan en prisión muchos de los que él hizo encarcelar.

También me contó, trasmitiéndome una información de origen policial, que durante las "purgas", los culpables se dieron la consigna de denunciar, por cada tres cómplices verdaderos diez inocentes, leales al gobierno. Había que prenderlos a todos, y para poner en claro la inocencia de los leales pasaba tiempo, ocurriendo a menudo que la moral de los injustamente sospechados se derrumbaba, se enfermaban y quedaban aniquilados.

Muchos meses después de los procesos todavía se "purgaba" administrativamente, o sea, policialmente, a cómplices menores.

Tuve ocasión de comprobar directamente la existencia de presos políticos en la U.R.S.S. Una tarde que había ido con mi secretario Helpern al pequeño parque Alejandro, situado a poca distancia del Hotel Nacional, vimos descansando en un banco a un anciano de noble aspecto, bajo la modestia de sus ropas, en quien mi acompañante creyó conocer un hombre de su misma nacionalidad de origen, que nos pareció, por su fisonomía inteligente, digno de ser abordado. Mi secretario le dirigió la palabra en *idisch* y el anciano, que al principio no había mostrado mucho interés en franquearse con sus desconocidos compañeros de asiento, concluyó por revelarnos su identidad y narrarnos la causa de su presencia en la capital soviética. Era un famoso jurista y ex diputado socialista judío de Polonia, que los rusos habían encarcelado en el territorio ocupado por ellos y trasladado a Rusia, donde lo tuvieron tres meses en un campo de concentración junto con otros compatriotas. No se le maltrataba. Pero él hizo la huelga de hambre como protesta por la injusta prisión y reclamando de ese modo la libertad. A los tres días de comenzada su protesta le llegó un aviso de un amigo desconocido, anunciándole que sería liberado si se aguantaba dos días más. Así fué. Dos días después del misterioso anuncio se le concedió la amnistía; y luego se le encomendó la redacción de un proyecto de legislación constitucional y penal para Polonia, por cuenta del Comité de Polonia Libre con sede en Moscú. Había estado a punto de ser ejecutado por los soviéticos, como sus correligionarios Eherich y Alter, de quienes ignoraba la muerte, porque oficialmente no existía constancia de su ejecución. Desde que fué amnistiado vivía en un hotel cercano, según nos dijo. No pudimos volver a verle, porque sin duda, temeroso de que lo descubriesen departiendo con diplomáticos extranjeros, dejó de ir al parque a esas horas.

Un antiguo diplomático extranjero muy conocedor del medio soviético, casado con una rusa, me describía una de las torturas morales que se habrían aplicado con más eficacia durante los sensacionales procesos de Moscú:

—A los presos se les llamaba, sin decírseles para qué, cada tres o cuatro días y se les llevaba a través de largos corredores que conducían indistintamente al baño o la ejecución (el clásico tiro en la nuca). En cierto punto se bifurcaba el camino. Si se doblaba en una dirección, se iba al baño; si se doblaba en la dirección contraria, a la muerte.

Al cabo de varias semanas de ese juego diabólico, los nervios del varón más templado estaban rotos, y se obtenía de él lo que se quisiera.

El había conocido a los ingenieros ingleses y alemanes que en uno de esos primeros procesos fueron acusados de haber enseñado a los obreros rusos a estropear las máquinas, haciéndoles creer que les enseñaban a conservarlas. Los ingenieros habían dado con toda lealtad sus instrucciones a los obreros, diciéndoles:

—Si hacen esto, conservan las máquinas; si hacen esto otro, las arruinan.

Sin embargo, confesaron haberles dado falsas instrucciones deliberadamente. . .

En otros procesos se habría convencido a los reos de que sus confesiones eran necesarias para mantener la unidad del partido Comunista y su prestigio en el exterior; y a cambio de la confesión, se les había prometido dejarlos con vida y rehabilitarlos al cabo de treinta años ante la memoria de las generaciones.

Y así como el Santo Tribunal de la Inquisición primero declaraba la herejía y después entregaba al reo al brazo de la justicia secular, para que el juez y el verdugo hiciesen el resto, el partido Comunista juzgaba a los delatados por la policía, analizando su heterodoxia, los expulsaba por indignos de figurar en sus filas, y ya quedaban prontos para pasar a ser procesados judicialmente.

Pero no todos, por cierto, eran enjuiciados con las normas del proceso público. Hubo muchísimos casos que resolvía por sí la policía, prácticamente facultada para someter o no, según su criterio, los reos a los jueces; y para ejecutarlos prescindiendo de éstos, por simple vía administrativa, cuando mediaban razones de "salud pública".

Así se procedió estando yo en Moscú, cuando a la conclusión de la guerra se desató, como en toda Europa, una ola de delincuencia y la población se sintió alarmada por la audacia y crueldad de bandas de forajidos que asaltaban y mataban para robar. La policía fué autorizada a hacer uso de sus armas y a ejecutar, para escarmiento, a los bandoleros que sorprendiese *in fraganti*.

El delito político es por lo general, el más duramente castigado. Y no se sabe nunca la suerte que corren los que incurren en él.

Como tampoco se sabe nunca —según ya lo he consignado—, qué detenciones efectúa la policía por otras causas.

A menudo resulta sumamente difícil a los propios parientes y allegados averiguarlo, porque la N.K.V.D. suele mostrarse impenetrable.

Supe de una chica que vivía con una amiga en una pieza, y que habiendo salido un día, como de costumbre, no retornó. Su amiga y sus parientes se alarmaron y se dedicaron a buscarla afanosamente. No había noticias de ella en el hospital de accidentados. Ni en la morgue. A la N.K.V.D. era inútil preguntarle porque no daba informes.

Varios días después se disipó el misterio. La N.K.V.D. entró en la casa, revisó y selló los muebles, y se llevó algunos objetos de plata. La chica había sido remitida a otra ciudad, se supone que de Siberia, por que se relacionaba con extranjeros.

Ese es el procedimiento corriente con que la policía soviética persigue la prostitución, o la simple "vida frívola" de la mujer que busca amistades masculinas entre los extranjeros, generalmente militares o empleados del cuerpo diplomático y consular extranjero, para que la provean de ropas, alhajas, etcétera, y las hagan pasear y divertirse, sustrayéndose así al cumplimiento de sus obligaciones.

Claro está que lo que en realidad se persigue es ese género de vida cuando se lleva a través de relaciones íntimas con extranjeros, evadiendo la intervención directa de la propia N.K.V.D.

Porque ésta lo fomenta, al mismo tiempo, en aquellas muchachas que le resultan útiles como confidentes e instrumentos.

Y lo tolera en muchas que disfrazan su verdadera condición haciéndose proteger, a cambio de los correspondientes favores, por ciudadanos soviéticos de alguna influencia.

Algunas veces los oficiales de la policía extorsionan a las que ven sin amparo, con la amenaza de proceder contra ellas como culpables de "vida frívola", o simplemente, de ejercer la prostitución.

Supe, en efecto, del caso de una buena muchacha que había quedado sola a la muerte de su padre anciano, el cual le dejó setenta y cinco mil rublos. Con esa suma, la muchacha vivió un tiempo sin apresurarse a buscar una ocupación para reponer su salud, un tanto quebrantada a causa de los cuidados que había prodigado durante meses enteros a su padre enfermo. El jefe de las milicias de su radio quiso aprovecharse de la situación de esa joven, que era agraciada, y empezó a perseguirla sin resultado. La hizo expulsar de la pieza que ocupaba. Encontró ocupación —era cortadora—, pero la hicieron expulsar asimismo. Acudió al procurador del distrito, y sólo después de muchas andanzas consiguió que la dejaran tranquila.

Uno de los hábitos policiales típicos del régimen es el de las *razzias* o levas. Según mis informantes orales, se realizaba una de éstas en proporciones espeluznantes cada vez que se desataba una ola de sospechas y se trataba de hacer abortar, dando golpes de ciego, conspiraciones o movimientos de oposición al gobierno. A raíz del asesinato de Kirov, el secretario de Stalin, que motivó, como es sabido, una febril convulsión de terrorismo, se llevaron a cabo levas de doce mil personas, que fueron reducidas a prisión y casi todas enviadas a Siberia y otras regiones. Algunas lograron, pero no de inmediato, la libertad.

Igual procedimiento, aunque con distinto fin, se adoptó durante la guerra, cuando hacía falta obtener brazos para ciertos servicios urgentes.

De pronto se rodeaba un bloque de edificios y se obligaba a todos los hombres y mujeres hábiles, que no estaban ocupados en ese instante en otra tarea importante de la producción, a marchar inmediatamente, abandonándolo todo. Se me narró el caso de un viudo que tenía consigo un niño de tres años. Se lo dijo a las autoridades para que no lo obligasen a dejar su casa.

—Déjalo al cuidado de las vecinas — le dijeron.

Y debió marchar.

Esos hombres y mujeres iban a lo que se llamaba el *tercer frente*, que era el reservado a las personas jóvenes que no trabajaban en ocupaciones socialmente vitales (estudiantes y profesores en vacaciones, ciertos empleados o desocupados momentáneos) y donde se les dedicaba a cortar leña o a labrar la tierra para las necesidades de la población.

LOS PROCESOS AQUÉLLOS...

¿Qué huellas han dejado en el espíritu de la población esos procesos terribles y sangrientos con su cortejo de "liquidaciones" sin forma de juicio legal, llevadas a cabo por la policía?

De las versiones oficiales de las sesiones públicas, con las confesiones desconcertantes de los principales inculpados, se han hecho infinidad de publicaciones en todos los idiomas. Una hay, fragmentaria, en castellano que se editó sobre todo para los españoles refugiados y los escolares españoles traídos al comienzo de la guerra civil española.

Nadie repara allí en el hecho de que para el procedimiento penal soviético el derecho de defensa del reo es renunciable. Y sin defensor se desarrolló todo el proceso; y en las versiones de las sesiones públicas consta

que los acusados han renunciado a ser defendidos, para "defenderse" por sí mismos, es decir, para acusarse y difamarse ante el tribunal y ante el pueblo.

Nuestras leyes prohiben que alguien pueda ser juzgado sin defensa. Si el procesado no puede o se niega a designarlo, se le designa uno de oficio. Es verdad que allá, tratándose de juicios políticos, ese detalle del defensor obligatorio carece de importancia. Porque el defensor, dentro de ese engranaje institucional en el que todo derecho depende, en el hecho, del partido único, y en éste desemboca toda la pretendida autonomía acordada nominalmente a los tribunales por la Constitución, el defensor de oficio no sería sino un sirviente del fiscal, y el defensor que no fuese de oficio no gozaría de bastante libertad y seguridad personal para permitirse ejercer su función a plena conciencia.

El mundo no puede haber olvidado la aventura de Vandervelde, el gran líder socialista belga, cuando fué a actuar, naturalmente con el consentimiento del Soviet, de defensor del primer grupo de mencheviques y socialistas revolucionarios procesados por los bolcheviques al adueñarse del poder. Tuvo que retirarse protestando por las arbitrariedades del procedimiento y la falta de respeto a los derechos de la defensa. Si no hubiese sido un extranjero ilustre, sobre el cual estaban fijas en esos momentos las miradas de la humanidad civilizada, no hubiera logrado salir de Rusia. ¿Cuál podía ser entonces, durante los procesos políticos posteriores, el papel de un defensor soviético?

Ya hace tiempo que se ha descorrido el velo que envolvía ese trágico misterio de las confesiones de hombres como Zinovief, Bujarin, Radek...

Los jóvenes que permanecen bajo el influjo de toda esa organización de captación espiritual, de adaptación mental y de propaganda que acciona directamente a través de la escuela, de los institutos y de las universidades sobre la triple estructura escalonada de Octubristas, Pioneros y Komsomols, creen que esas confesiones son válidas y concluyentes como prueba de culpabilidad.

Nadie, joven o viejo, por otra parte, habla de los procesos, sino para dar la razón al gobierno y proclamarlos salvadores para la suerte de la Revolución. Era la consigna, la palabra de orden impartida por los comentarios e informes oficiales, y generalmente cumplida por la población al pie de la letra. Eso es lo único que podían decir, aun de buena fe, quienes sólo habían oído las campanas de la propaganda dirigida. Eso es, por tanto, todo lo que a mí me fué dado percibir en la superficie del sentimiento público en los días de mi estada en la U.R.S.S. Pude, sin embargo, recoger de labios de un comunista que no era ruso, y se preciaba de no ocultar la verdad, datos en virtud de los cuales se destruye aquella versión tan difundida por el mundo de que, gracias a esos procesos y a esas purgas de sangre, no había habido quinta columna en la Unión Soviética, cuando la atacó el nazismo alemán.

Según esos informes, el éxito de la ofensiva alemana en los primeros días se habría debido no sólo al factor sorpresa, sino a la traición de algunos militares soviéticos.

La agresión alemana a la U.R.S.S. fué el 22 de junio (domingo) de 1941. El jefe de las fuerzas de apoyo de la primera línea del frente, general Pavlov (que había estado en España y del cual se decía en Rusia que salvó a Madrid), el 21 dejó franca a toda la oficialidad y esa noche hubo banquetes en toda la línea, en los que muchos aviadores se embriagaron.

Luego, las municiones de la artillería se dieron cambiadas, no correspondiendo los calibres. Y cuando los aviones debieron volar, no pudieron, porque la nafta había sido mezclada. Los alemanes lograron así, según sus datos, destrozar en los aeródromos 7.000 aviones.

El general Paulov fué fusilado.

Más adelante, en Moscú, cuando los nazis se acercaron introduciendo una punta de lanza hasta el llamado "puerto" sobre el canal Volga-Moskowa, una orden de la N.K.V.D. hizo que casi el ochenta por ciento de los directores de fábrica y organizaciones cerrasen los establecimientos, arrojando a la calle el personal y llevándose los fondos, que algunas repartieron entre su gente y otros entre la población, al darlo todo por perdido.

Se descubrió entonces que había infiltrados hasta en la propia policía, realizándose *ipso facto* una "limpieza" a fondo...

Fué a raíz de eso que Stalin congregó una noche, en la más amplia estación del Metro, a jefes del Ejército, funcionarios, hombres del partido, y los arengó, asegurando a la población que Moscú no caería.

Tampoco los "procesos" impidieron que los alemanes recibiesen en Crimea la ayuda de la población, de origen tártaro, de toda una república autónoma, que como se sabe, fué suprimida del mapa político de la U.R.S.S. por resolución del Soviet Supremo; ni habían evitado que cuando la primera guerra contra Finlandia, centenares de soldados soviéticos arrojaran las armas y huyesen hacia campo enemigo o se pasasen a éste con armas y bagajes, a ser cierto lo que murmuraban algunos jóvenes que habían estado en aquel frente.

Por lo demás, mis conjeturas sobre la misteriosa causa de las declaraciones que comunicaron tanto sensacionalismo a tales procesos, se basan en lo que pude colegir, observar y conocer de todo el sistema, del cual los mismos no han sido sino exponentes característicos.

En efecto, cuando se ve en qué permanente y estrecha relación vive allí cada uno con los resortes de la autoridad policial; cuando se palpa el cerco tangible de limitación y opresión policial que rodea a todo ciudadano, desde el más humilde al más encumbrado; cuando se sabe qué índole de tratamiento aplica la N.K.V.D. si está de por medio "la razón del Estado"; cuando no se ignora que ella entra a las casas a cualquier hora y las allana, y hace desaparecer a las personas sin que ello se haga público ni nadie se entere sino después de mucho tiempo; cuando se recuerda que nadie puede hallar trabajo ni vivienda, ni trasladarse de un punto al otro sin consentimiento o autorización de la policía; cuando se comprende cómo la suerte de todos los miembros de una familia queda de ese modo ligada a la voluntad omnímoda e implacable que se mueve contra cualquiera de ellos, no hace falta más para explicarse tan fantásticas declaraciones...

COLONIAS PENALES. -- VIGILANCIA A LOS "AMIGOS" INTERNACIONALES.

En cuanto al régimen penal a base de la regeneración para el trabajo —apartándose de lo que puede leerse en la bibliografía oficial y en la otra—, parece estructurado sobre una red de sitios de trabajo, que se denominan colonias penales destinadas a trabajos de "corrección", pero que a juzgar por lo que de aquéllos muestra esa vista, no son sino campos de concentración donde se llevan a cabo simples trabajos forzados.

Allí se juntaban presos políticos con delincuentes vulgares. El *film* narraba la novela de un ingeniero que había sido condenado a una de esas colonias en cierto paraje alejado de la capital por haber cometido no recuerdo qué omisiones en el cumplimiento de sus deberes, dejándose llevar de su inquina contra la Revolución (parecería ser uno de los influídos por las corrientes "derechistas" que motivaron tan feroces purgas), y que trasladado a aquel ambiente sano de trabajo, concluye siendo ganado por éste definitivamente para la buena causa y prestando relevantes servicios en cierta dramática circunstancia.

Pese a tratarse de un *film* de propaganda soviética, aparecía en él la disciplina bajo la cual trabajaban removiendo tierra y haciendo excavaciones y obras de ingeniería, aquellos hombres que descontaban una condena; y eso que podía aceptarse como medio de regeneración por el trabajo, resultaba un poco fuerte como correctivo para un intelectual, un ingeniero que debía regenerarse empuñando la pala y el pico a las inmediatas órdenes de ex criminales erigidos en recios jefes de brigada...

Un juez me informó que las penas de reclusión carcelaria son la excepción. La regla general es que se haga trabajar a los presos en obras de construcción de edificios para las propias cárceles; de construcción de canales, caminos, etcétera. Los presos ganan salarios y pueden comprarse el traje y la comida con lo que ganan. No usan uniforme de presidiario, que ha sido abolido en la U.R.S.S.

En las colonias penales se organizan teatros, en que los presos actúan; orquestas y bandas de los que ellos son los músicos; partidos de fútbol, deportes, etcétera, para los momentos de ocio. Hay quienes salen condecorados por sus méritos en el trabajo.

Cabe, por otra parte, agregar que muchas penas, sobre todo las motivadas por actos delictuosos en el trabajo, se reducen a multas que se descuentan del salario, obligándose así a los penados a trabajar en libertad vigilada, con remuneraciones muy reducidas, hasta que pagan su deuda.

Respecto a la vigilancia de que eran objeto los diplomáticos, los empleados de legaciones y consulados y los militares extranjeros, yo he recogido, sin proponérmelo, observaciones sobradas para poder afirmar que ellos vivían bajo la permanente mirada de la N.K.V.D., sobre todo los que no tenían más remedio que utilizar los servicios de chóferes, sirvientes, amanuenses, intérpretes, etcétera, soviéticos.

Desde luego, todo chófer en Rusia es un soplón de la policía. ¿Quién podría, en efecto, ejercer su oficio si no se prestase a informar a la policía de las andanzas y conversaciones de su patrón cuando se lo requieran o aún diariamente si es preciso? Tratándose de extranjeros, más todavía de diplomáticos extranjeros, el chófer cumple con esa obligación —que se considera sin duda, en todo caso, como un honorable "servicio social"—, con verdadero fervor patriótico.

Yo no podía ignorar que mi chófer informaba a la N.K.V.D., cuyos agentes estaban permanentemente apostados en el vestíbulo del hotel y andaban merodeando a todas horas por sus cercanías, sobre los sitios adonde me había conducido durante la jornada.

Era sabido que la administradora de cada piso del hotel (cada piso tiene una encargada de dirigir el personal del mismo), depende más de la N.K.V.D. que de *Intourist* y que debe informarse cuanto más pueda de lo que hacen y dicen los ocupantes de cada cuarto.

Los intérpretes y ayudantes, que por lo general deben solicitarse a *Burovin* (y aunque no se soliciten es lo mismo), han de tratar de enterarse de cosas interesantes para la policía o para el *Norkommindiel* (el Comisariado de Negocios Extranjeros); y alguno de ellos eran sorprendidos revisando los papeles de los escritorios, como una intérprete de la Legación de Colombia, que no supo proceder con bastante pericia.

Era fácil, además, ver seguir por los agentes secretos de la policía a cuanto muchacho del personal de las legaciones reunidas en el Hotel Nacional —había allí casi una docena—, salía a la calle y echaba a andar.

Sólo para vigilar y seguir a los diplomáticos y militares que vivían en el National ¡qué legión de agentes secretos debía movilizar la policía, que además tenía guardias de servicio permanente en el *hall* de entrada y oficiales de diversa graduación instalados en las habitaciones!

Por otra parte, el desdén de esa enorme máquina policial para las consideraciones que se deben a la persona, se percibe hasta en el modo cómo sus órganos internos tratan al público. Hay detalles que hielan. Véase un ejemplo: durante la guerra, los avisos que se hacían llegar a los parientes más cercanos de los combatientes, dándoles noticia del fallecimiento de uno de éstos, eran el colmo de la falta de miramiento para con la sensibilidad humana. Una mujer casada con un aviador y cuyo padre estaba, como su esposo, en la guerra, fué llamada un día a la oficina policial correspondiente. Le pidieron el pasaporte. En él, sobre el nombre de su padre pusieron un sello y le dijeron: este sello indica que su padre ha muerto; y luego estamparon otro sobre el de su esposo, como todo aviso de que ya era viuda.

LA JUSTICIA.

Quise presenciar un juicio público en un Tribunal popular o Juzgado de *rayón* (de distrito), que es como un juzgado de paz agrandado. Juzga toda clase de delitos y ante él se ventilan causas civiles y penales.

Aplica desde penas de multa hasta la pena de muerte. Realiza la instrucción y el sumario, y dicta la sentencia definitiva. La instrucción previa se reduce a la investigación policial.

Una vez terminada la investigación, se ve en público la causa ante un tribunal compuesto por el Juez, un magistrado de carrera, titulado, —que preside— y dos *representantes* populares (delegados de organiza-

ciones y sindicatos, los cuales designan un jurado para cada año, del cual se destacan para cada juicio esos dos componentes, por turno).

Desfilan los testigos, que son interrogados por el Presidente, y luego por el fiscal, el defensor, y también por los otros dos jueces si lo creen necesario.

Después, el tribunal pasa a deliberar, y cuando retorna a la sala el Presidente, da lectura a la sentencia.

El juicio que presencié se celebraba en una sala pequeña, oscura, pobremente amueblada. Para llegar a ella había que cruzar largos y sinuosos corredores.

En un extremo, sobre un estrado, la mesa del tribunal cubierta por un paño rojo, sobre la cual, en la pared, el inevitable retrato de Stalin. En una punta de la mesa ocupa un sitio la secretaria. A un costado, una tribuna de roble para el procurador fiscal, y frente a ésta, una mesa para los abogados.

Frente al tribunal, unas pocas hileras de largos bancos de madera para el público, y también algunos laterales, en uno de los cuales, cerca del estrado, tomé asiento.

Unas treinta personas, testigos, parientes o amigos de los acusados, formaban el público.

Al entrar el tribunal, el público se pone de pie. No se ve un solo guardia en la sala ni en la casa.

Se juzgaba a una mujer de unos sesenta años de edad, que trabajaba en una fábrica de tejidos y había sustraído varios kilogramos de hilado de algodón, que luego había vendido por 230 rublos cada kilogramo.

El presidente interroga a la acusada.

La mujer, que se había incorporado en su banco de la primera fila y permanecía en actitud humilde, reconoce haber sustraído el hilado, pero una sola vez y porque creía que eran sobras.

Se sienta. Se hace pasar a los testigos. Estos declaran de a uno en uno, y luego salen fuera del salón. Sólo cuando han declarado todos vuelven a entrar. El último se queda, y entran todos los otros que se sientan entre el público.

La persona llevada a declarar es una mujer no vieja, fuerte, que lleva un pie medio metido en la *galocha* quedándole el talón afuera, cubierto con una gruesa media de lana blancuzca, y cojea pesadamente. Es robusta, desagradable, habla en voz alta y con recio desenfado. Acusa abiertamente a la procesada. Se acerca a la mesa y deposita en ella unas cuartillas escritas, donde ha apuntado sus cargos. Quiere que el juez las lea.

—Aténgase —le dice éste—, a lo que se le pregunta; y deje a un lado lo que ha escrito, porque aquí sólo valen sus respuestas del momento.

Arrecia en sus acusaciones, con una especie de energía feroz. La escena adquiría, por el sacudimiento de agria cólera que imprimía al ambiente, con sus palabras malignas y sus violentos ademanes, un color de drama realista ruso. De pronto vi que todo el cuadro se animaba con el intenso colorido de una página de Gorki o Dostoievsky. Allí estaba, en su centro y en su marco, uno de esos personajes que nos desconciertan con su psicología extremosa y elemental; y todo aquel conjunto de personas no era sino otro personaje de un cuadro de la vida rusa, que a mí

me parecía estar viendo en el prestigio transfigurador del arte, mientras lo contemplaba arrobado como si verdaderamente estuviese ante el escenario de un teatro.

El abogado solicitó interrumpirla, y de pie advirtió al Presidente que se debía detener a la testigo, que en su frenesí acusatorio había cometido la imprudencia de confesar que ella le había comprado un kilo de hilado, por 200 rublos y pico, a la procesada. Se declaraba cómplice, pues había comprado el algodón robado conociendo su origen...

La mujer trata de desenredarse de la madeja que ella misma se ha tejido con el hilado de su cuento. Termina y se va.

Comparece después una mujer más joven, mejor vestida. Es inspectora de la fábrica. Es la que hizo prender a la acusada. Sostiene que ésta es reincidente y que cuando la policía le allanó la casa, no le encontró más hilado pero sí algunos objetos de valor.

El juez le advierte que el solo hecho de poseer cosas de valor no constituye un delito, ni nada prueba por sí mismo. Hay que saber cómo se han adquirido esas cosas.

Se hace luego comparecer a una anciana. Tiene ochenta años. Se le pregunta si conoce a la encausada. Dice que no. La mira y dice que no la ha visto nunca. Ha trabajado hasta hace pocos años... ¡Y cuenta ochenta!

Se le interroga apenas.

Luego el guardia de la fábrica dice que a los obreros y obreras se les revisa frecuentemente para ver si se llevan algo.

Terminados los testimonios, habla el abogado. Improvisa con aplomo y fuerza persuasiva. Acciona con desenvoltura. Explica el motivo de la pasión con que acusaba a su defendida aquella especie de Euménide rústica que abrió la marcha de los testimonios: existe una aguda enemistad entre las dos mujeres, que conocen todos los vecinos. Pide que no se condene a la imputada.

Cuando ésta vuelve a hablar, lloriquea y dice que mantiene tres chicos huérfanos, sobrinos suyos. Y que la testigo que más la acusa ha reñido con ella porque los chicos se pelean con una hija de ella que es muy mala.

Pasa el tribunal a deliberar y, vuelto a salir, el Presidente lee la sentencia:

Se reconoce a la procesada culpable de varios robos de algodón, pero no se le encarcela. Se le condena a indemnizar a la fábrica durante dos años, descontándosele la suma —trescientos rublos— del salario.

El procurador fiscal no compareció.

No había, pues, acusación fiscal, y no se oyó su opinión en el juicio, pues en el expediente sólo figuraba la investigación hecha por la policía.

Faltó porque entendía que la investigación no estaba terminada; que faltaban elementos de juicio. Esto nos lo dijo a nosotros el juez.

Seguramente las observaciones o reparos del Fiscal los juzga el juez por sí mismo, quien entendió en el caso que no había por qué prolongar más la investigación previa.

Capítulo XXXVI

LA VIDA EN EL CAMPO

De cómo vive el pueblo en el campo, que es donde, a mi entender, la transformación del medio histórico por obra del régimen se ha realizado en grado más visible, algo dicen las observaciones que al pasajero de un tren le es dado realizar durante el trayecto y en los instantes en que el convoy se detiene ante alguna estación.

Tres veces tocóme recorrer el camino de hierro que une a Moscú con Leningrado. Viajé en un tren de lujo, con vagones-dormitorios, que cubre el trayecto de 700 kilómetros, entre las dos ciudades, en unas diecisiete horas, parando en varias estaciones. Se sale a las 4 de la tarde de Moscú y se llega a las 11 de la mañana a Leningrado. O viceversa.

En los ferrocarriles de la U.R.S.S. hay vagones de tres clases. En ellos no se pretende haber abolido las clases... Y hay trenes de "lujo", como ese Leningrado-Moscú, el *Flecha Roja*, donde se reservan a los sectores más adinerados de la población coches especiales.

En sus compartimientos, cuyos asientos se transforman en camas, pueden dormir hasta cuatro personas.

Las condiciones en que viajan los pasajeros de los otros vagones, distan bastante de la comodidad y relativa limpieza de estos coches caros. En la segunda clase se duerme vestido sobre bancos de madera. En la tercera no es posible dormir porque el pasajero no dispone de más espacio que el del asiento en bancos de una incomodidad torturante. Pero justo es no olvidar que la guerra ocasionó en el material ferroviario de la U.R.S.S. estragos cuyos efectos debían forzosamente experimentarse durante largo tiempo y palparse no sólo en el número de líneas reconstruídas sino en el estado de los vagones que se iban incorporando a los servicios poco a poco reorganizados.

En algunas estaciones asoma la pobreza de los pobladores del contorno en el aspecto de los ancianos y muchachuelos que se aproximan a las ventanillas del vagón para que los pasajeros les alcancen algo de comer.

Por la ventanilla de nuestro compartimiento iba yo observando los signos de la vida y trabajo de los pobladores, mientras el tren avanzaba de día por la campaña rusa y me internaba en el paisaje de esa zona, un tanto monótono pese a la frecuencia de los bosques de pinos, en gran parte cruelmente talados a todo lo largo de la vía, para menesteres de la guerra y a veces por el hacha implacable del invasor.

Me interesaba, sobre todo, el aspecto de la vivienda, curioso por deducir a través de sus características materiales el género de existencia de sus moradores.

La vivienda es siempre un esquemático exponente del grado de civilización y del nivel de vida de un lugar. Las casas son como el traje inerte de la vida de la familia humana. Y así como el traje de cada cual suele permitirnos colegir la condición social de quien lo lleva, ella nos

habla, con un lenguaje sin palabras, del modo de vivir de los que cumplen su destino cotidiano entre sus paredes.

Y bien; por ese trayecto las habitaciones campesinas que generalmente se ven, no son tan sumarias como los ranchos de terrón y paja que constituyen en la campaña de algunos países de Hispanoamérica la primaria solución tradicional del problema de la vivienda para el labriego y a veces, asimismo, el modesto puestero de estancia en los primitivos establecimientos de campo "a la criolla". Y no tan miserables como las taperas que forman los rancheríos de los abominables "pueblos de ratas" o se hacinan en los arrabales de algunas ciudades del litoral y del interior de nuestro país; ni como las casillas de madera y lata que todavía hieren nuestra sensibilidad moral cuando nos sorprenden, como gritos de sórdida penuria, en algún sitio de los alrededores de la metrópoli.

Desde luego, el clima es en absoluto incompatible en esa zona de Rusia con construcciones tan poco confortables, que son, en cambio, adaptables a otras regiones de la Unión Soviética, como las de Crimea, el Cáucaso y todas las del Oriente, en las cuales es sabido que existen viviendas rurales no más bien guarnecidas ni más adaptadas a las exigencias elementales de la vida de una familia o de un hogar en los tiempos modernos, que nuestros ranchos campestres o nuestras casillas suburbanas .

El campesino ruso —ya lo hemos visto—, construye su habitación típica con troncos de árboles, y no puede techarla de totora o algo parecido, como en el campo criollo, porque la nieve no tardaría en dar cuenta de esa techumbre.

Debe ser la suya una habitación que no deje penetrar el frío por ningún resquicio y conserve el calor, aumentándolo entre sus muros y bajo su techo. Los materiales que la naturaleza pone a su alcance son los más indicados para dotar de esa virtud a su vivienda. Y ésta se puede confrontar, por la impresión que su aspecto, su estado de conservación y sus dimensiones causan al viajero, con la que suele verse más adelante, cuando se atraviesa, desde Leningrado a Helsingfors y desde ésta a Abo, la campaña de un país vecino, también duramente castigado por la guerra, donde igualmente los campesinos construyen sus habitaciones de madera.

Si la vivienda del campo ruso gana en su comparación con la del pobre agricultor arrendatario o colono del Egipto, queda en cambio por debajo de la impresión favorable que nos dejan esas graciosas y limpias casitas del campo finlandés con su apariencia de pequeños *chalets* de dos pisos, con su techumbre en pendientes curvas, pintadas de colores claros. Se adivinaba que allí se había aposentado el bienestar, en medio de la inmensa floresta surcada de caminos y tachonada de esos breves "cottages" pintorescos.

Las líneas férreas cruzaban ante ellas y entre ellas, y en algunos sitios, en sentido contrario a nuestro tren, pasaban largos convoyes de vagones de carga atestados de troncos de árboles, de máquinas agrícolas, de muebles...

Era el tributo de guerra que la nación vencida enviaba a la U.R.S.S.; y todo el campo parecía consagrado al esfuerzo de cumplir esa dura obligación, viéndose, a lo largo de la vía, las enormes filas de troncos cortados a sierra para ser remitidos por el ferrocarril a Leningrado, y viéndose

también, a los pobladores del bosque y a los labriegos de la campaña esmeradamente cultivada atareados en sus faenas, con el amargo y sereno tesón que se traslucía en las palabras de uno de ellos, con quien pudimos entablar conversación en italiano (había andado por Italia), al salir de Helsingfors rumbo a Abo, cuando nos decía, comentando las imposiciones soviéticas que pesaban sobre el país:

—Ahora somos todos pobres en esta hermosa campiña; pero no nos desanimamos.

Se respiraba en el aire el espíritu de una civilización superior, y se comprendía que el tren dejaba a nuestras espaldas, en las regiones rusas, una población campesina que no había llegado a conocer las expresiones del progreso y prosperidad de que quedaba constancia, pese a los horrores de la guerra y a las consecuencias de la derrota, en ciertos signos elocuentes de la azotada campiña finesa.

Esa impresión se acentúa conforme nos vamos acercando a Suecia. Se piensa entonces, mientras se viaja, que Voltaire ahí sí tendría razón para decir: *C'est du Nord que nous vient la lumière*. . .

EL KOLJÓS.

Sin embargo, debe reconocerse que la campaña soviética acusa progresos de todo orden cuando se compara la época actual con la de los días en que estalló la Revolución.

El mujik, analfabeto, supersticioso, abrumado por el peso de aquel oscuro y bárbaro feudalismo del tiempo de los zares, aun después de abolida la servidumbre, es reemplazado por generaciones de campesinos que saben leer y escribir, que se enteran de muchas cosas, y que aunque también pasen necesidades y deban soportar duras exigencias de trabajo y de vida, han superado al menos las condiciones de que eran expresión sintética aquellas llamadas "isbas negras", así bautizadas porque carecían de chimenea, y el humo dentro de ellas lo ennegrecía todo y cegaba prematuramente a los ancianos.

Se ha dicho que el Estado en la era zarista sólo llegaba hasta el hogar del campesino para oprimirle y aterrarle, mientras que hoy llega para premiar a las madres de más de dos hijos y para dar educación a los niños.

También ha llegado y llega para otras cosas el Estado soviético hasta el hogar del hombre de campo, como que gravita sobre él con todo el peso de su fuerza omnímoda, no siempre tan agradablemente dirigida, por cierto.

Entre los cambios operados por el nuevo régimen se destaca la instauración del *sovjós* —forma de explotación del campo por administración gubernativa— y el *Koljós*, especie de cooperativa agraria, evolución del antiguo "artel", al que se le entrega la tierra "en disfrute gratuito por tiempo ilimitado, es decir, a perpetuidad" (Art. 8º de la Constitución). En él los trabajadores que lo componen reciben una parte de lo que el *Koljós* produce y reparte entre sus componentes, después de descontada la cuota que se debe entregar al Estado y los gastos generales de producción.

Cada labriego debe realizar un mínimum de tareas (sembrar tantos metros de trigo, recoger tantas fanegas de papas, etcétera) y recibe un salario de acuerdo a la cantidad y calidad de su trabajo. Si ha entrado con algún capital —dinero, herramientas, algún animal de labranza, etcétera—, éste se inscribe en el inventario del *Koljós*, y una parte se destina a patrimonio fundamental de la cooperativa y otra se considera como una cuota-parte social del koljosiano a los fines de devolvérsela cuando quisiese retirarse, o de acordarle un beneficio, si permanece, al final del ejercicio agrario anual, deducido de una porción del producto líquido de la granja. Además se reconoce a cada familia el derecho de ocupar una vivienda, poseer una vaca lechera y disponer de un terreno circundante en el que pueda desarrollar la "economía individual" guardándose para sí la producción de ese pequeño lote, la cual, incluso, puede vender en los mercados autorizados o "mercados Koljosianos", dentro o fuera de la ciudad.

A poco de llegar solicité se me permitiese visitar un *Koljós*. A mediados de septiembre de 1944, pude trasladarme al que se denomina *Victoria*, situado a 67 kilómetros de Moscú, en la región de Dmitrof, antiguo nombre de una villa cerca de la cual se halla el citado establecimiento.

Se va desde la ciudad por una avenida urbana cuya amplia calzada de hormigón se prolonga en carretera, con aceras de bordes de piedra encalada, en una distancia de varios kilómetros. Luego desemboca en una más angosta, parecida a nuestras carreteras, con banquinas de tierra.

En ciertos espacios el paisaje, a uno y otro lado del camino, es encantador. Se diría un gran parque de verdes pinos y araucarias por entre el cual atraviesa la carretera sin zanjas a los costados para que parezca un camino del parque ilimitado.

En los alrededores de Moscú veíamos en algunos sitios toda una multitud abigarrada de personas, en que predominaban las mujeres, inclinadas sobre los campos de labranza.

Eran habitantes de la ciudad que se habían trasladado en los trenes eléctricos, donde les tocaba viajar espantosamente apeñuscados, para hacer la recolección de papas, repollos o zanahorias en los lotes "individuales", que los soviets municipales alquilaban durante la guerra a los miembros de los sindicatos y vecinos en general.

Como era el momento de la cosecha de papas, se dedicaban a llenar sus bolsas para la provisión del invierno. Había miles de cosechadores en una vasta extensión de tierras cultivadas.

Llegamos a *Dmitrof* pasadas las once, habiendo salido del *Wosk* a las diez. Nos acompañaba un funcionario de este organismo —oficina para las relaciones culturales con el extranjero—, que había sido encargado de prepararnos la visita.

Descendimos en la oficina del presidente del Soviet local, algo así como el alcalde de la villa. Tiene su escritorio en el piso alto de una de estas casas rusas, de madera, con muchos vericuetos.

Durante el trayecto vimos, una vez dejada atrás la ciudad, sólo viviendas de madera, algunas de muchos años de edad pero casi todas de aspecto agradable. Eran *dachas* de veraneo por lo general, pues atravesábamos una región próspera y cercana de la urbe, donde abundan.

Vimos algunas pequeñas habitaciones en plena construcción. Se hacen con los troncos de los árboles cortados longitudinalmente, que se colocan unos sobre otros con la parte lisa hacia adentro, y se aseguran con grampas.

Después de las presentaciones de estilo en el bufete del "alcalde", volvimos a emprender la marcha precedida por éste, que con otros acompañantes viajaba en un *jeep*. El *Koljós* distaba un par de kilómetros.

Allí nos recibió el administrador o presidente, quien nos hizo pasar a su escritorio, donde conversamos unos momentos. Nos presentó a otros funcionarios, entre ellos el contador y la ingeniera agrónoma, una joven como de veinticinco años al parecer, que impresionaba agradablemente con su discreto arreglo personal.

Averiguamos que la granja ocupa una extensión de 492 hectáreas, de las cuales 257 en producción. Las otras son las absorbidas por las construcciones —viviendas, galpones, establos—, caminos, lagunas para abrevadero y depósito de aguas, espacio para pastoreo, etcétera.

La aldea koljosiana consta allí de 80 viviendas para otras tantas familias, un término medio de 4 personas por familia. (En muchas casas faltaba el marido y los hijos mayores).

El *Koljós* tenía 77 animales vacunos, una mayoría de vacas, 70 ovejas, 25 caballos (aran mucho con caballo), 300 pollos y 35 puercos.

En cultivo extensivo tenía 25 hectáreas de trigo y 50 de papas. Producía 3.300 kilos de trigo por hectárea, con una sola cosecha. Era el triunfador de la región y uno de los más aventajados del país.

Producía de 25 a 50 toneladas de papas por hectárea, sacando con sus 50 hectáreas 120 toneladas de semillas.

De la producción total se hacían varias partes. Una para el Estado; otra para compra y reparación de máquinas y herramientas; otra para el fondo de ayuda a los inválidos; otra para el fondo de los menores. Lo que restaba era para distribuir entre los trabajadores. Se pagaba según producción. A cada uno según su trabajo, por día. Cada día de trabajo equivalía a 10 bolsas de papas (de 50 ó 60 kilos cada una), 2 y medio kilos de trigo, 4 kilos de frutas y 3 de forrajes. Ese era el mínimum que se debía producir. Había quien sacaba 46 bolsas de papas por día y ganaba así varios días por cada uno de trabajo.

Cada familia dispone de una vivienda y de un pequeño lote contiguo en el que puede cultivar lo que quiera para ella y criar los animales domésticos que sea capaz de mantener en ese espacio reducido.

El *koljós* lo dirige el administrador o presidente. En los comienzos y en teoría, ese funcionario superior debían elegirlo los mismos koljosianos. Pero desde la guerra lo designan directamente las autoridades locales. Los nombramientos recaen generalmente en hombres del partido gobernante que suelen no ser koljosianos. Ellos cumplen su función técnica de administrar y dirigir, asesorados por los otros técnicos, el contador y el agrónomo o el veterinario que les ponen al lado.

El trabajo se realiza por "brigadas". El personal se divide en brigadas bajo el mando, responsabilidad y vigilancia de brigadieres, o sea, capataces que antes eran elegidos por los miembros del *koljós*. Pero ellos a su vez dependen de un jefe inmediato, un brigadier general, que es quien

distribuye el trabajo y ordena adónde se destina, a qué tareas, cada productor. Ese brigadier jefe es nombrado por el administrador o presidente. Ese brigadier, que a menudo no es un koljosiano sino un elemento traído de afuera, elige a los que han de secundarle como capataces de brigada.

¿Se cometen injusticias? ¿Hay favoritismo en la distribución del trabajo y en el trato de los brigadieres a sus subordinados?

No era posible averiguarlo en esa visita oficial.

Vimos sembrar frutillas a los menores, muchachos y muchachas de 8 a 14 años. Vimos cosechar papas. Primero el arado tirado por un caballo removía la tierra para que quedasen al aire los tubérculos. Luego las mujeres recogían las papas en las bolsas. Los tubérculos eran de gran tamaño por lo general.

Intervenían menos hombres que mujeres en la cosecha. El trabajo estaba dividido en sectores. Para cada sector una brigada. Al frente de algunas brigadas actuaban mujeres. Entre éstas las había de edad avanzada. Por si no lo hubiésemos advertido, una de ellas, murmurando con otra decía, sin sospechar que alguno de los que me acompañaban y se había quedado un momento rezagado, pudiese entenderla:

—Díganles la verdad. Yo soy vieja y tengo que trabajar todo el día.

El horario de trabajo era de las 7 a las 11 y de las 13 al oscurecer, en otoño e invierno; en verano y primavera se comenzaba a las 6 de la mañana, y de tarde se reanudaba a las 14 ó 15, porque no comienza a oscurecer antes de las 20.30.

Las instalaciones para encerrar y estabular a los animales eran bastante rústicas y sumarias, pero amplias, y se hallaban en muy buen estado de limpieza. Las aves de corral demostraban cuidado y abundante alimentación, habiendo entre ellas espléndidos ejemplares.

Las cosechas se almacenaban en un amplio galpón donde había una máquina para seleccionar semillas.

Impresionaban muy favorablemente los montes frutales, de manzanos, perales, duraznero, cerezos, etcétera.

El problema del agua no estaba aún del todo resuelto. Había a la entrada de la aldea un pozo profundo, forrado de madera, con roldana y un balde. De ahí extraían unas muchachas, en cubos, el agua para las necesidades de cada familia.

No lejos había una laguna donde iban a beber los animales.

Y había también, en medio de las viviendas, que forman una vasta circunferencia, un depósito de agua, una laguna cuadrada, donde se la reserva para casos de incendio.

Se estaba construyendo con una máquina de abrir zanjas el sitio para la instalación de caños con qué conducir el agua a las casas, que se sacaría de aquel primer pozo, sin duda surgente.

Los tractores que usaba el *Koljós* eran alquilados a la estación de la región. Se me dijo que antes de la guerra poseía cuatro tractores grandes, y que en la región había entonces un avión para combatir ciertas plagas de insectos.

Se nos llevó a visitar la Casa-cuna, donde vimos como veinte niños de corta edad durmiendo en sus camitas, bajo el cuidado de una joven *nurse*. El aspecto de ese dormitorio y de la sala adyacente donde los chi-

cos se entretenían haciendo figuras y objetos de barro o de cartón, era impecable.

Luego se nos hizo entrar en una casa, de leño, desde luego. Junto a la escalerilla de entrada se acumulaba la reserva de papas para el invierno.

Penetramos en un pequeño dormitorio casi desmantelado donde había un par de camastros en que dormían la siesta sendos muchachos. De ahí pasamos por un estrecho corredor a otro dormitorio más amplio, con una buena cama de hierro y muebles modestísimos. Era un interior aseado, pero pobre. La mujer que por esos días habitaba esa casa con tres hijos, tenía su marido y el hijo mayor en el frente. Lloraba al decírnoslo.

La visita al *Koljós* terminó ese día en otra vivienda, donde había un horno para hacer pan, que utilizaban varias familias, y en una estancia modesta pero cómoda, al lado de la que presidida por el horno servía de cocina, fuimos agasajados con una comida espléndida a base de productos de la granja.

Había sobre la mesa apetitosas fuentes con trozos de queso fresco, exquisito; con trozos de salame, de jamón, de carne de ternera y de ave; con rabanillos y tajadas de pepino; con panecillos de varias clases, unos con huevos adentro, típicos de Rusia.

Se bebía vodka y un vino tinto dulzón. Comimos de todo, hasta hartarnos. Pero entonces la dueña de casa —una koljosiana que comía con nosotros y cuya habitación se le había pedido prestada para el agasajo—, trajo grandes platos colmados de una humeante sopa de verdura, que estaba riquísima. Y luego trajo otro plato de trozos de carne de cerdo. Y todavía otro de huevos fritos, casi tostados. También comimos, desde el principio, manzanas. Unas manzanitas de color verde amarillento.

Se hicieron varios brindis.

En la región *Dmitrof*, el 40 por ciento de los koljoses son de la extensión de éste, el 15 por ciento más grande y el resto más pequeños.

Hay, por otra parte, *koljoses* y *sovjoses* que se dedican a la cría del ganado, como hay otros que dan preferencia a la agricultura cerealista o a la oleaginosa, combinados lo más posible con la huerta y las plantaciones frutales.

Son como grandes granjas y chacras, por lo general, en que sobre un área de 200 hectáreas para arriba se puede aplicar la maquinaria agrícola para remover la tierra, segar, trillar, etcétera, y los procedimientos de irrigación y fertilización en alta escala y se pueden criar numerosos animales con todos los cuidados de la granja pequeña, así como para ciertos cultivos pueden preferirse las prácticas de la chacra familiar, si bien el trabajo se realiza siempre en forma colectiva, salvo en aquella pequeña parcela de la "economía individual privada".

Es evidente que los *koljoses* y *sovjoses* transforman el aspecto de la campaña rusa por la acción de los tractores y la maquinaria, que ha desterrado los primitivos arados de madera que todavía se emplean en los países de Oriente y acaso en algunas zonas asiáticas de la propia Unión Soviética.

¿Cuál es el resultado del sistema desde el punto de vista de la producción y de la situación personal de los agricultores?

No faltan quienes sostengan, no públicamente, claro está, que el *koljós* tiene la culpa de la carestía que padece el pueblo de muchos artículos necesarios. Porque sería, según ellos, a causa de la colectivización que la producción agrícola no era suficiente para las necesidades generales y no dejaba en manos del Estado los saldos de exportación que permitirían importar y abaratar muchos artículos.

He hablado con algún campesino que se ha atrevido a asegurarme, en confianza, que la gente se resiste a trabajar en los *koljoses;* que el campesino prefiere cualquier otra ocupación para no soportar la disciplina y las reglas de distribución koljosiana. Y añadía que la producción del *koljós*, pese a las normas y a las emulaciones y bonificaciones destinadas a estimular la superación de aquéllas en muchísimos casos, es deficiente.

Uno de esos campesinos me refería lo que ocurría en un *koljós* de 1.300 hectáreas, donde sólo había tres caballos y un mal tractor. El tractor araba tres hectáreas por día. La gente hacía lo menos que le era posible.

Alguno entendía que debía implantarse la pequeña propiedad privada si querían obtenerse mejores rendimientos.

Opino que lo que hay de bueno en el *Koljós*, como sistema de trabajo agrícola, es todo aquello que ha heredado del "artel" y lo aproxima a una forma de cooperativa de producción; y de malo, todo aquello que pone en él, desnaturalizando o aboliendo su carácter cooperativo, el régimen político con sus prácticas de disciplina despótica, de espionaje y vigilancia policial, de sumisión de todo el organismo y de todos sus componentes a las órdenes partidarias.

En un medio histórico como el ruso, donde ha constituído un factor de organización del trabajo agrícola para métodos modernos de cultivo y aprovechamiento de la tierra, y aún de evolución de los hábitos de vida y del espíritu de los campesinos, hubiera llegado a ser una estructura ejemplar si la teoría sobre la cual se le ha construído como cooperativa genuina, no quedase anulada por las características del ordenamiento político general dentro del cual tiene que desenvolverse. A esto se debe que ya no reste en el *Koljós* ningún elemento de verdadera cooperativa, y que todo aquello que parecía poner su administración en manos de la voluntad de los cooperadores, haya desaparecido hasta teóricamente puesto que en la práctica, siempre la voluntad de los mismos estuvo dirigida desde afuera, como disponen los propios preceptos constitucionales que erigen al Partido Comunista en director obligado de todos los organismos sociales; y tras esto el "cooperador" de nombre no es sino, en realidad, un simple asalariado.

Al fin ha parecido más sencillo dejar a un lado apariencias forzosamente engañosas en un régimen como el soviético, y aplicar reglamentaciones que no engañan a nadie, como ésa según la cual el "estado mayor" del *Koljós* lo designan las autoridades locales, o sea el partido, y los brigadieres o capataces también, hasta trayéndolos de afuera, sin perjuicio de que intervengan los famosos "Comités de radio" designados por el partido para estimular el cumplimiento de los planes quinquenales.

Pero en un medio como el nuestro, una forma parecida sería de

enorme utilidad. Habría —claro está—, que ampliar en ellos el espacio de la economía individual, excesivamente reducido en los pequeños lotes inmediatos de cada vivienda koljosiana, cambiarle el tipo de disciplina, reglamentarlo como una cooperativa libre auténtica, aunque asistida técnicamente por el Estado, y sin que pudiesen penetrarla los "comités de radio" ni ninguna delegación partidaria. En su perfecta autonomía, sin el más breve asomo de servidumbre política, puede prestar grandes servicios combinándolo con la pequeña o mediana propiedad agrícola, frente a la cual se le ha instaurado en Rusia, en actitud de competencia y hostilidad, con el fin de suplantarla y excluirla, cuando nada obsta a que se les considere compatibles.

Es buen sistema para ponerlo al lado de dichas propiedades rurales. Corregiría los inconvenientes de éstas. Precisamente el *Koljós* serviría para refugio de los agricultores arruinados o en vías de arruinarse, que presenta en el Uruguay uno de los dolorosos dramas permanentes de su economía agraria: el de la ruina anual de tantos infortunados empresarios de explotaciones agrícolas que concluyen por acampar en los rancheríos de esos rincones de "nadie" que aún quedan al borde de algún camino y en las márgenes de algún río o arroyo, o en los famosos "pueblos de ratas" donde se juntan, por lo demás, muchas personas que podrían ser rescatadas para el trabajo honesto en un ambiente como el del *Koljós* si se le adaptara sabiamente a nuestras modalidades nacionales. Sería un buen medio para combatir la desocupación de nuestra campaña.



CAPÍTULO XXXVII

EL DERECHO DE PROPIEDAD

Desde remotos tiempos existía en Rusia una forma de explotación de la tierra que era propia de la antigua organización agrícola de los pueblos eslavos. En esta forma se inspiró el "Reglamento sobre el estado de los campesinos" dictado para estructurar el régimen de las tierras que formaban parte del fondo agrario asignado a los antiguos siervos del campo por las leyes sobre su emancipación.

Este régimen se fundaba sobre los principios de la comunidad agraria que, constituída por los habitantes de un determinado villorrio, tenía la propiedad del suelo en tanto que sus miembros sólo tenían el usufructo, permaneciendo las tierras inalienables.

Esta forma de goce en común de la propiedad fundiaria, que se denominaba "obscina", es un antecedente natural que prepara el terreno para la adopción de las reformas soviéticas en orden al derecho de propiedad territorial y a la organización de la producción agrícola.

El gobierno bolchevique inició su política agraria con el decreto de 26 de octubre de 1917 que abolía la propiedad territorial de los propietarios no campesinos, y sus tierras, así como los bienes fundiarios de la Corona, de los monasterios y de las iglesias se entregaban a los comités agrícolas cantonales y de los soviets populares de distrito, a la espera de una legislación que fijara las normas definitivas. Un segundo decreto, adelantándose a la Constitución de 1918, declaró la socialización de la tierra y expropiación sin indemnización, para consignarla a los trabajadores en aprovechamiento igualitario. Otro decreto sobre la socialización vino a consagrar la nacionalización del suelo y del subsuelo y la incautación por el Estado de la renta ricardiana, con criterio georgista. Muchos otros decretos y medidas legislativas se fueron dictando para poner coto al desorden de la distribución de tierras, que comenzó el día mismo en que se dió por abolida, sin más ni más, la propiedad fundiaria de los terratenientes no campesinos, para ponerla en manos de los comités cantonales y soviets del pueblo. Fué un reparto caótico y arbitrario, como se ha dicho, del que resultaron consecuencias catastróficas para la producción.

Con la preocupación de consolidar un ordenamiento agrícola viable se dictó el Código Agrario de 1929, que coincidía con la llamada Nueva Política Económica implantada por Lenin. Partiendo del principio de la Constitución y del Código Civil, según el cual la propiedad del suelo, del subsuelo, de las florestas, etcétera, pertenece exclusivamente al Estado, y confirma el derecho individual de cada trabajador agrícola al goce de la tierra. Su artículo 9º dice: "El derecho al disfrute de la tierra, para la conducción de una economía agrícola, corresponde a todos los ciudadanos de la R.S.F.S.R. (sin discriminación de sexo, de confesión o de

nacionalidad), que deseen cultivarla con su trabajo." Es un derecho gratuito y sin límites en el tiempo, de individualización del usufructo.

En la práctica, ese derecho se vió brutalmente contrariado por los artículos 141 y 143 de dicho Código, que consagran las consignaciones, realizadas en beneficio de las comunidades rurales, de la mejor parte de las tierras confiscadas a los antiguos propietarios.

Ese Código reconoce dos tipos de usufructo agrícola. Uno es el basado en la comunidad, o sea, sobre la repartición de la tierra y proporcionalmente al número de los labradores, al de las bocas y a otras condiciones de las familias que participan de la comunidad, siendo las asambleas comunales las que deciden del reparto y contralor de la administración del departamento, y que es, por tanto, parcelario, atribuyéndose a cada participante un goce ocasionalmente individual sobre lotes distribuídos según diversos criterios. El otro tipo es el colectivo, que preceptúa el cultivo en común, en el que cada miembro de la comunidad tiene el derecho de participar, repartiéndose las utilidades entre los participantes.

Dentro de esos tipos, los titulares del usufructo pueden escoger el modo de aprovechamiento de la tierra que prefieran, levantar construcciones, y tener la disponibilidad exclusiva de todo lo que recojan en el predio. Pueden vender todo lo que ellos han puesto en el terreno si es susceptible de ser separado del suelo. Hasta se les permite dar en arrendamiento, por un período, la superficie que les fué consignada, cuando por falta de brazos o de elementos de cultivo, no pueden hacerlo por sí mismos. Se prohibe la enajenación, y se adoptan medidas legales para que el arrendamiento no oculte una venta.

También en la legislación zarista se prohibía la enajenación del usufructo y de la tierra en las comunidades agrícolas de la época, para evitar que los miembros de las mismas quedasen despojados de medios reguladores de vida o se transformasen en simples proletarios rurales.

El usufructo es transmisible por herencia.

Pero se ha admitido que, perteneciendo a una colectividad familiar, se trata más de la sucesión de un derecho exclusivamente personal que de una sucesión en los derechos de miembro de la colectividad. Porque el titular del usufructo es una colectividad familiar *(dvor)* o una más vasta, cuya forma tradicional es el *artel*.

Siempre se temió que ese usufructo agrícola condujera, con su derecho perpetuo de goce de la tierra, ejercido por grupos familiares, a un resurgimiento, en el tiempo, de una burguesía rural.

De ahí que al ponerse fin a la N.E.P., la Nueva Política Económica —implantada por Lenin para salvar de un colapso a la Revolución—, se adoptó una política agraria tendiente a implantar el usufructo del suelo por pequeñas comunidades familiares, con la explotación agraria confiada a grandes empresas agrícolas, haciendas y granjas de vastas proporciones, donde actuaban organismos colectivos en contacto inmediato con los órganos del Estado y bajo su control económico, técnico y político.

Así surgieron el *Koljós*, del que ya he hablado, y el *sovjos*, la hacienda agraria administrada por el Estado directamente.

Desaparecieron las empresas privadas, las concesiones a determinadas compañías extranjeras, el pequeño comercio, y con esas formas del capital industrial y mercantil desaparecieron los capitalistas y empresarios urbanos. Más difícil fué concluir con lo que quedaba del capitalismo rural, los ocupantes de predios, por lo general medianos o pequeños capitalistas rurales, pues los terratenientes habían desaparecido antes de la N.E.P. cuando se abolió la propiedad privada de la tierra y sólo pudieron seguir poseyéndola como arrendatarios u ocupantes a título precario, quienes trabajaban en ellas, y entre éstos, laboriosos empresarios campesinos, relativamente acomodados, agricultores o granjeros, que explotaban por su cuenta una fracción agraria.

Algunos de ellos, a favor de las leyes de la U.R.S.S., habían reunido un capital negociando con los productos, y ejercían así alguna influencia sobre el campesinado.

Mucho se ha escrito sobre la forma cómo se aplicaron las disposiciones de colectivización de la tierra y se llevó a cabo la extinción o exterminio de la clase campesina de los *Kulaks*.

Pasando por alto esa convulsionada etapa que se ha descrito como una lucha sin cuartel en la que tras el abandono de los cultivos, el incendio de las cosechas, la deportación y la emigración en masa de paisanos, los *kulaks*, vencidos por el rigor del gobierno soviético, acorralados, perseguidos, deportados, fugados, muertos, desaparecieron en absoluto, tenemos que el *Koljós* y el *Sovjós*, formas de la explotación colectivizada, han suplantado a las últimas formas de apropiación privada de la tierra, no quedando en la actualidad sino una insignificante proporción de pequeños cultivadores o granjeros individuales.

La situación de estos últimos vestigios de la explotación parcelaria del campo, no puede ser más lamentable.

El gobierno, empeñado en poner todo el trabajo del campo bajo normas de colectivización, no mira por cierto con buenos ojos a esos productores de tipo individual, o mejor dicho, familiar, que se resisten a dejarse absorber por las formas colectivas y permanecen como malos ejemplos.

Si prosperasen o lograsen desenvolverse dentro de esa especie de autonomía, su caso induciría a otros a continuar aferrados a la individualización. De ahí que se les rodée de prevenciones y obstáculos, mirándoles como rivales y enemigos de los *Koljós* y de los koljosianos.

De ello deja constancia, por ejemplo, una ley de agosto de 1938, cuyo fin no era otro que el de privarlos del empleo de caballos.

El texto oficial de dicha ley dice así:

"Como según testimonio de los koljosianos, los caballos de los campesinos individuales ordinariamente no se emplean para los trabajos agrícolas en sus propiedades, sino para fines especulativos fuera de su propiedad, el S. S. de la U.R.S.S., respondiendo al deseo de los koljosianos, decreta:

1. Establecer una contribución gubernativa de los particulares que poseen caballos.

2. La tarifa de las contribuciones gubernativas de los particulares dueños de caballos, deberá establecerse en las distintas repúblicas, regiones, etcétera, en las formas siguientes:

(Se divide la Unión en dos grupos de regiones, exceptuándose las repúblicas autónomas.)

Por un caballo: primer grupo, 400 rublos; segundo grupo, 500 rublos. Por cada caballo que exceda a la norma: primer grupo, 700 rublos; segundo grupo, 800 rublos.

3. Encargar a los Comités Ejecutivos de los Consejos de Diputados de los trabajadores de las repúblicas autónomas y unidas que no estén comprendidas en regiones, y a los Comisarios del Pueblo, para que pongan en vigor la tarifa de las contribuciones del primero y segundo grupo, según los ingresos que hayan obtenido los dueños en la especulación de los caballos.

4. Esta contribución la pagan todos los campesinos individuales que tengan en el momento de publicarse el decreto, caballos de más de tres años.

5. La venta de caballos después de la publicación de esta ley, no libra a los dueños del pago de la contribución en el año corriente.

6. A los dueños de caballos que entren a formar parte de los Koljoses, hasta el 15 de noviembre de 1938, que entreguen sus caballos al *Koljós*, se les librará del pago de la contribución."

Como se ve, el campesino que alquila su caballo a otro para un servicio cualquiera o lo utiliza para alguna "changa" fuera de su predio, "especula", y la especulación es reprimida.

Se explica, pues, que el número de esos labriegos autónomos se reduzca incesantemente; y lo asombroso es que aún queden algunos miles hasta en la propia República Rusa, que es donde más se ha extendido la colectivización.

Pese a los altos precios alcanzados por los productos agrícolas durante la guerra y en lo que va de la posguerra, esos campesinos, que pueden vender lo que producen en los mercados autorizados y que, incluso, salen a vender legumbres, frutas, rosquillas, etcétera, y llegan hasta las propias calles de Moscú, donde se les ve comerciar al margen de las prohibiciones policiales, apenas efectivas en muchos sitios, viven con toda clase de estrecheces y en permanente despliegue de precauciones y maniobras defensivas, entre las prevenciones de que son objeto por parte de las autoridades rurales.

Numerosas familias, que viven de los más diversos quehaceres y oficios, habitan en el campo, generalmente en casas de madera, alquiladas o compradas.

Pueden, en efecto, comprarse casas en las afueras de la ciudad, a partir del borde mismo del casco urbano, y con ellas el derecho de usufructuar un terreno circundante, hasta de algunos cientos de metros, adquiriéndose así una especie de propiedad que es trasmisible por herencia y cuyo usufructo puede cederse a parientes, lo que da lugar a arrendamientos y transferencias de la ocupación por dinero.

Del terreno, el adquirente puede hacer el uso que le apetezca, y en él puede sembrar lo que quiera. Pero no puede cortar los árboles, porque ésos pertenecen al Estado, como toda la riqueza forestal. Es de advertirse que esas *dachas* se hallan casi siempre en medio de los bosques naturales que cubren los alrededores de las ciudades, y aún permanecen instaladas en ellas, como ocurre en algunos rincones de Moscú, desde luego en sus viejos parques.

La leña de los bosques es del Estado, que vigila para que no la arrasen los particulares, que suelen necesitarla sobre todo en invierno.

El celo de los guardianes choca frecuentemente con la imperiosa necesidad de leña que experimentan los habitantes más modestos de las viviendas campesinas, y que azuzados por ella se exponen noche a noche, en las crudas veladas invernales, al rigor de la represión policial.

La propiedad sobre los animales tiene también sus limitaciones. El cuero que sirve para fines industriales, pertenece al Estado. De ahí que el dueño de un animal de pelamen, inclusive cerdos y conejos, debe dar cuenta a las autoridades comunales cuando lo esquila, lo mata o se le muere, para que ellas se incauten del cuero.

El campesino koljosiano debe entregar por año 150 litros de leche, aunque no tenga vaca; 60 kilogramos de carne o un ternero de ese peso, o una cabra; 12 docenas de huevos y varios kilogramos de papas. Si es de una región que produce frutas o tabaco, se agrega una cantidad de ellos.

A menudo debe adquirir esos productos para cumplir con el Municipio.

Por lo general resulta una contribución muy gravosa como compensación por ese derecho de disponer libremente de su parte de "economía individual" comprendida en los límites de la vivienda y el lotecito que ocupa mientras es miembro integrante del *Koljós*.

En las zonas agrícolas todo campesino que tiene a su cargo un predio, debe pagar esa contribución de leche, tenga o no tenga vaca.

La propiedad de las *dachas* es precaria con relación al derecho que el Estado, como dueño eminente de toda la tierra, se reserva de hacerla desalojar en cualquier momento para sus necesidades, utilizando los predios sin indemnización. El que adquiere a cualquier título, por compra, préstamo o herencia, ya sabe a qué atenerse, y la verdad es que se las sacan de las manos. Todo el que puede ahorrar algunos miles de rublos se compra una *dacha* y hay quienes poseen varias, dos o tres, y si no las usan para sí, las alquilan.

Otra forma de la utilización del terreno en usufructo individual es la que, a causa de la guerra, se adoptó por aquel procedimiento, ya descrito, de la concesión municipal acordada, mediante una suma, a los vecinos de las barriadas o miembros de los sindicatos para labrar pequeños lotes, usufructuándolos sin término. Parece que había quienes compraban varios y los alquilaban clandestinamente.

CAPÍTULO XXXVIII

MIRANDO VIVIR AL OBRERO

Insisto en que el ciudadano soviético es un súbdito de la policía, el cual vive bajo permanente vigilancia e inquisición. Se le espía en todos lados y en todas las ocasiones; cuando descansa, cuando se divierte y cuando trabaja.

En el taller, en la usina, en la oficina se le somete a una celosa y constante inspección, no para comprobar cómo ejerce sus funciones, cómo realiza sus tareas, sino para descubrir cómo piensa políticamente, si es leal al régimen o si es un inadaptado, un disconforme, un contrarrevolucionario.

La presencia de delegados del Partido en todos los establecimientos —fábricas, comercios, hoteles, escuelas—, constituye una función indisimulada, ostensible, de averiguación de cómo se cumplen las consignas partidarias y se sigue la línea política por parte de todos y cada uno de los que aquí trabajan, desde el director o el más alto jefe técnico hasta el último pinche de cocina.

No faltan espías en ninguno de esos establecimientos, y los hay hasta en las viviendas, donde suele haber algún vecino encargado de escuchar las conversaciones y vigilar la conducta de los inquilinos para informar a N.K.V.D.

Toda la ciudad, y acaso toda Rusia, parece rodeada de una nube de espionaje, formada por miles de ojos y oídos en cotidiano acecho, que envuelven al individuo y a la muchedumbre y no les pierden pisada, de modo tal que hacia donde quiera que se muevan han de tenerla cerca de ellos como tocándolos con su presencia ubícua, a menudo visible.

Ni en su propio hogar, ni entre los miembros de su familia se halla a cubierto del espionaje el ciudadano soviético, porque sus propios hijos, aleccionados en las organizaciones infantiles y juveniles, aprenden, como los escolares en la Alemania nazi y en la Italia fascista, a tener coraje para delatar a sus propios padres.

Nadie está libre de la sospecha y de la delación. No escapan a ella los jefes y los dirigentes. Siempre hay alguien que espía, que sigue los pasos al que ordena seguir a los otros, que toma nota de las palabras y de las acciones del que sobrelleva las más altas responsabilidades de la dirección y del mando.

Probablemente sólo uno, y no más, permanece incólume, al margen de esa malla de atisbo y desconfianza que se agita a sus pies.

Las precauciones que se adoptan dan al pueblo la abrumadora sensación de que no puede fiarse de nadie.

Hay casas de departamentos y hoteles donde para visitar a un habitante es preciso parlamentar con un portero, quien habla por teléfono para saber si está la persona a quien se busca, y en caso afirmativo, el visitante debe entregar su pasaporte en la portería para recogerlo al salir,

y debiéndolo firmar una y otra vez, para que no quede duda de que la persona que sale es la misma que ha entrado.

Durante la guerra se atribuía ese exceso de vigilancia y espionaje a la necesidad de ponerse a cubierto de los espías y agentes del enemigo y sus cómplices (algunos de los cuales, como Bulgaria y Japón, mantuvieron buenas relaciones con la U.R.S.S. casi hasta el mismo final de la contienda y tenían en Moscú sus misiones diplomáticas). Después de la guerra se atribuyó a las exigencias del gran esfuerzo de reconstrucción, que se canalizaba en el Cuarto Plan Quinquenal, y que requería una absoluta unidad y unanimidad de voluntades, corriéndose el riesgo de que las naciones capitalistas, interesadas en el fracaso del plan, infiltrasen sus agentes y sobornasen a algunos traidores para que hicieran *sabotaje* o propagasen clandestinamente malestar y disgusto en el ánimo de las masas. En seguida, la actitud de desconfianza y hostilidad adoptada por el gobierno ante sus ex-aliados de la víspera, comenzó a reproducir con tintes cada día más intensos el cuadro de precauciones y recelos policiales que fué característico de la organización soviética frente al capitalismo mundial y a los enemigos internos en los años previos a la guerra, sobre todo desde que el nazismo se adueñó del poder en Alemania y hasta el momento inolvidablemente afrentoso del pacto nazi-soviético.

Ya se ha llegado, con las medidas adoptadas al año de mi partida, a la prohibición de casarse con extranjeros y de hablar con los extranjeros más de lo estrictamente necesario...

Es evidente que el peligro, a veces presunto y siempre abultado, de una agresión externa ha servido para mantener y reforzar ese sistema de opresión policíaca con que el régimen labra su seguridad y detenta una impunidad absoluta para cualquier política o resolución que aplique.

En todo establecimiento fabril o comercial de cierta importancia hay lo que se llama el *mistol*. Es la reunión periódica de todo el personal. Un funcionario me encomiaba esa práctica diciéndome que por ella la superioridad de la empresa puede pulsar de tanto en tanto la opinión de los obreros y empleados a sus órdenes. Cada uno tiene en esa reunión ocasión de expresar lo que piensa sobre la forma y condiciones del trabajo, de formular críticas y objeciones a los métodos aplicados o a la marcha del organismo.

Toda una institución de auténtica democracia obrera, sin duda, a juzgar por los elogios que de ella y su funcionamiento hacía su panegirista. No cabe duda que lo es teóricamente. Trasladada a un ambiente de democracia no sólo económica sino también política, en que cada uno puede actuar y hablar sin temor del patrón ni de la policía o del partido único y omnímodo, es una gran cosa.

En las fábricas de Suecia, por ejemplo, los obreros se reúnen para discutir con sus patronos los proyectos de ley relativos a las cuestiones que directamente atañen a unos y a otros. Y los debates se desarrollan con toda amplitud, sin que de ellos se derive perjuicio personal para nadie, sin que nadie deba sufrir persecuciones o molestias a causa de las ideas o puntos de vista sostenidos en el debate. Al obrero lo amparan en su derecho a manifestarse, las leyes contra la arbitrariedad patronal y, sobre todo, la fuerza de su organización libre, si no bastase el espíritu de tolerancia y

la educación política que sólo se adquieren y estimulan con el ejercicio constante de los derechos y libertades de la democracia política, que no existen en la U.R.S.S.

Yo no asistí a ninguna asamblea del *Mistol* soviético. Pero debo suponer, de acuerdo con lo que conocí de las características generales de la vida soviética, que allí nadie se atreve a pronunciarse en voz alta contra una ley o un decreto o un reglamento, y que no deja de cohibir al obrero que quisiera manifestar sus críticas contra los superiores, el temor de incurrir en el concepto (que hasta puede ser un elemento de apreciación policial de sus condiciones personales) de desconformista o derrotista, que lo expondría probablemente a nuevos disgustos, sin que haya tras de él nada que inmediatamente lo ampare.

Verdad es que el Código de Trabajo le concede recursos legales y puede, si es objeto de arbitrariedades que lo perjudiquen en sus intereses, reclamar judicialmente. Pero el obrero sólo en casos muy extremos, como es natural, recurre al litigio.

EL SINDICATO.

El Sindicato, que en otras partes es el órgano que lo respaldaría en toda reclamación justa y le permitiría sentirse seguro en sus derechos, es allí un simple instrumento estadual. Existe para la defensa de los intereses y derechos del trabajador, de acuerdo con el criterio del Estado. Sirve al obrero, como intermediario ante la administración del Estado, en algunos grandes o pequeños menesteres de la vida; y a través de él, los gremios pueden plantear sus problemas ante las autoridades directamente relacionadas con ellos por virtud de la naturaleza de su trabajo. Es escuchado por los dirigentes del Estado, y a veces se le consulta para la adopción de ciertas medidas. Así, por ejemplo, los proyectos de planes quinquenales son sometidos a su conocimiento previo y se toman en cuenta sus observaciones e iniciativas. El Estado lo utiliza para la propaganda en favor de su política cuando resuelve desatar una campaña con tal o cual objeto (para los empréstitos de guerra, para los planes quinquenales, para la intensificación de la producción, para el *stajanovismo*, o sea el *taylorismo* soviético, por la paz con Alemania, por la guerra con Alemania, por la implantación de "domingos rojos" para la cosecha, o la construcción de determinada obra pública o la reconstrucción de escuelas y fábricas, etcétera).

Pero su actuación queda necesariamente circunscripta a la órbita del Estado y supeditada a las directivas del partido Comunista, que es tanto como decir a la voluntad misma del gobierno.

Porque su dirección cae forzosamente en manos de hombres del Partido, pues no debe olvidarse que el artículo 126 de la Constitución de la U.R.S.S. dice:

Los ciudadanos más activos y más conscientes del seno de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores se agrupan en el Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por el afianzamiento y desarrollo del régimen socialista y que representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado.

En tal virtud y por la hegemonía que el Partido ejerce sobre todas las organizaciones soviéticas, el Sindicato no trata sino los asuntos que aquél quiere y sus resoluciones no pueden sino armonizar con los deseos de él y, por consiguiente, del gobierno.

Muy rara vez la voluntad de los obreros de una o varias fábricas toma por su cuenta la iniciativa de una reclamación adelantándose a los dirigentes, que son ante todo miembros del Partido. y a éste se deben más que al Sindicato.

Sé, sin embargo, por informes muy confidenciales, que a poco de firmado el armisticio —a la terminación de la última guerra—, se pronunció intenso malestar entre los obreros, porque se continuaba trabajando con el horario de diez y más horas, que había venido rigiendo en los años de la contienda. Y en la usina Stalin —la más importante fábrica de camiones y automóviles de la U.R.S.S., que ocupa en los suburbios de Moscú enormes construcciones y que emitía de sus talleres un camión cada siete minutos—, los obreros se amotinaron exigiendo el retorno a la anterior jornada de siete horas.

El hecho, como no podía ser menos, alarmó al Consejo Central de los Sindicatos, y éste consiguió que el gobierno, impresionado ante la protesta, decretase entonces la actual jornada de ocho horas para fábricas y comercios, y de siete horas para las oficinas en general, con la semana de seis días hábiles. No hay semana inglesa para nadie, y el obrero trabaja, por consiguiente, lo mismo que el empleado comercial, cuarenta y ocho horas semanales.

Ignoro si se tomaron represalias contra los que intervinieron en el amotinamiento. Ni sé de ningún otro acto de rebelión obrera. No suele existir la posibilidad de realizarlos. No porque falten motivos de queja a los obreros en un país donde ganan tan poco y llevan una vida tan penosa trabajando con ritmo forzado bajo el torniquete de las normas exigentes, de los planes del Estado y de "las emulaciones socialistas" entre fábrica y fábrica, sino porque el abandono voluntario del trabajo se sanciona, y la paralización de un establecimiento es allí un acto político, un acto contrarrevolucionario, de traición al Estado de los trabajadores.

Aparte de que mal podrían planearse huelgas, aunque la ley como tales las ignore, donde los descontentos tendrían que reunirse y encontrarse ocultamente, escondiéndose para hacer su propaganda y burlando los mil ojos del Argos policial que no duerme nunca y está metido en todos lados.

De cómo se trata a los huelguistas algo tuvieron ocasión de saber unos cuatrocientos refugiados españoles que, a raíz de la caída de la República llegaron a la Unión Soviética. Habían sido enviados a una región donde cobraban salarios muy exiguos. Se declararon en huelga. Fué destacado a parlamentar con ellos un miembro del Komintern, quien los convenció de que debían deponer su actitud y les advirtió que nunca más incurriesen en ella porque era un acto antisoviético. Si ellos hubieran sido ciudadanos soviéticos, lo habrían pasado muy mal. Se les había tratado con miramientos por ser refugiados españoles. Pero si reincidían, ¡cuidado!

Aquella institución a que me he referido más arriba, denominada

Mistol, que consiste en una asamblea periódica de todo el personal de cada establecimiento, parecería un imperfecto sucedáneo del Consejo de fábrica, o "Comité de los obreros y empleados" que había jugado importante papel en los comienzos de la revolución, y que según el Código del Trabajo dictado el año 1922 (al iniciarse la N. E. P.), es "el órgano primario del sindicato profesional de la empresa, institución o hacienda".

Las atribuciones del Comité de Obreros y Empleados, que se elige de acuerdo con procedimientos determinados por el Sindicato, quedaron especificados en el artículo 158 de dicho Código en la siguiente forma:

"a) Representar y defender los intereses de los obreros y empleados que lo han constituído, ante la administración de la empresa, institución o hacienda en las cuestiones relativas a las condiciones de vida de los trabajadores; b) representar a los trabajadores ante las organizaciones gubernativas y públicas; c) velar por la estrecha observancia por parte de la administración, de las reglas en materia de trabajo, de seguro social, de pago del salario, de higiene y técnica de la seguridad, etcétera; d) adoptar medidas para el mejoramiento de las condiciones de vida morales y materiales de los obreros y empleados; e) cooperar a la marcha normal de la producción en la empresa del Estado (hoy lo son todas) y participar por medio de los sindicatos profesionales en la disciplina y organización de la economía nacional."

Son, como se ve, amplias funciones que definen la participación de los Consejos en la administración y dirección de los organismos de trabajo, como representantes de los obreros y empleados.

Pero, de hecho, esos Comités de usina que originariamente debían ser los agentes del control obrero directo de las empresas, han sido gradualmente desplazados por los sindicatos, que han centralizado casi todas las facultades obreras subsistentes. Y a través de ellos, por su dependencia del Estado y del poder político, es éste, el poder político, el que lo tiene todo en sus manos.

"VIVIR PARA TRABAJAR".

Es abrumador el tren de actividad productiva que lleva ese pueblo.

Los planes quinquenales prolongan en las pacíficas lides del esfuerzo fecundo el ardor guerrero de las batallas, mientras la prensa, los "agitadores", los *Komsomols*, los sindicatos, etcétera, se empeñan en mantener la mística del sacrificio, en aras de la victoria de la patria sobre sus enemigos de todo orden, humano y extrahumano.

Ellos son como grandes programas de operaciones de guerra: una guerra para alcanzar fines concretos de engrandecimiento del poderío material de la Nación, de su capacidad militar, de su desenvolvimiento económico, de elevación de su nivel de vida, de progreso en todos los planos de su existencia.

La propaganda que los rodea y exalta, las medidas que se toman para que se lleven a cabo, crean una atmósfera de intensa preocupación colectiva por el triunfo de esa colosal empresa nacional a que las masas se entregan no sin sordas protestas y disgustos individuales de no pocos ciudadanos que desearían un aflojamiento de la tensión forzada, tal como acontece en la guerra misma, pero sin que sobrevengan muchas deserciones en la lucha, pues en definitiva unos, especialmente los jóvenes, se sienten orgullosos de la patria y de sí mismos, y los otros no tienen como en la guerra, más alternativa que plegarse, acatar y seguir la marcha, aunque sea a regañadientes.

Toda una red de *Comités de Radio* para las aldeas Koljosianas y de *Comités de Organización Económica* para las industrias y manufacturas en general, compuestos por *miembros de base* del partido, vela por el cumplimiento de las obligaciones y la superación de las normas, para que no decaiga el ritmo de la realización, y aun se acelere más de lo previsto. En todos los centros de producción o de estudio hay miembros de esos Comités o delegados partidarios, de cuya acción de directores inmediatos e incitadores del trabajo, se hace lenguas la literatura soviética, tal como se ve en la novela "Guardia Joven" del escritor A. Fadeef, a quien acababa de otorgársele por dicha obra, cuando me vine, el Premio Stalin.

Bajo ese acicateo implacable de las energías individuales, cada plan lanza una nueva oleada de impulsos sistemáticos para la intensificación del trabajo. Y la suerte de la gran mayoría de los habitantes halla una prolongación de cinco años dentro de su ineludible canalización en el esfuerzo constante, que es la característica de ese pueblo de trabajadores, en el cual hasta la burocracia oficinesca, que es en todos lados el refugio de la ociosidad, suele trabajar con ahinco; y el ejército que también suele ser en tiempo de paz una zona de descanso, es una organización en permanente actividad de entrenamiento, de instrucción, de preparación física y cultural, y además de servicios pesados. La misma inteligencia y el arte quedan envueltos en esa órbita de actividad a alta tensión, y se ve a los escritores, a los sabios, a los profesores de todas las ciencias, a los maestros de escuela, a los periodistas, a los artistas gráficos, a los artistas de teatro, trabajar enormemente o dar muestras de una asombrosa energía productora, obligados como están a cubrir las "normas" si no quieren padecer penurias económicas.

Eso explica que una nación que en el año 1918 adolecía de un atraso industrial que la dejaba a gran distancia de casi todos los países de Europa Occidental y de Estados Unidos de Norteamérica, y que tuvo que atravesar un sangriento período de varios lustros de devastadoras guerras civiles e invasiones de ejércitos mercenarios y guerras con países vecinos, se haya vuelto en el espacio de treinta años, una potencia guerrera e industrial que ocupa un puesto entre las tres o cuatro mayores del mundo.

De la misma manera que en el orden de las hazañas bélicas la Unión Soviética se reveló como un gigante dotado de una pasmosa pujanza, así también sorprende con realizaciones de colosal magnitud a quien se acerca a ella para sentirse embestido por los perfiles de la moderna fábrica de progreso material que en pocos años se alzó sobre el suelo de la patria —no muy lejana en la historia—, de los boyardos, de los barqueros del Volga, y de los siervos, emancipados por Alejandro II más nominal que efectivamente.

Debe reconocerse que el régimen imperante ha revolucionado a fondo

la vida rusa metiéndola casi de golpe en un nuevo marco de grandeza contemporánea.

Saca partido de las ventajas de la organización socialista de la producción y el trabajo, que reúne para empresas de interés social las fuerzas creadoras del hombre sin las limitaciones de la concentración capitalista, y sobre todo, sin las contradictorias solicitaciones de los intereses privados que, atentos solamente al lucro, malogran los esfuerzos colectivos y los hacen servir a fines opuestos a las conveniencias y destino de la nación. Moviliza las multitudes —eso sí, a menudo con los desagradables resortes de la compulsión policíaca y del trabajo forzado— y así emprende, por ejemplo, la *campaña de la nieve*, en la que toman parte millares de koljosianos de los sitios amenazados por la sequía, destinada a preparar en invierno los campos para que, al fundirse la nieve, el agua quede retenida en surcos y depósitos. Y así la construcción de obras de tan magna envergadura como la irrigación de las tierras del Volga y la fecundación del distrito de Kosil-Ardinoki, y la electrificación del país a base de represas tan famosas como la del Donetz, destruída durante la guerra, pero ya casi reconstruída cuando yo me vine. El último plan quinquenal destina, por ejemplo, muchos millones de rublos a la irrigación de Kazajstan, a cuyos *koljoses* se proyecta entregarles cincuenta y ocho mil hectáreas de nuevas tierras de regadío.

Puede asegurarse que el pueblo ruso no trabaja para vivir sino que vive para trabajar.

Hasta se pretende que se ha modificado la psicología rusa. Stalin se ha jactado de que el nuevo sistema de vida impuesto por el régimen bolchevique ha concluído con lo que se llamaba en tiempos de Goncharov, el *oblomovismo* —de Oblomov, nombre del protagonista de una de las famosas novelas de ese gran escritor—, y que pudo creerse el estado de ánimo distintivo de clases enteras de la Rusia de entonces. Era una especie de enfermedad que afectaba toda la vida rusa; era, como dijo Kropotkin, *una pereza del espíritu y del corazón*, una displicente y lasa actitud de inerte conservatismo, con un morboso y escéptico desdén por la acción constante y el dinamismo enérgico.

Ese carácter, que parecía ser por esa época el más típico de la gente rusa, ha debido dejar su sitio, como representativo del ánimo habitual en sectores destacados de una sociedad de siervos, de grandes señores rurales, de poderosos mercaderes, de burócratas holgazanes y de cortesanos envilecidos, a esta tensión colectiva en el esfuerzo sin tregua, a este jadeo continuo de actividad y a este culto de la acción y de la energía arrolladora.

Este nuevo estilo vital, que ya Pedro el Grande había querido imponer, parece, desde luego, más propio de un pueblo que tiene que sostener una ruda batalla cotidiana con el medio físico, con la naturaleza, su más grande enemigo y el más grande también de los enemigos de Rusia cuando han querido invadir sus heladas estepas.

No se cultiva, por cierto, la pereza, y todos deben acostumbrarse a no convivir con el ocio, porque la ley decreta que el que no trabaja no come, y los reglamentos añaden que comen muy poco si no trabajan lo bastante...

No queda un solo Oblomov en toda Rusia.

Hay, eso sí, parásitos improductivos, burócratas inútiles, servidores socialmente innecesarios, como son tantos miles de empleados policiales dedicados a funciones que poco tienen que ver con la auténtica vigilancia contra los delincuentes o la indispensable guardia del verdadero orden público; tantos miles de porteros; de militares en exceso si se ha de vivir en paz; de funcionarios de los comisariados o ministerios, donde en cada sección hay superabundancia de secretarias y secretarios, amanuenses, auxiliares, en su mayoría mujeres. Todos ellos hacen algo (el expediente es inacabable) y a algunos se les ve sumamente atareados en sus jornadas oficinescas de siete horas. Pero, con todo, el trabajo de estos funcionarios es nada si se le compara con el de los obreros, azuzados siempre por la "emulación socialista", por el trabajo a destajo, por el stajanovismo, por las "normas" y la carrera para superarlas...

Por otra parte, ese ritmo impetuoso de la existencia colectiva actual es hijo de la máquina. La electrificación de Rusia, la mecanización de su agricultura, la "racionalización" de su industria, donde se aplica lo que en un tiempo se llamaba la "organización científica del trabajo" (la adaptación del movimiento humano al ritmo mecánico), debía por fuerza traer ese cambio. El *mujik* que maneja tractores no puede ser tan calmoso en sus movimientos como el que guía su arado a pie o lo conduce tras el tranquilo paso de un caballo o de una tarda yunta de bueyes. Es la máquina, con su férula de acero, la que apoderándose del destino del hombre ruso ha matado en sus entrañas al Oblomov que llevaba en ellas. Pero, ¿no habíamos quedado en que la más inhumana culpa del capitalismo es que somete el hombre a la máquina y lo hace esclavo de ella y le trasmite su mecanización hasta transformarlo en el automatizado pelele que el genial Carlitos Chaplin llevó con tanto éxito a la pantalla?

¿Es que debemos no recordar siquiera que es de Marx aquello tan exacto de su "Economía y Filosofía": "La máquina mecaniza al hombre. Ella se adapta a la debilidad del hombre para hacer del hombre débil una máquina"?

Lo mismo puede decirse de todo un pueblo. Y un pueblo sin libertades públicas ni independencia personal es débil. En las democracias políticas el hombre, aun bajo la opresión del capitalismo y el maquinismo, puede encontrar una salvación, un remedio y un medio en las libertades civiles, en los derechos sindicales, en el derecho de huelga, en el voto y en la acción cívica, para evadir o atenuar el cerco de las disciplinas demasiado tiránicas.

En la Unión Soviética la máquina es siempre más fuerte que el individuo y que el pueblo. Porque allí el hombre, como ciudadano, es débil, de una espantosa debilidad.

Lo peor es que más que la máquina (no tan difundida en Rusia, después de todo, como se nos quiere hacer creer), es el fanatismo de la máquina, la doctrina de rehacer la historia a golpes de máquina, con la rapidez implacable de la máquina, lo que se ha adueñado del hombre soviético, no tanto con los garfios del mecanismo portentoso sino con los puños de un Estado policial que es, él sí, toda una inmensa máquina de imponerle al ciudadano el criterio y la voluntad del poder político.

Ese formidable entrenamiento para la acción y el trabajo no puede

menos de ser por sí solo, sin necesidad de agregarle la constante preparación guerrera, un serio motivo de preocupación para las naciones que tengan que enfrentar esa fuerza si vuelve a derrumbarse el castillo de naipes de la paz del mundo...

Hablando en Estocolmo en agosto de 1946 con un joven de las clases altas suecas, me sorprendió pronosticando el triunfo de la U.R.S.S. en una guerra futura, que todos temían ya entonces, en Suecia, como un peligro inminente.

—No es que sienta simpatías por los comunistas. Al contrario, los odio, porque son tan bárbaramente fanáticos y brutales como los nazis. Pero el pueblo ruso, especialmente los jóvenes rusos, son los únicos que trabajan ruda y enérgicamente con disciplina y paciencia en una Europa desmoralizada, desfibrada e histérica.

Muchas veces he recordado, en todo este tiempo, esas palabras al ver las dificultades de la reconstrucción en los países del continente europeo.

El pueblo inglés, en todo caso, no merece las palabras del joven sueco. Pero éste no se refería, sin duda, sino al continente cuando decía Europa, y no a Gran Bretaña, donde el oscuro heroísmo del trabajo y de la sobriedad es un ejemplo y una lección para todos, con un sentido de asentimiento consciente y de libre decisión, que no encontramos en el caso de Rusia.

Una mañana, vi en Moscú a un hombre con una pierna de palo que marchaba cargado con un bulto. Se le ayudó a depositarlo en el suelo para que hiciese cola en la puerta de un comercio. No era joven, y alguien a su lado, después de ayudarle a descargarse de su peso, le preguntó, en tono de sorna, cuándo iba a descansar:

—Descansaré cuando muera.

Había en su respuesta un dejo entre amargo y displicente que participaba del sordo encono y de la resignación fatalista.

Se hubiera dicho que por su boca hablaba todo el pueblo trabajador de Rusia...

En anteriores páginas hemos visto cómo y por qué hombres y mujeres trabajan allí hasta muy avanzada edad.

Claro está que esa vida de trabajo intenso y continuo, que entrena por la persistencia en el esfuerzo, y endurece a los sanos, tiene también desde el punto de vista de las energías y salud de la población, sus graves inconvenientes. La alarmante cantidad de tuberculosos y de enfermos cardíacos es una consecuencia de ese sistema agotador, generalmente combinado con una deficiencia nutritiva que no alcanza a corregir el cuidado del Estado para que ciertos artículos alimenticios de primera necesidad —el pescado, el pan, el azúcar, que se producen en abundancia—, llegue a manos del pueblo a precios reducidos. Porque el clima, además, constituye un factor que obra ferozmente en sentido contrario.

LA INMOVILIDAD EN EL OFICIO Y LAS "NORMAS".

El trabajador en Rusia es un forzado del trabajo. No puede faltar a su ocupación sino por causa muy justificada: la muerte de algún pariente muy cercano, padres o hijos o hermanos y su propio estado de salud.

cuando se halle inequívocamente enfermo. El criterio médico a este respecto debe ceñirse a la regla de que se puede concurrir al trabajo mientras el termómetro no marque 38 grados de fiebre.

Y al que falta sin causa justificada se le cita a comparecer ante los jueces, y puede ser reducido a prisión para que trabaje como penado.

Las sanciones van desde una simple amonestación a prisión por espacio de días, meses y hasta uno y dos años, según la gravedad de las faltas y las reincidencias.

El artículo 47 del Código del Trabajo, incorporado en el año 1932, dice textualmente:

El trabajador que sin válidos motivos, transcurra un día entero sin presentarse al trabajo será despedido de la empresa o institución y perderá el derecho de usar el alojamiento puesto a su disposición en un edificio de la empresa o institución.

Por la falta de un día al trabajo, no sólo se le deja sin ocupación sino que se le quita la vivienda.

Un decreto del 26 de junio de 1940 establece sanciones penales para el trabajador que abandone el trabajo o cambie el sitio de trabajo.

Esa prohibición de cambiar el sitio de trabajo sin previo consentimiento de la autoridad que puede concederlo, condice con una especie de tendencia de todo el ordenamiento social de la U.R.S.S. a canalizar el destino del hombre en cauces predeterminados, de los que difícilmente logra evadirse. Nadie, o casi nadie puede cambiar de oficio. Porque a cada uno se le educa para un oficio determinado, y en él debe, por lo general, permanecer. Un mecanógrafo podrá ascender como mecanógrafo; un contador como contador; pero no podrá llegar a ser director del establecimiento porque para ello hay que llevar a cabo estudios de dirección y administración especiales. Se estudia para ser secretario o dirigente de un sindicato, y sin esos estudios no puede llegarse de simple obrero a dicho puesto. No hay concursos para proveerlos.

La iniciativa del individuo para elección de su destino personal y la disposición de sí mismo queda muy limitada, casi suprimida, en la canalización oficial de las aptitudes y de las vocaciones. El cambio de dirección de la vida es casi imposible. En cierto instante, en el punto de partida, la voluntad del individuo interviene. Pero si se equivoca, si quiere rectificar el camino, se encuentra con dificultades que suelen ser imposibles de salvar.

Cuando termina sus estudios un titulado de una profesión liberal —un ingeniero, un médico, un abogado—, debe ir a donde lo envían. Una muchacha de veintidós años se recibió de ingeniera y fué enviada a una localidad cerca del Asia, un pueblo de calles de tierra, donde vivía en una pieza junto con otras ocho personas. Se enfermó y se le cayeron los dientes; pero no podía retornar a Moscú...

Allí el hombre suele quedar atado al sitio que escoge en el trabajo y en la vida.

En el campo, esa adherencia ineludible asume caracteres más dramáticos. La condición del koljosiano o paisano, que consta en su carnet, resulta irrevocable. Cuando se presenta a pedir trabajo en una fábrica (muchas lo solicitan por la prensa), se le dice: "Tú eres campesino" y

eso basta para no aceptarlo, porque sin una previa autorización policial ningún establecimiento urbano lo admite.

En lo concerniente a la forma de pago, el trabajador soviético está sujeto a la norma de rendimiento. Sobre esas normas se forjan en gran parte, los cálculos de producción de los planes quinquenales, que pertenecen a la esencia misma de la organización económica soviética.

El artículo 57 del Código preceptúa:

Siempre que el obrero no cubra, aunque sea sin culpa, la norma de rendimiento fijada para él, será remunerado de acuerdo a lo producido, sin que le sea asegurado ningún mínimum de salario.

Cuando en condiciones normales el rendimiento del trabajador se mantenga constantemente inferior a la norma fijada, el trabajador podrá ser licenciado o transferido a otro empleo.

Hubo un tiempo, en los años de mayor inflación y casi absoluta desvalorización del dinero, en que muchos salarios se pagaban en especie. La N.E.P. restableció el pago en dinero, que al principio era casi igual para todas las categorías de trabajo, pero después de 1931 se restablecieron diferenciaciones, y luego se implantó el trabajo a destajo, que fué adquiriendo proporciones siempre mayores. En 1936 se efectuó una revisión de la suma de las tarifas que benefició al 71 por ciento de todos los trabajadores de las grandes industrias, y entonces los salarios medios aumentaron notablemente, llegando en 1937 casi al doble que en 1932.

Ocurrió que esa suba de salarios preocupó a las autoridades, las cuales en 1940 reformaron las tarifas reduciendo los salarios y las horas de labor, limitaron el uso de las horas suplementarias, y tomaron disposiciones para adherir el obrero a su empresa, como aquellas que lo privan del derecho de abandonar el trabajo y de trasladarse a otro lugar, sin autorización, so pena de sanciones que van hasta los trabajos forzados.

Se crearon dos instituciones para intensificar el rendimiento del trabajo.

Una es la "brigada de choque" *(udárniki)*, que se compone de obreros voluntariamente dedicados a la ejecución de trabajos de urgencia, estimulados por premios y ventajas especiales.

La otra es el *stajanovismo*, o sea el movimiento de los stajanovistas, que se esfuerzan en cumplir su trabajo más rápidamente que los demás y reciben el título de *stajanoviez* con premios y compensaciones especiales para las horas suplementarias que consagran a superar en muchos puntos las normas generales.

SALARIOS.

Los salarios, por lo demás, eran apenas suficientes para sostener un bajo nivel de vida. El salario medio mensual andaba por los 400 rublos. Un obrero no ganaba por lo general, menos de 300 rublos; pero ya he dicho que había sectores, especialmente entre las ocupaciones femeninas, donde el salario iba por los 150 rublos, tal como se comprobaba en las mujeres de servicio de los hoteles, que con esa suma debían pagarse en el propio hotel la módica pero frugalísima comida. Un oficial de albañil ganaba 15 rublos por día. Luego, para estimular la multiplicación

de la mano de obra en las construcciones, se le asignó un salario mensual de 725 rublos (unos 85 pesos de moneda uruguaya), lo que se consideraba un alto salario.

El salario jornalero de base, fijado por mes de trabajo, en 1945, a los efectos de las prestaciones del seguro, es de 17.45 rublos.

Se calcula que las cargas al salario no bajan del 25 por ciento. El que gana 1.000 rublos de sueldo, no saca libre sino 750. Hay un impuesto a los solteros y casados sin hijos (desde los 20 a los 50 años para los hombres, y de los 20 a 45 para las mujeres). Se exceptúan *los empleados militares y sus esposas*, los pensionistas, etcétera. El decreto u orden del día dice:

Art. 4º — A los trabajadores y empleados de instituciones y organizaciones, según su salario, descontándoseles en los primeros seis meses del año, en la siguiente forma:

a) Con un salario de 150 rublos, pagarán 5 rublos al mes.

b) Con un salario mensual de más de 150 rublos se pagará el 5 por ciento del sueldo de cada mes.

Los ciudadanos que forman parte de economías koljosianas o individuales pagan en una proporción de 100 rublos al año.

Se descuenta un porcentaje para la cultura (impuesto escolar). Se descuenta un 10 por ciento (una especie de *incometax*) a ciertas entradas. Se descuenta la contribución al Sindicato. Las madres que dejan sus niños en las nurserías pagan el 4 por ciento de su salario por ese servicio. Luego, los empréstitos de guerra, a que todos deben suscribirse con una quincena, o un mes íntegro de sueldo por lo menos.

Nadie se atreve a negarse. En todos los establecimientos hay quienes se encargan de que cada uno contribuya con la suma predeterminada.

SEGUROS SOCIALES.

Cierto es que no hay desocupación, ese cáncer de las sociedades capitalistas que condena al obrero a una angustiosa inseguridad de su suerte en medio de la prosperidad de muchos parásitos y de los esplendores y boato de las fortunas acumuladas, sin que no siempre alcancen las instituciones de seguro social y los subsidios sindicales o estaduales a los desocupados (que en muchos países no existen) a compensar debidamente las quiebras materiales y morales de esa situación proletaria de precariedad e inquietud.

Gran ventaja para el obrero es la de no verse nunca abocado a esa forzada inacción; pero el problema de la situación del trabajador no se reduce a darle trabajo, sino que encierra asimismo la obligación social de dárselo en condiciones adecuadas a las necesidades del hombre en una sociedad civilizada, sin imponerle restricciones que coartan la libertad de su espíritu y lo someten a una humillante regimentación.

Ya se ha dicho que es de capital importancia evitar que haya hombres útiles sin trabajo, pero que no menos importante es, por cierto, alcanzar a que viva bien y libremente el hombre que trabaja.

Una verdadera sociedad socialista resuelve el problema de la vida del

productor llenando esas dos exigencias. El régimen soviético no puede pretender, por tanto, haber implantado el socialismo.

No es, por otra parte, exagerado afirmar que un obrero desocupado inglés, escandinavo, australiano, neozelandés, uruguayo y de algunos estados de los Estados Unidos del Norte, la pasa mejor con el subsidio del seguro de paro, que muchos obreros soviéticos del término medio trabajando sus ocho horas diarias y sus seis días íntegros por semana.

Queda, eso sí, la ventaja que para la economía social, y si se quiere para la moral misma de los productores, representa una absorción constante, ininterrumpida, de la mano de obra por las actividades productivas. Pero no ha de creerse que la forma como la Unión Soviética se asegura por ahora esa ventaja sea la que corresponda a un criterio genuinamente socialista.

No hay —claro está—, seguro de paro. Los otros riesgos son, en cambio, objeto de amparo social. En efecto, el Código de Trabajo dice: *Son beneficiarios del seguro social, que cubre todos los riesgos del nacimiento hasta la muerte, todos los asalariados cualesquiera sean el carácter y la duración de su trabajo y el modo de remuneración.*

Para los riesgos de incapacidad para el trabajo (enfermedades y accidentes de carácter no profesional), en la Unión Soviética son beneficiarios todos los obreros sindicados que hayan trabajado un *mínimum* de dos meses en la empresa. Los no-sindicados tienen derecho a prestaciones reducidas.

Las tasas de las prestaciones varían en función de "la duración de presencia ininterrumpida" en el mismo establecimiento.

Oscila entre el 50 por ciento (no sindicados) y el 100 por ciento, siendo fijada por una comisión de taller o un consejo. La asistencia médica es gratuita para estos obreros. Las tablas de prestaciones son, más o menos así:

Menos de dos años de trabajo, 50 por ciento del salario normal.

De 2 a 7 años, 60 por ciento.

De 3 a 6 años, 80 por ciento.

Mayor de 6 años, 100 por ciento.

Para los menores de 18 años, las tasas van del 60 por ciento al 80 por ciento.

Algunas categorías (stajanovistas, brigadas de choque, inválidos de guerra), reciben el 100 por ciento en todos los casos. Los no sindicados el 50 por ciento de las prestaciones normales.

Las indemnizaciones por accidentes del trabajo que produzcan invalidez parcial o total, se administran en tres grupos de invalidez según el grado de incapacidad para el trabajo.

Invalidez total, reclamando la ayuda de otra persona: 100 por ciento del salario.

Invalidez total simple, 75 por ciento del salario.

Invalidez parcial, 50 por ciento del salario.

Si se trata de un accidente que no sea el accidente del trabajo propiamente dicho, la pensión se fija:

Primer grupo: 67 a 69 por ciento del salario.

Segundo grupo: 47 a 49 por ciento del salario.

Tercer grupo: 33 a 35 por ciento del salario.

Cuanto mayor es la edad del inválido, más años de seguro debe comprobar (10 años de seguro de 35 a 40 años). Si tiene de 3 a 15 años de servicios, percibe una mejora.

De las pensiones a la vejez para los obreros ya he dado noticia (60 años de edad y 25 de servicio para los hombres; 55 años de edad y 20 de servicio para las mujeres. La pensión es del 50 al 60 por ciento del salario normal, según la industria). Existen también, pensiones de ancianidad para los maestros, los médicos rurales, los agrónomos, con un 50 por ciento del salario después de 25 años de servicio, sin condición de edad.

Las indemnizaciones funerarias, no son uniformes. A la muerte del asegurado o de un miembro de su familia, el entierro es pagado según los gastos locales. En general el monto es de 40 rublos en la ciudad y 20 en campaña. También se acuerda una pensión a los sobrevivientes sin recursos, que varían de 50 a 120 por ciento (según el número de personas a cargo del extinto) de la pensión por enfermedad o accidente.

Los seguros familiares consisten en la asistencia médica gratuita durante el embarazo; los cuidados gratuitos después del parto para las mujeres aseguradas o de asegurados).

El salario íntegro durante el descanso de 12 a 16 semanas, para las obreras asalariadas.

Alocaciones de maternidad uniformes para la mujer, trabaje o no trabaje. Alocaciones de embarazo y parto a las mujeres con tres meses de servicios en una empresa. (Cien por ciento del salario). Prestaciones mensuales para el cuidado y educación de los niños de las madres solas, si no prefieren confiarlas a casa maternal del Estado.

Y las pensiones a las madres de muchos hijos, de que me ocupo más adelante.

Son formas de seguro que rigen en muchos países y que en general ofrecen amparo menos generoso que las de otras naciones, quedando muy por debajo, sobre todo, de las de Gran Bretaña desde la aplicación de las reformas implantadas por el Laborismo, en gran parte de acuerdo con el famoso plan Beveridge. Acaso la única excepción sea el socorro a las madres de tres hijos y más, con el cual compite sin desventaja con Nueva Zelandia, Australia y Canadá, que si bien acuerdan subsidios desde el primer hijo, aquéllas, y desde el segundo éste, con sumas semanales relativamente un poco más altas, no entregan sumas por una sola vez.

CARACTERÍSTICAS DE LA ORGANIZACIÓN INDUSTRIAL.

Para ver algo de la organización de la vida industrial desde el ángulo de su desenvolvimiento técnico y de su dirección administrativa, puede servirnos el artículo de un experto, que me ha parecido oportuno transcribir íntegro, a título de testimonio fehaciente e insospechable de aspectos que pueden revestir interés para quienes entienden de estas cosas.

Eso vale más, a mi juicio, que cuanto podría decir yo después de una visita a tal o cual fábrica, desde luego moderna y bien montada,

donde vería cosas que me impresionarían bien y donde se me darían informes unilaterales.

"Nuestra industria dispone de grandes reservas para el aumento del trabajo productivo, abaratamiento de productos, aumento de materiales e instalaciones. Estas reservas hubieran podido aprovecharse felizmente, si los cuadros administrativos hubiesen mostrado más iniciativas. Aquí depende mucho de los directores. Mucho, pero no todo.

Ha llegado la hora de elevar el papel de los directores, como dirigentes de empresas socialistas.

Ya es tiempo de amplificar los derechos de los directores como jefes únicos en las empresas.

Más de una vez se ha propuesto a muchos directores que debieran limitar ciertos sistemas de planes en la empresa. Se deben dejar tres planos modelo para la empresa: tareas de producción, asignación de precios y ganancia. La enorme cantidad de planes se transforma en un freno que impide la iniciativa de los directores.

La excesiva limitación —nos declaró uno de los directores—, rebaja la independencia del director. Yo no puedo gastar independientemente, ni siquiera varios miles de rublos en cualquier operación importante de producción técnica, si antes no ha sido previsto en el plan.

El director responde por todo, a él se le han confiado muchos millones, pero en el fondo no tiene derecho a disponer de esto.

En el aparato de dirección de nuestra industria hay mucha gente innecesaria. Un cambio de orden en los planes y estímulo a los dirigentes de las empresas, abriría nuevas reservas y libraría a muchos miles de trabajadores del aparato, para otros trabajos más indispensables.

Por otra parte, el trabajo del aparato sería más sencillo, disminuiría la dirección de papeles y aumentarían las operaciones. Los trabajadores poco calificados y los holgazanes serían retirados.

Pasando por una fábrica, preguntamos al doctor X: —¿Qué significa toda esa maquinaria retirada en un rincón? El respondió: —Esta maquinaria no es necesaria a la fábrica; yo he encontrado un comprador, pero por la existente situación no se puede realizar la venta y aquí está todo esto parado desde hace cerca de seis meses. Dadme derechos de venta y reclamo de todo lo innecesario, y dentro de varios días limpiaré el balance de la fábrica.

En nuestra industria continuamente se encuentran cantidades importantes de maquinaria, que no se emplean en unas empresas, pero que son necesarias en otras. Si se diera a los directores los derechos de venta y reclamo, ellos podrían vender independientemente materiales innecesarios, instrumentos, etcétera a otras empresas industriales, y la administración popular saldría beneficiada.

Hay *muchas empresas que tienen grandes gastos que no son de la producción.*

Según una ley existente sobre los créditos, el vendedor recibe automáticamente del consumidor el dinero por los productos. Sucede a menudo que estos productos no son de calidad satisfactoria.

Quizás sería de utilidad introducir un cambio tal, en el orden de créditos y relaciones entre vendedores y compradores: el comprador recibe del consumidor de productos un adelanto, por ejemplo, el 25 o el 50 por ciento del coste; la suma restante la pagará el consumidor solamente después de examinar los productos comprados.

Tal orden permitiría al mismo tiempo rebajar el coste del transporte y elevaría la disciplina de gobierno en las empresas.

La concesión de derechos suplementarios a los directores exigiría un cambio en el trabajo del aparato de los comisarios. *Aquí también hay mucha gente de sobra.* La ampliación del aparato ocurrió de manera principal, por el ingreso en él de trabajadores de baja calificación. A menudo sucede que allí donde es necesario colocar a un obrero útil, con formación que responda al empleo y al salario, se encuentra un grupo de gente, elegida casualmente, y sin ninguna formación especial.

Si el director de la fábrica, jefe de la dirección y sección del aparato central, pudiera establecer el salario a los trabajadores, teniendo en cuenta los conocimientos y capacidad de trabajo de éstos, se podría pasar con menor número de empleados, en la dirección de la fábrica y en el cuerpo de los comisariados.

Todos estos problemas, esperan su resolución."

F. GAPOSSEIN.

Jefe de la Sección de Planos del Comisariado de Reservas Militares.
(Pravda 23-XI-45)

Ignoro si los problemas a que alude el articulista se han resuelto en la forma deseada por él. Admito que no hayan caído en saco roto sus observaciones y consejos, que parecen sensatos. Lo que de cualquier modo queda en pie es que la organización fabril del régimen soviético adolecía, tres años ha, del exceso de gente innecesaria en el aparato de dirección (burocratismo se llama esa figura) y de la abundancia de maquinaria inútil para el establecimiento. Por "menor número de empleados en la dirección y en el cuerpo de los comisariados" aboga el camarada Gapossein, revelando uno de los males de toda empresa en el país soviético. Que allí también *se cuecen habas* en el terreno técnico de la organización del trabajo, pese a lo que pretenden hacernos creer los comunistas de todas partes.

SERVICIO MILITAR.

Como la U.R.S.S. ha atado trágicamente su destino a la guerra, el obrero ruso, que casi no ha conocido años enteros de paz bajo la dominación soviética, queda directa o indirectamente abrumado por el agobio de las exigencias militares, más duras allí hoy por hoy, que en ninguna otra parte de la tierra.

Baste decir que, apenas salido del aprendizaje, se le aparta del taller para consagrársele a las prácticas del cuartel y del campamento.

A los jóvenes que estudian se les hace terminar sus estudios y se les llama bajo banderas en cuanto han terminado.

Los que sirvieron menos años en la guerra han debido continuar

en el servicio hasta completar el período de la conscripción, que es el más largo de los actualmente en vigencia en cualquier país del mundo: tres años en el ejército de tierra, seis en la marina. (Se hablaba de prolongarla a diez años, después de la guerra). La desmovilización empezó a hacerse en el año 1946, de los 35 años para arriba, y todavía no ha concluído. Existen muy serios motivos para creer que se mantienen cerca de tres millones de hombres, flor de juventud, sobre las armas.

He ahí por qué y para qué todo el pueblo que produce exprime sus energías y padece necesidades. Se mantienen prontos los depósitos de la doliente carne de cañón, y eso requiere toda una economía dirigida al mantenimiento de ese capital bélico con que se cobra poderío político y se obtiene la sumisión de naciones acogotadas, a expensas de las penurias de las masas trabajadoras, que ven pasar año tras año angustiadas por las consecuencias de la guerra, o la perspectiva de la misma, o la presencia de la contienda.

Pero, ¿es que hace falta más para comprender que ése es un sistema de gobierno funesto para la suerte de naciones y generaciones que quieren vivir su vida en paz y en armonía con los demás pueblos de la tierra?

PREGUNTA FINAL.

¿Se ha emancipado al obrero de la opresión económica y de la explotación capitalista?

Como se ha suprimido al capitalismo y con él la figura del capitalista privado, los panegiristas del régimen soviético pretenden que en la U.R.S.S. se ha alcanzado la emancipación obrera.

Stalin ha pontificado que los obreros de la U.R.S.S. ya no son proletarios, precisamente porque proletario es el trabajador a quien explota el capitalista, el obrero que produce plusvalía para la formación del capital, ese "trabajo muerto que se mantiene de trabajo vivo", según la definición de Marx.

De ahí que no deba hablarse de la clase proletaria soviética sino de la clase obrera soviética, que es la única, si se la considera identificada en lo fundamental con la clase de los productores campesinos.

Obreros y campesinos, o trabajadores de la ciudad y del campo, constituyen la única clase subsistente, que gobierna a través del partido único.

El Estado sería, entonces, un Estado de trabajadores, que existe por y para los trabajadores. Como él concentra en sus manos todos los medios de producción y de cambio, en calidad de único propietario colectivo, los obreros trabajan para él y no para empresario capitalista alguno.

Pero son asalariados; perciben como retribución de su trabajo un salario; producen, pues, una plusvalía, que no retiene ya para sí el capital privado, el capitalismo individual, sino ese capital estadual, ese capitalismo de Estado, o si se quiere, ese "socialismo de Estado" soviético.

Como se trataría de un Estado de los trabajadores, la plusvalía vuelve a través de ese Estado, a los trabajadores mismos considerados en general y como clase gobernante.

Esa es la teoría, pero en la práctica y en los hechos, ocurre que el obrero siente gravitar sobre sus espaldas individuales el peso de ese Estado,

que le retribuye su trabajo con un salario que, por una razón u otra, suele resultarle exiguo, mientras le obliga a trabajar de firme, con una intensidad y una continuidad mayores que las soportadas por los obreros organizados en muchos países capitalistas.

Su situación es, por tanto, la de un hombre oprimido por un poder que también lo explota en cuanto se le queda con mucha parte de lo que produce, para sustentar gastos ingentes, cuya necesidad y justicia decide según su exclusivo criterio político, una camarilla gubernamental: la que dirige al partido único, donde sólo han podido enrolarse como capacitados para la acción política del país cinco millones y medio de ciudadanos de una nación de casi doscientos millones de habitantes.

El obrero, allí, malamente retribuído con un magro salario real alimenta con su trabajo, como en el mundo capitalista, a extensos sectores sociales de gente improductiva —burócratas inútiles, periodistas turiferarios, militares y ejército en constante estado de guerra— y se ve privado, por culpa de una política de agresividad y de riesgo, de muchas cosas esenciales a la vida moderna en un medio civilizado, para que no le falte a la nación —la patria soviética, tan exigente como la tradicional patria zarista—, capacidad bélica, potencialidad armada.



CAPÍTULO XXXIX

LA INTELIGENCIA SOBORNADA

Mucho más bien tratados que los obreros manuales son los hombres de pluma. Un simple traductor de artículos de fácil lectura recibe 10 rublos por página de 800 palabras.

Con sólo traducir 10 páginas por día (los más ágiles o menos prolijos se traducen hasta 20), ganarán 100 rublos diarios. Pero los traductores calificados de artículos de alta literatura, o de importancia política, científica, etcétera, ganan por página el doble o más, y hay quienes obtienen desahogadamente mesadas de cinco a seis mil rublos, aunque corran por su cuenta los gastos de una máquina de escribir, papel, etcétera.

Ahora que, eso sí, es forzoso cubrir la norma. Si no cumple el mínimo establecido, el trabajador intelectual padece hambre.

Estos datos me los suministraba un periodista español, que fué crítico teatral de diarios de Moscú y director de cine español en estudios de París, y se halla en Moscú desde el derrumbe de la República, Luis Salado, que escribía allí correspondencias de guerra y desempeñaba el importante cargo de Jefe de la sección española del Buró de Informaciones. Es un hombre de viva inteligencia y simpatiquísimo, que frecuenta mucho las legaciones hispanoamericanas y cuya visita, a menudo en compañía de su esposa y su hijito, constituía una verdadera fiesta para mi espíritu y corazón de latinoamericano. He de guardar de ellos un recuerdo grato e inolvidable hasta el fin de mis días, como de otros que, aun siendo soviéticos y adictos al régimen, allí viven confinados con el ansia vehemente, pero temerosamente manifestada, de salir de aquella vasta jaula de barrotes de hierro donde hasta los más favorecidos sienten la asfixia de la falta de libertad, aunque se lo callen celosamente, si bien, cuando son españoles, no pueden impedir que se les adivine en la misma nostalgia de su terruño y de su sol, que adquiere en ellos un tono inconfundible de dramática aspiración de volver a verlos cuanto antes. . .

Puede deducirse por lo que ganan los traductores, cómo son las entradas de los periodistas y escritores en general. Un escritor suele recibir de 50 a 100 rublos por página en trabajos permanentes. Bien es verdad que se le imponen limitaciones a la cantidad de páginas que puede cobrar por mes o por día. Los periodistas famosos ganan sueldos muy elevados y los novelistas, cuando tienen la suerte de que sus obras se impriman y agraden, reciben fortunas, porque las ediciones son siempre por muchos millares y los libros de éxito alcanzan tiradas de millones. Asimismo los libros de historia, de doctrina, de divulgación científica, los textos, se venden por muchos millares. El establecimiento editor abona una cantidad por los originales (a veces los compra antes de escritos), y en cada nueva edición agrega un suplemento calculado sobre el número de ejemplares y precio de los mismos.

Hay un fondo de literatura que adelanta dinero a los escritores sobre

las obras que se comprometen a escribir. Y una gran casa de buenos apartamentos para los escritores y artistas, que pueden pagarlos, y asimismo *dachas* de descanso y de salud que pueden alquilar a precios acomodados.

Además, todos los años se distribuyen los Premios Stalin, que son de 100.000 rublos los primeros premios y de 50.000 los segundos para las obras literarias y artísticas; como también para las científicas, las técnicas, los actores, etcétera. Se distribuyen más de cien premios por año, entre poetas, novelistas, autores de drama y comedia, compositores de música, pintores, escultores, arquitectos, artistas de teatro, sabios, (para la ciencia los primeros premios Stalin son de 200.000 rublos).

Lo cierto es que los escritores y artistas de fama suelen ser potentados. Alguno de ellos poseen varias *dachas*, yates, autos, y viven rumbosamente. El caso más notorio era el de Alexis Tolstoi, que falleció cuando yo estaba allí. Ganaba dos millones de rublos por derechos de autor, anualmente.

Creo fácil explicar el favor pecuniario de que gozan los intelectuales, especialmente los escritores, aun más que los sabios e investigadores científicos, que podían quejarse de no ser tratados con tantas consideraciones, pues faltaban para ellos viviendas adecuadas y sus remuneraciones no solían ser brillantes.

Bastaba ver, aun a los académicos de mayor nombradía, para comprender, por la modestia de sus ropas, que no era muy holgada su situación personal.

Se quiere, por un lado, tener conformes y bien dispuestos a la adhesión espiritual al régimen, y para su inagotable alabanza, a los que pueden con su pluma glorificarlo ante el pueblo y los pueblos; y por otro lado es cuestión de prestigio y de decoro ante el mundo contar con toda una multitud de cultores de las artes y de las letras en tren de trabajar de firme en las condiciones que mejor puedan estimularlos por lo menos desde el punto de vista material.

Toda dictadura ejerce a su modo un mecenismo oficial, y el de los Soviets consiste en ser más generoso para con los productores del intelecto o del goce estético en cualquier género y plano del arte, que para los trabajadores manuales.

Siempre, eso sí, a condición de que se sometan a las directivas ora políticas, ora estéticas, ora científicas, que rigen al mundo del espíritu.

Y sin más alternativa que acatar esas directivas y servirlas dócilmente o quedar excluídos de los cuadros activos de la producción intelectual.

En mi libro *Génesis, Esencia y Fundamentos del Socialismo*, que en parte redacté en Moscú, relato bajo el título *Un Viraje Filosófico*, en el capítulo "El Comunismo Soviético" (pág. 132, T. II), un episodio del que digo que es "altamente significativo y muy característico de la situación en que se halla el pensamiento ruso contemporáneo en sus relaciones con la *línea política* del Estado Soviético". Creo valga la pena de recordarlo aquí:

"En el año 1943 se dieron a publicidad los tres primeros tomos de una *Historia de la Filosofía* editada bajo el patrocinio de la Academia

de Ciencias y dirigida por sus miembros Bykovsky, Mitine y Trudine. A fin de ese año se otorgó a estos tres tomos el Premio Stalin. Pero he ahí que a principios del año 1944 se desató en *Bolshevik*, revista de ideas, una verdadera campaña contra el tercer volumen de esa historia, dedicado a los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, especialmente por los capítulos dedicados a Kant, Fichte y Hégel. Ese volumen fué escrito por Amis, Bykovsky y Tchernichev.

El número 7, correspondiente al 8 de abril, traía un editorial titulado: *Lagunas y errores de la enseñanza de la historia de la filosofía alemana al fin del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX*, en el que se censuraba con bastante acritud el criterio adoptado en sus apreciaciones por los autores de ese tomo. *Estos se han dejado conducir a serios errores de expresión y de apreciación*, se dice allí.

Y a continuación se demuestra que si el método dialéctico de Hegel contiene una *medula racional* —la teoría de la evolución—, *elemento progresivo de este filósofo*, en desquite, su sistema idealista dogmático es conservador, pues postula el detenimiento de la evolución. Los autores de ese tomo *resbalan* sobre esa contradicción. Se ha olvidado que Stalin escribió en su trabajo *Materialismo histórico y Materialismo dialéctico*, que Marx y Engels no tomaron de la dialéctica sino aquella medula y rechazaron la envoltura idealista hegeliana, desarrollando la dialéctica más hacia adelante y dándole un aspecto científico ("Cuestiones del Leninismo").

El mismo Mitine, uno de los directores de la edición, escribe en el número del primero de junio un artículo para puntualizar el reaccionarismo político-social de Hegel, con citas de diversos pasajes de sus obras en que se manifiesta sin ambages su nacionalismo, su imperialismo, su desdén por el pueblo y las formas democráticas, su espíritu *prusiano* en una palabra, tal como lo ha descrito magistralmente Heine en *De la Alemania*.

No era, pues, de extrañarse, que se declarara excluído del Premio Stalin al tercer tomo de la obra, que deberá ser nuevamente redactado."

La actitud de esos académicos y de esas academias que se pliegan rápidamente a la campaña desatada contra su propia obra y no quieren quedarse atrás en el empeño de demostrar que se han equivocado, pinta todo un estado de sometimiento moral que aplana y disuelve el carácter y la dignidad del pensador, como volveremos a verlo más claramente todavía en el caso de los periodistas. (Véase el capítulo sobre *"La Prensa"*).

Todos ellos trabajan para un Estado autocrático que bajo la dirección exclusiva de un solo partido, que es doctrinario y fanático, adopta no solamente posiciones políticas y sociales sino también doctrinarias, filosóficas y hasta artísticas, como si estuviese dotado de una mente destinada a sustituir, en todas las cuestiones, a la mente de todos y cada uno de los ciudadanos.

Y los intelectuales no pueden rebelarse a sus dictados so pena de quedar sumidos en el anonimato y morirse de hambre.

CERNIDORES INTELECTUALES.

Ya había comenzado a insinuarse poco antes de mi salida de Moscú una campaña de prevención y defensa contra la influencia occidental en el pensamiento y el arte soviéticos, reflejo y extensión de las preocupaciones a que daban lugar en el ánimo de las autoridades los efectos del contacto de los soldados rusos con la civilización de Occidente, de la que muchos volvían con los ojos abiertos y el espíritu añorante de cosas inexistentes en la U.R.S.S.

Después recrudeció esa campaña, y ya es sabido cómo el poeta Konstantino N. Simonov fué elegido para encabezar esa nueva arremetida contra el mundo occidental en el plano de la inteligencia y del arte, sobre todo contra la cultura de la "clase media occidental".

Vuelve a reaparecer, con mayor virulencia que nunca, el dogma del "arte para el pueblo y al servicio del pueblo". Toda producción artística debe hallarse animada de sentido político, y el artista traiciona a la patria soviética si se entrega a la influencia de aquella cultura decadente y burguesa. Simonov repite una frase de Stalin: *los escritores son los ingenieros del alma*, y recuerda que ellos deben ser como *ingenieros militares del alma* en la gran ofensiva contra esa cultura. El teatro, el cine, la novela, el cuento, la crítica, la música, la pintura, deben dedicarse a glorificar el régimen soviético, la patria soviética y la vida soviética, frente a las instituciones políticas, las estructuras económicas y los modos de vida occidentales.

La poesía no queda al margen, como se comprende, de esa consigna de guerra. Simonov, poeta que cultiva el género épico o el lírico guerrero y el género lírico sentimental y subjetivo, el primero con innegable fuerza y el segundo con fina ternura y emoción, tiene necesariamente que incluir, en sitio de honor, a la poesía en la campaña regeneradora.

Con algunos poetas soviéticos había yo discurrido sobre el tema de la función estética del poeta lírico en la U.R.S.S. En una de esas conversaciones, o acaso a través de varias, llegué a concretar un concepto de esa posición que me parece coincidir con el pensamiento de mis interlocutores. Trataré de reproducir las ideas con que creí haber explicado la orientación predominante ahora en la poesía de la U.R.S.S., con el asentimiento de los que me escuchaban:

Toda poesía, por ser verbal, vive naturalmente en la palabra, pero la hay que nace y vive más de la palabra que la palabra vive de la poesía.

Es la poesía del que hace un culto exclusivo del verbo, y por hacerlo cultiva el idioma como un jardinero infatigable y obstinado su jardín, de modo tal que la palabra adquiere tonalidades imprevistas y maravillosas, siendo ése como un jardinero que cultivase estrellas y éstas no sólo perfumasen e iluminasen sino también cantaran.

De ello resulta que el idioma se vuelve actor y factor de la poesía.

Deja de ser un simple *medio* de expresión para erigirse en un motivo de expresión, en una fuente de motivos poéticos, por lo mismo que la palabra —*máquina del espíritu*, según Valery—, es espíritu ella misma.

Lo es al menos cuando se compenetra de vida espiritual y se llena,

como un cántaro en el río, de un contenido de esa vida en circulación de espejo y de música.

Esa es la poesía de la palabra que sustituye al acto. Puede crear su vida propia, que será siempre una vida mental, de la mente y para la mente, y quedará al margen de la otra vida, de la que arrastra consigo, entre jadeos de carne y alma humanas, el destino del hombre.

Hay poetas que sólo saben de ese género de poesía. Es la que está de moda en la decadencia del mundo occidental.

Pero hay otra poesía que va del acto a la palabra. Que no deja que la palabra sustituya al acto, sino que la consagra a la función vital de estimular el acto, por lo mismo que vive de la acción y sale de la vida integral del hombre para volver a ella vigorizada o sublimada en su exaltación espontánea, indeliberada e implícita, de todo lo que pertenece al destino del hombre y a la personalidad del hombre.

El sueño que la nutre (no hay poesía sino en el tránsito del mundo real al mundo irreal de la expresión poética por el túnel del sueño), no es una ficción inconducente para expresar los latidos de la vida en su hora profunda.

Y su creación no es una flor de artificio y de espuma que sólo erige una belleza sin raíces en el corazón humano y adormece los instintos vitales como un efluvio alcalino, sino un fruto dedicado a la ansiedad de todas las bocas y pronto a tentar el mordisco de los dientes para prodigarse en sanos jugos con sabor de alma y penetrante acidez de emoción.

Esta es menos refinada que la otra. Usa la palabra, aunque también la domine a su modo, con otro sentido. No la quiere apartar demasiado de la claridad de la razón, y la mantiene en el filo de lo que es todavía lógico sin dejar de ser poesía y de lo que es todavía poesía sin dejar de ser lógico. . .

¿Cuál podría ser la poesía de un país (no digo de un pueblo) donde se proclama oficialmente como dogma estético, que no puede dejar de acatarse sino en el área privada o reducida de las producciones inéditas, que el arte debe servir al pueblo, para la vida del pueblo, servir —claro está—, inmediatamente, pues ello se proclama con un sentido de contemporaneidad que no admite remitirse a servicios futuros, ajenos a los problemas e inquietudes del momento actual?

Ese dogma, aunque no llegue a la sumisión menestral del arte a la propaganda y sólo se refiera a su aptitud para ser captado y sentido por el pueblo de hoy y de allí, excluye históricamente toda forma de aquella poesía que parte de la palabra y vuelve a la palabra o al mundo de la palabra, en que ésta es centro y es Dios.

En ese país no hay sitio, no puede haberlo más que para la poesía que va del acto a la palabra y vuelve de la palabra al acto. O en otros términos: parte de la vida y retorna a la vida.

Cabe siempre agregar que lo malo es atar la poesía, por decreto, a un criterio estético determinado.

El poeta debe poder elegir su actitud de creador y su modo de crear y producir de acuerdo con sus impulsos íntimos, en la libertad de su alma y de sus manos. Si toda la poesía de una nación o de un mundo ha de

correr por un mismo cauce, caminar por un solo camino, vibrar con un mismo son político o docente o utilitario, aunque el poeta logre alzar sobre sus alas todo ese peso prosaico para abrirse las sendas de la creación verdadera en el cielo puro de la poesía, se mutilan muchas posibilidades de arte y se estrangulan muchas vidas en potencia. Se esterilizan, al menos las virtudes de renovación de las formas de pronunciarse y de inventar. Se cortan con el inmóvil tajo de un muro muchos itinerarios milagrosos que podrían enriquecer con nuevas rutas y desconocidas ensenadas el eterno viaje del genio poético en el espacio sin límites del Arte.

* * *

La producción intelectual está gobernada estrictamente. De pronto un actor cuenta con el favor oficial y es renombrado y se le reconocen autoridad y toda clase de valores. Pero si al azar de un cambio de orientación política o de una intriga de círculos y camarillas, cae en desgracia, se le excluye de la circulación, se dejan de publicar sus obras y se hacen desaparecer de la venta para que se le olvide en absoluto. Ya he dicho cómo se han borrado todas las huellas y trazos de Trostky en el Museo Lenin y en el Museo de la Revolución. Igualmente han desaparecido de todas las librerías de la U.R.S.S. sus libros, como los de Bujarin, que fué uno de los grandes doctrinarios del marxismo leninista.

Tampoco se habla más del un día famoso Lunatcharsky, el pedagogo de cuyas ideas en materia educacional se hizo tanta propaganda en un tiempo. Su amistad con Bujarin le ha valido ser desterrado en espíritu, después de muerto.

Los intelectuales viven en la jaula de oro del favor oficial. Fuera de la jaula no les es posible hacerse oír. O renuncian a sus ideas propias, si no piensan como el gobierno, o renuncian a escribir.

Los "rebeldes" deben cortarse la cabeza, para conservarla . . .

LA VIDA LITERARIA.

Séame permitido traer, por un momento, hasta las páginas de esta especie de memorial de mi estada en Moscú, recuerdos y referencias de escritores soviéticos, con lo que acaso logre hacer revivir ante mis lectores un poco del mundo de las letras, con el auxilio de crónicas y juicios allí recogidos, de los que se desprenden bastante claros el tono dominante en las posiciones de la mentalidad literaria y el espíritu animador del genio poético de la era y de la hora soviéticas, en la novela y en la lírica.

Conocí personalmente a un gran escritor de moda, el novelista Miguel Shólojov, de quien algo dije al pasar, en páginas anteriores. Era ya el autor famoso de *El apacible Don*, novela de la que se habían editado millones de ejemplares y que había dado motivo para un *ballet* de Shostakovich, ya retirado del repertorio corriente del *Bolchoi* cuando yo estuve.

Desde el estallido de la guerra contra Alemania actuaba como corresponsal de guerra, y en los días en que trabé fugaz relación con él

preparaba otra novela, *Ellos lucharon por la Patria,* de la que venían apareciendo algunos capítulos en varias revistas.

Era un hombre cuya edad frisaba entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Era de robusta complexión, ágil y fuerte, con figura más bien de campesino que de intelectual. Vestía traje militar de campaña. Habitó unos días en el hotel, convaleciente de la fractura de una pierna, producida por un trivial percance de viaje mientras se trasladaba al frente en un coche de ferrocarril.

Era casado y padre de un varoncito, que solía acompañarle a todas partes mientras andaba por Moscú.

Conversando con él se recibía la impresión de un soplo saludable de existencia sana y normal.

No era un espíritu complicado el que allí se ponía en contacto con el nuestro, sin dificultades ni reticencias, llanamente, como correspondía, por lo demás, a un escritor que en esos momentos ejercía de periodista y vivía como un periodista viajero, incorporado a los ejércitos en marcha, participando un poco, o un mucho, de las inquietudes y afanes del soldado y de su expeditiva y sumaria manera de andar por la vida, rozándose despreocupada y confiadamente con la muerte.

Es, por otra parte, regla general que el escritor soviético aparezca desnudo de complicaciones espirituales y no incurra en las tilinguerías y poses de un estetismo de vitrina con que gustan asombrar a sus interlocutores o al vulgo que los contempla a la distancia, muchos literatos de otros países. Allí no se da el caso del esteta deshumanizado, que se encierra en torre de marfil o se envuelve en una nube olímpica exclusivamente fabricada de literatura, para resbalar con gesto de indiferencia y desdén sobre las cosas de la tierra, y adjudicarse una superioridad artificial hecha más de refinamientos del gusto, que de auténticas corroboraciones del genio.

Ya los grandes románticos, cuyos odres continúan vertiendo los ríos que alimentan, con su agua rumorosa, los mares de la literatura rusa contemporánea, daban el ejemplo de ser hombres, luchando como hombres, agitándose como hombres, sufriendo y muriendo como hombres.

Un Lermontov, un Pushkin, ¿qué fueron sino genios borrascosos y atormentados, que en vez de sustraerse al compromiso de vivir humanamente su vida en el ardor, en la poesía y en el peligro, se metieron hasta el cuello en las revueltas ondas y escribieron con su sangre, desangrándose en los libros pero también en sus actos, porque nunca fueron avaros, sino pródigos de su corazón?

Hoy el escritor ruso es siempre un hombre como tal. No se olvida de serlo en sus libros. Y en su manera de ser como hombre huye de amaneramientos y de aislamientos exquisitos, porque se sabe terrón de la gleba humana y partícula integral de su pueblo, un pueblo de trabajadores, con el que convive en cuerpo y alma.

Shólojov es, precisamente, de los que mejor encarnan esa modalidad, de los que mejor personifican ese temperamento y esa actitud.

Me narró algunas anécdotas de guerra presenciadas por él, que tenían entonces y en sus labios un jugo fresco de crónica oportuna. Hoy no resultarían animadas de bastante interés repetidas por mí.

Sin duda es preferible que transcriba un juicio aparecido el año 1946 en *El Diario de la Literatura.* Ese artículo da idea de las orientaciones predominantes en la crítica oficial (allí no hay otra), en materia literaria. La traducción está muy lejos de ser perfecta, pero no traiciona demasiado la intención del crítico. Helo aquí:

EL ORGULLO DE LA LITERATURA SOVIÉTICA

"Miguel Shólojov —brillante representante del arte realista—, es un continuador de las mejores tradiciones de los grandes escritores rusos. Amplia visión épica, fuerza trágica aguda, penetrante observación psicológica y artística, vivacidad, lirismo, fino humor de maestro animador del diálogo: armonías fundidas en su genio creador.

Los libros de Shólojov están impregnados de altas ideas al servicio del pueblo, y escritos por la pluma fiel y severa de un maestro. Escritor ciudadano, escritor revolucionario, artista de extraordinaria vitalidad, así es, ante todo, Shólojov. Sus obras inculcan en la gente nobles cualidades, despiertan los mejores sentimientos del alma. Ellas conquistan el corazón de los lectores, con la verdad y la fuerza de sus concepciones artísticas.

El escritor no se aleja ni un paso de la verdad de la vida y muestra los complicados conflictos de la realidad. Esto da una enorme convicción a su penetrante arte. Miguel Shólojov puede ser designado, con todo derecho, *el orgullo de la literatura soviética.* Sus novelas *El apacible Don, Campos roturados,* traducidas a muchos idiomas, tienen gran popularidad fuera de los confines de nuestra patria.

En la novela *El apacible Don,* el audaz y brillante autor descubre ante los lectores la esencia de los procesos de distinción de clases y lucha de clases, sobre los cuales habló Lenin refiriéndose a los campesinos y cosacos en general, cuando mostró cómo la revolución marchaba al encuentro de las penosas dificultades del trabajo de los cosacos, hacia una vida libre. Con gran arte están expuestos los cuadros de la guerra civil en el Don. En algunas partes de la novela, se ve el ambiente en el cual debía ponerse en práctica el brillante plan de Stalin para la destrucción del enemigo en el frente Sur.

En las novelas *El apacible Don* y *Campos roturados,* tratando la colectivización de la economía rural, Shólojov creó vivas personalidades de bolcheviques del Partido y sin partido.

Por la novela *El apacible Don,* Shólojov mereció el premio Staliniano de primer grado. Es miembro real de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. En los años de la guerra patria el escritor, fiel hijo de su pueblo, intervino con sus artículos y bocetos, en los periódicos *La Verdad* y *Estrella Roja* y actualmente está escribiendo una gran novela *Ellos lucharon por la Patria.*

El entrañable amor hacia su patria, la ofensa por sus heridas, el corazón encendido de odio irreconciliable hacia el fascismo, inspira al patriótico escritor la magnífica obra *La Ciencia del odio.*

El epígrafe está tomado de las palabras del C. Stalin, pronunciadas

en su discurso del 1º de Mayo: *No se puede vencer al enemigo, sin aprender a odiarle con toda la fuerza del alma.*

Los fragmentos de la aún no terminada novela *Ellos lucharon por la Patria* publicados en *La Verdad, Estrella Roja* y *La verdad de la Juventud,* prometen una obra en la cual aparecerá con nueva fuerza el magnífico talento del autor.

Los trozos de la novela que ya se han publicado sorprenden por la artística fuerza y verdadera audacia en las imágenes. En ellos aparece el conocimiento de la vida que tiene Shólojov, su atento cariño hacia la sencilla persona soviética. Fiel a la idea de los principios artísticos, el escritor describe la guerra con toda su severa y terrible verdad, dibujando cuadros conmovedores, reflejando un optimismo vencedor y una ardiente fe en el triunfo de nuestra causa, en nuestro poderoso pueblo, conducido por el Partido y el genio de Stalin.

Muy a menudo, el escritor visitó los frentes de la Guerra Patria, con objeto de sentir impresiones verdaderas y trasmitirlas en sus creaciones, y los lectores sintieron profundamente esa verdad trasmitida por su amado escritor. El ha recibido cartas de todos los frentes, de todos los confines del país."

ALGUNOS POETAS ACTUALES.

Las letras españolas disponen en Moscú de un órgano periodístico que aparece mensualmente. Están a su frente dos poetas, uno español, Arconada y otro ruso, Kelin. Son dos almas de Dios. El español vive consagrado a su trabajo literario y abandona a sus compañeros de exilio las preocupaciones políticas, aunque no deje —claro está—, de pensar un día sí y otro también en el destino de la España encadenada, a la que no puede retornar. Ha encontrado en la Unión Soviética un hueco hospitalario para su existencia de refugiado sin más aptitudes que las literarias en una lengua que no es la del país donde vive. Dirige con Kelin *Literatura Soviética;* y allí publica traducciones del ruso al español, en colaboración con Kelin, que es uno de los buenos hispanistas rusos; o composiciones —prosa y verso— suyas, en su lengua, pues no domina el ruso como para aventurarse a escribirlo. Es un temperamento sereno, un espíritu reposado, con quien se pasan instantes muy gratos porque su palabra trasciende constantemente elevación de juicio y generosidad de ánimo. Su colaboración con Kelin es una perfecta asociación de dos espíritus gemelos. El poeta ruso, de más edad que el español, pues aquél frisa en los cincuenta mientras éste no parece pasar de los cuarenta, habla muy bien el castellano, y traduce de este idioma al suyo obras del teatro clásico. Le habían aceptado para el *Malin,* el Pequeño Teatro, el *Peribáñez* de Lope de Vega. Estaba, por ello, exultante.

En su revista no sólo dieron cabida a mi *Poema a la mujer rusa* —que luego Kelin tradujo—, sino que resolvieron destinar un espacio en cada número a los poetas de los países de Hispanoamérica, comenzando por el Uruguay, para lo cual llegó muy a tiempo la antología lírica del Río de la Plata, de Zarrilli y Yunque, de la que tomaron, para iniciar la sección, un poema de Delmira Agustini *(Mi Plinto),* uno de Silva Valdez *(Romance para un río)* y uno mío *(Uruguay).* Agregaron, todavía, un poema de Humberto Zarrilli, que acababa de llegarme en carta de este amigo, *Canto al muro protector de la familia,* y que les agradó.

En ese mismo número venía un artículo sobre *Las obras más destacadas de la literatura soviética,* de Nikolai Tijanov, el presidente de la Unión de Escritores, a quien se le desfenestró pocas semanas después de mi partida de la U.R.S.S. por considerársele poco *politizado* y demasiado influído por las corrientes occidentales. Confieso que nunca me lo hubiese imaginado, a juzgar por lo poco que conocía de él. Ese mismo artículo, en el que se pasa revista a las obras que fueron honradas con los premios Stalin, correspondientes a los períodos de 1943 y 1944, otorgados a comienzos de 1946, me parece impecablemente encuadrado en las directivas más ortodoxas de la crítica literaria soviética. No transcribiré nada de ese artículo porque la revista donde apareció ha circulado por los países de América Latina.

Daré, por tanto, preferencia a otro, aparecido en *Pravda,* relativo a las obras poéticas premiadas en esa ocasión.

"SOBRE LAS OBRAS DE LITERATURA SOVIÉTICA PREMIADAS"

"El poema del joven poeta bieloruso Arcadio Kuliesov *La Bandera de la Brigada,* es una canción lírica sobre la lucha de nuestro país con los alemanes, una canción repleta de odio irreconciliable contra el enemigo, una canción llena de delicadeza y de profundo amor hacia su pueblo. El poema está escrito, con cálidos versos, con fiel veracidad. Esta canción expresa el valor y la fe en la victoria.

Alejandro Tewargoski, poeta amante de la lengua popular, es el creador del gran libro *Basilio Terquin.* Este libro trata del valor del soldado en el frente y del valor del pueblo. El combatiente del Ejército Rojo, Basilio Terquin, tiene los rasgos característicos de nuestro pueblo: él se ha entregado a la Patria y está dispuesto a sufrir cualquier prueba, por la victoria sobre el enemigo del Pueblo Soviético. Hay en el libro algo profundo, popular, de cálida emoción, y contiene las agudezas expresadas en los refranes y adagios de la sabiduría popular.

Las canciones de Alieksei Surkó, las cantó y canta el pueblo soviético, las cantó y canta el Ejército Rojo. Su talento se manifestó ampliamente en la guerra. El mismo intervino en la guerra, él midió los caminos junto con los combatientes del Ejército Rojo y oyó las palabras de sus canciones en los blindajes y trincheras, en los caminos militares y en los cercos de las ciudades enemigas. En sus canciones y poesías hay una fuerza de odio y palabras de amenazas.

Ellas están llenas del fuego luchador bolchevique. Ellas son sinceras y sencillas.

Gafur Gulian, es el conocido poeta uzbeco, que durante los días de la guerra escribió el libro *Voy desde Oriente.* En éste están expresadas las cordiales relaciones de amistad entre la poesía rusa y la uzbeca. Gafur Gulian escribe sobre la transformación realizada por los bolcheviques en su tierra, sobre la mujer que por primera vez se levanta con la cara des-

cubierta al encuentro del sol de los nuevos días, sobre la orfandad que encontró asilo en Uzbekistan.

El poeta, que conoce muy bien la poesía oriental con todas sus complicadas formas, quiere transformar el verso uzbeco.

Leonid Piervomaiski recorrió en su tiempo los caminos de la guerra y volvió a su querida Poltava. Sus versos son cortos, fuertes narraciones de todo lo visto en el terrible y largo camino. El es probo en sus expresiones, es severo como artista, pero esa severidad está iluminada de veracidades y el lector junto con él sufre por sus alegrías y tristezas, porque siente todo el dolor de las desgracias ocurridas a la Patria.

El poema de Pablo Antokolovsk *El Hijo*, es la canción del poeta padre que perdió su hijo en el combate. Su tema es más amplio que su dolor particular, despierta los mejores sentimientos y prepara a la gente para recibir de cara todos los sufrimientos. La profunda humanidad de que está lleno el poema, resalta su importancia y la pasión poética hace de ella una obra emocionante."

OTRAS EXPRESIONES LITERARIAS.

Pero también había sitio entre esa producción poética, en que el tema de la guerra y de la lucha política inundaba casi todo el territorio espiritual y emocional del poeta, para expresiones líricas confidenciales y tiernas, de esas que cantan sentimientos íntimos y delicados.

Precisamente ese poeta Simonov, a quien cito más arriba como uno de los heraldos de la nueva campaña de regeneración literaria y artística, se distinguía por una espléndida duplicidad de estro, que le permitía ser al mismo tiempo el autor de uno de los poemas más populares por la furia terrible con que aconsejaba a hombres y mujeres matar al alemán donde le encontrasen: —*¡Mátale!* se intitulaba— y de un tomito de deliciosas poesías melancólicas entre las cuales una donde el soldado evoca, al caer la tarde en el frente de guerra, la visión de la casa en que su amada cerrará los postigos, encenderá la luz y arreglará la mesa, para aguardar ante ella que vengan algunos parientes y amigos a recordarlo entre todos en voz baja. . .

Pero no era sólo Simonov.

Un artículo de la *Gaceta de la Literatura* nos presenta a otro poeta dulcemente emotivo, Stepan Sipachiev, que se inspira en apacibles temas de intimidad y encuentra una crítica fervorosamente favorable para sus versos sentimentales.

Veamos lo que se decía de él en el diario citado, allá por el mes de enero de 1946:

"LÍNEAS DE AMOR"

"Desde muy antiguo los versos de amor constituyen un tema de arte. No es preciso decir que para su realización se necesita una fuerza poética individual, que hace descubrir algo nuevo en el arte y sin la cual no vale la pena de escribir y editar poesías amorosas.

En el pequeño libro de poesías de Stepan Sipachiev, *Líneas de amor*,

existe esa novedad, esa personalidad en la expresión del eterno tema; valorización de sus sentimientos de amor hacia la mujer y sus pensamientos hacia ella.

El lenguaje de estas poesías es muy breve. Al principio parecen contenidas, tranquilas, frías. En ellas no existe el furor de la pasión, el sufrimiento de la duda, una felicidad cegadora, ni esa escandalosa belleza de la pasión, según la expresión de Lermontov, de la cual es tan rico nuestro amor terrenal.

Involuntariamente atraen, llegan hasta el corazón y comprendemos que esta sencilla tranquilidad de lenguaje no es más que la amargura monótona de los sentimientos más profundos. La fuerza de estos sentimientos obliga al poeta a ocultar un terrible fuego de pasión y dirigirse hacia la mujer amada con sencillas palabras y confiada delicadeza:

Pasen los tiempos que pasen,
a pesar de las tierras recorridas,
yo siempre bendeciré los caminos
que me llevaron a tu encuentro.

Los celosos partidarios de la verdad pueden expresarse en contra de nuestras apreciaciones, fundándose en la lírica de Pushkin, de Maiacovsky y de otros grandes poetas, a los cuales el fuerte lenguaje de la poesía dictaba vigorosas pasiones. Sin detenernos en análisis y comparaciones, que como siempre están fuera de lugar, y confiándonos sencillamente a la poesía que llega hasta el corazón, nosotros podemos responder: "La nueva expresión de amor hacia la mujer hallada por nuestro contemporáneo, a nosotros, sus lectores, no solamente nos parece natural sino acertada, imprescindible, adherida a las diferentes fases de la vida del alma."

Tiene Sipachiev una poesía titulada *La Muchacha*, consagrada a la madre:

Mecía la cuna la muchacha.
Como niñera del hermanito la empleaban de día.
Los girasoles, como chicos pelirrojos,
inclinaban sus cabezas, tras la valla.
Creció ella. Llevaba el pienso al ganado,
se encaramaba en los montones de hierbas.
A causa de la escarlatina estuvo sin conocimiento.
Rodaba con los cubos bajo el hielo.
El buey vecino movía su cabeza de ancha frente.
A beber iba apuntándola con su cuerno derecho.
¿Dónde no la amenazaba en su niñez el peligro?
¡Oh, cómo yo hubiera guardado a esa chica!
Aunque la fuerza de mis viriles músculos
que bajo el escudo del tiempo aún dormía,
aunque mi vida aún no había empezado,
esa muchacha en sí me llevaba.

El agradecido amor del hijo hacia la madre y hacia el pueblo, inspiró al poeta la creación de esta figura y la elección de ese tema.

La infancia de una muchachita de aldea simboliza el severo camino de la vida de una campesina rusa. La madre y la esposa se unen en la poesía de Sipachiev, con cuidadoso y agradecido amor.

Y en sus relaciones con la mujer amada existe la comprensión del alto papel a que ella está destinada, del trabajo que ella realiza, la compasión por la suerte de la mujer, la comprensión de las pruebas y privaciones que ha tenido que vencer y que venció la mujer soviética.

En el invierno de 1942, en un período dificilísimo de la guerra, el poeta escribió dirigiéndose a su amiga:

De una carta hasta nueva carta,
qué largo me parecía el camino.
A ti te debilitó un poquito
el cruel y pasado invierno.
Pero yo sé, que después de nuestro encuentro
como si nos hubiéramos repartido fuerzas,
delgada tú, no doblas las espaldas,
ante las tempestades del segundo invierno.

En sus relaciones con la mujer amada ha expresado el amor hacia la madre de sus hijos, hacia la amiga, la camarada, que comprende el trabajo del poeta y le custodia. Ella le inspiró muchas de las líneas de amor y, entre ellas, éstas de profundo agradecimiento: *Pero si yo valgo algo, eres tú la causa, amor mío.*

Tal es, en rasgos generales, esta clara relación de sentimientos inseparable del *Sencillo amor;* el sentimiento alarmado y feliz con la esperanza de nuevos encuentros, el sentimiento fiel y confiado, el sentimiento terrenal hacia la mujer elegida por sus rasgos esenciales, aceptándola tal y como es. *No hay felicidad para mí como la de saber que tú existes en el mundo.*

Están bien en sus poesías las pequeñeces tomadas de la vida, las descripciones de la naturaleza impregnadas de frescura, como si fuera una nueva trasmisión de la belleza del mundo, repleta de sentimientos. Entre muchas, citamos la siguiente:

Duerme el nevado Thian-Shan;
palidece la luz de las estrellas,
en la cima de las celestes montañas
se recibe el amanecer con suavidad.
Quizás tú ahora, en Moscú,
estás ante la ventana
con la luz apagada
contemplando el resplandor de las estrellas.
. . . .

La musa del poeta es la mujer que no se doblega ante los sufrimientos, orgullosa en su fidelidad al hombre que ha elegido, madre, amiga en el trabajo y en la suerte — he aquí la magnífica mujer de la lírica amorosa de Sipachiev.

Los severos rasgos de su alma, son inseparables de los de su trato individual.

La mujer del pueblo soviético, que ha realizado un gran trabajo, que ha sufrido tan grandes pruebas, ha sido lo que ha inspirado al poeta sus poesías amorosas. En esto reside su significación social."

Está claro —eso sí—, que ese lirismo se cultiva y se encomia porque canta sentimientos sanos que aclaran el camino de la vida y elevan el espíritu y el corazón de quienes los alientan. Porque es desde ese punto de vista que esos sentimientos tienen, como lo dice el crítico a quien acabamos de leer, una significación social.

Sólo con esa condición el poeta canta sus amores y desnuda su corazón en la estremecida y dulce llama de sus versos líricos. Allí no puede darse el lujo, que se considera, con razón, decadente y burgués, de suscitar emociones enfermizas o de obstinarse en excitaciones intelectuales y deshumanizadas, con idiomas esotéricos que no llegan al alma del pueblo ni lo conducen a ninguna parte.

* * *

Un hábito que demuestra cómo se toma en serio el oficio de escritor y con qué intensidad se ocupan los literatos soviéticos de los problemas de su arte, es el que consiste en celebrar reuniones donde se discuten las producciones de tal o cual género dadas a publicidad en la semana o en el mes.

Así, por ejemplo, una que tuvo lugar en la Unión de Escritores para discutir una serie de "Bocetos sobre la Europa Extranjera" que habían aparecido en los números 10 y 11 del periódico *La Bandera.*

La crónica del órgano de donde tomé la noticia, nos informaba que los autores de los bocetos (L. Eslanin, B. Agapov y M. Gus), "intentaron describir los acontecimientos de los últimos días de la segunda guerra mundial, el ambiente complicado de la Europa después de la guerra."

En la reunión hizo uso de la palabra M. Tijanov, presidente de la Unión, quien abrió el debate. Este dijo que los lectores rusos tenían un particular interés por lo que sucede en aquella parte de Europa. Y agregó:

"Ha llegado la hora de pensar seriamente en estos temas. La significación de las obras editadas en el periódico *La Bandera* se determina, ante todo, porque están creadas en las cálidas huellas de la Historia. La verdadera crónica debe poseer importancia documental y veracidad histórica, y esto por desgracia no siempre existe en los citados bocetos. La interpretación íntima de los hechos, se cambia muy a menudo en ellos, por un deslizamiento superficial. Esto, particularmente se nota en los bocetos de B. Agapov y M. Gus."

Otro escritor, L. Lienev, subraya a su vez:

"El boceto de L. Eslavin se ha leído con vivo interés. Sin embargo, el autor se ha entretenido en la descripción psicológica y ha mostrado determinadas figuras, sin gran acierto. De una manera vaga y de prisa,

trata sobre las democráticas fuerzas alemanas. En el boceto no hay un gran sentido, no hay una finalidad en la narración de los acontecimientos."

No menos severo mostróse otro crítico, B. Kasievinikov, quien dijo:

"En los bosquejos no hay una clara narración de los hechos y acontecimientos, ni existe esa emoción ciudadana sin la cual no se puede escribir.

El autor es extraordinariamente indescifrable —agrega ese crítico— en sus formulaciones y en sus irresponsables apreciaciones. Hablando sobre los alemanes, que contaban cómo grandes masas de aviones de los aliados cubrían el cielo de Berlín, el autor expresa el deseo de los berlineses de hacer que cese ese terror.

¿Pero quién sembró el terror, quién lo provocó? Todo el mundo sabe que ésto lo hicieron los alemanes dirigidos por Hitler y los que apoyaban a éste.

Yo comprendí —escribe M. Gus—, *el sufrimiento de los alemanes; en estos largos meses 45.000 alemanes perecieron en estos bombardeos.* ¿Qué es esto? ¿Es que el autor quiere provocar la compasión hacia ellos, hacia los que de una manera canallesca y traidora empezaron la guerra contra los pueblos amantes de la paz?

Cuando escribían los clásicos sobre Europa —hace recordar B. Ermilov—, para ellos esta tarea adquiría la significación de temas afortunados. Sus escritos y diarios respiraban pasión y estaban impregnados de un gran pensamiento. En los bocetos que hoy discutimos, yo no veo ni pasión, ni grandes pensamientos.

Para escribir un gran tema —dice A. Surkov—, es necesario tener valor. Pero a veces es necesario tener el valor de no ponerse a escribir sobre un importante y serio tema. ¿Qué se desea saber de una persona que ha visitado Alemania?

Cómo un alemán decentemente vestido, de claros ojos azules, que escribe cartas enternecedoras a su mujer o a su novia, cómo este alemán acostumbrado a vivir en condiciones confortables, pudo conducirse tan inhumanamente en nuestra tierra.

En ninguno de ellos, se ha dichò nada que pudiera dar a comprender cómo Hitler en el transcurso de ocho o nueve años convirtió a los alemanes en verdugos y ladrones."

En esa discusión tomaron parte: U. Garnich, V. Imber, E. Usievich, A. Tvardoskus, A. Carabaieva y otros.

CAPÍTULO XL

FAMILIA, MATRIMONIO, DIVORCIO, HERENCIA

Los comunistas soviéticos proclamaban haber introducido en las normas de la familia innovaciones que borraron todo vestigio de las antiguas formas jurídicas del núcleo familiar y de las costumbres familiares en Rusia.

Su propaganda hacía hincapié en la autoridad despótica de que gozaba el marido en la familia patriarcal, y en el estado de inferioridad civil y de sumisión en que eran mantenidos la esposa y los hijos. Era y es, sobre todo, recordada, como en *La Madre* de Gorki, la situación de esclavitud de la mujer bajo el látigo del marido, que podía golpearla impunemente porque lo autorizaban a ello las leyes canónicas (el viejo código religioso llamado *Domostroi* preceptuaba los castigos corporales del esposo a la esposa) y las costumbres lo estimulaban e impulsaban.

Apalea tu abrigo de pieles para que sea más caliente; bate a tu mujer, para que sea más santa, dice un viejo proverbio ruso.

Pero suele olvidarse que en vísperas de la Revolución, si bien los hábitos de la gente rusa continuaban imponiéndoles a la mujer esa sumisión que en su profunda ignorancia aceptaba como un mandato de la justicia divina, la legislación rusa contenía algunos adelantos. Según esa legislación, la mujer casada era civilmente capaz, no quedaba sujeta a ninguna autorización marital para ejercer sus derechos civiles; y podía disponer libremente de sus bienes. Hasta el divorcio era permitido por el derecho canónico ortodoxo y la mujer podía pedirlo por las mismas causales que el hombre.

UNIONES CONYUGALES.

La legislación soviética introdujo apreciables cambios, sin atreverse a suprimir el matrimonio como institución de derecho público. Restó validez civil al matrimonio religioso, reconociéndose a los efectuados antes del 20 de diciembre de 1927. Pero mantuvo la institución como acto jurídico, imponiendo por toda formalidad la inscripción del acto de la unión ante un oficial del Registro Civil, inscripción que tenía eficacia constitutiva del vínculo.

Dió un paso más revolucionario en el Código de 1927, que quitó a la inscripción el efecto constitutivo y la redujo a un simple medio de prueba del matrimonio. De ahí que, junto a las uniones registradas se consideren válidas las uniones *libres,* las llamadas *matrimonios de facto* que consisten en que un hombre y una mujer se hallen en una situación conyugal de hecho. No se suspendió el registro, pero permaneció como facultativo. Los que han registrado el casamiento tienen la ventaja de no deber dar otra prueba de su estado civil de casados; mientras que quienes han omitido esa formalidad, tienen que ofrecer otras pruebas. Ambas uniones son igualmente válidas y originan las mismas consecuencias civi-

les. Las relaciones ocasionales, en cambio, no dan lugar a consecuencias jurídicas.

Un comentarista de la legislación soviética, dice:

"La ley soviética rechaza en principio el concepto de familia legítima, que se considera como la célula social de la sociedad burguesa; y no distingue entre hijos naturales e hijos nacidos en el matrimonio, proclamando como base de la familia la filiación de hecho."

Las relaciones entre los esposos se desenvuelven dentro de un criterio de perfecta igualdad. Así, en cuanto al nombre, ellos pueden elegir entre conservar sus propios apellidos o adoptar uno común que puede ser el del marido o el de la mujer, según lo prefieran.

Cada uno conserva su propia nacionalidad. No tienen la obligación de cohabitar, porque en cuanto concierne a la residencia, las ocupaciones y la vida en común, se estatuyen la libertad y la igualdad entre los cónyuges.

La fidelidad no se concibe como obligación legal, y no se deriva del adulterio, por sí mismo, ningún efecto jurídico, ni penal ni civil.

En cuanto a la sociedad conyugal, se ha escogido el régimen de la separación de bienes vigente en el viejo código ruso; pero la separación se limita a los bienes que cada cónyuge poseía al contraer el vínculo, porque —como ya lo he consignado—, los bienes adquiridos por uno y otro durante el matrimonio, caen bajo el régimen de la comunidad conyugal. El matrimonio es considerado como una asociación entre dos trabajadores en la que es imposible determinar el aporte especial de cada uno para el uso común del patrimonio de esta sociedad.

No altera nada el hecho de que la mujer se ocupe solamente de la marcha de la casa, pues también esta colaboración se aprecia como un trabajo tan vital como el del marido.

(En mi proyecto de Derechos Civiles de la Mujer yo proponía, en el año 1942, para el Uruguay, una combinación parecida de los dos regímenes, pero estableciendo un fondo de exclusiva propiedad de la mujer con lo que ésta ganase trabajando en una profesión u oficio y una limitación para la disposición de los bienes aportados al iniciarse el matrimonio, por entender que ellos deben constituir una especie de garantía para la suerte de la unión conyugal y de la familia.)

Se le ha formulado a la legislación soviética en materia de matrimonio, el reproche de que resulta una forma de autorizar y estimular la poligamia, debido a que admite que una persona mantenga varias relaciones conyugales de hecho, y además, una registrada, contemporáneamente. Hasta puede ocurrir que se produzcan en las uniones no registradas casos de incesto con consecuencias civiles.

El legislador soviético había querido constituir su legislación familiar sobre la base de la familia natural, que se origina solamente en el hecho de la procreación, con preferencia a la familia legal única, célula del ordenamiento social para el concepto conservador en las sociedades capitalistas.

Aquella base natural no requiere, como intervención legal, sino las medidas de protección de los hijos menores y de tutela de los derechos de la mujer.

FILIACIÓN.

La filiación se prueba con el acto del nacimiento y también con la declaración de la madre, que puede ser anterior o posterior al parto. La persona indicada como padre debe ser notificada de esa declaración, y tiene un mes de plazo para formular sus oposiciones. En caso de incertidumbre sobre la paternidad, por ser varios los hombres que en la época de la concepción tuvieran relaciones con la madre de la criatura, el código de 1918 imponía a todos los presuntos padres la obligación de concurrir al sostenimiento reclamado.

Pero el Código de 1927 adoptó otro criterio: el tribunal debe declarar la paternidad de una sola de las personas llamadas a juicio.

Contra las viejas teorías de la patria potestad, la ley soviética establece el principio de la igualdad absoluta entre padres e hijos. No sólo son iguales los derechos de los cónyuges sobre la educación y cuidado de los hijos (y en caso de conflicto decidirán los órganos oficiales de la tutela) sino que el Código implanta la igualdad entre los padres y sus vástagos. Sus relaciones mutuas se basan en la idea de la camaradería. Los padres protegen a los hijos y sus derechos sólo existen en interés de éstos. A este respecto se hace notar el artículo 41 del Código, que ha dado motivo a muchos comentarios, y que estatuye los deberes paternos del siguiente modo: "Cuidar de la persona de los hijos menores, velar por su educación y su preparación en vista de una actividad *socialmente útil.*" La frase *socialmente útil* expresa la preocupación del legislador de asegurar a los hijos, desde pequeños, la educación política.

La verdad es que en el terreno de la legislación familiar se han hecho rectificaciones y cambios que unas veces responden a exigencias de la realidad y colocan la institución más de acuerdo con solicitaciones esenciales de la naturaleza humana, y otras veces son simplemente pasos hacia atrás inspirados en muy discutibles razones políticas.

Estando yo allí empezaron a tomarse medidas para prestigiar y fomentar las uniones registradas en relación a las no inscriptas.

Un decreto o ley de julio de 1944 preceptúa que *los derechos maritales y deberes establecidos por las leyes del matrimonio, familia y tutelaje se aplican sólo a los matrimonios registrados.*

También se evolucionó en lo tocante a formalidades del casamiento. Ya no había de bastar, como antes, presentarse una sola vez a la oficina registradora y dejar allí los datos personales, para que la pareja de contrayentes, sin testigos ni acompañantes, quedase unida oficialmente en matrimonio con la sola intervención del funcionario que inscribía sus nombres, sus datos personales y su decisión de casarse.

Desde entonces el procedimiento es menos fulminante. Se debe entregar, en una primera presentación, los datos y firmar las solicitudes y luego comparecer nuevamente en fecha indicada para que se efectúe el registro, si no hay impedimento. Asiste al acto, además, un funcionario comunal de importancia, el presidente de distrito del Consejo del Pueblo, con lo cual se comunica a la ceremonia cierto tinte de solemnidad.

En tren de estimular la inscripción de las uniones se llegó hasta establecer algunas desigualdades entre los hijos de uniones legalizadas o ins-

criptas y los de uniones no inscriptas. En efecto, mientras aquéllos llevarán el apellido del padre, éstos sólo podrán llevar el de la madre.

Esas reformas de la ley civil obedecen a una nueva política ante el matrimonio y la familia, que tiende —como dije en un informe elevado al Ministerio—, a restaurar en gran parte las formas tradicionales de la familia en atención, sobre todo, al *fomento de la natalidad*, que es una preocupación predominante del Estado Soviético (por razones de capacitación guerrera, pude añadir).

Y refiriéndome a aquellos distingos en la filiación comentaba:

"Menos mal que no existe por ahora ningún prejuicio contra la condición de hijo *natural* como se llaman en nuestras leyes a los hijos habidos fuera de los matrimonios legalmente inscriptos, ni contra las uniones no legalizadas, ni contra las madres solteras o *solas*. Pero cuando resurja, a favor precisamente, de este empeño en legalizar las uniones como primer paso a la de la familia, esos niños cuyo apellido es el de la madre, llevarán en su cédula de identidad una especie de señal que, como ocurre en nuestra legislación burguesa, delatará su condición civil distinta, aunque sólo sea con la facultad de usar un apelativo, de la de aquellos cuyos padres son casados.

Se continúa así un movimiento que se inició hace algunos años, cuando se reformó la ley sobre aborto y se lo prohibió mediante penas severas, no autorizándose sino en casos especiales y previa una solicitud. Se quiso entonces concluir con abusos que conspiraban contra la natalidad. Ahora se trata de fomentarla mejorando las pensiones a las madres de muchos hijos así como rodeando de mayores prerrogativas en el trabajo a las mujeres embarazadas y proporcionándoles mayores facilidades para la educación, mantenimiento y cuidado de los niños. Pero en cierto punto esa tendencia cede ante la de encarrilar la vida de este pueblo en la observancia de reglas legales."

Y se aseguraba por la ley y se estimulaba la investigación de la paternidad como defensa para las mujeres, contra la falta de escrúpulos de los tenorios vulgares.

La ley era muy celosa de que nadie escapase a la responsabilidad económica de su paternidad.

Parece que se daba el caso de la mujer que le ponía los puntos a un candidato con buenas entradas pecuniarias y se las arreglaba para hacerle padre presuntivo de una criatura, con lo cual adquiría el derecho de exigirle una pensión para la alimentación, cuidado y educación de aquélla. Y en el año 1944 se abolió la investigación de la paternidad. Se privó a las mujeres del derecho de reclamar nada contra quienes las hubiesen hecho madres, si no mediaba un matrimonio registrado. La ley citada dictaba la abrogación de *los derechos existentes de las madres de concurrir a la Corte para tales efectos*. Lo que quiere decir que si los padres no se avienen a reconocer espontáneamente su paternidad con los consiguientes deberes, esas madres *naturales* quedan desamparadas.

Otro viraje pronunciado, dentro de esa nueva política de retorno hacia la ortodoxia legislativa en materia de organización y costumbres familiares, se ha producido con respecto al divorcio.

DIVORCIO.

Al mismo tiempo que se abolía la *investigación de la paternidad*, conquista civil que entró en los códigos más modernos del mundo como una reivindicación de justicia en favor de la mujer, se adoptaban disposiciones para dificultar la disolución legal del vínculo conyugal volviéndola, para muchos aherrojados del matrimonio, prácticamente imposible.

Se estableció que debe entablarse públicamente. Se impuso una tasa de cien rublos a cada demanda. Se complicó el procedimiento con todas las formas de un juicio, cuando antes bastaba, en las uniones de hecho, el simple comportamiento de un cónyuge respecto del otro y no era necesaria ninguna formalidad para la inscripción, siendo suficiente la simple manifestación de voluntad anotada en los registros del estado civil. Los juicios, en todo caso, se referían a las obligaciones de cada cónyuge para con los hijos menores, y a la carga alimenticia entre esposos, que subsiste hasta un año después de la disolución. Se obliga al Tribunal Popular ante el cual se entablan, a practicar un intento de conciliación. Si la tentativa fracasa, el asunto se traslada a otra cámara, que sentencia. Además, la resolución favorable al divorcio puede ser elevada por el Tribunal de distrito al Tribunal Supremo. Finalmente, uno o los dos cónyuges deberán abonar, al dictarse la sentencia de disolución, costas que oscilan entre quinientos y dos mil rublos.

La nueva ley ha sido tan eficaz como freno, que al año y medio de su aplicación había reducido en un tercio el número de disoluciones.

En declaraciones formuladas en el año 1945, Vladimir Lukhodrev, controlador de todos los cuerpos judiciales de Moscú, dijo que en un principio se había pensado crear una Sala especial para la acción de divorcio.

—Han pasado dieciséis meses —agregó—, pero aún no hemos encontrado la necesidad de esa Cámara especial. Incluso estimamos que si hubiera una Cámara especial que entendiera en todos los divorcios de Moscú, solamente estaría ella ocupada unos días a la semana.

Se le preguntó cuál era la razón de una disminución tan rápida de los divorcios.

¿Era porque las Cortes habían concedido pocos divorcios? ¿Era porque los casados rehuían un sistema tan complicado?

Lukhodrev rechazó la primera suposición, y aunque reconocía que el procedimiento era algo complicado, no creía que el motivo básico del fenómeno fuera ése sino un motivo moral.

—El divorcio —dijo—, ha disminuído al hacerse público.

"La moral soviética —fueron sus palabras—, ha censurado siempre a aquellos que han tratado el matrimonio y el divorcio ligeramente; y mientras el divorcio era un asunto reservado podían no hacer caso a la opinión pública.

Entonces no se enteraba más que el interesado y el empleado de la oficina. Ahora el que quiere divorciarse tiene que salir en la prensa y asistir a dos juicios con testigos. El resultado es que sólo serios casos de incompatibilidad llegan a los tribunales.

Otra cosa positiva es que las gentes no hacen matrimonios rápidos e impremeditados.
He observado que los divorcios entre los jóvenes son escasos."

El periodista Kolmanov publicaba en octubre de dicho año un artículo en que recogía informes y opiniones de labios de los jueces.
De ese artículo vale la pena transcribir la parte donde relata su visita a la Corte o Tribunal de la ciudad, en la que se dictan las sentencias.
Dice así:

"La nueva ley anula el viejo sistema según el cual las oficinas de registro podían conceder el divorcio a petición de una de las dos partes. El derecho a conceder divorcios se otorgó exclusivamente a las Cortes. Dos etapas legales son necesarias antes que el divorcio sea concedido. Después que el divorcio ha sido pedido legalmente, se publica en la prensa, los tribunales populares investigan el caso y procuran encontrar el motivo de la discordia y reconciliar a ambas partes. Si no hay reconciliación, la causa se ve en un segundo tribunal que decide.

María Orlova, Juez popular del distrito de Sverlov, de Moscú, pidió a su secretaria que trajera veinticinco carpetas de los casos vistos durante el pasado año. Esta rusa rubia tenía una memoria extraordinaria. Una sola mirada a la carpeta era suficiente para recordar no sólo el caso sino el aspecto de los interesados.

—Esta pareja se reconcilió antes de verse el juicio —dijo mirando a los papeles—. Convencí a uno de ellos que olvidara y perdonara. Los veintidós restantes casos pasaron a los tribunales.

¿Que si había jóvenes entre los casos que yo manejé? Pocos. Sólo dos o tres parejas llevaban menos de dos o tres años de matrimonio. He aquí el caso de los más jóvenes que vinieron a nuestra Cámara.

Llevaban un año de casados; él estudiaba el último curso en un Instituto, tenía 21 años y ella 33. La mujer pedía el divorcio. Era un caso de abandono. Casi nunca veía a su marido. En siete meses no había pasado en casa siete domingos. Ella no le acusaba de infidelidad. Ella sabía que su tiempo lo dedicaba a la resolución de problemas científicos. Pero ella se había casado para tener un compañero y no para estar siempre sola. Un hombre que quiere a su mujer debe encontrar tiempo para dedicárselo a élla. Ella rara vez frecuentaba espectáculos ni visitas. Su paciencia se acabó, y a sus reproches el marido contestaba: "No pensarás que sacrifique mi ciencia".

Me costó mucho reconciliarlos —dijo María Orlova—. Se citaron como testigos a sus compañeros de trabajo. Finalmente el marido prometió organizar sus trabajos de manera que pasara más tiempo en casa.

—¿Consiguió usted unir más parejas?

—En la mitad de los casos sería inútil intentarlo, fué la respuesta.

La Corte que preside Pyort Overin es modesta. Consiste en la mesa del Juez, dos pupitres para el abogado y procurador y unas filas de bancos para testigos y público. El caso que yo escuché era el divorcio a petición de un agente de compras, de 35 años. Delante estaban su mujer y cuatro hijos varones. El Juez miró a los muchachos y ordenó que se los llevaran de la sala.

—Sus hijos no tienen que mezclarse en sus peleas domésticas — reprochó a los padres.

Se produjo un cierto revuelo en la sala cuando un vecino se llevó a los cuatro muchachos. El Juez entonces pidió al marido que expusiera su caso. El hombre empezó a contar un largo cuento de líos domésticos; él pensaba que su mujer no le era fiel; se había hecho irritable y aficionada a pelear.

Preguntando pacientemente a la esposa y a los vecinos, el Juez reconstruyó el cuadro de la familia.

—No tiene usted razón de acusar a su mujer de infidelidad —declaró finalmente—. Le debiera dar vergüenza de quejarse de una esposa como la suya. Es una buena ama de casa y madre. ¿Quién ha criado a los hijos sino ella, puesto que usted estuvo siempre fuera?

—Yo no me niego a mantener a mis hijos.

—Eso lo tendrá que pagar, quiera o no quiera, pero el dinero no compensa la pérdida de un padre.

—Los vendré a ver a diario.

—Entonces, ¿para qué marcharse de casa? ¿Por qué no admitir francamente que usted ha sido atraído por otra mujer?

Al principio el hombre lo negaba, pero luego lo reconoció.

—Usted es padre ¿y qué será de sus hijos si se quiere divorciar cada vez que se encapricha con alguien?

Las palabras del Juez produjeron un sinnúmero de aprobaciones de los espectadores. El marido insistía, pero cada vez con menos firmeza. Finalmente el Juez se negó a conceder el divorcio.

—Es la séptima vez que niego un divorcio en los últimos meses — me contó Overin, a medida que repasábamos los sesenta casos que él había tratado, desde que la ley entró en vigor.

—Pero, supongamos que igualmente el hombre deja a su mujer.

—No lo creo. Algo me dice que en tales casos no se debe profundizar la brecha entre ambas partes. Uno ve poco más o menos cuándo es rotura temporal.

Viendo recientes casos de divorcios observé que la mitad de ellos se habían celebrado en Cámara. Esto se hace a petición de una de las partes, cuando se tocan los aspectos íntimos de la vida marital. Overin dijo que él no tenía intención de reavivar el viejo aspecto sensacional del divorcio antiguo.

En el invierno de 1944, una mujer recibió comunicación oficial de la muerte de su marido. Dieciocho meses después se casó con un amigo de la infancia con el cual, al año, tuvo un hijo. A los pocos meses de nacer el hijo, reapareció el primer marido. Había estado prisionero de los alemanes, se escapó, luchó con los guerrilleros, detrás de las líneas alemanas. Estaba herido y cansado.

Aunque ella estaba muy compenetrada con su segundo marido, consideró su deber divorciarse y volver con el primero.

Su situación era muy delicada, y pesando todos los motivos, el Juez se negó a dar el divorcio.

—Su hijo —le dijo a la mujer—, debe tener un padre."

LA HERENCIA.

Existe el derecho sucesorio, tal como lo consagra la Constitución *staliniana* en su artículo 10, que después de establecer la existencia del derecho de propiedad y fijar su alcance, añade: *lo mismo que el derecho de herencia de la propiedad personal de los ciudadanos, está protegido por la ley.* Son, pues, trasmisibles por herencia, según ese artículo, *los ingresos y ahorros provenientes del trabajo, la casa-vivienda cuando se posee en propiedad, el dinero, los objetos de la economía y uso doméstico y los objetos de consumo y comodidad personales.*

La legislación soviética sobre el derecho de herencia se inicia con el decreto del 27 de abril de 1918, que se titula *Sobre la abolición del derecho de herencia.* Su artículo 1º expresa que *la herencia por ley como disposición testamentaria, se anula.* Según ese decreto, a la muerte de un individuo, sus bienes, tanto muebles como inmuebles, pasan a ser patrimonio del Estado.

Pero el mismo decreto, en su artículo 2º, concede una forma de herencia a título de *garantía social* en favor de los parientes por línea directa ascendente o descendente, hermanos o cónyuge, incapacitados para el trabajo, quienes recibirán el conjunto de los bienes dejados por el extinto, con preferencia a los acreedores.

Todavía otro artículo de ese mismo decreto, el 9º, decide que "si los bienes del difunto no exceden a una suma de 10.000 rublos, y están compuestos en particular de fincas y medios de producción del trabajo agrícola, en el campo o la aldea, entonces éstos pasan inmediatamente a disposición del cónyuge o parientes citados en el artículo 2º".

Leyendo ese decreto se comprende que haya dado origen a tantas discordias y pleitos, por lo difícil de su interpretación.

Para complicar más las cosas, vino un decreto del año 1919, referente a la aplicación del artículo 9º del anterior, a *aclarar* que el límite establecido de 10.000 rublos para los bienes que pasasen a disposición de los parientes, *no atañe a las economías del trabajo* que deje el difunto. Estos pasan de inmediato a la posesión y administración por los parientes indicados, independientemente de que excedan o no el valor de los 10.000 rublos.

Se explicó que la aclaración ponía a salvo el concepto de que la economía de trabajo representa de hecho un bien de una familia o de una comunidad de trabajo, que lógicamente debe servir a necesidades de esa familia o comunidad familiar, sin descuento de lo que pueda exceder de tal o cual suma.

Otro decreto reconoció la trasmisión de bienes no ya por concepto de *garantías sociales* sino por herencia. La confusión es tanta que, mientras un jurista soviético, A. G. Goibarg, escribió: "El decreto del 27 de abril de 1918 sobre la abolición de la herencia anula por completo la institución de la herencia como tal, no dejando de ésta nada, ni partes, bajo ningún concepto", el Tribunal Supremo de la República Rusa todavía en el año 1924 reconocía, que los poseedores de los bienes, según el artículo 9º del decreto de 27 de abril de 1918, cuentan con todos los derechos para dejar en herencia sus propiedades.

En el Código Civil de 1922, el derecho ofrece las siguientes características:

1º Eran objeto de sucesión los bienes hasta un valor de 10.000 rublos oro.

2º El derecho de disponer por herencia quedaba limitado asimismo por las categorías de herederos forzosos, que eran: Los descendientes en línea recta; el cónyuge sobreviviente; las personas incapacitadas para el trabajo que se encontraban bajo la protección del extinto, no menos de un año antes de su muerte.

3º Todos los herederos legítimos son citados de una sola vez y no por orden, no reconociéndose el derecho de representación.

4º Se establece la igualdad en las partes de la herencia; todos los herederos llamados por ley reciben una parte igual.

5º Se puede hacer testamento. Pero la libertad de testar está limitada en el sentido de que los bienes no pueden ser legados a personas que no son herederos legítimos.

6º Los bienes heredables pasan al Estado cuando no aparecen herederos, o desistan éstos de la herencia o estén privados de sus derechos. También cuando el testador deshereda a uno de los herederos forzosos, la parte de éste la recibe el Estado.

Por esa época se implantó el impuesto de herencia con escala progresiva.

Decretos posteriores al Código introducen numerosas modificaciones. En 1926 quedan abolidas las limitaciones del monto de las propiedades que se trasmiten por herencia. Desaparece el límite de los 10.000 rublos.

Se legisló sobre el testamento, decretándose en mayo de 1928 que los menores de 18 años no podían ser privados del patrimonio de la herencia ni dejárseles menos de los tres cuartos de su cuota hasta que debieran recibir la herencia.

La situación de los cónyuges en el caso de la disolución del matrimonio, por muerte o separación, se rige por el principio de que cada cónyuge conserva como suyos los bienes con que llegó al matrimonio, pero para los demás se aplica el concepto de la comunidad de bienes. Se reconocen, pues, los gananciales a cada cónyuge.

LA FAMILIA POR DENTRO.

Enfoquemos ahora la vida de la familia tal como se desenvuelve dentro de la estructura social de la nación y de los principios de su legislación civil.

En las grandes ciudades de la U.R.S.S. se experimenta, más que en parte alguna, ese dislocamiento de la vida de la familia que se produce universalmente como efecto de las nuevas formas de trabajo y la concurrencia que la fábrica y la oficina hacen al hogar en orden a las ocupaciones de la mujer.

En la U.R.S.S. el fenómeno se ha acentuado en extensión y profundidad porque a ese factor se agrega la influencia de la educación comunista en su tendencia a sustituir el solidarismo familiar, que puede deno-

minarse *egoísmo doméstico*, con un solidarismo de más amplio alcance, el solidarismo social que trata de expresarse y desarrollarse a base y a través de formas de convivencia cotidiana entre personas sin ningún lazo de parentesco. Por ejemplo, el *colectivo*.

Es una institución, que consiste en un agrupamiento de los miembros de un establecimiento —alumnos y maestros de un internado; o maestros solamente de una escuela; obreros solteros de una fábrica; empleados y obreros de un hospital; estudiantes de tal o cual Universidad o Instituto, etcétera—, para vivir juntos, bajo un mismo techo, a la manera de una gran familia solidarizada por el interés de resolver en conjunto muchos problemas de la vida práctica que el hombre o la mujer aislados difícilmente resuelven.

La costumbre impone que los componentes del *colectivo* concurran juntos a las diversiones y anden por todos lados juntos, como si fuesen los miembros unidos de una gran familia bien avenida.

La verdad es que a menudo el *colectivo* se vuelve una cadena más. Porque suele haber en su seno malquerencia y rencillas. Y lo desesperante es que no parece fácil cambiar de *colectivo*.

Una maestra cubana que había trabajado en una escuela de niños españoles —de los que llegaron a la U.R.S.S. cuando comenzó la guerra civil en su país—, había formado parte de uno de los *colectivos* del colegio, que congregaba a las maestras y cuidadoras internas, y juraba que vivir en esa forma era un verdadero tormento.

Se comprende cómo se suplanta de ese modo, con un grupo donde el joven soltero halla las ventajas (aunque también los inconvenientes) de la vida en común, organizada y disciplinada con miras a la obtención de ciertos fines prácticos, al grupo familiar, cuya cohesión íntima sufre, por otra parte, los embates de nuevas costumbres y necesidades, que apartan a los hijos de los padres y a los hermanos entre sí, durante las horas del trabajo y no les permiten reunirse a las mismas horas de descanso, sino muy de tanto en tanto.

A esta dislocación que pertenece, en todos los países del mundo, a las modalidades de la existencia contemporánea, que van relegando al pasado los hábitos conviviales de la familia tradicional, con su patriarcalismo más o menos atenuado y sus vínculos de unión entre parientes que mantienen entre sí una comunicación constante, se agrega en la Unión Soviética la que resulta del concepto oficial sobre las relaciones entre padres e hijos.

Se ha hecho notar que el Código no impone a los hijos la obediencia a los padres. Ellos son independientes, en cierto sentido, de sus progenitores. Están solamente ligados a sus padres por la obligación común a todos los miembros de la familia de asistencia y alimentos, que suele hacerse efectiva sobre todo en su beneficio.

En la escuela se consideró una reforma, como ya lo he consignado, la enseñanza de normas morales para que los niños aprendiesen a respetar y querer a sus padres, implantada hace tres años. Eso se hizo indispensable porque la indisciplina en los hogares había llegado a extremos inauditos, azuzada o alentada por la doctrina que tiende a separar cuanto antes a los hijos del cerco estrecho de la familia, para que se vuelvan miembros

de una comunidad más vasta, sentando una falsa incompatibilidad entre aquélla y ésta, que se acentuaba con las exageraciones propias de la mentalidad juvenil.

Alguien me informaba que ya no se conserva en la mayoría de los hogares soviéticos la costumbre de las comidas cotidianas, en que todos se reúnen. Se come a cualquier hora. La madre hace una comida, que cada uno come a distinta hora, recalentándola; y a veces cada cual hace la suya propia, siempre muy frugal y de fácil preparación.

El marido y la mujer, y los hijos cuando son grandes, llevan a menudo, dentro del hogar común, vidas separadas. Cada uno tiene lo suyo para sí; ni siquiera comen juntos a la misma hora, porque el trabajo los dispersa, y sólo de noche se reúnen para dormir bajo el mismo techo.

Eso mismo ocurre en gran parte de los hogares proletarios de casi todos los países. En todos los países se marca una diferencia cada día mayor entre los extremos del *hogarismo* burgués tradicional, a la antigua, y el *deshogarismo* que las costumbres contemporáneas han traído a la vida de las sociedades industrializadas; por el lado de la clase obrera, a causa de las nuevas formas de explotación industrial, y por el lado de la burguesía, a causa de las nuevas exigencias y modas sociales.

En el campo soviético seguramente la familia conserva todavía mucho de su vieja cohesión, porque allí también los hábitos de la existencia campesina cambian más lentamente, dado que la evolución industrial rusa es mucho menos rápida y no llega a perturbarlos en lo fundamental.

Además, en el campo la mujer no se aparta de la vivienda para trabajar, aunque labre la tierra y recoja las cosechas. Y así ella permanece siempre como centro activo de la reunión familiar; mientras que en la ciudad hasta la madre, si no es muy anciana o no recibe pensión como madre de muchos hijos, debe salir a ganarse un salario.

Lo cierto es que el sistema de vida de la U.R.S.S. no ha logrado colocarse en un término medio aceptable, que sin participar de todas las arcaicas formas del familismo y del hogarismo burgueses tradicionales, conserve y prestigie los mejores lazos de la solidaridad, el respeto y el amor entre los miembros del hogar fortificando las bases de éste y haciéndolo más apto para el culto de esa constante adhesión de almas y de corazones. No ha sabido dotarlo, para empezar, de la vivienda que es, sin metáfora, el templo natural e imprescindible de ese culto.

CAPÍTULO XLI

LA MUJER

Gran suerte ha sido para el prestigio y la propaganda de un régimen que aspira a deslumbrar al mundo con su capacidad de transformación del medio histórico donde actúa, que el zarismo, mientras por un lado le dejaba como herencia un valioso tesoro de riquezas acumuladas que ahora contribuyen a su esplendor —aludo más que a las guardadas en el Kremlin, en los templos y en los palacios de los nobles y grandes mercaderes rusos, a las Universidades y centros de enseñanza artística, al Teatro como magna institución orgánica, a la Academia de Ciencias, a los Museos de Arte, a la soberbia edificación de San Petersburgo, con su genial trazado edilicio—, le haya dejado asimismo, por otro lado, el atraso de un estado social y político tan anacrónico, que le daban fama afrentosa ante el concepto universal.

Porque en tanto que lo primero, ese capital de ingentes valores perdurables, le permitía aprovecharlos para rodear de rutilante brillo su obra de gobierno, con poco que se esforzase en bruñir los viejos bronces y los genuinos oros para ponerlos al servicio de las necesidades actuales; lo segundo le sirve de fondo de sombra para hacer resaltar, por contraste, las reformas que más invoca como prueba de su éxito en la tarea revolucionaria de cambiar radicalmente las costumbres y las instituciones.

Donde más se comprueba la verdad de este acierto es en el cuadro de la condición femenina, que ofrece interesante y pronunciado el contraste entre lo que era la mujer rusa de los tiempos del zar y lo que es ahora, sin que haya llegado a ser, en cuanto a libertad política y a conciencia de sus derechos, lo que en muchos otros países de la tierra.

EMANCIPACIÓN CIVIL.

En los viejos tiempos, y hasta en los últimos años del zarismo, pese a los adelantos de la legislación a que me he referido páginas atrás, la mujer era una permanente menor de edad, que pasaba de la tutela tiránica del padre a la tutela, no menos tiránica y a menudo brutal, del marido. La historia y la literatura, que es también historia, están contestes en que era una esclava en su hogar, primero bajo la férrea voluntad del padre, y luego bajo la del esposo que, incluso, en las capas incultas de la sociedad, la castigaba por costumbre sin escándalo de nadie, como que la tradición religiosa venía entonces en ayuda del marido desde los labios del pope y desde las páginas de un Código eclesiástico, el *Domostroi*, que indica cómo deben aplicar los maridos castigos corporales a sus esposas y cómo deben éstas recibirlos.

En la misma iglesia cristiana ortodoxa, donde se prohibe a la mujer transponer los umbrales del altar mayor, sin duda por considerarla

el "animal impuro" de la Biblia — se halla la justificación sagrada de la distinción jurídica que separaba a los sexos.

La Revolución encontraba, pues, allí un terreno bien poblado de injusticias e iniquidades que suprimir.

Las leyes soviéticas han barrido con todo rastro de esa desigualdad tradicional. El hogar ha perdido por ello todos los caracteres opresores de que antes se hallaba revestido cuando impuso a la mujer obligaciones absorbentes en el seno de una familia en que le tocaba obedecer ciegamente al hombre —padre o esposo—, cuando no constantemente servirlo.

Hoy, la mujer desde que entra en la edad del discernimiento encuentra en la sociedad un sitio igual al del hombre, y se instala junto a él para gozar de las mismas posibilidades de acción y de independencia económica.

Puede ganar su vida en el trabajo remunerado, que es para ella un deber a igual título que para el varón.

Alterna, pues, con el hombre, en todos los planos de la existencia colectiva y no depende de él económicamente sino cuando quiere, como en esos casos, cada día más numerosos, de hogares en que el esposo —militar de alta graduación, artista emérito, escritor cotizado, académico famoso, alto funcionario, etcétera—, dispone de copiosas entradas y su mujer puede entonces vivir consagrada a los cuidados de su casa, haciéndose ayudar por alguna *ñaña* o sirvienta.

Legalmente el asunto se arregla haciendo figurar a la esposa como secretaria; pero en tales casos, no cabe por lo general hablar de una situación femenina de sumisión, ya que la mujer suele ser entonces la verdadera dueña del hogar y no cede nada en materia de derechos civiles y humanos al marido, a quien ciertamente se siente, eso sí, obligada a tratar, en el orden de los sentimientos conyugales, con la misma lealtad que ella exige de él.

La mujer llena todo el ámbito del trabajo, y no sólo en los interiores del taller, de la usina, de la oficina burocrática, de las casas de estudio, de las casas de salud y hospitales, de los hogares campesinos, donde además del cuidado doméstico, cultiva las tradicionales industrias del tejido, del bordado, del encaje, de la confección de labores a mano; sino también en el campo, labrando la tierra y guiando tractores; y en las calles de la ciudad, dirigiendo tranvías y ómnibus, o limpiando de nieve las calzadas y las aceras o haciendo excavaciones, removiendo rieles y partiendo el asfalto; y en las obras de construcción al aire libre, demoliendo edificios o levantando muros y trepándose varonilmente, vestida como hombre, a los andamios.

No faltan, sin duda, quienes entiendan que todo ello contribuye a forjar una humanidad nueva, sin artificiales separaciones en las aptitudes de los sexos y preparada para afrontar la vida con la fortaleza y la decisión de una sana igualdad de hábitos y responsabilidades entre los dos sexos. Yo canté ese heroísmo femenino, a poco de llegar, en algunas estrofas de cierto poema que vió la luz en la edición española de *Literatura Internacional*, dirigida por los poetas Arconada y Kelin.

Ese poema fué traducido al ruso por Kelin y recitado por una actriz

de radio la noche de mi conferencia sobre "Rodó y su *Ariel*" en la Biblioteca de Literaturas Extranjeras.

Y bien está que, como digo allí, la mujer rusa ponga "un dramático empeño en ser útil y humana, para ser más hermana de todos sus hermanos, y además más mujer", pero es lamentable que no se haya logrado preservarla de tareas y esfuerzos nada apropiados a lo esencial de su femineidad orgánica.

La guerra había agravado, cuando yo estuve allí, ese estado de cosas, pues ella impuso la necesidad de ocupar con mujeres los sitios que el hombre dejaba vacíos para marchar al frente. Y eso que ellas también prestaron un considerable tributo al Ejército en servicios de sanidad, desde luego, pero también en la defensa antiaérea, en el transporte, en los parques de guerra, sin contar las tareas policiales de la ciudad, que quedaron en muchas partes a su cargo y que a menudo asumían un carácter de operaciones de defensa en contra del invasor o del asaltante aéreo. Murieron muchas en las primeras filas del frente. Y en vista de ello se ordenó que sólo fueran al frente las tiradoras expertas.

La escasez de mano de obra para ciertas industrias que, como las de la construcción, deben llenar serias necesidades apremiantes, explican ese empleo de la mujer —que todavía persiste—, en tareas demasiado varoniles. Pero, sin duda, disminuyendo el número de policianos que tanto abundan, y desmovilizando en mayores proporciones el ejército, se podría liberarla de los trabajos rudos, reservándola para otros menos chocantes con las cualidades esenciales de la femineidad natural, tal como esos que también desempeña en Moscú; por ejemplo, el trabajo de las peluquerías para ambos sexos, donde siempre el personal femenino, peinando a una dama o afeitando a un caballero, está más en su lugar que el masculino.

Esa evolución saludable acaso concluya por imponerla la misma intensa preocupación que el Estado soviético demuestra en favor del crecimiento de la natalidad y por el *espíritu de procreación*, como dice un decreto dictado con el fin de *alentar* ese espíritu.

Con este fin, en efecto, se han instituído pensiones para las madres de más de dos hijos, y se obliga a las empresas y a las organizaciones, como en casi todos los países civilizados actualmente, a conceder a las parturientas un descanso, que allí se ha fijado en setenta y siete días, es decir, treinta y cinco antes del parto y cuarenta y dos después de éste, que se prolongará hasta cincuenta y seis días en caso de parto anormal o de nacimiento de mellizos.

Se estimula a la maternidad también con distinciones honoríficas: la medalla de la Maternidad, la Orden Gloria de la Maternidad, y el título de Madre Heroína.

La madre soltera o sola tiene el derecho de hacer cuidar y alimentar gratuitamente a su hijo por el Estado, en establecimientos de guarda y educación de niños, los asilos maternales de la U.R.S.S., renunciando a la ayuda pecuniaria del Estado que pudiera corresponderle.

El Estado Soviético no es, sin embargo, muy largo en su ayuda pecuniaria, pues las pensiones que se acuerdan son 400 rublos de una sola vez a las madres que tienen dos hijos al nacimiento del tercero; 1.300 rublos de una sola vez y 80 rublos mensualmente a las que tienen tres hijos, al nacimiento del cuarto; 1.700 rublos de una vez y 120 mensualmente, a las que tienen cuatro hijos, al nacimiento del quinto; y así hasta la suma de 5.000 rublos de una sola vez y de 300 rublos mensuales a las que tienen diez y más hijos, al nacimiento del undécimo y de los siguientes. Por estos últimos, es decir el undécimo y siguiente, la pensión durará cuatro años, mientras que para los anteriores durará cinco. Se tiene en cuenta, para determinada ayuda, los hijos caídos en el frente o desaparecidos en la guerra.

LA VIDA SEXUAL.

¿Cuál es la situación de la mujer en la Unión Soviética con relación a los problemas de la vida sexual?

La Revolución no podía menos de colocarse frente a los prejuicios de la moral burguesa que han tendido a reforzar el concepto de la familia fundado en la propiedad privada y en el predominio económico y social del esposo, sacrificando a esas finalidades la suerte humana de la mujer casi desde su pubertad.

Las primeras reacciones populares contra las ataduras y las injusticias antinaturales de esos prejuicios fueron muy lejos. Había que concluir con esa abominable duplicidad de una moral sexual que castiga como vergonzoso delito en la mujer lo que al hombre está permitido.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el tema de las torturas a que el prejuicio social somete a la mujer en la esfera de sus sentimientos amorosos y de sus experiencias sexuales. No he de insistir en asunto que ha provisto de tan abundante sustancia humana a la literatura de todos los tiempos y de todos los géneros: la novela, el poema, el teatro.

El *horror al hijo*, ese monstruoso *horror al hijo* que enloqueció a la Margarita de Gœthe, que sienten todas las solteras de las sociedades cristianas, especialmente las católicas y que suele reforzarse bajo las condiciones económicas y sociales de la existencia en las sociedades capitalistas, ha devorado más vidas infantiles que todos los ogros de los cuentos de hadas, o el feroz Minotauro de la leyenda griega, o el insaciable Moloch sirio de los antiguos amonitas.

Ese espantoso fenómeno de la prostitución, que nos muestra por un lado la llaga purulenta del libertinaje desenfrenado que insulta y desafía a la austeridad del trabajo y de la dignidad humana, y por otro lado el horrible espectáculo de miles de mujeres transformadas en mercancías, que venden su cuerpo rebajando el instinto genésico (sagrado porque es el padre de la vida, el amor en su esencia fisiológica), a la condición de un comercio carnal por dinero, para hundirse en el ludibrio público y quedar marcadas por un estigma sangriento con el cual suelen condenarse a seguir un camino de ignominia y de lodo que conduce inexorablemente del prostíbulo al hospital, ese fenómeno basta y sobra para hacer el proceso de un sistema de organización social donde aparece como un efecto sobre todo de causas económicas.

Pero no es ése el único cuadro sombrío que se ofrece a nuestra reflexión consternada, en la existencia y condición de la mujer dentro del

ámbito de la sociedad capitalista. ¿Qué decir de la mujer que debe casarse sin amor o de la que voluntariamente se casa por conveniencia? ¿Y de la que lo hace enamorada de un vulgar pescador de dote que no la quiere y la tortura en el matrimonio con su indiferencia y sus vejámenes, y por añadidura, la despoja de sus bienes y la deja en la calle, sola o cargada de hijos?

No es tampoco envidiable la suerte de la esposa que ve a su esposo encenagarse en torpes aventuras sexuales con todo linaje de mujeres, con las cuales derrocha el dinero que para el hogar escasea, mientras ella debe cuidar en casa de los hijos y hasta sacrificarse por ellos, o enamorada a su vez del hombre que pudiera hacerla feliz tiene que ahogar sus sentimientos en el fondo de su pecho, porque ella no puede, sin faltar a la moral y sin cubrirse de oprobio para el concepto público, tomarse, ni siquiera impulsada por un amor puro, una mínima parte de las libertades de que goza su marido.

Bien es verdad que el divorcio ha venido a atenuar en parte esas desventuras, pero aun así el sentimiento católico, si no el prejuicio social, persigue a la mujer que no ha querido o no ha podido resignarse al papel de víctima de un matrimonio desgraciado.

También es cierto que en naciones muy evolucionadas en materia sexual, como Estados Unidos o los países nórdicos de Europa, la mujer ha alcanzado libertad de acción y de sentimientos no sólo en los preceptos de la ley sino en las mismas mallas del criterio moral corriente.

Pero allí queda en pie todo lo que contra la suerte femenina se deriva directamente del régimen económico, particularmente la injusticia de que las libertades y derechos de la mujer están menos al alcance de las pobres mujeres del pueblo, o aún de la clase media, que de las mujeres ricas.

Otro aspecto del problema —y no el menos transcendental por cierto—, es el de las costumbres y actividades femeninas desde el punto de vista de la suerte de la familia y de la especie.

Es precisamente esta suerte social y fisiológica la que se invoca siempre como fundamento práctico de todo sistema de moral social.

Y bien: desde ese punto de vista no es nada tranquilizador el espectáculo de esa vida frívola y descocada a que se entregan las mujeres ociosas de la clase pudiente en la sociedad capitalista. En todas las ciudades del mundo burgués puede el sociólogo preocupado por el porvenir de las generaciones, observar con pánico el cuadro de esos millares de jovencitas que beben alcohol como carabineros y sólo tienen disposición para divertirse en juegos de azar, en deportes a veces más excitantes que saludables, en teatros alegres, en dancings, en cabarets.

De entre ellas salen las que son madres de familia en clases enteras de la sociedad.

La prostitución, por un lado, y el género de educación y de vida de miles de mujeres sexualmente honestas por otro, son en esas sociedades grandes enemigos de la familia y de las mejores y más naturales virtudes del hogar.

Una sociedad del Trabajo debiera cambiar totalmente todo ese estado de cosas y personas.

Su moral habría de ser amplia y humana, sin que vinieran a torcer

los sanos designios de la naturaleza los conceptos forjados por el prejuicio religioso y los intereses de clase. El pueblo obrero no podría perpetuar la injusticia de esa duplicidad de una ley moral infundibuliforme, ancha para los hombres y angosta para las mujeres. Y como los tiempos del ascetismo han pasado y no es posible admitir que los hombres vivan en un culto tan cenobítico de la castidad que les haga poner camisa de fuerza a sus impulsos naturales, la moral que corresponde no es la de una limitación contra natura a la libertad sexual del hombre racionalmente administrada, sino la que liberta a las mujeres de los medievales "cinturones de castidad" de leyes y costumbres injustas, y corta las ataduras con que se les atrofia o se les encona el sexo.

La reivindicación de la libertad en el amor promete una humanidad feliz en el goce tranquilo de los más naturales sentimientos, nunca más puros que cuando pueden mostrarse a la luz del sol sin acarrear a nadie otras penurias que las propias de los afanes de la carne y del alma cuando no son correspondidos.

La reivindicación se produjo, apenas derrumbada la superestructura jurídica y moral del antiguo régimen, con el radicalismo ingenuo de las fórmulas más simples. Los jóvenes adhirieron de hecho a la más sumaria y expeditiva implantación del amor libre, y no pocos lo basaban en infantiles interpretaciones doctrinarias que hacían de él un vulgar desenfreno. Se puso de moda la doctrina "del vaso de agua". Amar debía ser un acto fisiológico sin trabas ni complicaciones sociales, materialmente tan fácil de llevar a cabo como beberse un vaso de agua.

Para la mujer había de ser tan simple darse como para el hombre tomarla. *¡Voila tout!*

Pero ésa no era, no podía ser la moral sexual de una sociedad de trabajadores y no de libertinos.

Es conocida la respuesta que dió Lenin a esa doctrina del vaso de agua: "¿Es que acaso una persona normal en condiciones normales se echará de bruces en la mugre y beberá de un charco? ¿O siquiera de una copa cuyos bordes tengan las huellas grasientas dejadas por muchos labios?"

Y se repudió esa absurda interpretación de los derechos humanos en materia de relaciones sexuales, que no era todavía ¡felizmente! la colectivización de la mujer o la implantación del régimen de la *cobija única*, pero que también hubiera conducido a una espantosa relajación de las costumbres.

No podía, en efecto, ser una aspiración sensata hacerle perder a la mujer el pudor a pretexto de emanciparla.

La bien entendida castidad en el amor no es un prejuicio que obedezca a intereses de clase ni a supersticiones religiosas. Es un mandato de los destinos de la especie humana. Ellos son los que exigen que la mujer sea monógama y que el amor trascienda en la solidaridad integral y fecunda de la pareja humana, mucho más allá del simple acoplamiento físico.

La mujer debe ser casta (que no quiere decir asexuada) para ser una madre sana. El hombre no ha de ser disoluto, sino casto asimismo, para ser fuerte y no envilecer el amor transformándolo en vicio.

Claro está que los que proclamaban la facilitación del amor reduciéndolo a un acto fisiológico inocente, no preconizaban el vicio, la realización viciosa de ese acto.

Una moral digna de su nombre, debía, pues, basarse en aquel concepto de que el amor humano halla su centro natural en la pareja monógama, lo que no quiere decir indisoluble.

Por eso perduró un sentido moral contrario a las prodigalidades de la carne en una excesiva sucesión de experiencias y lides amorosas, y la mujer sintió la dignidad de concretarse al hombre al cual voluntariamente estaba unida. Y el hombre, a su vez, en la posibilidad de unirse a la mujer amada y de desunirse de la que se ha alejado de su corazón, (porque no existen en la U.R.S.S. las razones que entre nosotros hacen siempre de las uniones y de su disolución un problema erizado de dificultades económicas, sobre todo del punto de vista de los hijos), ha aprendido a ejercitar un sentimiento de lealtad casi inédito en otras partes, aquietando junto a la compañera de su hogar las veleidades de su instinto.

La maternidad se vió rodeada de todos los respetos.

La mujer pudo ser madre, en cualquier circunstancia, sin tener que avergonzarse ante nadie, sino por el contrario exhibiendo su hijo como una virtud.

La mujer no es prisionera de prejuicios contra natura ni de la mojigatería hipócrita de las morales que fincan toda la moral de la mujer en una administración claustral, y a veces taimada, de sexo, morales de sacristía que, por otra parte, no afan ya —como hemos dicho—, a las jóvenes mujeres de los países nórdicos de Europa ni de los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero tampoco es, en la generalidad de los casos y en la normalidad de su vida, una *sportwoman* del amor y se aprecia su fidelidad al hombre elegido y sabe distinguir, sin hipocresía ni monjiles recatos, entre lo que pertenece a una manera de ser correctamente moral en sus relaciones con el hombre y lo que cae en la órbita de la incorrección o de la licencia y el vicio.

Es mal conceptuada la mujer que se extralimita en el empleo de sus libertades amorosas, pero no se conoce el horrendo estigma social que condena sin piedad, y a menudo para siempre, a la que se ha desviado en excesos más o menos indignos.

No se tolera —como se recordará—, la prostitución, o sea, el comercio carnal por dinero, como medio sistemático de vida, pero existe, si se quiere en una forma larvada aunque fácil de descubrir. Ya he relatado cómo la policía persigue a las mujeres que incurren en esa forma de vida "frívola", y cuando no las utiliza por sus averiguaciones, las confina a donde no puedan continuar ese género de existencia. Son por lo general crueles esos procedimientos que, incluso, pueden recaer, inesperada e inexorablemente, sobre pobres muchachas cuyo único delito consiste en mantener relaciones sin autorización policial con algún extranjero y en enamorarse de éste hasta el punto de no prestarse a delatarlo con la prolijidad puntual que se les exige, como odiosa condición.

Pero la aventura no deja rastros en la reputación de la persona si

ella se regenera y se aviene a las exigencias sociales y morales de una vida normal.

La mujer no halla nunca en la familia obstáculo a las relaciones amorosas que desea ni a la unión, registrada o no, con el hombre que la merezca. Y la expresión normal de sus sentimientos no le hacen perder nada en la opinión de las gentes, que viven ajenas a esa enfermiza ansiedad burguesa —allá desconocida—, de escudriñar en la vida sexual del vecino, y no la juzgan con pudibundeces farisaicas.

Sin duda se debe temer que la política de estimular la inscripción de las uniones dándole ventajas civiles a la mujer casada sobre la simplemente unida, conspire contra esa ecuanimidad y amplitud de la opinión moral corriente; así como la influencia espiritual de la religión logra ya asimismo suscitar reapariciones, más o menos esporádicas, del prejuicio de la virginidad.

Sea como fuere, habrá siempre diferencia entre la situación moral de la mujer soviética, dueña de sus actos en el reconocimiento de todos los derechos de la personalidad humana, y la pobre mujer del pueblo de la época de los zares, que vivía encadenada a la voluntad omnímoda del padre, primero, y del marido después, como una esclava constantemente aterrorizada por el poder del amo y las admoniciones del sacerdote.

Una observación desagradable se hace, sin embargo, por quienes pretenden haber percibido de cerca el cuadro de las costumbres sexuales.

Probablemente a causa de las condiciones de promiscuidad a que la vivienda soviética condena a la mayoría de la población urbana, parece averiguado que se tocan extremos de corrupción o desaprensión, en punto a relaciones sexuales, que resultan inadmisiblemente escandalosos para el observador extranjero. Se daría el caso de que algunas mujeres se acuestan con sus amantes en el mismo aposento que comparten con otros miembros de la familia, genitores o hermanos. Si se tratase de esposos de hecho, que son también de derecho, obligados por la fuerza de las circunstancias a reducirse a una habitación común, menos mal; pero no sería, por cierto, lo mismo si se tratase de cómplices sucesivos del libertinaje en una de sus formas más crudas y torpes.

Diríase, eso sí, que se reacciona, con la educación y las leyes actuales, contra semejantes desviaciones y excesos.

LAS PUERTAS CERRADAS.

Pero la sombra de las limitaciones políticas, de las precauciones y prevenciones del régimen contra el extranjero, gravitan sobre la mujer en esa zona de su destino personal reservado al amor, que es la que más debe quedar a cubierto de toda ingerencia extraña si algún respeto merecen del Poder los más vitales derechos humanos.

Ya hemos visto cómo algunas veces se interponen ante sus impulsos y la realidad de su suerte esas nubes intensas que sobre todo el sistema de la vida soviética, arroja la implacable ingerencia policial y cómo ellas caen despiadadas, de pronto, en el corazón de pobres muchachas que han cometido la imprudencia de enamorarse seriamente, y en determinadas circunstancias, de ciertos extranjeros.

Ahora quiero referirme a las dificultades opuestas a las mujeres que, habiéndose casado con extranjeros, necesiten ausentarse del país para acompañar a sus esposos.

En éste un asunto que ha hecho vibrar muchas veces el telégrafo internacional y que volvió a ponerse sobre el tapete de los comentarios mundiales cuando, hace pocos meses, se supo que el secretario de la Legación de Chile no podía salir de Rusia con su esposa rusa, al romperse las relaciones diplomáticas de ambos países, porque existía una ley que no permite a las mujeres casadas con extranjeros abandonar el territorio nacional si antes no renuncian a la ciudadanía soviética.

Poco antes se había difundido la noticia de un decreto que prohibe a las mujeres soviéticas casarse con extranjeros. De este modo se evitaban cuestiones futuras. . .

Precursor del secretario de la Legación de Chile en esa situación anómala de un esposo que no puede llevarse consigo a su esposa, había sido mi excelente colaborador y amigo, el Secretario de la Legación del Uruguay, señor Mario Jaunarena; como precursores habían sido también un Ministro de Colombia y numerosos empleados de misiones diplomáticas militares, y periodistas de diversas nacionalidades, la mayor parte británicos y norteamericanos, que hallaron cerradas las puertas de salida para sus esposas soviéticas, cuando tuvieron que retornar a sus respectivos países.

A mí me tocó apremiar mi aprendizaje de diplomático incipiente y poner a prueba mis recursos abogadiles en un verdadero pleito que con tal motivo tuve que sostener con la cancillería y que se prolongó por espacio de un año.

Ocurrió que, a los tres meses de nuestro arribo a Moscú, mi joven secretario contrajo enlace. Había conocido a una alumna, muy destacada e inteligente, de un Instituto de Dibujo, hija de una buena familia de viejos moscovitas, y valiéndose del escaso inglés que ambos hablaban logró comprender y explicar que no había razones valederas para demorar el casamiento.

A poco de casados, los jóvenes esposos se pusieron en campaña para obtener el pasaporte de la señora, porque si bien no pensaban embarcarse para el Uruguay en seguida, deseaban estar tranquilos cuanto antes respecto de la probabilidad de hacerlo a su debido tiempo.

Tuvieron la suerte de que tras unas gestiones relativamente breves y sencillas, ante la oficina policial *(Vir)* que concedía los pasaportes para el exterior, pero mediante los buenos oficios del Jefe de la Sección de Relaciones con América, que fué siempre muy deferente para con nosotros, se les otorgase el documento.

La noticia del suceso por falta de discreción de los agraciados, que no usaron en seguida la autorización y en cambio la mostraron a algunos amigos, no tardó en trascender. Cundió como un reguero de pólvora entre la multitud de mujeres rusas casadas con británicos, yanquis, americanos, etcétera, que no podían conseguir autorización para irse con sus esposos. El Ministro de Colombia se decidió entonces a contraer enlace con una joven rusa, dispuesto a llevársela a su país, como era lógico. Anunció al Comisariado de Negocios Extranjeros que tomaba esa resolución

alentado por el hecho de que a la esposa del Secretario de nuestra Legación se le hubiese acordado pasaporte para salir de la U.R.S.S.

Pero vino a arrojar una carrada de arena sobre todo ese revuelo de llamaradas de esperanza la comunicación remitida a la esposa de mi secretario, a raíz de aquella visita del Ministro de Colombia al Comisariado, por la cual se le hacía saber que su pasaporte quedaba sin efecto. Debí, naturalmente, ponerme en campaña para restablecer la autorización que se le retiraba a la señora de Jaunarena.

Mi grande amigo, el Ministro de Colombia, don Alfredo Mikelson, recto caballero chapado a la antigua, que no quiso echarse atrás después de haber anunciado oficialmente su casamiento, a pesar de estar en conocimiento de lo ocurrido, no intentó siquiera ninguna gestión por su esposa, quedando a la espera de lo que resultase de mis esfuerzos.

Si yo tenía éxito era evidente que le aprovecharía también; y si fracasaba ¿de qué podía servirle empeñarse en querer abrir compuertas que se cerraban para todos, y por lo visto, antes para él que para otros?

Yo reclamé ante el Comisariado contra esa medida que colocaba al secretario de la Legación del Uruguay en una situación dramática, tanto más injusta cuanto que, cuando él se casó, las puertas del territorio permanecían abiertas para las mujeres en el caso de la suya, como lo demostraba el hecho de habérsele otorgado el pasaporte, con el cual hubieran podido embarcarse tranquilamente si no hubiesen incurrido en la imprudencia de dejar pasar cerca de un mes sin utilizarlo. Exigí constancia de que la medida no se tomaba especialmente contra el funcionario de mi Legación, y se me respondió por nota que obedecía a decretos de carácter general, algunos de ellos anteriores al otorgamiento del pasaporte a la señora de Jaunarena, según los cuales ninguna mujer soviética unida con extranjero podía salir de la Unión sin previa renuncia de la ciudadanía soviética.

La exigencia resultaba un impedimento práctico insalvable en la mayoría de los casos, sobre todo cuando los esposos eran diplomáticos o militares, casi siempre de corta permanencia en el país, ya que la renuncia de la ciudadanía debía tramitarse ante el Soviet, y la gestión duraba años.

No se hallaba Molotov por ese entonces en Moscú. Había partido para San Francisco, donde tuvo que permanecer una larga temporada. Aprovechando que también concurría a esa conferencia nuestro Ministro de Relaciones, que lo era el señor José Serrato, le remití un extenso telegrama redactado en forma de poderlo mostrar a Molotov, narrándole la incidencia y pidiéndole entrevistase a éste a fin de solicitarle una solución favorable del asunto. El señor Serrato accedió a mi pedido y visitó con tal motivo a Molotov. Dos meses después retornaba el canciller soviético a Moscú, y apenas llegado le solicité una entrevista para hablarle de la cuestión.

Esa entrevista se celebró en el Kremlin. Tuve que llegar con una tarjeta especial de entrada, que me franqueaba los diversos pasajes donde los guardianes exigen la exhibición de los carnets correspondientes, y acompañado por un funcionario especial fuí conducido a una sala donde vino a buscarme el tercer Jefe del Protocolo, que por hablar correcta-

mente el castellano, había de servirme de intérprete. De allí pasamos a otra sala, más bien pequeña, en la que me aguardaba Molotov y donde tomamos asiento en torno de una gran mesa ovalada que la ocupaba casi por entero.

Expresé el motivo de mi visita e hice, claro está, referencia a la que mi ministro le había hecho en San Francisco. Tuve la impresión de que si bien recordaba haber sido visitado por el señor Serrato, no tenía recuerdos precisos sobre el objeto de la entrevista. Pero estaba, indudablemente, informado por el Jefe del Departamento de Relaciones con América, de qué se trataba en las gestiones llevadas a cabo por mí, y se colocó en la posición que le parecía más firme para mantener la negativa.

La U.R.S.S. no priva a nadie del derecho de alejarse de su territorio. En el caso de las mujeres que se unen con extranjeros, no es una prohibición la que se opone a su salida sino una condición, que apenas se cumple, les abre las puertas. Ellas deben pedir autorización al Soviet para cambiar de ciudadanía.

—Pero ¿por qué han de solicitar tal autorización las mujeres que no cambian de ciudadanía por el sólo hecho de casarse con un extranjero? La mujer soviética que se casa con un uruguayo, no cambia de ciudadanía ni de nacionalidad. Sigue siendo soviética, de acuerdo con las leyes uruguayas.

Comprendió que pisaba en mal terreno, y salió del paso diciéndome que el asunto lo tomaba un poco de nuevas, pero que en su opinión el pasaporte a la esposa de mi secretario había sido otorgado por error. Ella tendría que presentarse ante el Soviet solicitando la autorización para despojarse de su ciudadanía soviética.

De ahí no pude moverlo por más que le demostrase que, como no había adquirido al casarse la ciudadanía uruguaya, ni podía obtenerla en el Uruguay, al llegar allí, por el sólo hecho de haberse casado con un uruguayo, si renunciaba a la soviética se quedaba sin ninguna. De nada valió por el momento que le añadiese que la esposa de Jaunarena deseaba continuar siendo soviética, y no quería, por nada del mundo, renunciar a su nacionalidad.

Llegué a decirle que yo no le aconsejaría que formulase tal solicitud.

Con mucha amabilidad me propuso que redactase un memorándum y que él me prometía colaborar conmigo para que el Soviet se pronunciase en breve plazo.

—Bien —le dije—; le enviaré un memorándum, pero demostrándole que no cabe exigirle a la esposa de mi Secretario que pida autorización al Soviet para cambiar de ciudadanía ni para renunciar a la suya de origen, exigencia que constituye un castigo, una *capitis diminutio* que ella entiende no merecer.

Me reiteró su ofrecimiento de colaborar conmigo ante el Soviet. Y ahí terminó la entrevista.

Redacté inmediatamente un memorándum, que hice traducir al ruso. Mi táctica consistió en defender como acertado el proceder de la Oficina policial que otorgó el documento, la cual, lejos de haber cometido un error, según la teoría de Molotov, había comprendido perfectamente que no correspondía exigirle el trámite ante el Soviet con solicitud de cambiar de ciudadanía. Ella había, después, revocado su resolución, probablemente ante una alarma poco explicable del Comisariado de Negocios Extranjeros. Me constituí, pues, en abogado de dicha Oficina. Mi reclamación insistía en que se debía revalorar el pasaporte anulado.

Entretanto las mujeres casadas con británicos, que formaban un grupo como de cincuenta, se agitaban sabiendo que yo andaba atareado en esa gestión, y el primer Secretario de la Embajada Británica vino a verme proponiéndome llevar a cabo una acción conjunta. Le expliqué que no me convenía unificar mi acción con la de ellos porque yo tenía en mi favor una ley distinta de la británica. Lo que hicieron fué elevar un petitorio, firmado por todas ellas, para que se las autorizase a salir.

Muchas mujeres casadas con norteamericanos se hallaban en el mismo caso.

Venían haciendo vanamente gestiones desde un par de años, la que menos. Habían resultado inútiles los esfuerzos del Embajador británico, Mr. Clerk, y del de Estados Unidos, Mr. Harriman. El secreto de ese fracaso de dos embajadores de tanta influencia como lo eran ambos en ese entonces, residía en que esas pobres mujeres habían recurrido a la vía de la presentación ante el Soviet.

Y los años pasaban sin que el trámite adelantase un centímetro.

La situación de las desdichadas se volvía trágica cuando, al no poder aguardar sus esposos la conclusión de esas gestiones, se ausentaban dejándolas en situación de haber pedido autorización para renunciar a ser soviéticas.

Era lo que yo no quería le ocurriese a la esposa de mi Secretario y amigo.

Lo dramático para mí es que pasaban los días y mi especie de litigio con el Comisariado de Negocios Extranjeros tampoco adelantaba mayormente. Por lo menos no adelantaba con la premura que deseaban los directamente interesados en ese pleito. Creyeron que podía servirles de ayuda Mr. Hewlett Johnson, el Deán de Canterbury, que se hallaba en Moscú, y moraba en nuestro mismo hotel. Lo abordaron para hablarle de su asunto, y él les prometió conversar con el propio Stalin de ese problema que afectaba a tantos compatriotas suyos, que también se habían dirigido a él. La conversación, si se produjo, no parecía haber modificado las cosas. La nerviosidad de la joven pareja iba en aumento. El estado de ánimo de mi amigo era simplemente alarmante. En las recepciones abordaba a los funcionarios del Comisariado que estaban más en contacto con nosotros, y tomando a su esposa como intérprete, los interpelaba sobre su problema y se expresaba con dureza poco diplomática. Todo ello era muy explicable. Pero yo me temía que en una de esas me comunicasen que ese funcionario de la Legación del Uruguay había dejado de ser grato para las autoridades diplomáticas de la U.R.S.S. Me vería obligado en tal caso a remitirlo inmediatamente sin su esposa. Y como yo no daba mi brazo a torcer en lo tocante a acudir ante el Soviet sino cuando lo viese todo perdido por el camino de la ratificación del otorgamiento del pasaporte, los jóvenes esposos comenzaban a reprocharme que no me aviniese a aceptar el ofrecimiento de Molotov de contribuir a que

el pronunciamiento del Soviet se produjese rápidamente, y ya me acusaban de estar perdiendo el tiempo en una vana obstinación.

Pusieron en juego parientes y amistades en Montevideo, y un día, no estando ya Serrato en el Ministerio y hallándose éste en uno de los interinatos que precedieron a la designación del doctor Rodríguez Larreta, recibí un telegrama que decía: *Gestione pasaporte para señora de Jaunarena.* Me llegaba cuando más me preocupaba la marcha de mi litigio y a raíz de nuevas y arduas conversaciones con el señor Mijailovich. Me limité a responder: *Ese telegrama es improcedente.*

Y bien: un día me enteré, con la consiguiente satisfacción, que el asunto había pasado a informe de dicho señor Mijailovich, que era uno de los que había contribuído, con la mejor voluntad, a la concesión del pasaporte y a quien la anulación del mismo creaba una situación algo desairada. Y a poco de volver de un viaje a Estocolmo (adonde me había ausentado con los dos secretarios de la Legación, dejándola a cargo del Ministro de Colombia, hecho que algunos periodistas americanos atribuyeron a un disgusto mío con la cancillería a causa de aquel episodio), se me hizo saber que había recaído resolución favorable y se comunicaba así al Ministerio de mi país, por intermedio de la Legación Soviética.

El tiempo nos faltó para ponernos en condiciones de embarcar rumbo a Montevideo a los esposos Jaunarena.

La salida de ellos abrió las puertas a otros. Desde luego al Ministro de Colombia y su esposa, que se beneficiaban del criterio adoptado por el gobierno soviético al resolver favorablemente nuestro caso. Un año después se beneficiaron asimismo el primer Secretario de la Legación de Venezuela, señor Gabaldón, y esposa, que se habían unido en los primeros quince días de la estada de aquél en Moscú. También una bella actriz rusa, del Teatro de la Sátira, casada con el Presidente de la Cruz Roja Americana en la U.R.S.S., pudo irse, y fueron nuestros agradables compañeros de viaje cuando retornábamos en barco de Leningrado a Estocolmo y permanecíamos en esta ciudad unos días dando fin a la aventura diplomática.

Cuando yo estaba por irme todavía solían abordarme en algunas fiestas mujeres rusas casadas con yanquis o ingleses, que me pedían intercediese por ellas creyendo, las pobres, que yo poseía el secreto de hacerlas salir, *el sésamo ábrete* de las puertas de Rusia, para las que se habían ligado a un extranjero soñando poder compartir con él un mismo destino y partir con él hacia otras tierras...

Esa resistencia a permitir la salida de mujeres soviéticas casadas con extranjeros parecería confirmar la suposición de que el régimen teme que ellas esparzan, por el mundo, como testigos bien informados, la noticia exacta de cómo se vive en la Unión Soviética.

También se opina que las autoridades no pueden ver con buenos ojos esos alejamientos —que consideran defecciones— y no desean que el casamiento con extranjeros se emplee como una vía de escape para eludir las obligaciones de solidaridad patriótica de las mujeres rusas con el pueblo ruso. Quedarse en Rusia, trabajando y padeciendo por ella, es un deber que está por encima del amor.

Pero acaso lo que más influye es el propósito de apartar a las mujeres soviéticas de los extranjeros, de hacerles sentir que ellas deben ligar su destino al de los ciudadanos soviéticos, a sus compatriotas, y que deben permanecer con éstos consagrados a la obra de formar una familia soviética en la patria soviética.

Un historiador nos narra que en tiempos de Iván el Terrible un embajador de Arabia se casó con una rusa. Y cuando quiso salir del país con ella no le permitieron llevársela. Reclamó ante Iván, y éste le dijo:

—La mujer rusa es una cosa sagrada y no podemos dejarla ir a un país impuro como el tuyo. Ella puede casarse con un extranjero pero debe quedarse acá.

Las palabras de Iván el Terrible parecen volver a la vida en la boca de los gobernantes actuales. Pero son aún más duras las condiciones soviéticas, porque ahora se ha concluído por no permitir a las hijas de la U.R.S.S. el matrimonio con un extranjero, ni siquiera con la condición de quedarse.



Capítulo XLII

ALGUNOS ESPAÑOLES EN MOSCU

En la capital soviética hay, como es sabido, toda una pequeña colonia española formada por exilados que partieron desde España o desde Francia, embarcados con rumbo a Rusia al derrumbarse la República, y por niños que habían sido evacuados con anterioridad.

Se encuentran en otras ciudades algunos de los que pertenecían a la tripulación de varios barcos mercantes que, como el "Cabo San Agustín", se vieron obligados a permanecer en los puertos rusos al caer el gobierno de España en manos de Franco.

Nada puedo decir —por carencia de información—, de las tribulaciones que, según denuncias publicadas en América por la Federación Española de Deportados, habrían padecido muchos de los que fueron a estudiar aviación en el año 1939 y gran parte de las tripulaciones de dichos buques.

Tampoco poseo referencias directas del campo de concentración de Karaganda, citado en esas denuncias, y donde habrían sido confinados, por políticamente indeseables, numerosos españoles cuyos nombres y lugar de origen se consignan —marinos, pilotos de aviación y civiles de los que fueron al frente de las colonias infantiles—, junto con hombres de diversas nacionalidades, especialmente judíos austríacos.

Aquí me atengo a lo que yo mismo he visto u oído decir por personas que podían estar enteradas. No debe olvidarse —mientras tanto—, que para los diplomáticos es siempre muy difícil romper el cerco de información *dirigida* que rodea a todo visitante y penetrar en el campo abierto (que allí nunca lo es del todo), de las observaciones directas y de las noticias que no dan los diarios.

Varias escuelas de niños españoles quedaban en los alrededores de Moscú. Algunos de los que habían sido traídos seis años atrás, ya no eran niños y andaban dispersos por el país, ganándose la vida como podían. Conocí a varios que estudiaban en la Universidad.

Varios de aquellos niños estaban casados y tenían hijos rusos cuando yo llegué. Conocí a una de ellas que se había casado con un joven pintor, hijo del afamado pintor Konchalovski, a quien ya he tenido ocasión de referirme.

Y otra, madre de un chico de casi tres años, casada con uno de los maestros de su escuela que fué, junto con su esposo, empleada por mí en la Legación como traductora mientras a él lo utilizaba como mecanógrafo, ambos excelentes y correctísimos en el desempeño de sus deberes y bellas personas a carta cabal.

Se me dijo que los refugiados que llegaron bajo la conducción del Socorro Rojo, fueron al pisar tierra soviética, muy bien tratados. Se les mantuvo alojados en las cercanías de los puertos de arribo. Se formaron como colonias de asilados en las que delegados del partido comunista

español ejercían la vigilancia y trataban de que se cumpliesen las disposiciones de las autoridades soviéticas que tenían a su cargo la manutención y el cuidado de los huéspedes.

Estos se entretenían estudiando el ruso, pues se les había advertido que debían ponerse cuanto antes en condiciones de ser útiles en la nación que los asilaba, o disputando entre ellos por diversos motivos. Tenían un periódico mural que ventilaba los problemas domésticos de los refugiados y suministraba informes útiles.

Una incidencia cómica se produjo cuando —todavía en verano—, la administración distribuyó calzoncillos largos. Los españoles recibieron una desagradable sorpresa al ver que se les proporcionaba calzoncillos de una tela más bien abrigada, largos hasta los tobillos. Les pareció aquello, sumamente ridículo. Hubo quienes cogieron unas tijeras y los cortaron a la altura de las rodillas. Aparecieron pasquines manuscritos en las paredes con protestas contra la inelegante prenda interior. Se agitaba, como una bandera, la reivindicación de los calzoncillos cortos. No por eso se les proporcionaron otros. Pocas semanas después comprendieron los rebeldes la insensatez de su rebeldía. Los que se habían apresurado a cortar sus calzoncillos lamentaban su precipitación, porque el frío del Otoño, mordiéndoles las pantorrillas, les hacía sentir que en Rusia no es como en España . . . La naturaleza se encargaba de apagar los fuegos del temperamento español, y poco a poco se fueron acostumbrando los más inquietos a no quejarse de nada, como aquellos otros, de que hablé que, ocupados en una determinada tarea un día se declararon en huelga para aprender, *ipso facto*, que eso allí no puede hacerse.

Cuando se estimó, transcurridos algunos meses, que ya habían tenido tiempo para aprender a hacerse entender, se les asignó a diversas tareas para que se ganasen la vida por sí mismos, y debieron dispersarse al azar de sus respectivas capacidades y de las oportunidades que se les ofrecían.

La mayor parte, como es explicable, se hallaban en Moscú. Los escolares habían sido reunidos en internados donde la enseñanza la impartían preceptoras o preceptores españoles que habían venido con ellos y también maestros de idioma soviético que les enseñaban el ruso. Los niños, y asimismo algunas mujeres que ya no eran niñas —las maestras que vinieron acompañándolos—, aprendieron a hablar bastante bien el idioma del país, mientras que la mayor parte de los hombres hablaban muy mal o no lo hablaban casi.

Cuando la invasión de los nazis se acercó a las puertas de Moscú, los escolares españoles fueron evacuados por el Volga a las cercanías de Stalingrado. La ola de la guerra marchó tras ellos, y hubo que trasladarlos precipitadamente a los Urales; y en la ciudad de Ufa permanecieron hasta que, alejados los invasores, pudieron retornar sin peligro al primer punto de partida. Menos felices parecen haber sido los que fueron conducidos a Tashkent, donde habrían pasado penurias en los momentos más difíciles de la contienda, en medio de un gran desorden administrativo ocasionado sobre todo por las terribles circunstancias. Cuando yo llegué, las escuelas de niños españoles funcionaban normalmente. Gracias a ello no me costó mucho llevar a cabo una de las más agradables gestiones de mi cargo oficial. Apenas arribado me alcanzó una carta del

escritor amigo don Eduardo Dieste enviada desde San Francisco, donde ejercía funciones de cónsul del Uruguay, pidiéndome me interesase por obtener noticias de una niña cuyos padres no sabían nada de ella desde hacía tres años. Luego recibí otra carta más explícita de la madre de esa niña. Desde el comienzo de la guerra con Alemania no habían recibido ninguna respuesta a las cartas que ella y su esposo —un ex-aviador de la República Española—, remitían de tanto en tanto a su hija. Ni nadie los informaba a su respecto.

Las autoridades soviéticas —luego de una rápida averiguación—, me comunicaron que la niña por la que me interesaba, se hallaba en un internado de Taráskova, una pequeña villa a veinticinco kilómetros de la capital. Allí estaba, en efecto. Emplazado en un lugar muy ameno y pintoresco, entre árboles añosos, el colegio impresionaba muy bien por su limpieza y su orden. Unas doscientas alumnas internas se educaban allí, aprendiendo el idioma nacional, por supuesto, y estudiando en textos traducidos al español, pero leyendo asimismo libros en ruso. La chica que yo buscaba era Pepita Pupareli, una alumna de catorce años, de las más destacadas del conjunto. Su alegría fué inmensa cuando supo que sus padres, que se hallaban exilados en Buenos Aires, le hacían llegar, por intermedio de la Legación del Uruguay, sus tan ansiadas noticias.

Se reanudaron las relaciones epistolares. Ella nos dió retratos suyos para enviar a sus padres. No hablaba de salir de Rusia; sus padres tampoco le hablaban de ello, y se limitaban a escribirle que se comportase bien y estudiase para terminar una carrera. Pero un día los padres me enteraron de que el gobierno de México iniciaría tratativas con el de la Unión Soviética, a requerimiento de un grupo de refugiados españoles en aquel país, para trasladar una cantidad de niños cuyos padres se hallaban en esa nación americana.

¿No podría yo conseguir que entre esos niños se diese cabida a Pepita Pupareli? Se costearían los gastos del viaje desde Moscú a Nueva York y desde Nueva York al Uruguay. Me puse en campaña y hallé la mejor disposición de parte de la Embajada de México; y el gobierno soviético no opuso tampoco ninguna dificultad.

Pudo, pues, formar parte de una primera expedición de veinticinco chicos y chicas que, bajo el cuidado del primer Secretario de la Embajada Mexicana, partió de Moscú para embarcarse luego en Odesa rumbo a Nueva York, donde ella fué embarcada por el cónsul del Uruguay para el Río de la Plata.

Cúmpleme atestiguar que la rodeaban de atenciones en los últimos días de su permanencia en la U.R.S.S. Cuando debía venir a la ciudad por los trámites indispensables, la acompañaba la médica del colegio, una bondadosa mujer soviética que parecía tenerle cariño. La chica, por su parte, guardaba agradecimiento a esa gente que la había amparado y educado; y si bien se sentía feliz de volver a juntarse con sus padres, se despedía enternecida de sus maestras y compañeras.

De la pareja española que tuve la suerte de incorporar al personal de la Legación, puedo decir que no hizo sino méritos para mis más cálidos encomios. Cumplidores, correctos, simpáticos, cordiales... Y aún faltan adjetivos.

Ambos confraternizaban de veras con el pueblo ruso y eran sinceramente adictos, por impulso de gratitud, a la República Soviética, entre cuyos más fieles devotos se contaban, por lo mismo que su servicio en una Legación no les hacía perder en lo más mínimo su carácter de integrantes cabales de esa masa sobre la cual ejercen una constante acción de propaganda política incontrarrestada los órganos de publicidad, todos oficiales. Ellos se avenían, sin quejarse, y menos ante nosotros, a las estrecheces de su existencia, que no atribuían en ninguna medida al régimen, tanto más cuanto que hasta ellos, por su modestia, no llegaba, como en el caso de otros refugiados menos disciplinados y sumisos (por ejemplo, el doctor Diez, de quien volveré a ocuparme), la incómoda interposición policial en tren de visible vigilancia o atisbo, que desprestigia ante el vecindario y hace huir a todo el mundo de la compañía del agraciado con esa distinción peligrosa, por temor de verse sospechado de complicidad.

Era visible el placer con que ella me leía en la prensa soviética todo lo que pudiera contribuir a que yo me formase un juicio favorable de la nación y de su gobierno.

Y no menos visible era la satisfacción de su esposo al informarme —por ejemplo—, de los adelantos científicos de la U.R.S.S. o de la eficacia de sus métodos educacionales en la escuela primaria para darles a los niños al mismo tiempo aptitud para las matemáticas y gusto por la literatura.

La verdad es que Camelia, educada en la U.R.S.S., habría resultado un buen exponente de los efectos de la escuela primaria soviética si sus cualidades personales (su sentido del deber, su discreción, su laboriosidad, su corrección, su abnegada dedicación al hijo, su adhesión al esposo) hubiesen sido talladas como las facetas del diamante o, por lo menos, debidamente respetadas en su aparición y desarrollo como virtudes congénitas, por la acción metódica de la enseñanza escolar y el influjo espontáneo del ambiente moral de la escuela.

Ella, pequeñita y ágil parecía una hermana mayor de su hijo, un diminuto y graciosísimo demonio de apenas tres años. Sabía bien el ruso y el castellano. Nunca tuvo pereza para leerme la prensa y para traducirme luego con letra clarísima los artículos de diarios y revistas que le indicaba. No hay en el mundo esposos mejor avenidos que Camelia García y Jesús Sánchez Pavón. Este es un andaluz de pura cepa que escribe muy bien a máquina, sin más reparo que el de comerse las eses finales cuando escribe al dictado y aun cuando copia, lo mismo que al hablar. Había sido en España empleado de la administración aduanera, y durante la guerra civil ejerció nada menos que el cargo de Jefe del Estado Mayor de *El Campesino*... Le habían confiado la misión de ser, junto al famoso guerrillero, el consejero áulico, que por sus luces de hombre instruído debía controlarlo en lo posible al par que servirle para las comunicaciones técnicas con la superioridad militar. No por él, que era muy discreto, sino por otros españoles, algo supe de las desventuradas andanzas de *El Campesino* en la Unión Soviética. Los militares soviéticos cometieron con ese hombre rudo, ignorante e incapaz de aprender nada en los libros ni en los bancos de una escuela, una tremenda equi-

vocación. . . Quisieron hacer de él un militar disciplinado, y lo enviaron a la Academia Funze, donde no aprendió nada de lo que querían enseñarle y de donde hubo de salir por irremediablemente inadaptable. Para peor había contraído enlace con una joven rusa, de llamativa belleza, hija de un coronel, de la cual tuvo un hijo, pero con la que tuvo asimismo desavenencias que degeneraron en palizas descomunales, con las consiguientes denuncias del coronel, su suegro, ante los superiores de ese silvestre introductor de la clásica *furia española* en la vida conyugal soviética. Separado de la Academia fué enviado a trabajar en el Metro, como jefe o capataz de equipos o brigadas, lo que lastimó su amor propio. No podía aceptar que a *El Campesino* se le redujese a la condición de un simple capataz de pandilla de braceros en las excavaciones ferroviarias. Su aureola de audaz y temible guerrillero ante cuyo solo nombre huían aterrados los soldados de Franco, se oscurecía y disipaba en la oscuridad y modestia de ese trabajo subterráneo.

Además, él no había nacido para trabajar ni para hacer trabajar a nadie en los carriles de la disciplina metódica de una tarea ingenieril. En fin, que un buen día saltó la barrera y volviendo a sus tormentosos tiempos de aventura y audacia, salió, no se sabe cómo, de Moscú, para campear por sus respetos en actividades más de acuerdo con su índole y temperamento. Se dedicó a la compra y venta de diversas mercaderías y productos que transportaba de un sitio a otro burlando las prohibiciones legales y la vigilancia policial, porque allí esas operaciones mercantiles configuran un delito: *la especulación*. Parece que lo sorprendieron por el Cáucaso atareado en esas maniobras, con el auxilio de un burrito y algunos muchachos, menores de edad. Se le procesó por especulación y "corrupción de menores", ya que había inducido a los muchachos a delinquir especulando.

Mientras tanto, en los círculos españoles de Moscú se comentaba la ausencia de *El Campesino* y circulaban a su respecto variadas versiones. Al terminar la guerra se dijo que el hombre había logrado trasponer las fronteras soviéticas y se le sabía en Francia, tratando de invadir con otros guerrilleros el territorio español. Se supuso que el propio gobierno soviético le había facilitado el viaje para que se pusiese al frente de esas partidas armadas. Pero, de pronto, corrió la noticia de que había vuelto a Moscú y andaba suelto. Lo último que se dijo de él es que no había salido de la U.R.S.S. y que, en efecto, se le había procesado por las causas antes expresadas, pero que se le había concedido la libertad condicional. Lo que parece más probable es que ni *El Campesino* simpatice a estas horas con el régimen soviético ni el régimen confíe mucho en *El Campesino*. . .

Los españoles viven allí bajo la inspección y dirección del partido comunista español, en cuyo nombre y representación actúa en la Unión un comité que presidía, por los días de mi permanencia, Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*, y sin cuya autorización ninguno de ellos podía salir de la U.R.S.S. ¡Salir de la U.R.S.S. es para esos españoles, pese a la filiación comunista de todos ellos, una aspiración torturante! Lo más dramático es que deben callársela o disimularla. Entre ellos mismos rige la consigna de mirar con malos ojos y considerar como un réprobo al que

deje traslucir su deseo de irse, sobre todo si hace algo por llevarlo a la práctica. Eso es lo que pude comprobar con motivo de la partida del doctor Carlos Diez, que, por sus relevantes servicios en el frente de guerra, donde se le condecoró como médico interno de un hospital, y dadas sus vinculaciones profesionales con las legaciones latinoamericanas, especialmente la del Uruguay y la de México, obtuvo dicha autorización que, además, hubiera sido inhumano negarle porque él sufría alarmantes ataques cardíacos a los que no era ajeno el clima de Rusia y el género de vida que debía sobrellevar en sus servicios hospitalarios. La autorización para salir se le acordó en términos tan estrechos y perentorios que poco faltó para que caducase sin que él hubiese podido trasponer los límites del territorio soviético.

Sólo por un venturoso azar logró partir de Stalingrado casi al filo de la invalidez de su pasaporte. Cuando quiso despedirse de sus compatriotas y correligionarios, no halló a nadie que le diese un saludo.

Era evidente que no les agradaba su partida, y si no la impidieron fué, acaso, porque no se hubiera podido explicar esa actitud bastante satisfactoriamente ante las misiones diplomáticas americanas enteradas de sus deseos y de su gestión. En ésta tocóme una intervención importante, como que gracias a ella pudo superar la dificultad que supone para los españoles refugiados la carencia de los documentos generalmente requeridos para el otorgamiento de las visas consulares, pues sus pasaportes de origen ya están caducados, sin que haya en España una autoridad a la que pueda recurrirse para que se los renueve. Le proveí de un documento para el efecto, consistente en un acta levantada por mí como ministro del Uruguay, con una declaración jurada formulada por él y su esposa, en la cual se consignan los datos personales indispensables. Ese documento bastó para que sobre él se extendiesen las visaciones correspondientes, comenzando por la del consulado de Estados Unidos.

El procedimiento sirvió para algún otro, por ejemplo un periodista y locutor de la *Hora Española* de Moscú, casado con una italiana, a quien la familia de ésta llamaba desde Italia en cuanto concluyó la guerra, y el Ministro italiano, Cuaroni, extendió su visa al pie de un documento análogo para que el esposo pudiese marcharse también.

No sé si a este otro español, que parecía irse sin que lo enviasen con alguna misión especial, le reprochaban o no su partida (¡hubiese sido el colmo!) los fanáticos de la disciplina partidaria que obliga a no irse sino por motivos de imperiosa necesidad. Lo que sé es que cuando vino a despedirse de mí, estaba radiante de alegría y transpiraba felicidad por todos los poros.

CAPÍTULO XLIII

UN RESUMEN

A manera de una síntesis de cómo viven los campesinos, los obreros y los intelectuales en Rusia, puedo consignar tres anécdotas.

Unos campesinos, con hijos colombianos, que tenían parientes en Colombia y que acudían a la legación de ese país con la esperanza de poder retornar a aquella república, donde habían vivido hasta que, quince años antes, los había atraído el miraje del *paraíso de los trabajadores* prometido por los bolcheviques, recibían cartas de algunos de esos parientes deseosos de ir a Rusia y empeñados en que desde allí se les facilitase la entrada.

Ellos llevaban cartas a la Legación, dirigidas a esos parientes, unos jóvenes sobrinos colombianos, tratando de disuadirlos de su ardiente deseo. Esas cartas, libradas a la censura, no hubiesen llegado jamás a su destino y habrían ocasionado quién sabe qué perjuicios a quienes las escribían.

¡Cuántos jóvenes hay en el mundo que, a semejanza de los parientes de aquellos campesinos, ansían poder entrar a la U.R.S.S. mientras los que antes que ellos llegaron con las mismas ilusiones, se desesperan por salir!

A fines del año 1945, cierta persona que se iba de Moscú para Estados Unidos, fué portadora de noticias de una familia rusa de su amistad para uno de sus hijos, que se halla radicado hace años entre nosotros. Esa persona remitió su mensaje en inglés desde Nueva York, trasmitiéndole a dicho hijo las noticias correspondientes, entre las cuales las siguientes palabras textuales de la madre de éste:

¡Tanto como te quiero y, sin embargo, prefiero no volver a verte más, a verte de nuevo en la Unión Soviética!

Le aconsejaba, a renglón seguido, tomar carta de ciudadanía uruguaya, cosa que tal vez ya había hecho antes su hijo, que es un activo militante comunista.

No es necesario decir que éste continúa en el Uruguay propagando las excelencias del *paraíso soviético*.

La tercera anécdota me la proporciona la aventura de un comunista latinoamericano, que había tomado parte en una revolución contra un tirano de su país y que tuvo que andar fugitivo por el territorio de su patria, huyéndole a los sabuesos del dictador hasta que pudo embarcarse para Europa, y atraído por la gran ilusión soviética, llegó a Moscú, donde permanecía, cuando le conocí, desde doce o trece años atrás. Ese hombre, que había ocupado puestos de gran confianza en las oficinas soviéticas y que era bien considerado por las autoridades, me confiaba que cuando puso su pie en Moscú experimentó una sensación tan desoladora que, de haber podido, hubiera partido inmediatamente de vuelta, porque su entusiasmo por la Rusia Soviética, todo su afán de vivir en ella, se le

derrumbó de golpe dejándolo como a un niño desamparado y desnudo en la soledad de un páramo sombrío.

Menos mal que iba recomendado al Socorro Rojo, y eso le sirvió de resguardo contra su desfallecimiento. Se internó en la existencia de la ciudad, empezó a trabajar, formó un hogar, tuvo hijos, gozó de la confianza de quienes dispensan ocupación y otorgan amparo al extranjero de sus mismas ideas.

Pero no logró acostumbrarse a aquella atmósfera política, a aquel sistema duro y estrecho de vida trazado por fanáticos que persiguen incesantemente propósitos inquietantes a expensas del destino personal de todos y cada uno de los habitantes del país, rodeándolos de dificultades en todo y para todo, que parecen diabólicamente deliberadas, acaso calculadas para hacerles sentir, minuto por minuto, que aisladamente no son nada bajo la sombra del poder y de la vigilancia de un Estado absorbente y previsor que lo es todo...

Y encerrándome en pocas palabras la esencia de su drama íntimo me decía:

—Antes de venir soñaba todas las noches con llegar a la U.R.S.S.; desde que llegué, sueño todas las noches con salir.



LIBRO CUARTO

LA VIDA POLITICA

CAPÍTULO XLIV

UNA SESION DEL SOVIET

El Soviet Supremo de la Unión se compone de dos cámaras. Una es el Soviet de la Unión; la otra, el Soviet de las Nacionalidades. En el Kremlin se han construído dos salas para ambos. La más grande es la de este último porque debe dar capacidad a una asamblea más numerosa y allí se reúnen las dos cámaras en algunas ocasiones, sumando más de dos mil delegados. Las salas son rectangulares, mucho más largas que anchas. Los asientos de los delegados son cómodas bancas de madera con un pupitre que forma el respaldo de cada fila. En un extremo hay un estrado con gradas donde ocupan asiento los miembros del Presidium y del Consejo de Ministros. Sobre ese estrado, en su centro, se alza la Mesa, compuesta por el presidente, los vices y los secretarios.

Delante de la Mesa, unas gradas más abajo, se destaca la Tribuna. Y al pie de ésta el escritorio de los taquígrafos. Es decir, las taquígrafas, pues son mujeres, que no pasan de cuatro, y se turnan de tanto en tanto.

Unos cuantos palcos altos donde se ubican los miembros del Cuerpo Diplomático, en uno de los estrados de la sala; y a la misma altura, sobre el frente, ocupando el extremo opuesto a la Mesa, una galería de gradas, con capacidad para unos cuantos cientos de personas: ésa es la barra, a la que no se da acceso sino por invitación especial.

Entre los delegados se ven algunas mujeres.

La más pintoresca es la asamblea del Soviet de las Nacionalidades porque a ella concurren hombres y mujeres de las diversas regiones, y algunos como los de Uzbekistán, con sus redondos gorritos tradicionales, de tejidos de varios colores, que conservan puestos como los turcos y egipcios el fez. Algunas campesinas lucen sus pañuelos de tintes violentos en la cabeza o sus pañoletas blancas o de color.

Fuí invitado, en mi carácter de diplomático a algunas sesiones a las que hizo acto de presencia Stalin, quien se sentaba en la última fila de butacas en el estrado, cerca de una puerta de acceso, sin duda para poder retirarse disimuladamente de la sesión en cualquier momento. Solía aparecer al mismo tiempo que los miembros de la Mesa y los otros miembros del gobierno, y entonces toda la sala se ponía de pie, estallando una salva de aplausos que se prolongaba por varios minutos. Stalin, también de pie, aplaudía a su vez, junto con los demás, como si el aplauso fuera para otro, para la Presidencia del Soviet o para el Soviet mismo en ocasión de congregarse.

Abierta la sesión, suele alguien de la asamblea solicitar la palabra para formular una moción, generalmente *de orden*, y pasa a la tribuna a pronunciar desde allí breves frases proponiendo algo que de antemano se ha concertado ya entre los dirigentes del Partido o en el seno de alguna comisión del Soviet, y que puesta a votación es aprobada sin debate.

En seguida el presidente concede la palabra a un ministro, que da

lectura a un mensaje sobre su gestión o a la exposición de motivos de un proyecto, cuyo articulado suelen tener en sus pupitres los diputados, o se la concede a un diputado informante, que lee igualmente desde la tribuna un discurso a menudo extenso, mientras el auditorio escucha tranquilamente sin la más leve muestra de aprobación ni de reprobación, excepto cuando el orador recurre a la muletilla infalible de evocar, venga o no venga a cuento, el nombre de Stalin. Entonces estalla una gran salva de aplausos.

Si hay varios oradores éstos se suceden con pareja monotonía, y oídos los informes de los proyectos y los discursos, siempre favorables, las votaciones son por unanimidad de presentes, bastando levantar la mano para pronunciarse en favor.

Así, por ejemplo, el cuarto Plan Quinquenal fué acompañado de un mensaje del Consejo de Ministros al que dió lectura uno de éstos, y luego hablaron, abundando en elogios del Plan, cuatro o cinco diputados cuyos discursos escritos publicaban durante varios días, a toda página, los diarios de la mañana, especialmente *Isveztia* y *Pravda,* con retratos de los oradores.

Los presupuestos anuales se presentan haciéndose cargo cada ministro de los fundamentos del presupuesto correspondiente a su zona ministerial, y siguiendo el miembro informante.

Todo llega al Soviet Supremo ya elaborado por los órganos administrativos y ejecutivos del gobierno, que toman o no toman en cuenta, para formular sus proyectos o proposiciones, a algunos organismos sociales. Y el Soviet, que no es más que una gran vitrola cuyos discos graba el Partido en antesalas, de acuerdo a su vez con las instrucciones que llegan de arriba, el *Buró* central, cuyo medio inmediato de expresión suele ser el gobierno mismo, se limita a recoger en las reuniones de sus comisiones, primero, en sus sesiones públicas luego, el fruto de deliberaciones y resoluciones a que es tan ajeno como el público seleccionado de las galerías, que no puede sino mostrarse complacido de cuanto allí se vota y transforma en decreto o en ley.

Ese es el sucedáneo bolchevique del Parlamento democrático, que el comunismo soviético rechaza como forma burguesa de legislar y dirigir el Estado, no en realidad, porque sea *burguesa* sino porque es el órgano auténtico e imprescindible de la democracia liberal, o libertaria, donde pueden hacerse oír muchas opiniones distintas y enfrentarse varias corrientes del espíritu público, con todo lo que ello significa de reconocimiento de los más fecundos derechos cívicos y de ejercicio constante de lo que Mazzini llamaba *dignidad de la mente* en el campo de la conciencia política.

Prueba de ello es que fuera de la U.R.S.S. el comunismo soviético transige aparentemente con el Parlamento y lo utiliza, por razones de estrategia política, pero sólo a condición de imponerle, en cuanto puede, la ley de hierro del unicato, por medio del partido único o unificado en bloques, que niega a los otros partidos el derecho a la vida y barre con ellos, o apoyado en la fuerza de las armas soviéticas.

Entonces, así castrado, sin la glándula genética que permite a las minorías de hoy ser mayorías mañana; encerrado en el estuche metálico de un sistema político sin libertades; obediente a una voluntad omnímoda y sin frenos, el Parlamento pierde su esencia y su fisonomía, y se torna un simple Soviet con otro nombre.

EL ÓRGANO Y EL MANUBRIO.

No hay, pues, vida parlamentaria en la U.R.S.S., lo cual priva a la vida política de uno de sus más activos fermentos, y al pueblo todo de uno de los más eficaces medios de llegar casi día a día, con sus ojos y sus oídos, a la entraña misma del proceso gubernativo de la nación.

Los del Marx-leninismo pretenden que esa organización del gobierno a base del Soviet, que teóricamente sería la concentración del poder legislativo y del poder ejecutivo en una asamblea máxima de la cual emanan, al menos indirectamente, todos los órganos de administración y gobierno, es el órgano genuino de la dictadura obrera tal como lo había concebido el propio Marx, según lo atestigua su juicio sobre la Comuna de París.

Pero en la Asamblea de la *Comuna,* lejos de no haber sino diputados de un solo partido, había diputados de diversas tendencias y facciones y hasta había representantes de la pequeña burguesía republicana. Proudhonianos, blanquistas, fourieristas, saint-simonianos, humanistas y radicales y algún marxista formaban parte de ese gobierno.

¿Qué tiene, por tanto, que ver esa asamblea de amplias deliberaciones con estas dos cámaras regimentadas y pasivas del Soviet, que es como un monótono piano de manubrio cuya manija está en las manos del gobierno y del partido único que lo ejerce?

Por lo demás, el texto constitucional soviético se aleja mucho de aquella estructura de una sola asamblea que era al mismo tiempo deliberante y ejecutiva, pues da forma a un órgano ejecutivo aparte, con amplias facultades; y todavía estatuye el *Presidium,* que es una especie de *Comisión Permanente* que legisla más y durante más tiempo que el Soviet. La Constitución staliniana adopta para la formación de leyes, el sistema bicameral. Ambas cámaras son iguales en derecho. La iniciativa legislativa les pertenece por igual a ambas y sólo se considera aprobada una ley cuando ha sido votada por las dos cámaras por simple mayoría de votos en cada una.

Para no romper demasiado con el principio de la fusión de los dos poderes, el ejecutivo y el legislativo en una misma fuente y en un mismo órgano de autoridad suprema, la Constitución establece que el Consejo de Comisarios (hoy ministerios) del Pueblo, es responsable ante el Soviet Supremo. Y hace que el *Presidium* —que pueden integrarlo miembros extraños a la composición del Soviet—, sea elegido por éste en sesión común de las dos cámaras.

A propósito de la elección de este pequeño cuerpo legislativo, que prácticamente concentra y ejerce más poder que el Soviet Supremo, en la sesión del año 1946 ocurrió que, cuando llegó el momento de elegir sus miembros, se hizo moción para que el generalísimo Stalin, que ocupaba su sitio de costumbre entre los miembros del gobierno, propusiese los candidatos. Se resolvió así por aclamación, y se decretó un breve cuarto intermedio para que el generalísimo confeccionase la lista de los futuros

integrantes del *Presidium*. Algunos minutos después se daba lectura a los nombres de los candidatos propuestos, y ocioso es decir que fueron aceptados a mano levantada en un abrir y cerrar de ojos.

Se resolvía de ese modo, con una total delegación de facultades de la asamblea en un acto de confianza, que era más de obsecuencia y sometimiento al generalísimo, el importantísimo problema de designar los miembros del *Presidium*, verdadero Soviet Supremo, porque actúa con todas sus atribuciones, y aún más, mientras éste no se reúne, y es suya la de convocarlo para sesionar.

Bien es verdad que durante el receso de las cámaras, es el *Presidium* quien releva de sus funciones y nombra a los comisarios o Ministros a propuesta siempre del presidente del Consejo de Comisarios o Ministros (artículo 49, f), de la Constitución).

Vale la pena detenerse a considerar ese precepto constitucional del artículo 49, inciso f). Porque resulta por él que el *Presidium* está facultado para relevar de sus cargos a los ministros y, por consiguiente, para disolver el Consejo entero, si decidiese relevar de una plumada a todos sus componentes, pero respetando siempre a la cabeza. En efecto, el Jefe del Consejo, aunque no se diga sino por modo indirecto, mediante un rodeo, es irrelevable, pues el *Presidium*, al nombrar a los sucesores de los exonerados, tendrá que hacerlo sobre la propuesta del Presidente del Consejo disuelto... El permanece con la facultad de proponer a los miembros del Consejo futuro, mientras sus compañeros del presente son destituídos. El es inamovible.

Ese precepto constitucional está adaptado a una situación política en la que Stalin ocupa el cargo de Jefe del Soviet de Comisarios del Pueblo. o Ministros, y ocupándolo Stalin, la Constitución no podía menos de colocarlo por encima de toda posibilidad de mutación que no dependa de su propia voluntad.

Al pueblo se le hace creer que ésa es la única forma auténticamente democrática de gobernar un país. Léase, para ilustración de cómo pintan sus instituciones políticas los profesores, el siguiente artículo aparecido por esos días en *Pravda*, con el título de *El órgano supremo del Poder Soviético*:

"La U.R.S.S. es el país en donde ha triunfado el socialismo y la verdadera democracia. El poder en la U.R.S.S. pertenece a los trabajadores de la ciudad y del campo. Los consejos de diputados de trabajadores, son los órganos de poder del gobierno. Todo el sistema de los órganos de poder del gobierno, lo dirige el Consejo Supremo, que es el órgano superior en la U.R.S.S.

El Consejo Supremo de la U.R.S.S. está constituído por dos cámaras: el Consejo de la Unión y el Consejo de las Nacionalidades. En el Consejo de la Unión, están representados los intereses comunes de todos los trabajadores de la Unión Soviética, independientemente de sus nacionalidades. El Consejo de las Nacionalidades representa intereses particulares, específicos de las distintas nacionalidades de la U.R.S.S.

La Unión Soviética es un gobierno de muchas nacionalidades. Todas las ramas y nacionalidades que forman la U.R.S.S., tienen los mismos derechos.

La base fundamental del gobierno soviético es el principio del libre desarrollo de todas las nacionalidades. Todas las nacionalidades de la U.R.S.S., están unidas por lazos de amistad, constituyendo una gran familia. Pero además de sus intereses comunes, ellas tienen intereses específicos, relacionados con sus particularidades nacionalistas. El Consejo Supremo de la U.R.S.S. representa en conjunto, no solamente los intereses comunes, generales, sino también los derechos particulares de las nacionalidades.

La formación de ambas cámaras de C. S. de la U.R.S.S., se realiza por medio de elecciones comunes, con iguales procedimientos electorales en votación secreta. Esto determina un principio nacional, en la formación de la segunda cámara.

El Consejo de la Unión se elige por todos los ciudadanos de la U.R.S.S., en círculos electorales; un diputado por cada 30.000 habitantes.

El Consejo de las Nacionalidades se elige por los ciudadanos de la U. S. en las repúblicas unidas y autónomas, en las regiones autónomas y, en los círculos nacionales, según lo estatuído: 25 diputados, por cada república de la U. S.; un diputado por cada república autónoma; cinco diputados por cada región autónoma y, un diputado por cada círculo nacional. De esta forma, en el C. S. de la U.R.S.S., están representadas todas las nacionalidades, hasta aquellas repúblicas que cuentan con muy pocos habitantes.

Las cámaras del C. S. de la U.R.S.S., el Consejo de la Unión, y el Consejo de las Nacionalidades, tienen igualdad de derechos. Al Consejo de la Unión y al Consejo de las Nacionalidades, en una misma medida, les corresponden la iniciativa en la ley. Toda ley tiene que ser aprobada por ambas cámaras. En caso de desacuerdo, el problema pasa a una comisión, formada por miembros de ambas cámaras. Si esta comisión no llega a un acuerdo, o su resolución no satisface a una de las cámaras, el *Presidium* del C. S. de la U.R.S.S. disuelve al C. S. y convoca a nuevas elecciones. Por consiguiente, ninguna de las dos cámaras tienen prerrogativas o ventajas. La fuerza de ambas, son completamente iguales, y su duración es de cuatro años.

En las secciones de ambas cámaras, se examinan los mismos problemas. Las secciones empiezan y terminan al mismo tiempo. Cada cámara elige su Presidente y dos Vicepresidentes. Los presidentes dirigen las secciones y velan por el orden interior. Ambos presidentes eligen las mismas comisiones permanentes: de leyes, de mandato, de proposiciones, de presupuesto y de asuntos exteriores. Así se garantiza el principio de igualdad, de ambas cámaras.

La estructura de estas dos cámaras y su representación genuinamente popular es el primer caso dado en la Historia de la Humanidad. Esta estructura se basa en principios completamente nuevos, no conocidos en ningún parlamento burgués. Tales principios son: formación nacional de la segunda cámara; igualdad democrática en la formación de ambas cámaras e igualdad de derechos reales (1).

(1) En el Uruguay tenemos un sistema bicameral en que las dos cámaras son de formación nacional y gozan de los mismos derechos.

La iniciativa de creación de las dos cámaras, como sus principios, se deben al camarada Stalin.

El C. S. de la U.R.S.S. es el órgano representativo del pueblo que ostenta todos los poderes íntegros del gobierno, poniendo en vigor las leyes en la U. S.

La ley soviética, es la verdadera expresión de la voluntad del pueblo. La ley aprobada por el C. S. de la U.R.S.S. es acatada y cumplida por todos los órganos del gobierno.

El Presidium del C. S. de la U.R.S.S. —según la expresión del camarada Stalin—, es una presidencia de colegios de la U.R.S.S.

El Soviet o Consejo de Comisarios o Ministros, lo elige el Soviet Supremo o el *Presidium*, en el intervalo, a propuesta del Presidente del Soviet de Ministros (1).

El C. S. de la U.R.S.S. dispone de derechos ilimitados, sobre la actuación de los órganos de dirección del gobierno. Estos derechos se expresan, en que los diputados del C. S. de la U.R.S.S. pueden interrogar al gobierno o a sus miembros, colectiva e individualmente. El gobierno de la U.R.S.S., o el Comisario del Pueblo hacia el cual va dirigido el interrogatorio del diputado del C. S. de la U.R.S.S., está obligado en el término de tres días a dar una respuesta —oral o escrita— en la cámara. Estos derechos ilimitados de control del C. S. de la U.R.S.S. también pueden expresarse en que puede nombrar —cuando lo estime indispensable—, comisiones de revisión sobre cualquier asunto.

Toda persona y empresa responsable, está obligada a cumplir las exigencias de estas comisiones y presentar ante ella, los materiales y documentos necesarios.

El C. S. de la U.R.S.S. nombra los Tribunales de Justicia y el Procurador (Fiscal) de la U.R.S.S. es realmente el que lleva todo el poder gubernamental en la U. S.

En nuestro país soviético —por vez primera en la Historia—, toda la integridad del poder descansa sobre el órgano representativo del pueblo: el C. S. de la U.R.S.S.

La actuación se verifica en un orden de secciones. Estas secciones son convocadas por el Presidium del C. S. de la U.R.S.S., dos veces al año. Las secciones extraordinarias son convocadas, o por el *Presidium* del C. S. o por petición de una de las repúblicas. Las secciones del C. S. duran todo el tiempo que sea necesario para examinar todos los problemas.

La formación del C. S., su estructura, orden y actuación es una viva expresión de la democracia soviética, la cual se ha fortalecido en la gran Constitución staliniana."

Prof. C. Krabchúk.

(1) El Presidente del Soviet de Ministros es Stalin.

CAPÍTULO XLV

LAS ELECCIONES

El 10 de febrero de 1946, después de cinco años de guerra, volvió a haber elecciones para miembros del Soviet de la Unión y del Soviet de las Nacionalidades.

En la mayor tranquilidad, sin la mínima perturbación del orden público, como en un verdadero día de fiesta nacional, transcurrió esa jornada en que los ciudadanos ejercieron sin molestias, ordenadamente, en locales amplios, de escuelas e institutos, bien adornados por lo general, su derecho de sufragio.

No puede concebirse ambiente más idílico para una jornada cívica de esa importancia.

Ofreció, por supuesto, un espectáculo reconfortante al observador acostumbrado a lamentar que en muchos países democráticos, sobre todo en los de América Latina, no puedan efectuarse elecciones sin choques sangrientos, sin violencias de las autoridades contra los ciudadanos, sin batallas campales entre éstos, sin *cohechos* ni coacción.

Casi nadie deja de votar. A los inválidos, enfermos o ancianos impedidos, se les va a buscar en camiones; y también a los rezagados u olvidadizos. A los que no pueden abandonar el lecho o el domicilio se les lleva la urna a la casa; al día siguiente, los diarios publican la fotografía de algunas de esas personas en actitud de depositar su voto en presencia de la comisión electoral destacada al efecto.

El secreto de ese desarrollo pacífico y hasta amable de un acto de tanta trascendencia para la suerte de una república, no es difícil descubrirlo.

Existe, desde luego, la circunstancia de que el pueblo acude a las urnas con un asombroso espíritu de unificación.

El 11 de febrero se realizó el escrutinio en todos los distritos, y el día 13 se dieron a publicidad los datos.

Se habían formado 1.339 circunscripciones electorales en toda la U.R.S.S.

El número de ciudadanos hábiles para votar alcanzaba a 101.716.686.

El de votantes alcanzó a 101.450.936.

Es decir, que votó el 99,7 por ciento de electores.

¿Cómo, y por quién votaron?

Mientras en otras partes se dirimen ese día tremendas rivalidades partidarias, y bandos políticos irreconciliables se enfrentan con el máximo despliegue de sus fuerzas respectivas, aquí las grandes masas se mueven camino de las urnas presididas por una sola consigna, que se traduce en una sola lista, de un solo partido político posible.

No es que se prohiba constitucionalmente votar por quien se quiera. Las boletas que se entregan al votante traen impreso el nombre del candidato "oficial" —digámoslo así—, del distrito o circunscripción, pero el ciudadano puede tachar ese nombre y escribir el de otro candidato, ha-

biendo para ello espacio apropiado en la hoja. Pero los candidatos sólo han podido ser presentados por "las organizaciones sociales y las asociaciones de los trabajadores; las organizaciones del Partido Comunista, los Sindicatos, las Cooperativas, las organizaciones de la juventud y las sociedades culturales" (artículo 141 de la Constitución).

Ningún otro partido, si surgiese (que no puede surgir), gozaría de ese derecho. Por lo menos para él no estaría *asegurado*, tal como lo expresa el texto constitucional en el artículo citado. Suponiendo que ese hipotético partido lanzase candidatos, éstos no serían registrados para figurar en las listas, y si sus nombres apareciesen en estos manuscritos, no se tomarían en cuenta.

Como además del Partido Comunista pueden presentar candidatos los sindicatos, las cooperativas, las sociedades culturales, etcétera, cabe la inclusión en las listas registradas, de ciudadanos que no pertenezcan a dicho Partido. Precisamente esas elecciones se efectuaron sobre la base de un bloque del Partido Comunista y los *sin partido*. En la nómina de candidatos figuraban los propuestos por organizaciones obreras, universidades, etcétera, a título de *sin partido* si se trataba de quienes no eran afiliados del comunista. En vez de ponérseles a competir con las del Partido, lo que no cabría en la realidad política soviética porque *sin partido* no quiere decir contra el Partido Comunista (y tales candidatos sin ser afiliados a éste participan fundamentalmente de su ideología y sus puntos de vista), se les incluyó de acuerdo con el Partido en una lista común.

A tal efecto se forman los *colectivos de agitadores*, brigadas de encargados de hacer el elogio de los candidatos y de excitar al pueblo a concurrir a las urnas. Para cada fábrica, cada establecimiento, cada *koljós*, cada centro de trabajo donde se reúnen unas cuantas docenas de obreros o empleados, se designan uno o varios agitadores, elegidos entre su personal, si los hay aptos, o venidos de otra parte, siempre a propuesta del Partido Comunista.

(A las aldeas y *koljoses* se envían por miles para cada región. Así, por ejemplo, en la región de Tula, trabajaban mil quinientos *colectivos de agitadores*, según noticias de *Pravda*, y quince mil en la región de Stalingrado.)

Los candidatos pronuncian discursos ante los electores de su distrito. Por radio se difunden insistentes exhortaciones a votar por los candidatos del bloque, como si existiese realmente una lucha de candidaturas.

Un artículo de *Pravda* nos informa sobre la campaña electoral a través del país. Se titula *La agitación bolchevique en las aldeas*, y de él extractamos:

"El trabajo político de masas, relacionado con las elecciones convocadas al Consejo Supremo de la U.R.S.S. adquiere ahora en los *koljoses* y en las aldeas, una gran amplitud. Los agitadores de las aldeas, comunistas y sin partido, explican a los koljosianos el pacto sobre las elecciones al C. S. de la U.R.S.S., explican las altas ideas de la Constitución staliniana, las ventajas de la verdadera democracia popular soviética.

La activa actuación política de los agitadores, lectores, conferenciantes, ocupa en las aldeas una gran cantidad de personas. En la región de Stalingrado, por ejemplo, se cuentan ya más de 15.000 AGITADORES DE ALDEAS; ellos realizan su trabajo en los clubes y en las bibliotecas. Los intelectuales de las aldeas dan conferencias a los koljosianos sobre los derechos y obligaciones de los ciudadanos de la U.R.S.S.

Los agitadores de aldeas, juegan un papel importantísimo en la campaña electoral. Con su modesto trabajo, ellos ayudan a millones de gentes, a encontrar la verdadera respuesta a los problemas que se les plantean, a descubrir a cada paso el punto de vista del gobierno, que determina la conducta del ciudadano soviético. En su tiempo V. I. Lenin enseñó a los agitadores bolcheviques a explicar los problemas del socialismo sin frases, sin exclamaciones, con hechos y cifras en las manos. En las futuras elecciones, la gente soviética ve uno de los poderosos medios para el futuro fortalecimiento del socialismo, fortalecimiento del gobierno soviético.

Los agitadores de aldeas deben trabajar según las palabras de Lenin, explicar los problemas del socialismo a los koljosianos, concentrar su atención, su actividad de trabajo, para el futuro fortalecimiento del gobierno soviético."

Una Comisión Electoral Central preside y rige las elecciones y contralorea los escrutinios. Tres meses antes del acto eleccionario se procede a la proclamación de candidatos y miembros de esa Comisión, por parte de las organizaciones facultadas para ello, que son los sindicatos, las empresas, las usinas, las academias, incluso las academias militares, los cuerpos del Ejército, las universidades, etcétera, quienes elevan las candidaturas al Soviet Supremo, que decide de la suerte de ellas, porque es el que designa los componentes.

Tomo al azar unas pocas notas de *Pravda*, del 22 de noviembre de 1945, relativas a esas proclamaciones.

Es de notarse que casi todas se producen por unanimidad.

"El Consejo Central de los Sindicatos de la U.R.S.S. recomienda para la composición de la Comisión Central Electoral al c. Kusmiechov.

El 16 de octubre tuvo lugar una reunión con los presidentes de los Comités centrales de los sindicatos. Se trató de la promoción de candidatos por el Consejo Central de los Sindicatos de la Unión Soviética a la Comisión Central Electoral para las elecciones al Consejo Supremo de la U.R.S.S. De acuerdo con la Constitución de la Unión Soviética y el artículo 36 del tratado sobre las elecciones al Consejo Supremo de la U.R.S.S., los Sindicatos tienen derecho A PROPONER sus representantes en las Comisiones Electorales.

El secretario del Comité Central de los Sindicatos propuso al c. Kusmiechov (presidente del Consejo Central de los Sindicatos), para formar parte como candidato en la Comisión Central Electoral.

Los asistentes aprobaron *por unanimidad* esta proposición. La presidencia tomó la resolución siguiente: Rogar a la presidencia del Consejo Supremo de la U.R.S.S. que acepte al c. Kusmiechov como candidato a la Comisión Central Electoral en las elecciones al Consejo Supremo de la U.R.S.S."

"EL C. N. N. STALIN, CANDIDATO A LA COMISIÓN CENTRAL ELECTORAL

"La presidencia del Comité Central del Sindicato de Instrucción Política de la Unión Soviética trató de la promoción de candidatos a la Comisión Central Electoral.

El presidente del Comité Central, c. Lakin, concedió la palabra a la c. Besrrucoba, la cual propuso para candidato a la Comisión Central Electoral al c. Nicolás N. Stalin, a quien ella caracterizó como un miembro activo de los sindicatos y conocido trabajador político-social. Se le aceptó por unanimidad.

La Academia del Ejército Rojo denominada "Dsiersinsk" y el Cuerpo particular de artilleros condecorados con las órdenes grado primero Suvorof y Lenin, designaron candidato al cuerpo de la comisión electoral del distrito Molotov, al participante en la guerra patria, Héave de la Unión Soviética c. Kalmicola A. S.; por sus hazañas militares está condecorado con varias órdenes y medallas de la U. S.

Los trabajadores de la fábrica de tabaco "Ducat" en una reunión, a la que acudieron más de mil personas, acordaron por unanimidad recomendar la candidatura de la Jefe de una sección, Ana S. Jojlava, para el cuerpo de la comisión electoral del distrito "soviético".

Con anticipación de algunos días se señalaban con adornos rojos, banderas soviéticas y carteles, los sitios donde deberían votar los ciudadanos.

Se colocaban letreros luminosos en los frentes de los más importantes edificios, y por todos lados se veían los grandes retratos de Stalin y de los hombres de gobierno que también habían sido proclamados candidatos, como Molotov, Kalinin, etcétera.

Infinidad de murales con figuras de colores y leyendas vistosas, exhortaban al electorado a votar por los candidatos del bloque.

No había otros, pero la propaganda se intensificaba a fin de que nadie dejase de votar. Ni controversias, ni exhortaciones en sentido contrario eran posibles.

No había, pues, lucha electoral. Sólo había agitación electoral en torno de candidatos que surgieron del seno del Partido o de otras organizaciones o corporaciones en las cuales predomina siempre el criterio y la voluntad del Partido Comunista.

¿Por qué? Porque la Constitución dice en su artículo 126: "los ciudadanos más activos y más conscientes del seno de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores se agrupan en el Partido Comunista (bolchevique) que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por el afianzamiento y desarrollo del régimen socialista, y que *representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores tanto sociales como del Estado.*"

Y eso no dice sino que la dirección del pensamiento político queda confiado exclusivamente a ese partido, que es toda una entidad institucional decisiva por mandato expreso y categórico de la Constitución, pues tiene por virtud de ella en todos los establecimientos, fábricas, oficinas, escuelas, delegados que ocupan los puestos más importantes o que actúan, al menos, como comisarios políticos.

El escrutinio arrojó una suma de 100.608.569 de votantes en favor del bloque, y de 819.699 en contra: el 99,16 por ciento y el 0,80 por ciento del electorado, respectivamente. Se anularon 28.414 boletas.

Claro está que todo el proceso electoral —inscripción, escrutinio—, estuvo en manos de gente del *bloque*, cuando no de comunistas declarados.

UN DISCURSO DE STALIN.

El último acto de propaganda fué un mitin celebrado en el Gran Teatro, al que asistieron solamente las autoridades y miembros destacados del Partido Comunista, de las organizaciones, los sindicatos y las diversas corporaciones. La entrada era por invitación. Los diplomáticos no fuimos invitados, sin duda por la naturaleza del mitin.

Las fotografías de la prensa mostraban la sala colmada de público, y en la tribuna a Stalin, quien leyó un extenso discurso, siendo el único orador del mitin.

Uno de sus primeros párrafos llamó muchísimo la atención. Es aquel que dice, textualmente:

"Como resultado de la primera crisis del sistema capitalista mundial, apareció la primera guerra mundial; como resultado de la segunda crisis apareció la segunda guerra mundial. Esto no significa, sin embargo, que la segunda guerra mundial, sea una copia de la primera. Al contrario, la segunda guerra mundial se diferencia de la primera por su carácter. Se debe tener en cuenta que los principales gobiernos fascistas, Alemania, Japón, Italia, antes de caer sobre los países unidos destruyeron en el interior de sus países, los últimos sectores de la libertad democrática-burguesa, y estableciendo en ellos cruel régimen terrorista, pisotearon los principios de soberanía y el desarrollo de las libertades de los pequeños países, declarando la política de ocupación de tierras ajenas, manifestando a los cuatro vientos que ellos conquistarían el señorío mundial y extenderían el régimen fascista por todo el mundo. Con la conquista de Checoeslovaquia y de las regiones centrales de China, los gobiernos del eje demostraron que estaban dispuestos a cumplir sus amenazas, a cuenta de avasallar los pueblos amantes de la libertad. Teniendo esto en cuenta, la segunda guerra mundial tomó desde el principio el carácter de guerra antifascista, de liberación, pues uno de sus problemas era también el restablecimiento de las libertades democráticas. La intervención de la Unión Soviética contra los gobiernos del Eje, *pudo solamente* reforzar, y realmente reforzó, el carácter antifascista y de liberación de la segunda guerra mundial."

He ahí un concepto que coincide con lo que sostuvimos quienes desde el comienzo de la guerra debíamos enfrentarnos con la propaganda comunista, que tendía a mantener a las masas obreras y populares ajenas a la contienda, por ser "una simple guerra imperialista entre imperialismos".

Las palabras de Stalin dejan sin ninguna justificación la campaña

de los partidos comunistas del mundo, que se declararon neutralistas durante los primeros años de la guerra y abogaban por la concertación de la paz con Hitler.

En realidad destruye, asimismo, las razones que la U.R.S.S. invocaba para concertar tratados de amistad con Alemania en esa época. Y si puede pensarse que un país tiene siempre, en cualquier circunstancia, muy poderosas razones para no intervenir en una guerra mientras no lo afecta directamente, ¿cómo explicar la táctica de los partidos comunistas que en la misma Gran Bretaña reclamaban la paz con Hitler cuando arreciaban los bombardeos aéreos contra Londres, y en Francia neutralizaban espiritualmente sus masas en los primeros meses de la guerra?

No pocos pensaron en que a más de un líder europeo refugiado en la U.R.S.S. al estallar el conflicto mundial para no *complicarse* con la guerra *imperialista* —tal el caso de Maurice Thorez—, se les dejaba en posición no muy cómoda con esa nueva interpretación staliniana de los hechos.

Porque si la segunda guerra mundial *tomó desde el principio el carácter de guerra antifascista*, nada justificaba la resistencia a hacer la guerra, y menos la tendencia a pactar una paz en condiciones favorables a Hitler.



CAPÍTULO XLVI

LA ESTRUCTURA DEL REGIMEN POLITICO Y SU VERDADERO SENTIDO

Todo el sistema institucional soviético tiene como soporte, sobre el cual gira y actúa, el partido comunista.

El artículo constitucional citado más arriba estatuye y consagra, como institución oficial, como órgano del Estado, a ese partido, el único que puede presentar candidatos para los cargos de gobierno, y cuyos componentes gozarán del privilegio de tener a su cargo la dirección *de las organizaciones de trabajadores tanto sociales como del Estado.*

Basta eso para desentrañar, de un golpe, todo el verdadero carácter y sentido de la Constitución soviética, esa Constitución del año 1936 de que Stalin es autor, quien al recomendarla ante un congreso de dicho partido, la proclamaba *la más democrática del mundo.*

Es evidentemente una dictadura, que se pretende *democrática.*

Retrocediendo al significado etimológico de la palabra, se califica de *democrática* esa dictadura, solamente porque sería el gobierno del pueblo.

El nazismo también pretendía haber implantado en Alemania una verdadera democracia, porque Hitler había llegado al poder por el voto del pueblo, y era éste quien gobernaba a través del partido "nacional-socialista", y más concretamente todavía, encarnado en la persona del Führer. Por eso pretendía haber implantado un régimen *democrático*, que no era sino el antípoda de la democracia liberal, pues la suya era una *democracia* autoritaria, sin libertades públicas ni individuales, que encerraba a la nación en el puño de hierro de un Estado que sólo tenía de *democrático* el hecho de que su Jefe no fuera hereditario, sino electo por una mayoría.

Sólo ese concepto de una democracia antiliberal o antilibertaria es decir, sin libertades políticas (que son las que más cuentan para el destino de los pueblos y la suerte del hombre), se puede calificar de *democrática* una dictadura no ya siquiera *de clase*, sino de partido único, que tal era el caso de la Alemania nazi y tal es el caso de la Unión Soviética.

De *dictadura de la clase obrera* la proclamaba el propio Stalin cuando hacía el elogio de su Constitución y la defendía de ciertas críticas ante el Congreso de su partido.

A estudiar la índole de los textos constitucionales vigentes en la U.R.S.S. dediqué un capítulo de mi ya citado libro sobre "Génesis, Esencia y Fundamentos del Socialismo", y allí digo lo que a continuación me detengo a transcribir (1):

"¿Pero es que también esta Constitución consagra una dictadura de clase o de partido? Hasta hace poco nadie lo negaba porque la respuesta

(1) Ob. cit., págs. 148 y sig., T. II.

a esa pregunta la había dado rotunda y categórica, en el informe citado, el propio Stalin.

Tomando en cuenta *la crítica burguesa* al proyecto de Constitución, se encara con el grupo de críticos que, al atacar el proyecto lo califican de *evolución a la derecha*, de *abandono de la dictadura del proletariado*, de *liquidación del régimen bolchevique*, y les responde:

Si la extensión de la base de la dictadura de la clase obrera y la conversión de la dictadura en un sistema más flexible, y por lo tanto, más poderoso, de dirección estatal de la sociedad, la consideran no como un fortalecimiento de la dictadura de la clase obrera, sino como un debilitamiento o incluso su abandono, entonces cabe preguntar: ¿es que estos señores saben al fin de cuentas, lo que es la dictadura de la clase obrera? (Idem, Cuestiones sobre leninismo, edic. de Moscú, pág. 615).

Y más adelante, encarándose con el grupo de críticos que, al contrario del anterior, acusa al proyecto de dejar intacta la dictadura de la clase obrera, de no admitir la libertad de partidos políticos y de mantener en vigor la situación absorbente del Partido Comunista, dice:

Debo reconocer que el proyecto de la nueva Constitución, desde luego, deja en vigor el régimen de la dictadura de la clase obrera, así como deja intacta la actual posición dirigente del Partido Comunista de la U.R.S.S.

No cabe duda: la nueva Constitución no sólo mantiene el régimen de dictadura de un partido obrero, sino que lo fortalece haciéndolo más poderoso como sistema de dirección del Estado.

No cabe expresar más claramente que el recurso de la dictadura, que Marx había preconizado como solución momentánea, de transición, para destruir en poco tiempo, desde el poder, el régimen capitalista, se adoptaba en la U.R.S.S. con ánimo de permanencia, reforzándose cuando ya llevaba veinte años de vigencia y después de haber desaparecido las condiciones internas que, para el criterio de Marx, de Engels, y del propio Lenin, la justificaban. Porque aquellas afirmaciones de Stalin vienen a continuación de un capítulo destinado a demostrar que en la U.R.S.S. se había cumplido *la primera etapa del comunismo, el socialismo*, y que el *socialismo en la U.R.S.S. es algo que ya se ha alcanzado y conquistado.*

El proyecto de la nueva Constitución, *parte del hecho de la victoria del régimen socialista*, descansa sobre los fundamentos principales del socialismo, que ya han sido alcanzados y realizados, esto es: propiedad socialista de la tierra, bosques, talleres, fábricas y otros instrumentos y medios de producción; liquidación de la explotación y de las clases explotadas...

Es, pues, un hecho, se lee asimismo, la victoria completa del sistema socialista en toda la esfera económica.

¿Y qué significa esto?

Esto significa que la explotación del hombre por el hombre ha sido suprimida, liquidada... La clase de los terratenientes ha sido liquidada... En lo que respecta a los demás explotadores, han compartido la suerte de la clase terrateniente. Ya no existe la clase de los capitalistas en la esfera de la agricultura. Ya no existen comerciantes y especuladores en

la esfera de la circulación de mercancías. Todas las clases explotadoras han sido, pues, liquidadas.

Tras estas comprobaciones resulta sorprendente que en vez de declararse: *Ha llegado el momento de prescindir de la dictadura de la clase obrera*, se diga: *ha llegado el momento de reforzarla.*

Porque ahora, ¿contra qué clase se ejercerá, si ya han sido eliminados los explotadores?

Sólo quedarían, según ese informe, la clase obrera y la clase campesina. Y al lado de estas clases algunas *capas sociales*, como la de los intelectuales, que no formarían, como lo explica Stalin, una clase especial.

Y, a pesar de tratarse de clases antagónicas, si no aliadas, se mantiene la dictadura del partido único.

Parece, por tanto, evidente que Stalin se aparta de algunos preceptos de Lenin en el concepto de la dictadura. Para Lenin ésta sólo se concibe en una sociedad donde hay lucha de clases. Es el mismo Stalin quien nos enseña que aquél "recalcó el hecho de que, en la sociedad de clases, la dictadura del proletariado es el tipo más elevado de la democracia, la forma de la democracia proletaria que expresa los intereses de la mayoría (de los explotados) por oposición a la democracia capitalista, que expresa los intereses de la minoría (de los explotadores)". *(Entrevista de Stalin con la primera delegación de obreros norteamericanos, 9 de septiembre de 1927. Stalin-Lenin, edic. lenguas extranjeras, Moscú 1939, pág. 51).*

Todavía añade, a continuación de ese pasaje y refiriéndose al problema de la forma y procedimiento de la edificación del socialismo durante el período de la dictadura del proletariado, "en el período de transición el capitalismo al socialismo, en un país cercado por Estados capitalistas".

Marx y Engels consideraban el período de dictadura del proletariado como un período más o menos largo, lleno de contiendas revolucionarias y de guerras civiles, período durante el cual el proletariado, desde el Poder, toma medidas de orden económico, político, cultural y de organización, necesaria para crear, en vez de la vieja sociedad capitalista, la nueva sociedad socialista... Lenin se mantenía plena y enteramente en el terreno de estas ideas básicas de Marx y Engels.

Está claro que Lenin confiere la dictadura a la clase obrera en pugna con otras clases, a las que necesita aplastar para emanciparse por completo de ellas y para ponerse a cubierto de sus tentativas de desalojarla del poder.

A través del texto de Stalin, Lenin habla siempre de la dictadura y de la hegemonía del proletariado, que para el concepto de Stalin se define como clase obrera explotada. Su dictadura sería, pues, un medio para librarse de la explotación, en primer lugar, y para impedir que esa explotación se restablezca. Ella actúa en una sociedad donde hace falta extirpar las raíces del capitalismo.

Lenin murió antes de haberse alcanzado en la U.R.S.S. la supresión de las clases, que es según él, la característica esencial del socialismo. Se había "derribado a los terratenientes y a los capitalistas", valgan sus propias palabras. Pero quedaba por cumplir una segunda parte de la tarea en la marcha hacia el socialismo: suprimir las diferencias entre los obre-

ros y los campesinos, concluir con los capitalistas agrícolas para que en el campo sólo hubiese trabajadores.

Esta segunda parte se llevó a cabo después de su muerte, cuando se concluyó la lucha contra los capitalistas agrícolas, los *Kulaks*, y la colectivización de la empresa agrícola se extendió suplantando la economía individual de dichos capitalistas.

Si los campesinos son ya todos ellos trabajadores, como quería Lenin, la clase campesina, cuya existencia señala Stalin en su informe al lado de la clase obrera, es una clase trabajadora, una clase de productores. Y debe, por consiguiente, entenderse, como Lenin sin duda lo entendía, que en una sociedad con sólo esas dos clases distintas pero comprendidas bajo un común denominador —trabajadores y productores—, no hay lucha de clases y hasta puede decirse que, prácticamente, no hay clases.

Para poderse decir que se ha llegado a realizar el socialismo, debe poder decirse que se han suprimido las clases, al menos en el sentido que acabamos de consignar.

Una dictadura de clase no cabe en una sociedad así, para el concepto de Lenin.

Hasta el Estado mismo desaparece, se *extingue*, como escribe Engels en el *Anti-Dühring*. Pero Stalin continúa a Lenin en la etapa del socialismo realizado, y no cree que esto permita por sí solo renunciar a la dictadura de clases.

La dictadura debe prolongarse, si no como dictadura del *proletariado*, como dictadura de la clase obrera (ya hemos visto en qué consiste para él la diferencia entre una y otra denominación); y en vez de disiparse, debe reforzarse la hegemonía de la clase obrera que ya no es *proletaria*.

Stalin introduce, como se ve, un nuevo concepto de la dictadura obrera: el concepto de la dictadura de una clase obrera que ya no es proletaria, es decir, que no es explotada, y que además gobierna en una sociedad donde por no haber explotadores, no hay antagonismos de clase, no hay clases contrarias irreconciliables.

EL PARTIDO DICTADOR.

El agente de la dictadura sigue siéndolo, más que el Estado (que para Lenin y Stalin teóricamente se confunde con la dictadura misma), el Partido Comunista. Este constituye *el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado*. (Artículo 126 de la Constitución de 1936).

Y si Stalin entiende haber reforzado *la dictadura del proletariado* estableciendo *un sistema estatal más poderoso*, no es sólo porque haya *ampliado la base de la dictadura obrera* y haya *convertido la dictadura en un sistema más flexible*, sino porque además deja *intacta la función dirigente del Partido Comunista*. Y la "deja intacta" elevándola a la categoría de un privilegio político constitucional, es decir, consagrado por la Constitución en términos inequívocos.

. . . .

Siendo una Constitución de dictadura de clase, que prácticamente se reduce a la dictadura de un partido de clase, Stalin la consideraba *democrática en extremo* y sus panegiristas la proclamaron la *Constitución más democrática del mundo*.

Se basaban para ello sobre todo en su sistema de *libertades garantizadas*, cuya más vistosa formulación hallamos en el artículo 125, que dice:

Conforme a los intereses de los trabajadores y a fin de consolidar el régimen socialista, se garantiza por la ley a los ciudadanos de la U.R.S.S.:

a) La libertad de palabra.

b) La libertad de prensa.

c) La libertad de reunión y de mitines.

d) La libertad de desfiles y manifestaciones en las calles.

Estos derechos de la ciudadanía están asegurados por el hecho de poner a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones, imprentas, existencias de papel, edificios públicos, calles, medios de comunicación y otras condiciones materiales necesarias para el ejercicio de dichos derechos.

La Constitución no se limita, en efecto, a declarar el derecho, sino que pone al alcance de la ciudadanía los medios de ejercerlo.

En los países capitalistas esas libertades suelen quedar en el simple enunciado, porque para ejercerlas, especialmente la de imprenta, es necesario contar con recursos, y el que dispone de mucho dinero lleva la ventaja de poder disfrutar de ellas en una proporción inalcanzable para los que carecen de él.

Pero ¿quién proporciona en la U.R.S.S. los medios de que se trata? El Estado y las organizaciones. ¿Y quién decide en el Estado y las organizaciones, sobre todo en materia de orientaciones de la opinión pública? El poder dirigente de la dictadura de clase, y dicho más concretamente, el Partido Comunista.

Y es que sólo el Partido Comunista podrá en el terreno político, que es aquel donde esas libertades son más necesarias, emplear esas libertades. A todo otro partido, a toda corriente de opinión que no sea la del partido único —núcleo dirigente de las organizaciones y del Estado—, les están vedadas. Porque a ningún otro partido se le reconoce el derecho de presentar candidatos a los Soviets (artículo 141) y no hay ni puede, por tanto, haber otro partido que reclame en el seno de los órganos del gobierno el ejercicio de sus derechos para rivalizar o polemizar con aquél o para hacer oposición al gobierno mismo.

Resulta así que en la *democracia socialista* soviética, las corrientes obreras no identificadas con el partido único o con el espíritu de los gobernantes en todos los problemas, tienen menos posibilidades de exteriorizar su pensamiento que los grupos disconformes de cualquier tendencia en las *democracias capitalistas*, donde los socialistas, los comunistas, los anarquistas, hallan siempre la manera de accionar, de reunirse, de publicar periódicos, de realizar mitines, de sostener locales abiertos, de organizar partidos poderosos, que envían cientos de diputados a las cámaras y

que, como en Inglaterra o en Suecia, se adueñan del gobierno a favor de esas libertades y de esos derechos del artículo 141.

Eso no impide a Stalin afirmar que la Constitución de la U.R.S.S. *es la única Constitución del mundo consecuentemente democrática.*

Hemos de decir que si las Constituciones de las democracias capitalistas no son consecuentemente democráticas porque en ellas la democracia es, por lo general, para uso exclusivo de las minorías poseyentes, la Constitución soviética no es tampoco consecuentemente democrática, porque no acuerda las libertades públicas esenciales y los derechos políticos democráticos sino a un partido, aunque éste sea la expresión auténtica de la opinión de la inmensa mayoría del país.

Puede alegarse que la presencia suprema del espíritu rector de un partido excluyente de los demás, en la administración de los derechos populares, era indispensable en las condiciones históricas en que se dictaba la nueva Carta Magna de la Unión Soviética, rodeada de temibles y encarnizados enemigos exteriores y con peligrosos factores de perturbación interna.

Eso era, precisamente, lo que había movido a Stalin a no desprenderse de la dictadura obrera ejercida por un partido "monolítico", como Lenin quiso que fuese el partido bolchevique.

Pero mientras Stalin en aquellos días, al hablar sin ambajes de la dictadura de clase y no ocultar que la nueva Constitución mantiene esa dictadura, insistía en un concepto de la democracia mayoritaria que no coincide con el de la democracia política liberal, hoy se ha comenzado a sostener que la Constitución no responde a ningún concepto que sea sustancialmente distinto del de esta democracia, en cuanto consagra el derecho de las minorías a la existencia y a la lucha. No se trata de una concepción distinta de la democracia política, sino de una diferente interpretación de la realidad social en el plano político.

Se da por sentado que en un país sin clases opuestas, el gobierno democrático es la expresión de una voluntad política uniforme, frente a la cual ni siquiera se concibe la existencia de una real oposición.

Se puede, pues, confiar constitucionalmente a un solo partido —el partido único de la única voluntad política posible—, la misión de ejercer el gobierno, de dirigir la administración pública, de orientar la marcha de la nación en las vicisitudes de su historia, de *hacer* en cierto sentido la historia misma de la nación, al menos la historia del Estado soviético.

Hasta se pretende que la política de las coaliciones de partidos para gobernar en los países, que se adopta ya en muchas partes da, prácticamente, la razón al régimen del partido único.

¿SOCIEDAD SIN ESTADO O SOCIEDAD SIN DICTADURA?

Salta a la vista el peligro de esta nueva posición.

Antes pudo esperarse que al liquidarse la situación de inseguridad de la U.R.S.S. con respecto a sus relaciones internacionales y a la existencia de algunos peligros internos, se diese por terminada la era de la dictadura y se abriesen las vías de la verdadera democracia política. Pero

ahora no hay nada que esperar a ese propósito en un plazo breve, si ésa es la tesis oficial definitiva.

Si no hay dictadura no se puede hablar de eliminarla.

Si con empecinamiento se sostiene que no hay sitio para un partido más, porque el pueblo no siente la necesidad de él, y se afirma la licitud de mantener cerradas las puertas a la entrada de cualquier forma de opinión, porque sólo es posible, o si se quiere, sólo es respetable como fenómeno real la que obedece a diferencias de clase, no deben aguardarse para dentro de poco cambios del texto constitucional y de las formas legales en un sentido de democracia política.

El razonamiento de que en la sociedad sin clases no puede haber divergencias políticas, porque los partidos políticos sólo obedecen a intereses económicos de clase, y si no hay antagonismos económicos no puede haber antagonismos políticos, es de una simplicidad que espanta...

No deja lugar en la historia política de las sociedades económicamente igualitarias, a ninguna lucha en torno de los problemas del espíritu y no admite que se disputen el gobierno de la Nación o de la ciudad, tendencias opuestas por razones espirituales o ideológicas ajenas a un interés material.

¿Cómo puede aseverarse, siendo así, que si sólo hay un partido con derecho a la vida y con todos los derechos, es porque no cabe la posibilidad natural y lógica de que surja otro?

Esa es, sin embargo, la tesis con que el bolchevismo disipa ahora las esperanzas de una cercana ampliación efectiva de la democracia soviética en el plano político." (1).

(1) Ibidem, págs. 156-160

CAPÍTULO XLVII

UNA CONVERSACION EN EL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS

Sobre el tema de la estructura política de la U.R.S.S. giró toda una larga conversación mantenida una tarde en el Ministerio de Negocios Extranjeros con el Jefe del Departamento de Relaciones con América, el ya varias veces citado *gaspadín* Constantin Mijailov.

Tuve esa tarde la impresión de que se concedía especial interés a mis declaraciones porque por primera vez en mis numerosas entrevistas se halló presente el segundo Jefe del Departamento, que hablaba bien el castellano, a pesar de lo cual permaneció en silencio, sin pronunciar una sola palabra después de las consabidas de toda presentación, y de despedida al retirarse, y porque se me había reservado una de las mejores intérpretes de español, que estudiaba derecho, y que parecía muy versada en asuntos de doctrina, pues de tanto en tanto, mi interlocutor, que se expresaba en ruso, analizaba con ella brevemente algunos de mis argumentos antes de contestarlo. Porque fué aquello una especie de amable controversia, que comenzó cuando el funcionario soviético se mostró interesado por conocer mi juicio sobre la organización social y política de su país.

En resumen le dije:

—Ustedes han abolido el capitalismo privado. Han suprimido así una de las formas de la opresión económica que obligan al hombre a trabajar para el provecho del capitalista y se oponen a la igualdad social en el punto de partida.

Esa es una base para construir una sociedad socialista.

Pero se han quedado en una forma de Estado político que sustituye la opresión económica del capital privado, por la opresión del capitalismo estatal.

—Hemos hecho una organización socialista, en la que el hombre trabaja para la sociedad y para sí.

—Eso no puede decirse cuando la sociedad entera queda absolutamente supeditada a un Estado cuyo poder político se concentra, íntegramente, en la voluntad única de un solo partido.

No han construído la democracia política y eso es esencial como requisito para que el hombre goce de una verdadera justicia económica y viva como igual entre sus iguales. Porque las libertades políticas son la garantía de todas las otras libertades; son el gendarme de todos los derechos del hombre, los económicos y los espirituales, los del cuerpo y los del espíritu.

—Usted olvida que nuestro pueblo goza de esas libertades, consagradas por la Constitución.

—¡Ah, sí! La Constitución garantiza cuatro libertades; hasta trata de asegurarlas poniendo en manos de los trabajadores los elementos para ejercerlas. Pero ¿quién administra esas libertades, quién autoriza su ejer-

cicio y quién suministra los elementos indispensables para esto? El Partido Comunista, que gobierna como dirigente único del Estado, sin fiscalización de otros partidos.

—Eso lo consideramos indispensable para defender nuestro sistema constitucional y la Revolución. Nosotros no estimamos que sea democrático permitir la existencia y la acción de fuerzas políticas que conspiran contra la democracia. Así ustedes tienen un partido fascista (aludía al *herrerismo*) y lo dejan hacer propaganda contra las fuerzas democráticas y tener diputados en las Cámaras.

—Esa es, precisamente, una característica esencial de la verdadera democracia política. Esta no excluye el debate de las ideas, la polémica de las corrientes políticas. Sólo cuando la propaganda de las ideas degenera en conspiración de hecho contra los principios constitucionales, para abatirlos por la violencia, se aplican sanciones y se adoptan medidas contra quienes así se salen del marco de la democracia, dispuestos a enarbolar el hacha de la fuerza y de la violencia para despedazarlo.

—Pero cuando la clase obrera ha logrado dictar su ley desde el gobierno que le corresponde por derecho, y suprime injustos y odiosos privilegios, no se concibe que deje en manos de los que defienden esos privilegios o aspiran a restablecerlos, los medios para derrocarla o para socavar la estabilidad de su gobierno.

—Si la mayoría del país está en el gobierno obrero ¿cómo podrían los privilegiados desposeídos accionar con éxito contra ese gobierno? Su estabilidad sólo se hallaría en peligro si, en plena libertad política, no tuviese la voluntad de la nación consigo. Pero entonces detentaría el poder y sólo podría retenerlo por la fuerza despótica de las armas, por la violencia.

Yo no dejo de estimar que la inmensa mayoría del pueblo soviético es partidaria de los principios de justicia social y económica esenciales en una organización socialista. Porque las corrientes socialistas fueron predominantes en el movimiento de masas obreras y campesinas conducidas por intelectuales revolucionarios, con la colaboración de sectores de la burguesía liberal, que echaron por tierra el zarismo, régimen de una minoría feudal, mercantil, militarista y burocrática.

Esos principios no peligran, pues, por parte de ninguna oposición política que pudiera surgir. No cabe el temor de que se formen partidos políticos dedicados a propugnar e intentar la restauración de los privilegios de clase.

¿Por qué, entonces, no autorizar la formación de partidos políticos que serían forzosamente de obreros o de campesinos, pues éstos son las dos únicas clases existentes una vez eliminado el capital privado y la propiedad territorial del *kulak*?

A esta pregunta se me respondió con el consabido argumento de Stalin, ése de sus *Cuestiones del Leninismo*, que figura en la transcripción de páginas atrás.

—En la U.R.S.S. la existencia de varios partidos resultaría inconcebible, porque la diversidad de partidos es producto de diferencias de clase. Como aquí han sido abolidas esas diferencias, y los intereses de

todos los habitantes son comunes y armónicos, no hay sino base para un partido solo.

Respondí a ese argumento diciéndole más o menos lo que expongo en aquella transcripción.

—Los partidos políticos surgen no sólo a causa de la diferencia de intereses entre una clase y otra, sino asimismo a causa de las diferencias de criterio, de ideología o de matices de posición social, si se quiere, dentro de una misma clase, como lo prueba el hecho de que haya en los países democráticos varios partidos de la clase obrera y varios de la clase media y varios de la clase alta, y aun algunos que se forman para servir intereses más o menos comunes de clases distintas o intereses de diversos sectores sociales de una misma clase.

¿Que sólo tienen existencia lógica, racional *(real)* en el sentido hegeliano los que obedecen a esas fundamentales diferencias de clase que en la U.R.S.S. habrían desaparecido? Tampoco puede afirmarse.

En una sociedad capitalista, por consiguiente de clases, es cierto —al menos en gran parte—, que yendo al fondo de las cosas los partidos obedecen a determinados intereses de clase, y su rivalidad consiste a menudo en que se disputan el mérito de defender mejor esos intereses. Pero en una sociedad sin clases, el partido político puede y debe surgir sobre la base de naturales diferencias de criterio en problemas de gobierno, de dirección social, de orientación moral y cultural, etcétera, aunque no quepa entre ellos la separación por motivo de antagonismos de intereses de clase.

Mientras exista el Estado, sea cual fuere la forma económica de la sociedad regida por él, los partidos tendrán lógica y necesaria razón de ser. En la Unión Soviética con tanta o más razón, cuanto que se reconoce oficialmente la existencia de dos clases: la obrera y la campesina, cuyos intereses —por más que oficialmente se pretenda que son iguales—, no siempre son comunes. Baste detenerse a advertir, por ejemplo, que al campesino le conviene que los productos de la tierra no se deprecien, mientras al obrero le conviene comprarlos al menor precio posible.

Y así como aquél desea igual cosa con respecto a los artículos manufacturados, naturalmente a éste le interesa que no se deprecien los productos industriales, al menos los fabricados por él.

Verdad es que el Estado socialista unifica financieramente las economías distintas, la campesina y la industrial, tomándolas en sus manos y realizando la distribución de los productos, en forma tal que ya no puede decirse que el obrero tenga interés en que sus productos se vendan bien sino en que su retribución sea elevada, alegrándose de que ello ocurra al mismo tiempo y en virtud de que los productos de una y otra economía se abaraten. Pero por más que el Estado socialista disponga de medios para elevar las retribuciones sin elevar los precios, lo que a menudo consigue aumentando la producción mientras acrecienta el consumo, hay momentos en que el campesino se queja de que le cuestan demasiado caras las cosas que debe adquirir en la ciudad, y el obrero por su parte halla que el campesino no produce bastante o que los productos agrícolas no están bastante al alcance de las posibilidades obreras. Esas oposiciones se resuelven en la acción del Estado soviético por el criterio de un partido

solo, el Partido Comunista, que es por definición el partido obrero, si bien en sus filas pueden figurar y figuran no pocos campesinos. Las diferencias de criterio, si surgen, se ventilan en su seno, pero allí concluyen. No pueden traducirse en agitación para mover la opinión en uno u otro sentido. La agitación, por lo tanto, en todo caso pertenece siempre al criterio de la mayoría, pues éste y sólo éste actúa desde el gobierno o en la renovación de los componentes del gobierno, como fuerza política.

Concedamos todavía que las antinomias económicas entre campesinos y obreros no existan como hechos de importancia o se resuelvan siempre en términos de conciliación y armonía bajo un régimen de socialización general y un Estado dirigido por un partido de trabajadores. ¿Es que por ello no ha de poder surgir, en torno de numerosas cuestiones, diferencias de posición mental que se disputen la preponderancia en la orientación del Estado? Mil aspectos de la vida económica y social, de la administración y del gobierno, ofrecen constantemente ocasión a puntos de vista contrarios, que podrían dar asidero a corrientes de opinión pública para influir en los resortes decisivos de la dirección del Estado.

Dentro del régimen soviético se han ensayado, desde su aparición a los presentes días, diversos sistemas impositivos, diversas formas de cambio, varias políticas monetarias; se han aplicado varios criterios en materia de cooperativas, de sus funciones en el comercio y en la producción, de sus relaciones con los órganos centrales del poder público, etcétera; se han hecho virajes de tan vastas proyecciones como el de la N.E.P.; se ha cambiado de posición ante problemas como el de la familia, el divorcio, la investigación de la paternidad, etcétera, de tanta importancia en las ramas del derecho civil; se han adoptado actitudes distintas ante la religión y la iglesia, etcétera.

Esos cambios han revelado la flexibilidad y aptitud del sistema para adaptarse a las necesidades históricas del momento, se dirá. Pero ello demuestra que existen razones para una permanente diversidad de conceptos sobre el camino que conviene seguir, lo cual plantea un debate cuya solución no puede por lo general sustraerse a la instancia decisiva del electorado, sin desnaturalización de lo más esencial del gobierno del pueblo por el pueblo.

Y para ello es indispensable que los intereses opuestos y criterios distintos tengan la facultad de dirigirse al electorado y probar ante él su suerte organizándose en partidos.

¿Es, acaso, democrático que los ciudadanos que desearían —pongamos por caso—, una política de restricción del alcoholismo, no puedan organizarse en partido político para lograr que el Estado adopte medidas legislativas ante el mal y no abarate la vodka en cada fiesta nacional y no haga de la producción de bebidas alcohólicas una fuente de recursos?

—Esos problemas —me dijo en una interrupción—, se debaten en el seno del Partido. Hay siempre opiniones que tratan de oponerse unas frente a las otras, y triunfan las que se consideran más adecuadas.

—No basta que los ciudadanos puedan llevar al seno del Partido Comunista esas ideas y allí las defiendan, porque para triunfar o para obtener alguna influencia efectiva, les sería indispensable contar con el

apoyo de la opinión popular si les falta la del partido propio, que sólo abarca una porción numéricamente muy reducida de la ciudadanía.

Ese partido sin competidores debe forzosamente anquilosarse en sus facultades de autoanálisis y de autocrítica que siempre necesitan el estímulo, el acicate de la rivalidad con los contrarios, para mantenerse alerta y desarrollarse. Sus decisiones, que nadie discute públicamente, que nadie puede someter en la prensa a críticas y ataques, sólo por su espontáneo convencimiento son corregidas o revocadas. Sus errores pueden así perpetuarse. Las minorías que en su seno los adviertan y quieran corregirlos, tendrán que esperar a transformarse allí dentro en mayoría para obtener su ratificación. Esas minorías no han de poder, en ningún momento, apelar al juicio de afuera para reforzarse, ni menos aspirar a erigirse en mayoría apartándose del claustro partidario primitivo para constituir una nueva fuerza de opinión con derecho a elegir gobernantes. Porque este derecho sólo alcanza a un partido político.

A esas consideraciones que, por supuesto, vertí en forma sintética y con menos prolijidad en la puntualización de las críticas, mi interlocutor me contestó:

—La verdad es que nuestro pueblo no siente ni la mínima necesidad de otro partido más que el comunista.

—Admito que hoy por hoy sea así. No niego la popularidad del gobierno actual y del partido gobernante actual. Pero puede, en el futuro, brotar en el pueblo soviético, en una parte del pueblo, la necesidad de un nuevo partido, para imponer, por ejemplo, una especial política antialcohólica, para hacer triunfar un determinado criterio educacional. Las constituciones no se hacen para un día. Deben prevenir el futuro. Y no deben cerrar los caminos de la evolución. Porque ustedes los cierran, yo me atrevo a señalarles una contradicción con los principios de la dialéctica.

—¿Contradicción con la dialéctica marxista?

—Claro que sí. Al no permitir sino un partido, e impedir que las minorías de hoy puedan llegar a ser mayorías mañana, ustedes cierran el ciclo de la evolución por decreto. Frente a la situación política creada, a la realidad institucional de hoy, que es la tesis, no puede surgir la antítesis de una minoría opositora, de un criterio político contrario. Y así no puede esperarse que venga la síntesis a abrir, como la tesis de mañana, una nueva etapa de ese juego dialéctico, que es, por esencia, ilimitado.

Ante este argumento se produjo un cambio de ideas entre mi amable contrincante y la intérprete. Tuve la impresión de que el proyectil había afectado algún punto vital de su sistema defensivo. Pero tras unas cuantas frases cambiadas en ruso entre ambos, el funcionario me replicó:

—La tríada dialéctica está mal aplicada en su ejemplo. Porque la tesis es todo el sistema capitalista, que nosotros destruímos con este régimen político para llegar a la síntesis, que será el comunismo sin Estado.

—Le ruego admita —le repliqué a mi turno—, que no es científico dejar fuera del proceso dialéctico a la realidad política como una parte sin importancia de las realidades sociales en pugna: la capitalista y la socialista. El proceso dialéctico, si es una explicación lógica y científica de algo tan natural como la evolución, debe desenvolverse no sólo en la vida y el destino del árbol sino también en la vida y el destino de las hojas; no sólo en el organismo, sino en la célula.

Quiere ello decir que cuando ustedes niegan el derecho de las minorías y no dejan formarse otros partidos frente al Comunista, cortan en el área política (que es, por lo demás, tan capital para la suerte de todas las otras zonas de la vida colectiva), el camino dialéctico. Incurren en el sistema cerrado de Hégel y en aquella dramática contradicción que tanto le censuraba Engels, según la cual la monarquía prusiana era la forma perfecta del Estado, la cumbre en que se detenía toda la evolución de las formas políticas. Ustedes colocan hoy su organización política —que ya no es transitoria sino en cuanto medio muy discutible y hasta contraproducente, de llegar al comunismo sin Estado—, fuera de la acción de "los contrarios", que eliminan políticamente. Y ahí, en ese terreno, la *tesis* creada por ustedes se alza como un muro infranqueable.

Luego de ese *impacto* mi interlocutor me dijo que ellos ya habían hecho la experiencia de una vida política con varios partidos, y les había resultado desastrosa (aludía a las enconadas luchas entre las facciones comunistas, de la derecha y la izquierda, y de Trotsky y Stalin, que fueron sofocadas por las inolvidables purgas de sangre).

—Hemos tenido, para gobernar sin convulsiones ni desgarramientos, que librarnos de las feroces rencillas de los partidos.

Yo no pude menos de sonreír en silencio ante esa ingenua pero franca enunciación de la fórmula *democrática* soviética para gobernar cómodamente a un pueblo...



Capítulo XLVIII

ETOPEYA DE STALIN

Los diplomáticos profesionales suelen considerar en Moscú un venturoso privilegio obtener una entrevista con Stalin. Algunos traen cartas del Jefe de su Estado para el generalísimo soviético, y así logran cambiar con él algunas palabras.

Yo no llevé ninguna carta de ésas y no hice nada por trasponer el cerco que lo separa del cuerpo diplomático, con el cual no se junta nunca, pues no concurre a recepciones ni es usual invitarlo a ellas. Lo corriente es que los diplomáticos no se acerquen a él, sino cuando llega una misión especial de sus respectivos gobiernos para tratar cuestiones de tal índole que hagan necesaria la participación de Stalin, Jefe supremo de las fuerzas armadas de mar, cielo y tierra, y presidente del Consejo de Ministros. Entonces los jefes de misión acreditados en Moscú deben necesariamente intervenir para hacer las presentaciones de protocolo, y solamente así les toca ponerse en contacto con él.

El embajador de China no había hablado nunca con Stalin durante los cinco años de su permanencia en la capital de la U.R.S.S. Fué necesario que, al término de la guerra, arribase una misión especial del gobierno Chino, presidida por el Primer Ministro, para que el embajador cambiase algunas palabras con el personaje máximo de la potencia soviética.

Lo veíamos, sin embargo, en contadas ocasiones. Yo le vi cuando asistió, desde el gran palco central de honor, a la función dada en el *Bolchoi* con motivo de la visita de Churchill y Mr. Edem, a las pocas semanas de hallarme en Moscú.

Volví a verle en la apertura del período de sesiones del Soviet Supremo, y luego en la celebración del 1º de Mayo de 1945; y más adelante en alguna gran fiesta nacional con desfile de tropas, y a veces del pueblo, ante el hipogeo de Lenin, desde cuya terraza presencia y preside el espectáculo. Entonces se le veía salir del Kremlin y pasar por un costado de la tribuna diplomática y ascender, seguido de sus acompañantes, la escalinata del monumento.

Le vi también, desde la ventana de mi escritorio del hotel cuando las exequias de un miembro del *Politburó* del Partido, pasar por la calle, al frente del cortejo fúnebre, sosteniendo a la altura de su hombro derecho una de las varas de la parihuela en que descansaba la urna con las cenizas del extinto; y después, todavía, marchando tras el cadáver de Kalinin en el trayecto de la Casa de los Sindicatos a la Plaza Roja, entre dos hileras de soldados policiales que formaban una especie de túnel de seguridad en toda la extensión del pasaje.

Es un hombre de estatura más bien baja, de aspecto insignificante, a quien el traje militar, de infantería, sin adornos brillantes ni medallas (es uno de los pocos ciudadanos de la U.R.S.S. que no las usa), con que ha sustituído su antigua chaqueta de paisano cerrada hasta el cuello, no

le agrega marcialidad ni le hace perder su figura de pacífico campesino (con sus rasgos faciales vulgares de expresión bondadosa) un tanto disminuída, al moverse, por la disimulada rigidez del brazo izquierdo, que lleva encogido y pegado al cuerpo.

Su persona desconcierta a quienes sabiéndolo el Jefe indiscutido de un Estado como el Soviético, el hombre que está en la cumbre de la *dictadura obrera* y que fuera de toda duda la encarna y ejerce como presidente del *Politburó* —Comité Político Central del Partido Comunista, como Presidente del Consejo de Ministros y como Jefe Supremo de todas las fuerzas armadas, el generalísimo todopoderoso—, esperan ver en su fisonomía y en sus gestos y apostura, un reflejo delator de la energía de su carácter y de la fuerza moral necesaria a quien aprieta en sus puños tanto poderío y decide, a cada instante, del destino del mundo.

Su presencia y sus modales, sobrios y limitados, son todo lo contrario de la apariencia de fieros o arrogantes *hombres fuertes* de que gustan revestirse ante el público casi todos los dictadores.

El no incurre en tales histrionismos. Deja, eso sí, que a los efectos de la propaganda, sus artistas sugestionen al pueblo con imágenes suyas mucho más impresionantes para la mentalidad de las masas ingenuas, que el descolorido original. Pero es demasiado serio e inteligente para entretenerse en posturas, prefiriendo ser enérgico, duro e inexorable, sin parecerlo, y sin jactancia. Se me ocurre que es el hombre menos jactancioso del mundo. No habla nunca de sí ni de sus méritos.

Deja que sus turiferarios lo pinten como conviene a la propaganda y le atribuyan todos los méritos que sean necesarios al caudal de su fama.

El, por ejemplo, no puede creer, y estoy seguro que no cree, que sus lucubraciones sobre el leninismo y el marxismo, por más que las juzgue irrefutables como interpretaciones de la doctrina, constituyan trabajos de alto valor científico y permitan colocarlo, como hacen sus panegiristas, en la cumbre de la ciencia social rusa.

Pero deja decir, porque eso contribuye a la idolatría de los jóvenes que se educan en la fe, que Stalin es un sabio entre los sabios y su ciencia le concede infalibilidad como gobernante.

No es un hombre brillante. No posee grandes talentos. Como orador no es de los mejores, por cierto, y su acento georgiano y su dicción poco clara son defectos que restan eficacia a su palabra. Se le considera, en cambio, por algunos, como un escritor político de primer orden. No puedo juzgarlo por mí mismo como prosista, pero sí puedo apreciarlo como escritor por la sustancia de lo que dice, captada en traducciones castellanas y francesas. Lo juzgo claro y hábil en la argumentación. Su fuerza persuasiva, que a veces se malogra en el machaqueo de las repeticiones literales (muy propias, por otra parte, de las modalidades características de la prosa rusa), es innegable. Pero no le descubro vuelo de pensamiento ni originalidad de concepto ni formas de expresión admirables y con sello inconfundiblemente propio, de esas que se perciben a través y a pesar de la traducción en los grandes escritores de todos los idiomas. Sus concepciones teóricas siguen paso a paso las de Lenin y su cultura general no parece ir muy lejos. Algunos de sus discursos o mensajes durante la guerra y a raíz de su terminación, quedan como buenos

ejemplares del género en los anales de la literatura política de su patria y del mundo. Me inclino, sin embargo, a tenerlo por un hombre, repito, sin deslumbrantes talentos literarios o verbales. ¿Los tendrá como dirigente de partido, como estratego militar, como estratego y táctico político al frente de su enorme nación?

Para manejarse en esos planos de la acción posee en máximo grado una facultad positiva de su intelecto: la astucia. Y una condición formidable de su carácter: la energía para perseguir sus propósitos por encima de toda consideración, sin ofuscaciones ni exaltaciones que no sean calculadas, con tesón y sin piedad, fría, inexorablemente.

Es, si cabe extremar tanto la paradoja, el hombre vulgar de genio. Sin talentos destacados tiene, sin embargo, una aptitud genial para administrar sus condiciones intelectuales, los rasgos de su inteligencia innegablemente aguda, y hacerlos servir tan hábilmente a sus fines, que ha logrado señorear con prestigio y poder únicos en una nación de cerca de doscientos veinte millones de almas. Eso es, sin duda, lo que se llama genio político, hecho en su caso sobre todo de serena astucia y segura pericia de conductor. Triunfa por virtud de una perspicacia afinada y una previsión de larga distancia.

Se dice que en su vida privada se muestra capaz de afectos, como lo demostrarían sus relaciones con sus hijos. Enviudó dos veces (su segunda esposa murió en un accidente de aviación), y nada autoriza a suponer que no sea un marido correcto. Con un gran dominio sobre sí, no se deja doblegar ni ablandar por sus impresiones sentimentales, que parecen no agitarle nunca el ánimo. Cuando le trajeron la noticia de la supuesta muerte de uno de sus hijos, que luego se supo había caído prisionero de los alemanes, se limitó a decir: *Es doloroso, pero hay que seguir trabajando.* Y con duro estotictismo continuó ocupándose de los asuntos del momento. Eso sí: esa dureza se vuelve ferocidad asiática cuando en la lucha política resuelve aplicar los procedimientos más sanguinarios y crueles, que adopta con esa terrible frialdad del fanático para quien nada está por encima del interés de su causa, ni la vida humana, desde luego, y no trepida en aplastarlo todo con el carro de hierro de su poderío, con tal de asegurar su poder y la estabilidad de su régimen.

En sus conversaciones íntimas suele mostrarse campechano y dado al empleo de refranes populares, que aplica con socarrona certeza. En los mismos tratos oficiales, cuando conviene, como en algunas reuniones en el Kremlin con aditamento de mesas copiosamente provistas de vituallas y bebidas, hace gala de cierta dicacidad y buen humor, menudeando los brindis amables a favor de una excepcional resistencia a los insidiosos efectos de la bebida, sobre todo si se trata de vinos del Cáucaso, de los que, según una versión muy popularizada en toda Rusia, es capaz de beberse hasta quince botellas, en una noche, sin marearse. Otras veces se muestra brusco y agrio, si así conviene a sus propósitos, como cuando la histórica entrevista con los delegados del gobierno polaco exilado en Inglaterra, a uno de los cuales, que había comenzado a relatar las acciones de su gobierno en la lucha contra los alemanes, evocadas a título de méritos para reclamar el derecho a ser reconocido con preferencia al gobierno yugoeslavo organizado en Moscú, lo interrumpió diciéndole:

—Concluyamos. Todo eso que usted dice no es más que propaganda. Vayamos al grano.

Armado de una dura e irreductible energía; dotado de una sagacidad siempre alerta, siempre sostenida por un inagotable poder de no adormecerse nunca en la confianza ni de los hombres ni de los acontecimientos; ejercitado por natural inclinación de su ánimo, más que de su inteligencia, en la desconfianza, posición que además resulta obligada en el sistema de gobierno y de vida organizados por él y su partido en la Unión Soviética, da la impresión de estar hecho a imagen y semejanza de su política, de esa política que, por su parte, está hecha a imagen y semejanza de él. Porque uno y otra se influyen, se compenetran y son a la vez su impulso y su límite recíprocos. El uno es, en cierto grado, hijo de la otra, por más que la otra sea hija de aquél. El artesano hace la obra, pero la obra hace a su vez al artesano...

Sin rasgos visibles de genialidad, a ese forjador de una estructura política tan poderosa, de tan vastas proyecciones históricas, no puede negársele genio. Tiene el duende o el demonio de la astucia, o mejor, la astucia hipertrofiada hasta la genialidad. Ella es la víscera cardíaca de su persona moral e intelectual.

Eso explica que haya podido adueñarse del partido, reduciendo a la impotencia y desalojando a rivales de más talento que él, con mayores dotes positivas para mover a las masas y cautivar a los individuos.

Eso es lo que se comprueba observando la inmensa e intrincada trayectoria de la diplomacia soviética de estos últimos quince años, y el desarrollo de todo ese plan inquietante de absorción del mundo por el comunismo soviético, que no es, en definitiva, sino un plan de extensión de la zona de influencia de la Unión Soviética, con el consiguiente aumento del prestigio y fuerza de su gobierno para continuar persistiendo indefinidamente como una simple expresión incontrolada de la voluntad de su partido, que en último análisis se reduce a la suya propia.

Cierto que todo ello no es su obra exclusiva.

Muchos colaboradores diestros e inteligentes intervienen en la confección de esos planes. Una de sus mayores virtudes como hombre de Estado, que es también prueba de su lucidez mental y de su hábil prudencia, es que sabe escuchar a quienes pueden aconsejarlo con provecho, y no hace ni decide nada de importancia sin asesorarse, sin consultar a los entendidos, haciéndolos, si es necesario, discutir entre sí, para saber cómo orientarse y no dar un paso en falso.

Así, como jefe supremo de las fuerzas armadas durante la guerra mundial, no sintió la tentación de dejarse llevar por las inspiraciones de su presunto genio militar, como Hitler, desoyendo a los técnicos y prescindiendo de todo asesoramiento de los especializados y de los que veían la guerra en el terreno y no solamente en los mapas.

Aunque su natural sagacidad le había permitido alcanzar éxitos señalados, como jefe formado en las improvisaciones de la acción, cuando la guerra con Polonia en los comienzos de la era soviética, no por ello se dejó ganar por el virus del envanecimiento, y dió siempre en la solución de los problemas bélicos la debida participación a los probadamen-

te idóneos, escuchándolos y tomándolos en cuenta en vez de apartarlos a codazos de intrépida presunción, como hacía el dictador alemán.

Ello —claro está—, no habría de impedir que se hiciese creer al pueblo ruso que la conducción de la guerra victoriosa había sido exclusivamente su obra. Cuando se le asignó el título de *generalísimo* los diarios proclamaron su genio militar; y a la conclusión de la guerra un editorial de *Pravda* lo ponía por encima de todos los grandes estrategos, afirmando que superaba a Alejandro, a Julio César, a Napoleón...

Más grande que éste sería, como militar, porque si no puede olvidarse al "organizador de la victoria", el Gran Carnot, cuando se escribe la crónica de las campañas napoleónicas, en cambio a Stalin sus panegiristas le atribuyen el papel de director de los ejércitos y de organizador de los servicios de guerra.

Un editorial con que *Isveztia* comentaba su designación de *Generalísimo*, lo elogia de manera que Stalin resulta una suma del *Gran Carnot* y Napoleón "El Grande", porque él solo, según esa encendida loa, creó su ejército, lo organizó, lo aleccionó, lo financió, lo proveyó de todos los elementos de combate, de transporte y de manutención, lo sostuvo con la economía y la producción nacionales, organizadas por él, y lo condujo a la victoria en portentosas hazañas que superan las de los más grandes guerreros de todos los tiempos.

Este artículo, en efecto, entre otras cosas, dice:

"En los días más difíciles de la guerra, el jefe y maestro del pueblo, el genial estratego, cargó sobre sus hombros todo el peso de la dirección militar.

Fija y prudentemente, determinó el c. Stalin el programa de lucha del pueblo soviético contra el fuerte y cruel enemigo. Genialmente abrió las leyes de la actual guerra y científicamente, demostró la posibilidad de nuestra victoria."

. . . .

"El gran jefe del Ejército, el camarada Stalin, educó gran cantidad de admirables generales y mariscales, cumplidores con talento, de las ideas geniales stalinianas.

La capacidad organizadora del jefe del Estado Mayor, es uno de los factores decisivos en la guerra. Y en las memorias de la Gran Guerra Patria se habla del grande y admirable crecimiento de los cuadros de generales y oficiales de nuestro Ejército que pasaron la escuela staliniana a través del fuego de la lucha."

. . . .

"Sancionó la estrategia staliniana, la obra majestuosa del genio guerrero. El c. Stalin se considera como el creador de la ciencia militar actual. Con genial perspectiva dió profunda y justa nota a todas las ramas de la nueva técnica guerrera y construyó una nueva táctica para el Ejército Rojo, apoyado en los fundamentos de precisión, flexibilidad y cooperación de toda clase de tropas y de armas. En el arte de comandante, el c. Stalin ha dado ingeniosas resoluciones, sobre las cuestiones de realizar operaciones en los frentes fortificados, combinados rompimientos con maniobras de las fuerzas móviles en amplias operaciones.

En la marcha de la Gran Guerra Patria ha habido admirables operaciones de cerco y aplastamiento del ejército alemán. Las legendarias hazañas militares del Ejército Rojo sobrepasan los más destacados ejemplos de la gloria guerrera del pasado. Desde las orillas del Volga, haciendo fracasar a las fuerzas enemigas, llegaron las tropas soviéticas hasta los Alpes. Y en sus alturas cubiertas de nieves perpetuas miraron los maravillosos gigantes del pasado, a los valientes padres y abuelos engrandecedores de la gloria del generalísimo de las tropas rusas. A. V. Suvorov. Semejantes batallas no han sido vistas jamás en los anales de la historia guerrera.

Los mariscales soviéticos realizaron marchas, cada una de las cuales superaba a las campañas del siglo pasado. Y a los mariscales les condujo a la victoria del pueblo soviético, el genial Stalin. La Patria adornó los laureles de honor del primero y más valiente guerrero, dándole el más alto título militar: Generalísimo de la Unión Soviética."

Ese artículo no es sino uno de los incontables productos de todo calibre y toda dimensión de esa monstruosa maquinaria, de esa incomparable fábrica de propaganda montada en todo el país para exaltar las virtudes del régimen y, sobre todo, de quien lo sintetiza y más gloriosamente lo personifica.

De esa fábrica salen los millones de retratos, de bustos, de estatuas que inundan la nación, invadiendo las plazas, los parques, las estaciones, los *halls* de los palacios públicos, los vestíbulos o los *foyers* de los teatros, las salas de reuniones, los salones de los clubes, de las escuelas y universidades, los escritorios de los Bancos, los locales de los talleres, los comedores de los restaurantes; asomándose a los escaparates de los almacenes; apareciendo en los frentes o trepándose a las cornisas y pretiles de muchos edificios en las grandes solemnidades festivas; penetrando en las viviendas de las ciudades, de las aldeas, del campo, para colgarse como con desenfado en los muros domésticos.

Mientras el original no se prodiga en sus presentaciones ante el público ni se pone nunca en directo contacto con el pueblo, al que sólo llega a través y en ejercicio de sus funciones oficiales, su efigie en fotografía, en pintura, en yeso, en mármol, en bronce, se instala con familiaridad abrumadora en todos los sitios y rincones, para presenciar impasible y enigmática todos los actos de sus gobernados.

El endiosamiento del generalísimo alcanza los más altisonantes tonos de la hipérbole y del ditirambo en las loas con que los técnicos literarios de la admiración organizada queman toneladas de incienso ante sus altares. En prosa y en verso se le proclama *nuestro padre*. Un mensaje en verso enviado por los trabajadores de Lubov, aparecido en *Isveztia*, contenía los siguientes pasajes:

Como el trueno vuela sobre la tierra
vuelan nuestras alabanzas a nuestro jefe y maestro
porque su voluntad nos conduce a todos tras las tempestades y combates.
¡Gracias! —se canta en las canciones de muchachas,

¡Gracias! —suenan las voces infantiles.
La misma palabra se oye en las noches de ruiseñores bajo las estrellas.
Como el halcón sube al cielo en los días de sol.
¡Gracias! —suena como el pájaro de primavera;
sobre el río Diesná y sobre los Cárpatos,
donde hasta ahora hay vestigios de incendios,
en el precipicio donde está tirado el enemigo.
¡Gracias! —contesta nuestro Kev orgulloso.
¡Gracias! —suena también el Dombás.
Y allí donde pasaban las hordas fascistas
ahora se levanta la aurora del renacimiento.
La llama que Lenin encendió sobre los mundos
tú la llevaste a través de las nubes como la luz de los siglos.

En la batalla —estás con nosotros,
en el trabajo —estás con nosotros
y en el ruido de los talleres y en la canción de los prados.
A nosotros, hermanos, nos acercaste a una gran unión,
y el enemigo no ha podido destruir esta amistad.
Y he aquí que triunfa sobre las bandas salvajes
el ejército entusiasmado por ti y por nuestro país.
Juramos, Padre, por toda nuestra vida,
siguiéndote en la batalla victoriosa—
dar nuestras fuerzas por el florecimiento de la Patria,
por su libertad y tranquilidad.
¡Juramos! —arde la llama sobre los hermanos.
¡Juramos! —suena el golpe del martillo.
¡Juramos! —sobre las minas ondea la bandera
y la mano levanta más alta la pala.
¡Juramos! —y el labrador empuja más el arado,
levantando las capas de los ricos campos.
¡Juramos! —repite el sabio en la noche,
inclinado sobre su prudente libro.
Juramos que allí, donde hay ruinas
se levantarán edificios con espesos jardines,
se levantarán del polvo, como el día majestuoso,
brillando, reluciendo, como una familia de ciudades.
Juramos sobre nuestro Slavertinch—
No en vano resucitó en las luchas sagradas,
se levantará de nuevo como una bella visión,
el orgullo del pueblo, el querido Dnieprogrés.
Pagando por completo a los malditos fascistas,
por la sangre, por los incendios, por los males hechos.
Con nuestro trabajo pagaremos aquella tierra,
que nos hizo nacer y nos dió felicidad.
Confirmamos este nuestro juramento sagrado,
con los corazones de todo el pueblo:
En los victoriosos combates, en los trabajos nobles,
consolidar la familia de nuestras repúblicas.

Dejemos que se consolide nuestra República,
dejemos que de nuevo florezca libre—
la hermana querida de los pueblos soviéticos,
en la armonía de las cuerdas— la cuerda de oro.
En la gloria inmortal de las lejanías admirables
vuela la banda de cisnes, siempre adelante.
Nos conduce al amanecer nuestro gran Stalin,
él inspira el pensamiento y da fuerzas.
Alabanzas a Ti, Stalin —por años y años,
en el brillo de los talleres, en los campos y caminos.
Tú eres la fe y la verdad,
Tú eres el corazón del pueblo,
Gracias por el sol que nos das.
Dejemos que este sol nos llame para las hazañas,
en la lejanía admirable de la Patria,
dejemos que en el corazón del pueblo viva por los siglos,
nuestro Mariscal, nuestro gran Stalin.

El sistema de cultivo intensivo y extensivo de la popularidad e idolatría de Stalin cuida, como es natural, de subrayar hábilmente hasta el máximo aprovechamiento, a los efectos del prestigio, todo gesto o actitud que levante la figura del héroe. Por ejemplo, la firmeza de ánimo y la energía inquebrantable de que dió pruebas en la defensa de Moscú, donde permaneció en todo instante y mientras abandonaban la ciudad casi todos los funcionarios de alta categoría.

Era el capitán del barco, que se quedaba sobre el puente de comando sin descuidar la maniobra y dando las órdenes necesarias para prevenir el desastre y afrontar la tempestad en medio del pánico que cundía en torno de él y amenazaba dejar libre e indefensa la plaza al enemigo.

Su profético discurso en la más grande estación del Metro para comunicar a los cientos de personas allí reunidas y a todos los pobladores de la ciudad, que lo escuchaban por radio, la certidumbre de que Moscú no caería, así como la estampa gráfica de ese episodio histórico, son documentos que ofrecían preciosos motivos para las actividades de ese sistema de propaganda, tanto más cuanto que el gesto del conductor máximo al proponerse compartir hasta el final la suerte de la población de Moscú, tenía por fuerza que agrandar las bases sentimentales de su prestigio en el ánimo de las muchedumbres soviéticas de toda la Unión. Y aunque puede pensarse que él calculaba bien ese efecto, ordenando o permitiendo el alejamiento de muchos hombres del gobierno y de la administración en los instantes críticos, para que se le viese casi solo en la dirección de la nave, lo cierto es que el peligro de la irrupción del ejército alemán no era imaginario y que su presencia, anunciada ante el enemigo con la seguridad de rechazarlo, contribuyó decisivamente a detenerlo.

El sabe sacar provecho político de las circunstancias, y no le falta energía en la medida necesaria para extraer ese provecho.

Ahora, sí, que sus dotes de sagacidad y suspicacia no lo pusieron a cubierto de errores tan terribles como el de haber creído que firmando con Hitler el oprobioso pacto de amistad, gracias al cual el nuevo Atila pudo

desencadenar la guerra, de la que Stalin esperaba saliesen ambos bandos contendientes aniquilados, se reservaba una posición de tranquilo pescador en el río espantosamente revuelto, al margen de las acciones bélicas, para quedar al final como la potencia más poderosa frente a un mundo capitalista deshecho, donde podría imponer condiciones.

Se forjó la ilusión de poder convivir como asociado con Hitler todo el tiempo que fuese necesario para llegar a ese punto de parejo desgaste de los contendientes, que le permitiera ser el dominador de la situación cuando, con una paz negociada, se llevase a cabo un nuevo reparto del mundo.

No había contado con el súbito derrumbe de Francia, al que contribuyó con su ayuda material a Alemania y con el neutralismo derrotista de sus agentes políticos, los comunistas franceses. Y cuando los nazis quedaron tan rápidamente dueños de casi toda Europa, se vió obligado a cumplir correctamente dicho pacto, que sin duda pensaba violar más adelante a favor de las crecientes dificultades de su socio, hasta que éste, acorralado por la irreductible resistencia británica y la inminencia de la entrada de Estados Unidos en la guerra, se arrojó contra la Unión Soviética, cuya posesión lo hubiera salvado.

Pero tras ese error de tan funestas consecuencias para la humanidad —porque hizo posible la guerra mundial y le costó al pueblo soviético sobrellevar incalculables e inenarrables padecimientos—, la astucia de Stalin se desquita en sus tratos con los nuevos aliados. En los acuerdos, tratativas y conferencias con los "tres grandes", se le ve siempre en acecho, cauteloso, sin mostrar nunca las cartas, sin descubrir nunca el verdadero fondo de su pensamiento, aprovechando hasta el máximo todas las imprudencias e imprevisiones de sus confiados "amigos", de quienes, tengo para mí, se reía invisible y cautamente a la sombra equívoca de su curva nariz y de sus largos bigotes...

Y mientras el puritano Roosevelt, con su gran corazón de hombre franco, formado en las luchas al aire libre de una democracia de puertas abiertas, creía poder conquistarlo con su risa cordial y algunos versículos de la Biblia; y el dinámico y expansivo Churchill se ufanaba de llevarlo al terreno de sus puntos de vista con la fulguración irresistible de su fuerza de persuasión, él, sin ceder ni un centímetro de sus posiciones mentales básicas, iba acomodando sus baterías donde más le cuadraba, y sacando para sus planes inmediatos y remotos todas las ventajas posibles.

Así estuvo jugando con ellos, agitando ante ellos la reclamación del *segundo frente*, que deseaba mucho menos de lo que aparentaba y que le servía de caballo de batalla para hacer creer a su pueblo —a quien se le ocultaba la magnitud del socorro bélico de Gran Bretaña y Estados Unidos—, que todo el peso de la guerra recaía exclusivamente sobre la Unión Soviética y que los aliados ni siquiera eran capaces de aliviarle la carga invadiendo el Continente a través del Canal de la Mancha o desde las islas del Mediterráneo.

Lo que él realmente deseaba, sobre todo después del fracaso de los invasores en Stalingrado y ante Leningrado, era que nadie le hiciese la competencia en su avance por el Continente y poder atravesarlo de un extremo al otro sin compartir con sus colaboradores los beneficios políticos de la liberación de esos territorios. Todo su aparente afán del "segundo frente", que se había vuelto una reivindicación de las agitaciones comunistas en todas partes, con miras a desacreditar el esfuerzo bélico de las democracias mientras se exaltaba hasta el delirio la importancia (innegablemente considerable) de los triunfos soviéticos, no era sino un artilugio engañoso *para despistar*...

A sus aliados les parecía, más que indispensable y salvadora, hábil política enviar muchos miles de aviones y de tanques, de armas y pertrechos de todas clases a la U.R.S.S., para que ésta emplease bien a fondo su inagotable material humano, y demorarse mientras tanto en acciones menos costosas que las del segundo frente o intentando la invasión con suma parsimonia y la menor pérdida posible de vidas.

Churchill, pese a su gran clarividencia, no vió que cuando se contaba con la alianza de un socio como Stalin, nada valía tanto como ganarle de mano en la tarea de aplastar al enemigo común en el Continente, para evitar lo que ahora llena de inquietud y zozobra al mundo, y el propio Churchill considera como causa innegable de una nueva conflagración: la instalación de la U.R.S.S. en el corazón de Alemania y su influencia perturbadora conducida hasta el Mediterráneo a través de una Europa Oriental y Balcánica sojuzgada por sus agentes.

Parece probado, en efecto, por el testimonio del periodista Sommers y del ex Secretario de Guerra, Henry L. Stimson, que mientras el general Marshall era partidario, en 1943, de invadir a través del Canal, Churchill se oponía, y retardó la invasión al continente cuanto pudo, dando preferencia a otras operaciones.

Dos viajes a Moscú hizo Mr. Churchill para explicar a los hombres del Kremlin que no era posible abrir ese segundo frente tan pronto como ellos lo reclamaban.

El gran político británico retornaba de esas visitas victorioso, creyendo haber convencido a Stalin y los suyos, con sus explicaciones, de la demora en cumplir la promesa de dicho frente. Pero la prensa soviética continuaba diciendo que los aliados faltaban a su palabra, y los periódicos de caricaturas y hasta los cómicos de teatro se gastaban toda clase de comentarios y chistes a costa de esos aplazamientos que, sin embargo, servían admirablemente a los más íntimos deseos del mariscal Stalin.

¡Con qué ambigua malicia resplandecían los punzantes ojillos del astuto mariscal viendo alejarse al famoso primer ministro de Gran Bretaña satisfecho y eufórico porque no tenía que activar los preparativos de la invasión!

Cada aplazamiento de ésos valía para Stalin como una gran batalla ganada sin disparar un solo tiro. Una batalla tras la cual y en virtud de la cual, sus armas conquistaban miles de kilómetros, ciudades y naciones enteras para el poderío soviético.

Y, además, habría de conseguir que nadie, aunque pudiera, se adelantase a sus ejércitos a penetrar como triunfador en Berlín. Hoy se ve cuánta importancia tenía para sus planes políticos esa al parecer inocente exigencia.

También en el caso de Polonia obtuvo cuanto quiso —pese a la declaración de Roosevelt, de que todo trazado de límites anterior a la conclusión de la guerra carecía de validez—; y el propio Churchill se puso

de su parte contra el gobierno polaco exilado en Londres, a propósito de la "línea Curzon".

Se decía, estando yo en Moscú, que Churchill había concluído por sacrificar a ese gobierno a cambio de que se le permitiera disponer de Grecia como zona de influencia política para Gran Bretaña. Parecía en efecto, muy probable que, mientras se le reconocía a la U.R.S.S. el derecho de instalar en Polonia un gobierno títere organizado en Moscú (que no tardaron en reconocer las potencias democráticas), Churchill quisiese comprometer a la U.R.S.S. a no oponerse a que Gran Bretaña tratase de contar en Grecia con la sumisión o la buena voluntad de un gobierno amigo.

Nada le costaba a Stalin prometerle a Churchill que la U.R.S.S. no se ocuparía para nada de lo que sobreviniese en Grecia. La U.R.S.S. proclama su prescindencia absoluta ante la política interna de las otras naciones.

Pero cuando el gobierno inglés quiso regularizar la situación interior de Grecia sobre la base de unas elecciones, tuvo que vérselas con los guerrilleros comunistas o comunistizados que reclamaban el poder y no quisieron nunca acatar como válido el plebiscito que devolvió el trono al rey Jorge, ni como legítimo a ninguno de los gobiernos constituídos desde entonces.

Y esos guerrilleros, que mantienen en jaque al gobierno griego, respaldado por Gran Bretaña y Estados Unidos, reciben ayuda de los gobiernos yugoeslavo y albanés, que no son sino instrumentos de la Unión Soviética. Esta no interviene aparentemente en los asuntos de Grecia. Ella no tiene nada que ver con que el pueblo griego repudie a sus gobernantes y se insurreccione contra ellos, ni con que los comunistas de Yugoeslavia y Albania les tiendan la mano llena de armas y municiones por encima de las fronteras...

La Unión Soviética abomina de las intervenciones extranjeras en los problemas de cada nación y es muy respetuosa de la soberanía e independencia de todas ellas, al contrario de Gran Bretaña y Estados Unidos, que envían ostensiblemente sus ejércitos a vigilar elecciones y a sostener gobiernos que el pueblo quiere derribar...

Eso dice insistentemente la prensa soviética; y por entre las líneas de sus artículos parecería entreverse, como detrás de un enrejado, la sonrisita socarrona del taimado generalísimo.

Que sólo ríe, y siempre a media boca, para reírse de aquellos a quienes ha querido y logrado fastidiar.

CAPÍTULO XLIX

LA OPINION PUBLICA

Si hay algo a que no podrá jamás adaptarse la sensibilidad de un demócrata en el ambiente soviético es, además de la avasalladora y omnímoda penetración policíaca en la existencia y el destino de cada uno, el aherrojamiento de las ideas con la consiguiente ausencia de vida cívica, que queda relegada, como un privilegio oligárquico, a los componentes de un partido de burócratas. (No otra cosa puede ser un partido gobernante que, por imposición del propio texto constitucional, no sólo acapara los puestos de gobierno electivos sino que debe proveer de directores y conductores a todas las "organizaciones sociales y del Estado").

Es ésa, por otra parte, una vida cívica casi de puertas cerradas, en la que participan solamente los iniciados, los miembros de esa bien regimentada cofradía política a cuyo cargo exclusivo queda la deliberación nacional o local, a propósito de cualquier problema. A las grandes masas populares, que sólo reciben la influencia de la única opinión partidaria difundida por la prensa única, la tribuna única y la única radio, les resta el papel de simples comparsas para aplaudir o para formar las filas de los monstruosos mitines populares anuales.

Estos mitines sólo ofrecen al ciudadano soviético la oportunidad oficial y reglamentaria de pronunciarse en coro, de acuerdo y a tono con el deseo de quienes le dictan las consignas de circunstancias desde la garganta mecánica de los altavoces.

En otros países puede hablarse de la opinión pública: allí no se conoce más que la opinión oficial. Sólo tiene voz el criterio gubernativo. Ni siquiera, como en otras partes, quedan algunos reductos de libertad privada en que se recoge la voz de la disconformidad y de la crítica. El café latino, la taberna inglesa, la cervecería alemana, el club cultural americano, son un ágora fragmentaria y bajo techo, donde siempre resuena la polémica política en distintas formas y tonalidades, mientras no viene el soplo de las dictaduras fascistas y el apagón de los totalitarismos a silenciarlos con la presencia del espía y de la delación. Y, acaso, así suelen seguir proporcionando ocasiones y modos, al que quiere ponerse en contacto con las palpitaciones latentes del sentimiento público, de recibir el mensaje claro de las corrientes y posiciones espirituales o cívicas menos permitidas, porque la palabra del juicio popular en las reuniones habituales de amigos no desaparece por completo.

Allí no se discute en los sitios públicos sino sobre cosas ajenas a la política; ni se expresan juicios en voz alta sobre nada que de algún modo incida en la órbita de los actos e ideas del gobierno.

Los problemas políticos se discuten en el partido y para el partido. El pueblo en general se limita a acatar las resoluciones aplicadas. Es cierto que algunas veces se abren encuestas en la prensa a propósito de determinadas iniciativas. Así, por ejemplo, en torno de la reforma de la ley

civil que suprimió la investigación de la paternidad; o de la reforma escolar que restableció la separación de los sexos en la escuela primaria.

Pero las encuestas, que nunca dejan de ser dirigidas y vigiladas por el gobierno, y sirven más bien para explicar y defender una medida ya resuelta en el espíritu de los gobernantes, no afectan jamás, sean cuales fueren sus resultados, las líneas fundamentales y generales de la política oficial, que quedan alejadas de toda discusión pública.

Las nuevas generaciones educadas en el acatamiento y la idolatría al partido gobernante y los hombres que lo representan, no sienten el prurito de la crítica y la inclinación, tan juvenil, a la controversia de las ideas.

Sólo entre aquellos hombres a quienes el advenimiento del bolcheviquismo sorprendió mental y espiritualmente formados treinta años atrás, podría anidarse la vocación o el deseo de esa libertad de crítica y discusión de las decisiones y de los actos gubernativos. Pero no son las generaciones de hombres de cincuenta años para arriba las que pueden llenar el ámbito de una nación con el oleaje visible y ruidoso de las agitaciones civiles; ni es ya nunca en ellas muy vivo el afán de pronunciarse políticamente, contra viento y marea.

Por ello, pues, la resistencia interna de cada cual a esas limitaciones del derecho de la persona humana que la mutila en las facultades esenciales de su espíritu, no se percibe como manifestación colectiva, no se descubre en la multitud, sobre todo porque los mismos en quienes puede haber surgido y puede alentar, carecen de medios para exteriorizarla en forma perceptible, y sólo haciendo derroches de abnegación y de heroísmo personal podrían ponerla de manifiesto.

Como efecto de esa sumisión de todo el mundo soviético a la dirección de un partido político (doctrinariamente sectario), que dispone de la administración de las libertades públicas sin más freno de sus decisiones que él mismo, debe señalarse otro aspecto de la existencia nacional nada agradable, por cierto, para las sensibilidades educadas en el ambiente de aquellas libertades concebidas, reclamadas y de alguna manera ejercidas como derechos naturales del ciudadano y no como concesiones del poder.

Los actos de éste y de la administración pública no se realizan, como en los países donde existen la libre inspección y la fiscalización de la prensa y de los partidos en pugna, en un espacio expuesto a las miradas de la crítica, que pueden seguirlos en todo el proceso de su gestación y juzgarlos según los más variados intereses.

Los proyectos de ley, generalmente los conoce y discute el partido o sólo algún órgano superior del mismo, que decide de su suerte antes que se haya pronunciado el Soviet Supremo, que ya sabemos cuán dócilmente actúa bajo la dirección de un solo criterio partidario.

Por lo general el pueblo se interesa en ellas cuando se promulgan, y desde ese momento toda discusión pública fuera del partido, acerca de ellas, se vuelve imposible.

Del mismo modo suele permanecer velada a los ojos de la curiosidad pública (que en nuestros países penetran escudriñadores por todos lados y todo lo ven), la suerte personal de los hombres de gobierno en los cuadros de la administración y del poder político, al menos en lo que atañe al motivo de sus variaciones y mudanzas en el elenco.

Ya vimos cómo un alto funcionario, de la noche a la mañana, es *liberado* de su cargo o trasladado, sin que de ello se entere la nación sino por un par de líneas del noticiario oficial, sin expresarse por qué y sin que se conozca la verdadera causa de su alejamiento, que puede ser momentáneo o permanente.

El hecho no se comenta, desde luego, en los diarios; y en las mismas conversaciones privadas apenas se presta a un juego de ligeras conjeturas sin que nadie se dedique a cavilar sobre el asunto. Parece predominar el concepto de que no es de la incumbencia del pueblo averiguar los entretelones de tales episodios. No hay quienes se dediquen —como entre nosotros—, a escarbar con fines de publicidad en ese terreno de las intimidades oficiales, y se diría, por el contrario, que hasta se ha atrofiado la facultad de crítica y de análisis que en las democracias liberales se ejercita y se exacerba con relación a cualquier incidencia del proceso administrativo.

No es éste un régimen de ventanas abiertas para la ventilación de todos los asuntos del Estado y de Palacio.

Ahora sí, que dentro de esas limitaciones en que se encierran y canalizan la opinión y la mentalidad del pueblo, creo que no puede negarse que el régimen cuenta, hoy por hoy, con la adhesión de las masas. El pueblo acepta y apoya al régimen, sobre todo en cuanto se le conciba consustanciado con quien más vigorosa y cabalmente lo personifica, y de cuyo prestigio personal se beneficia y se nutre a título de máquina institucional y política que vale, para el pueblo soviético, más que por sí misma, por el maquinista que la conduce.

El ascendiente moral del partido gobernante y de sus dirigentes más encomiados, mientras éstos merezcan la confianza del mismo, y por encima de todo, la popularidad de quien depende la suerte de todos ellos, me parecen axiomáticos. Sean cuales fueren las críticas y el disgusto del pueblo ante ciertas medidas gubernativas o ante ciertas orientaciones de la política interna a propósito de determinados problemas, sería absoluta ceguera desconocer que las grandes masas de la población están con el gobierno, con esa fuerza política que ha conducido el país en la guerra y ha llevado a la nación, dentro de las dimensiones mundiales, a una altura prominente de grandeza material, de poderío y de gravitación histórica sobre los destinos humanos.

Supongamos por un instante que, después de la guerra, se hubiera permitido la formación de otros partidos en competencia con el comunista o el fraccionamiento de éste en secciones autónomas con sus respectivos candidatos, ¿puede acaso creerse que la inmensa mayoría de los electores no hubiese seguido la tendencia personificada por Stalin?

Es obvio que no.

No sólo porque la oposición ha sido *liquidada* en sucesivas purgas de sangre y dispersa en los confinamientos y prisiones, sino porque los éxitos guerreros y la política de la U.R.S.S. han remontado a las nubes el prestigio y la gloria de Stalin, reforzando hasta la idolatría más fanática la fe en su genio, cultivada insistentemente en el espíritu de las gene-

raciones soviéticas educadas para no ver sino por los ojos de quienes gobiernan.

Desde ese punto de vista es, por cierto, obligado reconocer que la Unión Soviética tiene el gobierno que su pueblo quiere, y éste no sabría elegir para las funciones de gobierno otros hombres que no fuesen los que, como los elegidos, recomienda y prestigia el partido único, con o sin bloque, que son al fin y al cabo los que Stalin considera los más aptos para secundarlo y obedecerle.

Eliminada e imposibilitada la oposición; educado el pueblo desde los bancos de la escuela a considerar el partido gobernante como intachable y a adorar a Stalin como infalible; rodeados ahora, uno y otro, por la aureola de los triunfos que han ascendido a la U.R.S.S. en el rango de las grandes potencias para mayor exaltación e identificación del orgullo patrio y del fervor nacionalista, ¿qué duda puede caber que las multitudes soviéticas son adictas al régimen y se sienten arrastradas en su órbita, no sólo por los lazos del poderío material de la fuerza en que se apoya, sino también por el esplendor y el deslumbramiento de toda esa grandeza nacional que las entusiasma y las embriaga, haciéndoles olvidar sus penurias y no dejándoles ver cuánto les cuesta en moneda viva y sangrante de padecimientos cotidianos?

Por otra parte, se adquiere la impresión de que el grupo de los altos dirigentes no incurre en esos desbordes de vulgar sensualismo, en esas voraces apetencias de enriquecimiento personal y de vida dispendiosa que son rasgos morales típicos de las dictaduras y oligarquías burguesas, y que suelen ser hábitos tolerados en los políticos influyentes de algunos países democráticos. La supresión del capital privado y del capitalismo monopolista excluye automáticamente ese tipo de político "afarista" que concilia, y a menudo confunde, los negocios del Estado con los suyos propios, y a través de la política abre pasajes y túneles para el buen andar de sus asuntos pecuniarios.

No faltan —claro que no—, los funcionarios deshonestos. La misma literatura se encarga de exhibir, en algún *film* o en alguna pieza teatral, el tipo del director de *magazine* o del jefe de fábrica que abusa de su puesto y comete incorrecciones de administración y de conducta. Pero los altos dirigentes constituyen una "élite" funcional. Los creo, por lo general, hombres de vida sana y sencilla. Suelen ser austeros. Suelen revelar capacidad e idoneidad en sus cargos, a los que consagran abnegada dedicación. En ningún país resulta, actualmente, envidiable la suerte del hombre de Estado en los cargos de gobierno de mayor responsabilidad. Pero en la Unión Soviética menos que en país alguno, porque allí el hombre de gobierno, no siendo Stalin, siempre tiene superiores a quienes dar cuenta constantemente, y el fracaso rara vez deja abierto un camino a la futura rehabilitación.

RÉGIMEN INTELECTUALISTA DE MONOPOLIO DOCTRINARIO.

El Partido toma a su cargo tareas públicas de diversa índole como si fuese un órgano de la administración oficial. Así, por ejemplo, en invierno, cuando hace falta limpiar rápidamente las calles de nieve y no

alcanzan los brazos asalariados, él moviliza las brigadas juveniles. Convoca a los jefes de barrio (*de raión*). Cada uno de éstos convoca a los jefes de sección, los cuales a su vez convocan a los de manzana. Estos a los de vivienda. A una hora determinada cada jefe y subjefe debe hacerse presente con su gente en el sitio indicado.

El que falta sin causa muy justificada, es sancionado severamente. En pocas horas las calles quedan limpias.

Es sumamente difícil obtener la afiliación partidaria. Miles de aspirantes aguardan turno y miles son rechazados o aplazados. Se analizan al microscopio los antecedentes, la conducta y las condiciones del candidato. Se opera de ese modo una rigurosa selección, tanto más necesaria cuanto que, por tratarse del partido del gobierno, muchos son los que aspiran a entrar en él para asegurarse puestos apetecibles.

Al principio, en los tiempos heroicos de la lucha desde el llano, ingresar al partido bolchevique suponía espíritu de sacrificio y decisión de afrontar abnegadamente dificultades, privaciones, persecuciones y amarguras de todo género. Hoy ya no es así, por cierto. Hoy, ser afiliado del partido único significa disponer de privilegios burocráticos y de influencia, especialmente para quienes maniobran con habilidad y docilidad en ese gran campo de operaciones para conquistar buenos puestos. La selección en las admisiones obedece, no sólo al propósito de asegurarse una base política compuesta de gente probada y de confianza, por adhesión mental y espiritual al gobierno, sino también, como es lógico admitirlo, al objetivo de que los comunistas sean capaces y eficientes, ya que ellos son los preferidos para los cargos del Estado.

¿Cabe en el espíritu de las instituciones democráticas el predominio de un partido que se erige en un órgano selecto de dirección para ejercer la función de pensar y resolver políticamente en nombre de la mayoría y de las masas, que él orienta desde afuera y reciben, ya digerido, todo el alimento de su mentalidad?

Eso ofrece un cuadro político inadmisible a los ojos de los demócratas, que aspiran a dar a las mayorías reales una vigencia viva en la dirección social capacitándolas para esa función de comprender y sentir el problema político en vez de mantenerlas alejadas de la capacitación gradual, sólo posible mediante una militancia y no una simple contemplación.

Me remitiré a lo que ya tuve ocasión de decir en el libro anteriormente citado, acerca de esa manera de monopolizar la opinión y concentrar el pensamiento político de un pueblo en un solo cerebro dominante, para instaurar un régimen intelectualista, una dictadura doctrinaria que uniforma todas las mentalidades en el molde de una sola ideología y sólo concede voz y voto a sus más inflexibles adeptos.

El comunismo soviético nos da un ejemplo objetivo de cómo el doctrinarismo dogmático y sectario se traduce inevitablemente en esa configuración de un Gobierno en cierto sentido *sacerdotal*, si se nos permite decirlo así. Para ser miembro del Partido Comunista en la U.R.S.S. es imprescindible adquirir conocimientos doctrinarios. Es forzoso aprender la historia del Partido Comunista con las exposiciones que contiene sobre marxismo, materialismo histórico, materialismo dialéctico, y aceptar las

ideas que allí se expresan sobre la materia, la realidad, el espíritu y sus relaciones. El resto del pueblo puede carecer de esos conocimientos y seguir apegado a sus concepciones idealistas, incluso a sus creencias religiosas o a sus más groseras supersticiones. Verdad es que se trata de difundir, además de la educación elemental, la filosofía materialista y el materialismo histórico y dialéctico en la enseñanza de los institutos. Pero lo cierto es que la doctrina marx-leninista —y si se quiere el marx-leninismo-stalinismo—, sólo la aprenden quienes aspiran a ser miembros activos del Partido.

Hay allí, sin duda, excesivas complicaciones para la mentalidad de la masa, aún en un medio como el de la U.R.S.S. donde desde los bancos de la escuela primaria se empieza a familiarizar al niño con ciertos conceptos, y donde en el curso de las conversaciones y de los comentarios de la prensa y de todas las manifestaciones de la vida colectiva aparece a cada instante la referencia a algún principio comunista, a algún pensamiento de Marx, de Engels, de Lenin, de Stalin. Sin contar, todavía, con el interés que las nuevas generaciones revelan por la lectura de los libros políticos (que sólo pueden ser comunistas) y de exposición doctrinaria.

Pero la especialización en el conocimiento e interpretación de la doctrina queda confiada al Partido que, como hemos visto, forma parte del ordenamiento institucional que la Constitución prescribe, y cumple la función de proveer de elementos dirigentes al Gobierno y a la Administración, de constituir el grupo dirigente de la clase obrera.

Es, en realidad, el órgano de la dictadura proletaria.

Es la oligarquía doctrinaria que interpreta los textos de la ciencia básica del criterio rector y que administra, inapelablemente, la verdad científica en el campo social.

Para el concepto del gobierno en la democracia política, y con una acepción distinta, más amplia, de la hegemonía del proletariado (si se entiende por ella el gobierno de la clase trabajadora y no la dirección efectiva de un sector calificado de ésta, el proletariado industrial, y aún dentro de éste, la dirección de un Partido, un grupo "selecto", una *élite*) lo que hace falta es una capacitación política difundida, extensiva a la inmensa mayoría de la nación, sobre todo a la mayoría de los trabajadores, que son los más.

Es de Lenin la frase de que *las amas de casa llegarán a aprender el arte de gobernar*. Es ésa, sin duda, una aspiración democrática. Pero puede volvérsela impracticable con sólo exigírseles a las amas de casa, para reconocerles elemental capacidad política, o sea la que habilita para reclamar de quienes han de gobernar, determinados fines concretos, y para saber en quiénes debe depositar el pueblo su confianza, la familiaridad con toda una serie de conocimientos científicos y de concepciones doctrinarias que, incluso, suelen prestarse a controversias engorrosas.

Se exagera allí la utilidad de la filosofía abstracta como luz para guiar los pasos del pueblo en las zonas de la vida social y política.

En la U.R.S.S. —donde impera un intelectualismo militante que impregna de determinados principios doctrinarios y filosóficos la educación de todos los espíritus y los somete a unánimes reglas del criterio para la vida y para la acción—, se enseña que nada es tan práctico e importante

para el hombre en sus relaciones con la vida política y económica, como su concepción del universo y de la historia.

"Se piensa en Rusia que un ingeniero o un químico, si no comprende la filosofía del Socialismo —el materialismo dialéctico—, no puede ser muy útil en el nuevo orden." (Shirokov, obra cit., pág. 26).

Allí se recuerda con especial agrado aquel pensamiento del filósofo griego:

"Hasta que la raza filosófica obtenga el gobierno de la ciudad no tendrá fin la miseria de ésta ni la de sus ciudadanos, ni la República alcanzará realmente la perfección."

Lo malo es que como las grandes masas, pese a la difusión extensiva de la enseñanza filosófica, tardan en compenetrarse de las nociones de esa filosofía abstracta, tal filosofismo político se vuelve en la práctica un sistema de gobierno por una *élite* tanto más reducida, o menos extensa, cuanto más se hace de las complicaciones y sutilezas filosóficas elementos de ilustración indispensables para los dirigentes.



Capítulo L

RECAPITULANDO

¿Cuál es, en resumen, mi juicio sobre la experiencia soviética? Comencemos por hablar de mi juicio en sí, o sea, del instrumento de apreciación de que yo dispuse para pronunciarme sobre dicha experiencia. (No faltan quienes se irritan cuando se llama experiencia a lo que se realiza en la U.R.S.S. Dicen que no puede llamarse experimento a una revolución histórica definitiva).

No perdamos nuestro tiempo en juegos de palabras. Una revolución, por grande y profunda que sea, y precisamente por serlo, es siempre una experiencia histórica.

¿Qué otra cosa podría ser? En la historia humana todo es experiencia. Los movimientos sociales triunfan o fracasan en sus experimentos históricos. Eso es todo. Si fracasan, quedan relegados al limbo o al archivo de los errores; si triunfan, su experimento se consagra como una revolución fecunda. Pero no por ello dejarán de ser una experiencia humana.

En cuanto a mi juicio, aunque, eso sí, imparcial y equitativo, no puede ser considerado inmune de todo preconcepto, o sea, al margen de toda posición anterior en materia de ideas sobre organización social y política de los pueblos civilizados. Tratándose de la U.R.S.S., que se presenta como un tipo de realización revolucionaria de acuerdo con una doctrina y un sistema de ideas, ¿quién podría llegar hasta ella sin llevar puntos de vista determinados con los cuales y desde los cuales enfocará esa realidad? Yo no soy, por cierto, de los que podrían trasladarse con su espíritu y su criterio como una página en blanco —la *tabula rasa* de la hipótesis sensualista—, para recoger en ella todas las percepciones y juzgarlas después con un criterio recién nacido, con una sensibilidad moral y política virgen, en la que no se descubra la mínima influencia de una educación y de una orientación espiritual anterior.

Mi juicio es el de un demócrata y el de un socialista. Era ésa mi posición en el campo de las ideas sociales y de las luchas políticas cuando fuí a la U.R.S.S.

En esa posición me mantuve. Con ella he vuelto. Ella no me puso lentes de aumento ante los ojos para lo malo ni me los hizo apartar, por *partis pris*, de lo bueno. Quise ser fiel a la verdad reflejándola. Y ser fiel a mí mismo, juzgándola.

Sobre una base de verdad, un dictamen de razón.

De mi razón, desde luego, con la que, enjuiciando, me ofrezco al juicio de los demás.

* * *

Lo que rige en la U.R.S.S. es un sistema de innegable eficacia para llevar al pueblo a un máximo grado de capacidad de producción y de acción

en todos los terrenos, con el fin inmediato y absorbente de engrandecer al Estado (que émulo del *Leviatán* de Hobbes, se ha tragado a la nación), de fortalecerlo, de hacerlo todopoderoso, de rodearlo de prestigio, de colocarlo, por los progresos materiales del país, por los frutos de la inteligencia y cultura nacionales, así como por el poderío de sus armas y de su gravitación política y económica, a la cabeza de la humanidad. Todo ello —eso sí—, mientras tanto afán de engrandecimiento y poderío no desemboquen, por la gravitación de su propia pesadumbre, en una aventura bélica desastrosa.

Si un pueblo puede ser feliz por el espectáculo de la grandeza de la patria, por el orgullo de sentirse ciudadano de una nación potente y temida, y por la comprobación de los prodigiosos progresos realizados como obra de su propia energía y de sus cotidianos sacrificios, el pueblo ruso tendría que serlo.

Pero si el sistema no le ha atrofiado por completo la facultad de mirarse y sentirse vivir en la historia, no podrá menos de advertir que todo eso lo paga a un precio demasiado caro, y que esa grandeza nacional en cuyos altares quema el grano de incienso de sus más modestas e íntimas dichas personales, tan caras al hombre que no se ha deshumanizado en el fanatismo político, se ha vuelto una deidad tan abstracta como la vieja patria del antiguo régimen, toda vez que sus exigencias oficiales se apartan físicamente de las necesidades vitales de su sustancia biológica, de su contenido humano, que es el de la colectividad, sin concederle la ventaja de las libertades públicas con las que el ciudadano y el productor pueden erguirse ante la opresión económica y buscar caminos para atenuarla o suprimirla. O pueden, al menos, manifestar su desagrado, que ya es algo, aunque no se le tome en cuenta, porque el derecho de protestar y de quejarse (*el derecho al pataleo*, que decimos vulgarmente en el Río de la Plata), cumple un destino de liberación en las sociedades civilizadas y vale como una afirmación, si se quiere en el aire, pero afirmación al fin, de la existencia del espíritu y de la voluntad.

Tiene ese régimen el atenuante de que este aprovechamiento de las energías humanas no se hace para el beneficio del capital individual; pero ese atenuante se atenúa a su vez, casi hasta disiparse, ante el hecho de que el hombre soviético debe rendir gravoso tributo a los planes y fines de un Estado cuyos designios suelen ser tan ajenos a sus decisiones y a su felicidad personal, como puedan serlo el lucro y la fortuna del capitalista en una sociedad con capitalismo privado.

El capitalismo hace del hombre un engranaje de la máquina capitalista para el provecho de los dueños del capital. El régimen soviético, desde ese punto de vista, marca un progreso; pero algo pueden objetar por su parte los partidarios del régimen del capital privado cuando observan que en la U.R.S.S. los trabajadores están muy lejos de haber alcanzado el prometido paraíso terrenal, pues a treinta años del golpe de mano bolchevique, viven en un medio más atrasado que el de los grandes países capitalistas en punto a higiene y confort, y soportan condiciones de existencia poco envidiables por lo general, pese a las intensas jornadas de producción, en los términos de una inflexible disciplina del trabajo, que son

una pesadumbre continua en vez de una fuente de liberación y prosperidad para el obrero.

La suerte del ciudadano soviético, sobre todo en el área de su destino individual, sufre el agobio del criterio con que se dirige y gobierna la nación, en los cánones de un estrecho fanatismo pseudo colectivista que pone los ojos solamente en la masa y desdeña fijarlos un instante en el individuo, cuyos padecimientos pasan a muy retirado término ante los fines generales, de la colectividad o del Estado, que se persiguen por encima de todo, inflexible e inexorablemente.

¿Qué valen, qué significan los padecimientos de una y otra persona dentro de la inmensa órbita de la historia y los destinos universales de una nación y un Estado que viven para sus propios objetivos, a los que deben no solamente amoldarse, sino sacrificarse, todas las aspiraciones de la unidad personal, del átomo social, el individuo, a quien sólo se le concede atención en función y a través de la masa? Ya es sabido que la mentalidad bolchevique se guía por el fetichismo de la masa, como abstracción, concepto en que se pierde de vista al individuo. Ya no es el árbol que no deja ver el bosque (como ocurre dentro del criterio individualista burgués), sino el bosque que no deja ver el árbol.

La vida y la suerte de éste y aquél, y aun de éstos y aquéllos en sectores enteros de la existencia colectiva, no son más que detalles pequeños en el vasto cuadro de la construcción de una patria "socialista" a base de una ideología dogmática de secta y de una visión asiática del destino de los pueblos y de las naciones. Es el viejo y terrible carro de las deidades de la India, que se abre paso aplastando seres humanos y sigue su camino sin preocuparse de los cadáveres. ¿Qué son las penurias de unos cuantos viejos, el sacrificio de los jóvenes en las batallas, la infelicidad de miles y millones de personas, la tristeza de las generaciones condenadas a trabajar para la guerra, a vivir bajo la amenaza de la guerra y a morir en la guerra?

Y es que ya ni siquiera puede hablarse de una preocupación por la masa, excluyente de toda preocupación por el individuo, por el caso aislado, que no interesa sino cuando sumado a muchos otros constituye una masa; y ésta se concibe como expresión cuantitativa que forma parte del razonamiento dialéctico en su ley lógica del paso de la cantidad a la cualidad, o de la mutación cuantitativa como causa de una conversión cualitativa, que dijera Hégel. La misma masa, la suma de muchas unidades humanas, queda relegada ante el Estado y la Patria Soviética, erigidos en abstracciones que exigen el sacrificio de la masa también, a la cual, por otra parte, se la somete a las decisiones de una *élite* política que sólo ve en la masa un material indispensable para la construcción de sus planes.

"Más que amar a Rusia hay que amar al ruso", dijo Lenin; pero hoy se ha vuelto al concepto de que se debe amar a Rusia sobre todas las cosas.

Estos gobernantes se ocupan de su pueblo, para servirlo o para oprimirlo, como si lo amasen a causa de la patria de sus amores, la patria soviética dominada por una ideología que ellos encarnan. Ellos han olvidado que a la patria se la debe amar a través de su pueblo, y no al pueblo a través de la patria.

Lo que para ellos vale no son los sinsabores, los afanes, las inquietudes y las emociones de la masa. Lo que vale es esa construcción afiebrada de un mundo colosal, de piedra y de hierro, que pone la consigna de hacer y la orden de obedecer en todos los cerebros, y a menudo la disciplina automática en el sitio del corazón.

La magnitud material de la obra los ciega para esos detalles en que la humanidad desgarrada se retuerce y grita, pero nadie la oye. Las mentalidades y las sensibilidades se adaptan a esos moldes rígidos y en vez de trascender humanidad trascienden abstracción ideológica o mecanización del espíritu en la obediencia y el rebaño.

Nada se hace para la humanidad, por solidaridad verdadera con el hombre en las vicisitudes individuales o colectivas de un pueblo, sino por los intereses del Estado, de la *patria de los trabajadores* y para el cumplimiento de sus planes políticos, que son las formas concretas del ideal soviético.

El pueblo no es feliz, y no tiene derecho a serlo para la filosofía política de sus gobernantes, porque se debe a una causa humana que está por encima de su felicidad.

Cuando se la examina de cerca, se ve que esa *causa humana* no es otra cosa que un propósito de dominio para implantar de cualquier modo, y desde luego por la violencia, por ser más expeditiva o porque no queda otro camino, formas sociales, jurídicas y políticas que, a pretexto de liberar al hombre y emancipar a las masas, eliminan las libertades más preciosas, que son las del espíritu —la de opinión, la de palabra, la de imprenta, la de reunión—, y encierran al pueblo en el puño de un Estado policíaco donde se cambia la explotación del capital privado, en sus más modestas manifestaciones, por la gravitación de un capitalismo estadual (llamémosle, si se quiere, *socialismo de Estado*) enristrado, por el sentido de la filosofía política que lo maneja, contra la más legítima autonomía de la persona humana, a la que se acorrala en el campo económico y se le impide moverse de acuerdo con su voluntad y su conciencia propias, en el campo político o en cualquier otro plano de la vida espiritual.

A ese sistema de vida llaman *Socialismo* los comunistas, y en la U.R.S.S. se pretende que la hipertrofia de un Estado, más que político, policíaco, que es su rasgo saliente y preponderante, responde a circunstancias transitorias y existe provisionalmente para preparar el advenimiento de una sociedad comunista, sin Estado.

Con tal promesa se mantiene el miraje de un ordenamiento social sin despotismo político ni policía tiránica, si bien ya se dan explicaciones para remitir ese venturoso acontecer a tiempos remotos y se le supedita a condiciones universales que la misma política internacional soviética se encarga de impedir o de aplazar arreo.

En ese libro mío a que he recurrido varias veces para explicar estos problemas de la historia civil soviética, yo recuerdo que en un discurso, Stalin nos enseñaba que entre los miembros de su partido había quienes abogaban por la supresión del Estado, pero no quienes demandasen solamente la abolición de la dictadura como paso previo. El nos dice en este discurso ante el XVII° Congreso del Partido Comunista (bolchevique):

"A veces se pregunta: En nuestro país han sido suprimidas las clases explotadoras, ya no existen clases hostiles, no hay a quién explotar; por tanto tampoco hay necesidad de Estado, y éste debe extinguirse. ¿Por qué, pues, no contribuimos a la extinción de nuestro Estado socialista; por qué no tratamos de acabar con él? ¿No ha llegado la hora de echar por la borda todo ese trasto de la organización estatal?"

O bien: "Las clases explotadoras ya han sido suprimidas en nuestro país, el socialismo ha sido construído en lo fundamental, marchamos hacia el comunismo y la doctrina marxista sobre el Estado dice que en el comunismo no debe existir ningún Estado. ¿Por qué, pues, no contribuímos a la extinción de nuestro Estado socialista? ¿No ha llegado la hora de entregarlo al museo de antigüedades?"

Ninguno pregunta: ¿Por qué no eliminamos de nuestro Estado la forma dictatorial?

Y es que los bolcheviques, entonces no sabían distinguir entre Estado y dictadura de clase. Eran para ellos una misma cosa. No concebían el Estado socialista sin la dictadura obrera y ésta no la concebían sino con la forma que se le ha dado en la U.R.S.S.

Hoy, algunos años más tarde, hacen algo distinto pero no menos grave: niegan que su Estado, como lo configura la Constitución vigente, sea un Estado de dictadura de clase, y de dictadura partidaria, lo que equivale a no ver su carácter políticamente antidemocrático.

Stalin, en un congreso anterior al de 1939, el XVI° Congreso (año 1930), había expresado:

"Estamos por la desaparición del Estado y, sin embargo, creemos también en la dictadura del proletariado, que representa la forma más justa y poderosa del poder estatal, que haya jamás existido. Sostener el desarrollo del poder del Estado a fin de preparar las condiciones para su extinción: ésa es la fórmula marxista. ¿Es contradictorio? Sí; lo es. Pero la contradicción es vital y refleja totalmente la dialéctica marxista... Quien no haya entendido este aspecto de las contradicciones de nuestro período de transición, quien no haya estudiado esta dialéctica de los procesos históricos, esa persona está muerta para el marxismo."

Y en otro pasaje afirma:

"Mientras más democrático sea el Estado (que está compuesto de trabajadores armados y que *ya no es un Estado en el sentido estricto de la palabra*), más rápidamente comienzan a decaer todas las formas del Estado."

Pero cuando algunos años después redacta su informe sobre una nueva Constitución, sostiene que ésta es democrática porque fortalece la dictadura obrera y la hace más poderosa volviéndola más flexible. Y no debe suponer que de ese modo comienzan *a decaer las formas del Estado* porque tres años más tarde contiene las impaciencias de quienes creen llegada la oportunidad de dar piadosa sepultura al Estado, diciéndoles: *¡Alto ahí! El Estado no puede desaparecer ni siquiera en la era comunista de nuestra evolución social, mientras la mayor parte de las naciones del mundo vivan en el capitalismo. (Discurso ante el XVII° Congreso del Partido Comunista (b).*

Son, sin duda, poco claras las ideas del stalinismo sobre la noción del Estado y su suerte presente y futura. Y en lo que respecta a sus relaciones con la noción de democracia y de dictadura del proletariado, reina a menudo en sus textos verdadera confusión.

No son convincentes, por cierto, las razones con que en un vano esfuerzo dialéctico se trata de armonizar algunos conceptos de Marx y Engels, con la realidad soviética en materia de Estado.

Tanto los que desde las filas del bolcheviquismo reclamaban la abolición de la *extinción* del Estado, como los que sostuvieron y sostienen la tesis de su mantenimiento, parecen continuar aferrados a la concepción del Estado instrumento de opresión o de represión por la fuerza, órgano sobre todo de carácter policial hasta frente a las inquietudes ideológicas, sin admitir que pueda existir para otras funciones y con tal reducción de su autoritarismo, que más que un Estado-fuerza resulte un Estado-justicia y amparo de la libertad.

Hay una noción del poder exclusivamente jurídica, que lo separa del elemento fuerza material. Esta noción democrática y liberal del Estado hizo camino en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX; y para detener su avance surgieron, precisamente, las concepciones totalitarias y fascistas.

No aquel Estado para *aplastar y sujetar* (Engels) a alguien o constreñir a muchos, sino para servir al pueblo, regido por normas dictadas por éste en una constante convivencia y un libre debate de todas las opiniones, es el que puede esfumarse como poder y forma de dominio para limitarse a una simple administración de las cosas, que ya no sería Estado en el concepto de Engels, pero que no tiene por qué cambiar de nombre toda vez que, como ya lo dijimos, administrar las cosas será siempre gobernar a los hombres.

Stalin, en su citado "Informe ante el XVIII° Congreso del Partido Comunista", después de transcribir el recordado pasaje de Engels, donde prevé que *el primer acto de toda la sociedad —la conversión de los medios de producción y de cambio en propiedad social—, será el último acto independiente de todo el Estado en tanto que Estado, y la intervención de un poder en las relaciones sociales se hará superflua y cesará por sí sola.* (*Anti-Dühring*, pág. 202, col. rusa, 1935), se pregunta: *¿Es justa la tesis de Engels?* Y responde:

"Sí, es justa; pero con una de estas dos condiciones: a) Si estudiamos el Estado socialista únicamente desde el punto de vista del desarrollo interior del país, haciendo de antemano abstracción del factor internacional, aislando, para mayor comodidad de la investigación al país y al Estado de la situación internacional, o bien; b), si suponemos que el socialismo ya ha vencido en todos los países o en la mayoría de los países y, en lugar del cerco capitalista, existe un cerco socialista, no existe ya la amenaza de ataque del exterior, no hay ya necesidad de reforzar el ejército y el Estado." (J. Stalin, "Informe sobre la actuación del Comité Central del Partido al XVIII° Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S.", páginas 46 y 47).

Luego explica que el Estado soviético ha atravesado en su desarrollo dos fases: el período que va desde la liquidación de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, hasta el triunfo completo del sistema socialista de la economía y la adopción de la nueva Constitución.

En ese segundo período, la preocupación fundamental era organizar la economía socialista en todo el país, y liquidar los últimos residuos de los elementos capitalistas, organizar la *revolución cultural* y poner en pie un ejército completamente moderno para la defensa nacional.

Habría, pues, cambiado conjuntamente con ello la función del Estado.

"En el lugar de la función de aplastamiento surgió la función, para el Estado, de salvaguardar la propiedad socialista contra los ladrones y dilapidadores de los bienes del pueblo. Se ha mantenido plenamente la función de defensa militar del país contra ataques del exterior: por consiguiente, se ha mantenido también el Ejército Rojo, la Marina Roja de guerra, lo mismo que los organismos de sanción y de contraespionaje, necesarios para capturar y castigar a los espías, asesinos, saboteadores, que envían a nuestro país los servicios de espionaje extranjeros."

Y termina con estas rotundas afirmaciones:

"Como veis, tenemos ahora un Estado Socialista, completamente nuevo, sin precedentes en la Historia y que se distingue considerablemente, por su forma y sus funciones, del Estado socialista de la primera fase.

Pero el desarrollo no puede detenerse aquí. Seguimos avanzando, hacia el comunismo. ¿Se mantendrá en nuestro país el Estado, también durante el período del comunismo? Sí, se mantendrá, si no se liquida el cerco capitalista, si no se suprime el peligro de un ataque armado del exterior. Claro está que, en este caso, las formas de nuestro Estado volverán a modificarse, con arreglo al cambio de la situación interior y exterior.

No: no se mantendrá y se extinguirá, si el cerco capitalista se liquida, si lo sustituye un cerco socialista." (Idem, pág. 50).

¿Está próximo el pasaje de la forma socialista actual de la sociedad soviética a la integralmente comunista, con su correspondiente principio de distribución? No lo creemos. Por el contrario, todo indica que la economía socialista, más o menos centralizada en la administración del Estado, se afianzará siempre más, a favor del ritmo productor intensivo de los planes quinquenales.

En cuanto al poder político del Estado, al gobierno de los hombres con el auxilio de la fuerza (Estado propiamente dicho en el concepto ortodoxo), lo más probable es que perdure aún mucho tiempo después de implantado el comunismo económico integral, como Stalin lo advierte.

Lo que no debe descartarse es que al mismo tiempo que se vuelven inconmovibles las bases y normas fundamentales de la economía socialista en el más vasto desarrollo de la energía productiva, las formas de descentralización administrativa, a base de intervención de los sindicatos y cooperativas en la regulación de la producción y del comercio, que son ahora un borroso embrión de autonomía federativa en lo económico, se tornen positivos elementos de descentralización y contrapeso de la regencia política estatal. Pero esto, naturalmente, tendría que venir acompañado de una ampliación o rectificación del concepto de la democracia en lo político que conduzca al más libre y completo ejercicio de los derechos del ciudadano, sin las actuales instituciones de *dictadura obrera*, que asume la forma constitucional de un gobierno de partido único, partido férreamente disciplinado y centralizado, por añadidura, en cuyo seno no halla ambiente físico la contraposición de tendencias y se apagan en germen todas las discrepancias.

El gobierno degenera inevitablemente en una dictadura burocrática, donde la voluntad de los obreros se invoca para todo, pero en la que mandan los Jefes del Estado, a quienes el partido —que es una *élite* política de la población—, sigue y obedece mientras la clase trabajadora acata.

Si el mundo, terriblemente aleccionado por la guerra, entra al final en una era de pacificación efectiva y estable, siendo eliminada hasta la más pequeña y remota posibilidad de agresión a la U.R.S.S., y queda abolido todo riesgo de ser ésta afectada en su soberanía y en su vida interna por las maniobras de gobiernos hostiles, no se ve qué nuevo motivo de perseverar en el mantenimiento de un Estado de *dictadura económica* podría invocarse.

Más fácil y menos arriesgado, del punto de vista de la integridad de la soberanía nacional y de la estabilidad del régimen social, es la supresión de esa dictadura que la abolición, por consunción o lo que fuere, de la máquina del poder del Estado, que puede existir sin dictadura.

Esa máquina no se deja arrumbar en el museo de antigüedades ni siquiera relegar a un segundo plano cuando alguna especie de dictadura le confiere la preeminencia consiguiente y cuando ocupa en el orden establecido un sitio tan vasto y prominente como el que tiene reservado en la U.R.S.S.

Habría que empezar por ir atenuando la intervención de los órganos de autoridad en las relaciones sociales, por renunciar al empleo político de la policía y por debilitar la fuerza armada, que es el componente fundamental de esa máquina, la máquina del poder-fuerza.

Pero ¿quién habla del debilitamiento del Ejército en la Unión Soviética?

Eso escribía yo en las postrimerías de la guerra. Ese largo pasaje transcripto (T. II, págs. 162 a 168), demuestra que ni es verdadero Socialismo lo que impera actualmente en la U.R.S.S. —porque aunque se haya eliminado el capitalismo monopolista y la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, no se ha emancipado a los trabajadores, que sufren la opresión del capital del Estado, la carencia de libertades y la ingerencia constante de la policía—, ni existe una tendencia a la supresión del Estado como poder político que permita encarar seriamente la posibilidad de esa reforma en un plazo de pocos años.

Lo que allí se dice del pasaje del Socialismo al comunismo —y al comunismo sin Estado—, es propaganda de embaucamiento para distraer la atención del pueblo de una reforma más asequible y racional en la era presente: la desaparición de la dictadura para sustituirla por formas de democracia política liberal, que no son, por cierto, incompatibles con la eco-

nomía socialista y la armazón jurídica de un ordenamiento social de Socialismo, o sea de socialización de los medios de producción y de cambio.

Ante el presente estadio de tiranía soviética no puede menos de pensarse que hace falta todavía una revolución en Rusia para completar y rectificar la Revolución Rusa: la que concluya con la dictadura del partido único y abra las vías de la democracia política.

Previniendo esa exigencia, Stalin exclama:

El desarrollo no puede detenerse aquí. Seguimos avanzando hacia el comunismo. . .

Avanzando hacia el comunismo sin Estado pero dando la espalda a la supresión del Estado, que cada día es más poderoso e incontrastable.

No vale invocar la dialéctica para convencernos de que cuando se quiere llegar a un sitio se debe marchar, precisamente, en la dirección contraria.

La verdad, entretanto, es que la Unión Soviética realiza sus progresos y sus avances gracias a todo aquello que no está en contradicción con los postulados de la Socialdemocracia. Y, en cambio, apenas se aparta de los principios de ella, para seguir la línea bolchevique de su partido dominante, es cuando incurre en lamentables retrocesos y se define como una marcha hacia atrás, hacia la reacción política con ribetes de barbarie y métodos de terrorismo bajo el intelectualismo fanático de una burocracia doctrinaria en funciones de gobierno ideológico.

Una marcha hacia atrás, en efecto, porque no debe tomarse como punto de referencia para describir la trayectoria del régimen soviético, al zarismo. La barbarie zarista ya había sido abolida cuando los comunistas se adueñaron del poder.

El muro de la Edad Media zarista ya había sido derribado. Ya había comenzado en Rusia una nueva era, con la instauración de un gobierno provisional de socialistas y demócratas de la burguesía liberal que preparaban la estructuración de una República, cuya Asamblea Constituyente había sido electa y había comenzado a sesionar cuando los bolcheviques —que eran una pequeña minoría—, la disolvieron violentamente con las armas de la guarnición sublevada.

Se había abierto, pues, una vía de libertad política, que pudo haber sido de progresiva democratización sobre normas de creciente justicia social, si no se hubiese interpuesto el bolcheviquismo con sus dogmas y su fanatismo de la violencia, para internarse en caminos de dictadura y tiranía que se prolongan a través de treinta años y no llevan miras de dejarse suplantar en quién sabe cuánto tiempo todavía.

De ello se derivó para el pueblo ruso la espantosa consecuencia de no haber tenido casi un día de paz. Es fácil recurso atribuir a la conspiración de las potencias capitalistas la culpa de esa secuela de guerras internas e internacionales que ha venido azotando a ese pueblo desde el advenimiento del comunismo. Lo que ese pueblo tiene el derecho de preguntarse es si valía la pena haberle conducido por los breñales de una política que concitaba contra ella tantas furias históricas para tener que soportar privaciones, pesadas obligaciones y tiranías cuya terminación no

se vislumbra, viéndose, en cambio, amontonarse otra vez las nubes de una nueva conflagración, por obra principalmente de las tendencias expansionistas y perturbadoras del gobierno soviético, empeñado en desplegar un vasto plan de absorción por el comunismo y para el comunismo, apoyado en la potencia militar y en la prepotencia diplomática.

Una república socialista democrática, o simplemente una democrática con tendencias socialistas —como la que hubiera surgido de la Asamblea Constituyente disuelta—, le habría deparado a Rusia un progreso más equilibrado y tranquilo, sin las complicaciones internacionales en que se ha visto envuelta desde que rigen sus destinos los bolcheviques con sus métodos de dictadura y su vehemente empeño, a ratos disimulado pero nunca extinguido, de imponerle al mundo la hegemonía soviética mediante los servicios del comunismo en cada país.

Bajo esa férula y dentro del rígido estatismo autocrático que define al régimen soviético, el pueblo ruso, tan admirable por el caudal inagotable de sus energías y la abundancia cálida de la mina de oro de su corazón, se ha quedado fuera de las formas esenciales de la civilización política occidental, y además padece los efectos de un exagerado monopolismo administrativo, inflexiblemente centralista y político, que suprime todo espacio para el desenvolvimiento económico y vital en la cooperativa auténtica, en el Sindicato obrero libre y en la pequeña propiedad rural o artesana, que no son incompatibles con las socializaciones de fondo y conceden garantías y amparo, en la estructura social, con relación a la suerte y a las libertades personales de todos y de cada uno.

A poco de llegar hube de escribirle a un ilustre escritor amigo en respuesta a una carta suya:

"La Unión Soviética no es para mí una esperanza (como parece serlo para usted) porque la juzgo una trágica desviación hacia formas de tiranía política que para el mundo occidental constituyen un retroceso. Sin desconocer las realizaciones que en diversos órdenes pueden admirarse, mi juicio sobre la realidad y entraña política del comunismo soviético, es ése.

"Y para mí, en quien la sensibilidad política o cívica es preponderante, eso es lo que más cuenta, porque en la vida orgánica de una nación todo el resto *es literatura*, como diría aquel que sabemos."

En efecto, la democracia política —que allí no existe—, es la policía de todos los derechos humanos. Sin ella, la justicia social o económica es una dádiva que sólo depende de quien la otorga, si es que puede haber justicia en arrebatarle a un pueblo sus bienes más sagrados, que son sus libertades públicas y los derechos del espíritu. Esas libertades y esos derechos que vigilan y defienden las conquistas alcanzadas por el hombre en cualquier terreno y las consagran como patrimonio inalienable.

Puede decirse que para el pueblo ruso la ausencia de tales libertades no constituye una pérdida —porque nunca gozó de ellas—, y eso explica la adaptación o resignación de las grandes masas a los métodos de la dictadura soviética. Sea como fuere, haber implantado el régimen comunista en Rusia fué un error histórico, si se quiere explicable y con atenuantes.

Pero intentar extender ese régimen a países que, como Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia, Suiza, Suecia, Uruguay, han incorporado a su vida las normas y los principios liberales de la democracia política, y aun a los que, sin habérselos incorporado efectivamente, han entrado ya, bien o mal, en las vías que conducen a ellos, es retroceder a sabiendas; es abandonar, arrojar por la borda adquisiciones institucionales que son reales y sagradas conquistas humanas. Eso ya no es, como en Rusia, un error trágico; eso es, a estas horas, un extravío criminal.



El 5 de octubre de 1948 se terminó de imprimir este libro en los talleres de la EDITORIAL CLARIDAD, S. A., San José 1627-45, Bs. Aires, bajo la Dirección General de ANTONIO ZAMORA

EMILIO FRUGONI



LA ESFINGE ROJA





BUENOS AIRES